

An aerial photograph of a city skyline. A large, dark, ominous storm cloud dominates the upper left portion of the frame. A vibrant rainbow arches across the sky, its colors appearing to emanate from behind the dark cloud. The city below is filled with various buildings, including a prominent white skyscraper with a grid-like facade on the right. The overall atmosphere is dramatic and atmospheric.

**CIUDAD** *de las* **ROSAS**  
*de Kip Manley*

**VOL. 3**

**EN EL REINO DE LA  
BUENA REINA DICK**

# Créditos

**Ciudad de las Rosas Vol III: En el Reino de la Buena Reina Dick**

Obra Original **City of Roses Vol III: In the Reign of Good Queen Dick** (Copyright © 2003 - 2020, Kip Manley, CC-BY-NC-SA 3.0)

[thecityofroses.com](http://thecityofroses.com)

[longstoryshortpier.com](http://longstoryshortpier.com)

Traducción y edición: Artifacts, enero-2020.

[artifacts.webcindario.com](http://artifacts.webcindario.com)

Diseño de Portada: Kip Manley.

# Licencia Creative Commons

Esta versión electrónica de **Ciudad de las Rosas Vol III: En el Reino de la Buena Reina Dick** se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

## Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia. Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

# Sobre el Autor

**Kip**, por supuesto, significa "habitante en la cima puntiaguda de la colina" en inglés antiguo. También es la palabra holandesa para pato; la unidad más pequeña de moneda tailandesa; una maniobra de gimnasia; una piel de vaca curtida, o paquete de la misma, así como un método para secar y preservar el pescado; notación abreviada para mil libras de presión; y un lugar para apalancarse, así como el acto de apalancarse, para pasar la noche.

**Manley** es de extracción irlandesa o inglesa. En cualquier caso, significa "el sotavento del hombre", aunque por un lado, es el sotavento, o el lado protegido del viento y el clima, de la Isla de Man, y, por el otro, es un pasto o prado en algún lugar no lejos de Manchester.

Pero **Kip Manley**, lejos de vivir en una colina puntiaguda en algún lugar cerca de un prado de Mancunia, nació en Sheffield, Alabama, en el noveno mes de 1968. Actualmente reside en Portland, Oregón (después de temporadas en Virginia, Kentucky, Ohio, ambas Carolinas, Illinois, Arak [Irán], Puerto Ordaz [Venezuela], Boston y el Valle de los Pioneros), se gana la vida como escritor, diseñador y cognosciente de la ecléctica marginada, con la incalculable compañía de Jenn Manley Lee, Taran Jack, y los dos mejores gatos del mundo. Su sitio web de uso general está disponible aquí ([longstoryshortpier.com/](http://longstoryshortpier.com/)); este sitio ofrece la oportunidad de auditar su gusto por la música; aquí ([last.fm/user/kiplet/](https://last.fm/user/kiplet/)), tienes la oportunidad de revisar los volúmenes seleccionados de su biblioteca.

Disfrutad.

\* \* \*

## Apoya La Serie en Patreon

- [Patreon de la Serie: City of Roses](#)

## **Consigue los Libros en Inglés**

- [Vol I: "Wake up..."](#)
- [Vol II: The Dazzle of Day](#)
- [Vol III: In The Reign of the Good Queen Dick](#)

## **Consigue los eBooks en Inglés**

- [Vol I: "Wake up..."](#)
- [Vol II: The Dazzle of Day](#)
- [Vol III: In The Reign of the Good Queen Dick](#)

---

*Ciudad de  
las Rosas*

VOL III: En el Reino de  
la Buena Reina Dick

---



*Kip Manley*

---

# N° 23: El Fino Hielo

## ella dijo Sí / mañana, esta noche

"¿Sí?", dice ella. "Supongo". Examinándole, encogiéndose de hombros. "Quién no". Y él sonríe. Él ya está sonriendo, levemente, labios separados bajo su larga y delgada nariz. El parche negro sobre un ojo. Él toma su mano, la mano de la otra mujer, en la suya. "¿Ves?", le dice. La luz cae en picado, las sombras se precipitan sobre ellos, saltando por las paredes para suspenderse un instante, girando mientras las masivas pilas de altavoces comienzan a gemir un ritmo atronador. Ella se inclina hacia atrás, las lentejuelas en su cabello negro atrapan la luz que brama en su flequillo rosado, sombras bajo ojos huecos tallan disgusto, repulsión, y él da una carcajada, el sonido de esta queda engullido por la animada canción, «vamos», gorjea una voz sintetizada, «vamos», él levanta esa mano, la mano de la otra mujer, hacia sus delgados labios dibujados, «vamos», el gesto no es en absoluto un beso, «vamos, vamos, oh, quiero gritar a todo pulmón...»

Ella retrocede del lienzo tensamente estirado ante ella. En alguna parte afuera aulla una sirena, chilla, se interrumpe, un temblor de lluvia. Una ventana abierta, una puerta rota, en algún lugar. Su cabello negro sin trenzar ahora, sin lentejuelas, el rosa drenado de su flequillo. El pincel en su mano. Sus pies, sus gruesas piernas desnudas moteadas de piel de gallina. Su camiseta gris y letras negras en el frente dicen «Extinguiendo, Trueno» entre paréntesis. Deja caer el pincel sobre un taburete improvisado. La habitación detrás de ella, cavernosa, escalonada con vigas armadas y colgada de bultos, cajas, equipos no iluminados, lo que sea que se pierda en el resplandor de la ansiosa luz que cuelga sobre su cabeza, brillando sobre el lienzo estirado, embadurnado, negro y rojo, la sugerencia de un brazo, una línea lisa allí, una garganta, una barbilla, una cabeza inclinada hacia atrás, almohadillada de pelo garabateado

locamente. Ella ha recogido un tubo de pintura, lo está apretando, sacando un gusano de verde sobre la yema del dedo, brillante, eléctrico, venenosamente puro. Se inclina hacia adelante para presionarlo con cuidado, allí, y gira: un ojo. Da un paso atrás. Esnifa el aire.

"Jodido Flashdance", dice ella.

Agachándose en la intensa luz, de cuclillas para abrir las abrazaderas de mango de goma que sujetan el extensor inferior del lienzo fijado a una silla de respaldo recto salpicada de pintura, el lienzo rebota suavemente, cuelga rígido. Al estirarse sobre los dedos de sus pies para deshacer las abrazaderas que sujetan la parte superior del mismo, fijado a un cable que cuelga recorriendo esa esquina del espacio, derriba la problemática lámpara, sacudiendo las sombras mientras ella lucha con el peso del lienzo, la parte inferior golpea el suelo de hormigón. Girándolo sobre una esquina, lo deja caer golpeando una pila de lienzos, todos clavados en extensores, cada uno salpicado, con costras de pintura, negros y rojos, brazos y manos, torsos, senos, mejillas y narices, gargantas, todos ellos anclados, enmarcados por explosiones de cabello y, brillando en cada uno en alguna parte, un único ojo verde brillante.

"Mierda", dice Gloria Lunes.



Desde un cigarrillo siseando en la húmeda hierba, hebras de humo hasta que ella lo aplasta con la zapatilla en su pie. Tiniebla amarillenta por lucecitas colgadas de las ramas de los jóvenes árboles de hojas recientes, colocadas aquí y allá en tubos de madera. Una chimenea de bronce labrado sobre patas en espiral, un



par de sillas Adirondack, en el brazo de una, una copa de vino vacía, salpicada de lluvia. Ella entra de nuevo, arrastre y roce de las zapatillas, la larga rebeca blanca siguiéndola, su cabello negro corto recogido al frente en una ordenada pila de rizos.

Luz de velas lame las paredes del dormitorio, dora pétalos, hojas, narcisos y jacintos en un florero sobre el tocador. Ella abre una cajita de latón y deja dentro un paquete de cigarrillos, una ajada caja de cerillas. "¿Sigue lloviendo?", dice la mujer sobre la cama, sin levantar la vista.

"Bueno", dice Ysabel, saliendo de sus zapatillas. "No está *no* lloviendo". Se quita la larga rebeca blanca, pijama de satén dorado a la luz de todas esas velas que arden en los estantes, en el alféizar de la ventana, en la cabecera de la cama. Ella levanta el edredón y sube al lado de la mujer sentada contra un montón de almohadas, pelo amarillo hasta la barbilla severamente recto, la cara y el pecho misteriosamente pálido a la luz de un ordenador portátil. "Estás fría", dice la mujer, mientras Ysabel se inclina cerca, presionando un beso en su hombro, luego, travieso, estira la mano para tocar un pezón de color rosa azulado, riendo cuando la mujer se aparta de golpe, un chillido entre risitas, "*¡Ysabel!* Para. Lo prometí, le dije a Ettie que examinaría esto". La pantalla del portátil es un mosaico de miniaturas, sandalias con suela de cuña, salpicaduras de charcos, mano húmeda sucia, boca con lapiz de labios, dos caras mejilla con mejilla y enmarcadas por el mismo cabello severamente amarillo, las mismas llamativas narices, los mismos ojos azules, uno mirando hacia abajo, otro hacia arriba y hacia afuera. "Sucio", dice Ysabel. Señalando "Me gusta esa".

"Derivada", dice la mujer rubia arrastrando algunas imágenes a una carpeta. "¿Por qué has salido fuera?"

“¿Qué?”, dice Ysabel, “¿para fumar? El olor. Por Jo. Está intentando dejarlo”.

"Oh", dice la mujer. Con labios amargos. "Jo".

Ysabel se sienta, se retira.

Ysabel está abriendo la puerta del apartamento, "Estás ocupada", dice, "Estoy distraída, de verdad, es lo mejor", mientras se pone un largo abrigo marrón, la mujer con el pelo amarillo llega por el pasillo. "Puedes compensarme mañana por la noche", dice Ysabel, mientras la mujer sale al rellano, "en la cena. ¿Christienne?"

Girando, y bajo ese lacio cabello amarillo mientras ella entra de nuevo, se acerca, ese ceño fruncido se torna una acusada sonrisita, se sumerge para besar la boca de Ysabel que se suaviza, se abre comenzando a devolver el beso cuando Chrissie se aleja. "Es esta noche", dice ella. "La cena es esta noche".

“¿Qué?”, dice Ysabel.

"El reloj", dice Chrissie bajando las escaleras.

Ysabel mira hacia atrás, hacia la oscura cocina. Números verdes brillan sobre el tablero del horno, 12:17, golpeando destellos en un vaso medio lleno de leche allí junto al fregadero. Ella niega con la cabeza. "Pedante", dice ella cerrando la puerta.

En el pasillo oscuro se pausa, allí junto al umbral y parpadeando, luz de velas. Ella da la vuelta, entra en la otra habitación, sin luz, al otro lado del pasillo. Allí a un lado, una espada colgada de una correa de cuero en una lisa vaina negra, y la empuñadura enredada en hebras de cable. Del mismo clavo en la placa de yeso cuelga una máscara de calavera pintada, toscamente dentada, melena negra cayendo cae casi al suelo. Ella no toca la espada ni la máscara, pero se gira para sentarse en la cama, un bajo futón abierto. A la cabeza de este, un collage sin forma fijado con cinta adhesiva y pasta a la pared, postales, notas garabateadas, páginas arrancadas de revistas. Por las ventanas cerradas, una vista del tráfico, el lavado de la lluvia. Un "clic" allí en la habitación, metal contra cuero. Ella alza la vista. La máscara en la pared oscilando, el susurro de su melena. La vaina bajo ella se balancea, vacía, la empuñadura, la espada, ahora han desaparecido.

Ella baja la vista. Se acuesta, cabeza sobre una almohada, tirando de una esquina de la manta sobre los hombros. Mano sobre la otra almohada a su lado. Cierra los ojos.

"Ten cuidado", dice ella.



Él apaga el motor, la mira frente a él. Ella está mirando por la ventana, lúgubre agua de lluvia en la luz emitida por un letrero de la «Lotería de Oregón», rojo y azul y blanco amarillento. «Tienda de Tallarines de Arroz KJ y Restaurante», dicen las letras debajo. "¿Qué pretende su gracia?", dice él.

El roce del velcro cuando ella se ajusta los mitones de ciclista,

negros y gris sucio. Va toda de negro, vaqueros negros, camisa negra abotonada hasta el cuello, un largo abrigo negro. Su corto cabello teñido de rojo cereza para combinar con el rojo de las Chuck Taylor en sus pies. "Bueno", dice ella, un gesto hacia la puerta de cristal, iluminada cálidamente bajo el azul, rojo y blanco. "Entramos allí, pillamos a el Arpista, salimos otra vez. En ese orden".

"Hacéis que suene fácil", dice él.

"Bueno, demonios", dice Jo Maguire, abriendo su puerta de un empujón. "Soy el maldito Duque, ¿no?"

## con sus propias Manos / un Sombrero lleno / Obligaciones de la Corte / Devolverlo

Con sus propias manos, el Rey vierte de una tallada jarra de vidrio cinco generosas dosis de zumo de naranja en cálices de finísima porcelana tulipán, espolvoreado con espirales de oro. "Miércoles", dice, y suelta una risita "Día de la Giba", dice él. Caftán blanco, Bata de brocado negro y dorado, cabello rosa anaranjado oscilando en vertical en enredadas espirales y rizos mientras se mueve junto a la mesa. "Me gustaría reconocer", dice, "las extraordinarias circunstancias", colocando un caliz ante el Marqués en su chaqueta de cuero negro, pelo muy corto gris metalizado, "que nos han unido a todos de nuevo", y otro delante de el Soames, con una chaqueta tweed verde, sombrero a cuadros sobre la mesa ante él, "tan pronto". Una tercera copa ante el Vizconde con su suave traje azul, enmarañados mechones blancos atados a una gruesa madeja en la parte posterior de la cabeza. Más allá de la credenza cargada de jarra y platos: un plato de huevos revueltos; un calentador para tortilla de arcilla roja pintada con flores blancas; la caída vertiginosa; árboles negros y tejados mojados, empapados en opacas nubes grises; el goteo de la lluvia cayendo. "Vuestra alacridad es un crédito para esta corte", dice el Rey levantando los dos últimos cálices, dando un rodeo hasta la cabeza de la mesa. "Como bien sabéis. Algo pasó anoche. Esta mañana. Temprano", y otra risilla, "Más temprano". Coloca un cáliz delante de Jo, todavía con su abrigo negro y la camisa negra abrochada hasta el cuello. "El Sureste nos informará".



Un bong electrónico cuando ella abre la puerta, cuando ellos entran, el lugubre recibidor, vacío, un puñado de sillas de plástico

colocadas al azar junto a un par de mesitas. Caracteres chinos azules escritos en una pizarra de borrado en seco clavada sobre una puerta, traducciones al inglés apiladas a un lado, «fideos de arroz frescos», «rollos de fideos de arroz frescos», «rollos de fideos de arroz frescos y gambas», los precios en verde, «\$ 0.95», «\$ 1.00», «\$ 1.60». Una mujer se agacha al asomarse por la puerta de la cocina más brillante más allá, "Estamos cerrados", dice secándose las manos en el delantal.

"¿Wu Song?", dice Jo.

"Estamos cerrados".

"El Gallowglas", dice Jo. "Para ver a Wu Song. Nos llamó. A mí". Mira a Luys a su lado, manos en los bolsillos. "Sí", dice la mujer volviendo adentro por la puerta.

"¿Eh?", dice Jo.

"Es tarde", dice Luys.

"Nos llamó él", dice Jo.

"Sí", dice Luys.

"Tiene al jodido Chili".

"Sí", dice Luys.

"No me iré sin él".

"Por supuesto", dice Luys. Su cabello una gorra de color negro brillante, su chaqueta de manga corta es marrón claro. Tras él, contra la pared, una pila de sacos de arroz de plástico tejido, apilados hasta la altura de la cintura, «Marca Elefante, producto de Tailandia, peso neto: 11 Kg». Las sombras se mueven, roce de zapatillas, un hombre sale de la cocina, lisa camiseta blanca tensa alrededor de su pecho, gruesa barriga, hombros suavemente redondos con músculos no flexionados. Tatuajes en las sienes, hexagramas en bloque, borrosos por el vello plateado de su cabello. Cejas tan exuberantes y oscuras como su bigote. "¿Wu Song?", dice Jo, y luego, "Es bueno conocerte".

Él cruza los brazos allí, detrás del mostrador con frente de vidrio, los estantes expositores llenos de bandejas vacías de acero inoxidable. "Otra vez", dice él después de un momento.

"¿Otra vez?", dice Jo. "Yo, nosotros... Lo siento, ¿nos hemos...?"

"¿Cuánto tiempo lleva con el Halcón?", dice el hombre de la camiseta.

"Nosotros, yo, yo no", dice Jo, y luego, "Tres meses. Cuatro. Meses".

"No puede pretender sugerir", dice, "que en todo ese tiempo todavía no haya pensado en reunirse conmigo. Sentarse conmigo. Venir a verme".

"Yo, bueno, ha", dice Jo, "he estado ocupada. Yo..."

“¿Vos cazáis, como ordena vuestro Rey?”

Ella baja la vista, hacia sus zapatillas rojas, levanta la vista otra vez con la cabeza inclinada. "El Arpista", dice ella. "El Chilicoate. Un caballero a mi servicio. Tú llamaste. Dijiste que lo tienes. Lo quiero de vuelta".

"Cuatro esquinas, por vuestro año", dice Wu Song, desplegando sus brazos. "En cada una, recibo un dōu. Suficiente para llenar un sombrero".

"Sí, lo sé", dice Jo levantando una mano quitando importancia, "Chili estaba..." La mano se detiene. "Oh", dice Jo.



“¿Robado?”, dice el Soames.

“¿El ovr?”, dice el Vizconde.



"Sí", dice Jo.

"¿Por quién?", dice el Marqués.

"¿Cuándo?", dice el Soames. "¿Y por qué fue él a verle, por cierto?"

"El bandido llevaba una máscara", dice Jo.

"Entonces, ¿qué debemos hacer?" ,dice el Vizconde.

"Si pudiera sin mas...", dice Jo, pero "¿Hacer?", dice el Soames.  
"Sólo es un sombrero lleno".

"Es un gran sombrero", dice el Marqués.

"Es una especie de...", dice Jo, mientras dice el Vizconde, "Debe haber una respuesta".

"Por favor", dice el Rey y, en silencio, todos le miran.

"Gallowglas", dice. "Si quisierais continuar".



"No está ileso, pero está a salvo", dice Wu Song, y luego, alzando la voz, "ni un dedo puesto sobre él era nuestro", dice él sobre lo que Jo podría haber dicho. "Sólo ayuda".

"Pues ayudadlo a salir", dice Jo. "Y nos pondremos en camino".

"No", dice Wu Song.

Luis echa rápidamente una mano al bolsillo de su chaqueta, pero la mantiene allí, brazo en una incómoda curva. Ni Jo ni Wu Song miran en su dirección. Luis endereza el brazo, bajando los dedos, doblándolos en un nervioso puño. "Sí, bueno", dice Jo. "No pensé que esto fuese a ser fácil, llamándonos en medio de la noche y todo eso".

"Va muy fácil", dice Wu Song. "Yo recibo mi dōu. Usted consigue a su hombre".

"Eso", dice Jo, "no es así como va a ir". Y luego, "Tenemos que hablar, él y yo". Averiguar lo que pasó. Estoy un poco detrás de la curva, aquí..."

"Un dōu fue robado. No *mi* dōu. Llene otro. Tráigamelo".

"Yo", dice Jo, "ahora, tiene nuestras garantías, Wu Song, de que..."

"No puede pretender sugerir que no podría llenar uno con lo que tiene, ahora mismo, en el maletero de su automóvil".

"Así que", dice Jo. "De eso se trata".

Algo se asienta en la postura de Wu Song, sus hombros, sólo un poco, su mandíbula, su bigote. "Eres una niña", dice él y Luys respira hondo. "¿Sí?", dice Jo levantando su mano. "Tal vez. Aún así", sus dedos se cierran sobre nada allí delante de ella. "Yo cazo, para el Rey". Ella da un tirón y los destellos de luz que brillan sobre la espada aparecen con un fulgor intenso cuando Wu Song retrocede, un percusivo "¡Ja!" cuando él aplaude, girando entre sus manos un esbelto bastón de pulida madera oscura, girando, las cintas verdes atadas a un extremo se agitan y se golpean hacia arriba y abajo para bajar de pronto y detenerse, firmemente, rápido, las cintas se balancean colgando. Jo no está frente a él, no está blandiendo su espada *en garde*, la está colocando cuidadosamente sobre la mesa a un lado, la hoja de pulida superficie brilla, pero por el centro, profundas olas de acero oscuro y claro persiguen su columna vertebral, la empuñadura es simple y recta, envuelta en alambre opaco. "Esto", dice ella, "No es cómo va a ir tampoco". Se endereza, se agacha a un lado del extremo acanalado de ese bastón, levantando una mano para apartarlo suavemente a un lado. Los labios de Wu Song gruñen bajo su bigote, una sonrisa enganchada cuando él levanta el bastón, alejándolo. "El acuerdo, Wu Song", dice Jo. "Entre tú y el Duque. Y el Rey. La confianza que han depositado en ti. Lo que hiciste para ganar esa confianza. Es por eso que recibes el sombrero. No por el hombre. No por la amenaza. El acuerdo. Esa confianza", ella se acerca un paso. "Ahora bien. Quizá", y otro. Las cintas tiemblan. "Quizá lo que quieres decir con esta, esta amenaza. Es que quizá tú no. Confías. En el acuerdo. En el Rey. En mí", ella inclina la cabeza, mirándole. "Podría ir por ahí", dice ella. "¿O?"

Wu Song retrocede, aplaude con las manos vacías. Asiente una vez a Jo y mira por encima del hombro hacia la cocina. "Mang nó cho

tôï", dice, y un tintineo, un ruido metálico, algunos pasos arrastrados, sale una mujer de blanco grasiento inclinada bajo el peso del hombre apoyado en ella, cojeando pesadamente, un brazo en el hatillo de una servilleta blanca doblada, atada alrededor de su cuello, un ojo hinchado de amarillo y verde entre una maraña de cabello rubio y el borde de una gran barba rubia.

"Chili", dice Jo.

"Vuelva mañana", dice Wu Song. "Con mi dǒu".



"Lo que aún no está claro para mí", dice el Soames con la boca llena de huevo, "es la razón por la que nos han llamado".

"Nos han robado", dice el Vizconde, doblando una tortilla un poquito.

"Ha robado al *Sudeste*", dice el Soames. "Sin faltarle el respeto", apunta con su tenedor a Jo, quien sólo parpadea. "Pero no entiendo por qué nos han llamado a todos".

"Es obligación de la corte", dice el Marqués buscando la mermelada.

"Es nuestro acuerdo", dice el Rey.

"La satisfacción del cual fue confiada a sus manos", dice el Soames. "¡Es un sombrero!" Se reclina en la silla, levantando las manos. "Después de dar vuestro bien expuesto mensaje", le dice a Jo, "¿por qué no recogéis otro sin más y lo entregáis?"

"Una cierva", dice el Vizconde, y el Marqués dice, "Döe", mientras el Vizconde levanta las manos. "Un salmanazar más o menos, Thomas", dice.

"Un poco más de un pellizco", dice el Rey.

"Un", dice el Soames, mirando de uno a otro, "pellizco". Levantando los dedos, mirando a Jo, "Cuatro al año".

Ella se encoge de hombros.

"¿Él se lleva un par de pintas?"

"Mientras estuve fuera", dice el Rey, "Wu Song ha hecho un trabajo notable ayudando a mantener segura a esta ciudad, trabajo que continúa hasta nuestros días".

"La corte tiene muchísimas obligaciones", dice el Marqués.

"Y las honramos, todas", dice el Rey. "¡Así qué!" Coloca un pergamino doblado sellado con cera amarilla al lado de su plato. "He redactado un edicto para su majestad, mi hermana. Si todos

ustedes", pero el Marqués ya ha empujado un tubito de plástico hacia el centro de la mesa, salpicado con algo dentro espesamente viscoso, y el Vizconde coloca un frasco de plata al lado. Jo está sacando una botellita de cristal y tal vez un dedo dentro de cosas lácteas teñidas de oro, puntilladas de espuma. "Claro", dice el Soames, "por supuesto", mientras coloca un vaso de papel con tapa de plástico sobre la mesa. "Pero ¿tanto, de nuevo, tan pronto...?"



"¿Cómo supiste", dice Luys en voz baja, "que era un farol?"

"Él no estaba faroleando", dice Jo colocando su espada desnuda en el maletero, detrás de la caja de cartón, el botellero de vidrio marrón va envuelto en una bolsa de basura.

"Pero él no te golpeó", dice Luys.

"Yo ya había depuesto la mía", dice Jo. "Quiero decir, maldita sea, Luys. Sabes que no sé luchar una mierda con esa cosa". Está abriendo la caja de cartón, tanteando dentro.

"¿Y si lo hubiera hecho?", dice Luys.

"¿Golpearme?", dice Jo sacando una bolsita de plástico vacía del suelo del maletero. "Me habrías sacado. Me habrías curado". Está dando golpecitos en la caja inclinada, amontonando una pizca de polvo dorado de una esquina. La recoge con los dedos. "Habríamos pensado en algo", dice ella dejando que gotee de la punta de los

dedos hacia la bolsa.

Arroja la bolsa en el asiento trasero donde, tumbado en su voluminoso suéter con un brazo en un hatillo de servilleta, Chilicoate el Arpista la atrapa con su mano libre. "Bueno", dice ella mientras Luys se sube al asiento del conductor, "Chili", mientras ella se acomoda en el asiento del pasajero, abrochándose el cinturón de seguridad. "¿Quién fue?".

"Llevaba una máscara", dice Chili con un gruñido, untando un poco de oro sobre su párpado hinchado y amarillento.

"¿Sólo uno? ¿Fue un equipo? ", dice Jo mientras Luys pone en marcha el motor.

"Sólo ese", dice Chili. "Tenía un bate de béisbol. Me tumbó de rodillas. Pandulce salió corriendo, y el otro también. Como se llame. El chico nuevo. Y luego, ¡bam! Bota en la cabeza".

"¿Dónde?", dice Jo.

"Justo allí atrás", dice Chili sentándose con una mueca, mirando atrás. Parpadeando polvo dorado de sus ojos no hinchados. "Estaba a punto de llamar a la puerta".

"¿Crees que fue él? ¿Wu Song?"

Chili se desploma y se frota el hombro.

"No me huele bien", dice Luys.

"Pero no lo sabes", dice Jo a Chili.

"Tenía una máscara de caballo", dice Chili. "Cubría toda la cabeza".

"Y un bate", dice Jo soltando un suspiro, "y una bota. Vale", le dice a Luys. "Llévale a casa. Y luego vamos a ver su majestad. ¿Tienes algo más para nosotros?", dice Jo hacia el asiento de atrás sacando un vidrioso teléfono negro del bolsillo.

"Quienquiera que fuese", murmura Chili con el ceño fruncido, "tenía un abrigo muy bonito".



"¿Ysabel?", dice Jo en la cocina llena de gris luz matinal. Caja de cartón en la mano llena con un tubo de plástico, un matraz plateado, una botella de vidrio, un vaso de papel, su espada desenvainada bajo el brazo. "¿Estás levantada?" Deja la caja en el mostrador junto a un montón de tulipanes, pesadas cabezas de a-bob de color púrpura y rojo y naranja dorado, carnosos tallos verdes que llenan un florero de vidrio verde cuadrado. "¿Estás aquí siquiera?" Apoya la espada en el mostrador, toma el vaso dejado junto al fregadero y observa el anillo de leche que queda en el fondo. Lo enjuaga, lo deja en el fregadero.



Llamando suavemente a una puerta cerrada, la abre una rendija. La habitación más allá es de blanco brillante, narcisos y jacintos florecen en el tocador, almohadas en pila ordenada a la cabecera de la cama bien hecha, un gran suéter blanco cuidadosamente colocado sobre el biombo en la esquina. "Está bien", dice Jo. Cierra la puerta. Abre la otra al otro lado del pasillo. Bajo la máscara de calavera colgando allí de un clavo, esa vaina negra lisa pendiendo de su correa de cuero. Con su mano libre, Jo toma la garganta de esta, del color de una nube de tormenta, y encaja la punta de su espada en ella, deslizándola en su sitio con el más vago tintineo.

"¿Jo?", dice Ysabel incorporándose en el futón.

"Aún no tengo", dice Jo, bajando la cabeza, "la menor idea de cómo devolverlo".

"¿Estás bien?", dice Ysabel. "¿Estás herida?"

Jo se aleja de la pared, de la máscara, de la espada, "No he...", dice, "Yo sólo... la necesitaba, para dejar un mensaje". Levanta la vista. "Tenemos, he traído, hay. Otro lote, para convertir. Hoy. Ysabel, lo siento, yo..."

Ysabel, sin palabras, extiende una mano.

Hombros temblando, respiración acelerándose, Jo camina hacia el futón, las rodillas se doblan sobre rizos sin forma en el largo abrigo blanco para tumbarse en el regazo de Ysabel. El brazo de Ysabel en

blanco satén se posa en sus hombros. Jo deja escapar un único sollozo estrangulado e Ysabel se dobla sobre ella, bajando suavemente la cabeza para quitar con un beso una lágrima.

## **"Sí", dice ella / cuánto es suficiente / Welund, Rhythidd, Barlowe & Lackland / un verdadero cabreo**

"Sí", dice Gloria Lunes tocando la encimera una vez con una tarjeta de crédito, "mi nombre es Suzette Wilson. Llamé esta mañana para pedir algunos lienzos y pinturas y hubo un problema con mi tarjeta. Su cabello negro azabache recogido en una descuidada coleta, su largo abrigo negro recogido encima de una camisa de vestir a rayas. "Sí, claro", dice el hombre detrás del mostrador, "ocho lienzos tensos, más gastos de envío. No se aceptó la tarjeta".

"Ya lo sé", dice ella, "¿podemos", tocando con la tarjeta de nuevo, "intentarlo aquí?" Extendiéndole la tarjeta. Él la toma, gris brillante, levanta la vista hacia ella frunciendo el ceño. "Es la tarjeta de mi *padre*", dice ella.

"Es un pedido de novecientos dólares", dice tocando la pantalla de una tablet.

"¿Podemos probar sin más? ¿Por favor? Es una tarjeta de platino".

Él se encoge de hombros, pasa la tarjeta. Uno de los broches en su delantal rojo dice «Las Cosas Que Pasan Hacen Arte». La tableta emite un pitido, él alza la vista, le tiende la tarjeta con un encogimiento de hombros de disculpa.

"Quizá, ¿si lo intenta de nuevo?", dice Gloria Lunes. Él todavía le está tendiendo la tarjeta. Ella la recupera, un golpe de muñeca y ella abre su bolso, un oso de peluche destripado colgado de una correa con cuentas de diamantes de imitación. "Supongo que", dice ella guardando la tarjeta, "por fin han descubierto que está muerto".

"¿Muerto?", dice el empleado.

"Tengo que ir a hablar con mi abogado", dice Gloria Lunes. "Vuelvo enseguida. A por las cosas".



Una neblina dorada de estivales remolinos de luz se perturba cuando emerge una mano barriéndola, se aferra al borde de la gran bañera blanca con un bong resonante. Jo se impulsa sobre las rodillas, aferrada a la bañera, cabeza gacha y polvo de oro se posa en su cabello marrasquino. Polvo reluciendo en la bañera, cambiando cuando Ysabel alza una rodilla, se sienta, derrama brillantes olas sobre las cosas debajo, más oscuras y aún así húmedas. Gime. "¿Estás bien?", dice Jo.

Ysabel asiente, cara en sus manos cubiertas de oro. "¿Hay suficiente?", dice ella. "¿Hice suficiente?"

"Hay mucho", dice Jo sentándose sobre sus talones. "Más que suficiente". Un tintineo cuando toma un frasco de plata del suelo de azulejos, luego un arrugado vaso de papel, arrojándolos ambos en la caja de cartón junto a la pared. Un chirrido y un eco sordo, un gruñido desde la bañera, Jo gira, agarra los torpes brazos de Ysabel, un enredo al frotarse la barbilla, "Auh", dice ella, e "Ysabel, ¿estás

bien?", dice Jo, y "estoy *bien*", dice Ysabel, "sólo he *resbalado*", se impulsa hacia atrás, un roce y un chirrido de polvo. Ojos pesados, mejillas caídas, cara pálida. Balanceándose allí. Jo le ofrece una mano y, tras un momento, ella la toma, sale afuera temblando. Se sienta pesadamente en el suelo. "Sólo necesito", dice ella, mientras Jo deja caer una bata blanca en su regazo, "necesito dormir durante cien años".

"Estoy justo ahí contigo", dice Jo poniéndose una túnica blanca.

"Pero no podemos", dice Ysabel con los codos sobre las rodillas. "No podemos". El cabello en su sien con una pincelada de blanco. "¿Qué estás...?", dice Jo, y luego, bajando la cabeza, "joder. La cena. La maldita cena".

"De hecho", dice Ysabel.

"¿No podemos cancelarla?" Jo se apoya contra la pared junto a la ventana de vidrio esmerilado.

"Eso sería grosero".

"Es que, no sé si puedo lidiar con esos dos esta noche".

"¿Ya hablaste con Bruno?"

Jo inclina su cabeza hacia atrás contra azulejos blancos, ojos

cerrados. "Todavía no", dice ella.

"Sabes lo importante que es esto".

"Ysabel, por favor". Jo se impulsa fuera de la pared. "Ayer por la noche, Luys estuvo persiguiendo a los chicos que estaban con el Arpista, y tengo que hablar con ellos, averiguar por qué no quiere decirnos quién fue el que nos atracó, y..."

"Jo", dice Ysabel, "lo prometiste", y Jo baja la vista. "Sí", dice ella.

"Bueno", dice Ysabel sentándose, estirándose, "confieso que yo tampoco he hablado con el Gladio todavía". Gira el torso para alcanzar la bañera.

"Entonces qué, ¿las dos estamos procrastiqué estas..., qué es...?", mientras Ysabel se vuelve limpiándose las migas doradas de los labios, "Así que me alegro de", dice ella. Sonriente. "haber hecho extra". Levanta una mano, una gota de polvo húmedo brilla en la punta de sus dedos.

"En serio", dice Jo arrodillándose.

"Yo no diré nada si tú tampoco", dice Ysabel.

Jo se inclina para aceptar los dedos cargados dentro de su boca.



"Espera", dice Jo. "¿Qué?" En su mano un cigarrillo estancado en humo. Bajo su cabeza una almohada con borlas apoyada contra el brazo de madera de un sofá. Un hombre está de pie junto al escritorio, justo fuera de la luz de su lámpara. "Esto no es una inversión", dice él. Cuenco azul oscuro de una taza de té en la mano. "¿Eso podría ser aprovechado, contra los retornos anticipados?" Ajados pantalones de pana, chaleco de piel marrón. "Sería un regalo, una donación a los Sœurs Limoges". Se sienta en un sillón gris rosado junto al sofá. Jo se sienta, el humo se arremolina alrededor de ella, frunce el ceño ante ese cigarrillo, "¿No hay...?", dice ella, "¿No habrá, eh...?", y da una calada rápida. "¿No habrá beneficios fiscales?"

"Un factor mitigante", dice él levantando la taza a los labios, "nada más". Toma un sorbo. "Lo que supone que sus documentos están en orden. Pero aun así... hay que tenerlo antes de poder regalarlo".

"No", dice Jo, " no entiendo, somos, somos ricos. ¿Cierto?"

"Pudientes", dice, "pero sin líquido. Habéis sido muy generosa con el Rey".

"Y esto es para la Reina", dice Jo. "¿Cuánto se puede, podría yo, podríamos ofrecer?"

"No es...", dice y suspira, mirando hacia arriba con los labios fruncidos. Parpadea. Llamam a la puerta. Mira hacia la puerta

exasperado, "Se lo diré", dice, y otra vez llamada. "Le diré tres", dice poniéndose en pie. "Porque queréis decirle a su majestad cinco". Se dirige hacia la puerta, iluminada con un panel de vidrio punteado que dice, invertido, «Inversiones Bruno», con énfasis en «Inversiones».

"¿Y si le digo cinco?", dice Jo.

"Haré lo que pueda", dice él con la mano en el pomo, "para que funcione, su gracia". Abre la puerta.

Es Luys, con su chaqueta marrón claro, y Jo se inclina para apagar el cigarrillo en un platillo en el brazo del sofá. Bruno asiente, diciendo algo sobre el clima. Luys entra seguido por un chico, un chico con una chaqueta bómbier marrón, cabello castaño en un copete mate y otro chico, un joven no mucho mayor, mugrienta sudadera gris, puños deshilachados, Jo está sentada erguida, cabello con tensos rizos, oscuros pómulos encorvados como hombros bajo ojos entornados, "¿Christian?", dice Jo, pero Luys dice algo sobre Pandulce y el pavimento resbaladizo, y el chico de la chaqueta bómbier se ríe. "Christian", dice Jo de nuevo. El hombre de la sudadera con capucha mira hacia abajo, hacia sus manos, sus sucias zapatillas azules y la intrincada alfombra sobre la moqueta gris de la oficina. "Nenita *nenita*", dice Jo, y él mira hacia arriba, y Bruno mira hacia arriba, Luys frunce el ceño y "¿Qué coño? ¿Su gracia?", dice el chico de la chaqueta bómbier.

"Hey", dice Christian Beaumont. "Jo". Un encogimiento de hombros. "¿Cuánto ha pasado? ¿Seis meses?"





"¿Y bien?", dice Ysabel, vestida de blanco, reclinándose en una silla baja, cuero beige colgado de un elegante marco de acero, allí ante una amplia losa de escritorio poderosamente vacía. De pie detrás del escritorio, un hombre alto y rotundo, un áspero traje de lino sobre una camisa de verde perlado, su lisa corbata tejida dorado pálido. Está mirando por el ventanal rebosante de una opaca nube gris. "Su hermano, Majestad", dice él rascándose la nuca, salpimentada barba en la cima de su grueso cuello, brillo bajo esta. "Ha sido de lo más imprudente". Gira para encararla, una disculpa proyectada en la boca, en los ojos. "Al demandar lo que se ha repartido correctamente, aquello que él podría haber tirado a una deuda ya bien en mano."

"Os referís al ovr", dice Ysabel. "Yo estoy pidiendo dinero en efectivo".

"Las reservas de la corte están despojadas, Majestad", dice. "¿Y sin colateral?" Él extiende sus manos. "No puede haber préstamo".

Después de un momento, Ysabel dice, fríamente, "El ovr no es un colateral".

"Por supuesto, Madam", dice.

"Incluso si lo fuera", dice ella, "no podéis dudar de lo que produzco".

"Por supuesto que no, Madam", dice mirando hacia abajo, su mano doblada laxa sobre su escritorio.

"Así que no puedo sino pensar que queréis decirme algo más", dice Ysabel.

Tira de su silla hacia atrás del escritorio, un trono de cuero marrón pálido con respaldo alto, y se sienta suavemente en ella. "Muy bien, Majestad", dice. "Uno podría hablar de buena voluntad. Nuestro acuerdo con el Tribunal de Motores se negoció con sobriedad, se arregló con prudencia. Para dejarlo todo a un lado, de una sola vez debilitante..."

"Nunca estuvimos de acuerdo", dice Ysabel rotundamente. "Ni mi hermano. Ni yo.

"Sin embargo", dice él, "se hizo".

"¡Para una Prometida que no queríamos y no necesitamos!

Suaves manos extendidas planas sobre su escritorio, alrededor de una muñeca, un reloj, una cosilla delgada y plateada. "La transición, Madam, fue tensa, como estoy seguro de que recordará. Hicimos lo que creímos necesario en ese momento, para velar por la ciudad y su gente".

"No", dice Ysabel, "por mí. Ni por el rey".

"La corte, Madam", dice.

Ella aparta la mirada, hacia la oficina, las dos paredes de vidrio, las dos de paneles de madera oscura. "¿Qué pasa con la casa", dice ella, después de un momento.

"¿Casa?"

"¡Basta, Rhythidd! ¡Nuestra casa! ¡*Nuestra* casa!"

"La casa de su padre, Madam", dice. "Y luego la del banco. La ejecución hipotecaria está completa. Creo entender que una sociedad histórica ha expresado cierto interés". Ella mira hacia otro lado con cierta amargura en sus labios. "Ahora", dice él apartándose del escritorio, poniéndose en pie y haciendo un gesto hacia la puerta. "¿Si no hay nada más que pueda hacer para ayudar?"



Gloria Lunes, cabello negro balanceándose, se gira de la pared con ventanas llena de plano cielo gris de vuelta hacia la amplia mesa de conferencias cuidadosamente dispuesta con almohadillas amarillas vacías, una pluma colocada en ángulo sobre cada una y ante cada una de ellas, una silla de cuero vacía. Toma una de las plumas, pesada y gruesa, carcasa burdeos impresa con precisas letras de crema que rezan «Welund Rhythidd Barlowe Lackland». La guarda cuando una puerta de cristal se abre allí en la pared de cristal y una mujer la cruza, un lápiz, falda a cuadros y puntos negros, suave blusa negra, cabello rojizo enmarcando un par de finas gafas con bordes negros. "Sra. Wilson ", dice ella colocando una carpeta de archivos sobre la mesa," Soy Anna Nirdlinger. Trabajo estrechamente con..."

"¿Dónde demonios está John?", dice Gloria.

"Sr. Barlowe ", dice Anna. "Está en ingresos esta tarde. Yo..."

"Bueno, sácalo. Esto es sobre mi, mi padre, su dinero, *mi* dinero, el que necesito para..."

"Le aseguro, Sra. Wilson -"

"... No estoy *dispuesta* a que me eche con una palmadita ninguna jodida *secretaria*..."

"Sra. Wilson. Gloria Lunes". Y Gloria parpadea, vacila, se desploma un poco. "Soy una asistente legal", dice Anna, "y estoy íntimamente familiarizada con todos los aspectos de la herencia de tu padre. Que me esté reuniendo contigo... que alguien se esté reuniendo contigo cuando te presentas sin previo aviso, sin una cita... es señal de lo importante que eres para esta empresa. Ahora". Saca una silla de cuero, se sienta, saca los archivos de la carpeta, uno, dos, tres. "¿Qué podemos hacer por ti?"

Gloria aún de pie deja caer su osito de peluche sobre la mesa, abre la cremallera en la barriga para derramar un puñado de tarjetas de crédito. Le lanza una gris brillante a Anna. "Se está rechazando", dice ella.

"Pueden surgir varios problemas con la liquidación de algunas las cuentas secundarias", dice Anna, levantándola y examinándola.

"Esta no es su cuenta de asignación". La deja con un chasquido. "Ha sido cerrada, Sra. Wilson".

"Yo", dice Gloria, "¿podrías, podrías seguir con Gloria? Te lo agradecería". Cruzando los brazos.

"Tienes un subsidio, Gloria. Dos mil dólares al mes, para gastos varios".

"No es *suficiente*", dice Gloria. "No para lo que necesito hacer..."

"Los términos son bastante claros".

"Mira", dice Gloria. "Sé cómo va el juego".

"¿El juego?", dice Anna mirando tras sus finas gafas.

"Queréis retener la mayor cantidad de dinero posible durante el mayor tiempo posible y lo entiendo, de verdad. No quiero interponerme en eso. Simplemente, necesito..."

"Gloria, te lo puedo asegurar", dice Anna, pero Gloria parpadea, mira más allá de ella, por la pared de cristal de la sala de conferencias hacia el vestíbulo y Anna, volviéndose, ve allí a Ysabel todo de blanco pasando enfurecida, dirigiéndose hacia los ascensores. "¿Qué..", dice Gloria alejándose unos pasos de la mesa, "... qué está ella...?", retrocediendo otra vez, un fuerte golpe contra

la ventana y contra el cielo gris.

"Es una cliente", dice Anna.

"No", dice Gloria. "Tú *la conoces*".

"Solía trabajar para", dice Anna. "su madre".

"Y un día, ella", dice Gloria, "te preguntó".

Anna traga. "Sí", dice ella.

"Y tú dijiste", dice Gloria.

Anna dice: "Sí".



"Entonces", dice Christian, baja la viata hacia la fila de archivadores detrás del escritorio. "Eres, como, el jefe ahora".

Jo agita el fósforo, lo deja caer en el platillo en el brazo del sofá, "No es...", dice ella arrastrando una bocanada, dejando escapar un suspiro ahumado, "en realidad no".

"Ese tipo, el Masón, es como el jefe de Pandulce. Y luego el Masón, él estaba todo como..."

"El Masón", dice Jo. "Es un título. Su nombre es Luys".

"Vale", dice Christian, "lo que sea. Está claro que el tipo salta cuando tú dices buu". Mira hacia la puerta, el cristal esmerilado y las letras se invertidas. ¿Y Bruno? Él, qué, además de dejarte echarlo de su propia oficina. ¿Maneja tu dinero? ¿Tienes dinero?"

"No es...", dice ella, y "Sí, lo es", dice él. "O tienes dinero o no. Y tú estás...", niega con la cabeza, se mira los zapatos, "tú estás metida en esto. Metida del todo con ellos en esto".

Ella está negando con la cabeza con una carcajada, "Como mucho, yo diría que tal vez estoy al lado de esto".

"Eres como una reina o algo así. Admítelo".

"Ellos, ah", dice ella, "me han hecho un Duque. Duquesa. Como se diga".

"Que te jodan", dice con una risilla.

"La Reina es mi compañera de piso", dice ella y ambos se están

riendo. "Sí", dice ella, "tenemos un pequeño gran apartamento, Hawthorne con la veinte. Jardíncito, y arriba hay un techo".

"Debe de ser agradable", dice Christian.

"Bueno, ¿qué tipo de máscara era", dice Jo.

"¿Qué clase de?, guoah. Bueno. Dobló una esquina, allí".

"Y, ¿cómo era?", dice ella.

"Una de esas jodidas máscaras de cabeza de caballo, hacen esos estúpidos videos con ellos, ¿sabías?"

"¿Por qué saliste corriendo?", dice Jo.

"¿Qué?"

"Estuviste allí, con Pandulce. Apoyo. Músculo. Tú eras...", y ella mira hacia abajo, a su cigarrillo, la ceniza que se alarga en él.

"¿Salir corriendo?", dice Christian. "Él nos dijo que nos fuéramos".



"Él". Ella levanta la vista. "¿Chili?"

"Nos dijo que nos fuéramos. Que era personal, no era asunto nuestro". Su ceño se pinza, un considerado fruncimiento.

"Quienquiera que fuera, tenían un verdadero cabreo el uno por el otro".

"Mierda", dice Jo. Se rasca el pecho distraídamente. Se inclina para tirar la ceniza del cigarrillo en el platillo, allí en el brazo del sofá, pero luego lo aplasta. "Intento dejarlo, de todos modos", dice ella.

"Jo", dice Christian.

"Maldita sea", dice ella. "Estuve buscándote, maldición. Después de lo que pasó. Nadie sabía adónde demonios habías ido".

"A casa", dice mirando hacia abajo, lamiéndose los dientes. "Me fui a casa".

"¿Casa?"

"Oakland", dice, molesto. "Vacaciones con mi abuela, ¿qué puedo decir?"

"Y ahora has vuelto".

"Se acabaron las vacaciones", dice Christian. "Además. Ya no conozco a nadie por allí".

"Pero aquí, conoces a Pandulce".

"Y a ti", dice. "Te conozco a ti".

"Sí", dice Jo. Mano todavía al pecho, el pulgar contra su esternón.

"Hey", dice ella. "Christian. ¿Qué haces a la hora de la cena?"



Brotos de algo verde, menta, flotan entre cubitos de hielo, un vaso de agua, alto y estrecho. Cables negros circulando alrededor de él, enrollados en una sola madeja que cuelga de un voluminoso auricular sujeto a sus orejas por encima de rebeldes trenzas, blanco difuminado con pinceladas de oro. "Después de esta mañana", dice él, "creo que está claro; no están preocupados...o, al menos, no son conscientes de su precariedad ". Recoge el vaso de agua. "Si hubiera llegado a eso, te habría compensado yo mismo". Da un sorbo. "De acuerdo", dice. "De acuerdo". Baja el vaso. "Detesto el correo electrónico", dice, y presiona el gancho del interruptor en una consola telefónica vertical, plateada y negra. Deja caer los auriculares al lado.

En el aparador allí hay un estante con un único tubo delgado de vidrio tapado con corcho y sellado con cera azul pálido, con un hebra de polvo dorado dentro. Abre un cajón, tintineo de vidrio cuando saca un tubo vacío, y pasa más allá del estante para levantar una pesada bolsa de plástico para congelados, con cuidado de una diabólica cajita-cesta tallada de un solo trozo de madera oscura.

Sumerge el tubo en la bolsa, inclinándolo dentro justo lo suficiente.

Un pasillo, y la luz difusa, nublada, de la mañana o el mediodía, avanzando hacia la noche, sus pasos silenciosos sobre una larga alfombra pálida.

Cortinas echadas y nada encendido, una cama coronada por una masa redondeada de mantas. "¿Abuelo?", dice él. Una gran almohada, con hoyuelos en una tenue corona de cabello blanco y lacio. "He traído tu medicina", dice sentado en el borde de la cama, pero en su mano, mira él, la cajita-cesta, negra a esta tenue luz.

Retrocede por el pasillo, regresa de nuevo, sus pasos, golpes amortiguados. El tubo, una chispa en sus dedos.

"Aquí tienes", dice retirando la manta lo suficiente para revelar una nariz, ojos cerrados con todas esas arrugas, boca, finos labios contra los que presiona el pulgar, haciendo palanca mientras da cuidadosos golpecitos al tubo de ovr dorado, derramando brillantina para empolvar la burbuja de saliva que se hincha y explota. Las mantas se mueven, se levantan, un aflautado aliento atraviesa esa nariz, un retumbar en algún lugar debajo de las mantas, y Agravante retrocede cuando la mandíbula se abre debajo de su mano y emerge un poderoso eructo pesado, un gruñido de tos. Los labios chasquean, se relajan, se posan medio abiertos. Ojos aún cerrados.

## **el traqueteo de llaves / confuso, los dos / su razón / "Suficiente para meteros en el problema"**

Pero hay un traqueteo de llaves allí en la puerta del apartamento, se está abriendo, ahí está Jo, el abrigo negro balanceándose y el pelo rojo brillante, diciendo algo a alguien detrás de ella, Luys, chaqueta marrón de cintura corta, pantalones holgados a cuadros marrones, "Jo", dice Ysabel, "llegas tarde", pero hay alguien más detrás de Luys, un joven con un traje amarillo claro que engulle su enjuta constitución. "Perdón", dice Jo guardando las llaves con un tintineo. "Tuve que encontrar algo de ropa para Christian. Ropa *Bonita*".

"Hey", dice Christian, disparando los puños fuera de la chaqueta, "soy yo quien hace que quede bien", incluso cuando sus ojos entornados se precipitan sobre la cocina, los escalones que bajan hacia la sala abierta, donde hay puesta una mesa larga con un rico mantel amarillo, platos blancos con borde dorado bajo platos de sopa con borde dorado, platos de pan, tenedores bañados en oro y tenedores de ensalada, cucharas soperas y cucharitas de té, cuchillos de hoja ancha, copas de agua y copas de vino y suaves servilletas blancas y, en el centro de todo, un cuenco de cristal lleno de rosas blancas y amarillas. Ysabel de pie en la cabeza de la mesa, allí donde las paredes con ventanas de la sala abierta se estrechan hasta un punto con ventanas, una mano en el respaldo de una silla forrada en beige. Blancos pantalones de campana, un reluciente drapeado dorado como camisola. "Christian, Ysabel", dice Jo, e "Ysabel, Christian, pero apuesto a que ambos os acordáis el uno del otro".

"Sí", dice Christian, "sí, la Prometida, la Reina, quiero decir, hey. Alteza". Él asiente. "Majestad", dice Luys. "Sí", dice Ysabel, y luego,

a Jo, "¿No tenemos que hablar?"

"Claro", dice Jo, "deja que de me dé una ducha, me cambie", y "Jo", dice Ysabel, recorriendo por la mesa mientras dice Jo, "no serán ni diez minutos".

“Jo” dice Ysabel subiendo los tres escalones hacia la cocina.

"Has estado fumando", dice Ysabel mientras cierra la puerta de la habitación de Jo.

"Ysabel", dice Jo desprendiéndose del abrigo.

"Puedo olerlo".

Jo arroja su abrigo sobre la cama. "Fui, estuve con Bruno", dice ella.

"Me pediste ayuda con esto", dice Ysabel. Luego, "¿Qué está haciendo él aquí?"

"Qué", dice Jo, con la mano en el cuello. "¿Christian?", deshaciendo el botón superior de la camisa. "Al parecer, trabaja para mí ahora".

“Y por eso lo invitaste a cenar”, dice Ysabel.

"Él", dice Jo, "sí, solo, podemos poner un lugar extra en la mesa o algo así. En serio, Ysabel, dame diez minutos..."

"Ellos *estarán* aquí en diez minutos. Jo, tú *sabes* lo importante que es esto..."

"Ysabel", dice Jo. "Ysabel. Sólo podemos conseguir, cinco mil".

"Eso es", dice Ysabel. "Pero eso no es suficiente. Ni se acerca".

Jo dice: "Así que supongo que tú no tuviste suerte tampoco".

"*Debe haber más*".

"Bruno", dice Jo. "Es complicado. Bruno dice..."

"Es *tú* dinero. Él no te dice. *Tú* le dices a *él*."

"No es", dice Jo, y luego, "eso es todo lo que podemos hacer. Incluso estirándolo".

Ysabel mira hacia otro lado, se aleja, toda en brillante blanco y dorado.

"No es nada", dice Jo, desabrochando otro botón de su camisa. "Pueden recaudar más dinero de esto. Es... Ysabel..." Alcanzando un brazo, una mano. "Déjame ducharme y cambiarme, salimos de aquí y vamos a... no van a decir que no, Ysabel. Es mucho dinero". Apretándole la mano. "¿Cómo podría estar decepcionada?"

Ysabel le retira un enmarañado mechón de brillante pelo rojo. "Necesitas más que una ducha", dice ella.

"No", dice Jo.

"Sí", dice Ysabel. "Quedarás fabulosa. Adelante, quítate esto", le desabrocha el siguiente botón de la camisa, Jo niega con la cabeza, retrocede, aparta las manos de Ysabel, "Ahí detrás", dice Ysabel señalando el biombo del tocador en la esquina, un sencillo marco de madera encalada y paneles de lino raso. "No me hagas emitir un decreto real. Y, ¿Gallowglas?", mientras Jo se quita la camisa negra, la arruga y la deja caer al suelo. "Intenta no mirar esta vez".

Christian, traje amarillo, sentado a la mesa riéndose de algo, Luys junto a él sonriendo tristemente, se levanta de golpe cuando ve a Ysabel entrando en la cocina, impulsándose sobre sus pies con un ruido de platos y cristal tintineantes "Madam", dice él, y Christian medio levantado a su lado, "Majestad", dice, "No pretendo molestar a nadie. Puedo marcharme ahora mis...", pero Ysabel dice, "Por favor. Por supuesto que eres bienvenido". Al pie de la mesa, una poderosa mujer con una camisa con cuello de ala, corbata negra, vierte algo de una coctelera en un bajo vaso cuadrado. Su pelo corto teñido de un rosa virulento. "En cuanto a lo que sucedió, el año pasado", dice Christian.

"Ni lo menciones", dice Ysabel. "Esta será una cena agradable, con amigos".

"Está bien", dice Christian, y Luys se inclina hacia él, "Madam", le dice en voz baja, y Christian dice: "ah, Alteza". La mujer con corbata está sirviendo el último licor de la coctelera y dejándolo en la mesa. "Madam", le dice de nuevo Luys a Christian, y Christian asiente con la cabeza cuando se acerca a la mesa para tomar la bebida de su mano.

"Jo estará lista en breve", dice Ysabel, "y nuestros otros invitados deberían estar aquí en cualquier momento. Iona", y la mujer con corbata alza la vista con un cubo de hielo con pinzas en la mano, "si quieres unirme a nosotros como acompañante de Christian".

"¿Qué pasa con el servicio, Madam?", dice la mujer con corbata.

"Termina lo que estás haciendo allí", dice Ysabel, "pero luego, vamos a dejar que se haga solo. El Masón, si fueras tan amable de cambiar de sitio", y Luys asiente, se levanta y Christian se levanta junto a él con un tintineo de vasos, "Oye ", dice, "si necesitas ayuda con", mirando alrededor, "la mesa", y él frunce el ceño. "Pensé que sólo había seis sillas".

"Somos ocho esta noche", dice Ysabel, "contigo y con el Carro". Lllaman fuerte e intencionadamente a la puerta. Christian, al sentarse, comienza a levantarse de nuevo, pero Iona le empuja al pasar, sube los tres escaloncitos hacia la puerta del apartamento, llaman otra vez, y ella la abre, un hombre allí en el rellano, no demasiado alto, algo corpulento, un abrigo gris de cachemir y una gran sonrisa estupenda, "¿Este es el lugar? ¿Es este el lugar?"



"Este es el lugar", dice la mujer que pasa junto a él, quitándose su falso abrigo de pieles blanco para revelar un exiguo vestido negro de corte asimétrico. Cabello amarillo hasta la barbilla, severamente liso. Una segunda mujer, también envuelta en pieles blancas, se aferra al brazo del hombre, cabello amarillo igual de largo y lacio. La primera mujer, con el clac de sus tacones, se acerca a Ysabel, una mano hacia la mejilla, un beso en la boca y "Bueno", dice Ysabel, retrocediendo. "Eso ha estado bien. Pero Ettie, prefiero imaginar que eres la cita del caballero esta noche".

Ettie se ríe, mano en la cadera de Ysabel. "¿Sabes?", dice ella, "*Verdaderamente* nos confundo a los dos".

"Te lo dije", dice Chrissie apretando el brazo del hombre y soltándolo. Se quita el abrigo para revelar un vestido tan conciso y negro como el de Ettie. "¿Cómo diablos puedes distinguirlas?", dice el hombre del abrigo.

"Presto atención", dice Ysabel tomando la mano de Chrissie. "Ysabel Perry. Encantada de conocerte".

"Davies", dice él. "Reginald Davies. Reg, para los amigos".

"Bueno", dice Ysabel, "Sr. Davies, señoritas, si deja que Luys se lleve sus abrigos, Iona allí puede preparar cualquier cosa que queráis beber, y este es el Sr. Christian, Christian..."

"Ah, Beaumont", dice Christian. "Madam".

"Sr. Beaumont, un asociado de nuestra Jo Gallowglas, quien se unirá a nosotros en un momento. ¿Por qué no nos sentamos todos?" Y se acercan y mueven alrededor de la mesa con un roce de sillas, traqueteo de platos, tintineo de hielo en los vasos, "Vodka con martini", dice Reg, "tan manchado como quieras" y "Vodka con tónica", dice Ettie e Iona asiente. Chrissie niega con la cabeza. Christian retira una silla para ella y "Christian", dice Ettie, dejando que Reg pase por delante, "qué encantador. Mi hermana se llama Christienne".

"¿Francés?", dice Christian.

"En cierta manera", dice Chrissie mientras se sienta.

"Díganos, Sr. Davies", dice Ysabel mientras toma asiento presidiendo la mesa, "como la persona de la que menos sabemos. ¿Qué es lo que hace?"

Al final del pasillo, Luys, pieles blancas y lana gris sobre el brazo, una puerta a cada lado de él, la de la izquierda entornada y la habitación más oscura, a la derecha, cerrada, y la luz brillante bajo ella. Él llama. "Jo", dice. La abre suavemente.

Ella está sentada en la cama alta y ancha, suave edredón alisado sobre esta y almohadas apiladas en la cabecera, blancas, todas blancas. El vestido de Jo es una sombra a rayas de tiza, confeccionado como un abrigo traje, tensamente abotonado por delante. El corto cabello rojo brillante peinado hacia atrás. En el suelo, junto a sus pies descalzos, un insustancial par de zapatos, todo finas cintas negras y esbeltos tacones puntiagudos. Las manos

de Jo tiran para cerrar las solapas del vestido, el botón superior es bastante bajo. "No me han dado nada que", dice ella, "llevar debajo de esto, estaba a punto de asaltar los cajones en busca de algo" y "Milady", dice él colocando los abrigos sobre la cama, "por favor, permitidme", toma la mano de Jo en la suya, banda de cuero alrededor de su muñeca. Él la pone de pie. "Déjelo", dice él, "déjeme verlo", alisando las solapas mientras ella respira profundamente, bajando las manos. "Es un vestido elegante", dice él.

"Por supuesto que te gustaría", dice ella.

"Fue hecho para vos", dice.

"Bueno, sí, o sea, literalmente..."

"Tú eres hermosa", dice y ella mira hacia otro lado, mordiéndose los labios. Sonriendo, un poquito. "Aún así", dice ella metiendo el pie en uno de los zapatos. Este cae de lado con un clic contra el suelo. "Me voy a caer de culo con estos jodidas chismes".

"Creo que", dice Luys arrodillándose ante ella, "cierto compromiso es posible". Pesca una de sus Chuck Taylor rojas de debajo de unos vaqueros descartados, y la otra de debajo de la cama. Afloja los cordones, abre una, la ajusta en su pie levantado. "Ahí", dice atándola, y "Luys", dice Jo, "eres un príncipe".

"Difícilmente es tan simple", dice Reg mientras Iona le entrega su bebida.

"Es marketing", dice Chrissie afirmando un hecho.

"Querida", dice Reg, no desagradablemente. "Tú *sabes* lo que siento por esa palabra". Ella sonríe y bebe un sorbo de agua. "En Mayéutica", dice Reg, "ayudamos a los clientes a ver cómo se les percibe en el mundo y a determinar cómo desean ser vistos".

"¿Qué, entonces es como promoción publicitaria, como marca?" dice Christian al lado de Chrissie, y ella suelta una carcajada. Ettie frente a ella dice: "Oh, ahora hay una palabra que *definitivamente* no le gusta".

"Ha sido despojado de todo significado", dice Reg, pero en la cabeza de la mesa, Ysabel empuja su silla hacia atrás y se pone en pie, y luego Iona, después de un momento Christian, Chrissie, y Ettie, que arroja su servilleta a la mesa y empuja a Reg. Allí, en la cocina, Luys acompaña a Jo con su vestido oscuro bajando los tres escalones hacia la sala abierta. "Por fin", dice Ysabel sonriendo, "nuestra Jo Gallowglas. La fiesta puede comenzar".

"¿Algo para beber?", murmura Iona y "Uh, ¿whisky?", dice Jo dejando que Luys pase detrás de ella para retirar su silla al pie de la mesa. "Buenos zapatos", dice Christian con ironía.

"¿Sí?", dice Jo. "Ya sabes como soy. Todo por la promoción personal".

Otra carcajada de Chrissie y los demás sueltan risitas. "¿Veis?", dice Reg levantando una precavida mano mientras Jo toma un vaso de Iona. "¿Veis?", insiste, pero está sonriendo. "Es una broma, os reís,

pero: es importante para ti, ¿no? Rojo. El color. ¿Siempre usas algo rojo, en alguna parte de ti? Te has teñido el pelo, hay una razón para tomarse ese trabajo. Hay una forma en que deseas ser vista. En Mayéutica, lo que hacemos es ayudar a articular esas razones. Refinarlas. Hacerlas legibles, en el momento correcto, de la manera correcta, para la audiencia correcta. Bueno. "Eso es lo que hago".

“¿Y la gente te paga por este, servicio?” dice Ysabel.

"Generosamente", dice Reg.

Cucharadas en los platos de blanca sopa cremosa y espolvoreada con pimienta verde y negra y remolinos de aceite dorado, "Delicioso", dice Ettie.

"¿Es, es una sopa de marisco?", dice Reg.

"El vino es", dice Ysabel mientras Iona sirve de un tosco recipiente de arcilla en las copas esperando, "un Albariño, del lluvioso noroeste de España".

"Se necesita frutos del mar para una sopa de marisco", dice Ettie.

"Se puede hacer una sopa de marico vegetariana", dice Chrissie.

"Yo sé por qué", dice Jo mirando a Reg.

"¿Perdón?" dice Reg.

"Jo", dice Ysabel.

"La razón", dice Jo. "Puedo articularla muy bien". Tintineo del hielo mientras levanta su vaso medio vacío. "Él llevaba rojo", dice ella y drena el resto.

"¿Él?", dice Reg mirando desde el pie hasta la cabeza de la mesa y viceversa.

"Rojo y marrón", dice Jo, "aunque a veces se ponía negro y dorado o púrpura. Él tenía la mayor cantidad de caballeros enfeudados y gobernó el quinto más grande de esta maldita ciudad, y se ha ido ahora, y no va a regresar, así que me toca a mí llevarlo todo, para ella", y Jo levanta su copa de vino hacia Ysabel. "La Reina de la Ciudad de las Rosas", dice ella. Luys levanta su copa, e Iona y Christian, mirando de un lado a otro, levanta la suya, e Ysabel inclina la cabeza. "Así que", dice Jo. "Ahí lo tienes".

"Bueno", dice Reg, "eso es, sí". Chrissie toma la mano de Ysabel entre las suyas.

La pasta son nebulosos nudos de hebras translúcidas y finas manchados de verde con pesto, removidos con queso rallado. "Es repollo, ¿no?", dice Ysabel.

"Brotos, creo, Madam", dice Iona.

"Vaya", dice Reg. "Portland tiene una reina".

"Es como un juego", dice Ettie.

"¿Un juego?", dice Ysabel.

"Con los títulos", dice Ettie, "y la etiqueta. Yo creo que es encantador".

"Leo jugaba a eso", dice Chrissie.

"Leo", dice Reg. "¿Leo Barganax?"

"El Duque", dice Jo.

"¿Lo conocíais?", dice Luys.

"Trabajamos juntos, o más bien", sonríe Reg, "nuestro dinero lo hacía, en una serie de empresas conjuntas". Me presentó a Ettie y, por supuesto, a su encantadora hermana. Mira alrededor de la mesa. "Me entristeció saber de su fallecimiento".

Platitos de brillo amarillo y, dentro de ellos, crema rellena de champiñones oscuros, espinacas marchitas, y junto a cada uno un par de tres mitades de alcachofas tiernas de bordes chamuscados. "¿Tofu?", dice Chrissie probando una cucharada.

"Chawanmushi", dice Iona. "Huevo y cuajada de frijoles".

"No es un juego", dice Ettie cuchillo y tenedor ocupados con una alcachofa.

"¿No lo es?", dice Ysabel. "Lo que haces es arte, ¿no? ¿Y no es el arte un juego?"

"Ahí te ha pillado", dice Reg.

"No", dice Chrissie.

"Es lascivo", dice Luys.

"Ahora *tenemos* una palabra", dice Reg.

"No puedo ver el arte en lo que hacen. Lo que hacéis", le dice él a Chrissie en el otro lado de la mesa. "Perdonadme por hablar francamente".



"Entonces", dice Ettie, "¿crees que podrías...?", mientras Reg dice, "¿las has visto actuar?"

"No pretendo negar la habilidad", dice Luys, "el, el trabajo, lo que implica. Todo es muy...", suspira, toma su tenedor. "Es una apelación a un apetito simple y grosero. Un reflejo No veo arte".

"Quizás tú no lo veas", dice Ettie inclinándose alrededor de Reg, que levanta una mano, "Dices simple", dice Reg. "Dices grosero. Yo digo directo. Primitivo. Universal".

"Pero no es universal", dice Luys.

"Todos aman a una mujer hermosa", dice Reg, y "No", dice Jo, "no todos", e Ysabel resopla.

"Pero piensa", dice Reg, "sobre todo el arte, a lo largo de los años, la poesía, la pintura, las canciones, los emblemas que se han empleado, todos dedicados a, dependiendo de, la belleza de una mujer..."

"¿Y?", dice Jo.

"Está ahí", dice Chrissie. "Ya. ¿Por qué no usarlo?"

"¿Por qué no añadir a ello?", dice Jo.

Platitos para ensalada llenos de gruesas ruedas de tomate rojo sangre, relucientes con salsa y aceite, espolvoreadas con trozos amarillos de ajo asado, sal gris y pimienta negra. "Esto está fantástico", dice Jo, a Iona.

"En realidad", dice Reg, "deberíais hacer un video".

"Hemos...", dice Ettie y Reg dice: "No estoy hablando de las cosas de aficionados, las cosas filmadas por la audiencia, o lo que sea".

"Esto, para mí, es mágico", dice Iona, rodaja de tomate en su tenedor.

"Estoy hablando de video profesional", dice Reg. "Trailers, avances, para vuestro concepto general. Vuestra apariencia".

"El sabor de agosto", dice Iona. "En marzo". Ella muerde.

"¡Mierda!", dice Christian, y luego, "lo siento, no, no os reconocí, pero ... vi uno de esos, una vez. ¿No estabais ambas en un bar, con un hula hoop?". Y Ettie asiente medio encogiéndose de hombros. "Caray", dice Christian.

"¿Ves?" dice Reg. "Vuestras ideas, vuestro arte, pero profesionalmente filmado, editado..."

"Pero no hacemos películas", dice Ettie. "Hacemos teatro, bailamos..."

"Burlesque", dice Chrissie.

"Pues contratad personas, para las cosas que no sabéis hacer", dice Reg.

"Lo cual requiere dinero", dice Jo.

El tenedor de Ettie choca contra su plato, e Ysabel se reclina en la silla con la copa de vino levantada. Christian tose. "Sí", dice Reg. "La mayoría de las cosas lo requiere".

"Hemos estado intentando...", dice Chrissie, y Ettie dice: "Hemos estado recaudando fondos para que nuestro espectáculo despegue, el Ecdisis..."

"Sí", dice Reg, "strippers y una sinfonía, cierto. Es un gran gancho, pero eso es todo. Tal vez sea un éxito, tal vez no, pero si el programa es la culminación de una campaña, es algo que todos anticipan...", y él extiende sus manos.

"Tendríamos que empezar de nuevo desde el principio", dice Ettie mientras Chrissie dice: "No queremos hacer anuncios comerciales".

"Veinticinco mil te prepara bastante bien en el punto de partida",

dice Reg.

Luys toma un bocado de tomate cuando Iona se pone de pie y comienza a recoger los platos vacíos. "Oh", dice Ettie. Ysabel apura su vino. "¿Es una oferta?", dice Chrissie a Reg.

"Es un número redondo", dice Reg. "Lo suficiente como para meteros en el problema. Averiguar si algo más ayudará".

Christian deja escapar un bajo silbido entrecortado. Ettie se ríe negando con la cabeza. Ysabel se sienta erguida, se inclina hacia adelante y echa mano a la jarra de arcilla. "Diez mil", dice ella sirviéndose más vino. "Aquí mismo, ahora mismo".

"Ysabel", dice Jo.

"Pero para el espectáculo que queréis hacer", dice Ysabel tomando su vaso lleno. "La orquesta, la sala de conciertos. No esas películas pornográficas".

"No estoy hablando de pornografía", dice Reg.

"¿Ah no?", dice Ysabel.

"Ysabel", dice Jo. "Su gracia", murmura Luys, alcanzando su mano. Ella la aparta. "Eso es muy generoso", dice Chrissie. Christian está mirando de Jo a Ysabel, de Reg a Jo. Reg dice: "Mira, tenéis

opciones, ese es el asunto". Ysabel está bebiendo de su vino a grandes tragos. "Es un testimonio", dice Reg, "de lo que ya habéis logrado. No estaríamos aquí si no hubiera algo en ello".

"Dígame, señor Davies", dice Ysabel dejando su vaso vacío. "Reg. Responde a una pregunta para mí".

"Vale", dice Reg, la palabra sale medio riendo, "tú, tú, eres una reina, de modo que, debería decir ¿qué, majestad? ¿Es eso apropiado?"

"¿Crees que soy hermosa, Reg?", dice Ysabel, y él frunce el ceño y abre la boca para hablar, pero el vidrio tintinea y el tenedor choca cuando Chrissie se inclina sobre la esquina de la mesa al agarrar la mano de Ysabel "*No lo hagas*", le grita, tirando, e Ysabel parpadea, mira hacia abajo, lejos de Reg, asu mano en la de Chrissie, mira a Chrissie, a sus ojos azules, sus labios pintados, "Por favor ", dice Chrissie. "*No lo hagas*".

## **"La menor cosilla" / una Distribución / tu caso / Ebb-Tide, Cinnamon Twist, Chica de Toda América / Fenius**

"La menor cosilla", dice Anna con las yemas de los dedos en la frente, apartando un ala de cabello rojizo, "lo pone en marcha". Sobre la mesa entre sus codos, blanca taza redonda llena de leche al vapor vetada de café y cacao. "Y vuelvo allí mismo, a ese momento, al momento en que ella preguntó. El tiempo se detuvo, ¿sabes? Y todo sobre ella que yo había notado, sin notarlo, su sonrisa, el modo de moverse, aquellos... ojos", su propia mano cae, se agarra el antebrazo, las gafas detellan cuando alza la vista, una pálida sonrisa hacia Gloria, sentada frente a ella. "El olor de la luz del sol, en su cabello. Todo cayó aplastando, y lo sé, lo sabía", vuelve a bajar la mirada negando con la cabeza. "No había otra respuesta, no había otra cosa que decir. Nunca habrá otra".

Envuelta en las manos de Gloria, una pálida taza verde de té rojo, humeante. "Fue", dice ella. Detrás de ella, hileras de estanterías perfectamente alineadas con libros. «Romance», dice un letrero al final de un estante. «Romance Paranormal». «Humor». "No fue nada de eso", dice Gloria. Da un sorbo. "Yo nunca la había visto antes. Pero las luces, y la música, todo el mundo, Yo simplemente, fue un impulso. Dije sí. Y, y fue como, todo", aparta la mirada, se lame los labios. Otro gran sorbo de té. "No me la puedo quitar de la cabeza".

"El", dice Anna, "el sabor de, ella".

"Nosotras, yo, ah, nosotras nunca", dice Gloria rápidamente.

"Lo siento", dice Anna sentándose hacia atrás. Ajustando la falda sobre sus piernas cruzadas. "No es fácil hablar de eso. Yo, um, es..."

"Yo pinto", dice Gloria. "Es lo que hago, con el dinero. La mayor parte. Pinturas. Lienzos. No dejo de hecer el mismo. Una y otra vez. Yo, no puedo", baja su taza, aparta la mirada.

"¿Ayuda eso?"

Gloria niega con la cabeza. "Pero no puedo parar", dice ella.

"Me gustaría verlos", dice Anna.



Los diamantes de imitación destellan bajo luces fluorescentes cuando el hombre del traje de nudismo melocotón se gira y empuja, y el hombre con la gran barba rubia tropieza con un golpe sorde contra un SUV blanco, rechinar de botas marrones sobre hormigón pulido. "Desenvaina", gruñe el hombre del traje de nudismo, "o cierra tu sangrante boca".

"Hey", dice el hombre del traje gris con una lata de soda en cada mano.

El cuarto hombre, abrigo de terciopelo rojo desgastado y manchado, arrugado con intrincados bordados, estira el brazo hacia al hombre

con el traje de nudismo y más destellos y chispas. "No *me*" gruñe al hombre del traje. "Él es chusma, y responderá como chusma, o habré de recibir satisfacción". El hombre rubio, Chilicoathe el Arpista, se impulsa apartándose del SUV para escupir a los pies del hombre del traje, que dice: "Oh", y levanta su brillante brazo, la luz se acumula sola en su mano cerrada.

"Hey", detrás de ellos. "¡Hey!"

Chili baja la vista, ceñudo, y el hombre del traje nudista agita la llama de su mano. "Su gracia", dice el hombre de la sudadera gris, agachando la cabeza. Jo está marchando por el garaje del estacionamiento con su abrigo negro, su sombrero vestido a rayas de tiza y un elegante maletín de aluminio en la mano. Tras ella, Luys con su anodina chaqueta marrón y Christian con su traje amarillo claro. "Con su perdón, señora", dice el hombre del traje de nudismo, "pero tenemos negocios, el Arpista y yo..."

"¿Doy la impresión de que me importa?", dice Jo pasando junto al SUV hacia el coche pardo estacionado al lado. Levanta el maletín sobre el maletero, mueve las cerraduras de combinación, haciendo clic al abrir los pestillos. "Vale, muchachos", dice ella abriendo el maletín, y la luz dorada la baña mientras todos se reúnen. El hombre del abrigo de terciopelo rojo silba. "La mayor parte de esto es para reemplazar lo que robaron anoche", dice Jo. "Pero tenemos algo extra".

"Eso diría yo", dice el hombre de la sudadera gris.

"Su Majestad provee", dice Jo. "Vale. Está dividido, pero dado que este nos ha pillado algo por sorpresa a todos, vamos a entregar, en lugar de esperar la recogida. Así que. ¿Medoro?" Sostiene una bolsa



de plástico para congelados llena de polvo. "Este va a..."

"Es Astolfo, Madam", dice el hombre de la sudadera gris.

"Estás de broma", dice Jo. "¿Vosotros, tíos, vais a andar jodiendo conmigo en este momento?"

"Se lo aseguro a su gracia", dice él.

"Esto es para los conejos", dice ella tendiéndole la bolsa. Él mira a su alrededor. "¿Alguien quiere un poco?", dice sosteniendo las latas. "Es Coca-Cola mexicana".

"Um, claro, hey, gracias", dice Christian dando un paso para tomar una, pero Chili extiende una mano para bloquearlo, "¡Solo caballeros jurados, en una Distribución!"

"Tonterías", dice Jo, y todos la están mirando. "A menos que Panecillo haya estado escondiendo una insignia dentro de esa cabeza de pelo que tiene".

"Su gracia", dice Chili, "este niño no debería..."

"Es un amigo mío, el Arpista, así que ten cuidado. ¿Conario?" Le arroja una bolsa al hombre del traje de nudista, quien la atrapa, alarmado. "¿Cómo te llevas con el Marqués?"

"Tan, tan bien como podría, su gracia", dice.

Jo mira atrás sobre un hombro, sobre el otro, ahí está el hombre del abrigo de terciopelo rojo, frotándose las manos. "Pwyll", dice entregándole una bolsa, "ve a molestar al Vizconde. En cuanto a lo del Rey, yo me ocuparé de eso, y nuestra propia parte se ha dividido, la entregaremos en el próximo par de días. Chili ". Él está echando mano al maletín, pero ella lo cierra sosteniendo en alto una bolsa, notablemente más pequeña que las otras. "Necesitaré que lleves esto a casa de Ladd. Esta noche".

"Pero, su gracia", dice Chili, y un gesto al maletín.

"¿Pero?" dice Jo todavía sosteniendo la bolsa.

"El ladrón me está siguiendo, su gracia. Yo podría enmendarlo".

"Pues haz lo que te ordena el Duque", dice Jo.

"Con todo el debido respeto, su gracia", dice Chili, "pero... ¿habéis estado arriba? ¿Con la Reina?" Y Jo deja caer la bolsa dentro del maletero. "¿Qué tiene eso que ver con nada?", dice ella.

Boca fija dentro de esa gran barba rubia, dice: "Habéis estado bebiendo".

Jo parpadea.

"Madam", dice Chili.

"¿Qué pasa con eso, el Arpista", dice Luys con las manos en las caderas.

"El Masón", dice Chili, "no quiero faltar el respeto a su Majestad, pero..."

"¿Ni a alguien más?", dice Jo mientras se aparta hacia la rampa que sale del garaje, alguien vitorea. "Hazte un favor, Chili", dice ella. "Toma la bolsa, cállate y vete".

"Bueno, ¿dónde está la fiesta?", dice alguien y todos quedan en silencio, Conario con su brillante traje y Pwyll agachando la cabeza, Astolfo, soda en una mano, bolsa en la otra, mirando a su alrededor, y Luys cruzando los brazos cuando Christian retrocede. De ese camino, un copete oscilante rosa anaranjado, llega Lymond con una gabardina sobre un traje verde opaco, una corbata negra anudada sin apretar alrededor del cuello abierto de la camisa. "¿Me la he perdido?", dice él.

"Más o menos, se mojó la mecha un poco antes de tiempo", dice Jo.

"¡Caballeros!", dice Lymond. "Siempre un honor. No dejen que les retenga". Ya se están alejando, Astolfo y Pwyll y Conario, con las bolsas en la mano, y Chili toma la bolsita del maletero del coche y

se dirige tras ellos hacia la rampa, subiendo y saliendo. "No necesitaba eso", murmura Jo.

"Qué", dice Lymond alegremente. "¿Eso? Eso no fue nada. Me encuentro con un repentino antojo de fideos. He oído que podrías estar haciendo una visita".

"¿Luys?", dice Jo volviéndose y haciéndole señas. Christian apura lo último de su refresco. "Reúne a los demás. Sigue a Chili ", dice Jo.

"¿Estás segura?", dice Luys con las manos en los bolsillos y los ojos en las botas.

"Es personal", dice Jo tranquila, cercana. "La bandida no quiere el ovr, ella le quiere a él. Mira", pone una mano sobre su hombro, y él alza la vista para mirarla a los ojos. "Síguele. Si lo entrega sin movidas, yo estaba equivocada y puedes seguir su estela por toda la ciudad porque tal vez necesitemos tu ayuda. ¿Vale?"

Él asiente.

"Y llévate a Christian contigo. Por si acaso".

"¿Tú vas a salir?", dice Christian.

"Que no te hagan daño", dice Jo, "pero esta vez, no salgas corriendo". Y luego, a Lymond, "Nos llevamos mi coche".

"Claro", dice. "Pero conduzco yo".



La habitación ahora oscura, la mesa ha desaparecido, las velas y las sillas, los sofás han vuelto bajo de las ventanas de izquierda a derecha en las paredes que se estrechan hasta un punto, y allí la gran silla marrón donde se sienta acurrucada en blanco y dorado , copa de vino en la mano. "No está cerrada", dice, y la puerta al apartamento se abre. "No esperaba que volvieras", dice Ysabel.

"Ella era su cita", dice Chrissie, insegura sobre los talones delgados, hombros cubiertos de falsas pieles blancas. "Yo la tuya".

"Y aún así", dice Ysabel sentándose, bajando los pies descalzos al suelo. "Tenías que acompañarlo para despedirle".

"La inversión tiene sus ventajas. ¿Quieres que me vaya?". Clic del tacón cuando ella baja un escalón y "No", dice Ysabel.

"¿Estás enfadada?", dice Chrissie dejando que las pieles se deslicen por un hombro. "Estamos muy agradecidas". Y por el otro. "Él nunca habría llegado tan alto sin ti".

"Ya, sin mí", dice Ysabel.

"Tú *estás* enfadada", dice Chrissie bajando una mano, dejando que el peso del abrigo se deslice por el hueco de su codo hasta bajo para caer de blanco sobre los escalones. "No *estés* enfadada". Clac del tacón cuando baja otro escalón. "Todavía puedes darnos lo que quieras". Deshaciendo un lazo en su hombro, y un panel asimétrico cae dejando al descubierto un pecho fantasmal a la tenue luz de todas esas ventanas a su alrededor.

"Qué generoso de tu parte", dice Ysabel.

"Siempre que quieras", dice Chrissie desenganchando una solapa de su cadera, abriendo una cremallera, otro clic de sus precipitantes tacones. Su vestidito negro se separa cayendo al suelo.

"Dame una razón", dice Ysabel y, sobre esos tacones tan firmes y seguros, viene Chrissie hacia ella, la luz de la calle a través de esas oblongas y romboidales ventanas se vierte por encima del balanceante desnudo de piernas y vientre, brazos y senos. "Expón tu caso", dice Ysabel, y Chrissie se para ante la silla, entre las rodillas drapeadas de blanco de Ysabel, severo cabello amarillo alrededor de sus casi sonrientes ojos, labios separados, un aliento aspirado cuando Ysabel se inclina hacia adelante, mano sobre una rodilla desnuda, la nariz acariciando vientre y los labios dando el más breve de los besos en la mano, ligeramente &3 piel de gallina, junto a un muslo, yemas de los dedos anidan el pliegue que asciende hasta la cadera, pulgar junto al elegante puchero de la vulva. "Yo podría", dice Chrissie, "responder a tu..."

"No", dice Ysabel.

El siseo de una respiración. "Gracias, entonces, por..."

"Shh", dice Ysabel.

Chrissie, casi frunciendo el ceño, boca aún abierta con palabras sin pronunciar antes de otro intensa respiración entre sus dientes. "Me", dice ella, "complació que tú no", alzando las manos, flotando a sus costados, "presionaras, las cosas, con Reg", y un estremecimiento, una sacudida, tratando de mantener el equilibrio, una mano y y la otra en la cabeza de Ysabel, dedos entre los rizos negros. "Tú", dice Chrissie, "tú, tú no", y otro aliento, "no vas a hacer esto fácil", dice ella. "¿Verdad?"

"Para de", dice Ysabel contra esa piel, "pedir lo que ya he regalado, y sí". Mirando hacia arriba. "Lo haré".



Él apaga el motor y mira hacia ella frente a él, "¿Chili?", dice él.

Ella está recostada en su asiento, ojos cerrados, cuello de su abrigo negro subido alrededor de la garganta. "Expuesto", dice ella. El maletín de aluminio en el suelo entre sus zapatos rojos.

"¿Preparada para esto?", dice con el ceño fruncido sobre ojos saltones, uno azul, otro marrón.

"No nos van a asaltar", dice Jo. Sentándose recta, y un suspiro sacudiendo la cabeza. "Menudo día", dice ella. " Descubrí a este

viejo amigo. Llevaba meses buscándole. Él está, bueno, está trabajando para mí. Lleva trabajando un par de semanas".

"¿Sí?" dice Lymond.

"Yo no lo sabía", dice ella.

"Pero ahora lo sabes. ¿Y él está bien? ¿Le estás cuidando?"

"Ray", dice ella. "Yo no lo sabía".

Él sonríe. "Bienvenida a la alta gerencia. Con la mierda que yo no sé", y él niega con la cabeza. "Podrías escribir un libro". Baja la vista a sus manos. "¿Cómo está mi hermana?", dice.

"¿Cómo está la nueva Prometida?", dice Jo.

"Ella no es", dice Lymond, y luego, respirando hondo, "Ella no es la Prometida de nadie", dice.

"Sólo mantienes tus opciones abiertas", dice Jo.

"Y no has respondido a mi pregunta", dice Lymond.



Jo mira hacia otro lado, hacia la ventana cubierta de lluvia de neón. "Intentó regalarle diez mil dólares que no tenemos a su maldita novia".

"Ella", dice Lymond, "intentó, ah", levanta la mano buscando una palabra. "Entonces, no lo hizo. Lo cual es bueno. Y si lo hubiera hecho, estoy seguro de que habrías resuelto algo".

"Tengo que resolver demasiadas malditas cosas", dice Jo. "Mejor será que sepas qué demonios estás haciendo".

"Es bastante gracioso, ¿que no lo sé?", dice Lymond, inclinándose sobre el volante, mirando a través del parabrisas hacia el letrero, «Fideos de Arroz KJ Tienda y Restaurante», dice bajo el logotipo iluminado de la Lotería de Oregón. "Quiero decir, ¿entramos andando sin más por la puerta principal o qué?"

"A mí me vale", dice Jo abriendo la puerta de un empujón, levantando el maletín, disparando sus zapatos rojos hacia el pavimento.

Un bong electrónico cuando él abre la puerta y ambos entran, el recibidor brillantemente iluminado, y allí, junto al mostrador vacío con frontal de cristal, un hombre grueso con una ajustada camiseta negra, hombros suavemente redondos y tatuajes descoloridos en la sien. "Has traído a un hombre nuevo", dice él.

"¿Qué, Ray?", dice Jo mirando a Lymond. "No te preocupes de Ray".

“Un hombre nuevo, y has traído eso tú misma”, Wu Song cruza los brazos sobre su pecho. “¿Problemas?”

"Cuando quiera alguna vez consejos", dice Jo, colocando el maletín sobre el mostrador, "me aseguraré de preguntar".

"Por supuesto", dice Wu Song.

Y Lymond dice: "Espera. ¿Esto es todo?"

"Hasta el próximo trimestre", dice Jo.

"Pero yo...", dice Lymond con un puchero teatral, "quería unos fideos".

Wu Song se encoge de hombros y luego sonrío. "El mejor de la ciudad", dice.



Aquí y allá, cerca de la hierba, pequeños carteles plantados que dicen, blanco sobre negro, «Ebb Tide, Barbra Streisand, Cinnamon Twist, Chica de Toda América, Las Kincaid». Tras cada uno, amontonados hileras de nuevos tallos verticales de rosas verdes, surgidos de las protuberancias barbadas de arbustos decapitados. Ella de pie ante ellos, esperando, envuelta en un gran abrigo, cuello vuelto de piel de oveja, y sobre su cabeza una máscara de cabeza de

caballo con los ojos saltones y un bate de béisbol en la mano. "¡El Arpista!", brama ella, voz amortiguada por esa máscara.

Él viene por la mitad de la calle jalomada de árboles, brazos extendidos, "¡Quiero mi abrigo!" brama él echando a correr. Esa cabeza de caballo se tambalea y cae, el balbuceo de una carcajada amortiguada, y ella planta sus pies, levanta el bate, pero con un roce y un derrape de sus botas, él se detiene cerca de la plaza y ella se da vuelta, balanceando el bate hacia arriba, «cloc», para parar la espada de Luys y empujarle para enviarlo tambaleándose hacia atrás, "¡El Masón!", grita Chili, agraviado, mientras la mujer de la máscara se agacha bajo el golpe de un dardo arrojado por una figura toda de negro. "¡Emboscada!", ruge ella a través de la máscara, retrocediendo en una danza entre la hilera de rosas. "¡Bandidaje!", chillaba Luys, espada enarbolada siguiéndola. "¿Gerlin?", dice Chili cuando un hombre corpulento con una chaqueta de esquí marrón y negra pasa corriendo junto a él, blandiendo una hoja larga y de punta cuadrada sobre la cabeza, seguido de esa figura toda de negro. "¡Traición!", la voz apagada, y "¡Cobarde!" Crujido y estocada y corte, otro pase de espada y bate, más sibilantes dardos, "¡Espadón!", aulla Luys, "¡Córtala en dos!"

Chili se arrodilla, su mano un puño que llama en el pavimento, y el sonido del latigazo de una cuerda saca de un destello de luz una espada de hoja corta, una gruesa empuñadura y un pomo dorado y pesado. Se levanta. Sube entrando al jardín, acelerando el paso, alzando la espada sobre la cabeza, pasando con un empujón al hombre de la chaqueta de esquí hacia Luys, quien tiene su espada hacia atrás para dar un mandoble y «clanc», el roce de hoja contra hoja, Luys impulsado por el golpe inesperado, tropieza con una línea de rosas. "Ella es mía", brama Chili, girando, pero no a tiempo de evitar esa hoja de punta cuadrada, un corte que desgarró su suéter, cortando desde la costilla hasta la cadera, "mi combate", gorjea él cayendo al pasto mientras las rosas se agitan a su alrededor.

"Gradasso", avisa Luys con su espada en alto y preparada. "¡El Gañán!"

"La perdí", el grito de respuesta. El hombre todo de negro subiendo desde el otro extremo del jardín. "Se fue hacia el Sur", dice señalando con un dardo. "Por allí", cambiando, "o por allá".

"La perdiste", dice Luys.

"No tenías *derecho*", gruñe a Chili. "Su disputa es conmigo *conmigo*". Un brazo aferrado a su suéter desgarrado, respirando superficialmente, sonoramente, rápido. "Ella me llamará cobarde, dirá..."

"¡Ella está exiliada!", grita Luys. Mano a la frente. "Es una forajida. No le dirá nada a nadie. Pero *vosotros*", dando la vuelta, allí entre las rosas pisoteadas. "El Gañán, el Espadón", lanza un gesto hacia el otro extremo del jardín, "id. Haced lo que podáis ", y mientras se alejan, él se arrodilla. "Tú", le dice a Chili. "Todavía tienes una entrega que hacer".

"Necesitaré un momento", dice Chili con las manos mojadas en el regazo.

"No faltaría más", dice Luys. "Pero no tomes ni una pizca, ni el más mínimo grano, para ayudarte".

"Yo nunca *haría...*", dice Chili frunciendo el ceño sobre una gran

barba rubia.

"Pero tú aí", dice Luys poniéndose de pie, "pusiste una pizca de ello en riesgo, y nuestra amistad con el Este, la palabra de tu Duque, todo por tu mezquina venganza".

"Duque", dice Chili con una sonrisa apenas escondida.

"Ponte a tus tareas", dice Luys, y él se aleja por las rosas.



"¿Quién es?", dice Agravante pasando una página del libro encuadernado en cuero en su regazo.

"Una entrega, señor", dice el hombre sombrío y delgado con un traje negro, barbilla metida tras un alto cuello blanco.

"Horrorosamente tarde", dice Agravante quitándose las gafas, alzando la vista, libro ahora cerrado en un dedo. Blancas trenzas desatadas, sueltas sobre los hombros.

"No quiso decir una palabra, pero presentó esto", y el enjuto hombre extiende un paquete sin forma envuelto en papel marrón, atado con una cuerda. "Con los cumplidos del Sudeste".

Agravante toma el paquete y le da vuelta, encontrando una esquina del envoltorio de papel para abrirlo, la mirada agradablemente perpleja en su rostro se desvanece cuando una tenue luz dorada brilla en sus dedos.

“¿Algo anda mal, señor?”, dice el enjuto. Su nariz y mejillas están manchadas con extravagantes flores de ginebra.

Agravante, cerrando la esquina doblada, niega con la cabeza, "No como tal", dice poniendo el libro a un lado. "Me retiraré ahora", dice poniéndose de pie, apretando el cinturón de su pálida túnica azul, paquete en mano. "Sea tan amable de alertar a los caballeros: los querré aquí un poco antes del almuerzo de mañana". Sonríe. "Para informar. Nada desfavorable". Y luego, cuando el enjuto se da vuelta para irse, "¿Sabes?", dice Agravante, "¿qué es lo peor de los rezos atendidos?"

“¿Rezoz, señor?”, dice el enjuto hombre.

"Ciertamente", dice Agravante.

Entre los postigos de ese cuello, su barbilla se mueve de un lado a otro, y de nuevo, "No entiendo, señor", dice el enjuto hombre.

"Está bien", dice Agravante dándole una palmada en el hombro. "Que tenga una buena noche".

Subiendo una larga escalera recta en el vestíbulo de la casa, con una

túnica pálida fantasmal en los pasillos sin luz del segundo piso, paquete bajo el brazo, Agravante abre una fina puerta en una estrecha escalera de caracol.

Una habitación redonda en la parte superior, ventanas abatibles por todas partes, abiertas por la noche, una insegura llovizna agitan los árboles oscuros. Cajas de cartón llenas de ropa apiladas aquí y allá, y más ropa esparcida por el suelo de madera sin acabado. Una cama de hierro forjado allí, una mesa con superficie de mármol al lado, un reloj despertador parpadeando «12:00», «12:00» y una lámpara de lectura apagada. Un libro de bolsillo, hinchado, arrugado con lluvia vieja, bordes llenos de moho, tapa descolorida, título legible que dice «El Legado de Chanur». Él levanta el brazo para dejar caer el paquete, echando mano al libro, pero lo que aterriza sobre la almohada es una diabólica cajita-cesta tallada de un único trozo de madera roja oscura. La mira un momento. Tira de la cadena de la lámpara, esta ilumina su pantalla de cristal azul y él se sienta, cautelosamente, en el borde de la cama. Gira la cajita-cesta a la luz, las caras acordonadas y sin costuras, pepitas talladas en cada una, una llama, una nube, una gota de agua.

"Fenius", se dice a sí mismo. Su gran cabeza blanca pende agachada.

# Al Abrir la puerta / lo que ella Quiera

Al abrir la puerta del apartamento, ella se recuesta contra él, con la cabeza apoyada en su hombro, "Es sólo que", dice ella, "un caballero más calculador habría acompañado al Rey a casa". No a una humilde Duquesa".

"Su majestad no necesita mi ayuda", murmura Luys admirando su pelo rojo rojo.

"¿Estás diciendo que yo sí?", dice Jo, buscando un beso. Abrazados uno con el otro, tropiezan con los escalones hacia la cocina, besándose, él le desabrocha un botón del vestido, ella le agarra la mano y le aparta la boca. "Qué", dice, "Milady", pero ella niega con la cabeza mirando hacia el pasillo oscuro, las puertas cerradas. Hacia la luz bajo la puerta de la izquierda. Alejándose de él, dice "No dejé una luz encendida", dice ella.

Es la lámpara de la mesita de noche, un aplique con brazo en ángulo sacado para iluminar el grueso librito abierto sobre el regazo de Ysabel. Ella está sentada en la esquina con las almohadas apiladas detrás de ella, las rodillas cubiertas en las mantas. "Lo siento", dice ella mirando a Jo en la puerta. "Pero sus ronquidos son terribles".

"Ella volvió", dice Jo con el pelo rojo revuelto y la mano manteniendo cerrado el vestido.



"Ella volvió", dice Ysabel, y luego, sentándose, "oh", le dice: "oh, Luys, él, tú, Jo, lo siento", deja el libro a un lado mientras Jo dice "No, está bien, quédate. Quédate".

"No", dice Ysabel levantando las mantas, "Puedo soportar el ruido, déja que sólo..."

"Ysabel", dice Jo. "Está bien. Es tarde de todos modos. Sólo dame un minuto".

Luys se encuentra en la puerta abierta del apartamento, su mano en el pomo de la puerta. "Entonces", dice, "¿mi casa, no la tuya? ¿Qué es eso?"

Ella sostiene una bolsita de plástico, una generosa cucharada de polvo dorado. "Tengo que llamar a Tommy Tom desde aquí en un minuto", dice ella. "Cuando me diga cuánto va a requerir arreglar las rosas que rompiste, quiero poder decirle que estás en camino".

"El trabajo de un vasallo nunca termina", dice tomando la bolsita de su mano.

"Te lo compensaré", dice ella. "Desayuno. Desayunaremos. Sólo nosotros dos. Una comida adecuada".

"No hay nada que compensar, Milady".

"Sal de aquí, con tu Milady", dice ella, y lo besa.

"Eres hermosa", dice.

Jo cierra la puerta de su habitación y se queda allí un momento, ojos cerrados y cabeza apoyada en la jamba. "Una menos", dice ella. Abre los ojos. "Noventa y ocho para terminar".

"Día largo", dice Ysabel.

"Más que un día", dice Jo colocando su teléfono en la mesita de noche, un llavero, un clip de dinero pinzando un fajo de billetes. "¿Desde ayer? ¿Mañana?" Se quita los zapatos con unas patadas, deja caer el abrigo. "Me siento", dice dándole la espalda. Bajo las ventanas, los tres o cuatro cajones de madera llenos de ropa cuidadosamente doblada. Queda de pie allí, meciéndose, una mano en el pecho, allí entre las solapas de su vestido medio desabrochado. "Déjalo sin más", dice Ysabel leyendo su libro. "En el suelo. Estará bien".

"¿Sí?"

"Te queda bien", dice Ysabel, mientras Jo deshace más botones. "Deberías llevar cosas bonitas más a menudo".

"Sí", dice Jo, agachándose sobre un cajón, entra como un gusano en una camiseta negra. "Claro". Un demonio rojo mira maliciosamente en la parte delantera, forrado y asomando por una agrietada

serigrafía. Tiritando, se arrastra debajo de las mantas. Ysabel se sienta hacia adelante, tira para liberar una almohada y la lanza al pie de la cama. Se inclina sobre Jo para dejar su libro en la mesita de noche. Apoya la cabeza sobre el hombro de Jo, cuando Jo apaga la luz. "Tu amigo", dice Ysabel. "Christian. Tienes que hacer algo con él".

"Él está", dice Jo, "ah, ¿está en el sofá de Iona esta noche? Eso creo, no sé si..."

"No", dice Ysabel. "Quiero decir, no puede seguir corriendo por ahí con, con quien sea. Diste un gran paso con él esta noche".

"¿Lo hice?", dice Jo moviéndose sobre su almohada para mirar esos rizos negros. "Entonces", dice ella, cerrando los ojos, un bostezo. "¿Qué sugieres?"

"Necesitamos un nuevo Tirador", dice Ysabel.

"Estoy bastante segura que", dice Jo, "nunca ha tenido un arma en su vida".

"También necesitamos una Daga, si prefieres".

"¿Y puedo hacer eso?", dice Jo. "¿Eligir a alguien, a un maldito Gallowglas, puedo convertirlo en un caballero?"

"Tú eres el Duque", dice Ysabel. "Puedes hacer lo que quieras".

"Es bueno saberlo, su majestad". Sus ojos se abren, "Mierda", dice, encendiendo la luz, alcanzando el teléfono, "casi lo olvido, tengo que llamar al maldito Soames".



Cabello negro suelto, flequillo blanqueado, pintura roja manchando una mejilla redonda, mugrienta camiseta blanca extendida, distorsionadas letras manuscritas que dicen «Bastón Milagroso y Esas Asombrosas Trompetas». Ella deja caer su pincel sobre el improvisado taburete. Toma un tubo de pintura, exprimiendo una punta en la yema de su dedo, un verde brillante, manzana y vidrio, un verde como una llama extraña. Dando un paso atrás, su camiseta se levanta, un michelín callendo en negro satén por las caderas. El lienzo ante ella una maraña de cabello en gruesos trazos negros, una línea como mejilla, una boca, todo amontonado en la parte inferior, y un brazo, la sugerencia de un brazo, el movimiento de un gesto de un brazo extendido hacia arriba y más arriba. Una ovación desde algún lugar detrás de ella, una carcajada resonando entre los sombreados bultos, equipo, cajas, alguien invisible a la luz de la lámpara de mano que pende sobre su cabeza mientras ella se gira, mira hacia la oscuridad, una mano contra la luz, dedos brillando con ese verde ojo-transportado. "Mar", dice ella. "¿Lo tienes?"

"¡A quién le importa!" La voz, contralto, rebosante de alegría, algo golpea, un bate contra un braguero, "¡A quién le importa una buena", bang, "¡Putas!", clang, "¡Mierda!" y un repique de carcajadas. Danzando hacia ella por el corredor sombreado, una figura en un abrigo, cuello vuelto de piel de oveja en una masa de rizos enredados que se aclaran, empalidecen mientras se pavonea hacia la luz, una nube de crema enmarañada sobre la cabeza. Deja caer el bate en el suelo, y el plop de una máscara de cabeza de caballo

vacía. ¡El réprobo abjurador propuso emboscarme! El tercio de una docena, contra mi bate de madera... ¡pero, a menuda persecución les conduje!"

"Genial". Se vuelve hacia el lienzo, pero sus dedos untados de verde dudan sobre el salvaje rostro borroso, allí debajo del mismo. Ella se endereza, toma un trapo para limpiarse manchándolo de verde. "Fui a ver a los abogados hoy", dice ella.

"¿No tienes frío?", dice Marfisa, sentada en un apaleado sofá verde, allí al borde del círculo de luz. Comienza a quitarse una bota del pie.

"Hubo un problema con una tarjeta de crédito. Conocí a alguien allí. Anna Nirdlinger? Ella, ella solía..."

"Sé quién es", dice Marfisa, colocando la única bota en el suelo. "La amanuense de la Reina".

"Bueno, ahora ella es una asistente legal, allí en la empresa. Ella, ella quiere venir a ver las pinturas".

"¿Por qué le hablaste de las pinturas", dice Marfisa.

"Ella está, bueno", ese trapo verde cae al taburete. "Ella es como tú, Mar. Ella es como yo".

"¿Qué significa eso de que ella es como nosotras?"

Mordiéndose el labio en una sonrisa sin humor, mira hacia las sombras, "Que me jodan si lo sé", dice Gloria Lunes.

# N° 24: Vilísima Et Ínfima

## las gafas de sol en el tocador / Ascendiendo

Gafas de sol negras sobre el tocador, bien dobladas, lente izquierda con espirales en forma de arácnidas letras escritas en blanco. Forma de arácnidas letras entintadas en el espejo encima de él, las elegantes confusiones de un párrafo, cada línea estrechándose, rizándose hacia abajo a la derecha, y la última dejando un rastro de tirabuzones en la parte inferior del cristal. Tras esas líneas, su reflejo, el masivo volumen de él encajado en una camiseta negra, su barba, enmarañado arbusto de caoba a la llana luz blanca de la habitación, su cabello, suelto, aleros de rizos vagamente rizados aún encrespados tras largo confinamiento, todo ello un matorral sin hojas cerca del erizado taco de su nariz, redondas lomas de sus mejillas, los entornados ojos, rojo y marrón. "No me lo dijiste", dice él, un graznido oxidado.

"No quisiste saberlo", dice.

"¿Cómo puedes decir eso?", dice él.

"Le diste la espalda", dice.

"Eso es mentira", dice él.

"Sabes que eso es mentira. ¿Cómo puedes decir eso?"

"Tú has dicho eso". El tempo de su respiración está acelerado, zarcillos de barba y bigote se alzan, aleteando con cada explosiva exhalación, hasta que se recompone. "Tú lo hiciste", dice él, un afónico susurro y su aliento se vierte en un sereno y lento suspiro. "Tú *lo hiciste*", dice él. "Lo seguiste haciendo. Lo sabías. Siempre lo supiste. Simplemente no querías saberlo".

Se pone en pie. Ha estado sentado en una estrecha cama, discretamente hecha, una manta raída, beige, doblada cuidadosamente a la cabeza de la misma junto a una almohada. Las paredes de un verde oscuro arrugadas por viejas grietas sobrepintadas y yeso caído, la única ventana desnuda, calentada por la pulsante luz de neón exterior, ora apagada, ora encendida de nuevo, y cuando está apagada, la más débil y pálida luz amarilla de la farola. A través de ese cambiante telón se puede ver las ventanas sin luz en otros edificios. "Deberías haberlo dicho", dice él mirando de un lado a otro, a su reflejo, su sombra en el cristal.

"Te quedaste", dice dando un paso a un lado. Lejos de la ventana, mano en la pared. Ahí la cama, ahí el tocador, ahí la puerta, ante él. "No te marchaste", dice. Otro paso. "No te marchaste", dice.

Esas gafas de sol tiemblan sobre el tocador, rebotan, se dan vuelta cuando un brazo se levanta. Sus manos alzadas mesan hacia atrán el cabello rígido y liso mientras observa mecerse las gafas de sol, reduciendo, parando.

"Tienes que salir de aquí", dice Philip Keightlinger.



Alas revolotean y se posan, un gorjeo, un timbre, el crujir de la paja, un cambio de peso, las semillas se dispersan por el suelo. "¿Chico?", dice una voz ronca. Emergen vitores, silbidos y gruñidos, el graznido de un grito, ruido de cadenas, crujidos de madera, sombras se enroscan y se avalanzan y se extienden, como alas. "Chico, son después de las seis. Yo ya he tomado café. Encorvado sobre una figura, rebusca bajo las bajas jaulas que se balancean y se acomodan. Semilla crujiendo bajo un pesado paso. Al final del porche para dormir, una mesa baja, un saco de dormir cuidadosamente enrollado a su lado y, sobre él, una radio despertador, en silencio, desenchufada. Se rasca la calva oscura sobre un firme círculo de rizos blancos. "De acuerdo", dice él volviéndose, "él no lo está", y se agacha, arrastrando los pies regresa entre las jaulas durmientes.



Fuera, el susurro de la llovizna, los regueros goteantes, la filtración arrugada, los golpes y timbres y una temblorosa salpicadura racheada desde los árboles sobre la cerca. Junto a la puerta, una caja de cartón, bajo ese vuelo de escaleras atornillado a la parte trasera del viejo edificio de ladrillo. Se asoma por debajo de ellas, mano extendida, palma arriba y alzando la vista hacia el suave cielo oscuro y sin estrellas. Una lúgubre bruma, en esa dirección, las luces del centro de la ciudad. Se pone en cuclillas, consciente del barro, wrestling up the rain-soft box, squelch and plep, duck-walking back, pulling him upright, groan and glower.

En el interior, cruza una angosta cocina, todo linóleo arañado y armarios oscuros, sigue por un pasillo estrecho alineado de estantes, divididos en cubículos, embutidos aquí y allá con pares de zapatos no coincidentes. El traqueteo de una cortina de cuentas y hasta una mesa de trabajo con una alta montaña de más zapatos, donde el anciano pone la caja. Cepillando el frontal de su abrigo, levanta con cuidado una solapa empapada, mete el brazo para sacar un zapato, un zapato de fútbol de cuero negro y marrón, inmundo, el cuello de este hecho jirones por encima del talón. Lo arroja sobre la pila, saca otro, uno de tacón de cuña de color coñac. Alguien está tocando a la puerta.

"Aquí", dice él dsbloqueando la puerta, abriéndola con un tintineo de la campana, "aquí", encendiendo las luces en la ventana delantera, «George's», dicen las letras pintadas en rojo y amarillo en un arco por el cristal. «Zapatos Reparados». Un hombre con una chaqueta de esquí marrón y naranja empuja al cruzar el umbral, una nevera rojo sombrío en las manos, seguido por una mujer con un chubasquero verde que lleva un balde de plástico de almacén lleno de platitos llenos de costra. "Por allí", dice el anciano, "sobre el mostrador", mientras sale a la acera, "¡Hita!", llama él a una mujer llegando por la acera, abrigo marrón cerrado sobre un mono azul, largo cabello negro bajo un pañuelo. "¿Echas una mano?" Él saca y agita un llavero para encontrar la llave que abre la puerta de un coche azul celeste. La luz del centro de la ciudad en esa dirección se va desvaneciendo en el aclarado cielo encapotado. Él levanta una caja de cartón del asiento delantero, impresa en el lateral con tacitas de café y una espita a un lado. Se la entrega a la mujer del

pañuelo y se inclina para buscar otro. "Cogeré los donuts", está diciendo él.

La sala delantera de la tienda está ahora llena, impermeables y monos, uniformes marrones y ocre y beige, humeantes tazas de espuma de poliestireno. "Mejor que nunca que pueda recordar", dice un hombre, su camisa de trabajo azul marino con un parche blanco, «Mantenimiento de Instalaciones Atlas», dice bajo un globo estilizado.

"Primer rubor", dice una mujer con rizos teñidos de gris, levantando un pastel con forma de barra de una gran caja rosa. "Todo se calmará, muy pronto".

"Ella lleva ruborizada todo el invierno", dice un hombre con una chaqueta de mezclilla, masticando algo de chocolate oscuro bajo un pentagrama de glaseado blanco, y "¿Has visto a la Prometida?", dice un hombre de poliéster marrón y naranja, y "Ella no es una Prometida", dice alguien, y "Nadie ve a la *Princesa*", dice otro, y "he oído que le gustan las mariposas", dice una mujer con una camisa blanca formal, corbata de lazo sin abrochar sobre su cuello. "He oído que es hermosa", dice el hombre de marrón y naranja.

"Claro que lo es", dice el viejo para sí mismo llenando una taza de café de una de las cajas en el mostrador.

"¿Cómo estás, Gordon?", dice la mujer del pañuelo, su mano sobre la de él. Él gruñe, un gesto de su taza en la mesa de trabajo allá atrás, los zapatos, la caja entreabierta. "Demasiado para hacer y más en camino", dice él.

"Necesitas algo de ayuda", dice ella, y él resopla. "¿No la necesitamos todos?", dice él, pero la puerta se abre de nuevo, la campanilla suena de nuevo y la risa muere, las oraciones vacilan, se detienen, ellos bajan la vista, lejos de los cuatro hombres que avanzan a empujones hasta la sala delantera. "Gordon", dice el que va a la cabeza de ellos, bajito y ancho en una voluminosa rebeca, cabeza calva rojiza.

"Dogstongue", dice Gordon. "¿Estás con el Gerifalte ahora?" Un

hombre con un chaquetón asiente una vez, bruscamente. "Ascendiendo en el mundo", dice Gordon.

"¿Acabamos de terminar de arreglar un jardín de rosas?", dice Dogstongue. "¿Para la Duquesa?" No mira a Gordon, sino a la habitación, a los hombres y mujeres con monos y uniformes, tazas en las manos, servilletas, rosquillas. "Y aunque sé que preferís la compañía de los domésticos", dice él, y ninguno de ellos encuentra su mirada, "bueno". Dogstongue sonríe, luego, a Gordon. "Siempre pedisteis el café más barato".

Gordon mira alrededor de la habitación, a todos ellos en silencio, mirándole por el rabillo de ojos agachados. Él suspira, da la espalda y avanza hasta detrás del mostrador. "Es un país libre", dice él.



Él no es la primera persona en bajar del autobús. No es el último. Justo allí en medio de ellos, bajando los escalones, mono marrón y una chaqueta verde excedente del ejército, un demacrado petate de lona colgado al hombro. Fuerte lluvia sobre el gran toldo sobre ellos, y otro autobús roncando en el puesto de al lado, todo azul oscuro y gris, con un sabueso saltando pintado a un lado. «Seattle», dice el letrero en el frente. «Portland», dice el letrero en el frente del que están desembarcando.

Al doblar la esquina de la baja terminal de ladrillo, el techo plano se extiende sobre la acera de ladrillo rojo, húmedad vidriosa a rayas. Se pasa una mano por el pelo negro, mirando a su alrededor, gris luz matinal, una mujer arrastrando una maleta con ruedas envuelta con una bolsa de basura de plástico, alguien sentado por allá sobre una zona seca de ladrillo, vaqueros negros desteñidos y botas cubiertas de barro, un gran sombrero negro de cuero de ala ancha. Un diminuto gatito gris pálido tumbado junto a un trozo de hilo ante un letrero de cartón. Él se sube el ajado cuello de la chaqueta, baja por la acera para ponerse en cucullas, extiende una mano, aletea los dedos. El gatito levanta las patas, extendidas para caer de espaldas contra el letrero. Letras garabateadas

descuidadamente sobre él dicen: «Beberé por Dinero».

"Lindo gato", dice.

"Oh, het", dice el chico en mezclilla negra alzando la vista bajo de esa ala flexible, una cara redonda borrosa por una drsaliñada barba. "Gracias".

Él se inclina hacia atrás, echa mano al bolsillo de la chaqueta verde excedente del ejército. Bajo el pico de su nariz, una acusada sonrisa. Saca una billetera de nailon verde claro, la abre, interior negro, ranuras para tarjetas vacías, nada escondido en la ventana de la foto de carnet. Desliza un rígido billete de veinte dólares y lo sostiene entre ellos, su sonrisa se agudiza cuando los ojos del niño se agrandan.

"Bonito sombrero", dice él.

## **un brillante huevo plateado / liquidación de cuentas / un simple ajuste**

Brillando bajo la lluvia el huevo plateado de un remolque, allí en la parte trasera del estacionamiento en su mayoría vacío. Con su largo abrigo negro, ella está llamando a la puerta, haciendo sonar el caparazón de aluminio, "¿Luys?", dice ella. El cabello rojo es un shock vivo en toda esa luz gris y blanca. "¿Estás en casa?"

El pomo gira, la puerta se mueve bruscamente, abriéndose lo suficiente como para revelar el cabello negro y grande y castaño, parpadeando, "¿Su gracia?"

"Desayuno", dice Jo. "¿Recuerdas?"

El interior está oscuro, la única luz es exterior, y está empañado con cortinas de gasa sobre finas ventanas por todas partes. "Llamé", dice ella. "Tu teléfono no debe de estar encendido".

Él está andando hacia la parte de atrás, fuera del camino, se sienta en la baja cama allí en una especie de alcoba, con un edredón oscuro sobre las sábanas amarillas. Cabello negro mojado, pecho desnudo, una toalla blanca alrededor de la cadera. "Supongo", dice.

"Hemos hablado de eso", dice ella cerrando la puerta. Cabeza agachada bajo el rizo del techo.

"Sí, su gracia".

"Necesito poder contactar con vosotros cuando, yo, pudiera, necesitarlo", dice ella.

"Por supuesto, su gracia".

"Eso no es lo que yo...", y ella entra en el medio del remolque. Tras ella, una cabina en el morro, dos bancos, una mesa atornillada entre ellos. "Bueno. Desayuno".

"Por supuesto", dice él inclinándose hacia adelante, abriendo un armario al pie de la cama. Sacando unos pantalones cuidadosamente doblados. "Espera", dice ella.

Él levanta la vista.

"Antes", dice ella, "¿sabes?. No sé ". Manos en los botones de su abrigo. "Pensé que, tal vez. A menos que tengas hambre, quiero decir".

"Acabo de despertarme", dice con el ceño fruncido.

"Debería haber traído café", dice Jo, desabrochando rápidamente los botones, uno por uno. "O té. Té. Debería haber traído un poco de té".

"Milady", dice.

"Es que imaginé...", dice ella. "Tienes los puestos de comida al lado". Mirándole por encima del hombro desnudo mientras deja que el abrigo se deslice por sus brazos. "Lo que decidamos hacer".

"Jo, no...", dice mientras ella pone el abrigo sobre la mesa, "¿qué estamos...?", dice mientras ella se gira para mirarle con las manos en las caderas envueltas en una minifalda escocesa a cuadros negros con rojo y blanco, en el medio un jersey de cuello vuelto sin mangas y medias de punto negras. "¿Vamos a", dice, "ir a bailar?"

Ella sube el dobladillo de la falda una pulgada y allí, la parte superior de las medias, con la piel desnuda arriba. Jo con una sonrisa y mordiéndose el labio, ojos muy abiertos, cejas subidas, incierta, "¿Te gusta?", dice ella. Luys parpadea. "Las tomé prestadas de Ysabel", dice ella dejando caer el dobladillo. "Tampoco es que tenga sus piernas".

"Me gustan las piernas que tiene, su gracia", dice Luys.

Ella bufa una risita. "He despejado la mañana", dice ella. "Nadie en cubierta. Nada pendiente. Solamente", un pequeño encogimiento de hombros. "Tú y yo".

"Sí", dice. "Desayuno". Sacude los pantalones. "¡Luys!", dice ella, y él se detiene con los pantalones colgando, frunciendo el ceño. "Yo", dice ella, y luego, con una profunda respiración, con los ojos cerrados, agarra la falda otra vez, levanta el dobladillo de nuevo, más arriba. Él deja caer los pantalones, y su mandíbula, ojos muy abiertos, "Milady", dice, "habéis venido, todo este camino, hasta aquí, como, así..."

"No", dice ella poniendo los ojos en blanco, "me las he arrancado en el estacionamiento donde cualquiera pudiera verme. Luys, yo sólo...", suelta la falda escocesa, niega con la cabeza, mira hacia otro lado, "quería estar sexy", dice ella.

Él se inclina hacia adelante con los codos sobre las rodillas desnudas. Mira suavemente hacia arriba. "Su gracia", dice, "no necesita estar sexy".

"Mi gracia está cachonda", dice Jo. "Tuvimos", dice ella, "es que pensé, fuimos interrumpidos anoche, así que pensé, que podríamos tomarnos la mañana, que podríamos, pasar por la piedra el uno al otro, que nosotros, y yo intenté, llamar, y tú abriste la puerta con sólo una, una toalla, y eso fue, eso fue...", levanta la mano sopesando la siguiente palabra.

"Acabo de", dice, con voz ronca, "despertar". Mirando hacia el puesto estrecho que se separa de la cama. "Me di una ducha".

"¡Eso está bien!", dice Jo. "Justo lo que yo hubiera... pensado. Pero luego, tú...", esa mano, bajando. "Te alejaste andando".

"Yo", dice él, y traga, "no pretendí", pero "Bah, a la mierda", dice Jo echando mano a la falda, tirando de algo, y esta se suelta, se abre, baja, ella la deja caer. "Milady", dice, pero un paso, dos pasos, tres por el estrecho tramo del remolque, ella levanta una rodilla para plantarla en la cama, se inclina para levantar la otra, de rodillas y a horcajadas sobre él besándole, besando su boca, su cabeza en las manos, los dedos entre su espeso cabello negro, la mano de él con un poco de cuero atado alrededor de la muñeca y ambas sobre las caderas desnudas de Jo, el pulgar marrón a lo largo

de la sombra azulada del vientre justo por encima del borde de vello púbico oscuro y rizado, levantándose cuando ella le quita la toalla de un tirón, "Oh", dice, y ella le besa de nuevo, empujándolo hacia atrás, hacia abajo, inclinándose sobre él, "oh", dice él, y ella le está besando el pecho sin pelo, inclinándose para pasar los dientes a lo largo del firme refuerzo de un pectoral, él sisea, la mano de Jo se acerca para levantar el total fracaso de su polla, que se anima y se hincha entre los dedos de Jo y la cabeza de él se recuesta en la almohada azul y ambas manos en alto y "Hanh", dice él, y "hap", se golpea la frente con la mano levantando el poco cabello que le queda y sonriendo, él está sonriendo, abriendo la boca para dejar salir aire, bebiendo el aire, "ha, he", el ascenso y la caída de su pecho suave con escaso cabello, "guuah", dice mirando hacia abajo, hacia esos bigotes grises entre las rodillas. "Ahora bien", dice él, dice Arnold Becker, "*este* es un despertador al que podría acostumbrarme".

"¿Qué, todas las mañanas?" Limpiándose la boca con el dorso de la mano, cuentas opacas de peltre en los extremos de su bigote se balancean mientras se pone en pie, su barriga se ablanda con una delgada capa de grasa sobre el músculo, el pecho peludo con cabello color hierro.

"Podríamos turnarnos", dice Becker, sentándose sobre los codos. "No tengo reparos en despertarte. Quiero decir, te debo una ", y Pirocles sonríe mientras se agacha para recoger una toalla de color naranja salmón. "En realidad", dice Becker, frunciendo el ceño, "si tenemos en cuenta la noche anterior, estoy bastante seguro de que son dos. Al menos dos".

"Saldaremos cuentas esta noche, o mañana", dice Pirocles envolviendo la toalla alrededor de su cintura. "O pasado mañana. Pero hoy, esta mañana, tengo un ajuste de válvulas, dos ajustes, tengo un Galaxie de cincuenta años que necesita un nuevo juego de correas".

"¿Qué?", dice Becker dejándose caer en la cama, "¿no hay espadas que forjar? No, ¿no hay armaduras que verter?"

"El molde de armadura sería demasiado pesada", dice Pirocles. "Y



demasiado frágil".

"Fue una", dice Becker rodando, "es una broma", y se cubre con la manta azul. "¿Mis bromas tienen que ser técnicamente precisas?"

"Tienes que levantarte", dice Pirocles, "vas a llegar tarde". Se aleja de la cama hacia la esquina del desván pintado de blanco, y toda esa luz cayendo en cascada desde el triforio alineado en una larga pared. "¡Hoy no!", clama Becker acurrucándose bajo las mantas. "Las finales han terminado. ¡El nuevo mandato comienza la próxima semana!" En el otro extremo del loft, Pirocles retira una cortina blanca, detrás de ella un inodoro, un lavabo, una cabina de ducha con paredes de vidrio. "Pero", dice Becker, sentándose, mientras el agua comienza a caer en la ducha. "Oh, mierda". Lanzándose sobre el costado de la cama, alcanzando unos pantalones en la maraña de ropa descartada, surgiendo con un teléfono. Lo toca con el pulgar. "Mierda", dice, sacándose de la cama.

Pirocles, enjabonándose, se gira de golpe cuando Becker abre la moteada puerta de cristal hacia la cabina, irrumpe dentro, "Lo siento", dice, "lo siento", agachándose para mojarse la cabeza mientras Pirocles se reclina, parpadeando el agua fuera de los ojos y las pesas de peltre balanceándose y chocando. "Es que", dice Becker, "tengo un turno a las once, pero primero iba a hacer algunas compras..."

"Becker", dice Pirocles con las manos sobre los hombros, agua corriendo sobre ambos. "Olvídate de las compras. Tómatelo con calma".

"Tenemos", dice Becker, "¿tal vez quedan dos limones? Podría hacer tortillas para la cena. Tortillas muy sencillas. Un poco de sal ", y Pirocles se inclina para besar la frente de Becker y luego sus labios. "Olvida la cena", dice. "Me encargaré de la cena".

"No vas a cocinar tú de nuevo, ¿verdad?", dice Becker, y Pirocles se ríe arrojando espuma de sus brazos, su espalda, "Ve a trabajar", dice. "Reúnete conmigo en el garaje cuando hayas terminado". Inclínándose de nuevo. "Confía en mí".

"Sí", dice Becker sonriendo. Besándole "Por supuesto que sí".



Cuatro de ellos alrededor de una mesa redonda, y en el medio del lirio gris opaco de un altavoz. Está diciendo: "¿Qué? ¿Quién era ese?"

El hombre de la camisa a rayas se sienta hacia adelante. "Es David, George", dice. "Esa es una lista de términos clave, vamos a querer..."

"¿Qué?", dice el teléfono.

"Términos. Clave", dice David Kerr. "Queremos saltarlos en las próximas declaraciones, repasar lo importante, entonces, en un par de semanas, obtenemos nuevos números, podemos evaluar el rendimiento y ajustar y sintonizar en el debate del Club de la Ciudad..."

"Tú no llevas las comunicaciones", dice el teléfono. La mujer junto a la puerta, con su traje pantalón gris nacarado, cruza los brazos ante eso. "Esto se basa en el trabajo de Bob", dice Kerr, y el hombre apoyado contra la mesa podría haberse encogido de hombros ante eso.

"Avery lleva las comunicaciones", dice el teléfono.

"Voy a hablar con Avery sobre esto", dice Kerr.

"Avery está aquí", dice el teléfono. "No está contenta con la lista".

"Y hablaré con ella sobre eso". Kerr mira el reloj en su muñeca, pesado y dorado, una gran esfera plana. Diez menos veinte. "Esta es la encuesta de Barshefsky, George y el análisis de las redes sociales. Es, es impecable".

"El cuerpo es sólido", dice el hombre apoyado contra la mesa. "Nada más que dos meses en Twitter, Facebook, las secciones de comentarios, tabloneros de mensajes, es", abre los ojos buscando una palabra, "accionable". Su traje es marrón oscuro, camisa cruda, corbata burdeos.

"Avery cree que es forzada", dice el teléfono. "Torpe".

"Avery", dice Kerr, inclinándose sobre el teléfono, "quiere batear hacia la barrera cada vez que te subes a la base, George". Las rayas de su camisa son de pizarra y oro sobre blanco, el cuello y los puños. completamente blanco, corbata cuidadosamente aflojada de blanco y azul. "Ella quiere los tres indicadores, sin red, cada maldita vez. Pero no obtienes esos momentos de héroe sin el trabajo duro. Sin pagar tus deudas. Eso es lo que es esto. Estas son las cuotas". Ojeras bajo sus ojos marrones oscuros. "Cada vez que usas uno, les recuerdas, quienquiera que esté escuchando, ese término, esa frase, ese pensamiento, que ya han tenido". Estás diciendo que estamos en la misma página. Haciendo una conexión, pero al por mayor, no al por menor". Las mejillas con brotes de vello sin recortar, negros. "¿Largo plazo? Hace el trabajo de ella más fácil. Te hace un ganador".

"Supongo que", dice el teléfono, "es difícil liderar si nadie te sigue".

"Así es, George", dice Kerr.

"Y hablarás con Avery. Para convencerla, David. No le pases la apisonadora".

"Hablaré con ella".

"Necesito que acepte".

"Entendido, George", dice Kerr.

"Muy bien", dice el teléfono, y un clic y un zumbido. El cuarto de ellos, una mujer con una blusa blanca con volantes, apaga el altavoz.

"Vale entonces", dice el hombre del traje marrón oscuro. "Sra. Upchurch, espero que haya sido... ¿esclarecedor?"

"Por supuesto", dice la mujer en gris nacarado, voz al tiempo rica y ronca, pero está mirándose los brazos cruzados.

En la sala principal de la oficina, Kerr se sienta en un escritorio vacío con tapa de cristal, con la bandeja con marco blanco de un teléfono en la mano, desplazándose por los mensajes, deslizándolos, pulsando, barriéndolos aquí y allá. "Dame un minuto", dice sin levantar la vista mientras la mujer de color gris nacarado se cierne detrás de él. Ella planta una mano de color marrón oscuro en el respaldo de vinilo blanco de su silla, y él suspira, "Vale, vale", dice él girando la silla contra ese agarre y ella se suelta, deja caer su mano mientras él alza la vista hacia ella, teléfono aún preparado. "Va a ser así", dice él mirando más allá de ella para ver a la mujer de la blusa blanca ocupada con la impresora al otro lado de la oficina. "Ni de coña", dice en voz baja, "tu nombre es realmente Frances Upchurch, y si realmente tienes algo que ver con el Partido Demócrata de Oregón, compraré un sombrero sólo para poder comérmelo".

Ella retrocede, mira a su alrededor. Saca una silla del escritorio al otro lado del camino y se agacha en ella, asintiendo para sí misma, inclinándose hacia adelante, inclinándose cerca. Su cabello, todo ricitos de sacacorchos, marrones y dorados, peinados hacia atrás, recogidos. Chirriar de las ruedas de la silla cuando ella se acerca un poco más, incluso. "Lo que debe preguntarse a ti mismo", dice ella, "es esto: ¿cómo una mujer, que es tan grande, entra por ojos tan pequeños?"

Lo que sea que él se estaba preparando para decir se derrite en su boca mientras sus hombros se hunden. Se gira para dejar su teléfono sobre el escritorio. "Si se trata de esa llamada", dice en voz muy baja, "es sólo una simple objuración. Tengo algunos clientes, ciertos otros clientes que quieren cambiar la temperatura de la ciudad debido a un par de problemas. Si quieres, si quieres una parte, si quieres, en la redacción, podemos hablar, podemos negociar eso".

"Hábleme de Charles Lier", dice ella. Sus labios cuidadosamente pintados color ladrillo.

"¿Lier?", dice Kerr. "Salpicaba un poco. Arreglaba cosas, para personas poderosas".

"¿Alguna vez le arregló algo?" Un hilo de asombrosa línea azul en cada uno de sus ojos.

"Nos hicimos, favores, el uno para el otro, sí".

"Habla en tiempo pasado".

"Bueno", dice Kerr, y el menor encogimiento de hombros. "No he tenido noticias tuyas desde diciembre. Fin de noviembre. ¿Ahora que lo preguntas? No parece injustificado suponer, bueno..."

"¿Lo peor?", dice ella, y se pone de pie. "Manténgase fuera de nuestro camino, Sr. Kerr".

"Tú, tu", dice, mientras ella da la vuelta, mientras se aleja, "¿qué camino?"

"Ya lo verá", dice ella, por encima del hombro. Él observa mientras ella asiente con la cabeza a la mujer que saca las páginas de la impresora, mientras ella le dice algo genial al hombre del traje marrón, mientras ella abre la puerta de la oficina y esta se cierra tras ella, y luego él deja escapar el aliento. Lo había estado conteniendo con un "Mierda". Le tiembla la mano cuando levanta el teléfono.



"¿Disculpe?" dice la mujer detrás del mostrador. "¿Señor?" Un par de personas levantan la vista de sus platos de waffles, huevos revueltos, la mujer de la esquina tiene una hamburguesa a medio comer en las manos, el hombre al final con una ajada chaqueta

verde excedente del ejército, sólo una taza de café. "Tendrá que salir", dice la mujer detrás del mostrador.

"Hace", dice el Sr. Keightlinger, "frío". Sacude la cabeza. "Llueve", dice.

"Adelante", dice la mujer detrás del mostrador. "Si encuentras unos zapatos, tal vez unos pantalones, puedes volver". Los huevos chisporrotean en la plancha delante de ella, y el anillo y el roce de sus espátulas mientras las agita.

"Yo", dice el Sr. Keightlinger, "me fui con prisa. *Ahora no* " espeta a su derecha. Lleva una camiseta negra y boxers azul pálido, piernas pies rojos al aire, desnudos.

"Ahora", dice la mujer detrás del mostrador, y luego señala a un hombre con una gorra azul de malla y un teléfono en la mano, "Preferiría que no lo hicieras", dice ella.

"¿Qué pasa si necesita ayuda?", dice el hombre con un dedo sobre las teclas del teléfono.

"No quiero involucrar a la policía si podemos evitarlo", dice la mujer detrás del mostrador.

"Mira, realmente creo que nosotros", dice el hombre, y "te lo he pedido bien", dice la mujer, y "No", dice el Sr. Keightlinger, negando con su peluda cabeza marrón, y el hombre de la ajada chaqueta verde se levanta del taburete, y el Sr. Keightlinger da la vuelta chocando por la puerta con marco rojo del restaurante con un bramido sin palabras, hacia la acera, bajo la lluvia, dando vueltas y vueltas, "¿Qué?", dice, "No puedo, ¿qué?" En la calle, un sedán blanco primordialmente anodino se está deteniendo lentamente, parpadea la señal intermitente y rebota en una caja de periódico de la «Semana de Willamette» que se tambalea en la acera, él agarra la manija de la puerta del sedán, abriéndolo mientras alguien adentro grita. "Lo siento", dice él mientras cae en el asiento del pasajero, "esto no es así, no tengo que hacerlo", mientras la conductora grita "¿Qué dem... ?, sal echando *hostias* de mi coche", una mujer cabello negro, intrincados tatuajes que le subían por el cuello, mano

levantada en un puño, un golpe que no aterriza mientras él la mira, mientras ella lo mira a él con su cabello arrastrado, barba mojada por la lluvia, "El", dice él, y una mirada de asombro pasa sobre él, "El", dice de nuevo.

"Hostia", dice ella. Un coche detrás de ellos toca la bocina una vez, cortante. "La Hostia puta. Phil ¿Eres tú?"

# Berlín / "porquería de comida cutre" / Al menos, el dinero / Los Malos Viejos Tiempos

"Berlín", dice él acurrucado sin cinturón en el asiento del pasajero, cabeza contra la ventana, cabello suelto agitado por el aullido de un calentador en lo alto, piernas desnudas, brazos desnudos con piel de gallina, pies descalzos húmedos curvados uno sobre el otro en el suelo.

"Pensé que era Dubai", dice ella.

Su cabeza rueda de lado a lado contra el cristal, "nunca fui", dice, y luego "*para*", y "¿Qué?", dice ella, el coche, frenando. "Tú no", dice. "Tú no. Nunca estuve en Dubai".

"Podría haber jurado que...", dice ella.

"Los abandonados", dice, "limusinas. Himmelblau, Ellenellenellen Ell", dice.

"El espectáculo, cierto, ese fue el verano que Katarci tuvo tan increíble", y "Por favor", dice en voz baja, "ese subarriendo", dice ella, "en la playa de Yaam". Clack y deslizamiento de limpiaparabrisas. Ella da un giro, están subiendo una rampa. "Acabas de conocer a ese tipo, ¿cómo era... ese odioso cabrón?"

"Charles", dice el Sr. Keightlinger.

"¿En serio?" Su cabello negro es puntiagudo y corto. Sudadera con capucha negra, con algunas cosas de fieltro de goma. Lo que se puede ver de su tatuaje estirado a lo largo del cuello hasta la punta de su mandíbula, hojas, ramas, el pico de un pájaro cantor, todo líneas negras afiladas. "Pensé que era un nombre más raro".

"No", dice él cruzando los brazos sobre sí mismo. "Era Charles sin



más, de verdad". Van a cruzar un puente. A través del cristal manchado de lluvia detrás de su cabeza, la ciudad se alza sobre un rizo de río y más puentes, allí y allí y allí.

Cuando él abre los ojos, dice: "¿Por qué?"

Ella está apagando el motor. "Hemos llegado".

"No, allí", dice. "¿Por qué estabas allí?"

"Quiero llevarte adentro", dice ella.

"En aquel momento, en aquella esquina", dice, y luego, "¡Cierra! ¡El puto! ¡Pico!"

"Phil", dice ella, se ha echado hacia atrás, presionada contra su puerta, y "Lo siento", dice él, "Lo siento, eso no fue, no quise, pero... ¿por qué, por qué entonces? ¿Por qué allí?"

"Tres años", dice ella.

"¿Por qué ahora?", dice.

"Tres putos años", dice ella, "y tú, tú eres, tú, ni siquiera tienes ningún maldito pantalón".

"Alguien me persigue", dice.

"Jesús", dice ella sentándose bien, mirándole. "¿Quién?"

"Llevo todo el invierno sin hablar con nadie", dice, "y esta mañana y ahora esto, luego, y yo, necesito saberlo. ¿Cómo?. ¿Por qué estabas allí?"

"No sé", dice ella. "No estaba prestando atención, me obligaron a dar la vuelta. Simplemente, estaba allí".

Él ha echado la cabeza hacia atrás, mira hacia el techo beige finamente nudoso, bajo el leve golpe de lluvia.

"Ese no es mi coche", dice ella entregándole una taza humeante. Está sentado en los escalones inferiores de una gran escalera, de madera oscura y opaca como el color de su barba, toalla verde por los hombros, piernas envueltas en un afgano arcoíris con un ojo de Dios. Él toma la taza con ambas manos pero no se la lleva a los labios. La escalera sube al lateral de una habitación baja y ancha con columnas y vigas de madera más oscura. Allí, un sofá, un puf, un par de sillas, todas ante un gran televisor negro de pantalla plana, gruñendo en un nido de cables, consolas y cubiertas. "Está bien", dice.

"Es de mi primo", dice ella. "Vive en Gresham".

"Primo", dice.

"¿Ben?", dice ella. "Nunca lo conociste".

"En Jartum, era tu tía".

"Sí", dice ella.

"Tío abuelo, en Quito".

"Jusshi es más mi abuela, mi ex", agita una mano, "¿De qué estamos hablando? ¿Aquí?"

"Tienes familia en todas partes".

"No todas".

Su bigote se levanta un poco, bajo este sus labios se extienden, casi, pero agacha la cabeza, una tos entre dientes. Levanta la taza y bebe un sorbo. "Podría", dice. "Estar bien".

"No te refieres al té", dice ella, y él sacude su peluda cabeza. "No", dice. "El té es bueno".

"Sucedan cosas buenas", dice ella. Él toma otro sorbo. "De todas formas. Pedí prestado el coche de Ben porque tuve que llevar algunas cosas a Metro para reciclar. Hoy es mi sábado. Y giré en el

camino de regreso, tratando de recordar cómo subir al Puente de Acero. Por eso estuve allí, cuando tú estabas".

"Qué", dice él, y luego, "Yo...", y luego, "¿qué fue? ¿Te llevabas de vuelta?"

"Pintura", dice ella.

"¿Pintura?"

Ella extiende su mano. "Ven", dice ella. "Mira".

Suben esas escaleras y otro tramo, bajo el tejado de la casa. Ella abre una puerta para él, la parte superior cortada en ángulo para encajar bajo la pendiente del techo. "Adelante", dice ella.

"¿Qué es esto?", dice, envuelto en esa toalla verde, taza de té en las manos. "Voy a", dice él, y luego, "sí", dice. "Bueno. Bien".

"Adelante", dice ella.

La habitación interior se extiende hasta la mitad de la longitud de la casa o más, el yeso de las paredes atenuado y los largos techos angulados arriba, planchas igualadas en el suelo liso, todo pintado de un azul impecable, un claro azul sin nubes, sin costuras, sin profundidad, limpio y reluciente, fresco, las únicas sombras de la paleta en el medio y el colchón encima de eso, acolchado en blanco. Colgada a un lado una fotografía, en el aire de la habitación, la imagen de una mano, el dorso de la misma recorrida con venas en grises ricos, negros nítidos, buscando algo o evitándolo. "Oh", dice el Sr. Keightlinger, entrando en la habitación, "oh, Ellen", dándose la vuelta, y de nuevo, "Sí", dice Phil. "Sí".



Una gran carpa blanca cuadrada sobre filas de mesas de picnic rojizas, iluminadas ante la penumbra del mediodía por luces amarillas, cada una en su propia jaula de alambre de cobre.

Murmullos y discretas conversaciones aquí y allá, envueltos en chubaqueros, tintineo de tenedores y cucharas, chirrido de palillos, cartones de papel blanco de fideos, envolturas en papel de aluminio, y ramitas de cilantro y brotes saliendo de sus bordes, platos rojos y amarillos de gofres, tacos de pescado, rebanadas amarillas y blancas de pizza tachonadas con champiñones, jamón, arrugada col rizada, montones de macros y queso perfectamente redondeados. Allí, en la parte de atrás, junto a una mesa arreglada con grifos, se sienta Jo con su abrigo negro, el pelo corto y rojo recogido hacia atrás, arrancando un bocado de un sándwich descuidado y grande. Mirando hacia arriba mientras ella mastica, traga, le saluda, Christian con su mugrienta sudadera llevando una bolsa de papel, con los ojos entornados sobre esos encorvados pómulos. "Llegas tarde", dice ella, mientras él se sube al banco a su lado.

"Autobuses", dice escondiendo la bolsa entre los pies mientras ella da otro mordisco. "Veo que te adelantaste y pediste".

"Sí, bueno", dice ella masticando, tragando, "Con el día que estoy teniendo. ¿Quieres algo?"

"No", dice.

"Porque los puestos de comida aquí, cualquier cosa que quieras". Deja su sándwich, trozos de carne de cerdo desmenuzada brillando en la envoltura, "Lo juro", dice ella, "me va bien todo lo vegetariano, ¿pero de vez en cuando?"

"No tengo hambre", dice Christian.

"¿Desayunado mucho? ¿Dormido bien?"

"Bastante bien", dice él mirando por la carpa. Ella está echando un trago de un vaso de plástico, "Él tiene...", dice ella señalando la mesa arreglada con grifos, "¿cerveza? Preparada con manzanilla, lo cual, quiero decir, pensarías que, pero está genial".

"Porquería de comida cutre", dice Christian. "¿Por qué estoy aquí, Jo-Jo?"

"Pensé que te gustaría un almuerzo", dice ella recogiendo un poco de carne de cerdo suelta.

"Ahora trabajo para ti, ¿es eso?"

"Llevas tiempo trabajando para mí", dice ella lamiéndose los dedos. "Quiero compensar bien eso". Mete la mano en el abrigo negro, saca un sobre, manila, grueso, un poco más largo que su mano. Se lo tiende. Después de un momento, mirándolo, él lo toma. Mete la mano, saca un rollo de billetes usados, luego saca un teléfono y lo activa, un tono, una llave en una etiqueta de plástico roja que rebota y que él se las arregla para inclinarse y atrapar.

"¿Cómo es eso de bien?", dice Jo.

Está volviendo a meter el rollo de billetes en el sobre, rápidamente, "¿Cuánto es eso?", dice él, "¿doscientos?" Deja caer el sobre sobre la mesa, junto al teléfono y la llave.

"Y un lugar para quedarte", dice ella moviendo el sobre un poco por la mesa, empujando la llave. "¿Es más fácil al cubrir espacio y comida, que dinero? Esto es solo, dinero para ir tirando. Cómprate un abrigo o algo así.

"Ya me conoces", dice. "Me gusta la lluvia". Él está mirando por el local, a cada grupo y nudo de comensales a la vez. "Hey", dice Jo. "Cris. Christian". Él la mira con esos ojos entornados. "¿Qué hay en la bolsa?", dice ella.

Una mirada tímida, casi una sonrisa, mira hacia otro lado. Se lame los dientes. "Aquel traje", dice.

"Es tuyo".

"Nah", dice. "No lo es".

"Christian", dice ella, pero él dice: "¿Cómo va ir esto?, en tu cabeza. Me compras un traje, me invitas a una cerveza y yo, ¿me quedo, hago lo que sea sin más?"

"Y un lugar para quedarte, con una cama y una ducha..."

"Puedo conseguir esa mierda cuando lo necesite", dice él.

"No puedes seguir haciendo favores, o lo que sea, para Pandulce", dice ella.

"¿Por qué, porque tú lo dices?"

"Más bien", dice ella. "Sí. De lo que estoy hablando, escucha, ¿sabes que Luys tiene un título? ¿El Masón?"

"Jo", dice.

"Estamos hablando de tal vez conseguir, dar, darte uno a ti".

Una risa resoplada, negando con la cabeza, "¿Estás tratando de, esto, así es como le das un ascenso a alguien?"

"Estoy tratando de hacerte un favor", dice ella.

"Arrastrándome a esto, sea lo que sea", dice.

"Es un trato mejor del que yo tuve nunca".

"Y mírate ahora".

"Qué demonios se supone que...", dice ella, pero él se está inclinando hacia atrás, extiende las manos. "¿Qué estás haciendo aquí?", dice él. "Jo-Jo. Aquella mierda de anoche, tu compañera de piso, la Reina, o lo que sea, y esto, ¿coño es esto? Es como si me hubiera ido a correr por el estadio Fred y regresara para encontrar que Bambi es el jefe ahora o algo así".

"Yo *no* soy una maldita Bambi", dice Jo con la mano en el pecho y el cuello vuelto negro bajo el largo abrigo negro.

"Todo el mundo es Bambi en el bosque adecuado", dice Christian. "Y está claro como la mierda de que tú no eres un jodido Duque". Se

está impulsando hacia arriba, fuera del banco, pero ella alcanza su brazo, "Frankie está muerto", dice ella.

"Eso escuché", dice él apoyado allí, a mitad del banco, la mano de Jo en la manga de su sudadera, "Maldita sea, Christian", dice ella, "esto no es un juego. Esto es por tu propio..."

"¿Y cuán profundo se metió él?", dice Christian, liberando el brazo de un tirón, alejándose de la mesa de picnic.

"Christian", dice ella. "¡Christian!" La gente a su alrededor miraba ante eso, observa mientras ella le tira el sobre y él se las arregla para atraparlo. "Al menos acepta esto", dice ella. Él está fulminando con la mirada, pero dobla el sobre, lo gira y se lo mete en el bolsillo del mono. "Vuelve en un par de semanas", dice ella, "tendré más".

"Si todavía estás aquí", dice él.

"Que te jodan", dice Jo mientras él da la vuelta y se aleja entre las mesas hacia la puerta abierta del local. Ella mira hacia abajo, a la bolsa de papel en el pavimento a su lado. Barre con el brazo el teléfono y la llave de la mesa y los deja caer dentro.

Christian se dirige hacia la parte trasera del autobús, a solas, engancha una mano alrededor de un poste que está junto a la puerta trasera y baja la cabeza a medida que avanzan. Cuando el autobús dice Sudeste Belmont con César Chávez Boulevard, traslado al 66, el 75, la multitud se mueve, avanza hacia la puerta delantera, hacia la puerta trasera, y Christian se abre paso a través de ellos, hacia la parte trasera elevada, girando hasta un asiento junto a una ventana. «Café y Grill Dos Hermanos», dice el cartel pintado en la pared roja de afuera. «Comida Casera de los Balcanes». El sobre está en su regazo. Ese rollo de billetes en sus manos. Está quitando la goma elástica, deshaciéndola y desplegándola, dándole la vuelta a los billetes y volviéndola a plegar, todo mientras mira a la agotada multitud de pasajeros y el autobús avanza. El hombre al frente con el sombrero emplumado pregunta en voz alta al conductor sobre el MAX. Dos mujeres justo debajo envueltas en un abayat rojo con bolsas de compras de tela negra a sus pies. Christian mete una mano en este bolsillo, eso. El tipo voluminoso frente a él, con una mano

sosteniendo un aro adornado con cintas en el pasillo, largos calcetines grises y una falda de pana. Christian se inclina para ajustar el cierre de una sucia zapatilla azul, se sienta y se sacude el polvo de las manos vacías. Un hombre con plumas de piel oleosa tendido en la última fila de asientos, ojos cerrados y labios fruncidos. Christian mete la mano en otro bolsillo, saca algo entre el pulgar y la palma, lo tapa rápidamente con su otra mano. Otra mirada a su alrededor, y luego los separa lo suficiente para revelar un destello de oro que ilumina las sombras ahuecadas en sus manos, la esquina de un dedal de polvo atrapada en una bolsita de plástico.

Su mano vuelve al bolsillo. Cierra los ojos.

No está lloviendo cuando se baja del autobús, se mete en un portal de ladrillo mojado y resbaladizo, bajo la esquina de una torre de oficinas. Delgadas columnas grises y el vidrio de un vestíbulo, «Banco Cayo», dicen los letreros aquí y allá. Al otro lado de esa calle, un «Banco Búsqueda», y él se dirige tras el autobús, trotando entre el tráfico estancado hacia toldos que dicen «Financias E-Comercio». En la acera, más allá del «Banco Genuíno», la Estrella Roja se llena de comensales y bebedores, una sala de exposición de piano, casi vacía, maniqués en los escaparates de una tienda por departamentos, tops, vestidos y faldas con rayas de neón en pasteles que hacen espuma limpia de plástico, trajes de negocios en una desconcertante variedad de grises, piedra y nubes, cenizas, agua con arenque. A la vuelta de una esquina, al otro lado de la calle, un guiño a un hombre sentado en un cubo de plástico blanco, palos borrosos azotando un tatuaje sacudido de los cubos de plástico blanco volcados sobre él. Un poco de verde se inclina bruscamente detrás de una cerca de hierro forjado, y la pila de piedra gris de un palacio de justicia, y luego, allí, abierta bajo el alto cielo gris, una plaza pavimentada de ladrillos y rodeada por paredes bajas y más hierro forjado, los anchos escalones suben al otro lado, los bloques ciclópeos de un búnker de hormigón en cabeza. La gente pulula, aquí y allá, la mayoría de ellos agrupados alrededor de puestos de comida en la parte superior de esos escalones, «Jardín de Shelly», «Barritas de Queso y Hamburguesas», «El Completo», dicen los letreros y sobre ellos. Christian da la vuelta en la esquina con su mugrienta sudadera con capucha, abriéndose paso a empujones contra una repentina acometida, una docena, más o menos, a



medida que la luz cambia, pero él mira hacia la acera detrás de alguien que se aleja, que coloca un negro sombrero de cuero y ala ancha en su sitio, una espalda angosta en una ajada chaqueta verde excedente del ejército, un demacrado petate, que se balancea desde un hombro. Christian frunce el ceño, sacudiéndose una noción. Se recompone a través de los ladrillos.

Sube los escalones hasta la esquina más alejada de la plaza, una baja pared de ladrillo bajo toldos de vidrio. Acurrucado contra una columna de piedra pálida, un hombre con un anorak con capucha de piel, moteado con camuflaje del desierto y chispas de chocolate, y su rostro se ilumina cuando Christian se acerca a él y este se inclina tendiéndole una mano para que Christian la extienda, una palmada y un agarrón, "¡Mi drow!", grita el tipo recostándose contra la columna mientras los pómulos de Christian se encorvan. "¿Cómo diablos estás?"

"Bien", dice Christian sentándose apoyado en la pared de ladrillo.

"¿Sí?", dice el hombre del anorak. "¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Seis meses? ¿Cuánto hace que has vuelto?"

"¿Una semana?", dice Christian encogiéndose de hombros. "Supuse que si aún estuvieras aquí, estarías aquí".

"Ya sabes", dice el hombre del anorak. "¿Tienes un lugar para quedarte? ¿Estás bien?"

Christian se encoge de hombros. "Podría estar mejor".

"Eso he oído", dice el hombre del anorak. Su mandíbula esta pimentada con vello, por un lado, un tramo blanco de piel, una cicatriz que distorsiona su sonrisa bajo un mono de mezclilla marrón y una desteñida camisa Henley rosa. "Sin embargo, no sé qué decirte. Podría querer ir de tranqui".

"Perdón", dice Christian mirándole directamente ahora. "Pensé que estaba hablando con el Ex Oficial".

"Hey", dice el hombre del anorak. "Hey. Te vas, vuelves... llegas

temprano y eso es bueno, pero todavía estás al final de todas las colas. Y todo está agitado, quién coño sabe dónde va a terminar esto. ¿Te gusta mangar bicicletas? Christian se encoge de hombros. ¿Niños arriba y abajo por la Explanada? Eso es en lo que están trabajando en estos días. Chuleteros al aire libre bajo la I-5. ¿Qué hay de los Chicos del Cobre? Ejecuciones hipotecarias, hombre, es un maldito sector de crecimiento. Aunque ya no puedo seguir contra quién están luchando. A un tipo lo apuñalaron sobre el desagüe de algún mamón". Esa cicatriz se arrastra hacia su boca mientras entrecierra los ojos. "Lástima que nunca fueras bueno en el juego de doble toque, sin ofender".

"Sí, jódete", dice Christian mirando hacia otro lado.

"No estoy", dice el EXO, levantando unas conciliadoras manos, "sólo digo. No soy racista aquí. Llama la atención, eso es todo".

"No necesito que me lo digan", dice Christian.

"Todo está *sin resolver*, es lo que estoy diciendo. Están tratando de aprobar otra ley para que sea ilegal sentarse en la acera, ¿sabes? Y mientras tanto, cerca de cada espacio vacío en la ciudad, parece que alguien ha comenzado a construir algo. ¿A dónde vas a ir?"

Christian saca algo de dinero del bolsillo de su mono, unos billetes doblados y vueltos a doblar, y el EXO frunce los labios tensando esa cicatriz, se sienta hasta tómalos, desplegándolos y dándoles la vuelta, contándolos ostentosamente, uno, dos, tres, cuatro de veinte. "Está bien", dice él deslizando los billetes en el bolsillo del babero de su mono.

"Sé que será seguro", dice Christian.

"Y yo sé que volverás por eso", dice el EXO, asintiendo. "Oh, hey", dice mientras Christian se pone de pie. "¿Oíste que Moody ha vuelto?"

Y Christian retrocede, se aleja, media vuelta, mirando hacia abajo a lo largo de la plaza, "No", dice, y luego, "no. Él", mirando hacia atrás al EXO, "le cayeron, como, diez años".

El EXO se encoge de hombros. "Angie Lil lo vio bajar de un autobús de Salem esta mañana. El Temible Paladín, su propia maldita estampa". Esa sonrisa torcida. "Colega. Menudos malos viejos tiempos".

# **un código de cuatro dígitos / Tiempo a Do / Escuchar, escuchar / el Túnel**

Un código de cuatro dígitos introducido en un teclado, "Hey, ¿Becker?", dice la mujer que se inclina en la puerta. "¿Has entrado?"

"Casi", dice él pulsando enter. «Arnold Becker», dice la pantalla, la computadora es una redonda burbuja de plástico ahumado y azul bondi. «11:03 AM 21/3»

"Ayuda a Dorena a sacar el almuerzo", dice la mujer en la puerta, "pero luego tú y Tish vais a Trans esta tarde". Gafas naranjas cuelgan de un collar de cuentas alrededor de su cuello.

"Pensé que", dice él. Es una habitación pequeña, no mucho mayor que un armario, y la pared detrás de él sobresale con estantes metálicos llenos de botes de jabón y paquetes de servilletas de papel y tarros de leche en polvo. "yo iba a Wobblies esta semana. Con Rose".

"Sam salió temprano hoy", dice la mujer de las gafas, "y Tish no puede manejarlos sola".

"Vale", dice Becker poniéndose un delantal azul oscuro, la parte delantera impresa con una Y estilizada en púrpura y blanco. «Centro de Desarrollo Infantil», dice.

"Vale", dice Becker, "vale", mientras los niños pululan, rayas rojas y blancas y rayas azules y verdes, azules y púrpuras, camisetas azules brillantes y salvajes y rojos sólidos y púrpuras desde real hasta lavanda, estampados de flores y apliques y grabados de cómics y calicos y robots en naranja y rojo, todos apresurándose a sentarse en pequeñas sillas de plástico en mesitas redondas que le llegan a Becker hasta la rodilla. Él sostiene una bandeja de plástico llena de platos, cada uno con una cucharada idéntica de espagueti en salsa de tomate y una precisa cuña de manzana, pulpa blanca, pelada en rojo. "¿Quién está listo para gusanos?", dice, y estalla un energético

coro de "¡No!" Y "¡Egghh!". "¿Quién pidió sapo? ¿Alguien?"  
Sonriendo mientras se inclina, coloca un plato delante de cada niño.

Recostado contra una credenza, con toallas de papel listas en cada mano, "Spaghetti", murmura. "¿Por qué tenían que ser espaguetis?"

"Conoces el menú", dice la mujer mayor a su lado, delantal azul oscuro similar, corto cabello negro atrapado en cientos de pequeñas trenzas. "El miércoles es día de espagueti".

"Cobb", dice Becker comenzando hacia adelante con una toalla, "en el pelo de Brooklyn no, en el pelo de Brooklyn no..."

Está limpiando las manos de un niño, "Si necesitas ayuda con tu zumo", le dice, "usa palabras", cuando en algún lugar detrás de él alguien dice: "nuestro grupo de transición, entre Bebés y Preescolar", y alguien más dice: "Oh, es muy impresionante, una instalación muy impresionante", y Becker se pone rígido. "Y el personal también", dice esa voz, grave, a punto de reírse de sí misma. "Impresionante. Al pequeño Kayden le va a encantar esto".

Becker está de pie, volviéndose, ya que al otro lado de la credenza, la mujer con las gafas naranja de los ojos de gato le dice: "Lo siento, pensé que era, Hayden", a Becker, jersey de vellón beige, camisa de vestir debajo, rayas de pizarra y oro en blanco, y puños blancos. "Hayden, sí, por supuesto", dice él. Una sacudida irritada de su cabeza, el cabello oscuro cuidadosamente recogido. Mira el reloj sobre su muñeca, pesado y dorado.

"Bueno", dice la mujer de las gafas. "¿Por qué no volvemos a la oficina y echamos un vistazo al horario?"

Becker les observa irse por el pasillo entre credenzas y armarios, adornado con dibujos pintados con crayones y con los dedos, y collages de papel de construcción. Alguien tira de su delantal, una chica con un vestido de túnica azul, un rayo amarillo en zigzag en la parte delantera. "Becker", dice ella. "Becker. La maestra Tisha dice. Es hora de hacer las cunas".

"Vale", dice Becker.

Ahora está oscuro, mayormente tranquilo, el murmullo de las canciones de cuna de los discretos altavoces. Cunas bajas de plástico colocadas en el suelo y en cada una de las pequeñas formas debajo de las mantas, silenciosamente inquietas, mortalmente quietas, está Becker, sentado entre dos de las cunas allí junto a la ventana, y los peatones de afuera se apresuran en las aceras y el tráfico da sus giros por la intersección. Él mira a su derecha, su mano ahuecando la pálida cabeza de una niña, ojos cerrados, mandíbula laxa, un tigre sujeto bajo un brazo, y se aleja, suavemente. Ella no se mueve. A su izquierda, su mano se ahueca en un niño pequeño, grandes ojos oscuros que miran a través del flequillo suelto. Becker gira su mano en las manos del niño, tirándola ligeramente, levantando una ceja, y después de un momento el niño asiente, gravemente, se suelta, enterrando la cara en su manta azul claro. Becker lentamente se pone de pie.

"Hey", le dice en voz baja a Tish, sentada en una de esas mesitas redondas con los papeles extendidos ante ella. "Necesito tomarme un minuto". Distraída, ella asiente.

Más allá de los niños pequeños que duermen, la esquina repleta de cunas, la pequeña oficina, donde la mujer con las gafas naranja alrededor del cuello mira a través de unas gruesas gafas de montura negra hacia la pantalla de un ordenador. Él cruza el estrecho vestíbulo lleno de fotos de niños, niños con sus padres, entre ellos, retratos, sosteniendo pelotas de baloncesto o bates de béisbol, con juguetes, con perros, con un caballo, con un payaso. Desde la alta puerta con paneles de madera hacia un vestíbulo alto con paneles de madera, el mostrador del almuerzo a la izquierda y una gran pared de vidrio mirando hacia la acera, y allí, en una mesa al otro lado de la puerta giratoria, ese forro polar beige, el pesado reloj de oro, leyendo un libro encuadernado en plástico. «Aventuras en la historia», dice la portada. Él lo cierra, lo pone sobre la mesa mientras Becker saca una silla frente a él. "Si que has tardado", dice David Kerr.

"¿Por qué estás aquí?", dice Becker.

“Quiero ofrecerte un trabajo”, dice Kerr, y “Ya *tengo* un trabajo”, dice Becker, mientras Kerr dice “Es una combinación perfecta. De hecho, lo has hecho antes. De hecho, abandonaste este mismo trabajo el año pasado con cinco minutos de anticipación, pero no te preocupes. Conozco al jefe. Voy a dar una buena recomendación”.

"Ya tengo trabajo", dice Becker.

"Cambiar pañales", dice Kerr.

"El trabajo más significativo que he hecho".

"Oh, lo entiendo, sí". Kerr se inclina hacia atrás con los brazos cruzados. “Mi esposo se gana el pan de cada día, por lo que puede darse el lujo de volver a la escuela, encontrarse y marcar la diferencia. Qué maravilloso ". Se inclina hacia adelante mientras Becker parpadea, "¿Ni siquiera te molesta? ¿Que no sabes por qué? ¿No sabes cómo?"

"¿Cómo?, ¿cómo qué?", dice Becker.

“Dime, ¿te remueve una pizca en el zumo todas las mañanas? ¿En el café? No, espera... es un tipo mecánico, nuestro Pirocles. Un chapucero. Apuesto a que ha medido dosis precisas en pequeñas píldoras adecuadas para ti, ¿no? Todas alineadas en el botiquín, una al día. ¿Estoy en lo cierto? Dime que tengo razón ". Sentado hacia atrás, con un dedo en los labios, todo tramado con barba de dos días. "Y no tienes ni maldita idea de lo que te está haciendo. O lo que hay dentro de ti, qué es lo hace. O qué otra cosa podría estar jodiendo en el camino. ¿El hígado? ¿Riñones? ¿La sangre, tu cerebro?" y "Cállate ", dice Becker, mientras Kerr dice, "¿tu corazón? Dime. El Amor verdadero. ¿Qué es lo vale... cirrosis? ¿Embolia?"

“Cierra el *pico*.

"¿Cáncer?"

"¿Qué coño quieres?", dice Becker inclinándose sobre la mesa.

"¿Qué hay de ti?", dice Kerr. “Lo que olvidas. Lo que no quieres

saber. Todavía está ahí, pero mantenido a raya por esas", toca la mesa, "pildoritas", toque, "amarillas". Toque. "Y yo voy a necesitarlo antes de lo que pensaba. Lo que significa que te necesito". Un suspiro. "No me gusta necesitar personas. Tengo una debilidad, quiero asegurarme de que las personas que necesito estén seguras. Cómodas incluso. Así que hago cosas estúpidas ", y recoge su libro para guardarlo en una elegante bolsa de cuero, "como pedir favores para crear trabajos cómodos con cheques de paga grotescamente hinchados".

"No estoy interesado, David", dice Becker mientras Kerr se pone de pie. "Lo sé", dice Kerr. "No soy idiota. Pero. Cuando me necesites, y lo harás", sonrío, "no te preocupes por una llamada telefónica o un correo electrónico. Sólo", y se da vuelta, se aleja, "di mi nombre", dice por encima del hombro. "Estaré allí", y Becker lo ve empujar y cruzar la puerta giratoria hacia la acera.



Se sienta en esa cama de almohadas blancas en la habitación azul claro, barba y cabello ahora secos, marrón rojizo sobre la cabeza, hombros, pecho, espalda poblada con pelo más oscuro y las curvas de la flacidez. Músculo, cintura gruesa y redonda. Se frota un ojo con la palma de la mano. "¿Qué hora es?", dice, un rugido grave.

"Después de las dos", dice ella sentada en medio del suelo azul claro. "Vuelve a dormir". Lleva holgados pantalones negros de yoga, lee una tablet apoyada en el suelo. "Lo necesitas". Tatuajes en tinta negra pululan sobre los hombros, la parte superior de los brazos, la espalda y los senos; enredaderas y ramas caligráficas, hojas y flores, pájaros y animales, la urraca y el búho, un zorro, una grulla, conejo, arce y roble, flores de pera, piñas, katsura, olmo.

"No estoy dormido", dice.

Ella levanta la vista y deja la tablet a un lado. Se levanta, se acerca para ponerse de rodillas en la cama, sentándose a horcajadas sobre él para besarlo y besarlo de nuevo, toma su cabeza en las



manos mientras ella se sienta en su regazo de almohada blanca y lo besa una vez más. "No he", dice él entre ellos, "Yo no he, no", y él la besa con las manos en su cintura, el musculoso hombro ensombrecido de tinta, y "yo", dice ella, "tampoco, es que", y un beso más. "echaba de menos esto".

"Tú", dice, abrazándose a ella.

"Tú", dice ella, frente contra la suya.

Sobre su vientre, los brazos se abrieron y ella se recostó sobre él, envuelta alrededor de él, acariciando el cabello de su hombro. "Le dejé en el puente", dice, y ella no dice nada a cambio, espera, mientras él le lame los labios, agacha la cabeza, los hombros se tensan por debajo del brazo, respirando, y luego, "Resultó que no importaba, pero yo no lo sabía, cuando lo hice. Y se suponía que no era un amigo, pero lo era, pero en ese momento. Me di la vuelta. Me alejé. Yo lo dejé. En el puente".

"¿A Quién, él?", dice ella.

"Charles", dice, "Charley, doctor Charley. Charlock". Levantando su gran cabeza peluda de la almohada. "Todo. El me la jugó. Nos la jugó a todos, pero aún así. No lo sabía cuando me fui. Ni siquiera era real, pero" y "Phil", dice ella: "Phil ", acariciando su hombro, él está mirando hacia arriba, todo el azul de arriba, "le *dejé*", dice él. "*Me me alejé*".

"De qué", dice ella, y "*Escucha*", gruñe él volviéndose hacia ella, y "*Lo estoy*", dice ella abrazada todavía a su hombro, "Es que no lo *entiendo*".

"Eso no es *escuchar*", dice él con el puño apretando las sábanas blancas. "Eso es *oír*". Su cabeza queda agachada.

"Magia", dice ella después de un momento. "Odio la magia". Acostada sobre la almohada, mirándole. Él da la vuelta con los ojos cerrados, "Es", dice, "lo que es. No puedo cambiarlo solo para que puedas seguirme".

"Muy bien", dice ella. "Vale". Acariciando su barba, el rizo de su mejilla. "Solo", dice ella. "Responde una pregunta ¿Prueba?"

El se desploma de lado, cabeza sobre su brazo doblado, agarra su mano y se la presiona contra los labios. "Esta habitación", dice. "Ellen, esta habitación. Ojalá nunca pudiera salir de esta habitación".

"Phil", dice ella retirando su mano. "Dijiste que murió. ¿Hiciste tú, lo que hiciste, fue eso lo que lo mató?"

Él cae de espaldas mirando hacia el azul. Ella e mira, con atención, hasta que, bajo su bigote, sus labios se fruncen y se separan y él dice: "No"

"Entonces", dice ella estirando el brazo sobre su pecho, "ahí lo tienes", pero él se sienta recogiendo el cabello, "Debería", dice él. "Debería irme".

"Phil", dice ella volviendo a caer sobre la almohada, mientras él se baja de la cama. "Phil", dice ella de nuevo, pero él la rodea, el peludo volumen de él desnudo en todo ese azul, "¡No puedo...!", ruge él. "¡Quedarme!"

Ella se sienta, sin mirarlo. "No puedes", dice ella, "no puedes irte, Phil", y ella balancea los pies hasta el suelo. "Así no. Necesitas algo de ropa".

"Pensaré en algo", dice. "Ellen. Nada de lo que tenga me vendrá".

"Tengo compañeros de piso", dice ella alejándose por suelo azul claro. Cuando ella abre esa puerta en ángulo, él hace una mueca.



Nubes grises ahora un frío techo muy por encima. Él aparta la vista de ellas, tirando del ala ancha de ese sombrero de cuero negro sobre los ojos. Cruzando el estacionamiento, en su mayoría vacío,

hacia un simple arco en la esquina más alejada, un letrero verde que dice «Corredor Fuente Primavera» colgado sobre un estrecho camino pavimentado. Las vías del ferrocarril a la izquierda y el patio cercado de una planta de grava a la derecha, tanques y tuberías altísimas, vírgulas de cintas transportadoras, todo silencioso e inmóvil. Él, con su ajada chaqueta verde excedente del ejército, el petate de lona balanceándose, pasando por debajo del arco. Otro letrero, bajo, blanco, dice «¡Alto! Precaución: Tráfico de Camiones Pesados».

Más allá de la planta, la cerca a la derecha queda engullida por vides marrones salpicadas de hinchados flores púrpura, un potencial increíblemente verde en el extremo. Más allá, el río, acero opaco arañado por la ondulante marea oscura. A la izquierda, ahora, una pendiente que se eleva abruptamente sobre las vías del ferrocarril, gris y marrón por el barro, salpicada de verde. Sombras delante y bajo un puente alto, y el tráfico silba y retumba sobre él, sus pilares de hormigón tatuados con sucios arcoiris de graffiti, firmas, sellos, dibujos animados. Él levanta su sombrero, un saludo, y avanza.

Parte del puente una rampa en pilares delgados que se enrosca en el aire para fusionarse con una autopista a lo largo de la cima de esa empinada pendiente. Él la mira mientras sale de debajo del puente, de vez en cuando mira hacia la vía del ferrocarril y la valla que la sigue. El río, ignorado, corre lento, alto. Él va por un camino, algo está sujeto a la cerca, sobre la hierba brillante, y él se fija: un cuenco de plástico verde para gatos colocado en un hueco en la cerca de la escalera, para que pueda alcanzarse desde ambos lados, un depósito de plástico transparente lleno se croquetas atado a la verja de arriba. Él se detiene allí, empujándolo con una bota negra gastada, mirando a un lado y otro del sendero pavimentado. Por debajo del puente, un grupo de ciclistas se dirige hacia él. Él lanza el petate de lona por encima de la cerca, luego agarra el alambre del poste de la cerca que suena debajo de sus botas y cae junto al petate. Mirando a un lado y otro de la vía del ferrocarril, se lanza a través de ella, hacia la maleza y hacia arriba y hacia arriba por la pendiente embarrada.

A mitad de distancia hay un camino que recorre un cuneta de tierra, traicionero bajo las botas, muy por encima, el ferrocarril y,

por debajo, las bicicletas que pasan. Árboles, matorrales, ramas desnudas con toques de verde, se inclinan sobre la caída. Él se apoya en una balaustrada para trepar el último cerro empinado del camino, en la parte superior y estrecha de la pendiente, allí entre los árboles y las galerías oscuras bajo la autopista, bahías regulares entre muros de hormigón que sostienen la cubierta, con terreno de tierra arcillosa salpicada de grava, que se eleva abruptamente en la parte trasera para encontrar el camino retumbante de arriba. La primera galería está vacía, y con un gran ojo pintado en una pared de hormigón, el iris de la misma está cuidadosamente elaborado, pintura roja ondulada sobre la pupila. Se ha colocado una roca baja y plana en el borde del camino lleno de maleza, y en ella los guijarros marcan una forma, una cara tosca, dos ojos, la curva de una sonrisa. Él ríe, un resoplido silencioso, y levanta uno de los ojos de guijarros, áspero y negro en sus dedos. Lo lanza y vuela perdido en la hierba. Mira a su alrededor. El río, muy por debajo.

La siguiente galería, una vieja carpa verde salpicada de barro desde su secado. Bolsas de basura negras y llenas dispuestas ante él. Él pasa sin una segunda mirada. Tres figuras en la siguiente, una extensión de lonas de plástico azul sobre la tierra compacta, y aquí él hace una pausa, se echa la gorra hacia atrás. Uno de ellos se sienta, un hombre con un largo abrigo negro azulado, rascándose la nariz por encima de una barba irregular.

"Guiños", dice el hombre del sombrero negro. "Ando buscando a Guiños".

El hombre del abrigo mira la figura a su lado, un fardo de mantas viejas sin rasgos distintivos, luego agita una mano, avanza, baja, se aleja, mientras se recuesta.

Los murmullos todavía están en la siguiente galería, tres, cuatro niños en monos negros y pieles teñidas de marrón y rojo, con el pelo afeitado y con forma de púas caídas, trenzas con mechones, madejas sucias, botellas en las manos. Más allá de ellos, la tierra cruda debajo de la carretera ha sido derribada, apilada, con una boca bostezando arañada en la base del pilar de hormigón. El hombre del sombrero negro sale del camino y se dirige hacia él. Los niños miran. Él mira hacia atrás, con una mano apoyada en el borde

del túnel, "¿Guiños?", dice.

Nadie habla. Humo de los tubos de la articulación que sostiene uno de ellos. Coloca el sombrero negro más firmemente en su cabeza y se agacha en la oscuridad.

Bajo, estrecho, el suelo desigual. Golpea la pared y la tierra suelta golpea sus hombros, deja caer el ala de su sombrero. A lo largo de un camino de luz. "¿Guiños?", grita.

"¿Quién va?", una voz ronca, amortiguada.

"Soy yo", dice él avanzando por el túnel. "He vuelto".

"¿Quién eres tú?", esa voz, saltos de luz, sombras moviéndose, sacudidas, "¿ese que dice que ha vuelto?". La luz se enciende, una linterna de batería izada, una cara sin barba, sucia, una mirada entornada sobre las redondeadas mejillas. La linterna se hunde, la cara se dibuja hacia atrás, hacia arriba, "Paladín", dice Guiños.

"Dijeron que estabas aquí arriba", dice Moody, quitándose el sombrero. Su sonrisa bastante aguda.

"La mantuve a salvo", dice Guiños retrocediendo.

"¿Lucinda?", dice Moody. "Bien. Hora de que la llevé de regreso".

La linterna se agacha, se pierde en la oscuridad repentina. Una luz tenue, a la derecha. Moody se agacha hacia él, un giro que se abre en una habitación baja, una pared de hormigón picada, la linterna posada en una tummock. Guiños se extiende a la luz sobre el piso irregular, mochila, sudadera sobre un suéter sobre un mono empapado de barro, hurga entre bolsas y sacos, cajas de plástico, una caja de cartón caída, todo lleno de ropa, abrigos y mantas, latas vacías, botellas, paquetes de periódicos, "pensé", dice Guiños arrojando una revista revoloteante, "que te llevaron a la silla".

"Ya no hacen eso", dice Moody. "Solo fueron diez años".

"¿Diez años?", dice Guiños asombrado, rodando, sentándose.

"¿Ha pasado tanto tiempo?"

Después de un momento, Moody dice: "Sí". Y luego, "No has cambiado ni un poco".

"Te dije que la mantenía a salvo", dice Guiños, entregando un paquete delgado envuelto en una tela sucia. Moody lo toma, lo desenrolla, tira de él con un mango plateado, envuelto en alambre, ajustado en una funda de cuero negro. "Lucinda", dice, soltando unos tres centímetros más o menos de la hoja. Inclínándose para olerla.

"Estoy tan contento de que hayas vuelto, Paladín", dice Guiños.

"El Sikes-Fairbourne", dice Moody, sacando el resto del cuchillo, un poignard cónico. "Solo catorce de ellas. El MI6 las entregó a los principales agentes. Conseguí una cuando estuve allí, con la Fuerza Eco. Es decir, Delta, solo que aún de más alto secreto. De necesidad de saber".

"Sí", dice Guiños. "Chavales, en estos días".

De cuclillas, recostado contra la pared fangosa, con la hoja en una mano y la vaina en la otra, "Gracias, Guiños. Por cuidar de mi Lucinda". Sus ojos ahora muy serios y su boca bajo del pico de su nariz. "Pero me temo que tengo que pedirte otro favor".

"¿Cuál?", dice Guiños.

El primer grito se hace sordo, amortiguado, y los chavales miran hacia arriba, debajo de la carretera. Uno de ellos entrega el canuto al siguiente en el círculo, pero luego un fuerte grito frenético sale del agujero en el barro, se interrumpe en un gorgoteo y, casi como si estuvieran de pie, retroceden, giran, volando a lo largo de la parte superior de la pendiente, algunos por allí. Pasa un minuto, o tres, y un rasguño, una mano, Moody sale del fangoso y polvoriento agujero, se endereza en las sombras y mira hacia el hormigón de arriba. Su boca, su barbilla, su garganta manchada de sangre. La hoja en su mano manchada de rojo. Se limpia la hoja en el muslo y la vuelve a meter en la vaina, la deja caer en su petate. Se pone en

marcha, eligiendo su cuidadoso camino cuesta abajo.

## **un coche Town de color azul claro / "Uno no come monstruos" / algo romántico / cómo has conseguido**

Un coche Town azul celeste gira a la izquierda bajo la luz amarilla, parando de golpe allí al lado de un edificio de dos plantas y tableros verdes, retrocediendo y aparcando en una plaza tras la esquina cuando un par de coches luchar alrededor Parando a buen medio metro del bordillo de distancia de la acera. El anciano, con cierto esfuerzo, sale del volante, cierra la puerta con firmeza, limpia la manija cromada con un paño que dobla y mete en el bolsillo de su abrigo de piel de tiburón marrón oscuro que brilla a la luz gris oscura del atardecer. En la esquina de ese edificio verde, vestíbulo en ángulo de un modesto escaparate y, colgado encima de él, un cartel azul y naranja que sobresale de la acera, neón brillante frente oscuro, «Farmacia Alberta Rexall», dice. Frunciendo el ceño, el viejo se cepilla la parte delantera de su traje, de su chaleco, se pasa los dedos por el pelo, ese círculo de rizos crujiendo casi amarillos contra la oscuridad rojiza de su cabeza desnuda y calva. Respira hondo.

Dentro, mesas redondas de formica, cada una con una vela encendida, algunas con comensales, parejas, vasos de vino, agua, platos de pan, cuencos de sal, vinagreras y aceiteras, "en capas con un pesto", dice una mujer, "de estragón y perejil", mientras le entrega una lista de vinos a un hombre sentado en una de las mesas delanteras, pero "Disculpe, señorita", dice el anciano cerrando la puerta tras él. "¿Dónde está ella?"

"Yo, ah", dice ella mirándole sorprendida. "¿Le importa?", dice el hombre con la lista de vinos, ofendido.

"No tema", le dice el viejo, y luego, "¿Señorita?"

Sin palabras, señala hacia atrás, hacia una puerta pintada de rojo.



A través de esa puerta, un pasillo oscuro, el traqueteo y la prisa de la cocina a un lado, una cortina de lona levantada para revelar una sala, suelo y paredes pintadas de un viejo y polvoriento negro brillante muy iluminado. Sillas plegables en hileras sobre plataformas escalonadas, tres lados alrededor de la habitación, y allí detrás de él, él se da vuelta, una mujer se sienta en la última fila, envuelta en una delgada bata blanca, manga del brazo izquierdo en una placa pulida, cobre y aluminio, brazales y piel de vaca. Su cabello muy corto, gris metalizado. "Gordon", dice ella.

"Linessé", dice él.

"Bueno. Ya que estás aquí", un leve chirrido y un raspado de metal mientras ella gesticula, clac, "¿qué piensas?"

Se encoge de hombros. "Pasa una mano de pintura, añade algunas mesas, tal vez un par de cuatro tableros, es un bonito comedor privado".

"Me gusta el teatro".

"Nunca ganarás dinero", dice.

"No es por eso que me gusta el teatro".

Se mueve incómodo, raspando el zapato. "Necesito un favor".

Sonriendo, ella se pone de pie, baja las escaleras, roce de la bata, deslizarse y chasquido de las sandalias, el tintineo de la placa sobre su brazo. "Así que, por eso te has vestido", dice ella mirándolo de arriba abajo en su traje.

"Esta mañana", dice él mientras ella pasa detrás de él, "algunos de los bravos de Tommy Tom fueron a tomar un café. Boggs el Gerifalte, y también Swift, y Dogstongue".

"Parece que nos hemos equivocado de pie", dice ella a su lado, "si hablamos de bendiciones. Debería haberte nombrado el Portador, y no alentar tanta familiaridad".

Él se pone rígido, respira con dificultad, "Eso no es lo que soy", dice. "Ni gota ni pizca".

"Pero no renunciaste a tu cargo", dice ella. "Sigues sirviendo a la corte". Él se estremece ante el toque de la mano de ella, una cosa fantasmal bajo el brillante brazaletes. "Me pregunto", dice ella retrocediendo, y de nuevo, "si yo desfundara ante ti", dos pasos más atrás, en una carrera, con el brazo plateado levantado ante ella, brillando a la luz, y sosteniéndose en la otra mano una espada, hoja corta y ancha, "si te cortara el pecho, tu cabeza", un paso deslizante hacia él, esa espada se balancea hacia afuera, hacia atrás y hacia arriba, "la bloquearías con tu maza?"

Los ojos de él cerrados, cabeza inclinada. Manos a su lado. "Marqués", dice. "Os pediría una bendición".

Clanc y chirrido cuando ella baja el brazo. "Habla con el Soames", dice ella. "Tu problema es con sus hombres, no con los míos".

"Sabes que no puedo hacer eso", dice. "Pero... de un par a otro..."

"¿Cuando no tengo ningún interés en el asunto?", dice ella dando un paso hacia él.

"Más empleados domésticos vienen a mi casa desde tu quinto que desde cualquier otro", dice. "Hazlo por ellos, si no..." pero ella ha dado otro paso, otro movimiento despectivo de sus dedos, "Si mantienes una casa abierta", dice ella. "Gratis para todos. Incluso bravos".

"¡Hay límites!", grita, las palabras resuenan en ese espacio.

"Pues hazles saber eso", dice ella pasando delante de él, "y vigila que lo mantengan", regresa a las hileras escalonadas de sillas plegables.

"Si no por eso", dice, y se detiene. Sus manos juntas, levantadas ante el pecho, debajo de su barbilla. "Por lo que hemos significado, el uno para el otro".

Con un pie en un escalón, ella se detiene, mira atrás por encima del hombro, "¿Qué es eso, exactamente?", dice ella. Gira cuando él no responde para mirarlo allí, con su traje marrón, la cabeza inclinada bajo toda esa luz.

"Hablaré con él", dice ella. "Aunque no servirá de nada".

"Sea como tú dices", dice Gordon.



Fideos anchos, resbaladizos bajo una cucharada de ragú rojo, rizos blancos de plumas de queso, una pizca de hierbas, su tenedor, reluciente en su mano. "Es, um, es fantástico".

"¿El olor?" Pirocles señala con su propio tenedor, un gordo y redondo ravioli colgando de sus dientes, goteando una salsa de ciruela oscura. "No has dado bocado".

"Lo siento", dice Becker, recogiendo y torciendo un fideo. "Lo siento, es que, a..."

"¿Querías otra cosa?"

"¿Qué? ¡No! No". Becker muerde, sorbe, mastica. "hey", dice, "bueno" y tragando, "ahora ya sé a qué sabe el jabalí". Un gesto de su tenedor. "¿Cómo está, ah, cómo está tu raíz de apio?"

"Deliciosa", dice Pirocles pinchando otros raviolos. "No lo recuerdas, pero nos encontramos... la primera vez... en una cacería de jabalíes".

"Nosotros, ¿en serio?", dice Becker.

"Una que organizó el viejo Duque", dice Pirocles, "para Erímatos Corazón-Núcleo. Yo tenía que defender a el Sabueso, pero", una sonrisilla, "el Mooncalfe me retó sin ninguna razón y me venció con su truco de frenado". Las cuentas de peltre en los extremos de sus

bigotes brillan a la luz de las velas. "Y tú, viniste y sostuviste la copa que atrapó mi ofrenda", y Becker mira hacia otro lado, parpadeando, y un ruido de tenedor caído Pirocles alcanza la mano de Becker, "oh, dame una bofetada por tonto; lo último que quería" y "No", dice Becker, "no", apretando la mano de Pirocles, "es, es", y un olfateo, "Tú no", dice, "¿por qué lo harías, por qué cazar un jabalí? No comes jabalí".

"Por supuesto que no", dice Pirocles, con el ceño fruncido. "Era un monstruo. Uno no come monstruos", y Becker se ríe, una tos espeluznante demasiado fuerte, rápidamente tragada. Recoge más fideos en su tenedor pero aún no lo levanta. "David Kerr me encontró hoy", dice.

"El melancoélidon", dice Pirocles, y "Ah, sí", dice Becker. Pirocles arroja su servilleta a la mesa. "Yo no cometería ningún asesinato, amor", dice, "pero a ese hombre lo dejaría sangrando en una zanja".

"No *hizo nada*", dice Becker.

"Ha hecho suficiente", dice Pirocles.

"Simplemente, quería hablar. Él dejó escapar algo, no lo sé. Tal vez fue a propósito. Me dijo por qué quería que tuviera ese trabajo horrible".

"Él te quiere", dice Pirocles.

"No, no, quiero decir, sí, pero él también", inclinándose hacia adelante, "quiere lo que hago. Cuando no estoy... lo que olvido, dijo. Eso no quiero saberlo. Eso es lo que él... quiere".

"Él no te tocará", dice Pirocles. "Él no se acercará a ti de nuevo ¿fue a tu trabajo? ¿La guardaría? Hablaré con el Vizconde. Tendremos a alguien que te cuide, cuando debamos estar separados", y Becker dice: "Es decir, él solo, él no trató de lastimarme, ni nada, simplemente... me soltó..."

"Él quiere llevarte", dice Pirocles. "No dejaré que eso suceda".

Becker sonríe, un poco.

“¿Qu e pasa, amor?”, dice Pirocles un momento despu es, dos.

"Esa es", dice Becker, "esa es la pregunta,  no es así?" Una mano hacia su sien, su cabello adelgazado. "Lo que *hay*, en mí, lo que hace eso. Que jode las cosas. Es lo que él quiere".

"Eres tú", dice Pirocles.

“Pero qué parte *de mí*”, dice Becker. "Si pudiéramos, descifrarlo, deshacernos de él... no solo detenerlo", y se ríe, toma su tenedor nuevamente. "Quiero decir, no es que haya un médico al que pueda consultar sobre esto".

"Eres lo que no quieres saber", dice Pirocles, suavemente. “Eres lo que olvida. No hay nada de qué deshacerse. Eres tú”.

"Pero por eso nosotros, por eso tomo esa cosa", dice Becker. "Para no perderme. Para no desaparecer".

"S ", dice Pirocles frunciendo el ceño, mirando hacia abajo. "Yo, s ”.



Levanta un par de gafas de sol del suelo, la lente izquierda espirales con formas de arácnidas letras escritas en tinta blanca. "Déjame adivinar", dice Ellen. "Esas no son las tuyas".

"Son m as", dice. “Pero las dej  all . En el tocador”. Se mueve para meterlas en un bolsillo, pero lleva una camisa hawaiana brillante, moteada de azul y amarillo y blanco, y no tiene bolsillo para guardarla.

"Entonces", dice ella mirando por la mugrienta salita. "¿Lo alquilas por semanas o algo así?" Las paredes verdes arrugadas, la manta beige estrecha y nítida, doblada y vuelta a doblar, el

parpadeo de neón que brilla de vez en cuando a través de la única ventana.

"Les di un montón de dinero hace un tiempo", dice. "Me dejan en paz".

Ella mira el espejo colgado sobre el tocador, escrito en forma de letras rizadas, ramificadas, cortadas y punteadas. "Entonces se paga bien, ¿eh? ¿Estas cosas?"

"Estás enojada", dice Phil con las gafas de sol en la mano.

"Has vuelto", dice ella alejándose del espejo, "estás a salvo", dirigiéndose a la puerta, "no hay ningún hombre del saco ni vómito de sopa de guisantes que limpiar, así que iré, simplemente, a..."

"Cenar", dice.

"Yo... debería ir, Phil. Lo siento. Tengo que trabajar en..."

"Espera", dice, "espera", desabrochando la camisa de flores silvestres, "déjame..."

"*Quédate*", ella dice, "la camisa. Nunca me... odio la forma en que le queda a Dan esa maldita cosa".

"Tú", dice, y luego, "estás cerca".

"No puedes preguntar eso", dice bruscamente, y él comienza a decir "yo soy" pero "Maldita *sea*", dice ella alejándose. "Realmente me estaba empezando a gustar este sitio".

"No tienes que hacerlo", dice, pero "Norte", dice ella. "Voy a ir al Norte. Sigue adelante. Todo el camino".

"Ellen", dice.

"¿Qué demonios, verdad? ¡Cuchilloamarillo! Quiero decir, ¿Qué posibilidades tendrás?"

"Ellen", dice él de nuevo. "No te vayas. Iré yo". Caminando hacia ella. "¿Ellen?" Ella no se mueve para seguirlo mientras él se hace a un lado, no termina su oración, baja la mano, parpadea, no respira. "Eso", dice él, mirando desde ella hacia la ventana, el neón rojo brillando pesadamente, constantemente encendido. Encendido sin más. "Oh", dice. Él se gira para mirar hacia la puerta. Alguien llama.

Él abre la puerta a una pugnazmente bajita mujer, toda de gris nacarado, que le empuja hacia la habitación directamente hacia Ellen, caminando sobre las puntas de sus sensibles zapatos. Mirando las frondas y las plumas de tinta negra que se enroscan alrededor del cuello de la chaqueta vaquera de Ellen. Dando un paso atrás, la mujer favorece a Phil con una mirada, ceñuda sobre los ojos perfilados de azul, cierto escepticismo en sus labios pintados color ladrillo. "Tú", dice Phil, pero ella está avanzando, mira durante un instante el espejo escrito, abre la puerta del armario. Traqueteo de perchas, el arrugar de plástico. "Tres", dice Phil, "meses".

"Las vacaciones han terminado", dice ella sacando un traje envuelto en una bolsa transparente de tintorería. "¿O creías que te habían dejado ir? Pies por delante. Tú sabes eso". Ella rompe y saca el plástico.

"Pensé que lo habías olvidado", dice Phil.

"Lista pendiente", dice ella colocando el traje sobre la cama, plano, negro, chaqueta y pantalones. "Lo que significa trabajo por hacer. Un verso entero de Antítesis suelto por el mundo".

"Eso", dice, y luego "yo", y luego, mirando a Ellen, "bueno. Sé dónde debe estar eso".

"Durmiendo en un corazón, pero ¿cuál?", dice la mujer vestida de gris. "¿El de la Reina? ¿El de su mascota? ¿O el del pérfido de Lier?"

"Tú", dice él con un giro de cabeza, una sacudida de este prevenida. "¿Crees que Lier?"

"Su nombre aún es conocido", dice ella. "La Antítesis no lo capturó. ¿Quién si no podría?"

Inclinándose sobre la cama, pone una mano sobre la chaqueta del traje negro y respira. Entonces el Sr. Keightlinger lo recoge.



Él ocupa toda la puertecita y, detrás de él, un salvaje resplandor brillante. Abriéndose paso hacia ella, él vuelve a la luz de las velas que lo empapa todo de oro, de blanco, su camiseta blanca lisa, chaqueta de punto amarilla, cabello negro brillante, sonrisa suave. "Jesús, Luys", dice Jo, pelo negro y rojo en llamas, mirando el estrecho remolque y las velas por todas partes, a lo largo de la pequeña encimera, unos conos recubren las repisas de las ventanas y allá, sobre la baja cama en su nicho, votivas esparcidas por el suelo de la estrecha cabina de ducha, bloques inmensamente brillantes con tres o cuatro mechas cada una agrupadas sobre la mesa, en el fondo, y un pequeño festín de cajas de comida para llevar con servilletas, palillos, un par de botellas de cerveza "Después de esta mañana", dice él mientras baja a la cabina.

"Esto es", dice ella, "tú no tenías, no había nada que compensar..."

"Quería", dice. "hacer algo romántico".

"Ciertamente es esto", dice ella recogiendo una de las botellas. Echando un trago.

"Bueno, siéntate", dice, "cava. Te he pedido un completo de brócoli con ajo", y él frunce el ceño. Ella sigue mamando de la botella, grandes tragos sedientos, y la mayor parte del contenido ha desaparecido cuando ella baja la cerveza y limpia la boca con el dorso de la mano. "¿Está todo bien, su gracia?", dice.

"He perdido a Christian", dice ella y se pule la cerveza.

"Perdido", dice.

"Dijo que no. Se marchó. Aceptó el dinero". Se está quitando el



largo abrigo negro, dándose la vuelta con cuidando de todas las velas, "Dime una cosa", dice ella de espaldas a él colocando el abrigo sobre la cama baja. "Es un poco raro, pero, ¿le viste comer? ¿Cualquier cosa? ¿Anoche?"

"¿En la fiesta?", dice Luys sentándose. "Creo que sí. Sí".

"¿Eso crees?".

"Sí".

"¿Sí que lo crees o sí le viste?"

"Jo", dice.

"Perdón", dice ella volviéndose, sentada allí en la cama. "Perdón. Es, es estúpido, pero..." Mira hacia abajo, a sus zapatos rojos. "Tuve un sueño anoche". Él se inclina hacia adelante con los codos en las rodillas, concentrado en ella. "Más que un fragmento", dice ella. "Fue una impresión. Yo estaba, estaba otra vez en el puente, en el World Trade Center, esperando a que el hechicero, e Ysabel, subieran por la escalera mecánica, solo que, no estaban ellos subiendo. Era Christian, yo podía verle el rostro, pero él iba de verde, y supe en el momento en que lo vi, que ya era demasiado tarde. No iba a poder salvarle. No lo habría salvado, porque había sido demasiado tarde hace mucho tiempo". Ella lo mira. "Creo que sucedió algo, después de lo que pasó, el año pasado. Creo que he estado pensando. Tal vez él es un fantasma".

"¿Christian?", dice Luys.

"Eso es algo que los fantasmas no hacen, ¿verdad? ¿Comer?"

Se inclina hacia adelante, extiende el brazo y le toma la mano. El trozo de cuero alrededor de su muñeca, opaco contra su brazalete amarillo. "Nunca he conocido a un fantasma, Milady", dice.

"Ah", dice ella, "pensé que", sentándose, su mano resbala de la de él, "pensé que tal vez", y suspira. "No sé", dice ella. "Simple y condenadamente no lo sé."

"¿Milady?", dice.

"¿Puedo?", dice ella, "¿puedo mostrarte algo? Es que, tengo que hacerlo", de repente sube el dobladillo de su cuello vuelto y se lo quita para dejarlo caer al suelo delante de ella. "Justo", dice ella con los ojos cerrados, "aquí", con las yemas de los dedos presionadas contra el esternón, temblando, "tú mira", dice. "A veces", retorciéndose, muñeca, mano, presionando de nuevo, "no se ve", y ella grita, desplomándose, él sale de ambas rodillas para atraparla, sus manos sobre los hombros, "Milady", dice, y "¡Mira!", gruñe ella entre dientes. Puño nudillo golpeando su pecho. "¡Mira!"

Él lo hace, y aparta la mirada y mira de nuevo, y suspira. "No veo nada que no deba", dice, y luego, "oh".

"¿Lo ves?", dice ella.

"Pensé haber..., tal vez", dice, "¿un brillo?" Su mano, más o menos marrón, roza tiernamente su piel.

"El brillo, el arcoíris, como el jabón", dice ella.

"Como el aceite", dice él. Ella se hunde en sus brazos. "¿Qué es?", dice él.

"El, el, es el Humovivo", dice ella contra su pecho.

"¿Qué es eso?", dice él.

"¿No lo sabes?". Inclinandose hacia atrás, le mira. "¿No sabes lo que es el Humovivo?"

Él niega con la cabeza. "Nunca había escuchado esa palabra antes de este momento".

Ella se recuesta contra la cama, fuera de su alcance, cerrando los ojos. "Bueno, mierda", dice ella.



La poca luz se filtra de otras habitaciones para atrapar los platos apilados en el fregadero, las abolladuras en el borde de aluminio del mostrador, el marco cromado de una silla con respaldo de plástico y las rayas brucas brillan en el suelo de tablero de ajedrez blanco y negro, un resplandor cálido golpea desde el pomo de la puerta en la parte posterior, sacudiéndose, traqueteando, un ruido metálico. Gira entonces, en ese oblongo de luz tenue, y la puerta, temblando, se abre.

Él pasa dentro, ajada chaqueta, sombrero de ala ancha, y se mueve con cuidado. Deslizando un artilugio de alambre retorcido en un bolsillo. Mirando a su alrededor. El televisor está parloteando en otra parte de la casa. Una mesa, allí, llena de papel suelto, montones de correo. Él se sienta con cuidado en una de las sillas a su lado, se quita el petate de lona del hombro y la deja en silencio en el suelo. Se quita el sombrero, lo sostiene un momento sobre la mesa abarrotada y luego lo coloca en su regazo. Se recuesta en la silla que cruje, Ladea la cabeza y escucha. La televisión se ríe de sus propios chistes.

De nuevo, se recuesta. De nuevo, un crujido. Luego empuja la silla hacia atrás, un arañazo, y escucha. Un murmullo, una tos, algo dicho, una aguda réplica. Un golpe, pasos pesados, cada vez más cerca. En la mesa, él sonrío, luego se traga esa sonrisa, se echa una mano sobre los ojos.

Chasquido de un interruptor, luces encendidas, "Hijo de *perra*", dice el hombre en la puerta, arriba en ese incómodo rellano de la esquina, detrás de una pesada barandilla. "¿Moody?" Su camiseta dice que «Aún así No He Usado Nada de Álgebra todavía». Sus pantalones cortos son morados. "¿Cómo demonios has conseguido entrar *aquí*?", dice. Su mandíbula pimentada con vello, y a lo largo de la piel blanca y apretada de un lado, una cicatriz que le divide el ceño. "¿Cómo demonios sabías siquiera dónde estaba esto para poder *entrar*,?"

"EXO", dice Moody con la mano aún sombreando sus ojos. "¿Te importa apagar la luz?"

"Que te *jodan*", dice el EXO. Una corta escalera a sus pies, en su mayoría cubierta con una lámina de madera contrachapada, una rampa improvisada. "Te dije dónde encontrar a Guiños", dice él bajando por la rampa, lata de cerveza en la mano. "Estás en números rojos en el banco de favores".

"Pasé siete meses en la solitaria", dice Moody poniéndose nuevamente el sombrero, "por matar a un hombre en la cola de la comida. Era un violador y un pedófilo y merecía morir cruelmente, pero me llamó la atención. En mi decimoséptimo día en el hoyo, un hombre vino a verme".

"No me importa", dice el EXO mientras Moody dice, "Este hombre había subido de rango en las cárceles de sitios negros de Antaviliai y Djibouti, y una vez estuvo a cargo de los interrogatorios extremos en Guantánamo. Él inventó la mitad de los trucos que usan para causar un dolor insoportable sin una sola marca incriminatoria".

"Moody, hombre, no puedes sentarte aquí y seguir", dice el EXO, pero Moody continúa: "Todos los días durante cinco de esos seis meses usó esos trucos". para hacerme preguntas, una y otra vez, y yo. *Nunca*. Respondí. Ninguna".

"¿Qué demonios es eso en tu *cara*?", dice el EXO. En otro lugar, lejos de la casa, otro golpe, un chirrido que se acerca.

"Pero cada una de esas preguntas", dice Moody, tirando del ala de su sombrero, "era sobre ti. Y el OM. Y los jefes. Sobre todas las *cosas* que solíamos hacer". En ese incómodo rellano, un ruido metálico, un chirrido, una silla de ruedas que retrocede de las sombras, manijas de plástico gris que sobresalen de una térmica gris. La manta cubre la espalda, los hombros del hombre que les mira por encima del hombro. "¿Qué demonios?", gruñe con un ojo cerrado junto a las arrugas que irradia su nariz hundida. "¿Quién es este, Chad?"

"Solo Danny Moody, papá", dice el EXO, y luego, "¡siéntate!"

"Estoy presentando mis respetos", dice Moody, medio fuera de la silla. Se sienta de nuevo. "Un honor, por fin cumplir con el OM", dice.

El mentón del viejo se sobresalta ante eso. "¿Eres un jefe?"

"Lo era, papá", dice el EXO, mientras dice Moody, "El Temible Paladín, señor. He estado en Salem los últimos tiempos. Pero he vuelto".

"Y quién estaba, haciendo preguntas", dice el OM.

"Los federales, señor", dice Moody. "Supongo que una fuerza especial apuntaba para expandir toda su red. Pero no me sacaron nada".

"Papá, él sólo", dice el EXO mientras el OM dice: "¿Qué necesitas?" El EXO grita: "¡Papá!" La sonrisa de Moody se acentúa bajo el pico puntiagudo de su nariz, sobre la barbilla oscura y con costras. "Un lugar para dormir", dice. "No diría que no a una ducha de agua caliente".

"Que así sea", dice el OM apoyado sobre las ruedas de su silla. El EXO mira hacia abajo, murmurando algo, piernas desnudas nudosas y pálidas a la luz. "Gracias, señor", dice Moody, mientras el OM se aleja chirriando. "No se arrepentirá".

## una zapatilla de deporte, azul y marrón

Una zapatilla de deporte en una mano, azul y marrón, un Oxford negro de punta cuadrada en la otra, se para allí, mirando de una a la otra, "¿Dónde estaba yo?", dice él colocándolos a ambos en el mostrador, empuja la zapatilla de deporte hacia la mujer al otro lado, que sostiene el par, marrón y azul. La chaqueta y su largo cabello castaño oscuro por la lluvia. Ella pone la suya junto a la que le ha dado, "Entonces, ¿ahora qué?", dice ella. "¿Me la pongo?" Y él se encoge de hombros. "Puedes, si quieres", dice. "Son zapatos". Deja caer el Oxford negro solitario sobre la pila de zapatos revueltos a sus pies. "Bienvenida a Portland", le dice.

Repique de lluvia contra lonas de plástico, azul y verde, bolsas de basura dispersas sobre aplastadas cajas de cartón, un cobertizo atado a la verja de alambre a lo largo de la acera. Una curva de la autopista al final, una masa sombreada sobre la farola, y el diáfano cielo negro más allá. Con su mugrienta sudadera manchada de lluvia, se arrodilla en un extremo y levanta una lona, "hey", dice. "Estoy con el EXO. ¿El jefe está aquí? Tres o cuatro figuras tumbadas bajo el refugio sobre mantas viejas, un saco de dormir, más cartón aplastado. Uno de ellos tal vez asiente. "¿Y tú quién eres?", dice otro, pero la verja suena cuando él se acurruca contra ella, sentándose todo lo que puede bajo el refugio. Ojos entornados sobre pómulos encorvados. "Te lo diré mañana", dice.

Esuce pasta de dientes en el fregadero, enjuaga su cepillo, se lo pasa por la boca, se inclina para escupir una vez más. Se queda allí de pie, inclinado sobre el fregadero. Una mano sobre su hombro, firme, nudillos amarillentos, uñas bien cortas, "No olvides tu medicina", voz animada, de buen humor, y él asiente. Se incorpora cuando la mano se levanta, abre el botiquín, saca un pastillero de plástico azul de entre las botellas de colonia, el cuenco de afeitar y las brochas, la lata de pomada. Abre la tapa, la luz cambia a su alrededor, calentando su rostro mientras la levanta. Dentro, cápsulas transparentes, cada una con pizca de oro brillante. Levanta una, se la lleva a los labios, la pone con cuidado entre los dientes.

Un momento sobre el fregadero, manos apoyadas a ambos lados. Cierra la boca. Traga.

Murmurando, camisa abierta ondeando mientras se mueve por la cavernosa habitación, descalzo sobre el suelo de madera sin acabado. Se desabrocha los puños blancos. La sugerencia sombría de columnas a su alrededor, destellos del cristal de las ventanas más allá. Echando los brazos hacia atrás, deja que la camisa se deslice hacia abajo y "arquitectónicamente", una palabra que puede haber salido de su glosolalia, y luego, desabrochando los botones de la bragueta, salta torpemente mientras patea una pierna y luego la otra, "Ambientalmente", y deja sus pantalones detrás de él. Desnudo, salvo por su pesado reloj de oro, se mueve hacia el centro del polígono irregular que ha recorrido en el polvo y se arrodilla, desabrochando el cierre de la correa del reloj y libera su mano. "Sicigonómico", dice soltando el reloj, suspendido en el aire ante él. Deja escapar un suspiro de alivio. "De acuerdo", dice. "Veamos a dónde has ido".

"El buen Dios, sabe condenadamente lo que está sucediendo", dice ella, "en", mirando la pequeña habitación sucia y vacía. "Cuchilloamarillo", dice ella, perpleja. Neon brilla por la única ventana. Plástico arrugado, algunas bolsas de tintorería en seco desechadas, extendidas sobre los pies de la cama cuidadosamente hecha. "Phil", dice ella. Se gira. Allí, junto a la puerta entreabierta, astillas de plástico negro sobre la manchada alfombra. Recoge un par de gafas de sol, un brazo cuelga mal, y la lente izquierda está agrietada, se ha tornado ahumada y gris.

Esas velas encendidas a lo largo de las repisas y mostradores, temblando, parpadeando, algo está sacudiendo el remolque. Bajo el diminuto fregadero se abre de golpe la puerta del armarito, un desgastado zapato ortopédico negro sale del estrecho espacio, seguido de otro, las piernas en un mono azul patalean, giran hacia un lado para permitir que quepan las caderas, unos dedos aletean alrededor de los bordes del armarito, se agarran, impulsan, gruñido y jadeo, y ella acaba sentada en el suelo, tosiendo una vez en voz baja, mete un negro mechón de pelo largo y suelto bajo el pañuelo en su cabeza. Haciendo una mueca, pone los pies bajo el cuerpo, se impulsa hacia arriba, mueve la cabeza de lado a lado, con cuidado

el rizo del techo arriba. Mira a su alrededor, se lame los dientes, chasquea la lengua. Se inclina sobre la cama en su nicho, allí en la parte posterior, tira del pesado edredón encima de brazos desnudos, deslizándose suave sobre piernas entrelazadas. Los mira a ambos durante un momento, cabeza de cabello negro sobre las almohadas, cabello rojo brillante extendido sobre el hombro, el pecho ancho. Luego ella se lame el pulgar y el índice y se pone a apagar velas, una por una.



# N° 25: Las Dos Pasiones Más Dulces

## Agachándose al cruzar la puerta / una espuma de azúcar blanca

Agachándose al cruzar la puerta, pantalón de yoga gris y sudadera con capucha bajo un chaleco rojizo con cremallera bajada, capucha puesta, cabeza abajo. Una bolsa de gimnasia negra en una mano y la otra da un saludo rápido al hombre tras la barra, cabello negro de punta, cara llena de barba y un fino brazo que devuelve el saludo. Tambores tocan shasay bajo una fanfarria explosiva, «es cuando sabes que estás cerca», la voz de una mujer, «a veces tienes que trabajar duro para lograrlo». Más allá de la barra, mayoría de mesas vacías, pequeño escenario vacío, rozando la columna de cadena en la esquina de este, una suave tonada engullida por los estridentes cuernos. Una anodina puerta allí en las sombras, un pasillo estrecho, oscuro, más allá. Al final una puerta medio abierta entre luz blanca, papeles apilados sobre un viejo armario gris, pero en el otro extremo una salita pintada de negro muchas veces con líneas regulares, los hoyuelos y las grietas de las paredes de hormigón se suavizan, se difuminan, brillan a la luz de lámparas encendidas en una hilera de espejos. Entrando, detrás una mujer mezclando rojo y azul en el arco de un párpado, detrás una mujer ajustando un poco de encaje blanco, avanza hasta un corto diván de terciopelo rojo en la pared del fondo. Bolsa de gimnasia sobre el diván, cremallera sin cerrar, solapas abiertas, ella cava entre encaje y satén, gasa y flecos de plumas y goma negra rígida para sacar una bolsa de sándwich de plástico, pesada con polvo de oro, la deja sobre el mostrador con los tubos y las botellas y tarros.

"Muerto ahí afuera", dice la mujer pintándose las pestañas.

"Jueves por la mañana", dice la mujer recogiendo su denso cabello rubio.

Loción blanca sobre una áspera palma salpicada de oro. "Puedo hacer el primer baile".

"Llegas temprano", dice la mujer revisando su coleta en el espejo, sus brazos y muslos, flancos y pechos, todos circulados con filigranas de tatuajes, el lema más grande en letras negras que destacan su vientre y dice «Der Bauch lügt nicht!»

"¿No ibas a cerrar esta noche?", dice la mujer pintando sus labios de un denso rojo.

Loción en la yema de los dedos delgados, elegantes, levantados bajo esa capucha, un suspiro. "Es jueves". La capucha cae hacia atrás. Pelo negro corto recogido por delante, esos dedos provocan una ordenada pila de rizos.

"¡Te has cortado el pelo!", dice la mujer tirando de una larga bota blanca. "¿Cuándo te has cortado el pelo?"

"Hace semanas", dice la mujer examinando su cara pintada desde un ángulo, desde el otro. "¿Dónde has estado?"



"Justo ahí", dice ella, "Justo ahí, justo ahí, eso, sí, ahí", sobre manos y rodillas, su cabello amarillo severamente liso "joder, sí", azotada hacia adelante y atrás, "joder, joder sí, no pares. no pares oh *Dios* no ", derrumbándose a plomo sobre el edredón blanco, las caderas empinadas contra Ysabel arrodillada tras ella, Ysabel inclinada sobre ella, una de las manos de Ysabel en la parte baja de su espalda, "no pares no pares", la otra debajo para circular, girar, vibrar y golpear, "joder", un gemido y el vientre sube, los dedos de los pies se curvan con fuerza, la cabeza hacia atrás y, aullando, ella se estremece, está temblando, cayendo en los brazos de Ysabel a su alrededor.

Mañana suavemente gris en la ventana, altas nubes cerradas

sobre los árboles verdes, los tejados negros y grises y rojo oscuro y húmedo. "Dios", una palabra soplada y una carcajada, "Amo", dice, y mientras Ysabel se aparta, un beso en su cuello, "¡Chrissie!", dice Ysabel sentada, alarmada pero, con el cabello amarillo extendido sobre las almohadas, Chrissie se ríe, "esto" dice: "esto, amo esto, por jodido amor de Dios". Estira una mano. Ysabel mira hacia otro lado. "Eres tan fácil de provocar".

"No deberías jugar con eso", murmura Ysabel.

"De acuerdo", dice Chrissie sentándose a su lado para darle un beso, "entonces", y otro beso, rodando, lamiendo, "¿qué tal", mientras Ysabel se acuesta lentamente, "esto?", su mano en los muslos abiertos de Ysabel. Se separa de pronto sentándose con las manos sobre las rodillas, "pensé que tenías que preguntar", dice Chrissie. "Pensé que tenías que preguntar, antes de que pudiera responder". Cabeza en una traviesa inclinación. "¿Quieres preguntar? ¿Es eso?"

"Lo que quiero", dice Ysabel, y un suspiro. "Chrissie", le dice, pero luego un gritito cuando Chrissie cae sobre ella, besando, besando, "Estoy aquí", dice Chrissie, "aquí mismo", labios en el cuello de Ysabel, en su pecho, en la pendiente de un seno y, cuando Ysabel sisea, en un pezón, "Chrissie", dice, "espera, por favor, no es", dice manos sobre los hombros de ella, en una mejilla, y "De por favor, nada", dice Chrissie.

"Tengo que", dice Ysabel, "oh".

"¿Tienes que oh?", dice Chrissie.

"Es tarde", dice Ysabel, con una mueca, "Tengo que levantarme, ducharme, oh", y traga.

"Como esto", dice Chrissie inclinándose. Ysabel le da una palmada en el brazo y la empuja: "De verdad que tengo", dice ella.

"Adelante", dice Chrissie recostándose. "No te detendré. Yo solo", ella se estira con los dedos unidos, lánguidos sobre su cabeza, "esperaré aquí. Mantendré el horno caliente. Hasta que vuelvas".

"Chrissie", dice Ysabel.

"Todo el día, si hace falta".

"Todos los jueves", dice Ysabel.

"Oh", dice Chrissie. "Entonces, mejor será mejor que lo haga rápido". Salta sobre el vientre de Ysabel otra vez, Ysabel jadea, se ríe y luego, "oh", sin aliento, este aleteando en su boca y la mano envuelta en ese cabello amarillo.



El frasquito en la mano, la etiqueta de lo que contiene dice «Jabones Villanía», en manchada tipografía negra, «Fregado Corporal Azúcar Blanco Jai Mahal». Lo inclina, lo mira, un tenue rizo blanco en la parte inferior, por lo demás vacío. Lo coloca en el largo mostrador veteado en rojo y negro y lleno de lavabos a intervalos regulares bajo el largo espejo, vacío salvo por ella, allí; y al otro extremo una mujer envuelta en una toalla azul, cepillando su cabello de lavavajillas.

Junto al frasco, la tapa, el interior de la misma espumada con una pasta blanca. Ella la toca, suave y dúctil, con un dedo, luego recoge con cuidado exactamente la mitad de lo que hay ahí para acariciar una mejilla, la otra, plumoso difuminado blanco bajo los ojos. Frotando esas rayas en su piel con ambas manos, vacilante al principio, aplicándolas sobre la frente, bajando por la barbilla, el cuello. El cabello pálido recogido hacia atrás, húmedo sobre los hombros. Sujetador beige de suave fibra. "Bonito entintado", dice la mujer con la toalla azul pasando detrás de ella al mirar la parte baja de su espalda. Ella responde con un asentimiento de cabeza, una sonrisa viva y tensa.

Sentada en un banco frente a una hilera de casilleros, El inferior ante ella abierto, lleno, una hinchada bolsa de gimnasia marrón de pie en un extremo, una holgada parka de color rosa y naranja

apretada al lado. Se está abrochando los botones de una blusa blanca. "Está loco", dice alguien, "jodido de la cabeza". En el banco de al lado una mujer mayor, sudadera gris, teléfono en la mano, toalla en la otra secándose la cara. "La deposición es hoy. Él sabe que es hoy. No se puede hacer hoy", girando su amplios hombros, "hay leyes de la física". Quedan cuatro botones sin abrochar en la blusa, luego tres, ella hace una pausa, agacha la cabeza, olfateo rápido de la axila. Un suspiro. Quedan dos botones.

Se apresura por la calle con esa parka rosa y naranja inclinada por el peso de la bolsa de gimnasia colgada al hombro. El edificio detrás, todo esquinas afiladas de ladrillo e implacables ventanas, lleno de ociosas máquinas de ejercicio. Escondido sobre una puerta lateral, un letrero que dice «Fitness 24-Horas», iluminado en rojos y azules muy raros a la penumbra de la mañana. Un siseante autobús para de golpe, el morro queda en un giro a la izquierda al lado de ella, ella renquea por la acera, pasa la brillante isla de una estación de servicio. Detrás de la tiendecita de conveniencia, un estrecho estacionamiento, puestos inclinados a cada lado entre la diáfana pared blanca y una verja tejida con pálidas bandas de plástico. A mitad de camino, ella prueba el pomo de un cuadrado coche azul para encontrarlo cerrado. Inclina la cabeza hacia atrás, un suspiro, deja que la bolsa caiga al pavimento, llama, un suave toque. Luego se oye un trastazo cuando ella golpea el cristal con el lateral del puño, "Luke, maldita sea, Luke", dice ella, y en el interior algo se mueve, un ruido sordo, la cerradura se libera.

Ella mete la bolsa de gimnasia en un asiento trasero atestado de cajas, bolsos, un maletín blindado, libros sueltos y papeles que caen, "Mierda", dice ella. En el asiento del conductor, una bolsa de papel manchada de grasa, amarilla y roja, «Taquitos a Go-Go», pone en el papel. Ella la arruga, la arroja al asiento trasero. "Qué", dice el hombre desplomado en el asiento del pasajero. "Tenía hambre".

"El desayuno ahora implica que no hay cena luego", dice ella subiéndose al volante.

"A ti te pagan", dice él, barba, denso bigote alrededor de la boca y cabello oscuro goteando lacio sobre los hombros de su chaqueta de calentamiento, azul y gris, desabrochada encima de una camiseta

con algún descolorido dibujo de ingeniería, de un ala emplumada, su armadura. "Viernes", le dice ella tendiéndole una mano. "Me pagan el viernes. Mañana".

Él aparta la mirada frunciendo el ceño, excava en los bolsillos. "Dímelo", dice, presionando una llave en la palma de ella. "Dímelo otra vez".

"No", dice ella metiendo la llave en el encendido.

"Jessie", dice él, "maldita sea, dime algo aunque sea. Cuéntame algo de ella. Cuéntame como se llama. Di su nombre. Solo di su nombre".

Ella cierra los ojos. Una mano aferrada el apoyabrazos entre ellos, su aliento es un fuelle apresurado. "Annabelle", dice Jessie.

"Vaya", dice él relajándose, "qué bonito", mientras ella gira la llave, mientras el motor ruge a la vida.

## Monte Carlo / la palabra con A, la palabra M / tiendecitas de campaña

«Monte Carlo», dice el cartel, «Pizza, Filetes», letras rayadas y desvanecidas en las sucias ventanas del local de la esquina. Al final de la manzana, el otro local esta lleno de graffitis en la madera contrachapada, una cadena oxidada anudada alrededor de las asas en su gran puerta doble, bajo el esqueleto de un gran toldo que una vez cubrió la acera. Entre los dos escaparates, una humilde puerta marrón fundida en el ladrillo y cuadraditos negros de estaño clavados encima, cada uno impreso con un número de latón, «1018». Se abre, un hombre sale, chándal azul y blanco, zapatillas de deporte, cierra la puerta, alza la vista a tiempo de ver a la mujer pasar junto a la ventana del Monte Carlo y doblar la esquina, abrigo marrón, melena pálida.

Va rápidamente tras ella, dobla esa esquina. Las letras que se desprenden de una ventana lateral arriba dicen «Música en Directo Cada Noche». La calle se inclina hacia abajo, y más allá del ladrillo, asoma el volumen azul y gris de un almacén, largas ventanas muy altas que se extienden entre pilares de hormigón, cristales cuadrados rotos o pintados de blanco o impregnados de vetusto polvo, sombríos agujeros irregulares y la pared debajo con graffiti ilegible. Una verja empotrada en la pared, postes inclinados ebriamente, un viejo letrero ajado pende de la malla y reza «Propiedades Wilson». Quizá ella esté a un cuarto del camino, apoyando un hombro en la valla que suena y chilla mientras ella aparta la malla del poste de afiladas puntas del que manan limpias y brillantes chispas. "¡Hey!", grita él. "¡Hey! ¡No puedes entrar ahí!"

"Te lo aseguro", responde ella, "es bastante fácil. No tengo más que levantar el pie", y ella lo hace, a horcajadas sobre la malla, con cuidado de la bolsa de papel blanco en una mano, el portavasos en la otra y tres altas tazas de papel blanco. Hay una puerta en la pared sobre ella, a un metro de altura, más o menos, un corto estante de umbral sobresale debajo.

"Estás allanando", dice él avanzando por la acera. "No queremos ocupas ilegales"

"Puede que sea una forajida", dice ella inclinándose para dejar la bolsa y las tazas en el umbral, "pero no estoy allanando nada". El cuello de piel de oveja de su abrigo va subido y envuelve su espumosa nube de cabello de oro blanco.

"Ya, bueno, podemos", farfulla allí de pie mirando a su alrededor, hacia el almacén, hacia ella, hacia la calle vacía. Es más alto de lo que parece en esa pendiente, menguante cabello castaño muy corto, con puntas de plata aquí y allá. "Mira", dice él. "No puedes... esto es peligroso. Este edificio..."

"No hay peligro", dice ella haciendo un gesto hacia la bolsa de papel, hacia las tazas. "No es más que el desayuno para los que esperan ahí dentro. Puedes unirte a nosotros si quieres, pero tendríamos que traer más café, o té, quizá".

"No, gracias", dice él, "Creo que". Prefiero, no, llamar a la policía".

"Claro que no", dice ella. "¿Es que vas a hablar con el dueño?" Se levanta y se acerca para llamar a la puerta, el metal retumba. "A ella le gustan los chai lattes".

"Yo, yo no he...", dice él retrocediendo. "Solo, no arméis jaleo. No quiero ningún problema".

"¿Quién quiere problemas?", dice ella mientras él se da vuelta y se aleja trotando. La puerta ante ella se abre gimiendo. Largo cabello negro que cuelgue suelto, pálidas rodillas desnudas manchadas, holgada camiseta blanca garabateada con letras escritas a mano que dicen «El Charlatán Risueño». "Hola", dice Gloria Lunes. "¿Quién demonios era ese?"

Marfisa se encoge de hombros. "Vecinos", dice ella mientras se impulsa para cruzar el hueco en la verja.





Envuelta en una toalla blanca, Chrissie, riendo, irrumpe en la habitación y se arroja sobre la cama mientras Ysabel entra majestuosamente con una corta y suelta batita. Rodando una y otra vez, Chrissie a la silenciada luz del sol, la toalla cae de su pálida y desnuda espalda, la risa se aquieta con un suspiro. “¿Por qué tienes que ir a ver a tu hermano?”, dice ella.

"Es el Rey", dice Ysabel abriendo un cajón y revolviendo entre prendas transparentes y espumosas.

"Yo no juego a ese juego", dice Chrissie.

"Cuando estás conmigo", dice Ysabel sacando prendas en satén crema bordadas con encaje marrón, "lo juegas".

"Pero, ¿por qué hoy", dice Chrissie. "¿Por qué el jueves?". Cabello amarillo mojado sobre la cara.

"Sólo es una coincidencia", dice Ysabel desabrochándose el cinturón de la bata. "Lo uno no tiene nada que ver con lo otro".

"Dios, eres adorable", dice Chrissie.

"No empieces", dice Ysabel colocando la batita a los pies de la cama.

"Hay una mujer, ¿verdad?", dice Chrissie con la barbilla en la mano.

"¿Qué?"

"El jueves. Hay una mujer ", dice Chrissie mientras Ysabel se inclina para ponerse la ropa interior. "Y vas a verla, una vez a la semana, todas las semanas. Apuesto a que dejas que *ella* diga la palabra con A".

"No tiene gracia, ¿sabes?", dice Ysabel abriendo las puertas de un armario.

"No soy yo la graciosa".

"Pero *eres* tú la que está de humor". Ysabel extiende un suéter del color del trigo o la avena.

"Triste est omne animal post coitum", dice Chrissie rodando sobre la espalda, "excepto contigo. Contigo nunca. Contigo me siento", de rodillas, brazos en alto, estirándose hacia el techo. "¿Carbonatada? Efervescente".

"Todos los animales", dice Ysabel extendiendo una falda blanca de encaje, "excepto el gallo y la mujer".

"Bueno". Chrissie inclina la cabeza hacia atrás, barbilla levantada y mirando a Ysabel al revés. "Si vas a estropear el estado de ánimo con contexto".

Ysabel se sienta en la cama a su lado. "Estás parloteando", dice ella. Deslizando los tirantes del sujetador con bordes de encaje por los brazos. "¿Qué es lo que de lo qué no estás hablando?. ¿Es Davies? ¿Te está presionando?"

"Esa", dice Chrissie, arrodillándose tras ella, agarrando los tirantes del sujetador, "sería la palabra con J".

"No seas ridícula", dice Ysabel mientras Chrissie cierra el sujetador.

"Hablemos de tu amante secreta, entonces. ¿O son amantes? Chrissie se acuesta en las almohadas y observa a Ysabel levantar la falda y agacharse para ponérsela. "Todo un harén de hermosas mujeres, hechizadas por tu terrible maldición".

"Ya te has decidido, ¿no es así?" Ysabel toma una larga media blanca, la desliza por el pie. "Vas a hacer sus películas, sus *v*Ideos". La sube y alisa sobre la rodilla. "Vas a hacer lo que *él* quiere", dice tomando la otra. "No lo que tú quieres".

"Es un trato de una única vez", dice Chrissie con un suspiro, "que nos da dinero y una oportunidad para..."

"Oh, esos son los argumentos de conversación de Ettie", dice Ysabel mirando por encima del hombro. "Ella es la divertida".

"Es un hombre, ¿verdad? ¡Tu vergonzoso secreto de los jueves es un hombre!". Chrissie se sienta y se acerca, "¿También funciona con los hombres?", dice ella. "Quiero decir, si tienes que *querer* preguntar", pero entonces Ysabel la está besando, con fuerza, abrazándola en un aplastante abrazo, tenso y con los ojos cerrados con fuerza.

"Cállate", dice Ysabel después.

"Quieres preguntarlo ahora, ¿verdad?", murmura Chrissie, labios tocando la piel. ¿Qué pasaría si lo hicieras? ¿Qué diría yo, tú crees?"

"¿Por qué iba a hacerlo?", dice Ysabel, y una respiración entrecortada. "Ahora que sé que no vas detrás de mi dinero", y Chrissie se ríe en el beso de Ysabel.



Lienzos en vertical apoyados en las paredes, en cajas, en la mesa de trabajo y el pilar, un círculo escalonado de ellos en el resplandor de la lámpara de mano estroboscópica que pende sobre sus cabezas. Ella sentada en medio de todos ellos, blusa amarilla y una falda a cuadros con esquinas que sugieren caninos, medias negras, cabello castaño desmadejado sobre los hombros. Se inclina hacia adelante para dar un mordisco al burrito, luego se sube por la nariz las finas gafas con montura negra. Las figuras salpicadas en esos lienzos, forma y movimiento garabateado en negro, contrapuntos de rojo, esbozos de brazos y manos, hombros, clavículas, senos, líneas que adelgazan con elegancia a lo largo de los cuellos, mandíbulas, narices, y en cada uno de ellos se ve una única mirada, bastante quieta, esos únicos ojos verdes que miran hacia afuera, de soslayo o directamente, destapados o con mirada altiva, desde cada fracción de momento congelado, y por encima y todo alrededor de ellos,

enloquecidos y salvajes enredos de cabello, rizos y vertidos y salpicaduras de encostrada pintura negra, con luz estroboscópica, tomas a saltos, danza dispersa. Otro mordisco. Una taza de papel blanco, alzada y ella sopla el vapor que se eleva desde una muesca en la tapa. Un sorbo.

"¿Ves?, bueno, quiero decir, es, es", dice Gloria Lunes, saliendo de un lado, detrás de un lienzo, fuera de la luz. "No es, es, es que", negando con la cabeza, "simplemente no es".

"Ella se ha cortado el pelo", dice Marfisa sentada en la pasarela a la escasa luz del día, con un libro de bolsillo en la mano.

"Sí, lo sé, lo sabemos, se ha cortado el pelo", dice Gloria.

"Hay algo aquí", dice la mujer sentada en medio de todos esos lienzos. "Hay sólo", mirando a su alrededor, "¿hay diez? ¿Doce?

"Catorce", dice Gloria.

"Guau".

"Va a haber más", dice Gloria. "Iba a haber más".

"Más", dice la mujer sentada en medio de todos ellos. Un último mordisco de burrito. "Bien. Es... despiadado".

"Despiadado", dice Gloria rotundamente. "Esa no es una buena palabra".

"¿Quizá si lo", se limpia los labios con una servilleta, "reduces? A tres o cuatro", y ella se pone de pie cepillando el polvo de las medias. Gloria sale de detrás de los lienzos, entra en su anillo arrastrando los pies descalzos, "No", dice ella, "una no..., tiene que ser así", dándose la vuelta, incluyéndolos a todos con un brazo. "todos ellos, cada uno, es, es", manos a la cabeza, cabello negro brillando a la estridente luz. "Anna, ya te... *te lo dije*. La música, las luces, la forma en que, ella me miraba, y, bueno, ¿sabes? Baja las manos, un irritado gesto vacío. "¿Cierto?"

"Ella se acercó", dice Anna en voz baja. "En el jardín de su madre. Me preguntó y yo respondí, y le traje quinientos dólares y un horario de autobuses".

"Y desde entonces", dice Gloria. "Cierras los ojos".

"Y la veo", dice Anna.

"Una y otra vez", dice Gloria.

"Deberías haberte acostado con ella", dice Marfisa pasando una página en su libro.

"No es así", gruñe Gloria dando vueltas.

"A mí me funcionó", dice Marfisa sin levantar la vista.

"Y una mierda lo hizo", murmura Gloria.

"Despiadado", dice Anna, su mano wn el brazo de Gloria.

"¡Sí!", dice Gloria volviéndose. "¡Despiadado! Bueno". Una patada al polvo. "Sí".

"Yo puedo verlo", dice Anna, "pero sé lo que estoy mirando. Algunas cosas..."

"¡Así es como es!", grita Gloria. "¡Esto! ¡Esto es como tiene que ser!"

"Algunas cosas", dice Anna. "deben ser dichas, pero eso no significa que estén destinadas a ser escuchadas". Que *puedan* ser escuchadas".

"Pues", dice Gloria, y respira hondo. "vale". Lanza una mano, la cierra sobre la parte superior del lienzo más cercano. "Pues que le follen", dice ella, y lo deja caer al suelo boca abajo, plof.

"¡Gloria!", grita Anna. "Dijiste que querías hacer más. Pues, haz más. Inténtalo de nuevo, prueba otra... ¡Gloria!"

"¡Ya *no puedo!*" llora Gloria, tirando otro, plof y una ola de polvo, agarra otro, "todo el *asunto*", tira, derriba, crack, "es que ya no tengo dinero para *hacer más*", y Anna la agarra del brazo, "Por favor, no lo hagas", pero Gloria se suelta, agarra otro, "era para a ver si podía *recaudar* dinero ", tira y plof, "tal vez *vendiendo* estos malditos ", y nuevamente, cayendo, pero Anna se avalanza y lo atrapa gruñendo, empujándolo en vertical. "*Gloria*", dice ella. "El asunto no es vender las pinturas. El asunto es recaudar dinero. ¿Cierto?"

"¿Tienes una idea mejor?", dice Gloria, con una patada a medias en un lienzo caído.

"Podría", dice Anna.

Marfisa da la vuelta a otra página.



"Escuchemos un poco de amor", retumba la voz mientras ella sube al escenario en sombras, "¡de la única, la incomparable, el Estornino!" y un riff de piano retumba en los altavoces, zurdo, bajo, un grito o dos, alguien aplaude. Botas de lucha libre rojas y negras atadas hasta las pantorrillas y dentados oblongos negros y rojos cubriendo sus senos, su vientre, sus nalgas y muslos, y mientras ese riff gira sobre sí mismo, ella planta los pies, alza el cuerpo de una guitarra de madera, una ligera uve roja, y con un movimiento de molino en el brazo cuando las luces se encienden, imita un golpe en las cuerdas. Un potente acorde ruge por los altavoces, guitarra y batería abruman al piano. Más vitores. La música se posa en una marcha palpitante y ella da tres pavoneantes pasos hasta el borde del escenario, gira la guitarra sobre la cabeza, cae de cuclillas y estrangula el mástil entre sus rodillas, «no quiero dejar otro minuto pasar», está cantando una mujer, pero ella está mirando a la prequeña audiencia, «se nos escapan entre los dedos pero estamos listos para volar», hombres aquí y allá, un hombre y una mujer en esa mesa, ella tiene cabello rosado, dos hombres más se apiñaban cerca del escenario, vigorosamente jóvenes billetes arrugados en sus

carnosos dedos, otros billetes ya llenan el escenario como firmes tiendecitas de campaña. Ella se levanta para girar de nuevo, balanceándose, «y cuando llegue la mañana, todo habrá desaparecido», dos más, tres hombres más allá, una mujer sacando una silla, ella informe dentro un abrigo verde, en la barra una mujer se inclina hacia adelante, cabello rubio corto, pide una bebida. «Es hora de aguantar o callarse», cantan los altavoces, «o acelerar el ritmo», y el Estornino baila.



"Pelotón de Restauración Urbana", dice ella al auricular de un viejo teléfono de mesa cerca del oído. Sentándose. "Puedo hacer eso por ti, en realidad", dice ella, pero muy alegre, muy aguda. "¿Que qué nombre es? Jessie, sí, Jessie Vitaly. Sí". Largo cabello rubio, blusa blanca y lisa, los dos botones superiores abiertos. "Jessie lleva con nosotros tres meses, sí. Desde el cinco de enero. Cuatro. cuatro de enero. Sí". Ella mira por la pequeña oficina, un par de escritorios en esquinas opuestas, estantes de carpetas y archivadores, impresora en su podio, nada moviéndose en la puerta de la habitación trasera. "Me temo", dice ella sujetando el auricular entre el hombro y la oreja, "son normas, mera confirmación, ah", echa mano debajo de su mesa, "el período de empleo". A sus pies, una abultada bolsa de gimnasia marrón y, descansando encima de esta, un teléfono plegable cargando. "¿Hay otra cosa?" Ella lo desenchufa. "Todo lo que yo pueda..., no, gracias. Gracias. ¡Adiós!" Se endereza y cuelga el teléfono de mesa. Despliega el teléfono móvil, lo posa sobre la mesa junto al teclado. La estilizada cabeza de un halcón, roja y negra, llena su pequeña pantalla y los números en la parte superior rezan: 22/3, 11:17. "Hey", dice alguien atrás desde la habitación del fondo. "Jessie, ¿cómo demonios?", pero, "solo un segundo", responde ella mirando fijamente el teléfono.

Este se ilumina vibrando, un estallido de música enlatada, silbantes cuerdas sintetizadas que giran alrededor de una pantalla con un sombrero de copa. Ella lo toma, pulsa el gran botón verde en su teclado, "¿Hola?", dice ella. "Soy Jessie". Su voz suena baja ahora, más suave, más redonda. "Sí", dice ella, "no, ya, aún estamos. Por

supuesto". Ella gira en la silla, mira por la gran ventana tras ella, el cristal tapado con carteles y octavillas. "Bueno, sí, el, ah, el dueño, de nuestra, nuestro anterior empleo. Apartamento". Frente a la esquina, la acera. "Él, ah", dice ella, "bueno. Está muerto. Murió. Así que. Eso es, quiero decir, por eso nos vamos a mudar. Así que. Sería difícil". La calle vacía, mojada por la lluvia. Al otro lado del camino, un pilar de un edificio de ladrillo de tres o cuatro plantas, enormes ventanas altas y oscuras. "Sí. ¿Lo hiciste? Bueno. ¿Y todo va...?" Ella asiente. "Bien", se reclina en su silla. "Podemos, el, sí. Primera y última necesidad, sí, podemos, sí. Sábado, podemos tener eso para ti. Pero me preguntaba si", se inclina hacia adelante, "las llaves, si pudiéramos", escucha asintiendo. Baja la vista. "Sábado. No, eso está bien. Gracias. No, gracias. Gracias".

Cierra el teléfono. Cierra los ojos. Una pequeña sonrisa y un suspiro.

"Jessie", esa voz del fondo. "¿Puedes decirme por qué demonios esta máquina de mierda no puede abrir un simple PDF?"

"Porque es una mierda", dice Jessie agachándose, vuelve a enchufar el teléfono móvil y a colocarlo sobre la bolsa de gimnasio. "Envíamelo, yo te lo imprimo o lo que quieras".

"Solo quiero que el maldito chisme abra los malditos archivos sin hacer una gran producción, ¿sabes?"

"Probablemente solo necesitamos descargar algo o actualizar otra cosa", dice ella. "Hey, Nelson. ¿Te importa si me tomo un almuerzo antes de hora?"

"Tú arregla este maldito chisme primero".

"De acuerdo", dice Jessie poniéndose en pie.



## **"Mi hermana" / Tercera publicación anual / Luz; Esperanza; Verdad / los acordes de Tom y Gary**

"Mi hermana", dice alguien, dice Lymond, "caballeros: Ysabel", y el susurro y el giro de todos ellos en esa alta y amplia habitación, mirándola entre conversaciones controladas, barbillas alzadas y gafas, hombres en trajes oscuros, cepillados con bonhomie en pequeños nudos y grupos bajo la gran pared curvada de cristal. El incierto gris de las nubes más allá, enmarcado por húmedos árboles negros. Ella está allí en la boca de esa habitación, toda de blanco, manos juntas a la espalda, y luego, sonrío, mira hacia otro lado. Los murmullos se reanudan.

"Me complace tanto que pudieras venir", dice Lymond a su lado, suave camisa blanca y pantalones negros a rayas grises, deleitándose la vista de sus ojos saltones, uno marrón, uno azul y su brillante cabello anaranjado peinado hacia atrás.

"Pensé que esto era solo un sencillo almuerzo", dice Ysabel.

"Lo es", dice. "Hay comida". Un gesto hacia una mesa llena de sándwiches triangulares, envolturas en espiral, patatas fritas y crudités. Justo detrás de esta, bajo la gran ventana, un hombre con pálido traje azul, hombros rozados por trenzas de oro blanco, una mano golpeando la palma de la otra mientras señala con fuerza a la mujer que escucha atentamente, envuelta en un vestido púrpura iridiscente de azules y verdes, cabeza envuelta en una bonita bufanda negra. "¿Algo para beber?", dice Lymond. La toma del brazo, la escolta hacia la habitación, ella niega con la cabeza, se encoge de hombros, "Pero", dice ella, "una función como esta. ¿No debería estar toda la corte aquí?"

"Te refieres a el Gallowglas". Él saluda a alguien, asiente a otra persona. "Esto, esto es más una cosa del Lado Oeste. ¿No crees?"

"De acuerdo", dice Ysabel.

Él se detiene con la cabeza inclinada y el ceño arqueado. "Tú sabes de qué trata esto, ¿no?".

"Pensé que era para celebrar la fase uno", dice ella en voz baja.

"Ha habido algunas complicaciones", dice él suavemente, y luego, alzando la voz, "¿Conoces al Sr. Sogge?"

"¡Este tipo!", gruñe un hombre en fuerte azul marino. "Este tipo". Debajo del abrigo del traje, una camiseta gris jaspeado blasonada con una brillante O amarilla, y sobre la barbilla una barba demasiado limpia para ser una ocurrencia tardía. Da una palmada en el hombro de Lymond, estrechándole firmemente la mano, "No solo por fin hemos levantado la grúa en el Parque Oeste", dice él, "la Perla está en marcha. Se lo aseguro", dirigiéndose a Ysabel, "tres meses y este año ya es el mejor de todos los anteriores".

"Perdón", dice Ysabel, "pero no tengo ni idea de quién es usted".

"No pasa nada", dice el Sr. Sogge. "Yo no tenía ni idea de que tenía una hermana". Abruptamente, se dirige hacia la muchedumbre.

"¿Era alguien importante?", dice Ysabel.

"No es", dice Lymond, "insustituible. Pero". Él hace un gesto hacia una mujercilla con un nebuloso traje gris que ríe junto a un hombre corpulento en traje tweedy con marrones y verdes y una gorra amarilla de malla. "El alcalde está aquí", dice Lymond, y luego, mirando a su alrededor, "y también el concejal Killian, en alguna parte, hay al menos un par de periodistas en la sala. Habla con cuidado".

Ysabel dice: "¿Qué es eso?"

Tras la mesa llena de comida, otra mesa y, situada sobre ella, una ciudad, diáfanas torres blancas rodeadas por un circuito fluvial pintado de azul, y delicados puentes blancos cosidos sobre ella.

"Rudy la trajo", dice Lymond siguiendo a Ysabel mientras ella se dirige hacia la maqueta a través de la deambulante multitud. "Sogge. Para darle a nuestra celebración cierto enfoque".

Al pie de uno de esos puentecitos, un brote de color, torres en rojo y amarillo en lugar de blanco que rodean una avenida en ese extremo de la ciudad. "Enfoque", dice Ysabel. Y luego, "La Perla vuelve a estar en marcha, ha dicho". Mira a Lymond a su lado, quien se encoge de hombros y dice: "Complicaciones".

"Hermosa, ¿verdad?", dice un hombre en la otra esquina de la mesa, no demasiado alto, algo robusto, oscuro traje gris rayado con plata brillante.

"Sr. Davies", dice Ysabel. "No esperaba volver a verte tan pronto".

"Ya os lo dije, por favor", dice. "No dudéis en llamarme Reg".

"Os conocéis", dice Lymond.

"El sr. Davies y yo tenemos ciertos intereses en común ", dice Ysabel y Reg suelta una carcajada.

"Ya veo", dice Lymond.

"Tengo que decirte, Lymond", dice Reg, "que el desarrollo de Lovejoy. Mucha gente en esta sala no está contenta, si les preguntas honestamente, con el tiempo que os llevó a todos vosotros reuniros. ¿Pero yo?" Un gesto sobre esa mancha de color. "Me dio la oportunidad de tomar asiento a la mesa. Estoy emocionado, debo decirte, por formar parte de este proyecto".

"Cuidado, Ys", murmura Lymond, y ella le dedica una mirada de soslayo mientras se asoma por la ciudad. "Dígame, señor Davies", dice ella. "Su asiento en esta mesa. ¿Hará meramente de consultor sobre el marketing y demás, o realmente tiene... ¿cuál es la frase? Piel, en el juego".

"Oh, estoy en el ajo", dice Reg.

"Bueno", dice Lymond retrocediendo, "ha llegado el Guisarme y el Gladio. Debería ir a darles la bienvenida".

"No faltaría más", dice Ysabel.

"Bueno", dice Reg. "De modo que es tu hermano".

"Sí", dice Ysabel.

"Y tú eres, ¿cómo era eso? ¿La reina? Eso le convierte a él en, ¿qué, un príncipe? ¿Duque?"

"El Rey", dice Ysabel.

"Pero es tu hermano", dice Reg.

"Sí", dice Ysabel.

"¿Sabes?, vosotros dos no os parecéis en nada?"

"Él ha salido a su padre", dice Ysabel.



"Así que esto", dice él girando en esa pequeña oficina, dos escritorios, gran ventanal cubierto con carteles y octavillas, "es lo que va a salvar la ciudad". Chaqueta de calentamiento gris y azul, pantalón de faena azul marino, casi negro. "Un escaparate", dice él, manos en alto echándose hacia atrás el enredado cabello. "Dos mesas". Parpadea ampliamente como si tratara de despejar los ojos de algo.

"Nelson tiene su propia oficina", dice Jessie allí junto a la puerta, quitándose el parka rosa y naranja.

"Nelson", dice él frotándose los ojos con el talón de la mano. "¿Stiles? ¿Vuestro glorioso líder?"

"También hay un comité", dice Jessie. "Y los voluntarios y esas cosas, pero sí. Día a día, esto es todo".

"Estáis jodidos", dice.

"Luke", dice ella. "Este es el trabajo". Forzosa pero silenciosamente. "Esto es lo que he podido conseguir. Esto es lo que tú querías que consiguiera".

"Lo único que se guarda aquí es miseria en efectivo", dice él.

"Vamos", dice ella avanzando un paso hacia él. Tomando su brazo por el codo. "Vuelve al coche a hacer, lo que sea. Solo tenemos que pasar mañana y el sábado, el sábado tendremos las llaves. ¿De acuerdo?"

"Un techo", dice él liberándose. "*Tenemos un techo*".

"Un lugar para poner nuestras cosas, entonces", dice ella, alcanzando su brazo de nuevo, pero él se zafa con una sacudida, echa la cabeza hacia atrás, "¿Qué *coño* estáis *haciendo* aquí siquiera?", espeta él. Se avalanza por la pequeña oficina hacia el estante lleno de carpetas, "Dime", dice golpeando el otro escritorio allí, "dime *una única cosa* que estéis haciendo aquí. Por favor".

"Baja la voz", dice Jessie.

Ha cogido algo del escritorio, un cartel, un mandala en verdes y azules y siluetas anilladas debajo este en un mapa estilizado. «Manos Alrededor de Portland», dice. «Tercera Anual». "Esto. ¿Estáis haciendo esto?"

"Luke. Déja eso. Vamos".

"Estáis cogidos de la mano".

"Es una, es para crear conciencia, ¿sabes? Sólo déjalo, sigue, esta noche podemos..."

"Tercera. Anual", dice él zarandeando el cartel para enfatizar.

"Tres años, se lleva haciendo esto. La conciencia debe de ser jodidamente alta".

"En realidad", dice alguien, un hombre en el umbral de la habitación trasera, "ese es el cartel del año pasado. Así que esta será la cuarta". Peludo y jovial, bulto en la nariz, camiseta teñida toda roja y morada y una sosa rebeca gris. "Es un gesto simbólico, intencionado..."

"¡Precisamente!" ruge Luke estampando el cartel de vuelta al escritorio, y Jessie, ojiplática, "Luke", dice, alcanzando su brazo de nuevo, "Luke". le dice ese hombre en el umbral, "¡Tú!", le dice Luke, "Aquí, soñando con *gestos* para crear conciencia y poder escribir una subvención para pedir el dinero que necesitas para comprar un pase para la reunión donde, si eres manso y afortunado, podrías *cortésmente* tener la oportunidad de pedirles que piensen en *parar*, solo por un *minuto*... ¡ellos *siempre* van a tener más que tú!"

Y después de un momento el hombre en el umbral dice: "¿Disculpa?"

"¡Dinero! ¡Te lo *darán* solo para probar ese argumento!. Nunca vas a conseguir que se haga de ese modo", y el hombre en el umbral está negando con la cabeza, "De verdad creo que deberías...", dice, pero Luke le interrumpe, "tienes que salir ahí fuera con lo que tienes, con lo que *ellos*, no tienen, si te apoderas de algo, si tomas lo que necesitas, fuerzas la situación, *haces* que acudan a *tí*".

"En serio, tienes que irte", dice el hombre en el umbral.

"Esta jodida idea era *mía*, Nelson", dice Luke. "Y la estáis *jodiendo* por completo".

"Luke", dice Jessie bruscamente, y él gira hacia ella, "*¡Lago!*" ruge él, pero luego se estremece, traga, asiente. El hombre en el umbral frunce el ceño. Le dice de nuevo, "Tienes que irte".

"Sí", dice Luke. Da un paso atrás. "Vale". Da la vuelta. Jessie está apoyada en su escritorio, cara entre las manos. Luke pasa a su lado y abre la puerta. El tintineo de una campanita.



Está más oscuro bajo el puente, pero no mucho. El SUV blanco se detiene lentamente, se posa un momento, ronroneando ociosamente, antes de encender los faros delanteros, los neumáticos giren, crujido de grava cuando una esquina de una rueda se levanta sobre el bordillo, el más leve gruñido del motor, una amenaza de potencia, alza la otra rueda, se pausa para subir las ruedas traseras, rodando sobre el agreste terreno más o menos pavimentado, rodando sobre las viejas vías de ferrocarril enterradas en el macadán. Largos pasillos de pilares a cada lado sostienen la longitud del puente de arriba, una suave pendiente y luego más brusca hacia donde los edificios se agolpan entre sí a ambos lados, donde el SUV se desvía, luces rebanan la penumbra, salpican en los pilares, disminuyen la velocidad, se detienen. Un suspiro cuando el motor se apaga. Después de un momento, se abre una puerta trasera y, toda de blanco, Ysabel baja.

Hay cosas pintadas en los pilares alrededor de ella, una ojiplática lechuza en un remolino de plumas, agarrando desgarbadamente un bolígrafo, un león de cara negra atacando torpemente un antílope, un busto estoico, desfigurado con pintura amarilla bajo un spray de caricatura sobresaliendo, un pájaro con una elaborada cola encaramado sobre un pedestal dibujado que dice «Dios es amor», y un pergamino debajo que dice «Luz Esperanza Verdad 7 de abril de 1948».

Tras ella se abre la puerta del conductor, un suave timbre de advertencia. Una mujer sale por ahí, pelo cortado y teñido de un rosa virulento, mira a su alrededor.

"Contempla", dice Ysabel, "las complicaciones".

"¿Madam?"

"Esto", dice Ysabel con un movimiento de su brazo ataviado de blanco, "es lo que mi hermano quiere darles. Al señor Reginald Davies". Camina lentamente por el pasillo. "Lo que arrancarán para

hacer sus pequeñas torres". Mano en la esquina de un pilar, junto al hombro de un ermitaño barbudo envuelto en túnicas y sosteniendo una linterna esbozada.

La mujer se baja de la tabla y desaparece tras el immaculado volumen del SUV. Cuando rodea la parte de atrás de este, en su chándal amarillo con franjas blancas a lo largo de las mangas y las piernas, está sosteniendo en sus manos el largo bastón de un fauchard. Mirando hacia otro lado, hacia la longitud de esa sombría nave bajo la larga y oscura cubierta del puente, pasillos con columnas a ambos lados, brillo aquí y allá de los viejas barandillas, la breve interrupción urbana, y allí, a unas manzanas, un vagón solitario oxidándose cómodamente. Escudriñándolo, cuchilla falciforme de su fauchard en alto y preparada. Su lado hacia una galería de graffiti, el borde inferior manchado de arcoíris bajo una gran y arácnida forma de sello de color blanco.

"¿Iona?" dice Ysabel.

"Se ha vuelto silencioso, madam", dice ella dando un paso atrás y otro.

Ysabel mira arriba. Cierra los ojos. El aire, quieto, y ni siquiera el retumbar de los neumáticos, el rumor y maullido de los motores, el silbido de las alertas de los cruces peatonales o el traqueteo de una bicicleta, ni el goteo ni el repique de la filtración de la lluvia, ni el viento. muy arriba, conduciendo a las nubes por el cielo invisible. "Lo ha hecho", dice ella, luego el sorprendente taconeo cuando avanza hacia el SUV. "Vámonos", dice ella. "Este, sobre el río hasta Alberta". Sube a la tabla y se alza, una última mirada hacia este lado, hacia las columnas, hacia el puente. "Mis madres querrán saber de esto".

"Sí, madam", dice Iona.



Todo se vuelve repentinamente azul, y azulada ella se infiltra



hacia el frente del escenario, sellada en un traje de neopreno, mangas negras, corte francés, y atado a su muslo un largo cuchillo negro. El piano animando por los altavoces bajo una porción de cerniente retroalimentación, un redoble de caja de la batería, «el día en que se convirtió», está cantando una voz, clara, y ella se balancea suavemente, flotando en la música, «La primera vez que te vi por la quincuagésima vez», una ovación del público, tres hombres, cuatro, llenando el escenario, un quinto y la mujer de cabello rosa, «pero ¿puedes culparme? Yo estaba alcanzando», canta esa voz, «alcanzando el Océano Atlántico», y brazos pálidos surgen alrededor de ella, manos pálidas en su pecho, su cadera a esa luz azul, ella se aleja con un giro que la hace rotar y rotar, en precesión y lejos de una mujer envuelta en oropel brillante, «el lugar empapó mi cara de mandíbula cuadrada», la mujer oropelada balancea los brazos imitando un tirón de una soga o una red mientras la neoprenonada de el Estornino gira con descalza, cabeza atrás, brazos extendidos inexorablemente hacia ella, zarandeada con cada tirón de esos brazos brillantes hasta que ella queda ante la arrodillada mujer que, sonriendo, lame su gomosa entrepierna negra, «en medio del Océano Atlántico», aullidos y vitores y aplausos mientras la música bate, bate, bate, media docena de hombres o más en la barra, esa mujer mayor en una mesa, rasgada camiseta negra, cabello blanco despeinado, mujer con un vestido de cóctel rosa, cuero marrón sobre los hombros, mujer con una camisola de encaje rojo mirando a otro lado, aburrída, el hombre a su lado mirando fijamente, «ido, ido, tengo suficiente cuerda cuando te hayas ido», la puerta se abre y alguien todo de blanco, y corto cabello negro, pero girando, se hace a un lado, dejando paso a otra persona, otra mujer más alta, de piernas más largas, lacio cabello rubio, y apretándose con el Estornino, cierra sus ojos, «ido, ido, ido».



Luces sobre la escalera mecánica dispuestas en copas de metal, y el techo alrededor, hollín por años de calor incandescente. En lo alto, las paredes se cierran en torno a un rellano donde Gloria Lunes, toda de negro, se detiene, allí entre la salida de una escalera

mecánica, hacia la siguiente, bajo un letrero en la pared que dice «Electrodomésticos», y una flecha apuntando hacia arriba. En los estantes colocados al azar dentro de una vitrina hay una estatua de yeso gris de una joven con aparatosas alas de mariposa y una bandada gris de patos de plástico, y en el fondo un único cubo lleno de polvorientas flores de seda y una fuente para colgar en la pared, boca del león bostezando desde una placa modelada, junto a la raída maleza del sucedáneo de una garra de jardinería, una especie de bandada de fieltro envuelta alrededor de un marco de mimbre. Los brazaletes resuenan y tintinean cuando Gloria alza una mano para presionar el cristal, "Esto", dice ella, y una risita, "es *fantástico*".

"Por aquí", dice Marfisa mirando una puerta del mismo blanco diáfano que las paredes.

"Vale", dice Gloria alejándose de la vitrina balanceando los faldones negros.

"Ahora Anna dijo", dice Marfisa, "¿qué fue lo que dijo Anna?". Cabello pálido y salvaje enredado suelto en la nuca, sobre el cuello de su abrigo de piel de oveja. "Habrá un pasillo. Avanza hasta el final, la última a la izquierda, llama cuatro veces. Espera a ser admitida. No hables con nadie más ", y Gloria asiente impaciente, "Ya, ya ", dice ella. "¿Y luego qué?".

"La verdad", dice Marfisa. "Cierra los ojos".

Ha sacado del bolsillo de su abrigo una bolsita de plástico y, frunciendo el ceño, se inclina cerca de Gloria, pintando con el dedo un poco de polvo dorado en cada párpado morado. Gira para salpicar una pizca en el pomo de la puerta. "Vale", dice Gloria, "entonces, Mar, ¿los abro ahora o?" Y luego, al abrir los ojos, "oh".

Las oficinas son oscuras. Paredes de cubículos hasta la barbilla, mugrientas placas marrón oscuro con nombres, «Ofa», dice una en eatilizadas letras blancas rectas, «Financialización y Sceatta», «Courts Relaciones con las Cortes», dice otra. «Denarey». «Manypeny». Luz caliente un cubículo a la derecha, "Mira", dice alguien, "el espectáculo está incompleto sin los tres. ¡Piensa en los acordes que Tom y Gary conocían! El Stromberbrauch se ha

optimizado, no solo en el Chip-Ebene, sino arriba y abajo en esa línea también", y Gloria pasa de prisa con las manos sujetando sus pulseras todavía en el creciente silencio. «Lloyd», dice la placa de identificación del último cubículo a la izquierda. «Estado de Cuentas». Gloria llama en la tela amortiguada. Alguien dice: "Adelante".

Una mujer sentada en una silla de cuero sintético negro, hojeando una enorme pila verde amarillenta de carpetas de acordeón junto a un viejo terminal de ordenador, pantalla negra y brillantes caracteres ámbar. Blusa gris, una suave pajarita rosa anudada bajo del cuello de la blusa. La mujer hace una pausa, sostiene un impreso en el aire, toma una regla de plástico transparente y la coloca a lo largo de las líneas de datos. "Suzette Wilson", dice ella.

"Ah, en realidad", dice Gloria, "Soy Gloria Lunes? Prefiero... preferir..."

"Como quieras", dice la mujer levantando un lápiz mecánico y haciendo una buena nota. "No tienes compras", dice dejando a un lado el lápiz.

"No", dice Gloria. "Bien. Espero... Quiero..."

"Una línea de crédito, entonces".

"Sí", dice Gloria.

"Esa no era una pregunta", dice la mujer. "La primera pregunta es esta: ¿le amas?"

"Amar", dice Gloria mirando hacia abajo, labios fruncidos, a punto de negar con la cabeza cuando sus ojos se abren, su rostro se recompone, se suaviza sobre algo feroz, y ella alza la vista para encontrarse con la mirada de la mujer. "No", dice. "No. Era una persona terrible".

"No hay necesidad de dar más detalles", dice la mujer, tirando de la regla hacia abajo. "La segunda pregunta", dice ella.

## Nivel A, Muebles / el calor de marzo / qué hay en el Sobre / el libro más Cercano / "Eso es todo"

«Nivel A, Muebles», dice el letrero en el suelo bajo sus pies, pero cuando baja de la escalera mecánica no está examinando el sucedáneo de habitaciones, cada una en su isla de alfombras, camas individuales llenas de beligerantes almohadas, sofás rectilíneos, todo cromo y cuero negro. Toc y ploc de tacones de bota, falda de cuadros con colmillos, gabardina marrón, ella se dirige hacia un lado, hacia una alcoba allí donde un par de espejos de cuerpo entero en voluminosos marcos de madera se apoyan contra una pared. Arrinconados entre ellos, una puerta oscilante iluminada por un pequeño cuadrado de cristal cruzado con alambre. Ella entra empujando hacia un pasillo de servicio atestado de palés cargados de chismes, anónimas cajas de cartón envueltas en plástico, mobiliario de patio atado en pilas tambaleantes. Ella se agacha bajo un enorme bastón de caramelo de plástico a rayas de barbería y se desliza junto a un trono completamente de raído terciopelo y madera gastada pintada de oro. Aparta un reno de peluche cuyo hocico es una bombilla apagada. Allí, bajo un tramo de tubería abollada, una puerta con ojo de buey, al lado la rejilla cuadrada de un intercomunicador, sin botón ni palanca ni cerrojo. Sobre el ojo de buey, letras cuidadosamente pintadas, «Sauna». Anna se inclina sobre el sucio intercomunicador amarillento, "Ah", dice, "Anna Nirdlinger, de Welund Rhythidd, para ver a Mousely".

Después de un momento, un graznido desde la caja, un ruidoso chirrido en tono ascendente. Ella se inclina más cerca. "Anna", dice ella. "¿Rhythidd? Mousely". Y luego, "¿Mousely?"

Lejos y abajo, un ding, hay un gemido y un lamento de cable trepando, chirriando y rechinando, un "clanc" cuando la luz se eleva llenando el ojo de buey y los ruidos caen desde un ruido sordo hasta un zumbido. La puerta se abre hacia un lado y ella entra. El elevador comienza su descenso con un tirón cacofónico, y ella se

revoloca sus finas gafas con montura negra y se cuelga el bolso al hombro. Una respiración profunda por la nariz.

El elevador se abre en un pasillo jalonado de mesas, cada una con un conjunto de tubos colgados encima, como las tuberías de un órgano enfundadas en lona de goma, arrinconadas y terminadas en juntas dobladas de metal, y todo sobre un fuerte silbido de aire. Oficinistas con camisas a rayas se inclinan sobre cada escritorio, sacan largas cápsulas de los tubos, las desenroscan, miran las páginas extraídas, seleccionan hábilmente documentos adicionales de cubículos, cartulina rígida, gasas de piel de cebolla y papel carbón, formas impresas con láser, crema y salmón, dorado y lila, revolviendo todo junto, grapando aquí, recortando allá, poniendo sellos con amplios, contundentes y precisos movimientos de sus brazos. Algunos paquetes se enrollaron, se meten de nuevo en cápsulas, se envían con un sonido hueco en su camino, otros se dejan caer ordenadamente encima de sus cabezas en una de las cestas que se balancean y que penden de las cadenas que recorren la sala a ambos lados, el crujido de estas se pierde en el estruendo del final de la sala. Mesas planas allí, y grandes monitores de ordenadores verticales enganchados con gruñidos de cableado gris-beige a enormes escáneres planos. Oficinistas de camisa blanca, manos enguantadas en azul toman pilas de las cestas, las desordenan rápidamente, golpean cada página y tarjeta y formulario por turnos sobre el cristal de un escáner, y las barras rodantes de luz brillan a lo largo de las paredes, luego recogen los papeles rescatados y los arrojan a las fauces de una enorme trituradora. Un inclinado vuelo de escaleras se eleva sobre ese alboroto hasta un balconcito, donde una impasible figura, largo vestido rosa, sombrero como un pastillero en un ángulo distraído, mira atrás por el pasillo, hace señas a Anna con una mano enguantada de blanco.

Sube las escaleras y, a través de las puertas dobles, ingresa a una acogedora oficina ricamente revestidas, cálidamente iluminada, sillones tapizados con estampados florales ante un pulido escritorio, y una pared ocupada casi por completo por una chimenea de ladrillo, la repisa de la habitación atestada de fotografías en sepia, un graduado juego de muñecas matriosca, un gran jarrón lleno de azucenas con tonos rosa sombreados a rojo sangre. Cuando la mujer

con guantes blancos cierra las puertas dobles, todo queda en silencio salvo el alegre crepitar de la leña tras la rejilla. "¿Un poco de té, tal vez?", dice ella mientras camina detrás del escritorio.

"Eso sería encantador", dice Anna tomando un sillón, y en la mesita al lado hay más azucenas y una taza de porcelana humeante.

"¿Es bestial sin té? Me imagino que debe de ser bestial".

"Es marzo", dice Anna sorbiendo su té.

"Sin embargo, son más cálidos", dice la mujer, "¿no es así? ¿Los marzos?" Alisa papeles de una carpeta manila abierta delante de ella.

"Supongo", dice Anna. "Es bueno conocerte por fin, Mousely".

"No hay necesidad de adulación", dice la mujer tomando una tarjetita de plástico gris que coloca en una máquina negra y rechoncha de su escritorio, baja cuidadosamente la pesada tapa. "¿Por qué estás aquí, Anna?" Presiona una palanca en el lateral de la máquina. Esa tapa se cierra de golpe, un sólido troquel.

"Bueno", dice Anna. "Hace poco comencé a trabajar como asistente legal, con Welund Rhythidd", y Mousely tira de la palanca nuevamente. "Antes de eso, era amanuense para la Reina".

"Sé quién eres", dice Mousely levantando la tarjeta ahora grabada con una línea de números.

"Sí", dice Anna ajustándose las gafas, "bueno, necesito saber más sobre las operaciones de la empresa, y tenía algo de tiempo para almorzar hoy".

"No es posible organizar un recorrido sin algún tipo de aviso", dice Mousely. Con cuidado de sus guantes blancos, está exprimiendo una cucharada de algo grueso y transparente de un tubo en la parte posterior de la tarjeta. "Estamos terriblemente ocupados, como puedes ver". Con los labios fruncidos, presiona la tarjeta con precisión, con firmeza, en un cuadrado impreso sobre un

trozo de papel ante ella en la carpeta. "Si hubieras llamado con anticipación, habríamos tenido tiempo de prepararnos para ti". Dobla el papel, un poco torpe con el peso rígido de la tarjeta ahora pegado a él, perfectamente en tercios. "Pero quizá se trataba de eso".

"Esto no es una inspección sorpresa, ni nada", dice Anna.

"Por supuesto que no", dice Mousely deslizando el papel doblado dentro de un sobre blanco normal.

"Solo un capricho".

"¿Caprichosa, Anna?" Está humedeciendo el sello del sobre con una esponja azul. "No es el mejor de los motivos, en lo que concierne a un banco", pero una repentina oleada de ruido, la apertura de las puertas dobles, un oficinista que entra, carpeta roja en sus manos enguantadas de azul, asiente una vez, mientras la pone en la esquina del escritorio.

"Maldición", dice Mousely en el silencio que cae cuando las puertas se cierran de nuevo.

"¿Hay algún problema?", dice Anna, ojos en esa carpeta.

"Una circular roja", dice Mousely abriéndola ante ella, "tiene prioridad sobre cualquier otro trabajo, y debe ser aprobada en los niveles más altos". Levanta páginas, consulta formularios. "Una adquisición impresionante, sin duda, pero una molestia terrible".

Anna toma una profunda y fortificante respiración. "Me encantaría llevarla conmigo", dice ella. "Entrégarsela a Rhythidd yo misma. Ahórrarte eso, al menos".

Mousely alza la vista con una brillante tarjetita de negro en sus manos enguantadas de blanco. "¿Lo harías?", dice ella.



Media docena de cazadores de sueños cuelgan ante la amplia ventana, y en el alféizar hay un brillante espejo redondo en un marco octogonal ricamente pintado de rojo y verde. Jessie está sentada en un extremo del sofá debajo de ellas, un brazo levantado a lo largo del respaldo, mirando hacia la calle, la tenue luz difusa de una tarde nublada. Desde la habitación delantera a través de esa umbral, un murmullo, una aguda réplica, una exhalación suspirante. Jessie pone su cabeza amarilla sobre su brazo extendido. Cierra los ojos.

"Jessie", dice el hombre en el umbral alzando una mano, frotándose la nariz.

"Sí". se sienta erguida, atrayendo su brazo hacia sí mientras él se sienta en el sofá a su lado. "¿Cómo estás?", dice él.

"Puedo", dice ella, "puedo volver al trabajo".

"Solo quiero asegurarme de que estás bien", dice.

"Estoy bien, Nelson", dice ella. "Gracias. Por preguntar".

"Aquello fue. Inquietante. Un vago gesto de su mano hacia la puerta de la habitación del frente más allá. En su otra mano un liso sobre blanco.

"De veras que lo siento", dice ella. "No suele estar tan alterado, pero supongo que ambos hemos estado bajo mucha presión. No volverá a suceder. Te lo juro".

Un lento asentimiento de su canosa cabeza. "Entonces es tu novio".

"Estamos juntos", dice ella.

Otro asentimiento, un poco más alto, un poco más bajo. Él todavía no la está mirando, no directamente. "Si tú", dice, "necesitas hablar con alguien. O algo de ayuda. Hay numeros de telefono. Puedo conseguirte un número de teléfono".



Ella dice: "¿Para qué?"

"¿Para hablar?", dice. "Si lo necesitas. Si ha llegado a ese punto. Hay... Conozco un buen refugio".

"¿Refugio?", dice Jessie bruscamente, "no necesitamos un", y luego, "oh. Oh Nelson No, no es así. Perdió los estribos, sí, pero como he dicho, ambos hemos estado muy estresados. No sé qué lo activó. Frustración. Pero... él no es *violento*. Él no es así".

"Bueno", dice Nelson. "Como he dicho, puedo conseguirte un número de teléfono".

"¿Eso es lo que hay en el sobre?"

Lo levanta, suspirando, luego se lo entrega. La solapa está abierta. Ella mira dentro, lo examina. "Dijiste que no hay cheques hasta el viernes".

"Sí".

"Esto es un cheque".

"Es la ley, Jessie". Suspira. "Cuando alguien termina el empleo, al final del negocio..."

"¿Me estás despidiendo?", dice Jessie.

Otro suspiro. "Estás siendo despedida. Lo siento, pero..."

"¿Me estás despidiendo porque crees que mi novio me pega?"

"¿Qué?", dice él alarmado, mirándola ahora, a su lado. "No", dice. "No, eso es, no. No no no, no, no".

"Porque eso estaría mal", dice ella su voz se ha tornado densamente silenciosa al final.

Mano arriba, frotándose la cara. Se levanta, va hacia el escritorio.

"Es", dice él, "una cuestión de dinero. Lo intentamos e hiciste un buen trabajo. Ese no es el problema. Estaré encantado de escribirle una brillante recomendación, pero la financiación, simplemente, no podemos justificar", pero Jessie dice: "Cállate", y él se detiene, su gesto en suspenso, sin terminar. "Lo juro por Dios", dice ella. "Menuda chorrada".

"Jessie", dice.

"Llevo aquí tres semanas", dice ella. "Tres semanas. Si fuera por dinero, no me habrías contratado en primer lugar".

"Jessie, tengo que pedirte que..."

"No, me has despedido, así que, que le jodan. Que le jodan a eso. Él ya me dijo que eras inútil, pero... Dios mío.

"Él", dice Nelson, y "tú" y "¿qué?"

"Este cheque", dice ella, "este jodido cheque, teníamos planes". Arruga el sobre en su mano. "Pero necesitábamos la siguiente paga, y la siguiente, y, bueno, solo, se jodió".

"¿Qué quieres decir con que ya te lo dijo? ¿Qué. sabía mi nombre?. Pensé que le habías dicho..."

"Dijo que no lo recordarías", dice Jessie.

"Dijo. ¿Quién lo dijo? ¿Qué está pasando aquí?"

"Yo sólo", dice Jessie levantándose. "Quería un jodido trabajo".



La recepcionista del escritorio alza la vista con el receptor de un adornado teléfono de latón sujeto a una oreja. "Anna", dice. "Pensé que estabas fuera hoy".

"Tenía un asunto", dice ella. "Ya he terminado. ¿Ha vuelto Rhythidd?"

"Todavía en las colinas", dice el recepcionista.

"De acuerdo", dice Anna apretando su bolso al hombro. "Estaré aquí hasta las cuatro, al menos", dice ella. La recepcionista asiente.

Un pasillo largo y estrecho, alfombrado de color crema, paneles de madera rubia a la derecha y puertas de oficina ligeramente entornadas o cerradas, pasillos abiertos a la izquierda, escritorios y armarios rubios, mujeres tecleando en ordenadores y algunos hombres. Al final, un ángulo agudo y una sola puerta de madera rubia. Mano sobre la pesada perilla de latón, Anna mira atrás por el pasillo, luego bruscamente hacia la izquierda, más oficinas, más pasillos, más teclado, murmullo de llamadas telefónicas. Anna abre la puerta.

Una oficina en ángulo, dos paredes más cortas de madera oscura, dos paredes más largas de cristal, una gran losa de escritorio completamente vacía y tras ella una silla de cuero pálido con respaldo alto. Anna cierra la puerta suavemente y saca de su bolso una carpeta roja y un bolígrafo. Deja la carpeta abierta en el escritorio, hojea las páginas interiores, se pausa para dejar iniciales aquí y allá, Erres rápidas y en negrita que terminan con un rizo. Al final, la penúltima página, una larga línea en blanco, y ella alza la vista, se ajusta las gafas. El bolígrafo sobrevuela el papel, baja para tocar la línea y un solo punto de tinta, no del todo negro, teñido de rojo. Anna firma con movimientos lentos y definidos. «Rhythidd».

Pegado a la última página, una brillante tarjeta negra en relieve con una cadena de números. «MasterCard» dice dentro de círculos entrelazados de rojo y naranja. «Banco de Trebizon. Gloria Lunes. Válido hasta el 86/75». La despega del papel, le da vuelta quitando la última mota de pegamento ceroso mientras se aleja del escritorio hacia las ventanas y la extensión del cielo más allá, vacía y gris, las oscuras colinas de la ciudad debajo. Anna se permite una breve sonrisa de satisfacción.



Clomp de tacones de cuña en la habitación negra, tatuajes sudados, un puñado de ropa interior arrojada al suelo, "El Estornino", dice ella riendo, y las demás vuelven a sus reflejos, ajustando la forma de un húmedo labio rojo, la caída de docenas de extensiones trenzadas, moradas como paletas, revoloteando un fajo de billetes de color verde grisáceo. "Te quieren en la puerta de al lado", dice el sudoroso bailarín agarrando una bata de un gancho en la pared, "tu jueves habitual" y "Sí", dice el Estornino allí en el otro extremo, levantándose del rojo diván de terciopelo, puro négligée cerrado por solo un lazo y negras medias largas de rejilla.

"Ella ha traído una cita", dice la bailarina secándose la frente con una manga, y hay un exagerado "¡Ooooh!" de la mujer con el lápiz de labios. "Ya la he visto", dice el Estornino cubriéndose los hombros con una capa negra mientras se abre paso por la línea de todas ellas.

"Una de las hermanas Limoges", dice la bailarina, y un "Pssht" despectivo de la mujer que ata la última de sus trenzas. "Lo sé", dice el Estornino.

"¿Cómo es que te cambias tan rápido?", dice la mujer envolviendo el rollo de billetes con giros rápidos de una banda de goma. "Como maldita magia, lo juro". El Estornino gira la capucha de su capa con cuidado de su tiara y sale al pasillo sin luz, hacia el ritmo amortiguado.



Su larga bata blanca que él toma con las manos restregadas y rosadas, las uñas pulidas y meticulosamente recortadas. "Es bueno verte de nuevo, Chazz", dice Ysabel.

"Oh, pero aquí hay una paradoja", dice él colgando su abrigo en un perchero del pasillo lleno de impermeables y chubasqueros, todo

sobre un espejo moteado. "Un pobre diablo, incapaz de cumplir la marca de tal elogio, y sin embargo", con una sonrisa irónica, cabeza calva rosa y brillante, cuello vuelto impecablemente negro, "su Majestad, siendo su Majestad, no puede estar equivocada". <

"¿Están dentro?", pregunta ella.

"Todavía", dice con un gesto hacia la amplia puerta de al lado, allí, la habitación oscura y de techo alto, y el obvio murmullo de la voz de alguien. Lámparas encendidas, aquí y allá frente al día oscuro, una de ellas intensa y brillante al final de una larga mesa, donde un hombrecillo redondo se sienta en medio, desnudo salvo por un par de calzoncillos con fachada en Y, leyendo en voz alta un fino libro de bolsillo, "agarra el libro más cercano", dice, "que era, y no hay coincidencias, la Fenomenología del espíritu de Hegel". Más allá de la mesa, más allá de las sillas con respaldo de huso, el hombre allí con un holgado mono azul, una mujer con una bata transparente, que se mueve diciendo algo a su teléfono, al final de la habitación, un fuego se está apagando tras la rejilla y, cerca, a su sombría luz de ascuas, un sofá rosa parduzco, y dos mujeres sentadas en él, inclinadas, espalda contra cada brazo del sofá, piernas extendidas entrelazadas bajo mantas y alfombras gruesas. La primera: largo cabello blanco enrollado en trenzas despiadadas, está cortando judías verdes que deja caer en mitades y tercios en un colador en su regazo, y los extremos en una bolsa de papel en el suelo. La otra: largo y blanco cabello suelto a la deriva, está pelando trozos de cáscara de patatas con rápidos destellos de un cuchillo de cocina. "Madres", dice Ysabel.

«Chic» y «esnap», «esnap» y «chic». "Pretendiendo arreglar su apartamento", dice el hombrecillo redondo sobre la mesa, "para algún otro propósito que no sea follarme", mientras Chazz toma una de las sillas con respaldo de huso y la acerca hacia Ysabel. "¿Podríamos tener unas palabraa?", dice ella mientras se sienta.

"Nuestra hija requiere algo de nosotras", dice la mujer con el pelo en trenzas.

"Nuestra Reina exige una audiencia", dice la mujer sin peinar. Chazz se dirige detrás de las dos para agacharse junto a la

chimenea, levanta un atizador y remueve los troncos carbonizados. "Leí en voz alta cuando salió corriendo de la habitación con un cesto de plástico para la ropa", dice el hombrecillo redondo en la mesa, e Ysabel levanta la voz, "Estuve en las colinas esta tarde. En un almuerzo organizado por el Rey".

"¿Así vestida?", dice la mujer rompiendo judías.

"Al menos se ha tapado las rodillas", dice la mujer pelando patatas.

"Y encontrar", dice el hombrecillo, "una botella de *vino* que no se había estropeado en la nevera. El contenido concreto, que *proporciona* una certeza suficiente ", e Ysabel lo mira por encima del respaldo de su silla y le dice: "¿Podríamos tener la habitación?"

Él parpadea, labios fruncidos alrededor de una palabra interrumpida. "¿Estamos entretenidos con eso?", dice el hombre del mono.

"Esta es una casa libre", dice la mujer colocando una o dos cáscaras errantes de la alfombra en su regazo.

"Continúa", dice la mujer tirando un puñado de judías en la bolsa de papel. "Nos ayuda a trabajar".

El hombrecillo se encoge de hombros y asiente y vuelve a tomar su libro. "El, ah, la sensual *certeza* proporciona, lo que hace que este *parezca* ser el tipo de conocimiento más rico", y "Bueno", dice Ysabel. "¿Desde cuándo os dedicáis al trabajo de cocina, madre?"

Ninguna de esas cabezas mira hacia arriba. Detrás de ella, la voz ronronea, "una riqueza a la que apenas podemos encontrar ningún límite cuando, ah, atravesamos su extensión", y luego otra persona dice: "Bueno, en realidad, eso es lavar los platos". <

Su silla cruje cuando Ysabel se da vuelta, volviendo la vista hacia el hombre del holgado mono. "Trabajo de fregadero", dice. "Eso es lavar los platos. Chef de fregaza. Es lo que están haciendo ", y junto a él, la mujer de la bata transparente levanta la vista de su

teléfono," son leguminosas, se preparan", y él titubea bajo su mirada "las verduras y demás. Yo estudié".

"Es una casa cooperativa", dice la mujer con trenzas. "Hay una rotación de tareas".

"Todos deben hacer su parte", dice la mujer sin peinar. "Sigue. Sigue leyendo".

"Ah, sí, entonces", dice el hombrecillo sobre la mesa, "está bien, es, ah, *extienda*, en el tiempo y *espacio*", y Ysabel cierra los ojos, respira hondo por la nariz y dice bruscamente: "Él quiere darles la rampa. La rampa de Lovejoy".

"¿Él?", dice la mujer con el cuchillo. "¿Quién?"

"Nuestro hijo", dice la mujer quw rompe judías.

"*Tu* hijo".

"Es tanto mío como tuyo"

"¡Quieren *demolerlo!*", grita Ysabel. ¡Despejarlo! ¡Levantar torres!"

"Pues eso harán".

"Estas cosas pasan".

"¡No pasan!", dice Ysabel. "No *pasan* sin más! Las hacen hombres que pueden ser detenidos", y ambas cabezas de cabello blanco se echan hacia atrás con repentinas carcajadas, risas delicadas, carcajadas de cacareo, "¿Quién? ", dice una, y "Si su majestad ha hablado", la otra recuperando el aliento.

"Pero vosotras podríais hablar en contra de él", dice Ysabel inclinándose hacia adelante.

"¿Yo?"

"Bueno, ciertamente no yo."

"Él es el Rey, su Majestad".

"Él ha hablado".

"Como si", dice Ysabel, "nunca hubieras hablado en contra de mi padre".

"No tiene padre".

"Ella se refiere al Rey".

"¿A su hermano?"

"No, no, el Rey de antes".

"¡Ella quiere decir la Reina!"

"Por favor", dice Ysabel.

"Es *confuso*".

"Que estamos las dos".

"Y no solo una".

"No, no", dice la mujer con trenzas levantando una mano, tres dedos moleteados extendidos. "En lugar de *tres*", y "*¡Madre!*" grita Ysabel, pero alguien está llamando a la puerta, afuera, alguien ha estado llamando, Chazz ya se ha puesto de pie, se dirige pasando pasando por la mesa, y la mujer con el cuchillo todavía en la mano dice: "*no tienes* ninguna madre".

"Somos el Gammer".

"Eres la Reina".

"Ya no hay Prometida".

"Lo eres".



"Eso es todo".

"Basta", dice Ysabel pero la palabra se pierde en el repentino enfrentamiento en el vestíbulo, el aullido, el ruido de las sillas, el repiqueteo de las botellas cuando el hombrecito salta de la mesa, el "¡Hey!", y el, "¡Qué demonios! ", cuando Chazz entra tambaleándose por la puerta, cayendo de rodillas, con el cuello del mono en la mano que está estirando hacia arriba y hacia atrás, luchando con la mano del hombre, mucho más grande, con un gran traje negro, una brillante camisa hawaiana, moteada de azul, amarillo y blanco, y una mata de barba enmarañada y cabello castaño en aleros ondulados que rozan sus hombros mientras respira profundamente, mirando a su alrededor. "Yo no", su brazo se sacude mientras Chazz lucho, "quiero lastimar a nadie", dice el Sr. Keightlinger.

## **Lo que suena en la radio / una audiencia / unas malditas idiotas / había una puerta**

Lo que sea que suena en la radio se disuelve en distorsión, un poco de Ennio Morricone, un poco de 3 Mustaphas 3, murmura para sí mismo. Iona se mueve en el asiento del conductor, se inclina hacia adelante y observa al hombre del traje negro por las ventanas laterales del SUV. «Continuando con este exótico inicio», murmura la radio, «deleitemos nuestros oídos con estos ritmos de África Oriental del Salón de Música de Lagos». Él está saliendo de la acera, allí junto a la fusión de bicicletas, cruzando el patio verde hacia la casa de pintura de rosa, sube los escalones hacia el estrecho porche delantero, un hombre grande, descuidados cabello y barba castaños. Manos vacías, una de ellas levantada para llamar. Ella frunce el ceño, ladea la cabeza, se sienta al volante. «Ayer rezó sus oraciones y dio gracias», arrulla la radio, «el calor de la mañana llenaba su habitación y sus muslos», y ella se inclina de nuevo, mira por la ventana lateral. El hombre del traje negro está hablando con alguien en el umbral. «Ayer las lluvias fueron bastante fuertes», canta la radio, y el hombre del traje negro echa el codo hacia atrás, se inclina para lanzar un puñetazo.

Ella frunce el ceño.

Ella abre de un tirón la puerta del pasajero, los pies se disparan hasta fuera, se sumergen poco a poco sobre el bordillo de la acera y ruedan para salir corriendo, pie borroso amarillo salta a medio paso, luego alcanza el porche y atraviesa la puerta delantera dejada entreabierta, saltando con un impulso de su zapatilla de deporte, golpea la pared, un salto de inercia que eleva sobre la barandilla, gira con los talones sobre la cabeza mientras una mano saca la linterna que ilumina los escalones del pasillo, pasos y ruidos por el umbral, escaramuza, traje negro, cabeza rosa, pies golpeando el suelo, latigazo de la espada de Iona al trazar un arco hacia abajo y retroceder para una estocada a medio paso "¡Iona!" y la punta de la hoja se detiene allí, a un centímetro, tal vez, del ojo parpadeante. El hombre del traje negro está arrastrando a Chazz por ahí, sujeto con

fuerza para enfrentar su estocada. "¿Tú?", dice él con voz áspera.

"Perdón, Madam, el Diablo", dice Iona dando un paso atrás, espada aún levantada. "No reconocí al mago".

"Todos, por favor", dice Ysabel al otro lado de la mesa del comedor. "No hay necesidad de espadas ni escudos". Los demás a su lado y detrás de ella, el hombrecillo sostiene su libro contra su pecho desnudo, el hombre con el holgado mono, la mujer con la bata. "Depón tu arma también, madre".

"¿Qué, esto?", dice la mujer en un extremo del sofá, salvaje pelo blanco sobre la cabeza y un cuchillito de plata en la mano. "¿Qué *podría yo* hacer con una punta tan pequeña?"

"Soltad a el Diablo", dice Ysabel, al Sr. Keightlinger. "Te escucharemos". Pero cuando Chazz se inclina hacia adelante a un paso de distancia, el Sr. Keightlinger tira hacia atrás, apretándole el cuello, "¡Buen señor!", grita Chazz ahogado. "Has asegurado nuestra atención. ¡No hay necesidad!"

"Tú", dice el Sr. Keightlinger sobre la calva rosada de Chazz, a Ysabel. "Podrías tener algo. Podrías no tenerlo. Necesito saberlo".

"¿Qué podría ser esto?", dice Ysabel.

"Si lo tienes, lo sabrás".

"¿Y qué pasa si no lo tengo?"

Sacude su gran cabeza marrón. "No querrás saberlo".

"¡Ridículo!", grita la mujer al otro lado del sofá, pelo blanco recogido en trenzas. "Madre, *por favor*" dice Ysabel dando un paso hacia el señor Keightlinger, hacia Chazz, hacia Iona cautelosa en la puerta. "Bueno", dice ella. "Eres tú quien ha presionado con más firmeza este dilema. ¿Cómo lo verías resuelto?"

"Estoy *consciente*", gruñe el Sr. Keightlinger con un movimiento de la mano libre, molesto, y luego, "Tu camisa. Quítatela".

Se detiene, a mitad de camino a lo largo de la mesa del comedor. La mujer de la bata transparente levanta una mano y abre la boca como para decir algo. "Se está dirigiendo a", dice Chazz, "una *Reina*, señor", y el Sr. Keightlinger lo zarandea, una vez, "Tu *suéter*", gruñe, "quítate el *suéter*. necesito ver si lo tienes tú".

"Apártate, Chazz", dice la mujer en el sofá, "Iona, adelante. ¡Que alguien le corte!"

"Gammer Duenna, te quedarás quieta", dice Ysabel, y luego, al Sr. Keightlinger, "Primero, debes soltarle".

"Él se queda en la habitación", dice el Sr. Keightlinger. "Todos se quedan en la habitación".

"Tendría espectadores".

"Colateral", dice el Sr. Keightlinger empujando a Chazz que tropieza hacia el final de la mesa, se estrella contra la mesa hasta quedarse quieto, y "¡Madam!", grita Iona, y un severo "¡Quieta!" de Ysabel. "Esto se hará en un momento". El Sr. Keightlinger no asiente ni se encoge de hombros, y ella se levanta el suéter sobre la cabeza y se lo quita.

"Sujetador", dice el Sr. Keightlinger pero ella ya le ha dado la espalda. "Deberás deshacerlo tú", dice ella.

Delicado cierre apretado por gruesos dedos que presionan la piel de Ysabel, pinchando mientras las tiras de satén se caen. Ella sostiene las copas en su sitio. "Nunca", dice la mujer en el sofá, "en todos mis días", pero se calla ante una mirada de Ysabel. Esos dedos, presionan la base de su cuello. "Por favor", dice empujándola, dándole la vuelta antes de que ella deje caer el sujetador al suelo. Ella mira arriba, al espacio, a las sombras justo debajo del techo, pelucas de espuma de poliestireno y cabezas de maniquí se apiñan a lo largo de la moldura, cada una pintada, gruesas líneas y rizos en rojo y negro, rictus fijos de alegría, maravilla y deleite, y aquí y allá una burla perversa. Esos dedos espatulados se retuercen, palpan, hacen palidecer la piel de Ysabel,

ella hace una mueca, "Seguramente", dice, "ahora lo sabes".

Él se detiene, dedos a lo largo del esternón, el índice ajustado en la muesca de la clavícula. Sus ojillos enrojecidos, entornados, marrones, entre el mechón de cabello y la barba. "Lo has matado", dice él, y da un paso atrás. "¿Verdad?".

Ella lo mira entonces. "Me parece recordar haber golpeado algo", dice ella.

"Su nombre aún se conoce", dice el Sr. Keightlinger retrocediendo. "Debería haber terminado el trabajo". Girándose para irse, pasa al mirar a Chazz, Iona se hace a un lado. La puerta se cierra de golpe tras él.

El hombre del holgado mono es el primero en hacer un movimiento, un sonido, una tos, e Ysabel agarra su suéter y se mete en él, "¿Madam?", dice Iona. "¿Os ha hecho daño?"

"Escarcha y plaga", dice una de las mujeres en el sofá, y "Maldición," dice la otra. Chazz murmura: "¿Por qué su corazón no está aquí en mi mano?"

"¿Nos vamos?, dice Iona extendiendo una mano. "¿A casa?"

"Sí" dice Ysabel, pero luego, frunciendo el ceño, "no", dice. "No".



Está oscuro ahí arriba bajo las vigas. Ella levanta una bolsa de papel sobre la cabeza, sube tras ella hasta una breve escalera atornillada a la pared y agachado sobre tablas colocadas sobre las viguetas, un piso improvisado. Muy por debajo, un pop y algo salpicando, vitores, risas estridentes. De rodillas, ella rasca una cerilla, enciende la gruesa mecha de una lámparita de latón, coloca la pantalla de cristal en su sitio, la luz caliente alrededor, su abrigo marrón y su dorado mechón de cabello blanco. Se acerca la bolsa arrastrándola, «Powell's», pone en esta, y ella estira la mano para

sacar libros, gruesos libros de bolsillo con cubiertas gastadas y arrugados lomos rizados, paisajes nocturnos salpicados de estrellas y tonos pastel de otro mundo, naves espaciales ardientes, alienígenas, «El Modo Romulano», «Norstrilia», dicen los títulos dicen, «Mundos flotantes», en letra sobria, en coloridos logotipos de locas formas, «Estrellas Caravana», «Titán», «El Brillo Cae del Aire». Ella se pone a quitar metódicamente etiquetas de precio, cuadraditos perforados en amarillo y rojo, grandes etiquetas blancas: «PVP». Alguien dice: "Hola", y ella alza la vista para ver a Anna aferrada a la escalera. "Vamos abajo. El champán... no está tan mal, en realidad".

"Venga, *bajad*", ruge Gloria en algún lugar debajo, riendo en sus palabras.

"Voy a quedarme con estos", dice Marfisa apilando un par de libros junto a una caja de madera, «La Revolución Thurb», «La Red Sardonix», y "Entonces", dice Anna apoyando un codo en el suelo. "Así es la guarida de un forajido". Acurrucado cerca de las vigas, en el borde parpadeante de la luz de la lámpara, un arrugado saco de dormir, algo de ropa tirada junto a un bate de béisbol de madera. "No necesito mucho", dice Marfisa apilando más libros.

"Aún así", dice Anna, "ahora puedes salir corriendo al IKEA, comprarte una estantería. Tal vez incluso una cama".

"Ella puede", dice Marfisa de espaldas a Anna con un libro en ambas manos.

"¿Y?" dice Anna. "Observa, Marfisa, todo lo que hemos hecho juntas en un día".

El cuello de piel de oveja de ese abrigo se eleva suavemente, un suspiro mientras coloca los dos últimos libros con los demás. "Le diste un montón de dinero a ella", dice ella. "Fuimos de compras. Para ropa".

"Y suministros de arte", dice Anna. "El ordenador, el champán... esa chispa, en sus ojos". Un grito desde abajo, "¡Damas, vamos! ¡Estoy a punto de encender este chisme!" Anna sonrío. "Y, también..."

los libros", dice ella.

"¿Y tú?", dice Marfisa girando y sentándose en el suelo. "¿Qué sacaste tú de todo esto?"

"No es por dinero, Marfisa. No es material. ¿No lo sentiste? Podemos *ayudarnos* mutuamente".

Marfisa resopla. "¿Con qué?", dice ella. "Solo somos unas malditas idiotas que dijeron algo equivocado una vez a la maldita mujer equivocada".

"¡Allá vamos!", grita Gloria en algún lugar debajo, pero Anna, afligida, apoya los codos en esas tablas, "No *digas* eso", susurra. "Es *más* que eso. Lo sabes". Marfisa aparta la mirada. "Y más que únicamente nosotras", dice Anna, poco más que un susurro ahora. "Hay otros, por ahí. Abandonados, perdidos en las sombras", cuando ella vuelve la cara extiende una mano. "También podemos ayudarles".

Marfisa se mueve hacia la caja de madera, allí junto a sus libros. "¿Estás lista, Anna, para la vida de un forajido?" Anna retira la mano, frunciendo el ceño. Marfisa mueve algo desde la parte superior de esa caja, la cabeza de un caballo vacío, ojos negros saltones, un hocico. "Cuando el Gladio y el Guisarme descubran lo que has hecho", dice, "y para quién", levanta la tapa de la caja y un destello de luz dorada se derrama y abruma esa lámparita de bronce. Anna, parpadeando, aguanta el aliento. "Querrás tomar un poco", dice Marfisa. "Para ese día".

"El dinero no es nada", dice Anna, con la voz ronca. "El banco tiene su vencimiento. Y he firmado con su nombre antes, a petición suya".

"¿Tus pistas están cubiertas?"

"Yo no debería", dice Anna mirando a Marfisa con toda esa luz. "Todavía no".

"Todavía no", dice Marfisa. La oscuridad cae cuando baja la tapa.



"Son solo las sobras del montaje", dice ella recostándose en el mostrador, pantalones de chándal, camiseta blanca sin mangas. Sobre el mostrador, el microondas está encendido y rugiendo. "Pensé que ibas a salir con Reg".

"Podrías haber preguntado, eso es todo", dice ella allí junto al estante con una sudadera de gran tamaño, piernas desnudas. "Ese es el principio del asunto".

El suave sonido de un timbre y ella inclina su cabeza, un gesto con esa llamativa nariz, "¿Es él?"

Ella niega con la cabeza, el cabello rubio se balancea austeramente de lado a lado. "Todavía no".

"Pues yo no espero a nadie", dice ella mientras el microondas suena, se oscurece. Se gira para abrir la puerta.

Poniendo los ojos en blanco, sale de la cocina y cruza la sala de estar, paneles de madera oscura y una pelusa verde grisácea que amortigua sus fuertes pisadas. De nuevo, el suave timbre, seguido casi de inmediato por un golpe seco en la puerta que se abre para ver a Ysabel, con su largo abrigo blanco, y su ceño fruncido se ilumina en una sonrisa. "Hola, cariño", dice ella.

Ysabel está mirando más allá de ella. "¿Está en casa?", dice ella.

La sonrisa se agría para poner mala cara. "Podrías haber llamado", dice, y luego, gritando, "¡Chrissie! ¡Es para ti!"

"Hola", dice Chrissie saliendo de la cocina con un tazón en una mano y un tenedor en la otra. "¿Estás bien?"

"He tenido un día", dice Ysabel mirando hacia Ettie allí a su lado, y luego de nuevo a Chrissie. "Sal conmigo", dice ella de repente. "Esta noche", dice ella. "Ahora mismo".



"Muy bien", dice Chrissie, después de un momento.



La tenue luz rosada late con la batería en algún otro lugar, cerca de las paredes pintadas de rosa, sucias alfombras blancas y un arrugado sofá. Un poste plateado en el centro de la habitación, atornillado al piso y al techo, y ella lo rodea, capa púrpura oscuro a esa luz, y el largo abrigo blanco de Ysabel rosado y sombreado, y las lentejuelas del vestido negro de Chrissie se suavizan, se opacan, su mano en la de Ysabel, mira por la pequeña habitación. "Entonces", dice ella. "¿Esto son los jueves?"

Esa capa extiende los brazos para alcanzar la capucha y "Espera", dice Ysabel. "No".

"Soy su majestad para mandar", dice el Estornino en voz baja.

"Suya", dice Chrissie, casi como un soplo de palabras, mirando desde las alas sombreadas de la capa a Ysabel, mirándola de soslayo a un paso de distancia, soltando su mano. "Continúa", le dice a Chrissie. "Mírala".

"Yo", dice Chrissie, "Yo estoy".

"No", dice Ysabel. "Ve y mírala".

Una sonrisa se desliza por los labios de Chrissie. "Está bien", dice ella retrocediendo. "Creo que soy su majestad..."

"No", dice Ysabel bruscamente.

Y Chrissie dice: "Muy bien", y otro paso atrás, y luego alrededor y más allá del poste. Inclínándose en su breve vestido negro para mirar hacia arriba, hacia las sombras bajo la capucha, y un destello allí, luz rosa brillante atrapada en cristal, en filigrana plateada. "¿Ysabel?", dice ella, un susurro, brazo desnudo que se levanta para

sacudirse hacia atrás mientras, con un roce, un brazo envuelto levanta una mano para encontrarse con la de ella, allí, en el borde de la capucha, con los dedos rozando, agarrando, retrocediendo.

"Eres", dice Chrissie, "¿eres su...?"

"No", dice el Estornino.

"No tengo más que un hermano", dice Ysabel.

"¿Es esto una especie de...?", dice Chrissie, y luego, "cómo", dice ella, retrocediendo, chocando contra el poste.

"Humo y espejos", dice el Estornino. "Polvos y cremas".

"Supongo que", dice Chrissie, "sabes que no eres la graciosa", y el Estornino frunce el ceño.

"Chrissie, por favor", dice Ysabel. "Mírala y dime. ¿Tú... crees que ella es...?", y los tambores vibran, los azotes de sintetizador a medio escuchar. Esa luz rosa, pulsante. "¿Y tú?", dice Ysabel, mientras los dedos de Chrissie se entrelazan con los de el Estornino, las dos sin aliento mirándola, a la Reina. "¿La quieres?", dice Ysabel.

El Estornino cierra los ojos. Chrissie, tragando, levanta la cabeza, asiente o, posiblemente, suspira.



Dos calles residenciales, una simple intersección, pavimento pintado en un gran círculo amarillo y blanco, un girasol desvanecido por el clima y el tráfico, abriéndose bajo intensas farolas blanco azuladas. Las casas sentadas cómodamente en tres de las esquinas, las ventanas iluminadas aquí y allá frente al caer de la noche, y en tres de las esquinas, cerca de las aceras, pequeños quioscos contruidos con chatarra y madera, pintados en colores primarios oscurecidos por la edad. Él está allí junto al letrero que dice «Plaza Central», un tablón de anuncios bajo él empapelado con

tarjetas y octavillas y fotos, «Perro Perdido», «Yamaha Keytar Barata», «Diseño Web Fácil». Una barba, un bigote espeso alrededor de unos labios, cabello oscuro rozando los hombros de su chaqueta de calentamiento azul y gris. En la intersección, Jessie con su holgado parka rosa y naranja, cabello amarillo incoloro a la intensa luz cercana. Ambos examinan la cuarta de esas cuatro esquinas, donde se está levantando una casa nueva, láminas de madera contrachapada alrededor de lo que algún día serán puertas y ventanas, envolturas de papel, amarillas y blancas, y largueros y vigas en un segundo piso y un tercero, madera cruda y pálida ante el oscuro cielo nocturno.

"Había una puerta", dice ella. "Una puerta roja, y lucecitas colgadas de los árboles. Había más árboles".

"El dormitorio se salvó", dice él. "El segundo rincón del desayuno. La sala de canto y el porche para fumadores. La piedra del corazón".

"Todas esas", dice ella, "alfombras, donde quiera que ibas había alfombras encima de las alfombras".

"Tuvimos un día de alfombra", dice. "Tenías que traer algo para pisar el suelo. Leo trajo una tira de alfombra del aeropuerto".

"Leo", dice ella mirándolo en la acera, con las manos en los bolsillos. "John", dice ella, pero luego, "no. Miguel. Michael Juan Lago".

"Luke", dice él alejándose. Vuelve a la acera, hacia los coches estacionados a un lado, hacia un cuadrado sedán oscuro. Abre una puerta y se inclina, luchando con las cosas metidas en la parte posterior.

Ella frunce el ceño cuando él se gira hacia ella con el rollo de un saco de dormir en una mano, un fajo de mantas bajo el brazo. "Vamos", dice él subiendo a la acera frente a la casa sin construir.

"Yo, uh, Luke", dice ella apresurándose tras él, "no deberíamos", sube tembloroso escalones hasta un estrecho porche de madera contrachapada. "No pasa nada", dice él mientras cruza el agujero

vacío de la puerta principal, "dudo que hayan instalado un sistema de alarma todavía".

Dentro, la oscuridad es espesa, abruptamente conformada por esqueletos de paredes de dos por cuatro, tenuemente iluminadas por la luz de la calle. "¿Qué pasa si alguien nos ve?", dice Jessie en voz baja.

"Nadie nos ha visto", dice él. En los ángulos aserrados, un par de largueros cuelgan de techo a suelo en el centro de lo que será una habitación, y las tablas colocadas sobre cada borde de la cubierta, una escalera improvisada. Chirriando, él la sube. "Mierda", dice Jessie siguiendo después, pasos cuidadosos en el medio de cada tabla. "No tenemos por qué quedarnos aquí", dice ella con los brazos extendidos para mantener el equilibrio y evitar la caída, a ambos lados.

"No voy a pasar otra noche en ese coche", dice él allá arriba, en algún lugar, susurro y golpes. Arroja el saco de dormir al suelo y empieza a extender las mantas. "El dinero", dice ella alejándose del borde. "Ya no tenemos que ahorralo". Él sube de un salto agarrando el suelo de arriba, pataleando para llegar hasta un puntal de madera. "Ayuda un poco", gruñe él. Ella se acerca con las manos en el tasero de sus vaqueros, empuja, "Hay un motel en Powell", dice ella. "Vamos a buscar una maldita habitación. Dormir en una cama".

Él se agacha y agarra la mano que ella le tiende. "No", dice. "Tenemos un plan. Nos ceñimos al plan. Vamos a comprar el apartamento". Se prepara para tirar, pero ella se queda quieta, "El alquiler", dice ella. "Sin trabajo, no hay forma de..."

"Seguiremos como queramos continuar", dice.

"Pero", dice ella, y "¿Confías en mí", dice él.

"¿Sí?"

"¿Me crees?", dice reponiendo su agarre, y ella asiente. "Pues seguimos", dice él, y la levanta.

Más allá de la parte trasera sin techar de la casa, árboles inquietos y sin luz, agitados por el siseo del viento. Un cielo sin estrellas rozado con la luz de la ciudad abajo, y así, muy lejos, se alzan, se iluminan edificios imponentes entre ellas, luces de advertencia que parpadan sobre las torres de grúas inactivas. "Mira eso", murmura él, cerca, allí junto a su oreja. "¿Cómo te coges de las manos cerca de algo así?"

"Vamos a congelarnos aquí", dice ella.

"No", dice. "Casi he vuelto a mí mismo. Pronto", dice. "Pronto". Y luego, "Sólo", dice, "dime".

Ella se gira un poco entre sus brazos para mirarlo. "Necesito dormir", dice ella. "Tenemos que levantarnos estúpidamente temprano para que nadie nos vea escapando de..."

"Nadie nos verá", dice. "Dime. Dime su nombre".

Y Jessie dice: "Isadora".

# Torres blancas

Diáfanas torres blancas a la luz de la lámpara y agrupadas sobre la mesa, un grupo de ellas bastante altas en un extremo, menguando en el medio, y la solitaria torre más alta que el resto allí en el otro extremo, todas extendidas siguiendo la orilla de un amplio circuito fluvial pintado de azul a lo largo de un borde. Delicados puentes de espuma e hilo cruzan ese azul, y un barquito blanco entre un par de ellos, y al pie de uno, justo al pasar la torre solitaria, un brote de color, torres y bloques en rojo, amarillo y azul en lugar de blanco. Con su vestido púrpura, ella se inclina sobre ella, cabello envuelto en una fina bufanda negra. "No tenía idea", dice Lymond detrás de ella, "se puede comprar vino en latas".

Está sentado de lado en un sobremullido sillón, el único asiento en esa amplia sala, ambas piernas enganchadas en un brazo, tumbado de espaldas en el otro, y en su mano una lata plateada que dice «Pinot Gris» en nítidas y simples letras negras.

"¿Está su majestad complacida?", dice ella.

"¿Qué, con lo de hoy?", dice. "No fue tan mal, supongo".

"¿Mejor que el vino?"

"Oh", suelta una risita inclinándose para dejar la lata en el suelo con cuidado exagerado. "No tengo intención de tocar el vino".

"Vuestra hermana", dice ella alejándose de la mesa, vestido púrpura brillando en azul y verde mientras barre el piso pulido, "no parecía demasiado entusiasmada". La gran pared de vidrio detrás de ella en completo negro, golpeada aquí y allá con reflejos de luz amarillo oro, charcos y espirales de calor enroscadas sobre la mujer y sobre esa pequeñita ciudad blanca. Con las manos en el regazo, él está tocando con la uña del dedo una esquina irregular. "¿Y tú?", dice. "¿Cómo estás de entusiasmo?"

"¿De verdad creéis que podéis hacer esto?", dice ella.

"Bueno, por supuesto que sí", dice él. "Pero no importa lo que yo piense. ¿verdad?"

"Pero yo difiero con el juicio de su majestad", dice ella.

"¿Sabes?", dice él bajando los pies y sentándose, "Tengo que decir que. Demuestraa una notable ecuanimidad, para alguien que vino a esta ciudad pensando que sería Princesa, Prometida y Reina".

"Y puedo serlo todavía", dice ella, y él ríe y aplaude. "¡Cierto!", le dice. "Si. El modo fracaso te va bastante bien, ¿no?"

"Fue una fiesta maravillosa", dice ella, pasando junto a él en su sobremullido sillón. "Una buenas noche, para su majestad".

"Su alteza", dice él.

Subiendo por una cubierta escalera en espiral, el fuerte susurro de su vestido, por un pasillo alfombrado iluminado en amarillo tenue, fotografías colgadas a ambos lados, un nublado paisaje montañoso, un tramo de agua salpicado por la lluvia, un bosquecillo envuelto en la niebla. Ella abre una puerta al final del pasillo hacia una habitación casi ocupada del todo por un dosel de redecilla blanca. Colgada en una esquina, una lámpara brillando en su interior y las sombras revoloteando contra ella. La mujer cierra la puerta, luego desata un par de cierres de velcro, levanta una solapa de redecilla y se agacha para entrar.

Mariposas, una docena o más, moviéndose y revoloteando, alas blancas y amarillas, negras y amarillas, negras y rojas y marrones y beige, formas oculares sin parpadear en naranja y negro, iluminando la redecilla, almohadas apiladas un extremo de una estrecha cama, su mano sostenida ante ella, y todo menos maravilla se suaviza de su expresión y sus ojos brillantes.

En una mesita junto a la cama, un plato de galletas, una taza blanca de té rojo, una libretita negra, un reluciente teléfono negro. Ella levanta el teléfono, hojea los menús para encontrar una lista de

llamadas perdidas de un número que comienza con 313. Suspira, toca el número y se lleva el teléfono a la oreja.

"Dina", dice ella. "Dina, dile a Madre que solo fue una..." y ella cierra los ojos. "Fiesta", dice ella. "Sí, Madre. Por supuesto. Era el almuerzo del Rey, para el alcalde, y...

"Bueno, sí, terminó tarde.

"Sí, madre. Ha llega... sí. ¿Ha llegado todo? ¿Tal como dijeron que llegaría?" Agita distraídamente una mariposa marrón y dorada de los vagos remolinos de vapor sobre la copa. "Bien", dice ella. "Ah, bien". Cerca del extremo de la cama, redecilla arrugada sobre esta, un tanque de vidrio descansa sobre un soporte de hierro forjado y, dentro, dos macetas de plástico blanco llenas de tierra, y nubes de plumosas frondosidad verde sobre esbeltos tallos "Tanto", dice ella. "Por eso... sí, Madre. Si. Lo intentaré. Yo *lo haré*, sí, lo haré. Adi... adiós, Madre. ¿Dina? Dina. ¿Está Nadia ahí? ¿Ella está, puede?, oh.

"Ya veo. ¿Podrías decirle a ella? ¿Le dirías lo mucho que la extraño?

"Dile lo mucho que os extraño a todos".

Deja el teléfono. Desenrolla la bufanda negra de su largo cabello negro. Se inclina sobre ese tanque de vidrio. Las orugas marrón y negro se encorvan y avanzan poco a poco, mordisquean vorazmente la temblante vegetación, pero allí y allá, se suspenden inmóviles, el par de patas trasero sellado a las ramitas por toques de espuma blanca, cabezas enroscadas en sedantes rizos protectores. "Oh", dice ella alcanzando el cuaderno. «22/3» escribe hábilmente en tinta azul-negra. «L. lorquini, L. lorquini, R. polinizar». Tapa el bolígrafo, deja la libreta, se sienta y toma la taza. Un suspiro y un sorbo de té.



# N° 4: Sólo las Fronteras Mienten

## las dos Formas en que esto podría ir

"Hay dos formas en que esto se reduce", dice ella. Yemas de los dedos desnudos agarran una empuñadura envuelta en monótono alambre, simple, recta, y encima de ella, gavilanes de limpias barras rectas, y sobre todo ello y su puño enguantado, una brillante red de trenzado de cable que se unen en gruesos nudos de redondo acero trabajado, todos juntos en cable que se inclina para terminar en el gran peso plateado de un pomo. "Eso es todo".

"No", dice él, "no, no lo es". Todo en negro, pantalones negros con perneras enrolladas hasta las espinillas, cuello vuelto negro, vacías manos rosadas extendidas a ambos lados, y su cabeza calva negando rosadamente, no. "No hay sino una única forma en que podríamos salir de este momento que tenemos libremente, cada uno de nosotros. Nuestro terrible, temido momento llegará a su fin solo cuando me ensartes con tu acero, y yo me derrumbe en el polvo. Pues si no haces esto", y una de esas manos se levanta, arriba, e incluso en esta tenue luz, destellos de luz brillante entre sus dedos doblados. "Dejaré escapar tu vida", dice él, blandiendo en un burlón arco un machete del aire.

El pie derecho de ella se desliza hacia atrás, la hoja de su espada se hunde mientras alza su mano libre entre ellos. "Eso no", dice ella, "nadie ha hecho nada todavía, que no se pueda deshacer".

"Oh, pero Cazador", dice él, deslizando un paso hacia ella, machete en ángulo hacia arriba y hacia atrás, por encima de su cabeza. "Uno de nosotros lo hará".

Otro paso atrás y ella se acomoda en su postura, espada arriba, en garde. El pecho de él se hincha con una rugiente respiración. Un

golpe contundente sacude toda la habitación, todo, los tambalea a ambos, los pone de rodillas, ondulante polvo, las lámparas se balancean en lo alto, y una explota en una lluvia de chispas, armarios archivadores se inclinan, golpean, se desploman, ruido de hojas de espada contra el suelo, humo ascendente, un grito.

# **"¿Duele?" / antes del Sol / su Gracia; Milady / Palmadas en la Espalda y Alegre estrechar de Manos / Los Candidatos**

"¿Duele?"

"¿Qué?", dice Jo, una forma oscura dando la espalda a las ventanas oscuras. Sobre el futón, un susurro, Ysabel sentándose erguida fantasmalmente, "¿Lo hace?", dice ella, y luego, "estás despierta". Y luego, "has estado fumando".

Jo se encoge de hombros. En el alféizar, junto a su mano, un cenicero de cristal, un revoltijo de ceniza, una única colilla sin filtro. Ysabel tantea en la oscuridad, levanta las mantas, se inclina para mirar el suelo y "Ahí a los pies", dice Jo. Ysabel se inclina hacia arriba, sobre manos y rodillas, extiende el brazo, se vuelve a sentar sobre las almohadas con algo satinadamente blanco en sus manos. "¿Qué hora es?", dice ella.

"Casi las cinco", dice Jo. "Luys estará aquí en cualquier momento". Camisa roja en las sombras casi tan negra como su falda escocesa.

"Por supuesto", dice Ysabel, amontonando eso en sus manos, poniéndoselo sobre la cabeza, una reluciente caída de camisa. "El Samani".

"Los caballeros van a caballar", dice Jo, e Ysabel suelta una risita, se recuesta, su cabeza contra la pared. "Mientras que las Reinas no pueden ser molestadas para dormir en sus propias camas", dice ella.

"Sabes que no me importa".

"Aún así", dice Ysabel. "Tampoco es como si debiéramos hacerlo, ¿ya?" Algo brilla bajo sus ojos, una mancha de oro.

"De todos modos", dice Jo poniéndose en pie, "iba a ir a ver si el café ya estaba listo..."

"Por supuesto que lo está", dice Ysabel recogiendo distraídamente la mancha, quitando una costra de encaje.

La mano de Jo en el pomo de la puerta de la habitación. "Cierto", dice ella. En la pared junto a la puerta, una espada que pende de una correa de cuero, la vaina de la misma, lisa y negra, la sencilla empuñadura envuelta en alambre, trenzada en una cesta de hebras de acero. Encima de ella del mismo clavo, una máscara de calavera pintada, dientes toscamente cincelados, melena negra que cae casi rozando el suelo. "¿Quieres una taza?"

"Negro Biblia", dice Ysabel, "y más dulce que el pecado", pero ella abre los ojos. "¿Jo?", dice ella, sentándose erguida, "¿tú...?" y apoyándose en esa palabra, sopesa lo que podría decir a continuación, pero Jo, con un movimiento de cabeza de restarle importancia, ya la está interrumpiendo, "Ya lo sabes", dice ella y abre la puerta.

El salón sin luz, luego la cocina, gris sombrío oscuro y azul. Hay un esbelto florero lleno de flores de maíz, y al lado una jarra de acero inoxidable, un par de tazas de viaje. Jo retira la tapa de la jarra para un olfateo, una sonrisa, "Siento haber dudado alguna vez de ti", murmura. Frunce el ceño. Inclina una oreja, mira de reojo la puerta del apartamento.

Al abrir la puerta, Jo salta hacia atrás con un grito cuando la mujer que yace al otro lado del umbral se da la vuelta, impermeable canela, torpes sandalias con suelas de cuña raspan el suelo en busca de agarre, cabello rubio colgando severamente liso, un susurro sordo, "¿Ysabel?" Una tos.

"¿Chrissie?", dice Jo. Manos sobre sus hombros, ayudándola a sentarse, a apoyarse contra la jamba. "Qué demonios. ¿Estás bien? ¿Chrissie?"

"Chrissie", dice Ysabel allí en la boca del pasillo sin luz.

"Ysabel", dice Chrissie, empujando y pisando fuerte para ponerse en pie, "no era mi intención despertarte", y "No puedes", dice Ysabel alzando la vista hacia Chrissie que se eleva sobre esos talones, y "Pensé que la habías enviado a casa", dice Jo mientras Chrissie se tambalea y cae sobre una rodilla, el chubasquero revolotea sobre un vestido de cóctel plateado, "Yo sólo quería", dice ella mientras Ysabel, brazos cruzados, da un paso atrás y Jo dice: "Dijiste que la habías enviado a casa".

"Chrissie", dice Ysabel. "No debes".

"¿Lleva ahí toda la noche?", dice Jo.

"Lo siento", dice Chrissie. "Pero es que no podía irme sin más".

"Jesús, Ysabel", dice Jo. "¿Le preguntaste?"

"¡Tienes que irte a casa, Chrissie", dice Ysabel, cuidadosamente, pero "¡No quiero!", grita Chrissie derrumbándose e Ysabel, brazos cruzados, alza la vista hacia Jo "¿Podrías?", dice ella.

"Podría qué, no. Ysabel, yo me voy. En, o sea, en cuanto Luys llegue aquí".

"Por supuesto", dice Ysabel, "él puede llevarte. Está de camino".

"Y un infierno lo está", dice Jo. "Tenemos que estar en el Parque del Bosque antes de que salga el sol. Ysabel, maldita sea, respóndeme. ¿Se lo *preguntaste*?" Algo toca un tono de llamada.

"Jugaré al juego, lo juro", dice Chrissie espesamente, mirando hacia arriba. Algo está sonado cada vez más fuerte. "Lo que sea que tenga que hacer".

"Jo", dice Ysabel.

Jo saca su teléfono del bolsillo de la camisa, toca la pantalla y se lo lleva a la oreja. "Por qué *infiernos* no puedes aprender a enviar mensajes de texto como una persona normal", dice bruscamente, luego guarda el teléfono. "Luys", dice ella. "Ya está aquí".

"Entonces está resuelto", dice Ysabel.

"Y un infierno lo está", dice Jo rodeando a Chrissie. "Llama a un taxi, llama a su hermana", pasa a Ysabel de largo, baja por el pasillo iluminado, "demonios, despierta a Iona, me da igual".

Las manos de Chrissie en las caderas de Ysabel, los dedos agarran la camisa de seda brillante, acercando a Ysabel. "Por favor", dice ella con la cara presionada contra el vientre de Ysabel. "Déjame quedarme. Sólo este día". Mira hacia arriba, hacia Ysabel, quien mira hacia abajo. "Te *amo*".

E Ysabel, negando con la cabeza, manos sobre las manos de Chrissie, las suelta, tira de ellas y las levanta, un paso atrás cuando Chrissie se levanta lentamente con las manos en ambos lados. "No", dice Ysabel acercándose, "no me amas", contra los labios de Chrissie.

"Mierda", dice Jo en el pasillo detrás de ellos, e Ysabel interrumpe el beso, la suelta. "Vale", dice Jo, "De acuerdo. Chrissie", espada colgada al hombro y en su otra mano la máscara, la melena de esta se mueve inquieta, gira y se enrosca en el suelo. "Vamos a llevarte a casa".



Nadie levanta la vista cuando él se va. En la pantalla del televisor, un hombre con cabello grasiento cose una herida sangrienta en su brazo.

En el exterior, oscuridad y casas bajas. Él se encorva bajo la capucha de su sucia sudadera, se dirige rápidamente hacia un lado de la calle, evitando los automóviles y camionetas estacionados en los márgenes de los descuidados patios. Las luces se encienden con un audible "clanc" cuando pasa junto a una casa, la verja de alambre altededor de ella tiene carteles que rezan: «Vayado y

Cuidado con el Perro», y sinuosas barras de hierro forjado blanco en las ventanas y la puerta de entrada. Él se agacha, avanza. Las luces se apagan.

Un paso elevado por delante, un cercano horizonte brillantemente iluminado, y autobuses roncando debajo. Un conductor se apoya contra uno, fumando lo último de su cigarrillo. Cruza ese otro paso elevado, más fino, más lúgubre. Desciende mirando hacia arriba, hacia una escultura al otro lado, lisos tallos azules, enroscados y rematados por abigarradas frondas de plástico sobre tumbados paneles solares. Cabeza hacia abajo, sube una escalera a lo largo del terraplén hacia las vías del tren de arriba.

La luz del día amenaza a la mitad del cielo aquí, más allá de las casas y los bajos árboles. Dos colinas se elevan, una allí, incandescente incluso ahora con la luz de las casas y las farolas, la otra en un agujero abierto en ese retoño de luz. Él se para, de espaldas a todo ello, para mirar por encima de una máquina de billetes que parpadea para sí misma, «Seleccione Pasajero», dice, «Seleccione pasajero». Él se encoge de hombros y pone rumbo hacia la pasarela a través de las vías hasta el andén vacío. «No fumar», dice una señal. «Zona de Tarifa Pagada, Se Requiere Comprobante de Pago».

El tren, cuando llega, solo tiene un par de vagones de longitud, chirria y gime hasta detenerse. Las puertas se abren con una voz grabada que dice: "Este es un tren de la Línea Verde al Centro de la Ciudad de Portland". Otra mirada a un lado y otro del andén. "En el área de asientos prioritarios, se requiere que deje la plaza libre a personas mayores y personas con discapacidad", y luego otra voz, "In the priority seating area...", y él sube al tren vacío, "you are required to move for seniors", más allá de la pareja, él se sienta justo al lado de las puertas, "and people with disabilities", y sube un par de escalones hasta el final del vagón, agarrando un poste para balancearse hasta un asiento, pero se detiene en seco, parpadea, mira atrás, hacia afuera. Entonces, Christian Beaumont, echando hacia atrás la capucha de su sucia sudadera, se agacha y recoge el zapato de ese asiento de plástico naranja, un zapato brillante con correa de monje color sangre de buey, un poco de barro seco pegado a la suela.

"Las puertas se están cerrando", dice la primera voz. "Salida del Tren. Por favor, espere".



Maleza trepando escarpadamente a ambos lados, el abrupto muro alto de la misma sombreado fríamente a la izquierda, iluminado a través de un desfiladero profundamente sombreado a la derecha junto al sol naciente, un túnel adelante, números blancos colocados en piedra musgosa arriba, «1940», vislumbra brevemente antes de acercarse sobre ellos, lámparas colgadas de la espina de la piedra y la verde luz del día al final de esta bostezada. "¿Te importa reducir un poco?", dice Jo.

"Llegamos tarde", dice Luys inclinando el coche en una curva.

"Si nos paran, aún llegaremos más tarde", dice Jo. "¡Mira, lo siento lo de los corredores, ¡corredores!" En la loma de grava junto a un bajo muro de piedra, una coleta botando, una chaqueta azul claro, largos calcetines blancos y ha desaparecido, otra curva, más cerrada, un modesto tramo de puente, otro túnel. "Si pudiera aconsejarle a su gracia", dice Luys, con la luz del sol destellando, "no se disculpe". Una mano en el volante, otra en la pulida perilla de madera de la palanca de cambios. Un poco de cuero atado a su muñeca. Jo dice: "Es culpa mía que lleguemos tarde. Por llevarla a casa".

"Hiciesteis lo que su majestad deseaba", dice Luys. El coche toca fondo, luego se eleva, un badén en la carretera, se inclina hacia otra curva. "No hay culpa en ello".

"Jesús, Luys, *despacio*", dice Jo. El motor gime, engulle, gruñe mientras él opera los pedales y el cambio de marchas. Ella se inclina hacia adelante agarrada al reposabrazos, el coche está desacelerando, un poco más. Se oye el Tock-tick-tock del intermitente. "Su gracia", dice Luys girando el volante, "no debería



disculpase".

La grava cruje cuando el automóvil se hunde hacia un pequeño aparcamiento lleno de gente, un par SUV azul oscuro, uno blanco, un jeep cuadrado sobre enormes llantas, la larga cola parda de un Coupé de Ville. Luys da un volantazo hacia una plaza libre al final junto a una solitaria motocicleta negra. Abre su puerta, mira a Jo, que no se ha desmayado. "¿Vamos?", dice. "¿Su gracia?"

"Mira, ahí está la cosa", dice ella. "Va a ser una mañana de su gracia. No tanto una de Milady".

Un par de letreros en un poste de madera, «Pista de Wildwood», de un lado a otro, «Audubon» allá. Jo lidera el camino por los abruptos escalones de troncos, camisa roja ondeando desabrochada sobre todo de negro, negra camiseta, falda, polainas, sus Chuck Taylor rojas aplastando barro por el camino, cigarrillo en la mano. Luys detrás de ella todo de marrón, agachando su cabeza oscura bajo ramas bajas. Abajo que van y más abajo, volviendo siguiendo el muro de esa profunda garganta, a todo ese verde. Muy por debajo, una risa de agua, el atisbo de un puente de madera.

Alguien está de pie en el puente, gruesas piernas al aire y una capa de piel alrededor de caderas y hombros, se apoya en un enorme garrote de la mitad de su altura. Jo frunce el ceño y deja caer el cigarrillo al suelo. "Estoy pensando que tal vez voy mal vestida", murmura, triturando la colilla.

"Su gracia está bien", dice Luys, y cuando ella sube al puente, él se agacha para recoger la colilla a medio fumar. El hombre en el puente levanta su rojiza cabeza calva, el amplio pecho envuelto en piel se hincha con una gran inhalación. "¡Sureste!", grita él. "¡El Cazador y el Masón!" La punta de garrote golpea las tablas del puente, una vez.

"Sí", dice Jo. "Perdón, llegamos, eh, tarde".

Luys cierra los ojos y los abre de nuevo. El hombre en el puente se hace a un lado, "Su gracia", dice él y, con un balanceo de su brazo, dice: "es meramente la última en llegar".

Al otro lado del puente, la pista sigue el fondo del desfiladero, recorriendo la orilla del arroyo. Más adelante, Jo, de rojo y negro, avanza sobre ruinas de roca y raíces, y Luys y el hombre con capa de piel la siguen. "¿Vas a tomar el oficio, entonces?", dice Luys. "Pero no como Porteador, seguramente".

"Gordon todavía está con nosotros", y una sacudida de esa cabeza rojiza, "e igual de terco y de egoísta". Dedicó una mirada de vuelta al puente. "Aunque el Soames pensó que era mejor tener a alguien defendiendo lo que él no lo defendería".

"¿Has jurado por el Soames?"

"Cuatro de nosotros", dice el hombre envuelto en pieles, "y tres por el Marqués. Y el Sabueso trajo a un tipo de comadreja, todo de azul".

"Un campo lleno de gente".

"¿Pero ninguno por el Halcón?"

Bota sobre una loma en el camino, Luys apoya un codo sobre la rodilla, "Su gracia", dice, "pensó que era mejor esperar". Jo sigue adelante, pelo rojo lamido por el sol.

"¿Cómo es ella...", dice el hombre envuelto en pieles, "como, bueno", pero desde lejos, un rumor de asombro, aplausos, un ruido metálico lejano. "Han comenzado sin nosotros", dice Luys.

"No me han hecho caso", dice el hombre envuelto en pieles, "Tengo que avisarles", la sandalia resbala en el barro cuando avanza para subir la loma, pero ahí está la mano del Masón, en la parte baja y una sonrisa tensa se posa en la boca del Masón mientras le empuja hacia arriba, "Estoy deseando", dice, "llamarte hermano".

El hombre envuelto en pieles asiente y sale corriendo con el garrote en ambas manos, "¡Gallowglas en el campo!", brama. "¡Gallowglas!" Jo se hace a un lado cuando el pasa de largo. "¡El Gallowglas se acerca!"

El sendero ondula alrededor de un contrafuerte de la pared del desfiladero, girándose hacia el sol naciente, alejándose del arroyo en una subida. Más adelante, las ruinas de una vieja casa de piedra, gruesos muros suavizados por vívido musgo verde y rematados por agudoa aguilonas a ambos lados, tejas y vigas de tejas largo tiempo desaparecidas y, con ellas, puertas y marcos, ventanas y vidrieras. Se ha atornillado una nueva barandilla de metal a lo largo del borde de lo que antaño fue un segundo piso, y abrazada contra ella, astas de banderas con estandartes brillantemente flácidos: azul, verde, rojo, blanco, son sus emblemas, vislumbrados en pliegues sin listas, un sabueso, una liebre, un severo halcón negro, un yelmo vacío. Más alto y más grande de todos, un estandarte amarillo, una brillante abeja, gruesas rayas y alas delgadas. Una multitud, en su mayoría hombres, se amontonan en la barandilla, abrigos y suéteres, chubasqueros, verdes opacos, azules oscuros, grises y negros y marrones. Debajo de ellos, donde la pista se detiene ante la ruina, el hombre envuelto en pieles está inclinado, mano en la rodilla para recuperar el aliento, y un puñado de figuras esperan, armas en mano, observando a Jo subir y al Masón pisándole los talones. "¡Cazador!" Suena un grito desde la barandilla, el cabello rosado se menea, un peinado de un amarillo brillante: Lymond, el Rey. "¡Has traído el sol!"

"Sí, ya sabes", grita ella. "Así que, esto es lo del Samani".

"Lo será, una vez que llegues aquí, y salgas del campo a salvo".

"Oh", dice Jo, "cierto. Eso". Ella se dirige a los tambaleantes escalones del lateral de la ruina, pero una de esas figuras armadas, una espadachina con pantalones negros, gira haciendo sonar sus pies descalzos y lanzando golpes de estoque en ambas manos, las cuentas resuenan en su cabello, salta hacia un hombre con larga túnica blanca, su cimitarra traza un amplio arco para golpear a un lado la primera hoja de la mujer, pero no la segunda,"¡Espera!", grita alguien, grita el Rey, y "¡Zeina!", grita otra persona, y esa segunda estocada se detiene, se aparta a un lado. La mano de Jo está en la esquina de piedra llena de musgo, un pie en el primer y desgastado escalón. El hombre de la túnica blanca retrocede y baja la espada. La espadachina se ríe. "Auh", grita. "¡Solo quería ver qué

pasaría!"

Suben los escalones, el Gallowglas y el Masón, suben y cruzan un impasible arco en el segundo piso, abierto entre esos frontones, ajada piedra gris con musgo y líquen, garabateada con brillante grafiti de neón. La muchedumbre pulula por ahí, palmadas en la espalda y alegre estrechamiento de manos, vítores y risas mientras, con gruñidos y gritos, el estruendo se retoma abajo. Jo mira a su alrededor de brazos cruzados, Luys detrás de ella, asintiendo, saludando a alguien, a un chico con una chaqueta bomber marrón, cabello castaño desaliñado en un copete mate. "¡Jefa!", grita con los brazos abiertos. "Estos estaban empezando a preocuparse".

"Que se preocupen", dice Jo aún mirando a su alrededor.

"¿Qué tal se ve el estandarte?", dice el chico. "Creo que el viejo ratonero necesita una jodida costura, si me preguntas".

"¿Le encontraste?", dice Jo.

"¿Le encontré? Joder si lo encontré".

"No tan alto, Pandulce", dice Luys.

"Joder, no me enviarías si no creyeras que podría hacerlo", murmura.

"Él no está aquí", dice Jo. "¿Qué te dijo?"

"Lo que dijo fue que ya te lo dijo. No. Dijo *joder* no. Ese *joder* lo dijo él. No yo.

"Su gracia", dice Luys. Llegando desde la multitud de amarillo y rosa, el Rey, gran sonrisa y un vaso de plástico rojo en cada mano. "¡Estábamos empezando a preocuparnos!", dice ofreciéndole uno.

"Sí, bueno", dice ella, y toma un sorbo. "Está cargado", dice parpadeando.

"No vamos a no divertirnos", dice el Rey. "¿Prefieres una

mimosa?"

"Acabemos con esto", dice Jo. Y luego, "Majestad".

"Lo hacéis sonar tanto a una obligación, Duquesa". Le da una palmada en el hombro. "¡Pero, ven conmigo!" La guía hacia el centro de la muchedumbre, "Gente que conocer, carne que presionar. Comenzaremos con los Barones del Lago".

"¿Quién y qué?"

"Alfons", dice el Rey señalando, "Alans, y, ah, Medardus, y, bueno. Buenos días, Euric". Un gruñido desde la garganta de un hombre con cara pétrea, hombros caídos en un pálido abrigo verde, entregando un blanco sobrecito cuadrado al Rey. Jo asiente una vez con esa cara impasible mientras él la conduce a través de la multitud. "Lo que tienes que recordar", murmura el rey, "si alguna vez hablas con Alans", mientras abre el sobre, "es que se llama a sí mismo un Conde". Espía en su interior. "Nos molesta a todos sin fin, pero que se le va a hacer. ¿Mechero?"

"¿Qué?" dice Jo levantando su vaso para dar un sorbo.

"Tu encendedor. ¿O una cerilla? ¿Todavía fumas?"

Ella abre un encendedor plateado, lo enciende y él toca el pequeño sobre cuadrado con la llama, dejándolo caer cuando se enciende. Moliendo las retorcidas cenizas bajo los pies. "Pero en serio", dice el Rey, "a menos que estés hablando con Alans. Con Barón sobra".

"Barones del Lago", dice Jo.

"Bueno", dice el Rey. "De algo al Oeste de las colinas. Beaverton y esas cosas".

"¿Tienen su propia corte?"

"¿Qué? No no no no. ¡Medardus! ¿Conoces a nuestro Cazador?"

"No he tenido el placer", dice un hombre mayor, bastante alto, con la cabeza inclinada como atrapado debajo de un bajo techo.

"Buenos días, su, ah, gracia", dice Jo.

"Oh, querida, no", dice ese hombre alto con una alegre magnanimidad, girando hacia un lado, cerniéndose sobre la mujer a su lado, vistiendo una chaqueta de béisbol de raso azul muy parecida a la suya. "Somos demasiado humildes para su gracia", dice mientras ella arranca una hoja de un bloc de notas y se la da, y girando hacia atrás, se la entrega al Rey. "Hermosa mañana para esto", dice él.

"Lo intentamos", dice el Rey, quien ya se aleja. Jo, se apresura tras él, se choca con alguien, grueso, redondeando suavemente una chaqueta azul marino, y en sus sienes hexagramas tatuados, borrosos por la barba plateada de su cabello. "Duque", dice él asintiendo.

"¡Wu Song!", dice ella, y luego, cuando él levanta una mano vacía, "no lo hagas", dice ella, pero los labios bajo sus bigotes se frucen y su mano libre salta para tomar la suya y estrecharla. "Es bueno verte", dice ella, y luego, mirando hacia el rey, "¿Seguimos?", dice ella.

"Por supuesto", dice él.

A través de la multitud, esa mancha amarilla se inclina sobre la hoja arrancada del bloc de notas. "Bueno", dice Jo. "¿Mechero?"

"No", dice el Rey doblándolo por la mitad y por la mitad otra vez, "este es bueno. Por ahora".

"Ese no está jugando, ¿verdad? Wu Song ", dice Jo. "Sea lo que sea".

"Ya te lo dije", dice el Rey acercándose. "Barones del Lago. Al Oeste de las colinas". Un cortés aplauso se agita sobre ellos en algún momento en el sonoro choque de espadas abajo. "¿Estás segura?", dice el Rey, "¿De que no tienes a nadie a quien proponer hoy por el

Sudeste?" La multitud, los rodea a ambos, él se acerca más a la barandilla. "Jo", dice.

Ella mira a esos ojos saltones, uno marrón y otro azul. "No tengo a nadie", dice ella. "Su majestad".

"Está bien", dice. "De acuerdo. Vamos".

La multitud se separa, retrocediendo a un lado mientras ellos se dirigen a la barandilla. Jo se para a la izquierda del rey, junto al Marqués con un largo vestido gris, su mano descascarada en un guantelete de acero pulido. A la derecha del Rey está el Vizconde con un traje a rayas azules y blancas, y el Soames con chaqueta tweedy verde, una gorra amarilla de malla en la cabeza. El Rey alza una mano y la quietud se asienta, unos últimos "clancs" y "clonks" mientras la jarana debajo se detiene. Los combatientes bajan los brazos y las armas, levantan los hombros, pies juntos, favoreciendo tal vez una pierna, aquí o allá, un respingo, pero "¡Hop!" Y un puñetazo de acero atraviesa la piel, la espadachina en pantalones negros se agacha, un estoque atrás, un contrapeso, el otro atravesado por la mitad de su longitud en el vientre, del hombre calvo envuelto en pieles. Recopilando sus musculosos y tensos tensores, la espadachina libera su espada, "¡La!", grita ella, y Jo también.

"Suficiente", dice el Rey mirando a Jo a su lado. Ojos cerrados. Manos en puños. Su respiración superficial, rápida. "Suficiente", dice el Rey de nuevo, mano apoyada suavemente sobre la de ella, retraída por su estremecimiento. "Has hecho lo que esperábamos, es decir, lo has hecho bien. ¡Os presentamos a todos, ante las pruebas, los juegos y los juramentos! ¡El Soames! Dinos, ¿a quién presentará el Norte hoy?"

"¡Majestad!", dice el Soames inclinándose sobre la barandilla, ajustando su gorra y su sonrisa. "¡Y a la multitud de gentiles aquí reunida hoy! Para unir a el Estibador y a el Gerifalte a nuestro servicio, y velar por el reparto que nos corresponde, hemos sacado muchas cosas para proponerles, estos cuatro: ¡El Kamali!" El hombre con túnica blanca, cimitarra aún en sus guantes enjoyados, hace una reverencia. "¡El Luthier!" Una reverencia de un hombre

con una chaqueta de cuero negro, una gruesa cadena enredada en sus puños. "¡El Mesana!" Un hombre con un largo abrigo de cuero, un largo bastón en sus manos. "¡Y Indigente!" El hombre calvo, todo de pieles, apoyado en su garrote, con una mano apretada en el agujero en su vientre, riéndose mientras saluda cortésmente.

"¡Vizconde!", dice el Rey. "¿Quién del Suroeste?"

"Sólo uno, majestad", dice Agravante con un movimiento de su brazo a rayas. "¡El Serpiente!" Un hombre joven, todo de mezcilla azul, levanta el garabato brillante de una espada, otro aplauso.

"¡Por el Noroeste!", dice el Rey, y nuevamente, esa quietud. "No tenemos a nadie para presentar hoy. ¿Duquesa? Mira a Jo a su lado. "¿Quién del Sudeste?"

"Nadie, su majestad", dice ella. Y luego, en un aprieto de esa quietud, "Mis hombres", agrega, "mis caballeros son una compañía tan buena como cualquiera podría pedir". Bebe lo que queda en su taza.

El Rey asiente, mirando más allá de ella. "Marqués", dice. "¿A quién habrían presentado las Marchas del Noreste?"

"Tres candidatos, su majestad", dice ella. "¡Una Daga!" Un hombre con un traje gris perlado, un cuchillo de hoja larga en su mano azul y negra. "¡Una Jabalina!" Una mujer con una falda de gavillas de bronce y un carcaj que traquetea con lanzas de hoja corta. "¡Y un Mooncalfe!". El espadachín abre los brazos, con las espadas en alto, cruzadas sobre su cara hacia arriba, y Jo se aleja de la barandilla, abre la boca, como para decir algo, o gritar, o...

"¡Muy bien!", grita el Rey agarrándola del brazo. "¡Un día de estandartes", dice, "ocho nuevos caballeros!" Levanta la mano del Vizconde, y la de Jo, en la suya, y el Vizconde levanta la de el Soames, y el Marqués levanta el guantelete de sus dos manos mientras brotan vítores y aplausos. Los candidatos a continuación se arrodillan, agachan la cabeza. "¡Ahora!", dice el Rey. "Creo que", fuerte y claro, "antes de los juramentos, nos han prometido pruebas y juegos". Silbidos y vítores, botellas y tazas en alto, pero vacilando



hacia la parte posterior, tartamudeando, aplaudiendo, cayendo como con susurros, los roces arrastran a la multitud, en su mayoría hombres, a partes a un lado u otro. Alguien grita, de nuevo, "¡Su majestad!" Allí, debajo del arco impasible en la pared a dos aguas, un hombre alto, rosado, calvo y sin sombrero, y sin abrigo sobre su cuello de vuelto negro. "Una palabra, si pudiera", se desliza de lado a lado, "antes de que comencéis".

"Diablo", dice el Rey todavía sonriendo. "¿Cómo le va a nuestra madre?"

"Sin palabras de ella, Majestad", dice el Diablo. "Nuestra casa es libre, la palabra que traigo es mía".

"¿Pero es lo suficientemente pesada para que no pueda esperar?" El Rey extiende sus manos. "Por supuesto, entonces. Adelante. Descargaos vos mismo".

"Hay una ausencia, señor", dice el Diablo, "su presencia se siente profundamente". Manos cruzadas tras la espalda, se acerca un poco por el pasillo ad hoc, divide los susurros y murmullos que se agitan a ambos lados. "Y una vez más, los requisitos de mi oficio apelan, para pronunciar esas palabras que se inquietan en todos nuestros labios: ¿dónde está nuestra Reina?" Su cabeza rosa se ladea a un lado, su sonrisa se ensancha. "Su hermana, señor. ¿Está molesta?"

El Rey se aleja de la barandilla hacia ese pasillo ad hoc. "Está bien", dice. "Puedo adivinar cuál debería ser mi próxima frase, Chazz, pero estás operando en un guión que no he leído. ¿Después de este? Podría necesitar indicaciones". Él cruza los brazos. "Porque, no", dice, superficialmente. "Ella no está aquello que quieres decir".

La sonrisa de el Diablo se ha cuajado. "Quiere detenerle, señor", dice. "Dejar la rampa intacta. Hacer que los extraños dibujos del viejo Tom se queden donde cualquiera pueda verlos, y frustrar la excavación de cualquier nuevo cimiento por todo Lovejoy". Abre sus manos, ambas enguantadas en cuero negro. Se pone a tirar de uno para quitárselo. "Su hermana, señor, nuestra Reina, vino la semana pasada a ver a vuestra madre y a la de ella, y estaba muy molesta por sus planes de ceder la Rampa. Para que se detuviera,

señor, y yo”. Él levanta el guante que se ha quitado. "Estoy con ella", dice, y lo deja caer, y se oye el golpe del cuero contra la piedra cuando cae en el pasillo entre ellos. "Esperaré vuestra respuesta, majestad", dice el Diablo, y nadie lo detiene cuando se da vuelta para irse.

## **Una Lona negra, arrastrada / Tres de cinco / Con Ella en la habitación / no la del Rey ni la de la Corte**

Una inerte lona negra es arrastrada por la alfombra. Polvo se arremolina en la tímida luz. Pantalones, retirados, un par de camisas, una funda de cuero negro de un antebrazo de largo con brillo plateado, el mango envuelto en alambre de un largo cuchillo recto. Reverentemente dejado a un lado. Los pantalones, levantados de nuevo, olidos. Un juicioso entornar de ojos. Se los pone. Las puertas con persianas de un armario medio abierto y un espejo cuelga en el interior, su cristal lleno de pegatinas negras y grises y rojas, pero principalmente negras, y letras blancas, plateadas y negras en forma de rayos, como cuchillas, como la impresión de las Biblias antiguas, «Maldición Blanca», «Filarmónica Hiboria», «Rey-en-Hielo», «Cuatro Veinte», «Thule de Hierro». Doblándose, agachándose, él encuentra suficiente de un reflejo libre para alisarse el cabello, cepillarse la parte delantera de su camiseta negra.

Todo de negro y marrón, él se levanta en ese incómodo rellano de la esquina, detrás de una pesada barandilla. La baja luz matinal se vierte a través de las ventanas sobre el lavabo, la corriente de agua, una silueta allí, el EXO, asintiendo, cerrando el grifo. Volviendo por ese camino se oye un prolongado gemido de ardor, interrumpido por un golpe carnoso. El EXO se está secando las manos en su vieja camiseta blanca. La parte delantera salpicada aquí y allá con gotas rojas. "No es mía", dice, su sonrisa sesgada por esa cicatriz blanca a lo largo de su mejilla. Una voz quejumbrosa se eleva desde ese camino, a través de la puerta entreabierta, lo suficientemente fuerte como para conducir a su objetivo un par de palabras, "¡La tierra verde de Dios!"

"¿Necesitas ayuda?", dice Moody bajando la corta escalera, con precaución en la rampa.

El EXO se encoge de hombros. "Papá lo tiene bajo control", dice.

"¿Nos pagó?", llega desde allá atrás. "¡Nos pagó!" EXO dice, "Yo iba a preparar el desayuno, cambiarme la camisa. Tú duermes un poco".

Moody está negando con la cabeza. "Estoy bien", dice. Retira la manga y ve un número de un reloj, esa voz, "Qué bien hará a cualquiera de nosotros", otra bofetada, otro gemido. "Hay una cosa hoy, a la hora del almuerzo", dice el EXO. "Papá dijo que tal vez deberías acompañarlo".

"Acompañarlo", dice Moody.

"¡Ciudad Rasgada!", aúlla esa voz desde afuera.



"¿Alguien?", dice el Rey, sentado en el asiento del pasajero, mirando por el espejo retrovisor a los demás sentados detrás, el Vizconde y el Soames en sillas de capitán, el Marqués en el banco trasero, y a su lado, en la esquina más alejada, Jo. El Vizconde está inclinado hacia adelante, codos sobre las rodillas y sus rizos de oro blanco colgando. "Creo que", dice, "sería mejor que nos sirvan, quizás", alza la vista, "viendo esto en un contexto más amplio".

"Contexto", dice el Rey. Fuera, un motor gira, zumba y retumba amortiguado por gruesas puertas y cristales tintados. Un elegante sedán retrocede lentamente desde la plaza al lado de ellos.

"Considerad, majestad", dice el Vizconde. "Este es el primer reconocimiento de su reinado, un Samani que ve a la corte extendida en un grado admirable y, sin embargo: lamentablemente nos faltan candidatos de cada quinto. También". Levanta dos dedos, un segundo argumento. "Justo esta semana pasada, vuestra hermana tuvo que convertir una segunda porción, para reemplazar lo que había sido robado por un ladrón que todavía no había sido atrapado. ¿Y ahora? Un tercer dedo. "Bajo la tensión de tal esfuerzo, nuestra Reina ha sido extraviada por elementos, sin la corte para provocar tal muestra de desafío, como hemos visto". Esos tres dedos

se levantan un momento más y luego se doblan. En el espejo de arriba, esos ojos, uno marrón y otro azul, miran desde el Vizconde a Jo, en la parte de atrás, con la cabeza contra la ventana. "Hablarías de debilidad dentro de nuestras filas", dice el Rey.

El Soames se mueve inquieto en su asiento, se lame los dientes. El Marqués con un rasguño de metal pone una mano sobre la otra. "En este contexto, señor", dice el Vizconde, con un asentimiento de cabeza, "es inevitable".

El rey mira por encima del hombro a los ojos del Vizconde. "Tú habrías hecho las cosas de manera diferente", dice.

"¿Sire?" dice el Vizconde.

"Negociaste la dote con la Corte de Motores, ¿no es así? ¿Que luego nosotros pagamos de una vez, la mayor parte de la recogida cayó"

"Eso no es", dice el Vizconde, "majestad, lo que quiero decir..."

"Es la raíz de nuestra inseguridad, ¿no es así? ¿No es el espectro de nuestros cofres vacíos lo que ha llevado a los Barones a presionarte para que me presiones a mí con sus argumentos, con tanta fuerza?"

"Señor, nunca quise decir..."

"Es también, no tengo duda, una fuente de esfuerzo. Eso ha llevado a las extensiones de esta corte, que ha elogiado tan ricamente: el Marqués, el Soames", un guiño a cada uno, "para discutir quién podría supervisar mejor, ¿el qué? ¿Una zapatería?"

Una tos, la de el Soames. "Si se trata de una casa libre que el Portador mantendría", dice él, pero el Marqués, inclinándose hacia adelante, dice: "Eso no es una invitación, excelencia".

"Vosotros dos. Vosotros tres. Todos vosotros ", dice el Rey.

"Majestad, si pudiera", dice el Vizconde.

"Ya has podido suficiente, por ahora", dice el Rey. "¿La próxima vez? Intenta", y con un golpe de sus dedos, "no girar tus bigotes tan teatralmente. ¿Nadie más? ¿Nadie? ¿No?" Está mirando por encima del hombro de nuevo, a todos ellos, y ninguno de ellos devuelve la mirada. "Seguimos. Esto no es un revés; Tendremos todo lo que queramos. Mi hermana, nuestra Reina, la conocemos, ¿debería yo confiar más en un estandarte regresado tan pronto de la muerte?"

"¿Qué hay", dice el Soames, "del insulto? ¿El insulto del Diablo?"

Él sonrío, el Rey, para iluminar su rostro. "Oh", dice. "Será respondido".

Y allí, en la parte posterior, con la cabeza apoyada contra el cristal, Jo cierra los ojos.



Las puertas de ese blanco SUV abierto, delantero y trasero, hacia abajo al final del lote, y Luys se para desde apoyarse en el guardabarros de un coche pardo. Están saliendo, los compañeros, el Soames, con sus chaquetas tweed, se dirigen al largo Coupe de Ville de color marrón claro, el Vizconde con sus rayas azules y blancas sube a la parte posterior de otro SUV, más pequeño, azul medianoche, y avanzando hacia Luys, pasando de largo, la Marquesa en su vestido gris, recogiendo sus faldas para subir a la motocicleta de allí, y colocando un acero liso casco en su cabeza. Luys todavía mira el SUV blanco con las puertas abiertas. Un destello rojo, ahí está Jo, bajando, alejándose de espaldas, girándose. Luys levanta la cabeza, alza una mano, no del todo un saludo, ella está mirando hacia abajo, a los pies, de brazos cruzados. Ese gran blanco SUV asoma la cabeza del Rey, rosa anaranjada, emergiendo del techo. Él le dice algo y ella asiente sin mirar atrás.

"¿No vais a ir a casa?", dice Luys cuando agarra el mango de la puerta del pasajero. Ella niega con la cabeza. En su otra mano

sostiene un solitario guante de cuero negro. "Por el río", dice ella abriendo la puerta. "Casa del Payaso".

"Por supuesto, Milady", dice Luys sentándose al volante.



Él recoge la estera de silicona y pasa las cebollas picadas a la sartén espumeada de mantequilla, las remueve con una cuchara de madera. Un par de huevos esperan en un tazón plateado. Vierte una gota de mitad y mitad, y un siseo crepitante se une al chisporroteo hasta que él inclina el tazón sobre la sartén, el huevo y la crema se vierten suavemente para sofocarlo todo con un suspiro de satisfacción. Agita y mueve la sartén para redondear.

"El yogur hubiera bastando", dice Pirocles tras él.

"¿Qué, te creías que esto era para ti?" Becker muele pimienta en la sartén, espolvorea una pizca de sal. "Quiero decir", dice, "*podría* hacer otro si *quieres* este", mientras el brazo de Pirocles se desliza sobre su cintura. "Yogurt", dice, "será..."

"Espera", dice Becker, y una sacudida y meneo de la sartén, "¡Hop!" La tortilla se desploma tras una sacudida de la sartén, plegándose, se agita, un círculo dorado ondea con cebolla crujiente, él acalla la llama. "¡Ja!" exclama Becker.

"Por fin", dice Pirocles, y un beso en la mejilla de Becker. Las cuentas de peltre que cuelgan de las puntas de bigote rozan el hombro de Becker. "¿Por fin?", dice Becker. "Le haré saber que llevo seis de diez, buen señor, y", otra sacudida de la sartén, resolviendo todo, "los últimos *cuatro* son seguidos".

"Tiene una pinta deliciosa".

"Sólo dilo, iré al siete onces". Otro beso, para su boca. Becker levanta la sartén sobre un plato y corta la tortilla en un semicírculo

perfecto. "Muy bien", dice Pirocles, pero llaman fuerte a la puerta.

Pirocles, con un suspiro, se aparta, sin camisa y descalzo, holgados pantalones blancos, va hacia la puerta del loft, un poderío de vigas y tablones y una palanca que él tira hacia atrás con un chirrido que se interrumpe con un golpe sordo. Revelado allí en el rellano, traje a rayas azules y blancas, el Vizconde Agravante, sonriendo. Pirocles baja la cabeza, hace una reverencia. "Bueno, demonios", murmura Becker apagando la llama.

"El Yunque", dice Agravante al entrar. "Hermoso espacio", dice. Da un pisotón al suelo pintado de blanco, un ruido sordo. "Y sólido", dice mirando a Becker en el rincón de la cocina, quien se limpia las manos con una toalla, bóxers grises y una camiseta blanca tensada por la panza. "Apuesto a que no se puede oír nada aquí arriba cuando él comienza a bajar a golpes hacia el garaje".

"¿Cómo fue el colée, Milord?", dice Pirocles aún junto a la puerta.

"Lo sabrías si hubieras ido", dice Agravante. "No fue, de hecho. Fue interrumpido por un desafío a nuestro Rey. Los candidatos harán sus juramentos otro día, supongo. Junto con lo que fuese que se pretendía para aplacar a nuestros amigos de las colinas". Una mano levantada de un bolsillo, un encogimiento de hombros unilateral. "Son más asustadizos que antes. Una mañana entera peor que desperdiciada. Y todo antes de una segunda taza de café".

"¿Un desafío, señor?", dice Pirocles impasible.

"El Diablo, de entre todos los haberes", dice Agravante. "Por algo sobre la Reina y la propiedad. No te preocupes: el Cazador va tras su rastro".

"Su rastro", dice Becker aún junto a la cocina, y luego, "¿El Cazador? ¿Jo?" Pero Pirocles todavía está mirando a Agravante, quien todavía sonrío y dice: "En cuanto a mi propósito, aquí y ahora".

"¿Señor?", dice Pirocles.



"Tu señor necesita tu ... presencia", dice Agravante. "Este mismo día, una hora después del mediodía. Se enviará un automóvil". Una mano da palmada en el hombro de Pirocles. "Vístete, eso dejará buena impresión", dice Agravante y se marcha.

"Bueno", dice Becker mientras Pirocles inclina la palanca, cerrando ruidosamente la gran puerta. "Eso ha sido, no sé. Podría haber llamado por teléfono". Pirocles se aleja por el desván, a través de toda esa luz que cae en cascada desde el triforio. "Ella...", dice Becker, "¿Jo va a pelear de verdad?" Pirocles retira una cortina blanca para revelar un perchero con sobretodos, camisas de vestir blancas, un par de trajes en diferentes tonos azules. "Quiero decir", dice Becker, "un desafío, ¿es eso, para el Rey, eso, eso suena serio?"

"¿Dónde he puesto mis pantalones blancos?", dice Pirocles.

Becker mira hacia abajo, a la tortilla que se enfría en el plato. "Y la cena", dice. "¿Crees que volverás para la cena?"



"Continúa", dice Jo abriendo la puerta del automóvil.

"Milady", dice Luys con las manos en el volante.

"No", dice ella. "Simplemente, no empieces". Ella saca pie a la acera, alza la vista hacia la casa frente a la que han aparcado, hacia el pelado revestimiento rosado, el borde rojo de barro. La maraña de bicicletas encadenadas todas juntas a lo largo del borde del patio. "Pon el coche en marcha. Yo salgo, tú te vas en coche".

"Milady, no puedo dejaros".

"¿Qué vas a hacer? Si él está aquí". El rasgar del velcro cuando se afloja uno de sus mitones de ciclista, flexiona los dedos. "¿Hablar con él? ¿Sobre qué?" Lo cierra de nuevo.

"La lengua del Diablo está forjada de plata y su aliento teje las redes de los abogados", dice Luys. "Hablar no es lo que tenía en mente".

"Y una mierda te voy a dejar entrar con él y conmigo en esa habitación".

"Jo", dice él cerrando los ojos. "Milady", dice comenzando de nuevo. "Yo podría entrar primero, a solas, para ver si él está dentro". Ella se inclina por el hueco hacia el asiento de Luys, apoyada en el suyo, mano sobre el hombro de él. "Para ahorrarnos tiempo y", dice él, pero ella le besa, suavemente, "problemas", dice Luys. "Pero qué pasa si él no está aquí". La voz de Luys es ronca.

"Entonces averiguaré dónde está", murmura Jo, "e iré allí".

"Pero yo debo llevaros", dice. "Soy vuestra mano derecha. Yo hago lo que vos necesitáis hacer".

Ella le besa otra vez. "Eres la mano derecha del Duque", dice ella impulsándose hacia atrás, "pero esto", sale del coche, "esto es cosa de el Cazador. Y todo esto es cosa mía. Así que, vete, sal de aquí", dice ella con una mano en la puerta del coche. "Te llamaré si te necesito". Pero luego se inclina y mira por la puerta abierta. "En realidad, abre el maletero primero", dice ella. "Quiero recoger algo".

La puerta de entrada es abierta por un inmenso monstruo peludo en una ajada sotana de arpillera, grandes ojos vidriosos y amarillos bajo un solo seto negro de cejas, afilada nariz ondulada, boca roja de labios gruesos con dos puñales blancos como dientes que sobresalen de la parte inferior labio. "¡Jesús!", chilla Jo.

"Me habéis confundido con otro", retumba el monstruo, ese labio inferior asciende, baja y sube de nuevo.

"Sí, vale", dice Jo, "buen disfraz", mientras el monstruo retrocede, la mano derecha se agita en un torpe arco de bienvenida. "En realidad, poco más que una marioneta", dice, no tan grave y amortiguado, el labio ya no se mueve. "La transferencia sigue siendo complicada", dice, "entre la boca y el brazo", mientras esas

grandes patas peludas abren esos labios. Dentro, borrosa por una pantalla de malla negra, una sonrisa irónica. "¿Pero de qué otra forma voy a llegar al Salón Carnegie? Huua". Camina al interior mientras Jo entra, él presiona su rostro contra la malla para mirar más de cerca. "Máscara asesina".

"Sí", dice Jo con la máscara de calavera en la mano y la gruesa melena negra rozando el suelo. "¿Están dentro?"

Más allá del mayordomo del pasillo, viejo espejo manchado y sucio, cuelgan abrigos ligeros y un impermeable, a través de la amplia puerta, la habitación oscura y de techos altos más allá. En las sombras a lo largo de la imagen, moldeando líneas desiguales de rostros, cabezas de maniquí de plástico, pelucas de espuma de poliestireno, cada una de ellas pintada, expresiones de asombro y deleite, alegría, y aquí y allá un resplandor o triste pesar, caligrafía en negro, rojo y azul. y amarillo, formas redondas de ojos y bocas y narices y mejillas, arlequines con diamantes y lágrimas, y en ninguna parte dos iguales. Una mesa de comedor empujada contra una pared, y en el espacio abierto se ha dejado construir un artilugio encima de unos periódicos, engranajes, cadenas y ruedas de bicicleta, y un par de cuadros soldados entre sí, apoyados contra un caballete de sierra. Un hombrecillo redondo se arrodilla ante este, pantalones cargo cortos y suéter desgastado, haciendo girar un trinquete de un lado a otro, haciendo "clic", "clic". En el otro extremo de la habitación, un sofá rosa parduzco acercado al lado de la chimenea fría y muerta, y cabezas blancas en cada extremo. "¿Hola?", dice Jo. "¿Madam? ¿Podría hablar con usted? ¿Madam?"

Ninguna cabeza se mueve. El hombrecito todavía está tirando, haciendo "clic".

"¿Es, soy Jo? ¿Madam?"

Un traqueteo mientras el hombrecillo deja a un lado el trinquete, gira la mariposa atornillada al marco. La contempla. Un resbaladizo deslizamiento de melena en el periódico mientras Jo arrastra la máscara hasta su pecho, respira hondo antes del ponérsela en la cabeza. "Jo Gallowglas", dice ella. "El Cazador", la ajusta sobre el rostro, y la melena tiembla, se levanta. "Duquesa del Sureste", dice

ella. El hombrecillo que está a sus pies levanta la vista y retrocede. Las sombras revolotean sobre el piso, las paredes, el techo, ramas desnudas sacudidas por una tormenta silenciosa. "Para tratar asuntos del Rey", dice ella.

En el otro extremo de la habitación, esas dos cabezas blancas se giran para mirarla por encima del respaldo del sofá, una de ellas con largo cabello blanco suelto, sin atar, y la otra con largo cabello blanco recogido en un brillo de despiadadas trenzas. "Tienes nuestra atención".

"La máscara es demasiado".

"Manda, no demandes".

"Lo siento", dice Jo quitándose la máscara de la cabeza, y las sombras huyen cuando la melena se desploma. El hombrecillo a sus pies levanta un brazo entre los hilos que caen. "No sé", dice Jo acercándose al sofá, "no conozco el protocolo, quiero decir, me arrodillo o ..."

"Como quieras, niña".

"Es peligroso, dar aires a las viejas".

La máscara en sus manos ante ella. "Lo siento", dice ella, "es sólo que ..."

"No te disculpes, niña".

"No he", dice Jo, "yo solo..."

"Nunca te quejes", dice una, y "Nunca expliques", la otra.

"De acuerdo", dice Jo. "Excepto que. Quiero decir..." Mirando de una a la otra, a esos enredos salvajes, esas tensas trenzas. "Me habéis nombrado. Me habéis dado este, ah", la máscara oscila en sus manos. "Oficio".

"Yo no te di eso".

"Eso, te lo llevaste tú misma".

"Me disteis el, me nombrasteis. El Cazador. Y me encargué de vuestros asuntos. Y ahora, por el Rey. Me refiero a su... lo siento, eso no ha sonado, no suena..."

"Habla claro, niña. Como lo harías con cualquiera".

"¿A quién cazas?"

Jo traga. "A Chazz", dice ella. La melena se ondula. "El Diablo. ¿Está él aquí?"

Entonces se miran, y posiblemente sea una sonrisa lo que pasa entre ellas. "¿Qué quieres de él?"

"¿Qué ha hecho?"

"Él", dice Jo, "él reclama que la Reina está en contra del Rey, y que Chazz la apoyará. ¿Está él aquí?"

Esta vez, quizá, un ceño fruncido.

"¿Podéis decirme dónde está?", dice Jo.

"No está exento de posibilidades".

"¿Me lo diréis?", dice Jo.

"¿Preguntas?"

Jo mira hacia la máscara, hacia esos dientes, a las cuencas vacías. La melena laxa. "Gammers", dice Jo alzando la vista. "Decidle, a el Cazador de esta corte. ¿Dónde encontraré al diablo?"

"¿Por qué haces esto, niña?"

"¿Cuál es tu razón?"

"No la de la corte".

"No la del Rey".

"¿Es por honor?"

"Por Ysabel", dice Jo, y luego, mientras comparten otra mirada, "¡qué!", dice Jo, "qué, qué pasa..."

"Nos equivocamos sobre ti, niña".

"Tú estabas equivocada sobre ella. Yo dije que es un problema desde el principio".

"Yo no...", dice Jo, "¿qué significa, qué queréis decir con...?"

"Fuera del aeropuerto".

"Uno de esos mercados abandonados, que dejaron que se pudriera".

"Un Mundo de Circuitos o..."

"Un La Mejor Compra".

"Su librea era azul y oro, según recuerdo".

"Más bien de amarillo".

"Él pasaba tiempo allí, días y días, cuando nosotras vagamos por los yermos".

"Cuando yo vagaba".

"Estaba hablando en un sentido general".

"La Mejor Compra", dice Jo. "Fuera del aeropuerto, está bien. Bueno. Gracias..."

"Nunca ofrezcas gracias, niña".

"La gratitud no tiene parte en esto".

"Lo que se hace como mandas es meramente lo que debería ser".

"Lo que hacemos no tiene más razón que la nuestra".

"De acuerdo", dice Jo. "Vale". Y luego, "No soy un niña".

"Por supuesto que no, niña". Ambas comienzan a reír.



Su reloj suena suavemente, y él retira el puño blanco de la camisa para examinar la muñeca llena de tres o cuatro diales, cada uno con números diminutos y sobre ellos una única manecilla en majestuoso arco, temblando. La manecilla del reloj se queda quieta, señalando a lo lejos, hacia la parte delantera del autobús, donde alguien está cruzando las puertas abiertas, sosteniendo un teléfono, una mujer con mallas negras, corta falda negra y holgada camisa roja. En su otra mano sostiene un mechón de pelo negro y grueso. Él frunce el ceño cuando ella ocupa un asiento vacío en la parte delantera del autobús, niega con la cabeza y mira hacia afuera. No hay nadie más esperando en la parada de autobús, allí en la esquina, una estación de servicio reutilizada detrás de él, un alto cartel rojo en la esquina, «Reparación de Coches de Al», dice, «Remolque, Se Habla Español». "Eso es extraño", se dice él girando el dorado bisel de su reloj. La manecilla gira violentamente para ponerse donde debería estar. Las puertas del autobús se cierran.

Su reloj suena suavemente.

Retira la manga de nuevo. Cada manecilla, no sólo la anterior, tiembla, señala mientras él retira la manga hacia el lateral del autobús, siguiendo la corpulenta figura de allí, un grandullón con traje negro golpeando las puertas que se abren con un suspiro. El hombre sube pesadamente al autobús, cabello castaño en rizos

sobre los hombros y una enorme barba marrón, y una camisa hawaiana bajo su abrigo negro. Agita un trozo de papel hacia el conductor, avanza torpemente, pasa de largo a una Jo Maguire que mira por la ventana hacia el tráfico, hasta el hueco que está junto a la puerta trasera del autobús, donde el hombre se instala, gran cabello negro, dedos anchos. agarra el poste justo allí delante de él, donde está sentado, él gira de nuevo el bisel de su reloj y lo tapa con la mano.

"Bueno, mierda", respira David Kerr, más bien para sí mismo.



# Al otro lado del aparcamiento / Lo que debe / Deber

Al otro lado del aparcamiento vacío, asoma una tienda cuadrada, la fachada un gran saliente oblongo sobre el alto techo plano y, manchando la parte delantera, donde una vez colgó un letrero, ahora solo agujeros perforados en la chapa, antaño con puntales y conductos eléctricos. Junto a las puertas frontales de diáfano negro, una hoja de contrachapado clavada en un marco de sesenta por ciento veinte cm, y una sábana de plástico pegada a la madera, «Hogar Futuro», rezan descoloridas letras negras, «Simulador de Gestión Avanzada de Desastres del Campus del Río Columbia». Una pesada cadena se enrolla alrededor de las asas de las puertas, y una voluminosa cerradura con un teclado de seguridad. Ella pasa un dedo por el teclado de la parte delantera y este se abre con un "clac". Ella empieza a retroceder, mira a su alrededor, se inclina, gira la cerradura para liberarla de la cadena, que cae con ruido metálico.

Polvo en el interior, y oscuridad. La luz rayada por el arañado cristal de la puerta cae suavemente contra una pila de paneles de yeso, un par de cubos que dicen «Compuesto Para Juntas de Uso Múltiple Sheet Rock». Más allá, frente al manchado hormigón, un sombreado montón de destripadas cajas de cartón que brillan con limpias conchas de almejas de plástico. Lo que podría ser una lámpara de escritorio brilla más allá, en algún lugar tras una curvada hilera de esbeltas columnas en toda esa enorme oscuridad, y el vago gorjeo discreto de la música sonando para sí misma. "Hey, ¿hola?" Llama Jo. "¿Chazz?"

Son armarios archivadores esas columnas, una docena o así en un amplio círculo al cálido resplandor de esa lámpara, altos, cinco cajones en cada uno y cada uno de ellos pintado de un monótono verde institucional, abollado, rayado, oxidado en esquinas y bordes. Algunos de esos cajones cuelgan abiertos, atestados de carpetas manila infladas con hojas de piel de cebolla y satinadas que protegen fotografías, pegadas a fotos brillantes, medidas sin ton ni

son, y otras derramadas en el suelo polvoriento, docenas de ellas, cientos, y sobre el escritorio. En medio de los armarios, montones de fotos apiladas encima de carpetas, y otras carpetas apiladas sobre los montones, y una vocecilla aguda que canta por encima de cuerdas y piano, «William William William Rogers lo puso en su lugar, sangre y lágrimas del viejo Japón», y él se inclina hacia adelante para apagar la pequeña radio, vestido todo de negro, con la cabeza rosada brillando.

"El Diablo", dice Jo.

"¿Cómo?", dice él, "eso hace de este lugar el Inferno histórico, donde se dice que yo mando, y no sirvo". Empujando hacia atrás su silla, el eco de un arrastre, y las sombras se abalanzan cuando él se pone en pie, manos apoyadas en el atestado escritorio. "El Cazador. ¡Bienvenida! Pero no podemos tenerte entrando a hurtadillas en tal lúgubre Abadón". Alza la vista, grita, "*¡Yehi-or!*" [NdT: (hebreo) "*Hágase la luz*"]

Y "clac", "clac", "clac", esa gran habitación oscura se ilumina, grandes bombillas pendidas del techo en campanas se encienden fila por fila, el fulgor de estas se fortalece, brillando, floreciendo en un resplandor blanco azulado que engulle el calor de la lámpara. Jo sale de entre un par de armarios, camisa roja brillante, el resto de negro polvoriento, la melena de la máscara en su mano es apática. "Vayehi-or", dice el Diablo sonriendo, pero su sonrisa desaparece en un pliegue cuando ella arroja un guante de cuero negro que golpea el escritorio. "Se te cayó esto", dice ella.

"Muy deliberadamente, como también sabéis", dice él. "¡De acuerdo!" Él aplaude. "¿Dónde lo tendremos? ¿Aquí, sobre el escritorio? Se inclina para presionar el derrame de fotos con las manos y el pecho, girando la cabeza para mirarla todavía allí junto a los armarios. "No habrá mácula, ni suciedad pegajosa, te lo aseguro. Solo un poco de polvo, de fácil cepillado. Pero, ¿no?" Se impulsa y levanta de nuevo. "Preferís que lo tuviéramos a la intemperie", dice rodeando el escritorio, haciendo un gesto hacia los armarios archivadores y más allá, "¿donde hay espacio para la estocada! Por supuesto. ¿Donde podría arrodillarme para permírmelo el mejor golpe?"

"¿Qué estás haciendo?", dice Jo.

"Todavía proporciono toda la ayuda que pueda", dice, y frunce el ceño. "¿Vos *sabéis* por qué estáis aquí?"

"Fuiste a buscar pelea con alguien que no tiene tiempo", dice Jo.

"¡Aun así!" dice el Diablo. "¿Dónde, entonces, pretendéis que deberíamos tenerlo? ¿El tradicional cuello?", mano en la garganta de cuello vuelto, "Aunque un golpe de vos en pecho o vientre debería ser suficiente, o incluso el muslo".

"No vamos", dice Jo, "eso, no es eso lo que va a pasar".

"¿No lo es?", dice, teatralmente burlón. "Pues, ¿habéis venido todo este camino para devolverme el guante?" Se inclina para recogerlo del escritorio, laxo y negro. "Debo decir que me conmueve, que os tomarais tanto tiempo, de lo que sin duda es una agenda ocupada, para encargarnos personalmente de la restitución de mi guardarropa. Pero...", agita el guante, los dedos del mismo aletean, "¿así estoy completado?; el asunto ya no os causará problemas, ni yo tampoco". Entonces, como ella no se da vuelta ni se aleja, "¿A menos que?" Una ampliación de su sonrisa. "¿Haya, tal vez, alguna otra tarea que despachar?"

"Tú", dice Jo, y suspira. "Tienes que disculparte".

"¡Disculparme!", grita el Diablo. "¿Por dejar esto?" Deja caer el guante, plano sobre el suelo lleno de fotos. "O más bien, tal vez, por el insulto hecho al Rey, el honor de la Reina, pero ¿qué airoas palabras podrían bastar para curar tal gravoso daño?"

"Simplemente, dí que lo sientes", dice Jo, y mueve la máscara en su mano. "No es necesario darle gran importancia". La melena de la misma, se mece perezosamente. "Dilo, terminamos, me marchó, todo queda arreglado".

"¿Arreglado? ¿De verdad? ¿Todo ello?" Se apoya en el escritorio. "¿Y qué pasa si no lo hago?" Su sonrisa se desvanece. "Pues ahí está

el azar del destino, veréis: no lo haré".

"Discúlpate", dice Jo. "Di que estás equivocado, Chazz. Porque lo estás".

Mirando hacia abajo, manos rosadas juntas y prietas ante él, "El mío oficio", dice, "me fue restaurado, cuando fuera del yugo fue sacado este mismo cuello... por no otro sino nuestro Rey". Alza la vista hacia ella. "Haríamos bien, Cazador, en dirigirnos el uno al otro así, y sobre lo que estaríamos tratando".

"Bueno", dice Jo. "Vale. El Diablo. Pero no voy a matarte".

"Una verdad, un hecho. Debéis destruirme, más bien. He estado muerto; la muerte todavía no era mi idioma".

Ella alza la mano, la máscara en ella, yemas de los dedos asomando por las cuencas de los ojos, pulgar curvado entre dos dientes toscamente cincelados. Luego la arroja a un lado, la melena arrastra un cometa oscuro que cae golpeando el suelo, un resonante "clac", virutas de polvo. "No voy a", dice ella, "eso, no va a suceder".

Parpadeando, él alza la vista desde la melena arrugada hacia la mano que la ha arrojado. Se se ha girado para hojear ociosamente las carpetas y las fotos de un cajón abierto. "Tal vez", dice el Diablo, "su majestad no fue clara en su mandato" Y luego, "¡Este asunto debe resolverse!", le grita. "¡Sin mi contrición, solo mi silencio bastará!"

"O el mío", dice Jo. Ha sacado una foto, tintada de sepia, arrugada, un grupo de hombres con suéteres y pantalones acolchados posan sobre el rellano de una gran escalera, bigotes y partes centrales, un bombín, y el que está en el centro sostiene una pelota de fútbol, letras blancas pintadas sobre sus costuras, PFCC. "Se supone que es un duelo, ¿verdad? ¿Juicio por combate?" Despega el tejido translúcido de otra foto, amarillenta, dos mujeres con vestidos delanteros en una acera ante el escaparate de una tienda, el letrero pintado a mano sobre la puerta reza «Come». "No es una ejecución. Así que, yo podría perder".

Roncamente, seseante, el Diablo dice: "Impensable".

"¿El qué?", dice Jo, "¿que podrías tener razón?" Metiendo las fotos en sus carpetas. "¿Qué intentas hacer aquí?", dice ella, volviéndose. El círculo de archivadores alrededor de ellos. "¿Qué demonios es todo esto?"

"Cazador", dice, "perdonadme", su voz regresa, "No he seguido vuestra carrera con la avidez que tal vez merece, pero: ¿puedo acaso ser vuestro primero?"

"No lo eres", dice Jo rotundamente.

"Entonces debéis saber que la presa es más peligrosa cuando está acorralada en su guarida. Sin embargo", regresa detrás del escritorio, rígidas puntas de las alas negras colocadas entre las fotos dispersas con exagerado cuidado, "en vos, caminar, fresco como la margarita, fresco como el pepino, rechazáis mi última solicitud, demandáis de mí mis razones, ¡por qué.. ¡ligas mías, estrellas y coronas!" Se pausa ahí, escritorio entre ellos de nuevo. "Casi empiezo a pensar que esperáis contra toda esperanza disuadirme de lo que más necesito, ahora que he tomado el timón".

"Si no tengo ninguna esperanza", dice Jo, "bien podrías complacerme. Quiero decir, ¿no podemos dedicar unos minutos?"

Una única carcajada del Diablo, y él gira para abrir un cajón en uno de los armarios tras él. "Si los minutos no son sino pocos", dice hojeando las carpetas, "será mejor que lo muestre, sin decirlo. A menudo se me acusa de imprudencia verbal", y tira de una carpeta para sacarla, "de extender una docena por encima de lo que es mejor decir con una", la deja abierta sobre el escritorio, "pero os pregunto: ¿de qué sirve la parsimonia, cuando algo tan simple como esto es digno de un millar de ellas, o más?"

Ella se acerca para tomar la foto que él le ofrece. Tres mujeres, todas de negro, caminan por un meandro de pavimento de piedra en un tramo de patio, la primera es la más joven, negro vestido muy ajustado, ojos ocultos tras negras gafas de sol, largo cabello oscuro bajo un amplio sombrero plano, la siguiente en un traje negro,

pantalones de campana y una ingeniosa chaqueta a medida, un poco de velo encima del límite de su cabellera negra y, finalmente, la mayor de todas, cabello blanco recogido bajo un elegante sombrero negro como un pastillero y un indescriptiblemente sensato vestido negro. Jo le da la vuelta. En el reverso, un desgastado sello en letra negra dice «Oregoniana», y debajo en tinta roja una fecha, «6/4/73». Una tira de mecanografiado se desprende de antiguas manchas de pasta, una leyenda: «de Izda a Dcha: Duenna Perry, d... Sra. de Richard Perry (Arabelle) - Isobella Perry / Richard Perry funeral (partiendo)». Ella levanta la vista para verle sonreír, brazos cruzados, manos rosadas escondidas bajo ellos. "¿Qué es esto?", dice Jo.

"Esto", dice el Diablo con un gesto hacia ello, "tiene el término bastante apto de una morgue, aunque la designación singular es, tal vez, engañosa: esto fue minuciosamente guardado a partir de los archivos de dos docenas de periódicos, o más..." <

"¿Por qué este?" Ella la sostiene en la mano. "¿Es que ella es, quiero decir, es algo recurrente?" La deja en el escritorio entre ellos, la carpeta abierta sobre la mesa, las demás fotos dentro, tres mujeres en ricos colores pastel sobre la mesa de un banquete, tres mujeres en sepia, vestidos negros antiguos, tres mujeres, tres mujeres. "Ya más o menos lo capto".

"Uno de nuestros grandes misterios", dice el Diablo, "¿y vos ya lo captáis?".

"¿Qué tiene esto que ver contigo metiéndote con el Rey?", dice Jo.

"¿El Rey?" dice el Diablo. "Cazador, ¿has hablado con la Reina?"

"¿Qué", dice ella, "¿hoy?"

"Desde que rompió el alba".

"No he tenido la, tuve que irme y, y, yo no, tengo que", dice ella. "Estás equivocado. De pleno".

"Aunque sí habéis hablado con el Gammer".

"Ella, ellas, me dijeron dónde encontrarte".

“Por supuesto. Pero decidme: ¿habéis hablado con la Prometida?

Jo frunce el ceño ahora. "Creo que quizás le he dicho dos palabras, desde que ella llegó aquí ..."

"No me refiero a la encantadora lepidopteróloga de Detroit", dice el Diablo. "Me refiero a, y aquí hablo con toda claridad: la Prometida". Y luego, cuando ella aparta la vista de él hacia las fotos sobre la mesa, dice: "¿Estáis ahora comenzando a más o menos captarlo?"

"Bueno", dice Jo, "eso es, eso", y el rasgar del velcro, mano ocupándose del mitón de ciclista de la otra, "eso no es, lo que tú dijiste esta mañana, lo cual es que ella quiere detener al Rey. Ella no quiere eso. Eso es lo que tienes que rectificar".

“¡Pues *demostradlo!*” Él golpea encima de la mesa. ¡Con vuestra espada! ¡Sobre este cuerpo! ¡Que no haya dudas!"

"Eso no va a suceder", dice Jo.

“¡Las cacerías terminan en muerte, Cazador! ¿O pensáis dejar de lado vuestros deberes con tanta ligereza como lo hacéis con vuestra insignia?"

"Discúlpate", dice Jo.

"¡No!", ruge el Diablo.

Una profunda respiración y ella niega con la cabeza. "De acuerdo", dice Jo, "vale, entonces supongo que estamos en un impasse", y el Diablo salta.

Él salta, impulsándose hacia arriba sobre el escritorio en un ordenado avance, imposiblemente suspendido allí un instante, brazos extendidos y piernas recogidas, y luego su hombro se sumerge en un giro de danza para balancear en redondo un

brillante zapato negro y lanzar una patada que no impacta, agachado, manos golpean el suelo en busca de equilibrio, cabeza inclinada y agachada hacia un lado, retirada de la punta de la hoja que ella está apuntando a su garganta.

"Ahí está", dice. Y luego, un cauteloso trago, "Tal claridad, presionada en el momento por la enormidad de lo que está por venir".

Ella levanta y aparta su espada, larga, recta, instensa luz persigue los filos de la misma, se arremolina en la red que guarda los dedos de Jo ligeramente curvados sobre la empuñadura trenzada en acero. "Me has sobresaltado", dice ella. "Eso es todo".

"¿Eso es todo?", dice él retrocediendo mientras se pone de pie. "¿Eso es todo? Sacasteis el acero del aire. ¿Qué podríais sacar si estuvierais, digamos, alarmada?"

Jo cierra los ojos, su espada sigue inclinada hacia arriba y hacia atrás contra un hombro. "De acuerdo", dice ella, y los abre. "Gracias", dice ella, "Diablo, por tus disculpas. El Rey estará complacido". Y con un encogimiento de hombros, ella da la vuelta y se aleja andando entre un par de armarios. El Diablo se queda quieto por un momento, luego, con un escalofrío, comienza a avanzar, "¡Cazador!", grita, dirigiéndose tras ella.

Jo se aleja marchando por la enorme habitación vacía e iluminada. "¡Cazador!", grita él de nuevo. "¡No podéis hacer esto!"

"¡Observa!", me responde.

"¡Es una *mentira!*"

"¿Y?" Ella se detiene, se gira hacia él, "¡Lo que sea que estás intentando probar, Chazz, a nadie le importa!" Deja caer los brazos, su espada agarrada flojamente a su lado. "Todo el mundo está... avergonzado, dispuestos a saltar a la mínima oportunidad para volver a los negocios como siempre. Y de un modo u otro, yo les voy a dar una". Dice clavando un dedo en el vacío hacia él. "*Ese es mi jodido deber*", dice ella.



Él se avalanza hacia ella, pero se detiene cuando ella retrocede, mano libre levantada. "Os cancelaré", gruñe él. "Ante la corte y la Reina os nombraré mentirosa. Como la amáis, como la *amáis*, Cazador! ¡Pensad! ¡Cómo la *aplastará* veros como sois!"

Y ella inclina la cabeza hacia atrás, una carcajada vibrante que se torna en un grito. "¡Tú!", le grita ella. "¡No sabes una maldita *cosa!* ¡Sobre mí, sobre ella, sobre *nada* de esto! ¡Ni una maldita cosa!" Se aleja, pero se gira de nuevo apuntando su espada hacia él, "Solo di que lo sientes, joder. Y habremos terminado".

"Como la amáis", dice él, y su ceño se tensa, sus ojos arden, "*la mitad* que yo, *atacadMe. ¡¡¡Ya !!!*

"¡No!", brama ella en respuesta. Baja su espada. "Discúlpate", dice ella, "o salgo ahí fuera", la espada se balancea hacia atrás señalando a esas brillantes puertas delanteras, "y les cuento todo lo que has hecho. Hay dos formas en que esto se resuelve... eso es todo".

# "Guarda eso" / un Grito / Negocios inacabados

"Guarda eso", dice el EXO.

"Tiene un nombre, ¿sabes?", dice Moody, codos sobre la mesa, tocando delicadamente el pomo del poignard equilibrado en la punta de la hoja ante él, girándolo lentamente, el largo borde afilado brillando y el cable de acero envolviendo el mango.

"Le has puesto un nombre a tu cuchillo", dice el EXO. Está allí en el umbral mirando desde el oscuro camarote hacia un tramo techado de cubierta amarillenta, el plácido río más allá, verde grisáceo. Su anorak moteado con camuflaje de chispas de chocolate, capucha de piel retirada, mechón sobre los hombros.

"El barco tiene un nombre", dice Moody.

"Es un barco", dice el EXO. "Ya vienen. Guárdalo".

"Lucinda", dice Moody girando el cuchillo de nuevo. "¿Por qué estamos en un barco, por cierto?". Camiseta negra lisa, desgastada chaqueta verde excedente del ejército.

"No te lo volveré a pedir, maldita sea", dice el EXO.

"Con modales se llega muy lejos", dice Moody inclinando el cuchillo hacia adelante y hacia atrás, la punta hace hoyuelos en la oscura chapa de la mesa. Pisadas sobre el embarcadero. El EXO dice: "Moody, por favor. Guarda a Lucinda o como se llame. Hay un viejo dicho sobre cuchillos y tiroteos". Una campanita eléctrica, "ding dong" y "Adelante", grita el EXO sin apartar la vista de Moody. Moody vuelve a deslizar la hoja en su funda. El EXO asiente, volviéndose para saludar al primer hombre que sube a la cubierta, alto y ancho, los hombros tensan un brillante traje azul. Largos bigotes caen sobre la boca, puntas pesadas con un par de gruesas cuentas grises. Él asiente una vez, y se hace a un lado

cuando entra el segundo hombre, más bajo y más delgado, Agravante con su traje a rayas azules y blancas. "Tú debes de ser el Oficial Ejecutivo", dice con un apretón rápido en la mano ofrecida por el EXO.

"Sí señor", dice el EXO. "Chad".

"Y yo soy el Vizconde Pinabel. Este es el Yunque ", un guiño a Pirocles a su lado, "recibirás instrucciones de él cuando tenga instrucciones de dar", y la boca de Pirocles se tensa ante eso, un leve ceño fruncido.

"Yo", dice Moody, "soy el Temible Paladín".

Se giran para mirarlo, sentados allí a la mesa. El EXO se aclara la garganta. "Uno de nuestros jefes, señor", dice.

"Ah", dice Agravante. "Bien. El Yunque aquí presente, tened la seguridad: cuando habla, lo hace con mi voz".

"Todo el debido respeto, señor", dice el EXO, "pero es su dinero lo que estaríamos escuchando, principalmente". Señala hacia la mesa, y su cicatriz blanca se tensa hacia un lado en una sonrisa de bienvenida. "¿Algo para beber?"

"Estamos familiarizados con las líneas generales de su acuerdo con el Duque", dice Agravante, quien no se mueve para tomar asiento. "No vemos en la necesidad de alterar los detalles".

"Bueno, mire", dice el EXO, "ese acuerdo con el Duque, no lo habíamos alterado en bastante tiempo. Siendo una relación establecida", se cruza de brazos, se reclina en el respaldo, medio sentado a la mesa, y Moody tras él. "Dado que el mercado es lo que es, nos gustaría hablar de aumentar el adelanto".

"Y propondríamos una especie de prueba, por así decirlo, antes del compromiso", dice Agravante.

"Bueno, sin un adelanto, los precios *suben* un poco".

"Como lo requiera", dice Agravante con un gesto despectivo de su mano, pero Moody se inclina hacia adelante, "Espere", dice. "Eso de Vizconde es como un vicepresidente, ¿verdad? ¿Y nosotros solíamos trabajar para un Duque?" Mira hacia el EXO. "¿Es qué estamos siendo degradados?"

Trenzas de oro blanco rozan los hombros, ojos azules extrañamente pálidos en la penumbra, "En realidad es bastante simple, Paladín", dice Agravante. "El Duque ya no está, y la Duquesa también se ha visto envuelta en demasiadas intrigas de la corte para que vuestros servicios le sean de alguna utilidad".

"No sé", dice Moody mientras el EXO murmura algo picante. "Una Duquesa", dice Moody. "Suenan más divertido".

"Jo Gallowglas es muchas cosas", dice Agravante, "pero difícilmente la llamaría divertida", mientras se vuelve hacia el EXO, pero hay una risa por parte de Moody. "Danny", dice el EXO con una advertencia en su tono, pero "¿Jo?" Dice Moody. "¿Esa es la Duquesa? ¿Jo?" Y luego, como nadie contesta, "Una chica llamada Jo. ¿No es gracioso?"

"Quizá ahora no sea el momento", dice el EXO.

"Una vez conocí a una chica llamada Jo", dice Moody. "Jo Maguire". Mira más allá de Agravante a Pirocles, cuya boca se encuentra entre esos bigotes caídos. "¿No sería eso gracioso?", dice Moody.

"Creo que", dice Agravante, "ese es el nombre inscrito en las tarjetas que lleva en su bolso", y Moody se ríe de nuevo, se inclina hacia atrás, mira a el EXO. "Ahora entiendo para qué me quería tu viejo".

"¿Estás diciendo que conoces a la Duquesa del Sudeste?", dice Agravante.

"Oh", dice Moody sonriendo, "Jo y yo nos conocemos desde hace *mucho* tiempo".



"Quédate quieta", dice alguien, ruido de cuchillas cayendo, el humo que sube, un grito, ella cae de rodillas, sobre el vientre, mejilla presionada contra el pulido hormigón vetado de polvo blanco, barro, brillante fulgor desde la puerta, voluminosa sombra abultada cruzando el techo hacia ella, donde yace sobre la enorme lámpara de arriba en forma de campana desde el suelo, tras él, chocando, fuente de chispas que flotan perezosamente hacia arriba y arriba. "Ella me marea", se gira, se da la vuelta, "ella es quien recibió el disparo, sí, ¿podría ella? ella no lo sé", zapatos negros, pantalón en cuclillas, flores azules, blancas y amarillas, "idiota, echando mano a la empuñadura de la espada, hacerse matar", la levantan y la hacen rodar sobre la espalda y el humo negro se arremolina ante los ojos de ella, alrededor de muñecas y brazo, sus espinillas y la levantan y ella patalea, "puede oírnos", el humo negro azota en su tobillo, "oírnos puede vernos", mientras él se inclina, estelas de humo negro y jirones se arremolinan sobre los mechones de cabello intactos, se quedan quietos y calmados en el revoloteo, "cállate, agárrala si es que, sí, está abierta, asegúrate, asegúrate", esas manos de dedos gruesos empujan la barbilla de ella hacia un lado, agarran la tapeta de su camisa roja y una vez más hay un grito, ella está gritando, y cuando él tira de un botón para soltarlo, él, el Sr. Keightlinger, dice con la boca llena de humo negro, "Quédate quieta".



Golpe sordo y él se estremece, pero cuando el sucio humo ondula desde las puertas delanteras, el techo, él sale de la hierba, entra al aparcamiento vacío, ojos en el pesado reloj de oro que lleva alrededor de la muñeca. Todas las manecillas de este señalan, temblan a esa gran tienda cuadrada.

"Mierda", dice David Kerr.

Salie corriendo, al trote, una carrera plana en busca de esas puertas que penden laxas y abiertas en ese gran sliente oblongo bajo el alto techo plano, y tras él, la imponente columna de humo. Se acerca vadeando hacia el umbral, cruzando ese humo, apagando a palmadas los jirones de llamas blancas y amarillas que le lamen la manga y la pernera del pantalón, que agitan su rebelde cabello. Da un gritito al agacharse, irrumpiendo en la enorme habitación abierta y vacía, chispas por todas partes, chisporroteo y explosión de bombillas muriendo. Un trozo de papel pasa volando, otro, y otro más, él agarra uno en el aire, una satinada fotografía, dos hombres en una canoa ante un gran arco de piedra. Más fotografías, y más, revoloteando, dando vueltas, raspando el piso, ardiendo aquí y allá, sombrías bandadas de ellas se alzan, esculpiendo las ráfagas y rachas de una furiosa ventisca y, allí, a simple vista, sobre armarios archivadores derribados y la campana caída de una lámpara, se alza un hombre todo de negro, sus pies agitando el aire, estirando los brazos, agarrando, gimiendo, luchando con el esfuerzo de atrapar las fotos que vuelan justo fuera de su alcance.

"Quédate quieta", dice alguien lo bastante alto para que lo porte el viento. Una rasgadura de ropa. Un grandullón arrodillado en las sombras, agachado sobre algo, zapatos rojos patalean a un lado del hombre, el brillo de una hoja. "Bueno, haz algo", esa voz alta de nuevo, y Kerr, echando mano al bisel de su reloj, encuentra que sus pies ya no están sobre el suelo, empieza a girar, sus manos se lanzan hacia atrás, un gruñido y "plas", fotos contra su pecho, fotos pegadas a sus brazos, al lado de su cara, un grito del el Diablo al otro lado de esa habitación. Más fotos aletean, "plas", se aprietan contra él, temblando, él se avalanza entre el viento aullante. El Sr. Keightlinger abajo extiende esa deshecha camisa roja, esa rasgada camiseta negra, ojos de Jo muy abiertos, la boca mueve en una silenciosa palabra, y esos dedos como espátulas presionan y le retuercen la piel. Kerr se asoma, una lamida y erizada masa de fotografías pegadas al torso, más fotos reptan por sus brazos, uno se flexiona, una mano agarra y separa las fotos que se arrugan solas dentro de la boca, una desesperada bocanada de aire, un único grito: "¡Lu!" O tal vez liu, o leu, resuena, un distorsionado "clanc", y el Sr. Keightlinger alza la vista, sorprendido, como el viento.

Los pies de Kerr golpean el suelo, cae de rodillas, un codo, "clang"

y "crash", es el Diablo cayendo del aire, el roce de cientos de miles de fotografías satinadas cayendo todas a la vez. Un araño y un chirrido de zapatos sobre el hormigón, es el Sr. Keightlinger poniéndose en pie, mirando alrededor de esa enorme habitación silenciosa y vacía. "¡Dónde!", grita, un grito triste, y luego, "¡Vuelve!" un grito ahogado. Kerr se impulsa con manos y rodillas y "¡Tú!" ruge el Sr. Keightlinger, dándole la vuelta de una patada en el vientre y, Kerr rueda gruñendo. Es levantado con un tirón de puñados de vellón beige, "Yo voy a", dice Kerr, pero un brazo traza un arco hacia atrás para darle un puñetazo en la tripa, "¿Qué has hecho?", grita el Sr. Keightlinger. Kerr dice: "Hablaré otra", y el siguiente golpe aterriza. Kerr gruñe, tose. "No podrías", dice el Sr. Keightlinger doblando el brazo.

"Claro que sí", dice Kerr con una sonrisa torcida.

"Hey. Joder ", dice Jo Maguire.

Sr. Keightlinger deja caer a Kerr y retrocede. Jo está marchando hacia ellos, rotas camisas cuelgan abiertas, espada en mano. "Vuelve", dice el Sr. Keightlinger una vez más a nadie en particular. "Por favor."

"Qué demonios", dice Jo. Tras ella, un chasquido de metal y un "clanc, el Diablo, rodando.

"Lo tienes tú", dice el Sr. Keightlinger. "Tú eres la que lo tiene".

"Eso no es todo lo que tengo", dice Jo levantando su mano libre.

Algo susurra en la corriente de las fotografías, y Kerr mira de un lado a otro, a ella, a él, a ella de nuevo, pero allí, junto a los archivadores derribados, la máscara de calavera se levanta, la melena de la misma se recompone mientras salta cruzando toda esa habitación vacía como un rayo hasta la mano de Jo.

"¡Mi morgue!", ruge el diablo pateando un montón de armarios rotos y arrugados.

"Tú", dice el Sr. Keightlinger a Jo mientras ella se pone la máscara

sobre la cabeza, mientras la melena se eleva como un gran estandarte negro que ondea. "Sigue con vida", dice el Sr. Keightlinger retrocediendo. "Y tú", señala a Kerr, quien levanta una mano futil. "No lo olvidaré", dice el Sr. Keightlinger, girándose, alejándose al trote hacia las puertas rotas.

"¡Tu corazón!", grita el Diablo, tambaleándose, resbalando sobre las fotografías, agachándose para recoger su machete, "¡en mi mano!", mientras nivela la hoja hacia la espalda de Sr. Keightlinger que se retira. "¡Ahora!" Y, cortando el aire con el machete, salta por encima de las fotos a la carrera tras él.

Y Kerr, Kerr ha caído, ha tropezado hacia atrás, está mirando fijamente, boquiabierto, a Jo Maguire, Jo Gallowglas, Jo el Cazador de la Corte de las Rosas, bajo esa creciente tormenta que hace sonar las campanas de las lámparas restantes, engullendo la luz, ella levanta y le apunta con su espada, "Diablo", dice ella, y la palabra truena. Y cuando el Diablo se detiene y mira atrás con los ojos muy abiertos, ella dice: "No hemos terminado".

Y él sonríe. "Por supuesto", dice. "La granuja sigue en sus trece". Un jovial saludo de su machete antes de ponerse en marcha, cargando a través de la habitación hacia ella.

Esa melena se suspende en el aire sobre ellos, enroscándose perezosamente mientras ella se agacha y esquiva con un paso lateral su primer corte salvaje, su segundo, con un "clac" y un arañazo, ella detiene el tercero, el acero chirría mientras ella empuja, él embiste, ella retrocede, la hoja corta el aire hacia un lado cuando Jo la sostiene a dos manos, el siguiente corte la lacera desde el hombro hasta la cadera y ella cae a plomo, un jadeo, y toda esa masa de melena se desploma desde el aire. El Diablo da un paso atrás, jadeando, parpadeando. Tragando saliva mientras asimila la red de hebras oscilando en el aire ante él, al extremo de la hoja atrapado en su pecho. El descubrimiento va calando con él cuando cae de rodillas estirando un brazo. La hoja oscila, se balancea, cae súbitamente con una salpicadura de algo húmedo y negro en el suelo, junto una angulosa quijada erizada de dientes dorados. La máscara cae de la cara de Jo con un horrible eco, "clac".



La sangre mana del largo y limpio corte que le cruza el pecho y el vientre de Jo, con manchas oscuras que ya inundan las arrugadas fotografías bajo ella. Kerr se arrodilla junto a ella, mira a su alrededor, manos de incertidumbre en el aire, sobre el cuello y la muñeca, ella se convulsiona, una burbujeante escupitajo de tos, y él da un chillido. Ella sisea el aire en el pecho con el más ligero susurro hasta desmayarse y perder todo el color. "Oh, mierda", dice David Kerr. "Ya está. A eso se refería él".

Jo levanta su mano empapada, se presiona el pecho con el talón de la palma y la mano cae laxa de nuevo.

"No puedo", dice Kerr, "lo siento, no sirve de nada llamar a una ambulancia. No están equipados. Yo debería estar huyendo hacia las jodidas colinas", pero la cabeza de Jo rueda de un lado a otro, no, no, mientras su otra mano lucha para levantar algo, su teléfono se ilumina bajo una película de rojo. Se lo entrega a él. "Luys", consigue decir ella. "El Masón. Llama", su voz se apaga, "A Luys".



Y ahora el azul casi se ha ido del cielo, pálido limón encima que da tonos desde lima y lavanda hasta naranjas, hasta silvestres magentas que se aferran a los fondos de una sombría flotilla de nubes, bajando y bajando hasta el oro fundido que aún florece más allá de techos y torres, colinas lejanas y, tras esto, verdes rosados hacia púrpuras sobrenaturales, majestuosos, bajando y entrando en el rumor de la oscuridad que está por venir. Él se desliza doblando la esquina del bajo almacén blanco cuando, en la otra acera, una farola parapadea a la vida. La calle vacía, la acera desnuda, la pared del almacén pintada en su longitud con un mural extenso, figuras y escenas que se superponen unas a otras, máscaras y bloques, llamas, una forma de raíz nudosa y escamosa coronada con un bosque, todos sus ricos colores se drenan en la tiniebla cada vez más profunda. Otro muro en la calle de enfrente, gris y diáfano, salvo por un simple letrero, «Departamento de Correcciones Comunitarias del Condado de Multnomah», reza, «Sucesiones y Libertad

Condicional». Él se encorva bajo la capucha de su mugrienta sudadera, las manos envuelven lo que sea que lleva, y se dirige rápidamente por el tramo de la acera hacia las casas en hilera al final, hacia el grupo de contenedores de reciclaje, pero incluso antes de que esté a mitad de camino hay un chirrido de motor, una camioneta doblando la esquina más adelante, y él se detiene ante el resplandor de sus faros redondos. Es una vieja camioneta, un azul aguamarina extrañamente luminoso en las tinieblas, guardabarros cubiertos de óxido. "Hey", dice alguien, el conductor, por la ventana que baja, "hey", mientras la camioneta se detiene allí a su lado. "¿Christian? ¿Qué demonios haces tú aquí? Sabes hasta dónde llega mi palabra".

"Tienes mi dinero", dice Christian echando la cabeza hacia atrás y mirando por debajo de su capucha. "No mis pies".

"Tengo tu dinero", dice el EXO con la suficiente camaradería, "y sabes que si necesitas algo, todo lo que tienes que hacer es pedirlo. Al igual que yo sé que si te pido algo a *tí*, me traerás lo que haya en la mesa". Hay una sombra justo más allá de él, alguien más en la cabina. "Ahora acércate aquí", dice. "Te llevamos buscando toda la tarde".

"¿Quiénes?", dice Christian. "¿A quién llevas ahí contigo?".

Una risita de quien sea que es la sombra en el asiento del pasajero. "Ah", dice, "Ah, ese es Miesda, está bien", y Christian cierra los ojos con un escalofrío. La puerta del pasajero se abre rascando. Christian toma deprisa el zapato que está sosteniendo envuelto en sus manos, color sangre de buey negro en la oscuridad y reluciente hebilla, y lo mete en el bolsillo en la parte delantera de su sudadera, y sus manos detrás. Moody rodea la parte delantera de la camioneta, iluminado de repente por los faros, "Miesda el Drow", dice con las manos bien abiertas y acogedoras. "¿Cómo demonios estás?"

"No tenemos nada que decirnos", dice Christian, mirando hacia abajo, encorvándose sobre el bulto del zapato en el bolsillo de su sudadera.

"Ahora no seas así, hombre", dice Moody. "Ya *sabes* que no hice la mitad de lo que dijeron que hice. Por eso he salido tan pronto. Buen comportamiento, y todo tipo de falsas pretensiones y mierdas", se acerca paso y Christian levanta la cabeza mirando por debajo de su capucha. "Ahora bien, tú", dice Moody levantando una mano ante la luz, "no has cambiado ni un poco. ¿Pero Bambi Jo?" Y ahí está esa risita de nuevo. "¿La has visto últimamente? Maldita sea", otro paso más cerca y allí está, justo al lado de Christian, con un pie en la acera. "Dime", dice Moody. "¿Cómo diablos crees que le va estos días?"

# la silueta en el umbral / ecos

Ysabel, una silueta en el umbral y, tras ella, el pasillo, estelado por esas hebras de lucecitas amarillas. "Jo", dice ella. "¿Estás despierta?"

Desde el montón del edredón blanco, azulado en la oscuridad, un suspiro se convierte en una palabra: "Sí".

"Ojalá hubieras venido", dice Ysabel, avanzando mientras se quita los zapatos pateando, "clamp tumb". "El piano, en esta canción", y ella gira, el abrigo blanco se desliza de los hombros, cae al suelo. Descuidadas gotas de brillantina dorado se enredan en sus brazos desnudos, su muslo, todo abajo hasta sus rodillas. "Fue magnífico", dice ella sentándose a los pies del futón.

"Hay lo del Samani. Por la mañana ¿El caballear de los caballeros? Luys va a entrar aquí, estúpidamente temprano", agarrando su teléfono del desorden sobre la mesa junto al futón, destella fantasmalmente en su rostro a la luz de la pantalla. "Tres horas", dice ella dejándolo otra vez.

"Podrías haberle llevado contigo. Haber aprovechado la velada".

"Algunos de nosotros necesitamos dormir, su majestad".

"El sueño, su gracia, está altamente sobrevalorado". Ysabel deshace un nudo en la nuca y quita la capa de encaje de su breve vestido de la camisa brillante de abajo. "Como bien sabéis", dice ella dejando caer la capa al suelo. "¿Todavía quieres proponer a tu amigo para el oficio?"

"Ah, me dijo que no, y se marchó, pero", y Jo rueda bajo el edredón. "Puse a Pandulce a buscarlo, por si acaso".

"¿Pandulce?"

La oscuridad cambia cuando Jo se incorpora sentada un poco, "Sí", dice ella, "Pandulce", y luego, cayendo hacia atrás, una sombra sobre las almohadas, "¿qué demonios te importa?, tú ni siquiera vas".

"Sí me importa", dice Ysabel recostándose en la pared y cerrando los ojos.

Después de un minuto o dos, otro suspiro bajo ese edredón, "Cristo, si te vas a quedar, métete bajo de las malditas sábanas. Me pone nerviosa, ahí sentada sin más como, ¿qué estás... Ysabel?" Jo se incorpora de nuevo, enciende la lámpara con aplique en ángulo sobre la mesa junto al futón. Al pie del mismo, Ysabel se está retorciendo para quitarse la camisola. "No voy a dormir con esto", dice ella, dejándola sobre el edredón. "Además", una ceja alzada ante el hombro desnudo de Jo, ante sus senos, "allá donde fueres..."

"Y, por supuesto, te has puesto todo comando", dice Jo, mientras Ysabel se arrastra hacia el futón. "Y echas un tufo a cigarrillos, a alcohol, a... a conejo".

"¡Jo!"

"¡Es verdad!"

Ysabel se inclina para acariciar con la nariz la mejilla de Jo, "Intoxicante, ¿no?", murmura. Acariciando ese cabello rojo extendido a la luz de la lámpara. "No empieces", dice Jo, que se ha quedado súbitamente inmóvil.

Ysabel la deja, se incorpora sentada, "Jo", dice ella, "yo nunca haría", y, "Ya lo sé", dice Jo. "Lo sé". Alzando la vista hacia Ysabel, hacia esos cortos rizos negros con toques aquí y allá de blanco. "Qué", dice Jo. "Ysabel. ¿Qué pasa?"

"Yo", dice Ysabel apartando la mirada.

"¿Es Chrissie? ¿La has dejado en tu habitación otra vez o...?"

"La envié a casa", dice Ysabel, "pero, yo, yo", el tenue resplandor

del pasillo, más allá de la puerta medio cerrada. "¿Te duele?", dice ella volviéndose hacia Jo.

"¿Que si duele, el qué?"

"Tu", e Ysabel mueve una mano, vagamente, sobre el cuerpo de Jo, "estado". ¿Te duele?"

Jo dice: "*Sobre eso es todo esto*?"

"Bueno, yo, yo me preocupo, sí". Su mano se posa suavemente sobre el corazón de Jo. "Me importa".

"Por eso no puedes soportar dejarme dormir".

"Vos nos lo *debéis*, Sureste". Palabras severas desmentidas por una sonrisa amable. "Se lo contasteis a vuestro Masón, antes de decírselo a vuestra Reina".

"Bueno, yo, sí", dice Jo, "él es mi, ah, mi, mi..."

"Tu amante".

"Iba a decir, más bien, ¿teniente?" Una ácida mueca con la boca. "¿Cuál es esa palabra de la mafia? Consiggle algo. ¿Consorteoni?"

Ysabel, presionando suavemente con la mano, vuelve a decir: "¿Te duele?"

"¿A veces?", dice Jo bajando la vista hacia los dedos de Ysabel. "Principalmente, es solo, como, un escalofrío. Pero puedo olvidar que incluso... ahh, vale, sí, tú haz *eso* " carcajada y forcejeo, el susurro de la ropa de cama, un fulgor de oro desprendido de la piel de Ysabel, "eso no es *eso* , ¡puedes *parar!* ¡Ahora! ", en las últimas palabras se enerva, palmea y embiste y empuja, e Ysabel jadea, "Qué ", dice Jo levantando las manos mientras Ysabel se reclina, "Lo he visto", dice ella, "creo".

"¿Sí?"

"Un fulgor".

"Como el jabón".

"Un arcoiris".

"Pero lo miras".

"No hay nada".

"A veces", dice Jo extendiendo el brazo, "es más fácil de ver", apaga la lámpara, "a oscuras".

"No", dice Ysabel, cabello negro perdido en las sombras, su mano una sombra en el pálido campo teñido de azul del pecho de Jo. "Se ha ido", dice ella.

"Humovivo", dice Jo, su mano cubriendo la de Ysabel.

"El torbellino, en una botella".

"Cristo", dice Jo. "No me lo recuerdes".

"El fuego circundado, desde antes de que el mundo fuera mundo".

"Ecos", dice Jo. "Tu padre los llamaba..."

"Yo no tengo padre".

"Bien, eh, John, John dijo..."

"El Rey de Antes".

"El Rey de", dice Jo, "Antes. Si. Los llamaba ecos". Su mano apretando la de Ysabel. Dedos entrelazados. "Joder", dice ella, "lo siento mucho".

"¿Y por qué diantres lo sientes?", dice Ysabel, maravillado.

"Que él te persiguiera", dice Jo. "El mago. Yo... tú, tú no deberías

haber tenido que..., si te lo hubiera dicho, pero", mientras Ysabel se estira para tumbarse, su cabeza sobre el hombro de Jo, "Yo debería habértelo dicho. Debería. Antes de que él, pero yo no lo hice..."

"Jo".

"Yo no tenía idea de que él todavía estaba aquí..."

"Jo, es solo lógica, que él viniera a buscarlo primero en mí", y: "lo sé", dice Jo, "pero si yo hubiera, yo", su brazo se acerca a Ysabel. "Lo siento tanto", e Ysabel dice, "él no lastimó a nadie, apenas hablaba siquiera: todo bravatas mayormente. Todo está bien. Todo está bien. Yo estaba más preocupada", una pequeña carcajada, "con lo que mis madres pretendían hacer". Su mano, apretando la de Jo. "Yo estoy bien del todo", dice ella. "Pero deberías saber. Él irá por ti, a continuación".

"Ya", dice Jo mirando hacia otro lado. Hacia las sombrías paredes, las ventanas veteadas con la luz de las farolas.

e

"Todo este tiempo", dice Ysabel, "lo has estado llevando", su pulgar, acariciando ligeramente, allí entre los senos de Jo. "¿Por qué no me lo dijiste?"

Y Jo dice: "Estaba asustada".

"Oh", dice Ysabel, impulsándose hacia arriba, "oh, Gallowglas", inclinándose hacia ella, una mano hacia ese cabello rojo, negro en la negrura. "¿Cómo has podido alguna vez estar asustada de mí?"

"Not of," says Jo. Looking up, past Ysabel's shadow. "For." The dim ceiling above. "You were," she says, "gone."

"No de", dice Jo. Mirando hacia arriba, más allá de la sombra de Ysabel. "Por". El negro techo arriba. "Que tú hubieras", dice ella, "te hubieras ido".

"Me caí", dice Ysabel.

"Esto, esta... cosa. Este humo come cosas, las extrae del mundo.



Gente".

"Me caí, dentro de mí".

"Habías desaparecido".

"Me caí, pero viniste a por mí".

"Antes de eso", dice Jo. "Antes de eso. Antes de que tu, el Rey, antes de que él me encontrara, tú no eras... nadie, todos ellos, no te conocían. Luys. Marfisa. El, Mooncalfe, ni, ni Leo, nadie..."

"Jo".

"¡Ni Pandulce! Nadie, ni uno", suelta su mano, se incorpora sentada alejándose de Ysabel, "habías *desaparecido*."

"Jo", dice Ysabel.

"Esto, esas cosas", dice Jo, y su mano temblorosa se cierra en un puño, presiona los nudillos con fuerza contra su esternón. "Lentes, dijo él. Y espejos. La respiración. Eso es lo que lo contiene, me dijo. Pero eso también ", ese puño se retuerce, y ella hace una mueca, "hace un caparazón para sí mismo. A partir de lo que toma. Forma un caparazón y *se planta* solo", sus ojos, su rostro se arrugan, sus hombros se encorvan, sus nudillos de hunden y ella se lamenta, "está *durmiendo, aquí*, en mi *corazón*, y no sé qué sucederá cuando", se estremece, "*despierte*", y un siseo de aliento, pero Ysabel la ha agarrado del brazo, le aparta el puño, tira de Jo hacia sí, brazos alrededor de ella, "Pero yo estoy aquí", está diciendo Ysabel: "Estoy aquí, Jo, estoy aquí", besándola, su frente, un sollozo con hipo. "Estoy aquí", le susurra. "Jo. Que sepas esto". Una mano deslizada entre ellas, posada en el pecho de Jo. "Yo soy", dice Ysabel, "*muchísimo* más grande que eso".

Jo tira de ella y la acerca, brazos firmes a su alrededor, aplastando la mano de Ysabel entre ellas, "Es que", dice ella, ojos cerrados con fuerza, "Yo, yo te amo", un aliento, al oído de Ysabel.

Y los brazos de Ysabel rodean a Jo, y su boca se gira para

encontrar la boca de Jo, y un beso, y otro beso, otro, y solo el más leve movimiento de sus labios en los labios de Jo: "Gracias".

# N° 27: Tiende a Derrumbarse

## la Habitación azul / Botellas y cartones y tinas y cajas

La habitación es azul, oscura y muy tranquila. Al pie de la tarima montada de almohadas blancas, bajo de los techos angulados, él está sentado, su cabello oscuro cae hasta los hombros, la gran barba le roza el pecho, la espalda y los brazos se encrespan con más vello, rizado con las curvas de los flácidos músculos, hasta su gruesa cintura redonda. Piernas flexionadas en postura india, pies descalzos metidos bajo los muslos, manos ligeramente abiertas sobre sus rodillas, su polla sobresaliendo, la punta oscuramente hinchada, brillante, allí ante su barriga de espeso pelo. Amplio bigote en una simple sonrisa bajo ojos simple y suavemente cerrados, allí entre su barba, su cabello, serenamente inmóvil, y muy tranquilo.

Las explosiones rasgan la pantalla del televisor, estruendo de disparos, los ángeles se acercan a un sargento rápido, y el tipo de la bolsa de frijoles se balancea adelante y atrás, pulgares y dedos operando frenéticamente el gatillo en su regazo. La vista en la pantalla rueda, tirones, diales y metros en las esquinas girando, parpadeando, galopando a lo largo de una manada llena de centauros de colores salvajes, rayas de cebra en colores pastel, manchas de leopardo de neón, arcoiris de Appaloosa, todos envueltos en alforjas de color caqui, torsos humanos envueltos en bandoleras, grandes armas en sus manos descomunales, ¡ponte a cubierto! ¡Debajo del cable! ¡Tus seis, a tus seis! Y otra explosión. "¡Mierda!", grita, disparando, riendo, "¡Mierda!" Al otro lado de la habitación, una mujer se dirige hacia una gran escalera oscura, y el otro hombre en la habitación aparta la vista de la pantalla, comienza a seguirla. Él dice, esquivando una columna de madera oscura, "Hey, Ellen, espera". Ella se detiene a un par de pasos, le mira. "¿Cuánto tiempo, exactamente", dice él, "se va a quedar aquí?", y señala hacia lo alto de las escaleras, más allá de ella. Ella

se encoge de hombros. Más explosiones, más disparos, el tipo de la bolsa de frijoles grita. "Todo lo que necesite", dice ella, cabello negro puntiagudo y corto, encaje de tatuajes bordeando el cuello de su camisa de deporte.

"Es que", dice él al pie de las escaleras, alto y corpulento, rebeca azul. "Los invitados ocasionales por una noche son una cosa, pero..."

"Mi habitación, mi amigo, mis asuntos", dice ella. "Ni siquiera te enterarás que está ahí, Dan, a menos que salgas de tu camino". La explosión más fuerte hasta el momento, y "¡Mierda!", grita el tipo de la bolsa de frijoles. La televisión se ha vuelto roja. Ella gira para subir las escaleras. "¡Ellen!", dice el hombre de la rebeca azul, empieza a subir, "Ellen, él, ¿qué demonios esta haciendo con mi camisa puesta?"

Ella lo mira de nuevo y tal vez se encoge de hombros. "Le queda mejor a él", dice ella, y sube un tramo, y otro tramo más, bajo el pico de la casa. Al final de un pasillo estrecho, una puerta, recortada en ángulo por la parte superior para que se ajuste a la pendiente del techo.

La puerta de esa habitación azul se abre, y ella entra, una sombra vestida de negro, destellos plateados, "Phil", dice ella. "Estás, ah, oh". Estira un pie para empujar el bulto negro de un traje desechado, allí en el suelo junto a la puerta. Salpicaduras de amarillo dentro, y de azul y blanco, una camisa hawaiana arrugada. "¿Hay hambre?", dice ella. "Iba por phở". Todavía en la puerta, con la mano en la jamba. "¿Quieres un poco?" Choque de una tabla del suelo cuando ella retrocede hacia el pasillo. "Traeré algo cuando vuelva", dice ella. "Eres bienvenido a la mitad de la cama, si la necesitas". La puerta se cierra. El pestillo hace clic, en silencio.



Tintineo de cristal, papelera amarilla en las manos, letras azules a los lados que dicen Portland Recycles. Clang y tintineo lo deja, lleno

de botellas, cristal marrón y verde, claro, cuatro o cinco botellas de vino largas y delgadas, el resto botellas de gaseosa, cerveza. Él se pone en cuclillas y saca un frasco con la boca ancha, la etiqueta en su mayor parte arrancada, y lo sostiene a la luz. "Joder", dice, dejándolo. Lo golpea, lo tira, lo envía rodando con un sordo traqueteo por el linóleo contra la pared. "Joder", dice otra vez, traqueteo y tintineo, y "mierda", y luego "maldición".

Junto a las cortinas hasta el suelo, un saco de dormir marrón y verde, alguien dentro, rueda, una voz murmura, "Qué".

"Trozos", dice, "de *pepinillo*", moviendo una mano, y el cabello oscuro se balancea sobre los hombros de su chaqueta de calentamiento azul y gris.

"¿Puedes enjuágalo?" El saco de dormir se encorva y se abre de golpe, se sienta dentro, una mujer, envuelta en una parka hinchada de color rosa y naranja. "¿Por qué debería hacerlo *yo*", está diciendo, "por qué no podrían *ellos*", y empuja la papelera, un estruendo estruendoso. "Solo tendremos que conseguir un poco. Encurtidos de pan y mantequilla. En la Venta de Joe".

"¿Tú quieres...?", dice ella, y se está pellizcando el puente de la nariz, "¿quieres comprar un nuevo frasco de encurtidos y, qué, comértelos todos, o tirarlos, y luego enjuagar el frasco porque no quieres enjuagar el tarro?"

"La etiqueta de ese", dice, y luego "¡maldita sea! Tiene el tamaño perfecto". Camina pisoteando por toda la longitud de la habitación para agarrar el frasco y luego cruzar la puerta. Tintineo y traqueteo, una llave chirriando, el torrente de agua.

Ella suspira, sale del saco de dormir, largo cabello amarillo cuelga de la capucha forrada de piel de la parka. Se pone un par de zapatillas de lona roja y se dirige con cuidado a través de la la basura esparcida por el suelo, más botellas vacías, de todos los tamaños y colores, vidrio y plástico, cartones de litro y y de dos litros y pintas pequeñas y medias pintas, cajas de cereal y cajas de pasta apiladas y envueltas con cinta adhesiva azul y negra de fricción, enormes mástiles de rollos vacíos de envoltura de plástico

y papel higiénico, toallas de papel, tinas de plástico altas y achaparradas, filas enteras de ellas que dicen «Nancy» con letras de varios tonos, todas dispuestas en una cuadrícula relativamente ordenada, caminos estrechos entre ellas y a través de todas ellas donde Jessie coloca los pies, cordones desabrochados golpean en el suelo hasta que llega a un amplio rizo despejado de un pasillo de algún tipo, bordes marcados con tiras largas de más cinta azul.

Está en el fregadero, frotando ferozmente el frasco, "Deber cívico básico ", está diciendo él, "*piensa* en otras personas, vamos ". Golpea el frasco en el mostrador con una docena o más de otros frascos y botellas vacías, fregadas, relucientes. Tira del grifo para cerrar el agua. "Luke", dice ella, "Luke", y él levanta la vista para verla allí, con las manos metidas en los bolsillos de su parka. "¿Por qué diablos llevas eso?", dice él sacando trozos de etiqueta húmedos del fregadero.

"Me estoy congelando", dice ella.

"Ya sabes por qué hace frío", dice él dejando caer el desorden en una bolsa de basura hinchada que bosteza allí en el suelo.

"Por eso estoy llevando esto".

"Estás ridícula". Se sacude la baba de la mano.

"Todavía hay olor", dice ella. Él se dirige hacia ella, hacia fuera de la cocina. "Luke", dice ella tras él, "Luke. Vamos a necesitar..."

"No", dice él arrodillado junto a un desordenado grupo de basura.

"Vamos a necesitar dinero", dice ella. "El alquiler. Día cinco. Es la próxima semana".

"Siempre estamos...", dice Luke, "siempre vamos a necesitarlo", saca una caja de cereal, "así que consigue un trabajo", dice él agarrando un colorido pájaro payaso en la parte delantera.

"Ya *tenía* un trabajo", dice ella.

"Jessie", dice, "no empieces, tú sólo", y él mira hacia arriba encogiéndose de hombros. "Tu hermana estará aquí pronto. ¿Cierto? Entonces quizá ella tenga algo para ti. Para nosotros".

"¿Mi...?", dice Jessie frunciendo el ceño. "Luke, ahora no es el..."

"*No empieces*", dice él inclinándose para colocar una de las cajas justo al lado de una jarra de plástico amarilla.

## **"En primer orden del día" / en esta mesa / antigualla cutre de mierda / los fundamentos de la seguridad**

"En primer orden del día", dice el hombre a la cabeza de la mesa, "en el momento que encaremos posibles socios de ocupación, necesitamos evaluar cómo el ancla anticipada va a impactar su enfoque de evaluación y disponibilidad". Es una mesa larga, una losa de madera del color de la carne pálida, pulida hasta un brillo impactante que se interrumpe aquí y allá por un teléfono o una tablet colocados ante esta o aquella persona, hasta el otro extremo, hasta un par de informes encuadernados repletos de banderitas post-it, un desparrame de diagramas coloridos, un gastado aparador con un par de carpetas de archivos en posición vertical, un pequeño cuaderno negro abierto, el leve roce de una pluma estilográfica, «EVALUACIÓN» escrito en tinta rojiza, «DISPONIBILIDAD», luego tres subrayados agudos. "Tampoco es", dice el hombre a la cabeza de la mesa, "que anticipemos un antagonismo hacia el ancla, por parte de ningún socio potencial". Su traje gris plano es ligeramente grande, el cuello de su suave camisa azul está desabrochado, escasa barba perfectamente recortada. "Pero al anticipar", dice, "sus respectivas posturas frente a sus perfiles de compromiso de marca individualizados que, permítanme asegurarles, revisaremos de manera exhaustiva antes de que tomemos cualquier", dice. , "Tête-à-têtes", parpadea con curiosidad. La habitación alrededor está amurallada con frías láminas de vidrio tintado en verde en los cuatro lados y, más allá de la refracción, el reflejo, el brillo de las lámparas de escritorio y los fluorescentes, pantallas de ordenador, cabezas asomando sobre las paredes de los cubículos, girando, siguiendo a la figura que vadea a través de ellos, una puerta de cristal tras otra se abre ante ella, "yo", dice el hombre que está a la cabeza de la mesa, "perdón", cuando la última puerta de cristal se abre y ella entra en la habitación, Ysabel con su largo abrigo blanco. "Traté de avisarla", dice alguien, una recepcionista tal vez, flotando a su paso, y "¿Le importa?", dice un hombre mayor a medio camino de la mesa, con una mano en su teléfono, pero ella



está mirando al otro extremo de la mesa. "¿Cómo *te atreves*?", dice ella.

"Lo siento, amigos", dice Lymond enroscando la tapa en su pluma estilográfica. "¿Creen que podríamos tener la habitación durante un minuto?"

"Yo, um", dice el hombre a la cabeza de la mesa, "¿No acabamos de empezar?"

"Y volveremos a ello", dice Lymond. "Tengo muchas ganas de escuchar más sobre este compromiso de marca. Ahora", empujando su silla hacia atrás, "si no les importa", pero ya están saliendo en fila, camisas y blusas de color verde opaco, azul lácteo, un intrépido traje rodea torpemente a Ysabel, toda de blanco. "Um", dice el hombre que había estado a la cabeza de la mesa, con su traje gris plano.

"Gracias", dice Lymond alegremente. La puerta de cristal verde se cierra. "¿Que cómo me atrevo?", le dice a Ysabel. "Soy el Rey. Se espera de mí cierta latitud".

"Podrías haberla matado ", dice Ysabel.

"Nos están mirando, ¿sabes?", dice él metiendo un informe en la carpeta. "Adelante. Inclínate sobre la mesa. Abofetéame. Eso debería ser suficiente para deshacer todo el asegurado sacrificio de él".

Ella parpadea ante eso, retrocede. "Sacrificio", dice ella.

"Lo pensó en ello como tal", dice Lymond apilando esos diagramas, golpeando sus bordes contra la madera. "Ahora. Dame una bofetada o date la vuelta y vete a casa".

"No hasta que te expliques, hermano".

"Oh, Ys", dice. "Si juegas en esta mesa", está metiendo los diagramas en una carpeta de archivos, "debes prestar atención". Una mueca de dolor mientras deja la carpeta a un lado. "Nos

encontramos en un punto crucial: el duelo entre el Diablo y el Cazador resultó a nuestro favor, pero la herida está recién curada. Cualquier cambio repentino podría abrirla de nuevo". Sus manos, juntas ante él, un pulgar apretado contra un nudillo. "¿Es eso lo que quieres?"

"He visto la herida", dice ella. "Casi la corta por la mitad. El ovr hace lo que puede", y ella alza la vista de la mesa para encontrarse con sus ojos, uno marrón, uno azul, ambos fríos. "Ella duerme. Lleva dormida desde que el Masón la trajo a casa". Inclinandose ahora, ambas manos plantadas en la madera brillante. "Te estoy haciendo la cortesía de responder a una pregunta que supongo que habrías hecho eventualmente".

Una amarga sonrisa. "¿Cómo está Jo?", dice él, "¿cómo está Jo?, sé cómo está nuestro Gallowglas: leal y efectivo. Confié en ella para hacer lo que había que hacer, y ella fue y lo hizo. Ahora", dice por encima de la fuerte respiración de Ysabel, "pregunto, una vez más. ¿Sabes lo que está en juego? ¿Pretendes oponerte a algún punto particular de nuestro plan? "Bofetada", dice. "O vete a casa".

Ella retrocede, se da la vuelta. Antes de que pueda abrir la puerta de cristal verde, él dice: "Cuídate, hermana, ¿dónde y cuándo podrías desagradar más?" Mira hacia abajo, hacia sus manos juntas. "Nuestros berrinches son caros".

"No te haces idea", dice Ysabel, "lo que podría haberse derramado de su corazón, si su ataque cardíaco hubiera sido un poco más cierto".

Ella abre la puerta. Él mueve su pulgar. La delgada línea de un corte limpio y recto a lo largo del borde de su dedo índice, cosido con pequeñas cuentas de sangre roja oscura. Se lo lleva a los labios. "Um", dice alguien, el hombre del traje gris plano un poco grande, mirando hacia la habitación. "¿Todo bien?"

"Me corté con un papel", dice Lymond señalándolo. "Venga, vamos. Empecemos desde el principio".



"Bueno, y no sé", voces débiles flotando a través de las tablas del suelo colocadas sueltas sobre las viguetas, "no es lo que discutimos, poetas y yonquis, épico, como algunos", hay un espejo, no hay nadie en el espejo, hay una grieta en el vidrio irregular, larga y moteado, manchada de oro, una neblina con lentejuelas, "esa historia, trabajando juntos, que no funcionó", un "plop plop" del grifo, charcos sobre mármol a rayas doradas sobre el fregadero, "pero allí, será épico, el polvo se volverá de oscuro a gris, a negro", un trozo de polvo amontonado bajo el espejo, fragmentos de una bolsa de plástico reventada, "esto o esto, o esto". También hay música, fuertes pero lánguidas guitarras rasgueadas, un melodeón, pero ella está sentada en la oscuridad, cabeza entre las manos, y no hay espejo, ni luz, ni lavabos ni agua, ni encimera de mármol, sino el polvo, deslumbrado, brillando en la nube láctea de su cabello y, aún así, la música.

"Bueno, si tenemos que tener un nombre", dice Gloria Lunes.

"Es algo para poner en un cartel", dice la mujer sentada en el sofá verde, una mano apoyada en el mango rizado de un bastón ortopédico, un gran escamoso bolso marrón en su regazo.

"Bueno, si eso es todo lo que queremos", dice Gloria luchando a un lado con un gran lienzo tensado, una figura giratoria caligrafiada a rayas negras, que revela otra apoyada detrás, el siguiente garabato salvaje de un baile. Ella da un paso atrás, tras una pequeña cámara de fotos plateada sobre un trípode rígido, se inclina para mirar a través de ella. "Podríamos llamarlo el césped", dice ella tomando una foto. Enderezándose, mira de un lado a otro, desde el cuadro hasta la foto del mismo, ahora en el enorme monitor de marco blanco tras ella allí sobre la mesa de trabajo.

"¿Como en sal de la?", dice la mujer de pie a un lado, largo abrigo negro con brillantes botones plateados y un sombrerito gris de ala ancha en la cabeza.

"Eso no es lo que discutimos", dice Anna con sus pantalones de campana, finas gafas de montura negra brillando a la luz.

"La casa" dice Gloria, agarrando el lienzo. "En decadencia y desmoronamiento y poetas y yonquis y veinte cuartos de baño y lleno de", lo levanta, "épica", lo aparta a un lado, "leyenda y arte", para revelar el siguiente. "El Césped", dice Gloria Lunes. Pies descalzos, escaleras impresas con engranajes superpuestos, su enorme camiseta blanca dice «Botas de Combate Robótico».

"Me gustaba Todoclima", dice Anna. "Si vamos a cambiarlo".

"Sí, bueno", dice Gloria inclinándose tras la cámara de nuevo.

"Eso suena a esas mierdas de Harry Potter", dice la mujer del largo abrigo negro.

"Calabacendo a", dice Gloria, tomando otra foto. "¿Abuelita Climatodo? ¿Cuánto llevas sin ir al instituto?" La mujer en el sofá resopla, se sienta y levanta el bastón. "¿Qué tal...", dice ella señalando con el ancho pie de goma hacia el espacio cavernoso más allá, "este edificio?", las cajas, el equipo, los bultos de lo que sea que hay bajo las lonas apilados a ambos lados, marchando uno por uno por los largos muros altos, "su historia", empapada en una suave luz gris que se suspende desde debajo de las vigas, las ventanas allí fregadas de toda suciedad, limpias de pintura, "un nombre debería honrar eso".

"Esto era un almacén de verduras", dice Gloria.

"Un mercado de agricultores", dice la mujer en el sofá, "construido por inmigrantes italianos, trabajando juntos. Cooperativamente".

"Mercado Noés", dice Gloria, "Mercado Mugriento, *que* no funcionó", agarra el siguiente lienzo, "Mercado Pus tiene un cierto golpe", lo arrastra a un lado, "pero a Anna no le gustó ninguno de esos, y de todos modos es una antigualla cutre de mierda. Plano efluvial Me gustaba un poco, pero eso es, *pasarse*, ¿sabes?"

"¿Cuántos años tienes?", dice la mujer vestida de negro.

"Que te *jodan*", dice Gloria. "*Esos años tengo*".

"Gloria", dice Anna.

"No, que le *jodan* a esto", gruñe Gloria. "Tenemos el espacio. Estamos haciendo esta cosa. Va a ser épico. Y puedes subir a bordo, involucrar a tu gente", la mujer en el sofá agarra su bolso, "puedes escribir sobre eso como si supieras lo que va a pasar", la mujer vestida de negro, manos en los bolsillos, sonría, "o puedes luchar para ponerte al día después, como todos los demás".

"Sra. Thorpe, debemos disculparnos", dice Anna después de un momento, pero "No, no ", dice la mujer vestida de negro, "Si los ánimos se calientan, los dejas salir y eso está bien, y luego te paras y tomas una profunda respiración y *piensas*. Quizás hagas esto, o quizás mañana te echen por ocupa. Usted no..."

"¡Hey, Anna!", dice Gloria. "¿Qué tiene que decir el propietario sobre que estemos aquí?"

"No hay objeciones", dice Anna, pero Thorpe mira hacia otro lado y pone los ojos en blanco. "Yo hice mi parte", dice ella levantando su sombrero gris, "o no estaría aquí en absoluto", se rasca la cabeza, corto cabello oscuro y recogido. "Eres Suzette Wilson, eres la hija de Tom Wilson, y lamento tu pérdida, pero el título de este montón de obras no es tan claro como", pero Gloria dice: "Esto, esta es *mi* casa ", mientras dice Thorpe, "lo es incluso antes de que entremos en las cuestiones de seguros, zonificación e inspecciones", pero Gloria grita: "¡S1! ¡El jueves pasado! ¡La casa de té! ¿Crees que *ellos* esperaron a que les dieran unos jodidos *documentos*?"

Anna y la mujer en el sofá, mirándola las dos, a una Gloria furiosa, Thorpe se coloca el sombrero en la cabeza, "Bueno", dice ella metiendo las manos en los bolsillos del abrigo, "S1 es legal en la calle ahora, sí, ¿y la casa de té? Eso fue en Sellwood. Hace mucho. ¿Y tiene alguna idea de cuánto pagan los comerciantes de Alberta a la ciudad por policías adicionales?" Un encogimiento de hombros y esa sonrisa sonrío a alguien más comprensiva. "Quieres rogar el

perdón en lugar de pedir permiso y puedo respetar eso, pero existe cierto delicado equilibrio. Tienes que ser lo bastante grande para que te noten, pero no puedes ser tan grande como para que te noten, ¿sabes?" Mira hacia el cavernoso espacio de abajo. "Y todo esto que quieres hacer en una semana". Se gira, manos extendidas en un desventurado encogimiento de hombros, un murmullo, "Me gustas", dice ella, "Sí, me gusta la idea", mira hacia arriba. Suena como si alguien estuviera cantando allí arriba.

Allá arriba, al borde de las tablas colocadas sobre las viguetas, junto a la breve escalera atornillada a la pared, un par de largas piernas desnudas patean, bóxers naranja, "ee, ee-oh ni", voz aguda, un gruñido, "doo da-da dee, doo da-da dee", bajando la escalera hacia la pasarela, una loca nube de cabello blanco dorado, "y rápidamente fue recibida, con entusiasmo", y Thorpe baja la vista hacia los cuadros inclinados, hacia la imagen en el enorme monitor. "Algunos dicen que tenía más que ver con ella", la cantante se abre paso, mano en la barandilla, "un sentido incorrecto del vestido, que su talento o su diligencia", abre una puerta allí, pintada con letras que posiblemente decían antaño «Rancheros», o «Jardineros», y al cerrarla amortigua su canción. "Lo siento", dice Anna, atrayendo su atención. "Parece que Marfisa olvidó que nos reuniríamos esta mañana".

"Yo la he visto", dice Thorpe, "la he escuchado antes".

"Sal y paja", dice la mujer en el sofá, pero luego, levantando un dedo, "Ah, no, ese es el helado".

"Ella venía con la casa, más o menos", dice Gloria. Allá arriba, un chasquido de agua, esa puerta se abre, Marfisa sale, "¡Cartier Bresson!", grita. "¡Max Ernst, Paul Eluard, George Bataille", mientras regresa por la pared hacia ellas. "Su misoginia la irritaba de verdad, pero ella no era, ella", se detiene allí, vacilando un poco, mirándolas. Se rasca distraídamente justo debajo de un seno y la luz del sol brilla en el polvo dorado que le salpica la piel.

"Yo te escuché tocar una vez", dice Thorpe abruptamente.

Su amplia sonrisa se extiende, Marfisa inclina su cabeza de oro

blanco, "¡Lee, ee-oh ni!", canta echando mano a la escalera. "¡Lee, ee-oh ni!" Sube de nuevo hacia el improvisado suelo superior.

"¡Piedra y sal!", dice la mujer en el sofá. "Eso era".



"Ding" del microondas, ella abre la puerta, mete la mano enguantada en busca de una humeante taza rosa que dice «Sophia & Dorothy & Blanche & Rosa». En ella sumerge un infusor de pulpo morado, colgando de su delicada cadena por un momento. El color florece.

Sale de la cocina, cruza el salón de paneles de madera oscura, puff verde grisáceo, siseo y chirrido de zapatillas al doblar la esquina de un pasillo muy iluminado. Empuja una puerta entornada hacia una salita oscura, iluminada solo por la luz del sol que mancha los bordes de las pesadas cortinas y casi completamente llena por una gran cama ancha. "Te he traído té", dice ella colocando la taza en la mesita de noche de la esquina. "Hey". Se sienta al borde de la cama. "Llamé a Reg", dice estirándose por el margen del grueso edredón oscuro y da una suave caricia a la cabeza rubia allí, girada hacia el otro lado. "Le dije que necesitaríamos otra semana. No quedó muy contento, pero bueno. Que le jodan". Se mete un mechón del cabello, tan rubio, tan liso, detrás de la oreja. "Chrissie", dice ella. "Chér".

"No quiero ningún té".

"Sí, bueno", dice Ettie, y se levanta con un suspiro. "Por eso debe de ser que salgo con hombres. No pueden romperte el corazón".



La puerta se abre, por un momento todo se revela, suelo arañado

y gotas de mugre en la barra, pintura pelada con hoyuelos en toda la parte delantera y el bajo de vinilo agrietado, polvo cubriendo las botellas en el estante superior, las desgastadas luces de neón. El camarero, pelo de punta iluminado pálidamente hasta un marrón dorado, mano eclipsando la cruda luz del día, flaco brazo adornado con tatuajes sombríos, "¿Jacks?", dice Jessie parpadeando, pero la luz queda engullida cuando la puerta se cierra, y la penumbra se cierne sobre el cálido neón, la chispa del cristal, el traqueteo de la batería y un par de animados acordes y un bajo burbujeante, "¿Jackie?", dice el camarero, su pelo se ha vuelto negro. "Ah, no. Ella no está aquí".

"Oh", dice Jessie, en su acolchada parka rosa. "Perdón. Pensé que", y ella niega con la cabeza, «Los americanos así fueron rechazados», canta alguien junto a la guitarra y la batería, «todo en orden para viajar al otro lado». "Ella normalmente trabaja por las mañanas", dice Jessie. "¿Alguna idea de cuándo entra?"

"No, verás", dice el camarero, "Lo que quiero decir es que ella no está aquí. Ya no". Dobla esos delgados brazos, apoya los codos en la barra. "Y, venga ya, no podemos dar los horarios del personal. Seguridad básica".

"Soy una amiga", dice Jessie, y luego, "Ella solía bailar aquí. Hace casi un año, año y medio. ¿Se la llamaba Lluvia?"

"Si eres una amiga", dice el camarero, "quiero decir, ella se fue, hace cuánto, justo después de las vacaciones. Hace dos o tres meses. Bueno, o sea", y él extiende las manos. "¿Quieres algo de beber?"

"¿A dónde fue?", dice Jessie.

"No sé, a Eugene o algo así. Pero incluso si lo hubiera hecho, no podría decírtelo, porque, seguridad, ya sabes. ¿Café? ¿Algo?"

«Apuesto mi vida, no habría violencia allí», y ella abre la boca para hablar, pero todo se ilumina de nuevo, se descolora, cuando la puerta se abre, dos mujeres, gabardina y gabardina, bolsa de deporte y mochila, asintiendo al camarero que saluda con la mano mientras ellas cruzan mesas vacías más allá del pequeño escenario



vacío, hacia la anodina puerta de allí atrás. "¿Qué hay de Chili?", dice Jessie. "¿Está allí?"

"¿Él?, nah, Chili, ahora estamos", dice el camarero mientras ella se aleja andando, "estamos bajo una nueva administración", le dice a su espalda, "bueno", pero hay una confusión junto a esa anodina puerta cuando se abre, esas mujeres pasan a un hombre que está saliendo, chaleco de cuero marrón y un rico cabello rojo cayendo de un sombrero de pico, "Tienes que", dice el camarero, pero Jessie le despacha con un gesto de la mano. "Es Gaveston", dice ella. "Conozco a Gav".

Pero Gaveston está aguantando la puerta a otra persona, a una mujer alta con un chándal blanco, corto cabello verde amarillento, y Jessie se detiene en medio de las mesas vacías. "¿El Carro?", dice ella. La mujer alta le está diciendo algo a Gaveston, mientras se dirige más allá del pequeño escenario. "¿Iona?", dice Jessie, y la mujer alta mira para verla allí bajo luz rosa. "Oh", dice ella, se para en seco. "Lluvia".

"¿Está ella aquí?", dice Jessie. "¿La...", una tos, "la Princesa? Eh, Reina? ¿Ysabel?"

Iona niega con la cabeza, "Sólo he venido en su nombre", dice ella, alejándose, pero "Iona", dice Jessie, "El Carro, dile, por favor", e Iona se detiene y mira atrás. "¿Sí?", dice ella.

Jessie aparta la mirada. "Nada", le dice. "No le digas nada. Ni siquiera, que me has visto".

"Como quieras", dice Iona. Jessie todavía está mirando hacia otro lado allí entre las mesas vacías. «Quisiera el vértigo», tintineo de la guitarra, «me gustaría vivirlo, me gustaría que me levantaran», y la anodina puerta ahora está cerrada. El camarero no está detrás de la barra encendida, recorrida una vez más por la luz del día cuando Iona abre la puerta. Ella la cruza, la puerta se cierra, la oscuridad regresa.



«Asalto Marino Nox» dicen las letras que perforan la luz en la pantalla. «Elige tu Escuadrón a continuación». Un contralto ronco dice "Preparados, Sargento", por los altavoces, y el tipo en un gran cojín aprieta y hace clic en el mando de su regazo, girando la vista en la pantalla hacia un abigarrado equipo de centauros, cada uno de los cuales se acerca para presentar los brazos mientras el foco se estabiliza fugazmente sobre ellos, pronunciando un eslogan, "Rock and roll, pillarlos y empaquetarlos, temerán mi canción, bombas, ¿por qué tienen que ser bombas, disparar es hermoso? Rock and roll, pillarlos y empaquetarlos ¿por qué tiene que temer a mi rock and roll y disparar?» "Esto va a apestar", dice el tipo en el gran cojín, "Necesito más de que tanques para esto". Arrugas en los ojos y vello a lo largo de la mandíbula. "¿Tú qué piensas?", dice apartando la vista de la pantalla, "sería un mixolidio", pero no hay nadie a su lado, hay un hombre que se aleja hacia la gran escalera oscura, esquivando una columna de madera oscura, voluminoso suéter rojo, está mirando a la mujer parada allí en las escaleras, pantalón negro, pajarita desabrochada en su cuello alado. "Siempre y cuando lo necesite", dice ella, y "Oh", dice el chico en el gran cojín, volviendo a la pantalla, "Ellen está en casa". Hace clic en las figuras en la pantalla, se balancea, «disparar es hermoso, ellos temerán»: "¿Qué demonios está haciendo llevando mi camisa?", y el tipo en el gran cojín levanta la vista de nuevo, el hombre del suéter rojo sube uno o dos escalones y Ellen por encima de él, tal vez un encogimiento de hombros, "Le queda mejor a él", dice ella alejándose. "¿Por qué tiene que ser así?", dice el centauro en la pantalla. "¡Agrúpalos!»

# **"Bastante angustiante" / así como Ella podría / tomar Cualquier mano / Algo cae**

"Bastante angustiante", dice el hombre mayor, allí en el sillón de respaldo con alas. "Aunque uno no desea hacer de patán. Un cierto grado de desarreglo debe ser permitido, dados los choques... el desafío, el duelo ..."

"¿Permitido?", dice Agravante junto a la chimenea de piedra amarilla, un codo sobre la repisa, y el hombre mayor da un sorbo de té con leche de una taza de porcelana color hueso. "¿Cómo está el campeón del Rey, por cierto?", dice.

"A las puertas de la muerte", dice Agravante. Allí, en la repisa a su lado, una diabólica cajita-cesta tallada en un trozo de madera roja oscura. "Una pena", dice el hombre mayor, sacudiendo la cabeza, rígidos rizos grises hacia atrás, y el cuello de su camisa desabrochado, una bufanda azul anudada ordenadamente alrededor de su garganta. "Aunque es desagradable, ¿cómo podrían demorarse en ese umbral? Ni aquí ni allá ", y otro sorbo de té.

"¿Qué es lo que te angustia, Medardus", dice Agravante. Trenzas de oro blanco atadas perfectamente de negro, traje gris con azul.

"Es una pregunta delicada que habría respondido, Pinabel", dice el hombre mayor, colocando la taza en el plato en su regazo, «clinc». "¿El Rey todavía quiere perseguir su audaz visión?"

Arrugas en la frente de Agravante. "Por supuesto", dice. "Hasta donde yo sé".

Medardus sonrío. "Delicadamente dicho", dice. "Han pasado dos días".

"Estas cosas llevan tiempo".

"Dos días", dice Medardus, "desde que me quitó mi oferta",

nudosos dedos se cierran en un puño, al tiempo que se dibuja una sonrisa aún suave. "Y no se ha dicho una palabra desde entonces".

"Hay mucho que considerar", dice Agravante. "Cuatro de ustedes se disputan su mano".

"Por favor, Pinabel", dice Medardus dejando caer su mano con un ruido de taza y platillo. "Es una indulgencia fingir que la elección no es manifiestamente clara... que la mía no es la mejor oferta".

"No la mejor, quizá", dice Agravante. "Pero, ¿suficiente?" Un hombro de crítica se encoge.

“¿El Rey demandará más?”

"¿Cómo puedo responder a eso?", dice Agravante, "cuando no sé nada de lo que prometiste o él podría requerir".

"Nada", dice Medardus aún sonriendo. "Qué palabra tan delicada". Coloca la taza y el platillo en la mesita entre ellos. "Yo confiaría que", dice, "siempre se pudiera decir que el Sabueso hizo bien por Medardus", y anuda esos dedos nudosos en su regazo. "Como tanto puede ser dicho, con seguridad, que Medardus hizo bien por el Sabueso".

Bastante cautamente, Agravante no sonríe ante eso, ni asiente, sus hombros no se mueven, ni lo hace su brazo junto a la caja-cesta. "Por supuesto", dice.

"Pero también se dice", dice Medardus, "que el miedo se apodera de tu corte: que el linaje está roto. Que la Reina, a pesar de su recuperación prodigiosa, no tiene Prometida propia. Que la mano de tu Rey, sin embargo, relucientemente, está forzada. Que él pretende", y aquí Medardus se inclina hacia adelante, codos sobre las rodillas, "tomar a la Princesa para si mismo, y por eso que nuestras ofertas quedan sin respuesta". Se reclina de nuevo, desdeñoso aleteo de sus dedos. "O eso se dice".

"Por algunos", dice Agravante.

"Ciertamente", dice Medardus.

"Pero no por mí", dice Agravante.

"Ah". Medardus se pone en pie. "Dime", dice mientras Agravante lo conduce fuera del saloncito, "¿cómo le va al Conde?"

"¿Abuelo?", dice Agravante deslizando a un lado la puerta corrediza de paneles de madera. "Duerme". Más allá, un estrecho zaguán, la sombra de una larga escalera recta.



"Ah", dice él. "Eres tú", copa de vino en la mano, algo oscuro. "Ella no está aquí".

"Lo estará, muy pronto", dice Marfisa bota embarrada subida en el escalón del porche lateral. "Jason, ¿no puedo simplemente, esperar dentro?" El cuello de su abrigo de piel de oveja está levantado, suelto cabello blanco agitado por una racha de aire. Él retrocede un paso, la puerta se mantiene abierta, sus labios un agría puchero entre su bigote y su opaca barba roja.

Sube los escalones hacia una sala con barro pintada de azul, abrigos olvidados y un enredo de paraguas, un recogedor, una pizarra llena de tareas pendientes y listas de compras, "Ah, ah", dice señalando, gafas de lentes gruesas diáfanas por la luz del techo, y ella frota las botas en un felpudo antes de subir a una cocina a la izquierda, una estufa rojiza y una olla humeante de algo, un refrigerador de acero inoxidable con cupones y tarjetas de notas, un calendario, un examen de matemáticas festoneado con marcas rojas y estrellas doradas, ella pasa una barra de desayuno descuidadamente llena de periódicos y una caja de latas de refresco, en una sala de estar angosta, un bajo sofá marrón, una niña embutida en un extremo bajo una manta roja y amarilla, y auriculares rosados sobresaliendo de su cabello oscuro, viendo algo en la tablet en su regazo. "Grace", dice Jason, todavía en la cocina,

pero ya se está arrancando los auriculares, una explosión de música alegre, mientras Marfisa se acerca a la mesita de café. "Hey, Mar", dice la chica en el sofá, y "Grace", dice Jason de nuevo, "escaleras arriba", mientras Marfisa se sienta en el otro extremo. Algo voluminoso está metido en su abrigo, se inclina sobre la mesa, lo saca, una bolsita de papel plana que vierte un fajo de octavillas, páginas con ribetes dorados salpicadas de líneas negras, una bailarina presentada en caligrafía, y cada una marcada por el punto verde de un ojo. "Oh, hey", dice la niña, saltando de debajo de la manta, todo codos y rodillas, y ruidos de auriculares, "¿es eso...?", dice Jason dice "¡Grace!", de nuevo, pero ella ya ha recogido un folleto, girándolo una vez y otra, nada más en él sino pestañitas en la parte inferior, cada una impresa con un elaboradamente arabesco signo de interrogación. "¿Estás tú poniendo esto por ahí?"

Marfisa se encoge de hombros. "¿Los has visto?"

"Ayer, en el Mississippi Pizza", dice Grace. "¿Los dejaste allí?" Marfisa se encoge de hombros otra vez. "¡El Mercury tenía un problema sobre estas cosas, porque nadie sabe qué son, o quién es, decían: esto es, ¡eres tú! ¡Tú estás haciendo esto! Decían como... ¿estás volviendo a reunir a la banda?"

"Grace", dice Jason.

"¿Qué?" espeta Grace que aparta los ojos rodándolos.

"Arriba", dice, "ahora. Tarjetas didácticas hasta la cena".

"Jason", dice ella, pero se está levantando del sofá entre pataditas, recogiendo la tablet cuando por ese camino hay un traquetep y un chirrido de bisagras desde ese porche lateral, "¡Estoy en casa!", grita alguien, y "¡Carol!" grita Grace, girando sobre sus talones, pasando a empujones a Jason, cruzando la cocina, "¡Adivina quién está aquí!"

Marfisa se inclina hacia adelante, deslizando los folletos de vuelta a la bolsa, sin alzar la vista a Jason, que la observa mirando hacia abajo.

Y allí está Carol, junto a la barra de desayuno, colocando una mochila de cuero marrón en la alfombra. Envuelta en un sarape a rayas marrones y amarillas, cabello oscuro perfectamente corto. "Mar", dice ella. "¿Cómo estás?"

"Tan bien como podría", dice Marfisa alzando la vista, apartando hacia atrás una onda de cabello de oro blanco. "¿Qué le dirías a una oportunidad de cantar otra vez, juntas?"



Un corredor estrecho, lúgubre, puertas oscuras a cada lado, números plateados colocados en las paredes junto a cada una, delgados 1, fibrosos 7, grandes 6 de vientre redondo, un 8, un 9. Iona en su chándal amarillo lidera en camino al doblar una esquina, se para ante la puerta al final del pasillo. 620, son los números al lado. Saca una tarjeta blanca de un bolsillo, la observa antes de deslizarla en la ranura del pomo. "Echo de menos las llaves", dice mientras la cerradura hace «clac», una luz verde parpadea y se enciende. "Estas puede que sean mejores, pero no de una forma que importe". Abre la puerta. "Adelante", dice.

Dentro, paredes marrones y doradas, bañadas por la luz del día, empañadas por cortinas amarillas echadas sobre las esquinas con ventanas. Una cómoda silla amarilla, una mesa de lectura y una lámpara, apagada. Una amplia cama envuelta en azul y marrón y al pie de la misma, sentada a lo indio, Ysabel con una camisa blanca y suaves mallas blancas con gruesas arrugas. "Estornino", dice ella con una sonrisa.

"Mi Reina", dice el Estornino, una sombra allí junto a la amarilla Iona, vaqueros negros, sudadera negra, la capucha puesta. "Este no es nuestro jueves habitual", dice, no más que un susurro.

"Este no es un jueves", dice Ysabel, asintiendo a Iona, quien sale y cierra la puerta tras ella. "Este es un fin de semana entero, si quieres".

"Pero debo bailar, Madam", dice el Estornino. "Hoy y esta noche, en el club, y el sábado..."

"Ha sido despejado, con tu gerente", dice Ysabel. "Eres libre hasta el lunes".

"Libre de estar aquí, con vos", dice el Estornino. Y luego, "Si es que sólo somos nosotras dos". Sus palabras pierden fuerza.

"Si quieres", dice Ysabel. "O, vuelve por esa puerta. El Carro te llevará felizmente a cualquier lugar de la ciudad al que quieras ir".

El Estornino echa mano a la correa de la bolsa de gimnasia negra que cuelga del hombro. "No me importa", dice ella, "estar con vos. Sólo iré a cambiarme", pero: "No", dice Ysabel rápidamente, "Estornino, no. Deja eso en el suelo. Siéntate conmigo".

"Mi Reina", dice el Estornino. "Yo no soy quien soy cuando estoy con vos".

"Por favor", dice Ysabel. "Siéntate".

La bolsa de gimnasia cae a plomo sobre la moteada alfombra marrón. Acercándose un paso, el Estornino se para un momento al pie de esa cama, e Ysabel se sienta allí, sonriendo, pero luego el Estornino se gira y encuentra la silla amarilla detrás de ella, y se sienta, una oscuridad en esa débil luz.

"Me alegro de que hayas venido", dice Ysabel.

"Mi Reina lo deseaba", dice Estornino.

"Pensé que", dice Ysabel mirando hacia otro lado. "Hoy pensé que podría bailar para ti. He bailado antes, ¿sabes? En una fiesta. Ella me dijo que era bastante buena".

"Por supuesto", dice Estornino.

"Me decidí por un atuendo", dice Ysabel mirándose a sí misma,



"nada demasiado elaborado" y "Bien", dice el Estornino, "pero", dice Ysabel, "he estado desconcertada con los labios, "¿Cuál debería ser el color?" Una mano alzada hasta su boca, su cabello, "¿Blanco?", dice ella. "¿Para ir con el conjunto? ¿O eso sería demasiado? ¿Un rojo simple sería suficiente?"

"Nadie presta atención al lápiz de labios", dice el Estornino.

"Tú sí", dice Ysabel, rápidamente, incluso bruscamente, y luego, "Tú cuidas mucho los tuyos".

Esa capucha se mueve, baja, hacia un lado, con una luz tenue que pasa sobre su barbilla, la punta de su nariz. "Los blancos son mejores para el escenario", dice ella. "Demasiado audaz para estos espacios reducidos".

"Un rojo simple entonces".

"Su majestad está triste", dice el Estornino entonces. "¿Por qué debería ser eso?"

"Yo", dice Ysabel alzando los hombros y la barbilla, una réplica hinchada pero súbitamente pinchada, desinflada, y aparta la mirada. "Asuntos de la ciudad", dice ella.

"¿No del corazón, entonces?", dice el Estornino. "¿Ni las caderas?"

Ysabel se desenreda, pies descalzos sobre la alfombra y manos al borde de la cama. "Dime", dice ella. "¿Conoces el olor de la sangre?"

Esa sombra se sienta erguida. "Sí, Madam", dice Estornino.

"Ella duerme", dice Ysabel. "En paz. Su herida sanó con una cataplasma hecha con la porción de un feudo. El sangrado hace mucho que se detuvo, pero", y toma una profunda respiración, tiritando al final de la misma, un suspiro, "donde quiera que voy por esas habitaciones todavía puedo *olerlo*, esa... *esencia*, como una armadura caliente del sol, y yo", pero el Estornino se está levantando, da un paso, se arrodilla al pie de la cama, alcanza la mano que Ysabel levanta, "aquí estoy yo", dice ella, "escondida en

un hotel al otro lado de la ciudad".

El Estornino se sienta sobre los talones. "¿Preferís marchar hacia ella?", pero Ysabel está negando con la cabeza, "El Masón", dice ella, "la vigila. Ella no carece de nada. Yo...", pero se detiene y el Estornino toma su mano, la baja y la cubre con la suya. Ysabel dice: "Mi hermano me lo dijo una vez", pero se detiene de nuevo, parpadea rápidamente, mira hacia abajo a el Estornino, que mira desde debajo en su capucha negra. "Él fue un niño pequeño una vez", dice Ysabel. "¿Sabías eso?"

"El Rey", dice el Estornino, "sí, Madam, por supuesto. Recuerdo esos días".

"Sin ser siquiera un Príncipe, solo un infante, vino a mí, al jardincito, me tomó de la mano y me preguntó, hermana, ¿por qué lloras?", gira su mano en la mano de el Estornino, tomando agarre en ella, apretando. "Y le dije, porque no deseo casarme. Pero soy la Prometida, dije, y un día vendrá un Rey, y debo tomar su mano. Ya sea que lo desee o no, debo hacerlo, pero él me", ahora mirando hacia otro lado, "me juró, entonces y allí, con la mayor seriedad, que él algún día sería el Rey, que yo podría no necesitar nunca tomar la mano de nadie".

El Estornino dice: "Y él hizo exactamente eso".

"Mi hermano", dice Ysabel, "el Rey, esta", y sus ojos se cierran, sus pestañas brillan, "ciudad", dice ella, y su boca se cierra alrededor de otra palabra que no se pronuncia, ella traga, y se lame los labios. "Jo", dice ella.

"Mi Reina", dice el Estornino. "Iré, me cambiaré y bailaré para vos, para que ocupéis vuestra mente", pero: "No", dice Ysabel, inclinándose hacia adelante, con las manos sobre los hombros de Estornino, "no te cambies, no te vistas, no actúes", levanta una mano hasta el borde mismo de esa capucha, pero luego se para, se retira. "Te vería tal como eres", dice ella, manos una vez más en su regazo.

"Pero, mi Madam", dice el Estornino, y levanta la mano para

retirarse esa capucha. "Siempre soy como soy". Cabello negro sin rizar, peinado hacia atrás, recortado para que roce sus sienas, alrededor de esas orejas. Sus mejillas, la línea de esa mandíbula. La nariz. Esos ojos, solo una pizca de verde opaco. Delgados labios sin pintar, suben, se separan mientras Ysabel se inclina para decir: "Y tú estás conmigo", y luego un beso plumoso, tiran de las manos de Estornino, la levanta, el Estornino de pie ante ella, y las manos bajan hasta las caderas de el Estornino, el áspero encaje negro, las trabillas, su pulgar, el ancho cinturón de cuero, alza la vista, esos ojos verdes. Tira de la voluminosa sudadera negra, "Quítate esto", le dice, y el Estornino la levanta y la arroja a un lado. Desnuda ahora de la cintura para arriba, y el torso de ella delgado y largo, y sus largos brazos nerviosos bajando, rizándose, las manos oscuras de Ysabel atrapan el pecho pálido y liso de ella junto a esas amplias manos blancas, y el dorso de estas gruñendo con gruesas venas azules.

"¿Ahora queréis que me vaya a cambiar?", murmura el Estornino.

"Pero eres hermosa", dice Ysabel soltando sus manos, alcanzando la lengua del cinturón. La hebilla suena. "Majestad", dice el Estornino, "Soy muchas cosas, salvo", y un grito ahogado, ante el beso presionado allí bajo su ombligo sombreado, mientras esos vaqueros negros se aflojan, caen cuando los dedos de Ysabel se sumergen para desplegar una fina polla pálida, y una caricia por su longitud la levanta, "oh", dice el Estornino, "mi Reina, no necesitáis", mientras su mano acuna la cara de Ysabel.

"Pero quieres que lo haga", dice Ysabel, y el Estornino, temblando, asiente. "Los principios, debería pensar", dice Ysabel, "¿son esencialmente los mismos?" Y el lamido de un beso buscando la punta de la misma, allí dentro de su palma.



Sujeta al poste, una corteza de carteles, folletos, octavillas, postales, solapados y trenzados unos sobre otros, con marcas de

lluvia, desteñidos por el sol, retorcidos, rasgados, desfigurados, «Thrash o Muere», «Burlesque Duchas de Abril», «¡Snap! en el Holoceno», «Anodyne presenta», «Perro Perdido», «Caballo Risueño», «Círculo de Percusión Sábado Llueva o Haga Sol», «Cinco de Mayo en la Orilla», grandes letras negras en una hoja enorme, «Grupo Samurjay», «Grupo Maravilla», «Los Supremos Hermanos Flores», «Woodburn Rocks». A medida que el autobús se aleja, ella aparta hacia atrás su cabello negro mirando hacia la parte superior de esa hilera de árboles erizada y resbaladiza, donde un puñado de antiguos carteles han sido arrancados para dejar docenas de grapas desnudas, destellando junto a un letrero de metal que dice «No Aparcar en Este Bloque», una hoja relativamente nueva de papel con ribetes dorados, garabatos negros y locos que acechan a una bailarina, un solo ojo de tinta verde brillante. Ella alza la mano hacia las pestañas que flotan en su parte inferior, cada una impresa con sólo un elaborado arabesco signo de interrogación. Su otra mano sostiene con fuerza una mochila de cuero negro que cuelga del hombro de su elegante chaqueta negra. Gafas con gruesas monturas negras. De un repentino tirón, rasga el cartel.

Un amplio porche con cuatro puertas delanteras una al lado de la otra, y ella abre y cuela por la tercera y sube una inmediata escalera empinada, estrechada entre paredes oscuras, sin luz, esa satinada página amarilla en su mano. Sigue la pared, hasta la parte superior de las escaleras, cruza una sala abierta, un sofá en el suelo ante el que se amontonan cajas de cartón a lo largo de un pasillo antaño pintado de blanco, hace algún tiempo, iluminado por la luz del día que se filtra desde alguna parte. Al final, una habitación oscura, cortinas cerradas, y ella cierra la puerta al entrar, una sombra en las sombras. El bulto de la mochila cae al suelo, crujido de pasos, el clic de un interruptor. La resplandeciente luz de las bombillas desnudas en el aplique en el centro del techo, manantiales rosados por las paredes, todas las cortinas en espiral y ramos descoloridos, la cama allí, la ropa de cama sesgada a rayas marrones y beige, y en el suelo al pie de esta, un gran pila cónica hasta la rodilla o más de brillante polvo dorado.

Ella lo rodea, chaqueta medio abierta. Una cresta de la pila se ha asentado, se desploma, el polvo se arrastra por el suelo lejos de ella, y el cartel de ribetes de oro cae, arrugado, de la mano que está

levantando hasta su cuello, hasta el trozo de encaje negro atado allí. Un paso atrás, alrededor de la cama. Ella toma una pequeña escoba de la mesita de noche. Se arrodilla junto a la pila. Comienza a barrer el dorado, con cuidado de cada hilo y grano.



Los párpados se contraen, los labios se abren solo para decir ni siquiera un susurro, tal vez un número, contando, nueve o diez, once, esos párpados se abren sobre los ojos color barro que giran, se entornan, intentan enfocarse, un borde brillante allí, brillante como un espejo, cambiando cuando ella parpadea con él, plano, liso y delgado, de alguna manera profundamente dentro de él, enrollando espirales de luz y oscuridad que persiguen un surco poco profundo y que se extiende limpiamente hasta una red brillante, allí la almohada, hebras de hilo que anudan una jaula alrededor de una simple empuñadura, ella se aleja, se sienta erguida, "Mierda", dice mientras la espada se enreda en las sábanas, se tambalea en el borde del futón. Ella está doblada, una delgada camiseta blanca, cabello rojo como el vino, se rasca la espinilla, una delgada línea oscura de sangre goteando por el tobillo, "Mierda", dice otra vez. Tira de la empuñadura, saca la hoja de las sábanas, "esta jodida", pero esta se mueve en su mano, un rápido giro y se aleja, la hoja vuela por la habitación para chocar y un temblor, apuñala la pared blanca allí junto a la simple vaina negra. colgada de un clavo, y la máscara de calavera pintada también, la melena se agita por ese choche. Jo parpadea. "Vale", se dice a sí misma.

Sin luz, el pasillo está oscuro, las lucecitas colgadas del techo están apagadas. La cocina más allá está vacía, solo mirando a la luz del día y las sombras. Jo se inclina para llamar a la puerta al otro lado del pasillo, "¿Ysabel?", dice girando el pomo. Dentro la habitación es todo amarillo y blanco, cortinas de gasa, cama grande cuidadosamente hecha, armario cerrado, y nada colgado sobre el tocador en la esquina. "¿Ysabel?", dice Jo de nuevo, pero algo, ella mira hacia abajo. Algo levemente, apenas allí, tenue, como grave, como ceniza, cayendo, rozando su pie, más allá de su rodilla,

atrapada allí en el dobladillo de su camiseta, cayendo, ella la levanta, mira hacia su vientre y la línea que sube está llena de una corteza cenicienta y unas últimas lentejuelas doradas y, cuando la toca, se derrumba, se desmorona, la piel rosada se tensa debajo.

Espalda contra la jamba. Deja caer el dobladillo de la camisa con la mano sobre el pecho y respira hondo con dificultad. Gira hacia el tocador, ramo de peonías de gruesa cabeza rosa y amarillo, toma una cajita de latón y la abre, libera un cigarrillo y un ajado librillo de fósforos.

El pasillo, el cuarto de atrás, oscuro, la puerta de atrás y afuera, afuera, afuera en la hierba, bajo el cielo, la luz del sol y el cielo azul, y las nubes centelleantes detrás, blanco y azul y gris y azul y verde negro, hinchado con la lluvia que viene. Se pone el cigarrillo en los labios, pero incluso cuando abre la caja de cerillas, cae de rodillas en la hierba verde y suave a los parapetos a cada lado, y ella lanza un sollozo, otro, doblada sobre su vacilante y temblorosa identidad, mano en un puño contra su pecho.

El cigarrillo cae blanco sobre la hierba ante ella. Plumitas de ceniza gris-blanca atrapadas sobre él, y chispas de oro.

Una llamada detrás de ella, amortiguada por paredes y puertas. Se sienta, inhala y retiene el aliento. Traga. Un golpe allí atrás, distante, un ruido de pasos, Jo se limpia los ojos con el dorso de la mano y se inclina hacia adelante, colocando los pies debajo de sí misma, pero la puerta trasera se abre de golpe, pateada, alguien grita y ella se levanta como un resorte, gira el brazo, la espada sale volando.

La espada en su mano...

Su mano, su brazo extendido, el hombro extendido deja caer su torso de lado y su pie delantero plantado, la pierna inclinada hacia atrás recta y verdadera, la mano suspendida hacia atrás para equilibrar la estocada que termina con la punta de la espada enganchada en la esquina de una chaqueta de cremallera corta. Tira de un lado torcido, lo aparta, brazos levantados y la alarma dibujándose suavemente en el rostro de él.

"Oh Dios", dice Jo dejando caer la hoja, suave tintineo sobre la hierba.

"Estáis despierta", dice Luys bajando los brazos. Cepillando la parte delantera de su chaqueta marrón claro, su dedo encuentra el agujero perforado allí. "Tu abrigo", dice Jo, "lo siento mucho", pero "No sin espinas", dice él, casi para sí mismo, extendiendo una mano, "Estáis despierta", dice, pero ella sale corriendo dejando atrás esa mano para estrellarse contra él, rodeándole con los brazos, el tejado bajo las nubes, ella le besa el cuello y luego, cuando él baja la cabeza, ella levanta la vista para besar su boca, su boca.

# **Párpados contraídos / Jugado de nuevo / Cómo podría escuchar / "Al infierno con la leche"**

Los párpados contraídos sobre ojos color barro que se abren, sobresaltados, pero luego sonrían, ella se estira bajo el edredón, levanta los brazos desnudos y suspira profundamente, girándose de lado. Está Ysabel sentada en el suelo junto al futón, con la barbilla en las manos juntas. "Estás despierta", susurra.

"Sip", dice Jo extendiendo la mano para acariciar su mejilla, inclinándose en busca de un beso.

"Él no", murmura Ysabel en los labios de Jo.

Jo retrocede. Allí, en la otra almohada, una gorra de pelo negro, una ancha espalda marrón, montículos y racimos de músculos suaves y quietos. "Pobre muchacho acurrucado", dice ella.

"Esta debe de ser la primera vez que ha dormido desde que te golpearon".

"Salió, solo por un minuto, y fue entonces cuando me desperté. Él se disculpó mucho", pone la mano suavemente sobre ese gran hombro.

"Ven", dice Ysabel poniéndose de pie, y Jo rueda hacia atrás, la mira allí de pie sobre el futón, un voluminoso suéter de pescador sobre un holgado vestido blanco, con una mano extendida. "Yo es que", dice Jo, edredón aferró a su pecho, "Tengo que", e Ysabel retrocede, "si es necesario", dice ella dirigiéndose a la puerta. "Pero ven".

Jo se sienta erguida. Suelta el edredón. Luys no se mueve. Ella baja la vista hacia la línea rosada y clara dibujada en su piel, y a su puño presionado sobre su corazón.



Sube la fina camiseta blanca del suelo y, sobre su cabeza, se levanta, la luz casi incierta está envuelta en la lluvia dudosa afuera. En la pared, junto a la puerta, la máscara de calavera pintada y su melena cuelgan inmóviles, y colgada de su correa de cuero, la vaina negra y lisa, y dentro, su espada.

"¿Ysabel?", dice ella con la mano en el pomo de la puerta al otro lado del pasillo, bajo las lucecitas amarillas, pero un chirrido desgarrador viene del baño, el choque del agua, la luz brillante dentro. Jo suelta el pomo.

Ysabel ya se ha quitado el suéter. "Adelante", dice ella por encima del sonido del agua corriendo, luchando con el vestido que se está sacando sobre la cabeza, lo deja caer, y solo un poco de seda color champiñón y encaje de marfil alrededor de sus caderas. "Tú", dice Jo. "¿Tú quieres, convertir, algo de ovr?" Sentada con cuidado en el borde de la bañera, su mano, flotando insegura ante su pecho. "Mira, si se trata de reemplazar lo que tenías que hacer, quiero decir, para mí, ¿no queda todavía el excedente? ¿Desde hace un par de semanas?". Ysabel se gira hacia el lavabo, con el borde irregular del espejo colocado en la pared sobre él. "A menos que, Cristo, Ysabel, ¿cuánto me ha costado coserme?"

Ysabel recogió algo, un globito azul atado en un extremo, hinchado con peso líquido. Lo deja caer en la mano de Jo, y "Esto", dice Jo tocándolo con el dedo, "esto es un condón".

"He estado", dice Ysabel, "con el Estornino".

"Oh", dice Jo.

"Debemos hacer lo correcto por ella".

"Está bien", dice Jo, con el condón en la mano. "Pero..."

"Con todo lo que hemos podido hacer, con la conversión, con superar a nuestra madre y restaurar la ciudad", y suspira. "Nosotros", dice ella en voz baja, bajo la agitación del agua que cae, "Yo, injurié a Chrissie. Yo no haría eso, a el Estornino".

"Vale", dice Jo.

“Le devolvería esto como oro y la liberaría”.

"Pero", dice Jo, "quiero decir, ¿ahora mismo? ¿Quieres hacer esto?"

"¿Estás preparada?", dice Ysabel. "¿Todavía te duele?"

Jo se inclina hacia atrás sobre la tina de vapor, gira los grifos que chirrían y gimien. "Eh", dice ella mientras el flujo de agua gorgotea hasta detenerse. “Nás que nada, cansada. Temblando, débil como un gatito cansado. Lo cual, o sea, me acabo de despertar, ¿sabes?” Un último giro del grifo.

"Fuiste lo bastante fuerte como para soportar el peso de el Masón", dice Ysabel en el silencio.

Jo se sienta. "¿Que coño se supone que significa eso?", dice ella.

"Muéstrame", dice Ysabel. "Tu herida". Se acerca, toma las manos de Jo entre las suyas, y ese pequeño huevo azul agarrado entre ellas. "Muéstrame cómo se ha curado".

Jo da un paso atrás, levanta el dobladillo de su camiseta e Ysabel se arrodilla sobre la baldosa blanca que tiene delante y le acaricia la costura ligeramente arrugada, cosida desde el pliegue del muslo y cruzando el vientre. "Tu piel", dice ella. "Recuerda".

"Esta vez", dice Jo, dejando caer la camisa, pero Ysabel la atrapa, la levanta de nuevo, "no", dice Jo, pero "Muéstrame", dice Ysabel, y "Yo ya he *hecho* ", dice Jo, retrocediendo, alejándose, pero Ysabel se afirma, tira, "lo demás", dice, "Lo qué hizo", y Jo agarra la mano de Ysabel, "hey", y, "para", y, "no", mientras ella tira y gira, " ¡Debo verlo! ", grita Ysabel, "¡Lo qué está sobre tu corazón!" Y ese globito azul traza un arco que cae hasta estallar en el suelo. <

"Mierda", dice Jo.

Condón desinflado, más oscuro ahora, nudo torcido por una grieta, la espumosa mancha viscosa y láctea, burbujas que estallan lentamente mientras se derrama perezosamente en la lechada de las baldositas hexagonales.

"Mierda", dice Jo de nuevo. "Yo, yo lo siento, lo siento". Retrocediendo. "¿Puedes tú?, quiero decir que tú puedes conseguir más, ¿verdad?" Un pasito, un cambio de peso, de nuevo. "¿Verdad?"

"Gallowglas", dice Ysabel en voz baja, sin dejar de mirar el desastre. "Déjanos".



"Gah", dice, cerrando la gran puerta de entrada sobre un susurro que gotea, sacudiéndose del abrigo empapado. "¿No fue, como, setenta y cinco ayer, o algo así?" Desenrollando un tramo de gasa. Allí, en el cuello abierto de su camisa blanca, una maleza de tinta negra, hojas y ramas, el pico de un pájaro cantor.

"Hey", dice el grandullón que se acerca a ella, allí junto a la gran escalera oscura, "tenemos que hablar". Una explosión hace temblar las ventanas y "Auh, mierda", dice ella, "¿está jugando? que *¿otra vez?* " se inclina más allá de él, "¡Hey! ", le grita al tipo en el puff delante de la llamativa pantalla de televisión. "¡Baja eso!"

"Ellen", dice el hombre ante ella, suéter con cuello chal sobre una camiseta que dice «El Perro de Dave Dave». "Se trata de", y señala al techo, "él".

"¿Sí?" El retroceso de los disparos.

"¿Cuánto tiempo, exactamente, se quedará?"

Ella se encoge de hombros. "Mientras lo necesite, Dan".

"No quiero meterme en tus asuntos..."

"Pues no lo hagas", dice ella subiendo las escaleras, pero él se acerca, "Ninguno de nosotros le conocemos", dice él. Otro ruido sordo de explosión. "Mi amigo", dice Ellen, "mi habitación, mis", ella frunce el ceño, mira hacia otro lado, "asuntos", dice dando un paso más.

"¡Ellen!", dice Dan comenzando a ir tras ella. "Ellen, ¿qué demonios estaba haciendo vistiéndome mi camisa?"

Ella todavía está frunciendo el ceño, mirando hacia abajo, a sus pies en las escaleras, a él abajo. "Tú ya sabes lo que estaba haciendo, Dan", dice ella y sube.



Un único jarrón de cristal, un tallo singular de sauce artificial y, atornillado a la pared, un letrero de madera, bordes enrollados y letras doradas que dicen «Habitaciones 201-209», «Habitaciones 221-232» y flechas con volantes apuntando a izquierda y derecha. Ella saca el teléfono de su parka rosa y naranja, lo abre, señala con un pulgar un mensaje de texto que dice solo «213». Lo cierra, se dirige a la izquierda, pantalones de yoga rosa y naranja y blanco, Keds de tela roja, su suelto cabello amarillo sobre los hombros.

Puertas color crema a ambos lados de monótonas paredes beige. Ella se detiene en la que dorada dice «213». Inclina la cabeza hacia adelante y hacia atrás y sacude las manos. Se desabrocha la parka y, debajo de un blanco sostén deportivo, el abdomen desnudo. Ella llama.

El hombre que abre la puerta es una maraña de cabello rubio, gran barba rubia, camisa blanca medio abierta. "Aquí no", dice él, y luego, relajándose, "¿Oh?" dice.

"Arpista", dice Jessie con una sonrisa tensa, labios teñidos de un rosa brillante, sombra de ojos rosa y una escarcha plateada brillante.

"Lluvia", dice el Arpista. "Ha pasado tiempo".

"Fui la semana pasada al club", dice ella, y "Nueva gerencia", dice él con un cansado movimiento de cabeza. "¡Lo sé!", dice Jessie. "El Estribo. ¿Puedes creerlo?"

Él da un paso atrás y abre la puerta. "No te dará un espacio, ¿verdad?"

"Me dijo dónde encontrarte", dice Jessie, pasando dentro.

"Hueles a piruleta", dice el Arpista.

"¿Te gusta?" Más allá de un baño y un armario, la habitación se extiende bajo luces brillantes del techo, un pequeño tocador, televisor exorbitante, un par de camas individuales, una de ellas con montones de cajas blancas, y en cada una de ellos una foto de lo que presumiblemente hay adentro, teclados, reproductores de música, controles remotos, teléfonos y la otra cama, un arrugado caos de mantas y almohadas apiladas, un plato de migas, una botella de refresco vacía al lado. El Arpista con esa blusa blanca y bóxer verde brillante, piernas desnudas rubias. "¿Te he despertado?", dice Jessie.

"Tú, que trabajaste bajo un Duque, una Reina", dice. "¿Debes ir ahora a buscar humildes caballeros?"

"Chili", dice ella, "¿podemos hacer esto?"

"¿Hacer qué?, mi ... ah, perdona". Se pasa los dedos por la barba. "Fuera de la corte como estoy, no tengo idea del modo actual en el tratamiento de antiguas concubinas".

"Con Lluvia", suspira Jessie, "es suficiente", manos en los bolsillos de su parka.

"Bueno, mi Lluvia lluviosa", dice el Arpista, "otros cien clubes esperan, y ninguno de ellos lo llevo yo. ¡Ve! ¡Baila!" Y un movimiento magnánimo de su mano hacia la puerta. "Tienes mi bendición".

"Pero necesito el dinero, ahora, ese es el asunto".

"¿Ahora?" Una carcajada. "No soy un banco".

"¿Por qué no?" Una respiración profunda, ojos con sombra rosa se entornan, "Te olvidas, Chili. He visto los libros del ducado. Sé lo que traes, chicas que huyen".

Se cruza de brazos. "Quieres que te cuide".

"Quiero que me des dos mil dólares", dice Jessie, y él se ríe. "Esta noche", dice ella. "Y luego, este fin de semana, trabajo para ti. Lo que sea que saque, es tuyo. Envía a alguien conmigo", dice ella cuando él pone los ojos en blanco, "si la palabra de la viuda del Halcón no es suficiente. Venga, Chili. Si tienes media idea de lo que estás haciendo, es así", y sus manos en los bolsillos abren la parka, "Cosa segura", en un encogimiento de hombros. "¿Qué te parece?"

Él se acerca a la enorme televisión y al tocador que está debajo. Arrodillándose, con las manos en los pomos del último cajón, "Creo que lo tengo cubierto", dice él y, con un gruñido, lo saca.

Dentro de una esponjosa nube de tafetán sobre un trozo de brillo claro como madera pulida, y cuando el encaje se mueve, Jessie jadea, hay un

tobillo, un pie, un muslo y una cadera, una figura que se clava la frente a la rodilla y se eleva, pierna desplegada, codo, muñeca, una mano estirada hacia arriba y hacia afuera y Jessie retrocede, un gemido, un golpe de madera, brillos plateados, impulsándose y girando hasta ponerse pie, una mujer con un vestido de cóctel de reflectantes lentejuelas, sonriendo deslumbrantemente, cabello rubio con rizos ondulados. "¿Es la hora?", dice ella, un chillido entrecortado.

"Un par de horas todavía, cariño", dice el Arpista, todavía sentado en el suelo, sosteniendo un par de ondas plateadas. "Pensé que te gustaría dar un paseo por el vestíbulo, o por el estacionamiento" Se está reclinando, levantando un pie y poniéndose un zapato. "Ver lo que puedes hacer por tu cuenta". Él le tiende una tarjeta blanca. "Usa la habitación de al lado".

"¡Chachi!", dice ella girando para irse, un par de centímetros más alta ahora, y un puntal en su paso. "Hou la" dice ella sonriendo brillantemente a Jessie.

"No más de una hora", avisa el Arpista tras ella. Y luego, "Bueno", dice él, aún sentado en el suelo, a Jessie, todavía mirando. "Dos mil dólares, o", un guiño a la puerta, que se cierra, "sólo vestir y quitar. ¿Cuál crees?" El cajón, todavía abierto a su lado, con pelusas de tafetán flotando sobre la depresión aplastada en ese nido. El cajón de encima cerrado, del mismo ancho, la misma altura. "Bueno", dice ella.

"Podrías", y ella se estremece mirando a su alrededor, a la cama llena de cajas, la otra cama desordenada, el Arpista en la alfombra con sus brillantes bóxers verdes. "Leo", dice ella, y un ceño fruncido se arrastra sobre su rostro, "Leo", dice de nuevo, "toleraba tu proxenetismo, pero esto..."

"El Duque se ha ido", dice el Arpista, "y los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas. Si no me dejan luchar por mi honor", y una mano en la alfombra ahora, se apoya en esa mano, "a cambio, lo compraré de nuevo".

"¿Comprarlo?", dice ella. "Incluso Bruno se negaría a esto. ¿Qué estabas pensando?, ¿qué, que Jo, querría tener algo que ver con esto? ¿O contigo, después de que se enterara de esto?"

Levanta esa mano de la alfombra, un puño ahora sobre la empuñadura dorada y rechoncha de la espada que balancea y levanta mientras se pone en pie. "¿Y cómo su gracia llegaría a saberlo?"

"¿Qué?", dice ella, "¿qué vas a...?", mientras él se acerca, ella retrocede, chocando con la puerta, "¿matarme?"

"Un paso, un cambio de peso", dice y la festoneada punta de la

espada se desliza entre la solapa rosa y naranja de su parka, para arrugar el adorno triangular de su sostén. "No haré sin más...", dice ella mirándole directamente a esos ojos azul pálido que le devuelven la mirada. "Habrà sangre", dice ella.

Él se balancea hacia atrás, la punta de la espada se desliza libremente. "Se ha escrito una tragedia, y se ha representado muchas veces, que termina con el cuerpo de una mujer en un contenedor de basura. ¡Y aquí estás, vestida para el papel! Es posible que la policía ni siquiera se moleste en presentar un informe".

"Oh, Chili", dice ella. "Chili, maldito tonto. No será la policía". Sacudiendo la cabeza mientras él retrocede un paso más, y su espada con él. "Será Ysabel", dice ella. "La Reina. Cayendo sobre ti, para vengar, su amor ". Pero su voz tiembla cuando lo dice, y las comisuras de sus ojos brillan.



El tímido marrón de la puerta se funde en los ladrillos al cerrarla, y él la cierra con la llave en un cordón alrededor del cuello. Mueve la cabeza de un lado a otro, sacude los brazos, unos pocos pasos antes de recorrer la acera. Dándose la vuelta para ponerse en marcha, grita y retrocede, "Disculpe", dice Marfisa, que se encontraba a un brazo de distancia con las manos en los bolsillos de su abrigo de piel de oveja.

"¿Tú siempre", dice él con la mano en el pecho, respirando hondo, "así de sigilosa?" Más alto de lo que parece al principio, su cabello cada vez más apretado.

"Quería hacerte saber que", dice ella. "mañana por la noche vamos a organizar un", y se detiene frunciendo el ceño, como a una manzana o así de distancia, un estruendoso choque, "a, ah", dice, "una especie de apertura de la galería", y él niega con la cabeza ante eso. "Si haces ruido", dice, "llamamos a la policía". Se oye otro estruendo y choque. "¿Qué infierno...?", dice mirando hacia la esquina.

"Habrà", dice ella mirando hacia ese lado también, a los ecos, "música en directo", pero él está moviendo la mano, "Si hay cualquier tipo de molestia", le dice él: "No me importa que seas la dueña del bloque, vamos a llamar a la policía. ¿Bien? Gracias por la advertencia y todo eso, pero..."

"Esto no es", dice ella bruscamente, y luego una sacudida de su cabeza de oro blanco. "Estoy aquí para invitarte", dice ella.

"¿Invitarme?"

"A ambos", dice ella, pero un golpe rápido comienza a la vuelta de esa esquina. "Disculpe", dice Marfisa girando, alejándose, y "¿A ambos?", dice él frunciendo el ceño, pero ella salta con un grito que se desvanece por ese camino, a la vuelta de la esquina, bajando la pendiente a lo largo del inminente volumen azul grisáceo del almacén, ese golpeteo cada vez más fuerte, un rollo de verja apoyado en la pared allí, y un viejo cartel desgastado a su lado que dice «Propiedades Wilson», y alguien está gritando. Marfisa se avalanza por el desarraigado grupo de postes de verja que resuenan bajo su caseta y se agacha en un umbral poco profundo que sobresale por debajo de la puerta recortada en la pared, a un metro de altura, y ella llama con el puño, un golpe seco, y aún golpeando, gritos, rugido apresurado, como alas. Agarra ambas jambas, inclina la rodilla hacia atrás y levantando la suela de su bota, boom, y otra, abre la puerta. Se abre paso al interior.

Polvo, basura y trozos de papel, una lona que se arremolina, viento cortante a través de todo ese espacio cavernoso, ella levanta una mano, "¡Hey!", grita, "¿Anna?" y, junto al sofá verde, otro chillido... Ella se abre paso a través del huracán que aletea, "¡Gloria!" Y se contesta "¡Mar!" Desde allí en la esquina.

"¡Qué ha pasado!", grita agachándose a su lado, acurrucada bajo un lienzo tenso apoyado en la ancha espalda de Gloria.

"¡Ella no ha comprado leche!", se lamenta Anna con la cabeza en el suelo y las manos sobre la cabeza.

"¡A la mierda la leche!", ruge Gloria, y son arrojados puñados de tuercas y tornillos. Marfisa se agacha cuando su brillante cabello blanco se levanta, una nube turbulenta que se enreda en madejas anudadas y "¡Maldita seas, tú!", frita, "¡Tú atrévete!", la basura que les rodea cae y silencio atronador. Marfisa se queda allí, jadeando, mientras Gloria levanta el lienzo una y otra vez, ayuda a Anna a ponerse de pie.

"¡Hempen!", grita una voz allí afuera, y "¡Hampen!", Otra, por ese camino, y "¡Hempen! ¡Hampen!" Una y otra vez, Gloria parece como loca, esa primera voz grita, "¡Ni!" Sobre las cajas caídas, las lonas torcidas, "¡Ni más!", y, "¡No más pisadas!", y, "¡No más pisotear!", y, "¿Qué demonios?", dice Gloria.

"Cállate", dice Marfisa.

"¡Hemp!", esa voz, y "¡Ni más!", y "¡No más pisar ni estampir!"

"¿Dónde estaban...?", dice Gloria, y "Cállate, dice Marfisa, y "¡Hemp!", gritan las voces ahora al unísono. ¡Hampen! ¡No más pasos ni estampidas!"



"¡Cállate!", ruge Marfisa. "¡Ahora!" Agarrando la barandilla de la esquelética escalera, esas voces vuelven a ser una cacofonía, "¡Forajida!" y "¡Bandida!" y "¡Exiliada!" haciendo eco mientras sube, los pasos sonando, "¡Basta! ", grita ella allá arriba, en la pasarela, mano en un peldaño de la breve escalera atornillada a la pared. "¡Te mostraré la ley!", grita ella. "¡Te mostraré quién está sin ella!" Ella comienza a subir hacia el improvisado suelo de tablonos de arriba.

"Estamos muy jodidas", murmura Gloria, "estamos muy jodidas, estamos muy jodidas" y "¿Podrías, por favor, parar", dice Anna.

"Hilda estará aquí en una hora, en una hora para cargar", dice Gloria pateando la basura. "¿Cómo vamos a joder, cómo coño, cómo ...?"

"Quizá", dice Anna, todavía mirando hacia arriba, "la próxima vez, te acordarás de la leche".

"A la mierda con la leche", dice Gloria, y la luz cambia.

La luz cambia descendiendo suavemente a dorada para calentar las sombras, el negro cabello de Gloria, el marrón rojizo de Anna y el brillo de sus gafas. Allá abajo, en ese espacio cavernoso, las cosas se mueven y cambian a medida que las personas se levantan, tres cuatro cinco, saliendo, mirando hacia arriba, iluminadas por un crepúsculo estival. Arriba, en la pasarela, está Marfisa, sosteniendo una caja de madera poco profunda, con la tapa abierta y toda esa luz en su interior.

"¡Tomad!" Su mano libre recoge la luz del sol, la arroja, nebulosas de mantecosas chispas se forman en esa caída, una tarde de fuegos artificiales. "¡Tomadlo!" La caja se cierra, la luz cambia a medida que el brillo comienza a derretirse. "Limpiad vuestro desorden con él", dice ella colocando la caja a sus pies, "Písalo y aplástalo", mientras se levanta con un bate de madera ahora en la mano, "y lo que quede, ¡es tuyo!" Golpea la barandilla con el bate y las cajas tumbadas se ponen en vertical, los lienzos se colocan en su lugar, mientras esos trozos de papel y lienzos se barren solos, mientras Gloria da la vuelta, ojos muy abiertos, mientras Anna da la vuelta, mano en la boca. La luz se congela para formar briznas de niebla reluciente, que fluye, se arremolina y un golpe más del bate contra la barandilla. "¡Hay más", grita Marfisa, "de dónde salió este!"

# el signo de interrogación / la Différance / Laissez-majesté / lo que ella podría preguntar

El signo de interrogación es un elaborado arabesco, un tirabuzón de tinta en la lengüeta ribeteada de oro que él sostiene, dedos relucientes con anillos de plata, un ankh, una calavera y las uñas de profundo púrpura oscuro. "¿Pero, dónde está la pregunta", dice él dándole la vuelta. La deja sobre la colcha de la cama junto al folleto, junto al tosco boceto de una bailarina y un ojo verde punteado. "La respuesta es bastante clara, mañana por la noche, Sudeste, Mercado Público Italiano de los Jardineros y Rancheros", ¿qué es lo que eso siquiera...? Tú estás, estás transfiriéndolo, me lo estás pegando. Rancheros", él suspira. "¿Rancheros es qué?. No. La pregunta". Aún no ha levantado la vista, su largo cabello negro cuelga como una cortina. "¿Dónde está eso, cuándo es eso, no. ¿Voy a?, no, no, eso no, No ¿voy a ir?, si esa era entonces la respuesta". Su camiseta negra dice «Adiós Dinosaurios Robot en redondas letras blancas. "La respuesta sería", dice él alzando vista. Más allá del folleto, extendida una encima de otra un par de medias verde neón, algunos ligueros de encaje negro, pero también redecillas rosa brillante, un montón de faldas, mezcilla azul y estampado de calicó, crinolinas esmeralda y apoyadas en la esquina donde se ha embutido la cama, un esponjoso suéter naranja, un impermeable amarillo, un corsé sin lazos impreso con falso bordado de flores. Puesta encima de todo, una gorra de malla rosa, parte delantera y la visera de camuflaje rosa y negro. "Podrías ir", dice él. "Deberías ir. Adelante ", dice. "Ve. Ve".



Roce y raspado de cartón contra el suelo, papel rígido arrugándose, él yace con la cabeza hacia atrás, cabello oscuro lisamente enrollado entre los cartones, las cajas, los desnudos tubos

de envoltura de plástico y papel de aluminio, jarras, tinas y botellas levantadas a su alrededor. "Diez años", dice él, "no fueron diez. Fueron tres". Mano levantada sobre la cara, dándole la vuelta, indistinto en la oscuridad. "La silla", dice. "La silla. Solo catorce, nunca", bajando la mano, limpiándose los labios. "Hecho", dice. "¿Fueron tres siquiera?" Una llave traquetea en una cerradura, gira un pomo, un pestillo se desengancha, su mano se desliza hacia el cuello donde se ha trazado una sombra de repente, bastante oscura a esta luz como para ser roja. Él se sienta erguido, carraspeando, jadeando, "Luke", dice Jessie, ella está allí, toda de blanco, rosa y naranja, "Luke, ¿estás bien?" Inclinandose sobre él, allí en la amplia curva limpia del pasillo a través de toda esa basura clasificada .

"¿Sí?", dice él con ambas manos presionadas tentativamente contra la intachable garganta.

"¿Qué estabas...?", dice ella con la mano sobre su hombro, pero luego, inclinandose cerca, "¿lo has encontrado?"

"Quizá", dice. "Podría ser".

"Está tan cerca del río", dice ella. "Dijiste que era el Lado Este, pero esto, esto está aquí, tan, cerca", ella examina la amplia red de basura extendida hacia las cortinas que llegan hasta el suelo a lo largo de la pared, y frunce los labios, que tiemblan.

"No lo sé seguro", dice él, pero el temblor de Jessie se ha tornado en una risita que ella intenta meter de nuevo con la mano en la boca, "¿Qué?", dice él, "¿qué es tan gracioso?", y luego, "¿Por qué vas vestida así?" Su parka está abierto encima de su sujetador blanco, su vientre desnudo. "¿Qué has ido y hecho?", dice él.

"¿Qué podría hacer?" Ella saca un paquete manila de su parka y se lo arroja al regazo. Él se sobresalta hacia atrás, manos en alto, "Qué", dice él, y "Alquiler", dice ella, "un par de semanas de compras, al menos. Eso es lo que hice".

El crujido de la cinta transparente brillante se envolvió alrededor. "Oh", dice.

"Sin embargo, estoy bastante segura de que fue trato único". Su sonrisa se ha desvanecido. "Así que todavía queda trabajo por hacer".

"Bueno", dice, "es como te dije", pero luego se detiene. "No fuiste tú, ¿verdad?"

"¿Qué?"

"Fue ella. Se lo dije a *ella*, que tal vez, cuando *tú* llegaras aquí, tendrías algo para nosotros".

"¿Ella?", dice Jessie llanamente, frunciendo el ceño.

"Os parecéis mucho", dice. "El maquillaje... tú pareces, mayor". Él deja a un lado el paquete envuelto en papel. "Casi de su edad", dice. "Simplemente *como* ella. Debería haberlo sabido. Que intentarías hacer algo así".

"Luke", dice ella, pero él avanza con la mano en alto, un dedo delante de sus labios, "No", dice. "Lámame Lago".

"Lago", dice ella, todavía tan plana, tan perfecta y tan suave.

"Para que sepa que eres tú", dice él.

"Soy", dice ella, "yo", y luego, un nudo en su voz, "Lago", dice, "Luke, Lago", y un aleteo de esa risa que regresa, insegura en una boca que se riza en una lenta media sonrisa. "Hey", dice ella. "Debería haber sabido que no podía engañarte", y una sacudida de su cabeza, su cabello amarillo pálido, el destello de brillo en sus ojos. "¿Cómo está", dice ella, y respira hondo, "mi hermana? ¿Cómo está...", ella parpadea, "...Jessie?"

"Tu hermana", dice él, y su sonrisa es una cosa gentil y suave. "Ella", dice, "vino, justo en el momento en que la necesitaba, y ella me da", mano sobre la rodilla de Jessie, "ella me da justo lo que necesito".

"Entonces esa es la diferencia", dice ella. "Yo no doy. Yo tomo".

"¿Tomas el qué?", dice él, pero ella se lanza y lo derriba, un chirrido de cartón y un crujido de plástico y ella le besa, él aparta la boca, "La ciudad..."

"Que le jodan", gruñe ella con la mano enredada en su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás para morderle el cuello, él gime, suspira, grita mientras lo besa, en su barbilla barbuda, su boca, sus manos. Sus hombros para arrastrar esa parka, se sienta, se encoge de hombros, tira, golpea una torre de rollos de toallas y cartones de huevos con cinta adhesiva, "Luke", dice ella, luego "Lago, Lago" mientras él gruñe "Lago", y "no", dice ella, "sal de allí", golpeando los dedos que él está deslizando dentro de sus bragas.

"Tal vez yo debería dar", dice, "si tú vas a tomar", y ella da una carcajada. Se incorpora fuera de su alcance para cernirse sobre él, deslizando sus caderas de lado a lado, con los pulgares en la cintura de sus pantalones tirando mientras se balancea hacia arriba y hacia abajo, y hacia abajo, inclinándose para liberar este pie, eso, en sus zapatos rojos planos. "Cuidado", dice él, pero apoyada sobre las caderas, ella se da vuelta y se quita los pantalones, y rompe una envoltura de botellas de plástico, "Mierda", dice él sentándose, mirando hacia arriba, pero ella agarra la parte posterior de su cabeza, sus dedos retorciéndose en su cabello resbaladizo y pesado, retorciéndolo, "Que le jodan", dice ella, arrastrándole la cara por su vientre, "continúa", y ella cierra los ojos cuando él abre la boca, mientras las manos le agarran sus nalgas, extendida sobre los brillantes rayos rojos y amarillos que brotan del corazón ardiente en la parte baja de su espalda. Temblando, ella balancea las caderas, le alborota el cabello amarillo, pero él gira la cabeza para liberarse y ella le abofetea y suelta un gemido hirviente mientras él se aparta y alza la vista con la barbilla torcida. "Hey", dice él, y "¡Maldición!", espeta ella y "Ella nunca me lo dijo, ¿cómo te llamo? ¿Cuál es tu nombre?"

Y jadeando en un rudo gruñido, ojos rosados y plateados cerrados con fuerza abriéndose, se muerde un labio brillante que se compone en una mueca de decepción, o tal vez una sonrisa, ella aparta la mirada, abre la boca para decir una palabra que no dice, que no pronuncia, que se sacude con una tos de risa, "Lago", dice ella.

"Dime", dice.

"Vale", dice ella. Vuelve a bajar la vista para mirarle y todo rastro de algo ha desaparecido de su expresión. "¿Qué tal si", dice ella. "me llamas Jezabel?"



Ese brazo delgado y tatuado no se mueve del otro lado de la anodina puerta, "Detrás del escenario no", dice él, "no, no vas".

"Tengo que darle algo", dice Ysabel. Arriba, en el pequeño escenario detrás de ella, una mujer con un bikini plateado cuelga boca abajo del poste, girando hacia arriba y arriba y un estruendoso coro resopla sobre raudos aplausos, «deja que todos ellos hablen y discutan lo que quieran», hasta que ella sube sus piernas de carrusel para plantar sus suelas de lucita en el techo, «voy a hacer lo que quiera, ¡porque soy libre!» La audiencia está rugiendo, pisoteando, animando. "¿Sabes quién soy?", dice Ysabel inclinándose, mirando hacia arriba.

"No eres una bailarina", dice él aplaudiendo con todos los demás, dejando escapar un penetrante silbido. Ysabel con su larga chaqueta blanca lo mira un momento, mira hacia la puerta, luego estira la mano, la abre y entra.

Un estrecho zaguán, bastante oscuro, el rugido de la multitud y la música retumbando, apagada, "¡Hey!", el tipo con los brazos flacos y tatuados, chocando detrás de ella, agarrándola, "¡No puedes volver aquí!"

Ella dice: "Suéltame".

Un momento allí, los dos, el brazo de blanco de Ysabel en el puño oscuro con tinta del tipo que se mueve y cierra alrededor de una muñeca, el antebrazo con crestas onduladas como dientes, como

llamas oscuras, como las sombras de los huesos debajo . "¡No puedes volver aquí!", dice, nuevamente, finalmente, aún sujetándola por el brazo. "¡No podemos tener interrupciones!" Desde el final del pasillo tras ella, un resoplido burlón, hay mujeres allí en la puerta, encajes y lentejuelas brillantes y mates. "Suéltame", dice Ysabel de nuevo. La luz sobre ellos cambia, la puerta detrás de él se abre, "Mire, señorita", dice, "Tengo que", pero "¿Qué es esto?", dice otra persona bruscamente, detrás de él.

"Lo siento, jefe", dice el tipo con los brazos tatuados, moviendo su agarre sobre el brazo de Ysabel, estirando la mano hacia el pomo de la anodina puerta. "La sacaré en un..."

"Tu personal necesita educación, el Estribo", dice Ysabel.

Ese hombre allá atrás sale, no especialmente alto, cara carnosa, cabello rojo oscuro en las sombras cayendo de un sombrero de pico. "Majestad", dice, y el tipo tatuado gira la cabeza ante eso, "Oh, tienes que estar de...", dice este, pero el hombre con sombrero de pico no parpadea ni se encoge de hombros, "Jeffers". dice: "recoge tus cosas. Vete a casa".

"Auh, jefe", dice el tipo tatuado, "no puede despedirme. No por..."

"¿Despedirte?", dice el estribo. "Los cielos se resistan. Te llamaremos. En cuanto el horario se despeje de nuevo".

Jeffers lanza el brazo de Ysabel al soltarlo y dando un pisotón al suelo, "*Perra*", gruñe.

"Jeffers", dice el Estribo.

"Joder", dice Jeffers, y luego la anodina puerta se abre a los aplausos de la multitud, la música estruendosa, la bailarina en bikini plateado secándose la frente con un trapo y un fajo de dinero en la mano, "¡Gina!", grita ella chocando con Jeffers, "¡Te toca! ", se gira, mirándolas a todas apiñadas en el oscuro y estrecho pasillo, "¿Shto zhe?", dice ell cuando una mujer en minifalda y ajustada blusa blanca se escurre pasando a Ysabel, la sudorosa bailarina, mira fijamente a Jeffers en la puerta y al aplauso vacilante detrás de

él.

"Jeffers", dice el Estribo de nuevo. "Si no estás trabajando, no deberías estar detrás del escenario. Adelante, Gina. El resto de vosotras, salid, trabajad en la sala. Tú también, Rocky".

"Maldita sea, Gav", dice la bailarina plateada y sudorosa mientras la mujer de la minifalda se dirige al club. "¡Acabo de terminar!"

"Por eso estoy seguro de que la mitad de la sala quiere invitarte a una copa. Continúa".

Un ajetreo de confusión, luego, mientras todas se abren paso por el estrecho zaguán, saliendo una por una pasando de largo a Jeffers que las mira pasar hacia la prensa de la multitud, los vitores, el rasgueo burlón de guitarras, «con sus subvenciones del gobierno», arrulla alguien, «y mi CI, me redujeron de tamaño, blues de la academia», la puerta se cierra de golpe y el ruido se apaga, y solo los dos de ellos se fueron, Ysabel toda de blanco, y el Estribo con su chaleco de cuero, su corbata roja medio atada.

"Solo estaré un momento", dice ella.

Él dice: "Cuanto requiera su majestad".

El vestidor es pequeño, paredes negras y lámparas encendidas entre una hilera de espejos. Al final, allí contra la pared del fondo, sentada en un corto diván de terciopelo rojo, el Estornino, corto pelo negro recogido al frente, una ordenada pila de rizos y sus ojos de un verde sorprendente. Ella está sonriendo, labios lujuriosamente pintados de oro para combinar con el oro rayado en sus brazos y embadurnado en sus pezones, y una gruesa banda de ello en el vientre, brillando ante su piel oscura y aceitunada.

"Veo que estás vestida", dice Ysabel.

"Nunca no lo estoy, mi Reina".

"Los", dice Ysabel, levanta su mano, una copa en el aire, "pechos, ¿quizá un poco pequeños?"



"Mejor para bailar", dice el Estornino.

“¿Es ese mi problema?

"Estoy segura de que no es sino el mío". El Estornino vuelve a su reflejo, enmarcado en un montón de pegatinas y notas. "No había pensado volver a veros tan pronto".

"¿Es solo el jueves que puedo venir a verte?"

"Su majestad puede verme cuando lo desee", dice el Estornino inclinando la barbilla y levantando un pequeño cepillo sobre su frente. "Disfruté bastante nuestro fin de semana".

"Tengo algo para ti", dice Ysabel. En su mano una bolsa de plástico rellena de polvo dorado.

"Pero", dice el Estornino. "Yo ya he, recibido, ya he, mucho".

"Esto", dice Ysabel, "es tuyo", coloca la bolsa en el mostrador bajo el espejo. "De nadie más. No de un señor que lo reparta y ningún caballero que te lo ceda. Solo tuyo".

"Vos", dice el Estornino dejando el cepillo. Extendiendo la mano para acariciar el plástico con la dorada uña de un dedo. "Tomasteis. Esto". Levantando la vista hacia Ysabel. "¿Todo esto vino de lo que tomasteis?"

"A veces sucede", dice Ysabel apartando la vista. "Tal abundancia, en las primeras pocas conversiones". Su sonrisa es tensa. "Este es tu estandarte, Estornino. Libertad. Contemplada, ya no más, por nadie".

"Pero, ¿cuándo haya desaparecido?"

"Bueno, pues", dice Ysabel, "te convertiré más. Tanto como necesites. Cuando sea necesario. Piénsalo, Estornino", dice ella acercándose. "No tendrías que bailar".

"Me gusta bailar", dice el Estornino alcanzando su bolsa de gimnasia.

"Pero no lo *necesitarías*", dice Ysabel. "Baila cuando quieras, donde quieras".

"Me gusta hacerlo aquí", dice el Estornino sacando una tira de algo sedoso negro, enrollándolo. "Me gusta tener audiencia".

"Pues quédate si quieres. Pero porque te gusta, y no porque debas quedarte".

Ella se está cubriendo los brazos con esa cosa ahumada, arreglando la caída de ello sobre el regazo. "Nunca he sabido de un regalo tan rico", dice ella alzando la vista, y esos ojos verdes verdes. "No podría aceptarlo".

"Por supuesto que puedes. ¿Cómo no podrías?"

Ella levanta esa cosa sobre los hombros, las pone sobre sus pechos. "El tiempo pasa, mi Reina", dice ella. "Tiempo ha, mi señor fue la Daga, cuando él era Sidney y venía a mí a menudo, a esta misma habitación. Pero el tiempo pasó, y mi lealtad fue pasada a el Arpista, y un mejor caballero, con mucho, que la Daga: vino a mí solo una vez". Sus dedos a rayas doradas encuentran lazos, allí junto a su clavícula, y comienzan a anudarlos pulcramente, "Y ahora, salvo en aquellas dos últimas semanas, yo soy del Estribo", dice ella. "Y él es un señor mucho mejor que el Arpista, como el Arpista lo era mejor que la Daga". Entonces se pone de pie, el Estornino, y aquello sombrío la cubre, un vestido que cae de sus hombros para rozarle los pies. "O como vuestra Duquesa, mi Reina, es mejor que como lo fue el Duque antes que ella". La pintura dorada bajo ella reluce cuando da un paso hacia Ysabel, alisando rizados en pecho y vientre, brillando donde el vestido se separa alrededor del puchero entre sus muslos. "El tiempo pasa", dice ella, "y con él, las fantasías pasan. ¿Qué sería de mí, mi Reina, si aceptara ese estandarte...", un toque en esa bolsita dorada, "solo para descubrir cuándo este hubiera desaparecido que el vuestro se ha ido también?"

"Yo nunca...", dice Ysabel, y luego, "como te he dicho. Todo lo

que necesites, siempre que..."

"Milady, yo", dice el Estornino en voz alta, "siempre", más calladamente, y una profunda respiración, "besaría vuestra boca, cuando sea girada hacia mí, y acunaría vuestra cabeza en mi regazo, ¿pero podéis, mientras estáis ahí ante mí, contestar con verdad que me amáis?"

"Esa", dice Ysabel, muy calladamente, muy cuidadosamente, "no es una pregunta que puedas hacer tú".

"Y esto", dice el Estornino empujando la bolsita a lo largo de la encimera, "no es un regalo para mí".

Avanza pasando al lado de Ysabel y luego, holgado vestido, una estela de humo que se posa sobre ella cuando se detiene en la puerta, mirando a una inmóvil Ysabel, mano sobre el mostrador junto a la bolsita. "Voy detrás de Gina", dice el Estornino.

Ysabel asiente. "Por supuesto". Pegada allí a un lado del espejo, más grande que las notas en él, una hoja con ribete de oro, una octavilla impresa con el único esbozo de una bailarina y el punto de un ojo con tinta verde. "Tu cabello", dice Ysabel.

"¿Madam?", dice el Estornino.

Ysabel se aleja del espejo, toda de blanco, su larga chaqueta blanca, su blusa verde césped y sus vaqueros blancos. "Debería ser largo", dice Ysabel. "Lo vería yo misma como lo ví una vez, y lo veré de nuevo".

Ese vestido se mueve, fluye mientras ella alza las manos hacia su cabello, esos rizos negros peinados hacia atrás y atrás, y hacia abajo, abajo, atrás y afuera y arriba, y ella tira y los deja caer entonces, una ingeniosa maraña de rizos sobre sus hombros. "Como lo desee su majestad", dice el Estornino.



La explosión hace sonar los altavoces, y el sonido de la puerta abriéndose se pierde en el alboroto, pero él la ve allí, gira la cabeza para mirar, luego el resto de él en esa voluminosa sudadera gris que dice RCTID. Él se dirige por la baja sala con columnas y vigas de madera oscura hacia donde ella está remontando los escalones de una gran escalera oscura, "Hey", dice él, un ratatá de armas de fuego detrás de él, "hey, Ellen. ¡Ellen!" Y ella se detiene allí, una mano en la barandilla, mirando atrás, tatuajes como un lazo de tinta cerca del cuello de su suéter. "¿Qué demonios estaba él haciendo vistiendo mi camisa?"

"¿Qué?", dice Ellen después de un momento.

"Cuando él apareció golpeando la puerta la pasaba", y él se calla de repente, parpadeando, "pasada", dice, de nuevo. Otra explosión del televisor, y el chico del cojín grita. "¿La pasada semana?"

"¿Qué estás diciendo, Dan?", dice ella. "¿Qué demonios?"

"Casi lo tengo" grita el tipo en el cojín. "¡Maldita sea, hombre, maldita sea!"

"¿Por qué él, por qué llevaba mi camisa, Ellen?", dice Dan, pero él está mirando hacia otro lado, mirando la pantalla del televisor.

"¿Quieres tu camisa?", dice Ellen. "Voy a buscar tu jodida camisa". Y arriba que va y arriba por otro tramo, avanza por un estrecho pasillo junto a la escalera, dedos golpeando impacientemente la barandilla, al final del pasillo, una puerta oscura, y ella pasa por siguiente vuelo de escaleras, se detiene, "Espera", dice ella, "¿quién... cómo?"

Una sombra está sentada en los escalones allí, envuelta en gris perla, una mujer mirando hacia arriba, cabello oscuro todo en pequeños tornillos recogidos hacia atrás, grandes ojos adormilados. Estira el brazo hacia la barandilla atornillada a la pared, poniéndose de pie con una mueca de esfuerzo, esperando un momento, deliberadamente, a que Ellen dé un paso atrás para despejar el umbral.

"¿Tú quién eres?", dice Ellen.

La mujer de color gris perlado mira atrás, agarrando un manojito de tela negra. "Eres bienvenida", dice ella, voz a la vez rica y ronca.

"¿Qué?", dice Ellen, pero esa mujer se aleja por el pasillo, a lo largo de la escalera, su andar pesado se inclina a un lado. Ellen mira hacia otro lado, sube la siguiente escalera, la sube rápidamente hasta bajo el mismo pico de la casa. Al final de un pasillo estrecho, una puerta, recortada en ángulo para adaptarse a la pendiente del techo, que se abre a una habitación azul brillantemente iluminada, y las únicas sombras en el limpia y reluciente color sin profundidad ni nubes de la tarima en el medio, acolchada de blanco, y el grandullón se pone en pie desnudo ante la tarima, pelo castaño en aleros sobre la cabeza y la gran barba rojiza acariciando su pecho de pelo castaño. "Phil", dice Ellen. "Phil, qué coño. Phil".

"Ellen", dice. "Necesitaba tiempo. Lo siento mucho, pero necesitaba tiempo, y aquí se está tan tranquilo".

"¿Quién era esa?", dice ella entrando en la habitación, pasando la camisa hawaiana abandonada solitaria en el suelo, "la mujer, qué, ¿qué demonios...?" y "Está bien", dice, "No pasa nada. Lo hice. Lo hice".

"¿Hiciste qué?", dice Ellen.

"Renuncié", dice Philip Keightlinger.

# Bum y Bang y Crac y Crash

Haciendo Bum y Bang y Crac y Crash ella tira de la puerta de arriba para cerrar con un Clanc, impulsando el cerrojo en su sitio con un empujón, cerrando un conspicuamente brillante candado de combinación. Arriba de los ecos moribundos, una esbelta guitarra se abre paso hacia un arpegio desgarrado, en el espacio cavernoso alrededor de las bajas paredes del estrecho puesto que la rodea, bordeada de dibujos enmarcados tamaño postal de esquinas callejeras, escaparates, casas con trama de tinta con un cuidado diabólico. Ella se abre paso entre confeti y globos flotantes a la deriva, azul y blanco y plateado, la falda de su vestido de cintura alta se menea y campaneaa, largo cabello negro enhebrado con cintas plateadas y recogido en dos grandes mechones.

En el próximo puesto, la puerta ya está cerrada, una enorme foto pende sobre ella, todo piernas y nalgas desnudas, plateadas, agrupadas y musculosas y en un plié, la sedosa falda levantada por un gancho oxidado en el extremo de una pesada cadena. Una mujer se para frente a ella, vaqueros negros, pulida chaqueta negra, girando ante el susurro de las faldas, "Oh", dice ella, "¿estás cerrando? ¿Es hora de irse?"

"Probablemente apagaremos las luces, en un momento", dice Gloria Lunes, y desde detrás de ella, esa guitarra se ha acomodado en una oscilante ronda de rasgueos y punteos, subiendo, cayendo y volviendo a subir. "Pero todavía no estamos echando a nadie".

"Vale", dice la mujer vestida de negro, y luego, "pero, ¿necesitas ayuda? ¿Barrer o algo así?"

"¿Qué, esto?", dice Gloria pateando un globo azul. "Nah, nos ocupamos nosotros, gracias." Ella se apresura hacia el cavernoso almacén abierto, su falda arrastra brillantina por el suelo de hormigón, brillando en los charcos de intensa luz de los tubos fluorescentes aquí y allá, el techo muy por encima, perdido en sombra. El escenario elevado al final del espacio resplandece en los

reflectores que brillan en los lienzos allí exhibidos, apoyados en la mesa de trabajo, en un par de taburetes, en el nebuloso sofá verde, unos en otros, la figura danzante saltando, dando vueltas, girando de uno al siguiente. "En realidad", dice la mujer todo de negro, corriendo detrás de ella, "tenía curiosidad. Algunas de las galerías están, ah, vacías ", ella mira atrás, hacia los puestos que, muy iluminados, marchan uno a uno por los largos y altos muros, "Me preguntaba, ¿con quién hablo? ¿Sobre, sobre tal vez exponer algo? ¿Alguna vez?"

"¿Qué?" dice Gloria, y luego, "¡Oh! Oh, sí, no, esa sería yo. Cualquiera de nosotras, en realidad". Hay un niño sentado en el borde del escenario, acurrucado sobre una guitarra acústica de gran barriga, y Marfisa está sentada a su lado con su abrigo de piel de oveja, balanceándose adelante y atrás, una mano alzada para sostener la mano de Carol. Carol de pie tras ellos con un vestido de verdes y azules púrpura, ojos cerrados mientras armoniza con Marfisa, «no woman, no cry; no woman no cry». "¿Qué haces tú?", dice Gloria. "¿Qué es lo que quieres exponer?"

"Fotografía", dice la mujer vestida de negro. "Cosas que capto, que veo, cuando camino por la ciudad. Intento jugar con el color". Ella extiende la mano. "Petra", le dice ella.

"Bueno, hola, Petra", dice Gloria, estrechándola. "Gloria Lunes. Trailas algún día, casi siempre hay alguien aquí. Porque de eso se trata todo esto, ¿sabes? Trabajar el uno para el otro. Para los que lo sabemos".

Mientras Petra se dirige a subir al escenario, a mirar todos esos lienzos, Thorpe se pasea, ese sombrero gris de ala ancha en la cabeza y botones plateados que guiñan por la parte delantera de su largo abrigo negro. "¿Eso ha sido una venta real?", dice ella.

"Alguien más para exponer", dice Gloria.

"¿Tuviste, cuántas, una docena de personas aquí esta noche? ¿Y cuántos de ellos quieren pasar el rato aquí también?"

"Fueron mucho más que una docena", dice Gloria. "Mejor será que

no pongas esa porquería en tu columna".

"Escribiré lo que me dé la maldita gana", dice Thorpe con una mirada malévol. Señalando con el dedo. "Pero hey, parece que Hilda quizá haya charlado con otro nuevo expositor para ti".

Junto a la gran puerta principal principal medio levantada, una mujer mayor está sentada en una silla de ruedas, gran bolso de escamas marrón en el regazo, hablando con un gesto de la mano y una sacuda de la cabeza hacia una mujer alta en una chaqueta de esquí azul pálido, cabello rubio hasta la barbilla, severamente liso. Un foco que brilla en la pared tras ellas ilumina el gigante rizo de un signo de interrogación pintado con frondas y elaboradas manchas sobre un letrero mucho más antiguo, descolorido, desgastado, que antaño decía Mercado Italiano del Lado Este y Tienda de comestibles. "Hola", dice Gloria acercándose, "Sra. Donovan, hey".

"Gloria", dice la mujer en la silla de ruedas.

"¿Estás *tú* al mando aquí?", dice la mujer de la chaqueta de esquí.

"Claro", dice Gloria. "¿Por qué no? Gloria Lunes".

"Stephanie", dice la mujer de la chaqueta de esquí. "Stef, Stef está bien. Y, entonces esto. Todo esto trata de ella, ¿verdad?" Ella levanta una arrugada octavilla de ribete dorado. "¿Estás haciendo algo? ¿Sobre ella?"

Gloria asiente. "¿Ella te lo preguntó? ¿Entonces lo sabes?"

"¿Saber?", dice Stef, dice Ettie. "¿Saber qué? Es mi hermana. Ella tiene a mi hermana, y yo no, no sé. Qué hacer. En absoluto".



# N° 28: Manos de un Enfado

## Esas perversas garras / un pie promedio

Esas perversas garras que brillan de negrura relajan su agarre, se levantan, se estiran, y él se inclina hacia atrás, manos alzadas expectantes, mientras se recolocan en el taco de madera, raspado y un clac, dos curvados al frente y dos detrás. El zumbido insistente de la linterna eléctrica junto a su rodilla. Él se inclina de nuevo para acercarse. Envuelto alrededor de las patas nudosas de color gris amarillento sobre esas garras, un poco de lienzo oliva y, con mucho cuidado, lo pellizca, el fulgor de un chasquido de latón parpadea a la sombra de su pulgar. Su otra mano alzada para estabilizar suavemente el bulto emplumado que asoma por arriba. En algún lugar allá arriba, un ojo brillante, parpadeando, despreocupado, y el rizo negro de un pico malvado.

Colocando la vibrante linterna sobre una mesa destartada de viejos tableros grises, un cuaderno de cuero arrugado al lado. Esa correa oliva en su palma de bordes ásperos, y clavada en ella, una cápsula de metal abollada de ese mismo color verde oliva, absurdamente pequeña en las yemas de sus dedos. Cabeza inclinada hacia atrás y una bocanada de aire entre los dientes, él se prepara para desenroscar cuidadosamente la parte superior de la misma.

Un poco de cinta amarilla solo un par de centímetros de largo, desenrollada, cargada en cada extremo con centavos, y pequeños símbolos rayados en tinta marrón a lo largo de la misma. Él las mira de reojo, escribiendo pares de caracteres en una hoja del cuaderno, IS, LK, CI, GF, FO. De las sombras tras él, crujido de jaulas, un traqueteo de cadenas, «clacs» de garras y pelusas de alas arregladas. Él está circulando las letras, esbozando flechas y líneas de esta a aquella, luego levanta el bolígrafo, mira hacia arriba y abajo hacia el suelo junto a la bota de su pie. Regresa a la página cuando vuelve a suceder, la leve llamada en alguna parte debajo, pero luego se oye el estallido de la rotura de cristales.



"Vamos, Moody", dice el hombre del anorak de camuflaje de tablas de chocolate. "¿Me estás diciendo honestamente que no puedes abrir esa antigualla?"

"Puedo abrir cualquier maldita cerradura hecha por el hombre", dice el hombre con su ajada chaqueta excendente, arrodillado allí en la puerta, y "Shya", resopla el viejo envuelto en una sucia manta térmica, recostándose contra el ventana no iluminada del escaparate. Moody le echa una mirada desde debajo del borde de su sombrero de cuero negro y luego mira por encima del hombro al hombre en el anorak, "Entonces quizás este no fue hecho por el hombre", dice.

Un roce cuando el hombre en el anorak entra, balancea una mano y golpea ese sombrero negro de la cabeza de Moody. Moody se pone en pie, pero el cuarto de ellos, el chico apoyado contra el guardabarros de la vieja camioneta, dice, "Tal vez haya un timbre", en voz un poco alta, y luego, cuando todos lo miran, "Ya que estamos siendo tan educados".

"El chico tiene razón", dice Moody con una sonrisa. "Te dije que era avisado". Recoge su sombrero de la acera. "¿Jasper, si quieres?" al viejo, que saca una palanca de debajo de su manta, la golpea en la mano de Moody, y se aleja rápidamente de la ventana.

"Oh, ni de *coña*", dice el hombre en el anorak, y Moody lo favorece con una aguda sonrisa, "¿No?", dice encogiendo los hombros, palanca colgando en la mano. "Tú *eres* el Oficial Ejecutivo".

"Solo llévanos adentro", murmura el hombre en el anorak.

Esa primera grieta temblorosa llega hasta las letras pintadas que dicen «George's», justo arriba de donde dice «Zapatos Reparados».

Un Moody agachado tira de la palanca hacia atrás para dar otro golpe, para atravesar una rota cuchilla de guillotina dentada que cae chocando, una ovación, "¡Ja!" brama Moody golpeando con la palanca para sacar este y aquel fragmento colgando.

"Vamos, vamos", dice el EXO llamándolos con la mano.

Oscura sala delantera dentro, vidrio crujiendo bajo los pies, la manta de Jasper enganchada en el marco de la ventana, "Mierda", dice este tirando, más vidrios rompiéndose. Moody se ha acercado hasta el mostrador soltando la palanca, "clang", él se está levantando e inclinándose. El EXO, junto a la puerta principal, entorna los ojos y cierra la cerradura, y el cuarto de ellos, el chico con su mugrienta sudadera, capucha sobre la cabeza, está de pie allí en medio de todo. "Joder", dice Moody recogiendo algo, dejándolo caer en las sombras. "Zapatos".

"Es una zapatería", dice el EXO con la mano sobre el pomo de esa puerta.

Jasper recoge la palanca, se inclina sobre el mostrador tratando de meter un extremo en el cajón de la caja registradora, con la manta deslizándose de un hombro. "Y ninguno del mismo par", dice Moody, "es un montón de basura de malditos zapatos huérfanos", arrojando otro, y otro, empujando un montón de ellos a la vez. "Hey", dice Jasper mirando hacia arriba, "quizás haya cinco dólares aquí".

"¡Pues *róbalos!*", espeta el EXO. "Nadie dijo nunca que fuera bueno en esta mierda. ¡A la mierda! ¡Rómpelo! ¡Vamos!

El chico se pone en cuclillas sobre una bota de trabajo maltratada y con lengüetas sueltas, sobre en el cristal roto delante de él. La punta del dedo se raspa y arrugaba bruscamente, copos secos de cuero marrón pálido, ojales vacíos, el talón casi separado por completo, allí donde las puntas de las uñas brillan a la luz de la farola. Salta cuando la caja registradora cae al suelo, suena un crujido y el chico se aparta la capucha de la sucia sudadera de la cara. Una mano oscura baja, casi agarra la bota cuando se encienden las luces.

"¡Mierda!" grita el EXO. Jasper ya está huyendo, crujido del vidrio y manta levantada cuando salta por la ventana rota. En la parte trasera de la tienda, una mano oscura plana contra la pared junto al interruptor de la luz, una cortina de cuentas se abre ante su volumen con una camiseta amarillenta vieja y sudada, cabeza al aire, oscura y calva sobre un círculo de rizos blancos y tensos, oscura linterna eléctrica en su otra mano, y está mirando ferozmente al chico, que se ha puesto en pie, sin capucha, mirando con ojos muy abiertos, hacia atrás.

"¡Moody, maldita sea!", dice el EXO.

Moody pateando zapatos, se abalanza justo al lado del calvo, brillante cuchillo plateado mantenido justo bajo la barbilla del hombre. "Moody", dice el EXO, "vamos, hombre, esto está fuera de alcance", pero Moody está negando con la cabeza, "No", dice: "no, él sabe qué demonios es esto, y qué sucede si yo", y luego una sacudida, cuando el hombre calvo se acerca, cuando Moody retrocede, esa punta de cuchillo presiona de nuevo contra la piel suelta de la garganta. La cortina de cuentas traquetea hasta abrirse del todo. "Me pregunto", dice Moody, bajo y rápido, "¿ya sabes qué hueso sería? Algo del pie, apuesto. Todos esos metatarsianos y cuneiformes, siete mil jodidos huesos en el pie promedio, ¿te molesta alguna vez? ¿Caminando sobre un jodido jarrón Ming destrozado, cosido en un saco de cuero?" Pero el calvo da un paso al frente, y retrocediendo, Moody tropieza con los zapatos caídos y cae de espaldas al suelo. Sacudiendo el brazo, el calvo deja que algo caiga entre sus dedos, un destello de luz, una varilla de metal golpea la cabeza contra el suelo, una corona de bridas melladas y relucientes bucles girando fuertemente para alcanzar a Moody justo en el vientre, gruñido, él se dobla contra el mostrador y se desploma tosiendo, gimiendo, el cuchillo todavía en su mano inútil.

"Oh, demonios", dice el EXO.

"Fuera", dice el calvo levantando la maza, "de", señalando a todos, "de mi. ¡Casa!"

## **Luz intensa sobre Acero / Debe observarse en / Perquisites / "Solo espero que sea suficiente" / lo que se hace**

Luz intensa sobre el acero, toda la longitud de la hoja de él se ensancha desde la punta hasta el ricasso del ancho de la palma de la mano que allí envuelve la plana empuñadura cruciforme ligeramente sostenida a dos manos enguantadas. La de ella es más corta y delgada, una veloz aguja a una mano, enredada en la reluciente guardia plateada de nudosos filamentos, estocada y estocada y un corte resbaladiza, y cada asalto es repelido por el simple movimiento de la larga espada impasible de él, que aquí y allá se inclina hacia adelante, un simple riposte, blandiendo salvajemente en respuesta, y con cada ataque de acero otro sonido metálico extraído de un antiguo carillón.

Ella un paso atrás, se aparta, rodeando, pies descalzos sobre hormigón pulido. Incansables cortes irregulares al aire. Su mano libre en un mitón de ciclista mantenido contra el pecho, lisa camiseta negra, medias negras, cabello vino tinto. Los botines de él hacen clic en un majestuoso tempo hacia ella, hoja alzada y recta hacia adelante, parte plana paralela al suelo, punta cuadrada hacia los ojos e ella, uno de los codos doblado en ángulo, ajustada camiseta de tirantes blanca y vaqueros marrones. y su negro pelo brillando. Jo salta a la derecha como un resorte, trota, deja el hombro hundido, gira y sube con una estocada que el batea hacia a un lado con un ligero giro, espada aún alta, aún plana, aún avanzando hacia ella, haciendo clic y clic mientras ella retrocede. "Me dejas controlar el campo", dice Luys.

Otro largo paso hacia atrás y otra vez, una sólida estocada directo raspa la punta de la espada de Luys girada para parar, para cortar al paso, para empujar a Jo. Un salto hacia atrás, la espalda de Jo hacia el gran y blanco SUV estacionado cerca del muro, hoja levantada en ángulo, en guardia. "Como un maldito tanque", dice ella.

"Al menos hazed que me esfuerce en ello", dice él, "Milady", clic y clic, con la hoja en alto, el codo ladeado.

Ella bota hacia arriba sobre los dedos de los pies, brazo en alto, un corte sobre la parte superior de la cabeza y él tira en su agarre para atraparlo con el fuerte de la hoja, pero ella pivota su corte, lamiendo por debajo, una estocada que, con los hombros caídos, él esquiva solo echando la cabeza atrás, el brazo de Luys se dispara recto, un riposte y, "¡Mierda!" chillando Jo retrocediendo a pasos cortos y rápidos, agutando su temblorosa hoja entre ellos. La hoja de Luys aún alta y plana, su codo doblado, ojos oscuros sobre su boca impasible.

"¿Duele?", dice él.

"¡Sí!", espeta ella bajando la hoja, volviendo a levantarla con una sacudida.

Él asiente. Junta las manos en un aplaso, se acerca tirando de uno de sus grandes guanteletes para que abofetee el suelo. Extiende la mano para tomar el brazo de Jo cuando la punta de la hoja de ella cae y su mano al aire despega la manga de su camiseta, con cuidado de la sangre oscura que gotea. Ella sisea. "No se ve tan mal", dice él. "Venid, vamos a sentaros". Guiándola de regreso hacia el SUV y el bajo choche a su lado color pardo, franja negra a lo largo del lateral. Ella deja su espada en el techo del auto, y él la ayuda a sentarse sobre el capó. Ha dejado caer el otro guantelete y en su mano hay una bolsita de plástico, un cascarón de polvo dorado. "Tendrá que quitase eso, Milady", dice él. "Vuestra camisa".

"Solo", dice ella, dedos curvados para tirar de la manga empapada, siseando, "arregla esto" y "Está demasiado alto, en vuestro hombro", dice él. "Quítesela. Puedo ayudar ", y "No", dice ella, " no ", mano alzada, " dame un segundo ", sentada hacia adelante, moviendo la camiseta hacia arriba y por encima, "mierda ", dice ella, camiseta aferrada al pecho, sangre manando oscuramente por su brazo. "Continúa", dice ella.

Él se inclina cerca, polvo brillante en sus dedos que presiona contra el agujero en su hombro. Ella suspira, una respiración larga y

tranquilizadora que la deja desplomada sobre el capó del coche. Él alza la mano, cepillando suavemente una brizna de algo de la piel suave y sin manchas. La sangre ya seca.

"Milady", dice Luys. "Déjame verlo".

Ella levanta la cabeza, y una especie de resplandor.

"Milady, por favor".

"Me ensartaste solo para tener una excusa..."

"No", dice él rápidamente. Y luego, "Por favor", pero ella ya está dejando caer la camiseta al suelo mientras se sienta derecha, y recorriendo por el vientre cintura arriba de las medias, una costura ligeramente arrugada, rosa pálida y subiendo, hasta donde, inclinada en medio de su pecho, un fruncido ovoide quizá del tamaño de un pulgar, cubierto con una mancha ligeramente arcoiris ante la ondulada piel que lo rodea. "¿Y bien?", dice ella. "¿Qué piensas? ¿Es mas grande? ¿Menor? ¿Y bien?"

Él se endereza, da un paso atrás. "Deberíais haberlo examinado", dice él.

"¿Sí?", dice Jo. ¿Tienes a alguien en mente? ¿Un especialista en Humovivo? ¿Bueno con mierda parasitaria de antes del albor de los tiempos? Dame su número, soy todo oídos".

"Debéis tener cuidado", dice él dándole la espalda.

"¡Estábamos tanteando con acero de verdad!", dice ella. "Me ensartaste", su mano en la sangre pegajosa en su brazo, "a menos de un paso de distancia de esa cosa. ¿Eso es tener cuidado?"

Él mira atrás con una tensa sonrisilla. "Mi espada va a donde yo quiero, Milady. No estábamos en peligro".

Ella le agarra la mano y tira de él, "¡Entonces, *me* clavaste a propósito!", dice ella.

Él toma su mano. "Un oponente", dice, "hará un corte así para debilitaros y distraeros con el dolor".

"Ya me han cortado antes", dice ella, irónicamente agria. "Una o dos veces. Sé lo que se siente".

"Pero esta vez", dice, hombros en sus grandes manos, "levantasteis la espada después, lista para lo que yo haría después".

"Sí, lo hice, ¿verdad?", pasando de irónica a astuta. "¡Y esa finta por debajo!" El codo de Luys en la palma enguantada de J. "Yo *finalmente* te atrapé con eso".

"No pude parala, pero la esquivé", dice mientras ella lo acerca.

"Tuviste que ensartarme para que retrocediera", dice ella con la mano en su cadera.

"Eso hicisteis, Milady", dice, justo antes de que ella lo bese.

"Su gracia no debería estar merodeando en un sótano", dice agachándose para alcanzar sus vaqueros.

"Bueno, yo no llamaría a esto *merodear*", dice extendiéndose desnuda sobre el capó del automóvil.

"Deberíais tener un salón", dice pisando en una pierna del pantalón y la otra, "para entrenar, para fiestas y para mantener la corte", tirando de él sobre sus caderas.

"No sé", dice ella. Desgarrando el velcro de uno de sus guantes, "en realidad es", dice, volviéndolo a poner y cerrándolo de nuevo, "Me gusta estar aquí abajo. Es, curiosamente, es privado. En un cierto modo propio. Podemos hacer la Distribución aquí abajo. Y a Bruno no le importa que use su oficina cuando la necesito. Y podemos, entrenar aquí, cuando sea", se sienta erguida con un estiramiento y un destello de esa cicatriz nacarada, y una sonrisa muy contenta. Él se está poniendo su camiseta blanca de tirantes. "Cualquier otra fiesta, quiero decir, en serio, ¿no es ese más el departamento de Ysabel?"



"Vos os divertís por tu cuenta para manteneros", dice subiéndose la bragueta. "Con vuestros hombres".

"Me gustaría", dice ella sentándose abruptamente con el ceño fruncido, "tú no...", pies en el parachoques, y luego el hormigón pulido, "ya sabes", dice recogiendo su camiseta del suelo, "no son míos, Leo es quien..."

"Vois sois el Halcón ahora", dice Luys. "Sois el Cazador. Sois el Sudeste, Milady, y sus hombres son vuestros".

Ella cierra los ojos ante eso, abre la boca. Se muerde el labio inferior y respira hondo, "Yo", dice, "me muero de hambre". Se sube las medias. "¿Qué tal un poco de desayuno? Jam, calle arriba". Se pone la ropa interior y la sube. "Bollitos", dice ella. "Yo invito".



Saliendo de la cabina de ducha, secándose las axilas, entrepierna y muslos, nalgas y parte baja de la espalda, sube para despeinar lo que queda de su cabello, envuelve la toalla blanca alrededor de las caderas y mete la punta. Abre el botiquín, pasa de largo un pastillero de plástico azul en busca del tazón de afeitar, navaja de seguridad en su estuche de plástico y se detiene. Cierra el armario nuevamente. Observa su reflejo, las yemas de los dedos rascan la barba que oscurece sus mejillas.

Se desliza a través de la cortina blanca que se extiende sobre el inodoro, el lavabo, la ducha con paredes de vidrio, hacia el desván pintado de blanco y el triforio en lo alto, brillando a lo largo. En el extremo más alejado, junto a la cama, con toda esa luz, está Pirocles, que se pone un brillo azul de chaqueta sobre su deslumbrante camisa blanca, "Oh", dice Becker reubicando la toalla sobre sí mismo, la mete bajo su barriga encogida, "¿No trabajas en el garaje hoy?"

"Disturbios, entre el Norte y el Noreste", dice Pirocles mientras Becker avanza hacia él a través de toda la luz que cae, "Mi señor ha llamado a sus caballeros".

"¿Disturbios?"

"Solo bravatas, reiteradas, pero debemos reunirnos por ello, no obstante". Pirocles sonríe, y esos pesos de peltre en los extremos de sus bigotes se balancean mientras sacude la cabeza. "El único peligro en el que estoy es de aburrimiento".

"No puedes, no puedes usar ese traje", dice Becker frunciendo el ceño. "Lo había sacado, iba a correr a la tintorería en mi camino", pero Pirocles levanta una mano, "Está bien", dice. "Todo está arreglado".

"Eh", dice Becker detenido al pie de la cama.

"El tuyo también". Pirocles se alisa las solapas y se revisa los puños.

"¿Mi ropa?"

"Todo arreglada", dice Pirocles. "Algo de un requisito". Acercándose, mano al hombro de Becker. "Y hay un desayuno en la encimera, si quieres", y se inclina para besarle y Becker responde distraídamente. Y luego va, pálidos zapatos sonando, pasando el rincón de la cocina, la cortina blanca sobre el baño, hacia la puerta del loft, esa cosa poderosa de vigas y tablones.

"¿Desayuno?", dice Becker frunciendo el ceño para sí mismo.



Una corriente de humo se alza y sube hasta allí, allá arriba, justo fuera del alcance, un rizo repentino, un vertido se filtra en una neblina que no puede aliviar la penumbra. "¿Por qué venir a mí?",

dice el hombre recostado en el escritorio, chaleco y pantalones a cuadros discretos.

"Bueno", dice Jo recostada en el sofá con la almohada bajo la cabeza, contra el brazo de listones de madera, "Me imagino que si tiene un teléfono, tienes el número". Baja el cigarrillo a sus labios para un calada lenta y crepitante.

"Su gracia", y él respira hondo sopesando palabras. "No es tan simple". Sobre el escritorio, junto a su mano, un vaso de hielo y licor marrón. ¿Ir a tales problemas vos misma, en tal asunto? Parece", y él toma el vaso. "Innecesario", dice, y bebe sorbos.

"Una llamada telefónica", dice Jo. "Y qué. ¿Debería hacer que Luys lo haga?"

"Es casi lo mismo. Él habla con vuestra voz".

"Buen truco, ese", murmura Jo. Y luego, subiendo para mirarlo por encima del brazo del sofá, "¿Me estás diciendo en serio, Bruno, que a uno de los, de mis amigos, de mis caballeros, no puedo simplemente llamarle? ¿Por telefono? ¿Cuándo necesito arrancarle uno nuevo?"

"Hay protocolos, Milady", dice encogiéndose de hombros. "La gente hablará".

"Yo *quiero* que la gente hable sobre esto".

"Quetéis que cuenten la historia correcta", dice Bruno, y otro sorbo. "Si hubiera una función, ¿ambos asistirían? Para que la organización de la reunión no eclipse el motivo ", deja el vaso en la mesa. "El Samani hubiera sido ideal".

"Sí, o podría ir a la esquina de el Diablo, tal vez invitarle a una bebida, tropezar con él saliendo de su oficina, excepto, espera un minuto", se sienta, "oh, sí, despedimos su lamentable culo".

"Teníamos nuestras razones", dice mientras se cepilla la parte delantera de su chaleco. "Quizá", mira hacia otro lado, "¿si su gracia

revelara algunos detalles más?"

Jo apaga el cigarrillo en un platillo con borde de flores marcado con viejas quemaduras. "Necesito averiguar exactamente qué hizo, con las bailarinas, mientras dirigía el club".

El hielo tintinea cuando levanta el vaso de nuevo. "Lo de siempre, supongo". Y luego, mientras lo mira, "Su gracia difícilmente es ingenua".

"Tampoco soy una campeona".

"Por supuesto que no".

"El Estornino", dice Jo aún mirándole y con su vaso a la mitad de sus labios, "le dijo a la Reina", y ese vaso cae, "que el Arpista vino a ella, una vez".

"¿Se acercó a ella?" Levanta el vaso otra vez, y esta vez lo vacía. "¿Qué significa eso?"

"Eso es lo que le voy a preguntar". De pie abruptamente, "¿Sabes qué?", dice Jo mirando la hora en la pantalla de su teléfono, guardándolo en el bolsillo de su chaqueta. "Su majestad dejó caer esto en mi regazo, así que lo dejaré caer en el tuyo". Dirigiéndose hacia él, hacia la puerta iluminada con un panel de vidrio punteado que dice, al revés, «Bruno». "Dile lo que quieras, que ha ganado la jodida lotería, no me importa, solo lleva a el Arpista a una habitación conmigo, digamos, ¿mañana por la noche?". Abre la puerta. "Llámame cuando tengas algo".

Él está mirando hacia abajo con las manos en el borde de su escritorio y un asentimiento juicioso. "Por supuesto, su gracia".



En la pantalla, una foto, Jo e Ysabel, mejilla con mejilla, la mano

de Ysabel en el cuello vuelto del abrigo blanco de Jo, rizos negros atrapados sobre ella, mira de reojo, casi sonriendo, a los ojos de Jo, que están arrugados sonriendo directamente a la cámara que ella sostiene ante ellas, su borroso brazo desenfocado en la parte inferior de la foto. Su cabello corto y castaño y saliendo por todas direcciones. La luz de una farola, detrás de ellas un edificio oscuro en algún lugar por la noche. El reloj del teléfono sobre sus cabezas dice 15:48. Martes, 10 de abril. Lo pulsa, la pantalla se pone negra y ella vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo de su chaqueta color mantequilla. Un codo en la mesa que se extiende a lo largo del escaparate protegida por el sol, y una gran taza roja de capuchino, la espuma con filigrana ya perturbada. "Hey", dice alguien tras ella, pero gentilmente. "¿Cómo estás?"

Él es alto, el hombre tras ella, sin mirarla, mira atrás, por encima del hombro, al resto de la cafetería escasamente oscura, a las largas mesas de madera, el tostador de café en la esquina y los cojines alrededor. Lleva un jersey de lana beige, cremallera abierta por la mitad encima de una camisa a rayas azules, cabello oscuro peinado hacia atrás, y él mira el pesado reloj de oro en su muñeca antes de ofrecer una sonrisa irónica.

"David Kerr", dice Jo. "El mago. ¿Cómo te va?"

"De verdad", dice, acercándose, "de verdad", codos sobre la mesa, "no me gusta esa palabra. Mago. Hace que todo suene como una especie de juego de rol el cual, te aseguro, no lo es".

"¿Y qué quieres", dice Jo, "quiero decir, ¿qué es lo que haces?"

"¿Qué demonios hace alguien? Intento mantenerme cómodo. Pero tú", se lame los dientes, "me haces sentir incómodo".

"Es un don", dice Jo alzando su taza. "Pero ahora me pregunto por qué has bebido a saludarme". Un sorbo que él observa atentamente, siguiendo la taza hasta la mesa. "¿Cómo es eso?", dice.

"¿El corte?", dice ella. "Es curativo. Está curado, más o menos. ¿El Humovivo?" Y Kerr alza la vista bruscamente y mira a su alrededor por encima del hombro: "No pasa nada, ¿sabes?", dice ella, "no tiene

fugas, o lo que sea. Nada se ha escapado, nadie ha desaparecido".

"Con el debido respeto, Duquesa", dice Kerr, "nunca se sabe. Cualquier cosa que toque esa mierda, no solo desaparece. Es como si nunca hubiera existido. Podrías haber entrado en ese almacén con todo un equipo de apoyo y si atrapa hasta el más mínimo atisbo de esas cosas", mira su reloj y vuelve a mirarla, "nunca sucedió así. Se han ido, nunca existieron, y tú siempre ibas allí solo, y nadie podría notar la diferencia porque ellos, sí. Nunca. Existieron", sus nudillos golpean la mesa ligeramente con cada palabra, "y nadie podría saber lo contrario".

"Excepto yo", dice Jo.

"Bueno", dice Kerr después de un parpadeo o dos. "Eres el caparazón. No te va a comer hasta que esté preparado y listo para..."

"No", dice Jo. "Quiero decir", y ella levanta una mano envuelta en un mitón, buscando algo, un momento, "cuando", dice, "arrojó las cosas, el mago, en el puente..."

"Lier", dice Kerr.

"Lier", dice Jo. "Se lo llevó. Y a Ysabel. Antes de eso", su mano enguantada se cierra en un puño, "se pegó a mí ", ese puño, sobre su corazón, "y por un tiempo, fue así, como ella nunca hubiera existido. Nadie lo sabía. Excepto yo". Ahora la mira a los ojos y frunce el ceño. "Pero ella fue a alguna parte", dice Jo. "Ambos lo hicieron. Un lugar, y yo fui allí. Y volvimos. Y todo volvió a ser como había sido".

"¿Y por eso eres tan complaciente?", dice Kerr.

"Tengo miedo de mi maldita mente", dice Jo.

"Vale", dice Kerr. "Vale". Inclínandose hacia abajo, hombros encorvados. "¿Has visto a Keightlinger desde entonces?"

"¿Quién, al de la barba?" Kerr asiente y Jo niega con la cabeza,

“No”, dice ella, “no, gracias a Dios. ¿Qué demonios le hiciste?”

"Algo estúpido", dice Kerr. "Solo espero que sea suficiente". Enderezándose, alejándose de la mesa, de ella, "Mira, aquí, déjame", dice, "en el, ah, por si acaso. Si es que, encuentras que necesitas ayuda. Solo di mi nombre. Allí estaré".

Se da vuelta para irse, pero: "David", dice Jo, y él mira atrás, "Bueno", dice él, "en realidad", pero: "Gracias", dice Jo. "Por cerrarlo, pero también. Por estar ahí. Por llamar a Luys. Porque yo, nunca pienso en apoyo".

"Sí", dice Kerr, alejándose. "Bueno".



Gruñidos y gruñidos y un "mierda" gutural y un chirrido burbujeante de risita. Los reflejos parpadean en la extensión vidriosa y muerta de una pantalla de televisión al mismo tiempo que el estruendo de los colchones. Hay dos en la habitación, de tamaño individual, cabezales contra la pared, y la que está más cerca de la ventana con las cortinas cerradas se amontona encima de cajitas de color negro brillante, impresas con remolinos de humo estilizado en diferentes tintas de neón, chartreuse y naranja, verde frondoso, magenta, verde azulado, y esparcidos entre ellas, conchas de plástico que sellan hileras de frasquitos de ámbar, «Tabaco rojo», dicen las etiquetas pegadas al azar, «Matcha Mentol», «Gran Reserva Oro», «Mojito Brisa Marina». El gruñido es ahora un gemido, bajo, prolongado, la risa de una ronda chillona y sin aliento de "¡Sí!" Y "¡Sí!" Y "¡Sí!". Chili está boca arriba en la otra cama, ojos cerrados y cabello rubio húmedo de sudor, mano anudada en las sábanas y una mano hacia arriba, sosteniendo con fuerza el brazo de la mujer a horcajadas en sus caderas, cabello rubio rebotando en rizos ondulados, una camisola resbalándose de sus hombros, "Mierda", él está diciendo, "mierda", "Y" ¡Oh, sí!", grita con los ojos muy abiertos, pero se detiene con una sacudida para mirar por encima del hombro, medio encorvado sobre una rodilla, "Ho la " dice

sonriendo brillantemente. "¡Mierda!", ruge Chili, retrocediendo pataleando hacia la cabecera de la cama, el peso de ella ha desaparecido, ella se ha ido, "¡Mierda!", grita él golpeando el aire, el calcetín sucio que se desliza en pliegues lánguidos a su regazo, la satinada página arrancada de una revista, dice, "mierda", está diciendo, "mierda", se sienta, agachado, jadeando.

"Arpista", dice el hombre al pie de la cama, con una espada en la mano.

Y chillando algo incoherente, un Chili desnudo se desenrolla poniéndose en pie, la habitación se ilumina en un estallido, manos sobre la cabeza caen con la pesada hoja de su espada, corta con un "hap" hacia el hombre que se agacha a un lado, su hoja sube desde abajo y atraviesa el pecho de Chili. Mira la espalda, se hace a un lado cuando Chili pasa chocando contra la cómoda, y la enorme televisión se tambalea. Se gira, esa hoja clavada, la empuñadura elegante y simple a quince centímetros de una herida húmeda y amarilla, y que sube y baja con su respiración irregular. "Te desarmaste", espeta, pero ese hombre está sacando un pañuelo del bolsillo de su discreto chaleco a cuadros, y cuando se acerca, Chili deja caer su espada de sus torpes manos, alcanza esa empuñadura temblorosa, pero ese hombre presiona una mano sobre el pecho de Chili., el pañuelo envuelto alrededor de la base de la hoja, y las manos de Chili caen sin fuerza cuando un tirón raspa y libera la hoja. Chili se desploma contra la cómoda y la televisión se tambalea de nuevo. "Eres patético", dice el hombre limpiándose las manos con el pañuelo.

"Bruno, venga ya", dice Chili jadeando. Una mano hasta esa herida. "No tenías que por qué hacerlo así".

"No tenía que hacerlo en absoluto".

"¿Qué se supone que debo hacer?" Chili lo empuja hacia el espacio entre las camas, cayendo de rodillas. "Desde que esa *perra*..."

"*Arpista*", dice Bruno, callado y frío. "Cada vez que se te ha dado alguna responsabilidad, una oportunidad, la has pifiado. Llego a descubrir hoy que la Duquesa tenía razón al exigir tu expulsión del



club", y, mientras Chili mira atrás con un movimiento de cabeza, sus mejillas enojadas motean su barba amarilla, "solo que fuiste y engañaste a el Estornino " dice Bruno.

"Ese", farfulla Chili girando sobre sus rodillas, "¡por ese lo haces!". La herida rezuma cosas como la miel, se torna del color de la leche, sin prestar atención a sus costillas para dejarlo caer sobre su muslo desnudo. "¡Viene con el oficio!" En su mano esa página rota, arrugada, delgada y brillante.

"Es el favorito de la Reina, maldito idiota", dice Bruno. "Ahora. Esto es lo que harás". Sus zapatos estrechos se acercan. "La Duquesa ha empezado a entrenar por las mañanas con el Masón. En la residencia. Irás allí, mañana, alrededor de las diez en punto. Te arrojarás a sus pies y aceptarás lo que venga". Esos zapatos se alejan, dejando una leve huella en la alfombra color carne. Una puerta se abre, se cierra. Chili extiende esa página, alisando las arrugas, un suntuoso tocador, una mujer arrodillada sobre un reposapiés sobrecargado, un corto camisón, mechones de cabello rubio, palabras sobre ella, estilo corsé con cordones, atrevida, dramática, correas ajustables, bragas a juego, nailon importado.

## **Seis de ellos / Milo, Dub, Jonesy & Ganso / una sugerencia Capital / sin Gritar, sin Vitores, sin una Palabra / Quien Él es**

Seis de ellos en la habitación, y él, encorvado en la puerta, manos en los bolsillos de su mugrienta sudadera. "Que dediques tiempo", dice el viejo marchito. "Y yo te pago dinero, por ese tiempo", entonado gruñido bajo, respiración raspada entre cada frase. "Que compro, tu tiempo. ¿Cómo? ¿Cómo puedo comprar tiempo? La luz solar brilla tras gruesas cortinas rojizas drapeadas sobre una ventana panorámica. "Entrégame algo de tiempo. Pon, en mis manos, una hora de tu día". Está sentado en el gran sillón reclinable de cuero marrón, inclinándose hacia adelante, suaves hombros envueltos cálidamente en una vieja colcha. "Comprueba el bien", dice, y debajo del edredón una mano se sacude, y otro siseo de aire, "que hace. A ambos. Algunos de vosotros". Uno de esos ojos entornados se cierra junto a un gruñido de arrugas que se irradian desde esa nariz hundida. "Piensa que es tu esfuerzo. No el tiempo, sino trabajo. Trabajo. Que si lo intentas. Si te esfuerzas. Eso es lo que yo quiero. Para eso es lo que te pago. Pero yo no. Te Pago. Lo que quiero. Lo que quiero".

El EXO está allí, al otro lado de la habitación, frunciendo el ceño bajo la rigidez de su cicatriz, y tres hombres en el sofá, dos en cada extremo en posición vertical, codos sobre las rodillas, lisa camisa de trabajo a cuadros, una copa humeante en la mano, la otra con un chaleco de plumas marrón y azul, las manos vacías raspadas de rojo sobre los nudillos, y entre los dos, Jasper, inclinándose hacia adelante, codos apoyados en las rodillas, cabeza canosa en sus manos. "Nosotros, construimos", dice el OM desde su sillón reclinable, "lo mejor del país, la ciudad brillante, nuestra Jerusalén verde. Nosotros hicimos eso". Una mano surge de la colcha, apretada en un puño. "Nadie nos pagó. Nadie. Nos. Pagó". Allí, en la esquina, Moody toma un sorbo de café, observando al EXO que, a su vez, está mirando al OM. "La construimos. Fue nuestra. Hasta que vinieron los demás, y *la tomaron*".

A eso, él se levanta la capucha, se agacha por la puerta y se aleja por el pasillo sin luz. De vuelta a la luz del sol, Moody sonríe sobre su taza. "Aun así", dice el OM, esa mano suya cayendo, "aun así. Con todas las ventajas, a su agarre. Las leyes. Las normas. Políticos Medios de comunicación. Los, los", y retira esa mano suya hacia debajo de la colcha. "Las reglas", dice. "Las reglas".

"Los bancos, papá", dice el EXO.

"¡Los bancos!", espeta el OM, temblando, tosiendo. "Los bancos", dice, de nuevo. "Incluso con todo esto. Incluso con *toda* ventaja. Nuestro país, en sus manos. Sonrien con malicia. *Se carcajean de nosotros*. Incluso con todo eso, todavía está allí. Podemos". esa mano liberándose de la colcha de nuevo. "¿Pagarte?", gruñe. "¿Por tu tiempo? ¿Tu trabajo? ¿La tomáis, la tomáis y salís, y la *tomáis!* ¡La construís de nuevo! *¡Ciudad Desgarrada!*" Esa mano suya, llevada hacia arriba, un puño, y después de un momento sobre el sofá se levanta un puño de crudos nudillos, y la mano que no sostiene una taza se revuelve, se eleva, y un empujón a Jasper entre ellos, quien sacude su cabeza canosa. "¡Ve y *consíguela!*"

Un éxodo general desde el sofá, golpeando y tropezando, ayudan a Jasper a ponerse de pie, el EXO espoleándolos, frotándose la barbilla. Moody está mirando por la habitación hacia ese pasillo iluminado más allá, pero el OM se está levantando del edredón, agarrando la manga de Moody, "¿Dónde están todos?", dice, su voz se ha vuelto quejumbrosamente delgada. "¿Qué ha pasado?"

"Fue un buen discurso", dice Moody, tirando de esa mano. "Muy inspirador". El EXO está señalando con el dedo, enviando un mensaje, mirando de un hombre a otro, cuando Jasper abre la puerta principal, el resplandor de la luz del día. "¿Dónde están todos?", dice el OM de nuevo. "Los jefes. ¿Dónde están todos?"

"Están aquí", dice el EXO.

"¿Dónde está Milo?", dice el OM. "¿Dónde está Doble-De?"

"Dub estaba, Dub estaba aquí, papá", dice el EXO arrodillado

junto al sillón reclinable. "Dub acaba de irse", pero el OM dice: "¿Dónde está Jonesy? ¿Dónde está?", y: "Jones", dice el EXO, tomando su mano, "Papá, ¿quién estás...?", mientras el OM dice, "¿dónde está el Ganso?"

"Papá", dice el EXO. "El Ganso murió, hace como, dos años. Hace dos años y medio".

Al final del pasillo no iluminado, en un incómodo rellano de esquina, Moody con la copa en la mano con cuidado de la rampa de madera contrachapada que se extiende sobre los escalones que conducen a la cocina. A través de ella, baja otro corto tramo, una puerta al final, entornada, y la luz del sol cayendo desde una ventanita ubicada en lo alto de la pared. "Hey. Shizzt", dice Moody colocando su taza casi vacía junto a una laxa bolsa negra. "Hey", dice de nuevo empujando una puerta con persianas, un pequeño armario, y allí está Christian con su sucia sudadera, sentado en el suelo bajo un espejo lleno de pegatinas. "No estábamos pensando en escabullirnos, ¿verdad?", dice Moody, y Christian se encorva bajo su capucha. "Siempre fuiste inteligente", dice Moody agachándose en la puerta. "Sabes que esta es tu mejor jugada, sabes que es cómo se va, y todos sabemos que nos ayudarás a llegar allí. Así que sé que eres lo bastante listo para no salir andando en medio de un sermón, ¿sí?" Sus delgados labios se curvan amigablemente mientras trata de mirar bajo los márgenes de esa capucha. "Él no está hablando de ti. Lo entiendes, ¿verdad? Entiendes que está hablando de los rusos y los vietnamitas, está hablando de los jodidos mexicanos, por el amor de Dios, no está hablando de ti. Eres inteligente. Eres, bueno..."

La mano de Christian atrapa la de Moody, que estaba alcanzando esa capucha, "Qué coño sabrás tú", le gruñe.

Moody tira de su mano, se endereza, da un paso atrás y su reflejo en el espejo es lamido por las pegatinas despegadas en el cristal, negras y grises y aquí y allá un poco de rojo, y las letras en ellas blancas, plateadas y negras, con forma de cuchillas, como rayos, como postales de Biblia antiguas, «los Boreads», dicen, y «Sheriff Pain», «Artículo EXVIII, Hróðvitnir». "Sé que eres patético", dice. "Eres débil. Nunca tuviste agallas para reunir una pandilla propia.

Tu madre nunca tuvo que desplazarte para echarte de casa. Esto es todo lo que tienes ahora, y yo soy el único aquí que te respalda. Así que, levántate de ese delgado trasero negro y sube las escaleras y haz algo útil, eso es lo que sé".



Él abre la puerta de cristal en la acera, pasa dentro, una pared de buzones, seis de ellos, de acero inoxidable y esquinas afiladas y plástico rayado sobre números de buzón escritos a mano, y al doblar la esquina, un corto tramo de escalones hasta un rellano en la base de una escarpada escalera, y Jo sentada allí, con su espada en la vaina sobre su regazo. "Milady", dice Luys, todo de marrón. "No tenía la intención de haceros esperar".

"No", dice Jo, "no, no es por ti", y suspirando, mira hacia las escaleras. "Chrissie está aquí".

"¿Qué, otra vez?", dice Luys.

"Aún", dice Jo poniéndose en pie, Chuck Taylor rojas, holgados vaqueros negros, ajustada camiseta negra. "Pongámonos a ello". Balancea su espada envainada para que descansa sobre el hombro. "¿A menos que prefieras saltar directamente a los bollitos?"

"Como Milady desee", dice Luys.

"Uno de estos días", dice Jo, dirigiéndose a la puerta, "voy a conseguir que admitas querer algo que no deseo".

En el exterior, y la pared del edificio se eleva blanca y verde junto a ellos, y en la acera de enfrente las oscuras ventanas vacías se extienden llenas de letreros, «Alquiler Ya Disponible, La 20 con Hawthorne, Apartamentos Disponibles». Jo bajo la enrejada escalera de incendios dice: "Bueno, ¿cómo lo sabes?" Mirando atrás por encima del hombro. "¿Qué lo delata? Nueve de cada diez veces no puedo hacer que muerdas una finta. ¿Cuál es mi, cómo lo

llamas? Dime".

"No podría decirle", dice Luys con una sonrisilla.

"¿No podrías, no podrías decirlo? Qué buena enseñanza esa".

Un encogimiento de anchos hombros. "Simplemente sé, Milady, cuándo queréis atacar y cuándo no".

"Bien, espera, ayer", dice Jo plantándose, extendiendo el brazo para detenerle, "¿de verdad te sorprendí con la estocada? ¿O simplemente no la paraste para poder colocar el corte?"

"Milady", dice Luys señalando con la cabeza hacia algo tras ella. Jo se gira. Abajo, en la esquina, hay una puerta de garaje, en ángulo, un par de contenedores de reciclaje azul y verde oliva en una franja de sombra. Junto a ellos, un chico recostado contra la pared, chaqueta bomber marrón y cabello castaño en un marchito copete, brazo doblado sobre la carretilla de mano a su lado cargada con una gran bañera de plástico, un par de cajas rosadas, una paleta de botellas de agua, y encima de todo, una bandeja de tazas de café de papel. "¿Qué coño?", dice Jo. "¿Pandulce? ¿Qué es todo esto?"

"Hey, jefa", dice el chico impulsándose contra la pared, "lo siento, sí, no tengo una jodida llave para la gran puerta, y no quería luchar contra ese jodida chisme, esa jodida puertecita de allí, y", pero Jo está hablando de nuevo: "No", está diciendo ella, "no, Pandulce", y luego, a Luys, mientras se agacha para abrir la puerta del garaje, "¿Esto fue idea tuya?"

"No es mía", dice Luys subiendo la puerta.

"Así que hay toallas", dice Pandulce con una patada en la tina de plástico en la parte inferior de la pila, "para el sudor, supongo, o por si se derrama un poco de agua", una palmada en la paleta envuelta en plástico de botellas de plástico, "mucha agua, y oye, Masón, sé que te gustan esas jodidas rosquillas de Staccato, pero mi conexión con Voodoo, y son jodidamente buenas, jodidamente de primera", y Jo dice: "Hey, Pandulce", pero él dice: "y, por supuesto, el café no puede pasar sin café" y "¡Pandulce!", dice Jo. "¿Por qué. Has traído.

Todo esto. Aquí?

"Absolvedor dijo que", dice Pandulce.

"Pero solo estamos nosotros dos", dice Luys frunciendo el ceño, mientras Jo dice: "Bruno", y luego "mierda", y luego se dirige hacia la puerta, bajando la rampa, "¿Milady?", dice Luys, y "Será mejor que sean más que vosotros dos", murmura Pandulce, pero hay un ruido metálico que resuena allí, acero sobre acero, y Luys comienza a correr detrás de Jo, "¡Gallowglas!", grita él: "¡Gallowglas se acerca!"

"¿Puedo...", dice Pandulce, "tener un poco de ayuda, aquí? ¿Hey?", levantando la bandeja de tazas de café con una mano, gruñendo con la otra, inclina la carretilla hacia atrás y la pone en marcha trotando hacia la rampa, "No, en serio", está murmurando, "Muchas Jodidas gracias".

Alrededor y siguiendo la empinada curva de la rampa, el garaje se abre y extiende bajo la longitud del edificio arriba, luces fluorescentes, hormigón pulido, el SUV y ese bajo sedán pardo. Pululando por allí, media docena de giros, puños alzados y armas en saludo, un murmullo de "¡Su gracia!" y "Duquesa" y "¡Milady!", Mientras Jo los acecha, "Vale, entonces, ah", dice ella, entrando en medio de todos ellos, "caballeros, ah, amigos", un parpadeo, "¿Supongo que el Absolvedor os ha dicho que vinierais?"

"¡Y una sugerencia capital!", grita un hombre con chaleco marinero a rayas azules y blancas, azotando el aire con su estoque de un lado a otro, y "Una pizca de finalidad para condimentar nuestro juego", dice un hombre sin camisa, las mangas de sus monos anaranjados atados alrededor de su cintura, y una espada corta de punta ancha apuntando a su frente.

"Sí", dice Jo, todavía mirando a su alrededor.

"¿Hay alguna preocupación, Duquesa?", dice la mujer corpulenta que se cierne sobre todos ellos, largo cabello teñido de un verde aguado, y un arpón de púas apoyado en el hombro.

"¿Qué?", dice Jo. "No, Peg, no, estamos todos", y luego, alzando la voz, "hay refrigerios, todos, aprovechad, y supongo que hay toallas. No sé. ¡Pandulce!" Le hace señas para que se acerque y deje los cafés mientras los caballeros, murmurando, riendo, acercándose, se apresuran a seguirla, seguidos de cerca por Luys. "Sube las escaleras", dice ella al oído, rápido y bajo, "y asegúrate de que Iona esté con la Reina".

"¿Qué?", dice demasiado alto, alarmado. "Jefa, ¿por qué?"

"Tú hazlo".

"¿Qué pasa, Milady?", dice Luys tan bajo y cercano, cuando Pandulce se aleja deprisa.

"Chili no está aquí", dice ella. "Pero lo estará. Necesito saber quién de esta habitación está con él".

"Está muy alerta desde el robo", dice Luys. "El Proveedor y sus compinches", asiente hacia el hombre del chaleco marinerico que alza una taza de café de papel hacia ellos, "han dejado claro su desdén".

"Bueno, alguien está haciendo algo", dice Jo. "Vigíame la espalda".

"Milady", dice Luys con una risita desarmante, "nadie se atrevería".

"¡Hey, Astolfo!", grita Jo, y ella levanta su espada envainada de su hombro. "¿Quieres mostrarme cómo funcionan esas cositas del escudo?"

"¿Está su gracia bastante segura de que no se refiere a Medoro?", dice el hombre con sudadera gris, sorbiendo cuidadosamente de la taza con el puño cerrado, y "No", dice Jo, "mi gracia no se refiere a Medoro, Medoro es el Axle", y el hombre de la mugrienta camiseta levanta una mano exagerada hacia su pecho, "y tú eres un mamón que está jodiendo conmigo. ¡Venga, vamos!" Una mano en la empuñadura de su espada, la otra sobre la garganta de metal labado de la vaina, mientras en medio de risas, aplausos y palmadas en la



espalda, él sale al espacio abierto, apretando las correas de las hebillas de su espada, mano izquierda con un filo pulido y afilado, derecha con puntas. "Pero, espera", dice Jo, y él se detiene. "¿Tienes la apuesta?"

"¿Apuesta, milady?", dice.

"Una pizca de ovr", dice Jo, "o algo así, por si me pinchas. No puedo tener a un Duque sangrando por todo el suelo ahora, ¿verdad?"

"Pero, su gracia, eso no es justo", dice el Proveedor, dando un paso adelante con una amplia sonrisa para moderar su juicio severo. "Pagamos para cortarlo, pero si nos cortan, ¡terminamos!"

"No lo pienses así, Connie", dice Jo volviéndose hacia él. "Piensa, en cambio, que perderé a un caballero, lo que me lastimará bastante, me gustan tanto". Luys sofoca una risita ante eso, mientras el resto de ellos se miran de uno a otro, inciertos, vacilantes. "Entonces, ¿qué, demasiado picante, amigos?", dice Jo desenvainando su espada. "¡Venga! Trata de acercarte lo más que puedas sin tocar, ¿alguien confía en sus habilidades lo suficiente para jugar?"

Luys dice: "Quizá, Milady", pero Proveedor se ríe, un ladrido acorralado, "¡Masón!", grita. "¡Tú la has tenido todas las mañanas durante la semana! Que el resto de nosotros tenga nuestro...", pero se detiene, levanta la hoja en busca de la punta de la espada de Jo, levantada en un arco para detenerse allí, a una pulgada del extremo de su nariz. Las risas de los caballeros detrás de él se convierten en silbidos, vítores, un estruendoso "¡Ja!" de Peg. Su sonrisa se ensancha, sus ojos destellan, su estoque levanta un golpe rápido golpeando su espada a un lado y una respuesta precipitada que la hace saltar hacia atrás. Se agacha para dejar su vaina en el suelo, luego retrocede, un paso a un lado, llevándolos a ambos al espacio abierto. "Entonces dime", dice ella, "Connie, ¿cuánto tiempo has estado practicando?"

"¿Por qué?", dice él girando para seguir sus pasos merodeadores a un lado y luego al otro, "No recuerdo un día en que no haya tenido

esta empuñadura en mi mano".

"Bueno, yo solo llevo en esto seis meses", pero ya está atacando a Jo, en lo alto sobre su espada se mueve de un lado a otro mientras ella la levanta para para, finta y, gritando, ella salta hacia atrás, cortando el aire con su estoque. "Pues ve con calma", dice ella y se acomoda en garde con una sonrisa.

"Por supuesto, su gracia", dice el Proveedor.

«Wik» y «snick», rasguños finos y chasquear de su hoja de aguja contra su fino acero, el susurro de sus alpargatas con suela de cuerda en en hormigó pulido, el chirrido de sus Chuck rojas. La está presionando, estocadas rápidas que lamen sus paradas en cuarta, lo suficientemente rápido como para que ella no tenga tiempo de responder, replicar, rebatir, un choque constante hasta que ella retrocede y retrocede y él no acepta lo que ella cede. Él baja su espada, con cautela y una peculiar sonrisa. "¿Seis meses?", dice él.

Ella se encoge de hombros.

"¿Quién es el siguiente, entonces", dice Luys, "para probar la mano de su gracia?", pero aun así la punta de la hoja de el Proveedor circula en alto y luego un perezoso golpe sobre la frenética parada de Jo que se hunde y impulsa en objetivo, hoja inclinada en un ángulo extrañamente alto de la empuñadura, y jadeos cuando se respira. Jo mira a lo largo del acero hasta la punta de esa punta de aguja que corta el cinturón de los vaqueros de Jo.

"El cazador distraído", dice el Proveedor, retrocediendo, "podría quedar atrapado en sus propias trampas", y levanta su estoque en un saludo.

Jo suelta una risita irónica, "Vale", dice, "vale", llevando su espada hacia atrás, sacudiendo su muñeca, "mensaje captado". Y la erupción de una risa a la que ella se une, después de un momento. "Bueno, ¿quién es el siguiente?", grita ella sobre el alboroto, "¿quién me va a enseñar otra lección?" Pero incluso mientras se muerde el labio mirando hacia otro lado con un respingo, todos se apartan, chirrían y susurran en el silencio caído, y el tintineo y el leve sonido

de las armas aferradas con más fuerza, balanceadas y alzadas, listas. Sin gritos, sin vitores, sin una palabra dicha, pero allí está él, en la subida de la rampa, donde sale del garaje, un pie hacia adelante, más bajo que el otro, y su cadera echada hacia atrás, manos vacías a los lados, blusa blanca abierta en el cuello, trenzas sueltas colgando bajo su gran barba rubia, su enredada maraña de cabello rubio, Chilicoathe, el Arpista.

"Mierda", dice Jo en voz baja.

"Hey", dice Chili.

Ese gruñido que proviene de la garganta de Peg de pelo verde. "Tú", gruñe el Proveedor allí detrás de Jo.

"¡Yo!" grita Chili. "¿Ya no soy un caballero en esta compañía, y no puedo jugar como cualquiera de vosotros?" Y sus manos vacías se extienden ampliamente.

"Oh, no será juego lo que tengamos tú y yo", dice el Proveedor, y señala con su estoque más allá de Jo, hacia el Arpista, y Jo mira desde el Proveedor, hacia el Arpista, hacia Luys. "¿A quién tendrías como tu segundo?", dice el Proveedor. "Oh, pero ¿quién aquí haría de segundo para tus gustos?"

"¿Mi *segundo*?", grita Chili con un exceso de alarma, cuando el Proveedor pasa junto a Jo, espada aún hacia arriba y hacia afuera, "Has deshonrado a esta compañía", dice, "Tu debilidad, tu cobardía ha insultado a nuestro Duque, nuestra Reina, y yo haré que se demuestre en tu cuerpo", y un corte en el aire, y otro, "¡como debería haberlo hecho, hace semanas!"

"Bueno, si ese es el problema", dice Chili mirando a los demás, "¿qué decís vosotros, amigos? ¿Alguien dispuesto a ayudar a el Proveedor? ¿A dar un paso adelante y presentarse como mi segundo? ¿Gerlin? ¿Medoro? ¿Peg? ¿Dienteverde? ¿Alguien?"

El hombre del mono naranja sale de la pequeña multitud de ellos, espada ancha y baja en alto, y asiente mientras pasa junto a el Proveedor al lado de Arpista, "¡Pwyll!", dice alguien, Astolfo con sus

protectores, pero el hombre del mono levanta su mano libre, "Yo tomo este oficio", dice, "para que podamos ver acabado esto", y Chili lo recibe con un movimiento de su brazo, "Y sin embargo, gracias" le dice él todavía sonriendo. "Esperad", dice Jo.

"¿Quién se presentará por mí?", grita el Proveedor con una floritura de showman, e incluso mientras Astolfo y Medoro, mientras Gerlin y Peg levantan sus manos y armas, "Parad el carro", dice Jo más fuerte, "Ya es suficiente, chicos, está bien", saliendo entre los dos, "¡Basta!" De pie ante el Proveedor ahora, su mano libre hacia Chili. "Hoy *no* vamos a tener un jodido escándalo, ¿está claro?"

"Su gracia", dice Proveedor, "debo insistir", pero "Milady", dice Chili, "su insulto no será soportado", y "es una afrenta a" y "exige satisfacción" y "Parado allí como" y "espada y cuerpo" y "payaso burlón" y "aquí y ahora" y "¡Basta!", grita Luys a un lado de todos ellos. "Caballeros. La Duquesa ha hablado".

"Su gracia no me negará la satisfacción, seguramente", dice Chili agitado.

"Tú y yo, en un minuto, el Arpista, vamos a tener unas palabras. Hasta entonces, cállate la boca".

"Milady aún es joven", dice Proveedor, "y tan nueva para las riendas como la empuñadura. Déjame cargar con esta odiosa tarea. ¡Le cortaré al tamaño que merece!" Pero incluso cuando está levantando su estoque otra vez, Jo lo está mirando por encima del hombro de su espada, "Cazo para el Rey", dice ella. "Ni siquiera *pienses* que puedes decirme lo que he hecho o no he hecho", y parpadea, la cara de él palidece, "Milady", dice, "yo nunca haría", pero su espada todavía apunta más allá de ella, hacia Chili, quien levanta sus manos y aplaude en un destello de luz, para sacar entre ellas su fuerte espada corta, una mano ahora envolviendo la empuñadura de pomo dorado, la otra acariciando la parte plana de la hoja hasta su punta. "Milady, por favor", dice, y su peluda cabeza amarilla se sacude lentamente. Él la observa. "No me pidáis que deje esto a un lado".

"No lo estoy pidiendo, lo estoy diciendo", dice Jo. "Cristo, Chili, este es un camino largo del demonio para recorrer y convencerme de lo contrario. Guardad las armas. ¡Guardadlas todos!" Ella se gira para abarcarlos a todos, con ese arco ceñudo dispuesto detrás de el Proveedor hacia espadas y escudos, varillas de acero y cerdas de arpón. ¡Bajad vuestras malditas armas! ¡No será así como *vamos* a hacer las cosas hoy!" Y su propia espada cae. "¡Os lo *juro!*"

"Por favor, Milady", dice Chili entonces, detrás de ella ahora, bastante tranquilo, espada en alto. "Déjadme mostraros quién soy".

Jo mira de el Proveedor a Chili entonces, y "Así no", dice ella, pero "*¡Villano!*" grita el Proveedor. "¡Réprobo! ¡Fustilado empapado en leche!", y Chili, hinchándose con un gran aliento, suelta todo de una vez, "*¡Quiero mi abrigo!*", ruge y salta con una estocada.

## 20 o 30 pisos debajo / "¿Eso es algo bueno?" / algo agradable

Veinte o treinta pisos debajo del río, una sábana de luna resplandeciente, puentes que marchan hacia el brillo hasta bien lejos, hasta el gran arco de la autopista norte llena de reptante tráfico y, a la izquierda un grupo de torres, un edificio escalonado de ladrillo rojo, alto y blanco con estrechas ventanas oscuras, vidriosas y revestidas de verde, rematadas por una cubierta inclinada de paneles solares, y más allá de ellas, una solitaria torre de cobrizo cristal rosa, enmarcado con piedra rosa ámbar, se alza frente a las verdes colinas más allá. "Es una cuestión de delicadeza", dice Agravante en algún lugar tras él. "Por tanto, del apartamento".

"¿Milord?" Pirocles se aleja de esa pared de vidrio, de la ciudad abajo, con el ceño fruncido. "¿Hay algún problema con la construcción?"

"No, no", dice el Vizconde, sacudiendo la cabeza, los mechones blancos rozan los hombros de su traje gris pizarra, "todo está bien aquí, finalmente. No, nuestro asunto es en otra parte, y para esta noche, pero su delicadeza dicta que nuestra reunión no se marque".

Pirocles, blazer azul pálido, mira por la vacía habitación, al panelado de vidrio, al tramo de suelo de oscura madera brillante hacia la isla limpia y vacía de la cocina, entre él y Agravante. "¿Cómo iba la reunión de milord en su nueva torre quedar sin marcar?"

Un asentimiento de Agravante entonces, y una especie de sonrisa. "Siempre ha sido una fuente de cierta consternación, que hayáis jurado por el Suroeste, pero viváis a tres bloques al norte de Burnside".

"Un accidente de geografía, Milord", dice Pirocles, "el garaje, está..."

“Por supuesto, el garaje”, Agravante levanta una mano, “No quiero que perdáis el garaje. Pero sois uno de mis caballeros, de los mejores y más verdaderos. Os merecéis una dirección dentro del territorio”, y esa mano levantada se abre de par en par, abarcando el espacio alrededor de ambos.

"Vos nos haríais mudar aquí", dice Pirocles, aún con el ceño fruncido.

"Si queréis", dice Agravante. "Mantened este loft como un pied-à-terre", dice haciendo sonar un llavero con una única llave, «clinc». "O quedaos allí, usad este para entreteneros. Para la noche ocasional lejos de vuestro chico. Me gustaría saber el cuidado que tengo de aquellos que sirven al Sabueso. El Zapador está al otro lado del pasillo", dice, "y el Tridentee unos pisos más abajo. El Serpiente también".

"No es un chico, Milord", dice Pirocles, caminando hacia la isla.

"¿No es un chico?"

"Becker", dice Pirocles. "No es un chico".

"Por supuesto", dice Agravante. “Vuestro propio Gallowglas. ¡Bien!” Saca la llave empujando por la arandela hacia la mano de Pirocles. “Ahora que nuestros motivos de reunión están establecidos. Tengo trabajo para nuestros humildes amigos y arreglos para que hagas”.

"Pero, con delicadeza", dice Pirocles sin tomar la llave.

"Yunque", dice Agravante. “Pirocles. Sé que no os gusta la artimaña. Os aseguro, si hubiera sido de cualquier otra manera”, suspira elaboradamente. ¡Qué insulto al Rey, a la Reina, pero sobre todo a nuestra nueva Princesa, Annisa, y en mi propia casa! ¡Mi sala de estar! Y hecho por uno sin las sutilezas de nuestra corte...”

"Quién", dice Pirocles tomando la llave.

"Medardus, el Barón del Lago", dice Agravante. "Os diré lo que

hay que hacer".



"Deberíais venir escaleras arriba", dice con la vaina en la mano. Él se inclina cerca, y después de un momento, se sienta en el hormigón pulido, ella mira hacia arriba. "Ya", dice ella. "Vale".

"Dejadlo", dice él, pero ella le ignora con un movimiento de la mano y recoge el delgado y brillante rizo de hueso, una costilla, alquitranada a lo largo del borde con algo densamente negro. Ella miran a su alrededor mientras se levanta, dando la espalda a la mano que él le ofrece una vez más. El garaje está vacío, salvo por ellos.



Allá abajo en la sala abierta, Iona toda de amarillo, y Chrissie con un brillo blanco a su lado, y también Ysabel, que alza la vista cuando entran por la puerta, "¡Jo!", grita ella, pero el brazo de Luys la rodea por los hombros, la está conduciendo a través de la cocina, hacia el pasillo corto y oscuro, abriendo la puerta de la habitación de Jo, y hacia la luz del día que se enfría entre cortinas blancas. Ella se tambalea en la puerta, brazo de él aún sobre ella. Ante ellos la espada, hundida la mitad de la longitud de su hoja espiral de acero en la pared, y la empuñadura reluciente incluso ahora parece vibrar. Abajo en el suelo, la máscara de calavera pintada, volcada sobre los negros rizos de su melena, sonriéndoles con esos dientes toscamente cincelados.

"¿Es esto...?", dice Jo, "no lo entiendo. ¿Significa esto? ¿Lo hice, es eso, es eso algo bueno? ¿Lo rompí? ¿Para eso está hecho? ¿Se ha ido?"

Luys se arrodilla allí para recogerla. "Simplemente se cayó de la



pared", dice.

"Así que, simplemente", dice Jo.

"Arrojasteis vuestra espada con mucha fuerza", dice Luys. Él sostiene la máscara en su mano que ella toma reflexivamente, y cuando ella mira hacia abajo para ver lo que está sosteniendo, él se para, agarra la empuñadura de su espada allí, "Si no os importa, madam". dice apoyando la otra mano que sostiene la vaina contra la pared, y la libera con un ruido de pedazos de yeso.

"No", dice Jo. La máscara cae al suelo con un suave golpeteo. "No me llames madam", dice ella volviéndose, el futón allí, ella se pone de rodillas sobre él. El hueso que aún sostiene, reluciente, manchado.

"Como Milady desee", dice Luys. Levanta la espada en ángulo para mirar el plano de la hoja a la luz, dándole la vuelta. "No empieces", dice ella, "llámame", mientras él está limpiando la hoja en la manga de su camiseta. "Solo", dice ella, pero Ysabel irrumpe en la habitación, agachándose junto al futón, tomando la mano de Jo, "¡Qué ha pasado!", grita. "¿Qué pasa, Jo?, háblame, ¿estás herida?", y Jo dice simplemente: "Maté a alguien". Luys desliza la espada en su vaina y la apoya contra la pared.

"¿A el Arpista?", dice Ysabel, mano sobre el hombro de Jo.

"A Connie", dice Jo.

"Conario, el Proveedor", dice Luys.

Ysabel mira de uno a otro, y ninguno de los dos la mira. "¿Qué es lo que hizo?"

"¡Nada!", dice Jo. "Ni una maldita", mientras dice Luys, "se enfrentó a su gracia empuñando el acero y no lo depuso cuando se le ordenó".

"Él no debería", dice Jo inclinándose hacia adelante, lejos de Ysabel, "no tenía que hacerlo", mientras coloca el hueso de la

costilla en la mesita de noche, clac. "Sé que", dice ella, "no vamos a llamar a la policía por esta clase de cosas, pero, bueno, quiero decir, ¿tu hermano?" Mira atrás por encima del hombro, a Ysabel con un vestido blanco y gasa, flojamente envuelto sobre su toga de satén blanco. "Solo yo soy a quien *él* llama, cuando lo necesita, cuando alguien y yo tengo que hacerlo, pero no puedo, así que, quiero decir, ¿a quién llamamos?"

"Jo", dice Ysabel suavemente, "no entiendo lo que tú..."

"Yo *lo asesiné*", dice Jo.

"Perdonadme", dice Luys, "pero su gracia no hizo tal cosa".

"No hubo", dijo Jo, "no lo hice", levantando las manos a la cara, "solo estaban peleándose entre ellos, les dije que se detuvieran pero se estaban atacando el uno al otro, a mi alrededor y yo, simplemente", sus manos empujan hacia arriba y hacia atrás, a través de su cabello vino tinto, "y todos se quedaron allí, todos, mirando", y: "Estoy segura de que fue un accidente", dice Ysabel acariciando la mejilla de Jo, pero Jo se aparta del tacto sobresaltada.

"Su gracia es el Gallowglas", dice Luys entonces, "el Cazador de la Corte, la Viuda del Halcón y el Campeón de la Reina. Vos sois la Duquesa, madam. Sois el Sureste. Hasta el sol del río que recorre la calle Burnside, vuestra palabra es ley. Vuestra espada es ley. Lo que hacéis es ley".

Jo parpadea. "No puedo, es...", dice ella mientras él se aleja de la pared hacia ella y se arrodilla a su lado. "Sin embargo, tenéis, Milady", dice él tomando su mano.

"Cristo", dice ella bruscamente, alejándose de él, "es que no puedes *escuchar*, por una vez", impulsándose hacia arriba para tropezar con el futón, lejos de los dos, "y *háblarme* como una maldita persona normal", mira como loca a su alrededor, se dirige abruptamente hacia la puerta, por el pasillo, Luys se pone de pie, pero es detenido de repente por la mano de Ysabel, apoyada suavemente en su brazo. Él la mira, a esos ojos verdes, a esos labios

rotundamente determinados, y luego mira hacia otro lado, se aleja, pero no la sigue. Ahí afuera, una puerta se cierra.



Una mano pálida saluda ante su rostro y mellada en los nudillos con antiguos cortes, una docena o más, rojo y piel muerta blanca y diminuta y precisa, y algo más viejo, más oscuro, una quemadura sanada hace mucho tiempo, tal vez, por la muñeca, cerca del frontal de un pesado reloj de oro. Entonces, Becker suspira, se sienta, se inclina con el movimiento del autobús, toca algo en el teléfono y se quita los auriculares de las orejas mientras Kerr se balancea en el asiento junto a él. "Bueno, ¿cómo va la Introducción a la Educación Temprana y los Estudios de la Familia, eh? ¿Conseguiste a Washington o a López? Porque escuché que López puede ser un *verdadero* tipo duro".

"No dije tu nombre", dice Becker. "Ni una sola vez. Así que, lo que sea que pienses que está sucediendo..."

"¿No puedo ver a un viejo amigo que resulta que está en el mismo autobús y acercarme solo para saludar?" La sonrisa de Kerr es aguda, sus ojos brillantes y sus rizos alborotados en su cabello peinado hacia atrás. "Jesús", dice aflojando el nudo en su corbata verde brillante. "Qué paranoico".

"No sé lo que piensas que estás consuguiendo de esta acosadora cortesía, pero créeme", dice Becker, "es contraproducente".

"Ya te lo he dicho", dice Kerr, y esa sonrisa se suaviza, se desliza. "Te necesito para una cosa. Es un buen lugar donde estar, mi corazón solo tiene en mente tus mejores intereses". Su sonrisa se ha convertido en una risa ahora, para Becker, Becker junto a la ventana, suave camisa a cuadros, camiseta roja oxidado. "Y tú, persiguiendo tus..., debo admitir que me equivoqué. Ha sido bueno para ti". Y luego, lo que queda del cabello de Becker se agita cuando Kerr se pone de pie, se hace a un lado en el pasillo, "Tu parada se

acerca", dice.

"Mierda", dice Becker agarrando una mochila azul y saliendo del asiento. Kerr lo agarra del brazo cuando el autobús se detiene. "Adelante, déjate crecer la barba", dice. "Se verá bien". Le suelta. Becker retrocede un par de pasos hacia la puerta mientras otros se levantan, moviéndose sobre ellos. "¡Y date un capricho!", le grita Kerr. "Algo estúpidamente agradable, ¿de acuerdo?" Las puertas se abren, adelante y atrás. "Hazlo", dice Kerr.



"Bueno, es una cuestión de maldita logística", dice el EXO levantando las manos en el aire. "¿Tiene que hacerse esta noche?" Y Pirocles asiente en su chaqueta azul pálido, manos juntas a la espalda. El EXO se inclina hacia adelante, codos sobre la mesa, camisa de trabajo sin mangas, gorra roja que dice «El Juego Reconoce al Juego» al frente. "¿Por qué?", dice.

"El Vizconde lo desea", dice Pirocles. "¿Quieres decir, entonces, que no puedes hacerlo? ¿O que no quieres hacerlo?"

"No se puede, no se cagará", dice el EXO. "Tengo una dirección postal. Nunca he estado allí, no conozco los entresijos, ni siquiera sé cómo es ese tipo, quiero decir ..."

"Lo reconocerás, estoy seguro", dice Pirocles.

"¿Sabes que..." dice Moody allá, al otro lado de la mesa, "mucha gente llama a esto Barras y Estrellas? Pero están equivocados". De espaldas a ellos, está mirando esa gran bandera clavada en la pared posterior de la cabina, un rojo que brilla incluso en las sombras, entrecruzado con barras azules estrelladas. "Esa era una bandera que se parecía tanto a las antiguas barras y estrellas que terminaron disparándose a sí mismos, a ambos lados, Segunda Batalla de Manassas, puedes buscarla. Y Stonewall Jackson va y le pregunta a su mano derecha, un tal G. Gordon Georges, cuál es la forma de

evitar que ocurra un evento tan desafortunado, y Georges, mira, solía ser el segundo al mando en el Monitor..." <

"¿Quieres llegar a alguna parte, Danny?", dice el EXO, y una mirada molesta sobre su hombro.

"No le gusta esto", dice Moody, todavía mirando hacia la bandera. "No lo aprueba". Entonces se vuelve y mira directamente a Pirocles, y no está sonriendo en absoluto bajo el agudo pico de su nariz. "No quiere que se haga, en absoluto".

"Lo que desee es irrelevante", dice Pirocles.

"Y eso era una bandera naval", dice Moody con un pulgar sobre su hombro hacia la bandera que ahora está detrás de él. "Lo cual, quiero decir, estamos en un barco. La casa en esa dirección. ¿Tiene puerta de entrada?"

"Sí", dice Pirocles.

"Y está justo en la calle", dice Moody, "o retrocede, o", y Pirocles dice: "A un lado. Hay árboles".

"Bueno, ahí lo tienes", dice Moody. "¡Fácil!"

"Eso es para entrar", dice el EXO. "¿Cómo demonios vamos a salir?"

"Es el jodido Oswego Lago", dice Moody. "No esperan que chicos blancos invadan su casa. Estarán buscando matones afroamericanos", y él torna la frase arida. "Demonios, tenemos el camión, ¡buscarán jardineros mexicanos salvajes! Nosotros nos ocupamos de esto", le dice a Pirocles.

"Guoh, espera", dice el EXO inclinándose hacia atrás de la mesa. "No nos ocupamos de nada, ni de una maldita cosa, hasta que hablemos de las especificaciones y el pago. Esta mierda está fuera del alcance".

Pirocles afloja una mano de su espalda para colocar en el centro

de la mesa un grueso rollo de billetes envueltos con una banda de goma, y el EXO lo mira, pero no echa mano hacia este "¿Lo mismo que con el zapatero?", dice. "¿Aplastar mierda y tomar lo que sea valioso?"

"La casa se quemará hasta los cimientos", dice Pirocles, "y todo lo que contenga. Nadie debe ser asesinado. El hombre debe ser golpeado, pero no debe ser cortado ni golpeado en la cabeza". Él inclina delicadamente el rollo de billetes hacia el EXO. "Se te traerá otro", dice, "cuando esté hecho".

"Bueno, mierda", dice Moody. "Supongo que vamos a necesitar un poco, cómo se llama. Acelerante".

## Polvo y oscuridad / a esta hora / un puñado de ciudad / 20 jodidos minutos

Polvo y oscuridad dentro, las luces del estacionamiento afuera apenas alcanzan la pila de paneles de yeso, los cubos, el montón de basura que hay más allá, cajas destripadas, cáscaras de plástico desmenuzadas, envolturas de plástico y papel estrujadas y arrugadas. Miran alrededor mientras entran, uno por uno, Pwyll: largo abrigo bordado, Medoro: chaqueta de trabajo, Astolfo: sudadera, Gerlin: delantal manchado sobre su vientre, Peg Dienteverde: pelo negro en las sombras. , y levantando la parte trasera con su corta chaqueta marrón, Luys, que cierra las rayadas puertas de cristal.

A través de la oscuridad de ese gran espacio vacío, una sola luz, una lámpara de escritorio allí, encaramada sobre un archivador solitario, casi intacta, iluminando débilmente una maraña retorcida de metal roto y una gran campana caída, y Jo, camiseta negra, vaqueros negros, sentada sobre un cajón volcado, humo saliendo del cigarrillo en la mano. "Vamos", dice ella inclinándose para apagarlo, luego tirando la colilla muerta mientras se pone en pie. "Aquí. Cuidado con las fotos".

Esparcidos sobre sucio hormigón, bordes y esquinas captadas por la débil luz, mil fotografías y otras mil, y más, y se abren camino por la habitación de un lugar despejado al siguiente. "Váis a pisar algunas", dice Jo. "No se puede evitar. Está bien. Sólo sed cuidadosos, ¿vale?", dice ella. "Bueno. No soy Leo", y ella los está mirando mientras se miran de uno a otro, "Creo que todos tenemos eso bastante claro", y no hay nada como risa, o sonrisas siquiera, pero aún así hay susurro de ropa moviéndose, relajación, tranquilidad que se extiende entre ellos y "No os conozco", dice ella. "No os he nombrado. Nunca hemos salíamos juntos. Nunca he hecho lo que hacéis, y vosotros no habéis hecho lo que yo hago. No os conozco, y eso es", ella mira hacia otro lado, aparte, "No soy vuestro Duque", dice ella. "Soy la Duquesa. Estoy con la Reina. Cazo para la corte", manos envueltas en mitones de ciclista. "Hace un par

de semanas", dice ella. "Aquí", alza la vista hacia ellos. "Estuve haciendo un asunto para el Rey. Y pensé que lo tenía bajo control, pero. Las cosas se salieron de control. Corté a el Diablo. Y luego, esta mañana".

"Milady", dice uno de ellos, Peg, pero nada más.

"Esta mañana", dice Jo. "Pensé que tenía la situación bajo control. Se salió de control. Y ahora el Proveedor se ha ido. Lo que os traje aquí para decir ", y luego niega con la cabeza," lo que quiero decir, es que no volverá a suceder. Tenéis mi palabra".

Y Luys dice, después de un momento, "Por supuesto, Milady", y el resto de ellos, después de eso, "Milady", "su gracia", "sí, sí, Milady, por supuesto".

"Ahora, las fotos", dice ella, y ellos retroceden, miran hacia abajo, susurran y se arrugan. "Algo en lo que el Diablo estaba trabajando. Y no sé, tal vez sean de quien fuese el dueño de este lugar, tal vez todavía estén tratando de descubrir qué sucedió aquí, tal vez no les importe una mierda, tal vez ni siquiera se hayan dado cuenta, no lo sé. Pero no podemos dejarlas aquí".

"¿Madam?", dice Pwyll, el Chincuechento.

"Así que voy a pedirle a el Masón que reúna todo esto y me lleve de regreso a la, ah, residencia", dice Jo. "No os preocupéis por mantenerlas en ningún tipo de orden, solo queremos sacarlas de aquí, pero, quiero decir, si también están quemadas o algo así, pues déjadlas, tampoco estamos tratando de borrar ningún rastro", ella está mirando más allá de ellos ahora, "pero conseguid tantas como podamos", una ola sobre ellos, esas fotos dispersas y caídas, y luego ella comienza a alejarse.

"¿Su gracia quiere", dice el Medoro, el Eje, a su espalda, "que recojamos todo esto?"

"Esa es la idea, sí", dice Jo mirando atrás un momento. Puede que quieras traer algo de luz primero. Y algunas cajas".



Luys dice: "Muy bien, por supuesto, haré que Pandulce reúna algunas manos inactivas. Extendeos para evaluar el alcance de esta tarea y luego, el Espadón, negocia personal con el Soames".

"¿No deberíamos pasar esto por Bruno?", dice Gerlin en su delantal manchado.

"La Duquesa no le ha pedido a el Absolvedor que nos encontrara aquí esta noche", dice Luys. "Lo manejaremos nosotros mismos".

Jo está encendiendo un cigarrillo hacia las puertas. Levanta la vista cuando Luys se acerca, fotos crujiendo bajo sus pies. "No es lo que tenías en mente, lo sé", dice ella suavemente, apagando el encendedor.

"Hay personas, para este tipo de trabajo", dice él en voz baja. "Si me lo hicierais saber". Y luego, "¿Qué queréis hacer con todo esto?"

Ella aspira el ascua de su cigarrillo por un momento. Sopla una nube de humo.

"¿Estáis bien, Milady?", pregunta, y luego, rápidamente, mientras ella mira hacia otro lado, "solo os pregunto porque os fuisteis con tal temperamento esta tarde". Y luego, mano apoyada suavemente sobre el brazo de Jo, "Me preocupo por ti, Jo".

Ella le mira entonces, en la oscuridad. "No", dice ella. Alejándose de su mano, de él, del resto murmurando en las sombras, lejos hacia las puertas.



"Una cabeza fría", dice, y luego, de esos dedos nudosos, esa diminuta figura escarlata que tiembla y cae goteando directamente en las pequeñas olas heladas del mar debajo, gotea y cae. "Aunque una mano firme", dice, "también es útil", y se agacha para levantarla nuevamente. Frunce el ceño sobre el tablero extendido sobre la

mesita, el océano ante él, las montañas se alzan entre un rugido de nieve gris, al otro lado el bosque, el desierto, el río en medio, y todo cosido por un camino polvoriento. "Clothilde", dice. Dos ciudades, cada una compuesta de azulejos hexagonales de pequeños palacios, templos, arcadas, chabolas, una escarlata, donde el río fluye desde las montañas, la otra viridiana, enjabonada, se extiende a lo largo de los márgenes de la bahía. "¿Léeme otra vez, su último movimiento?"

"El poeta, Abuelo", dice la mujer acurrucada en el sillón de cuero marrón de enfrente, mirando la hoja de piel de cebolla en su mano, "a una ocho nueve punto nueve, treinta y siete, Norte a Este". pies metidos bajo sus muslos y un chal de encaje alrededor de sus hombros.

"Maldita notación de Rufer", dice él estirando el grueso marco de madera del tablero tallado con caracteres oscuros, una oración o una ecuación, entrelazando un patrón repetido de huevo y dardo. Enciende un interruptor con un fuerte golpe, y lucecitas blancas parpadean, una cuadrícula se extiende por el tablero, brillando en azul, amarillo, verde, gris y marrón aunque, aquí y allá, un punto es débilmente ámbar o completamente oscuro, y uno de ellos allí junto al guiño de la ciudad roja, encendido y apagado. "Umf", dice, su mano, esa pequeña figura escarlata, flota sobre una cresta amarillenta vacilando entre dos agujas de luz, "ahí", dice colocándola en medio de otras figuras rojas y verdes y "Ah, yo", suspira, una voz ronca de los altavoces colocados en el marco de la placa, «el único Emperador no brilla». "¿Cuáles has dicho que fueron sus tiradas?" Envuelto en una bata azul oscuro, y sus rizos son rígidamente grises, barridos hacia atrás de su frente. El tablero pone cinco dados sobre la mesa, tres de ellos de color negro brillante con pepitas blancas, uno transparente como el cristal, pepitas salvo por muescas cinceladas, y el último es más grande, un icosaedro angular, rojo brillante, caras triangulares impresas con símbolos astrológicos.

"Tres, uno, cuatro, seis y Ninurta", dice ella leyendo la piel de cebolla.

"Entonces tengo razón", dice mirándolos. "Ahora: debemos

formular nuestra respuesta. Y debo admitir la tentación de responder en especia a una provocación tan descarada", su mano temblando sobre ese grupo de figuras rojas, un Príncipe de Madera, un Hedgewych, un par de Malabaristas y guiándolos a todos el Poeta Rojo, allí en la pendiente de la cresta ocupada por una Bestia verde solitaria, "es abrumadora, pero hay que tener cuidado con las trampas de la exagerada reacción intemperada. Por lo tanto, cabeza fría", pero en esa dirección en algún lugar suena un simple timbre descendente y él frunce el ceño. "Me pregunto quién podría ser", dice mientras Clothilde se levanta de su silla, "a esta hora".



"Buen Señor", dice Becker en esa habitación brillantemente vacía, reflejos girando con él, una confusión de luz en la pared de cristal golpeado por la noche.

"Sí", dice Pirocles allí junto a la isla de la cocina desnuda y limpia.

"Quiero decir, maldita sea", dice Becker. "¿Y allá atrás?" Apuntando al pasillo oscuro al otro lado de la isla.

"Dos dormitorios", dice Pirocles, "uno con vista", y Becker ya se está yendo en esa dirección, y Pirocles con un suspiro y una sonrisilla irónica se dirige detrás de él.

A través de esa puerta, un pasillo angosto al fondo, más allá de un par de puertas cerradas que se abren a otra habitación grande y vacía, sin luz, y la pared de vidrio que da hacia las luces de la ciudad más allá, el brillo rojizo de una Vía paralela principal al oscuro río de abajo, y las hileras de farolas se extienden más allá, y aquí y allá el brillante fulgor blanco de esta o aquella intersección, y a la izquierda, las luces parpadeantes de las grúas de construcción y los puentes, fluyendo en rojo y blanco, y las torres ardientes del centro de la ciudad.

"Oh", dice Becker. "Guao".

"¿Te gusta?" Pirocles, pasos amortiguados por una gruesa piel blanca, brazos rodeando la cintura de Becker.

"Nunca tendríamos que encender las luces", dice Becker, con el rostro en las sombras rojizo de ámbar y dorado y azul, y en sus ojos. "Así que siempre podríamos ver esto". Y luego, "Oh, pero me gusta *el loft*".

Pirocles, barbilla en el hombro de Becker, murmura: "¿Viste el baño?" y Becker, volviéndose para mirarlo, dice: "¿Sin maldita cortina?" y Pirocles sonríe. "Una puerta adecuada", dice, "y una bañera de cuerpo entero, y un gimnasio, una piscina, el jardín de la azotea", relucen los pesos de sus bigotes.

"Y esto está más cerca de Sylvania", dice Becker, "solo un viaje en autobús hacia abajo", y luego se ríe. "No", dice, "es que vi a David de nuevo hoy, David Kerr. En el autobús ", y mientras Pirocles se pone rígido detrás de él, "oh, pero no fue así, fue un imbécil, sí, pero fue como si se estuviera disculpando. O concediendo algo, no lo sé. Pero él dijo, me dijo que me tratara a mí mismo". Volviendo a acomodarse contra Pirocles. "Bueno. ¿Qué piensas?" Mira hacia arriba y atrás. "¿Debería dejarme crecer la barba?"

"Parecerías", dice Pirocles sonriendo de nuevo, "un leñador con tus camisas a cuadros".

"El leñador y el caballero", dice Becker. "En nuestro ático metropolitano".

"Deberíamos irnos", dice Pirocles después de un momento.

"No", dice Becker, "no", mirando atrás en busca de un beso de Pirocles. "Pudimos ver cuán suave es esta alfombra", y otro beso, y Pirocles afloja su agarre sobre la cintura de Becker. "Siempre tienes tanto sueño", dice.

Becker se da vuelta para mirarlo, para sostenerlo a su vez, "Te

preocupas tanto por mí", dice. "Yo también puedo preocuparme. Tengo una pastilla conmigo. En mi bolso".

Pirocles dice: "Sí".

"Siempre", dice Becker, y un beso. "Nunca se sabe", dice, y otro.



"¡Shizzt!", el bramido desde lo más profundo de la casa, "¡Mi Drow!" y "Sí, sí", murmura Christian con su mugrienta sucia, capucha echada y manos metidas en los bolsillos. "¿Tienes esto?"

A mitad de camino de las escaleras de caracol en voladizo, todo azulejos pintados a mano y hierro forjado, Jasper envuelto en su asquerosa manta asiente revólver laxo en la mano. Sentado a los pies de esos escalones, el anciano con su bata azul oscuro, la mujer alta temblando en su envoltura de encaje y sus manos atadas con guantes de película transparente. Otro grito, "¡Shizzt!" Por ese camino, y Christian regresa a través de una cocina blanca y azulejos de terracota y una botella rota de algo rosado y pegajoso en el suelo, baja unos escalones, pasa una mesa de billar hacia un biblioteca acogedora, intrincadas alfombras y ordenados volúmenes alineados en estantes empotrados y un rico sofá de cuero marrón y Moody, de pie sobre una mesa baja. "Este imbécil", dice. "Mira esto. Este imbécil juega a Dragones y Mazmorras. En serio, un jodido gilipollas elegante y jugando al D&D".

El tablero colocado sobre esa mesa, marco grueso tallado con patrón de huevos y dardos, tierra en bajorrelieve dentro, montañas y océano, bosque y desierto, ciudades y ríos, rojo y verde.

"Moody, tío, tenemos que terminar", dice Christian.

"Leí sobre esto", dice Moody. "Solo se hicieron cincuenta de ellos una vez". Él toma una figura del tablero, una Bestia verde, y los altavoces colocados en el marco emiten un rugido estridente.

Moody da un brinco, sobresaltado. "Basado en dibujos del Libro de Voynich", dice, y aleja la pequeña figura.

"Por favor, no", dice el viejo Medardus en la puerta detrás de ellos.

"Mierda", dice Christian, "jodido Jasper", pero "¿No qué?", le dice a Moody, y se agacha y agarra un puñado de figuras, y el tablero suelta un aullido confuso. Medardus comienza a alejarse de Christian, "¡Por favor!", grita. "Llevo jugando ese juego durante siete años", haciendo una mueca cuando una pequeña figura roja rebota en su hombro, "con el Rey de las Fuentes", y otra figura, verde, le golpea el pecho con el cuello del vestido aflojado. "Por favor", dice levantando sus manos envueltas en plástico.

Gruñendo, Moody da la vuelta y golpea el tablero con una mano, triturando entre crujidos de porcelana de madera y astillando plástico, levantando los azulejos de esa ciudad verde, y un trozo de agua con ellos, girando para lanzarlos pero "¡No!" gime Medardus, dando un brinco hacia adelante, avalanzándose sobre el respaldo del sofá, pateando los pies y gimiendo, rodando. Moody se ríe al lado, se inclina para hacer llover bazares y fortalezas de su puño hasta que un golpe violento lo lleva hacia atrás, chocando inestablemente contra los pedazos de la mesa. Se sienta abruptamente y rompe el tablero con un chirrido moribundo de esos altavoces.

"Mierda", dice Moody, y luego otra risa, "estúpido hijo de puta", le dice Christian, todavía parado allí, con las manos en los bolsillos, "eres tan inútil", y luego Medardus, aullando, levanta las piernas de Moody con sus manos envueltas, envía a Moody saltando sobre la mesa, se estrella, Medardus de rodillas se enfrenta ahora a un aliento rictus, una escofina agitada, esas manos atadas subiendo y bajando como un garrote, "Guoh, hey, guoh". Christian salta sobre el respaldo del sofá, cuero chirriando, Medardus cae cuando Moody gruñe empujando hacia arriba y un destello de acero, brillante como un espejo, sale por allí en algún lugar, gritos y un repentino golpe fuerte. Todos se detienen. Medardus, piernas sostenidas por Christian, cae pesadamente de Moody, boca arriba y jadeante, y suelta el mango del cuchillo que sobresale del vestido azul oscuro al

pecho de Medardus.

Mirando la empuñadura envuelta en alambre de plata brillante, Medardus, con los ojos muy abiertos, susurra: "No eres mortal".

"Yo sé lo que soy", gruñe Moody, "y sé lo que tú eres", y luego mira por encima del hombro a Christian, que está de pie y retrocediendo "¿Pero qué demonios eres?"

"Solo soy yo, hombre", murmura Christian. "Solo soy yo". Alzando la voz, los ojos desorbitados, "¡Me querías en todo esto! ¡Lo hiciste!

"Al infierno, lo que tienes en el bolsillo, muchacho", dice Moody, pero antes de que Christian pueda hacer algo más que meter sus manos en ellos, está el EXO en la puerta lata de gas en mano, "¡Vamos!", grita: "¡Está ardiendo!" Pero su rostro cae cuando mira por encima del sofá, Medardus y Moody, el cuchillo, y cuando entra en la habitación, "Qué demonios", dice, es entonces cuando Medardus tose, un sonido espeso y húmedo, y Moody lo retira, y el cuchillo cae para pararse un instante sobre su punta antes de inclinarse lentamente y caer suavemente golpeando la alfombra junto a un hueso brillante, y es entonces cuando Christian se aleja, pasando junto al XO, corriendo, saliendo hacia el espeso humo, lejos.



"Huele a carne cocinada", dice el hombre al frente de la cabina, traje a cuadros de cristal en color gris, chaleco de marfil rayado de azul, rostro oculto en las sombras de la lámpara colgada sobre la mesa, la habitación lúgubre y oscura tras él, tenuemente ambarina y casi vacía, una pareja solitaria bailando demasiado lento allí al ritmo de un cáliz lánguido, «la fragancia del viento en la brisa, podría ser tan exquisita como esta». "Siéntate, si te vas a sentar", dice Chili con los brazos cruzados y un vaso no bastante vacío delante de él.

El hombre del traje entra en la cabina, se sienta, se inclina hacia la luz tenue, Bruno, codo sobre la mesa y pulgar sobre los dientes. "Podríamos habernos reunido en mis oficinas. Hay un sofá. Es perfectamente seguro; ella no tiene a nadie vigilando allí".

"No es ella lo que me preocupa".

"No insinúes", dice Bruno bruscamente. "No puedo soportar las pistas. Di lo que quieres decir u olvídal".

Chili se inclina cerca, la luz se desliza sobre su barba amarilla. "Me enviaste allí para que te atraparan. Solo es por un milagro de incompetencia que todavía esté aquí para levantar una pinta".

"Aquí", dice Bruno. "No en el aeropuerto, barriendo escombros". Pero antes de que Chili frunza el ceño y pueda encontrar una pregunta, otro brazo se desliza hacia la luz, corpulento, tatuado, y la mano coloca un vaso nuevo sobre la mesa lleno de oro fino y frío, y Chili lo levanta casi vacío, bebiendo lo que queda. "¿Quieres algo?", dice bajando el vaso con un golpe. "Yo invito".

"No tengo sed", dice Bruno. Y luego, mientras drena el vaso, dice: "Una de las diferencias entre nosotros, Arpista, es que yo me aseguro de saber cuándo no estoy invitado y a qué". Mira por la ventana, más allá del estacionamiento iluminado en rojo intenso por un enorme cartel de neón. "Soy un hombre de negocios. Nada mas. Te envié allí porque me lo pidieron. Pero como soy un hombre de negocios, cuando sucede algo, busco el mejor ángulo del juego. Y como soy un muy buen hombre de negocios, tengo los recursos para jugar cualquier ángulo muy bien".

Chili toma un sorbo pensativo. "Entonces, si hubiera sido yo, en lugar de el Proveedor, tendrías esta conversación con él".

"Hubiera sido más breve", dice Bruno. "Él ya trabajaba para mí".

Otro sorbo de su vaso. "Ayer me dijiste que cada vez que recibía algo, la jodía".



"Bueno", dice Bruno. "Ahora somos dos esperando que me haya equivocado".



La lluvia se interrumpe, y él grita, un sonido demasiado fuerte para el espacio. La esbelta puerta se abre, un vaso de guijarros se tambalea en el marco, "De jodido Sobresaliente, hombre", Pandulce, asomándose a la ducha, buscando a tientas la toalla blanca, doblada en la pequeña encimera justo allí. "¿Solo vierte agua caliente sobre tu jodida cabeza? ¿Por, como, veinte malditos minutos?" Acariciando su pecho estrecho, frotándose vigorosamente su grueso cabello húmedo. "Jodidas vacaciones, hombre". Sosteniendo la toalla frente a él, mira alrededor del remolque estrecho, con las cortinas abiertas y solo dos lámparas encendidas, allá arriba en la pequeña mesa del comedor en el extremo, y atrás, sobre la cama baja, su alcoba, y Luys recostado a su lado, encima del edredón.

"Ah, joder", dice Pandulce. "Otra vez no".

Luys, apoyado sobre un codo, encoge su hombro carnoso, su sonrisa está bastante complacida consigo misma, y su polla es un sobresalto de color marrón contra los rizos negros allí, la punta se asoma discretamente desde el manguito de prepucio.

"Lo sé", dice Pandulce, "tú y mamá estáis teniendo algunos problemas, pero..."

"No deberías llamarla así", dice Luys, y su sonrisa se agria.

"Y deberías decirme a dónde se fueron mis jodidos pantalones. Señor".

"Tus pantalones", dice Luys sentándose, "estaban sucios, y tu camisa estaba sucia, tu chaqueta estaba sucia y tus zapatos", y otro encogimiento de hombros. "Estarán limpios por la mañana. Es mejor que te relajes".

"Relájate", dice Pandulce. "Si. Correcto". Deja caer la toalla, su propia polla flácida. "No es que esté diciendo que no me importa. Pero acabo de darme una jodida ducha. *Me*, me pondrás todo sucio, sudoroso y pegajoso", y: "Siéntete libre de darte otra ducha cuando hayamos terminado", dice Luys.

"No sé, señor", dice Pandulce, con una rodilla en la cama. "No sé. Dos jodidas vacaciones en una noche", mientras Luys lo tira hacia abajo.



Rodillas desnudas sobre el suelo sin acabado, "boleto", está murmurando él, "plaqueta", brazos extendidos, cabeza inclinada hacia atrás, cabello oscuro rebelde con rizos, "¡raqueta, raquitismo, raquiti taqui, poqueta, ping, poqueta poqueta cuip! "Y suspendido en el aire ante él un pesado reloj dorado, brillando a la luz fría en algún lugar tras él, un penetrante fulgor plateado que baña los brillantes destellos de las ventanas vacías que recubren las paredes lejanas, " Tin ", dice, "Rin Tin, Tintín", y su pecho cubierto de sudor se agita hacia arriba, "¡Tiki Tiki!", grita, "¡Sala Tiki!" Y luego se sienta sobre los talones de nuevo, cayendo de nuevo, "el sombrero de una dama". dice: "laxo, más laxo, laxamente laxo, no laxo, laxo", y nuevamente se pone en pie, de rodillas y grita al techo: "¡Por favor! ¡No laxo, por favor!", cayendo de nuevo, y, y sus brazos laxos, dedos rozando el suelo lleno de polvo de ceniza, y todo este tiempo sus ojos están cerrados, y todo este tiempo el reloj pende estable ante él, fijo, inmóvil, reluciendo en la brillante luz blanca, "Unidos", dice, "no realmente", y luego, murmura rápidamente: "Rikki-Tikki-Tavi, no pierdas ese número, Rikki-Tikki-Tavi, estás tan bien, Rikki-Tikki-Tavi, la mangosta se ha ido, no volverá, y la organización ", abre los ojos," no está realmente organizada", y una mano salta rápidamente para atrapar el reloj cuando este cae.

La habitación está oscura.

"Mierda", dice David Kerr. "Vale". Respira pesadamente. Se inclina para aplastar una brasa ardiente con su puño. "Vale", dice, de nuevo, y ajusta el reloj sobre la muñeca. Las manecillas de cada esfera apuntan hacia abajo, a las seis, a las seis, a las seis. "Creo que vamos a hacer esto", dice.

## el tintineo de la campana

El tintineo de la campana sobre la puerta, y toda la multitud que llena la sala de recepción gira, camisas de trabajo verdes y monos azules y marrones, uniformes en negro y cuero gris y blanco, emblemas e insignias y placas con el nombre en el bolsillo, aquí y hay una camiseta blanca lisa, o azul oscuro, y tazas de espuma de poliestireno en cada mano, y le miran a él con su sucia sudadera, con la capucha puesta, las manos en los bolsillos, la puerta abierta contra su hombro y la calle tras él llena de luz matinal.

"Entra si vas a entrar", dice Gordon, parado detrás del mostrador lleno de cajas de donuts casi vacías y un par de platos y una caja de café. Christian entra, la puerta se cierra tras él y se aparta la capucha. "Ya has arreglado la ventana", dice.

"¿Estás aquí para abrir otro agujero a patadas en ellal?" Y luego, "Espera, espera", mientras el murmullo de un murmullo los invade, "déjalo estar, déjalo estar".

Christian los mira a todos con cautela, moviéndose entre ellos y apartando la vista de él, un sorbo aquí, una tos allá, y luego una mujer con mono azul, cabello bajo un pañuelo, pone una mano sobre el brazo del hombre a su lado y da un paso atrás, instándole gentilmente a retroceder con ella, y frente a ella, un hombrecillo corpulento en bóxers da un paso atrás, y tira del codo del hombre mucho más alto a su lado, hasta que se despeja un pasillo a través de esa pequeña habitación delantera, y el pecho hinchándose con un gran aliento y las dos manos aún en los bolsillos, Christian camina hasta el mostrador, y luego, con un poco de esfuerzo, saca de los bolsillos un zapato que coloca junto a un plato aún con un puñado de bocadillos. Es un zapato simple y bien hecho, cuero brillante de sangre de buey, cerrado con una sola correa de monje.

"¿Qué es eso?", dice Gordon.

"Me imagino", dice Christian, "que como tienes una zapatería".

"¿Dónde lo conseguiste?", dice Gordon.

"En el MAX. Estaba justo allí, en el asiento. Y supe, pensé: mejor lo recojo y lo guardo".

"Tren", dice alguien detrás de él, y "Un camino", dice alguien más, y "¿Qué hora era?" y "Estación de *tren*", dice alguien, "más como un *encrucijada* " y "¿A qué hora del día? ", dice el hombre alto de nuevo, acercándose al hombro de Christian.

"Al amanecer", dice Christian. "Primer tren del día. ¿Y bien? ¿Esto significa algo?", y luego, mirando a mi alrededor, "Tengo mala gente viniendo detrás de mí. Sabéis a lo que me refiero. Bueno, ¿de que sirve esto? ¿Qué se obtiene?"

Gordon retrocede lentamente, rodeando la mesa de trabajo atestada de zapatos, hacia la cortina de cuentas allí, y la pared llena de estantes, divididos en cubículos, embutidos aquí y allá con pares de zapatos que no coinciden. Pasa la mano por una columna, libera un par, regresa al mostrador. Los coloca encima, zapatos de cuero con tacón de cuña color coñac bastante decente, correa de monje y brillante color sangre de buey.

"¿Eso es todo?", dice Christian, mientras Gordon levanta el zapato, lo arroja a la pila detrás de él. "¿El otro zapato? ¡Hombre, ni siquiera combinan!"

"Bienvenido a Portland", dice Gordon con brusquedad, y Christian comienza de nuevo, "*Que le jodan a*," gruñe, y se inclina de nuevo, un puño en el mostrador, "bienvenido a Portland , ¡Llevo viviendo aquí la mayor parte de mi jodida vida!"

Un resoplido luego, tras él, una risita, una risa, una carcajada, un ulular, todos ahora, negando con la cabeza, pisoteando el suelo, palmadas en las rodillas, riendo, riéndose de él. <

# N° 29: Temblores y Migrañas

## las fotografías en la Mesa

Fotografías esparcidas sobre la mesa plegable, negro plateado, marfil, embarrada sepia, esta teñida casi de rojo, crestas nublando las esquinas y un largo pliegue justo en medio de un grupo de hombres, sus trajes sin forma y un negro tornado en oxidado marrón. Un impenetrable umbral tras ellos, columnas alzadas más allá de un dintel tallado con letras góticas simples, «Rito Escocés de la Masónería». Uno de los hombres es alto y ancho, su cabello sin sombrero es de un blanco brillante y el hombre más joven y delgado a su lado se ríe bajo el ala de un elegante bombín. El tercero es bastante sombrío con una chaqueta sencilla abotonada hasta el cuello y algo en sus manos, pero ahí la fotografía está rayada, sus tonos rojizos raspados.

Desde debajo de luces fluorescentes, Ysabel se aproxima envuelta en una bata transparente, pies descalzos sobre hormigón pulido. En una mano un vaso medio lleno de leche. "¿Jo?" llama ella. "¿Jo?" Pone una mano en la silla de escritorio negra de respaldo, se sobresalta hacia atrás por un ronquido burbujeante. Jo está desplomada sobre las fotos, un brazo doblado, una almohada y una botella a su lado, casi vacía. Ysabel la recoge, arqueando la ceja ante la estilizada abeja amarilla en el vaso, la etiqueta que dice «Miel de la Reserva Evan Williams».

Deja la leche donde había estado y acaricia el cabello vino tinto de Jo. Presiona con un beso su mejilla. Enderezándose, examina las cajas apiladas en la pared del fondo, las regulares cajas bancarias blancas y marrones en columnas, en su mayoría regulares, de cuatro o cinco de altura, y algunas en el suelo ante ellas, y junto a la mesa, tapas sueltas o abiertas, y dentro de las cajas, muchísimas más fotografías.

Cuando se va, arroja la botella en un contenedor de reciclaje azul

con cierta de fuerza y se oye el estallar el cristal.

## **Líneas blancas brillantes / Machismo / "Querido Sr. Davies" / Lo que está en Juego / una Bendición y una Maldición**

Líneas blancas brillantes, bruñidas por luz de velas, ángulos que enmarcan su vientre, sus senos, su cuello y su cara, sus ojos cerrados bajo un flequillo severamente recto, largo cabello amarillo recogido por anchas cintas blancas en mechones sobre cada hombro. Yace sobre la espalda, acomodada contra curvas de marrón dorado, pierna sombreada a lo largo de su pálida longitud, sobre el almohadado edredón, cadera y vientre, hombro, brazo oscuro doblado en ella, posado sobre esa pintura blanca, una mano marrón allí arropada, justo entre sus muslos. Ella suspira, alza la cabeza. "Ella vendrá", dice ella.

"¿Tu hermana?", dice Ysabel, levantada, detrás de ella. "Parecía bastante inflexible".

"Ni siquiera le hiciste la pregunta".

"Eso", dice Ysabel, "no es tan importante, en serio".

"¿Cómo puedes decir eso?" Girando, retorciéndose, "No, quise decir", dice Ysabel, y luego, "cuidado, te mancharás", pero, "Toda nuestra vida", dice ella, "¡toda nuestra vida!"

"Y aún así".

"¡No!" Chrissie se incorpora sobre un codo, mirándola. "¡No! Incluso", dice ella, "cuando solíamos", pero parpadea, "nadar", dice. "Cuando yo", mira hacia otro lado. "Cuando ella".

"Solía nadar", dice Ysabel. Una mancha de pintura blanca allí en su pecho, y salpicada de oro. "¿Pero ya no lo haces? ¿Lo has olvidado?"



"Carreras", dice Chrissie sin dejar de mirar. "Competir. Hicimos, solíamos, conseguimos una beca. De lo contrario, no podría pagar la universidad".

Después de un momento, Ysabel dice: "¿Qué pasó, cuando solías nadar?"

"¿Has nadado? Largos, quiero decir, no mucha gente compite".

"Yo puedo", dice Ysabel.

"Es simplemente, lo fácil que es, cuando, hay, hay otras personas, están por todas partes, incluso hay vítores, a veces. Anuncios, sobre", agita una mano, "PA. Pero puedes bloquearte a todo. Todo se va. Es solo tú y el agua. Incluso en los sprints, pero especialmente las carreras de distancia, y estás sola, aislada, es, fácil de, perderte", y una carcajada ante la sonrisa de Ysabel, "Quiero decir, en una piscina, pero, ¿todas esos largos? ¿Hasta sesenta, en una piscina de veinticinco metros?", apartando la mirada. "Por eso hay letreros".

"Letreros", dice Ysabel.

"Como una pizarrita blanca, o estos números de plástico que puedes intercambiar, u hojas, que puedes dejar caer, para cambiar el número. Y lo pones en el agua, para que puedas ver, a medida que te acercas a la pared, en qué vuelta estás. Para que no perderte". Sonriéndose a sí misma, pero mordiéndose el labio. "Pero. En toda carrera, ¿ves? Ella nunca se perdió una. Cada vez que nadaba un evento a distancia, un ochocientos, un quince, cuando me dejaban, no importaba lo que tuviera que hacer, ella estaba allí. Sosteniendo el cartel. Haciendo un seguimiento".

"¿Ella no nadaba?", dice Ysabel. "Pensé que ambas nadabais".

"No fue justo", dice Chrissie. "No fue completamente justo". Mira hacia abajo, acariciando distraídamente la pintura blanca borrosa que se inclina más allá de su esternón. "Ni siquiera era su marihuana, era de Jeff, pero... tolerancia cero, ¿sabes? Ella perdió la beca. Tuvo que abandonar".

"Pero tú te quedaste".

"Me quedé. Otros, yo, tres semestres. No íbamos a volver".

"Pero, ¿te retiraste? ¿Dejaste de nadar?"

Un suspiro. Un beso. "Te abulta los hombros, nadar distancia. Si no sigues así, lo pierdes. Y de todos modos", otro beso, " ella estaba, podíamos, nos iba mejor, bueno, más dinero. Bailando. Y".

"Y".

"Y ella se pasará", dice Chrissie y apoya la cabeza en el pecho de Ysabel.

Algún tiempo después, se sienta erguida, sola en la amplia cama blanca. Ysabel, a la luz de las velas, se envuelve en una bata transparente. "No he oído a Jo subir", dice.

"¿Qué?", dice Chrissie.

"Voy a verla".

"Oh". Chrissie se deja caer sobre las almohadas y se da vuelta. "Jo". Esas líneas blancas rodean cuidadosamente una intensa impresión de labios dibujada con tinta roja allí, justo debajo de su pecho. "No te preocupes por la ropa de cama", dice Ysabel, "¿aunque podrías limpiarte, si lo deseas?" Y ella abre la puerta y sale al pasillo.



Cabeza atrás, encorvándose, gruñendo y tendones rígidos, él está en cuclillas de pies descalzos sobre la alfombra, sacudiendo nalgas, manos en las caderas, ella acurrucada bajo él, girada, sobre los hombros, la cabeza de él inclinada y sus dedos en sus labios pintados de rojo, piernas sueltas aleteando. arrullando, sin aliento,

succionante pop carnoso que se congela súbitamente en el silencio, rictus torcido y ojos muy abiertos en una esquina de la pantalla, un pie en media de rejilla sube con una patada, dedos apretando y aferrando hundida carne del muslo, los ojos de ella redondos de sorpresa bajo párpados pintados de azul. "Es machismo, es lo que es", dice el hombre en la gran cama oscura. "No se *supone* que debería mostrarte esto, así que vamos a *probar* que te lo estamos mostrando. Para que deseches cualquier arte, cualquier cosa que pueda salir como un truco, incluso una simple edición y dirás ajá, has cortado ahí, estás ocultando algo, te pillé. El hechizo se rompe". Su voz suena por esa habitación oscura iluminada principalmente por la piel en la pantalla. "No hay nada organizado, no hay ningún intento de conmoverte, de evocar nada, de transportarte a ningún lado, porque todos los esfuerzos se centran en asegurarse de que *tú* veas que *estas* personas fueron trasladadas, fueron allí, más allá de cualquier sombra de duda. Así que mételos a una habitación, filma lo que sea que pase, ahí está", levanta un pequeño control remoto plateado, "bajo los focos". Esos cuerpos se avalanzan hacia el movimiento, restregado sudoroso, palmadas de carne y gruñidos, y embisten mientras la vista gira, se congelan de nuevo, desenfoque del muslo, reflejo ondulado del condón, arco del vientre. "Quiero decir, presupuesto, claro. El presupuesto es un factor. Pero más allá de cierto punto", él dobla las manos hacia arriba, detrás de la cabeza, "el presupuesto es una jodida excusa. Si tienes algo que decir, lo dices, trabajas pasando de eso, encuentras la manera". El cabello en su cabeza es demasiado liso y negro, su pecho demasiado nebuloso y gris, su barriga laxa y su polla colgando, sus piernas flácidas, sus pies en ángulo. "Esto no está exento de encantos", dice. "Pero es una porquería. Todo esto es porquería".

"¿Incluso las cosas feministas de buen gusto, Reg?", dice alguien allí al otro lado de la puerta entornada, con la luz encendida sobre azulejos blancos.

"¡Porquería!", dice él sentándose erguido, lanzando el control remoto a la mesita de noche. "Esto es, esto debería ser", se está levantando, está cruzando la habitación hacia esa enormemente chillona televisión, "el arte de la utopía", dice, y la apaga, hundiendo la habitación en la sombra. El golpe de una carcajada tras esa puerta entornada. "No, piénsalo", dice él dirigiéndose hacia

la brillante porción de luz sobre la alfombra. "La utopía: has resuelto tus necesidades físicas básicas, estás sano y a salvo, te has abierto camino con las garras hasta la cima de la jerarquía de Maslow". La baldosa blanca bajo sus pies, el gris ahumado en las paredes, el cristal de piedrecitas ámbar de una cabina de ducha. Ella está allí ante el lavabo, toalla negra alrededor de las caderas, y el vientre, los senos, el cuello y la cara pintados con angulosas franjas de negro, brillantemente untadas con puñados de blanca crema grasienta, largo cabello amarillo recogido con una ancha cinta negra. "Ja", dice él. "Eso no son extensiones".

"Trucos del oficio", dice Ettie frotándose crema en la mejilla.

"Me gusta largo", dice. "¿Dónde estaba yo? Necesidades, ¡cierto! Te has actualizado tú mismo. Has trascendido a ti mismo. ¡Todo va bien! No hay pérdida que llorar, ni carencia que calmar: ¿qué *arte* haces entonces?

"¿Fotos Pin-up y dinero?", dice ella, limpiándose la cara con una sucia toalla blanca. "Estás hablando de pornografía, Reg. Venga ya".

"¿Alguna vez has", dice, "descrito un postre como pornográfico?", él se acerca un paso, "Sensual. Placeres. Evocaciones de, de esos placeres ", sus manos inciertas, "del deseo, de satisfacción", un ajuste sobre esa toalla que cuelga de la cadera, "¿te das cuenta de la pornografía que vemos? ¿Todos los días?", él se inclina cerca. "Menús", murmura. "*Catálogos*".

"Estás loco", dice ella, frotándose una obstinada mancha ahí, bajo la oreja.

"Es *obsceno*", dice él bajando la vista, allí, a su lado, justo bajo el pecho, una exagerada impresión de lapiz de labios, caricatura en rojo, sin mancha de crema o pintura. "Te has dejado una parte", dice él, yemas de los dedos acariciando el beso, pero "¡No!", ella se aparta bruscamente, alejando la mano de él de un manotazo. "Perdón", dice ella mientras él retrocede. "Lo siento, yo ..."

"Mira", dice él, muy seco, ojos tornados severos. ¿Lo que sea que haya entre vosotras dos? Arréglalo. Porque, seamos sinceros. ¿Por

tu cuenta?", la mira de arriba abajo, mano de ella cerrando la toalla. "Tienes talento, seguro, eres buena. Muy buena. Pero tus tetas son demasiado pequeñas, tus piernas son demasiado largas, tienes esa nariz y la", agita una mano "gestalt general de perra perezosa. ¿Pero eso junto?", extiende sus manos, un encogimiento de hombros. "Junto, es espectacular". Retrocede hacia la puerta. "Estoy pagando por vosotras dos. Voy a hacer que mi dinero valga la pena".

Él sale y cierra la puerta suavemente.



Apoyado contra el guardabarros de un elegante sedán, él no es demasiado alto, algo robusto, brazos cruzados en un elegante traje gris, camisa gris, corbata gris. Observa un SUV blanco retumbar por la calle estrecha bajo las luces fijadas arriba a la cubierta del puente. Este entra rodando en el espacio a su lado, al lado de uno de los esbeltos miradores de hormigón de borde afilado. La puerta trasera se abre cuando el motor se apaga, una alta bota blanca se desliza hacia fuera, y un muslo pálido desnudo, pantalones cortos blancos y finas cadenas doradas colgando, un cabestro blanco profundamente recogido y envuelto en una holgada capucha en las líneas pintadas de negro que enmarcan pechos, cuello y mejillas, y liso pelo amarillo recogido en mechones con anchas cintas blancas. Viniendo por la parte posterior del SUV, igual de alta, igual de delgada, igual de severa, pero vestida de negro, botas negras y pantalones cortos, capucha negra, pintura blanca en ángulo y algo similar a una sonrisa en sus labios.

“¿Qué piensas?” dice Ysabel, todavía en el asiento trasero del SUV.

El hombre del traje gris resopla. "Mama Rave y las Ravettes", dice.

"Querido Sr. Davies", dice Ysabel bajando del SUV. "Esto es el

Montaje". Pantalones de campana marfil hasta los tobillos, y un largo abrigo sin mangas, estampado con unicornio y doncella en un jardín bordados en colorido hilo en un campo de marfil. "Bonitos zapatos", dice ella, y él gira un pie, mostrando a sus gafas blanco y negro. "Dudo que alguien se dé cuenta", dice él. "Todos te estarán mirando ti".

"¿Para qué salir sino, si no es para ser mirada?", dice Ysabel, pero él está ofreciendo su brazo a la mujer de blanco, "¿Vamos, Ettie?"

"Oh, él ha mejorado en esto", dice ella, tomándole del brazo.

"Ha prestado atención", dice Ysabel.

"Vosotras dos os estabais esforzando demasiado, en el otro sentido", dice él mientras Chrissie, toda de negro, toma su otro brazo. "Riesgo laboral", dice ella.

"Es agradable veras a las dos juntas de nuevo", dice él mientras ellas salen debajo del puente, y luego, un momento después, un poquito demasiado en alto, "No veo ninguna pintura inmortal, aquí abajo al menos".

Ysabel roza con sus dedos el mirador por el que pasan, rociados con una maraña de iniciales en color naranja brillante y un glifo en rojo, dos ojos punteados en una amplia y simple sonrisa, y luego ella sale a la calle. "¡Míralos!", grita ella levantando un brazo desnudo en un barrido de su mano. Los esbeltos pilares se elevan abruptamente hasta masivas tapas de hormigón que sostienen las vigas del puente, que vibran con el tráfico, demasiado peso para ser soportado por tales tallos. ¿Adornarías esto, con arte? Qué indelicadas, cuán fuera de proporción... piezas de un kit, las han pegado sin más y han pasado a al siguiente, como cualquier otro penoso paso elevado. Solo una generación después de la rampa de Lovejoy", y mientras ella habla, Reg ha liberado sus brazos de Ettie y de Chrissie, dejándolas en la acera para salir a la calle a su lado, "y ya han olvidado cómo escuchar. Como si supieran más sobre la construcción de puentes de lo que ellos mismos podrían saber. Y sin embargo", dice ella, "incluso en un espacio tan recóndito", su gesto ahora hacia la esquina, hacia tres plantas de ladrillo rojo, ventanas

superiores oscuras, salvo ahí abajo, en la sombra, donde la luz de una lámpara brilla cálidamente sobre bancos y pequeñas plantas en macetas, música amortiguada, la risa de alguien que sale de la puerta en la esquina, bajo carteles que dicen «Montaje». "El comercio prospera", dice Ysabel.

"Es un restaurante", dice él. "El edificio necesita urgentemente una reforma. ¿De lo contrario?" Mirando a su alrededor. "Almacenes de Tú-Almacena, basura de oficina al por mayor, un estacionamiento, ¿es ese uno de los tuyos?"

"Un estudio de arte", dice Ysabel, señalando por la calle hacia un bajo edificio verde tras ellos, "las maravillas que podrían brotar, de un terreno como este".

"Sí", dice Reg, mirando más allá, frente al bulevar hacia una zona de hierba, hacia el hueco de una rampa de acceso, hacia un árbolito cubierto de verde a la luz de la farola, profundas sombras debajo, donde un grupo de tiendas de campaña improvisadas ha sido montadas y amarradas, lonas amarillas y lonas azules y láminas de plástico iluminadas en el interior por linternas y lámparas de campamento, y sombras moviéndose. "Me pregunto. Vamos a entrar".

Cabezas giran mientras atraviesan el comedor de color ocre, sillas arañan el suelo aquí y allá, se empujan hacia atrás para obtener mejores vistas desde largas mesas con manteles blancos y cristalería brillante, Chrissie y luego Ysabel, Ettie y finalmente Reg, mientras se gritan pedidos en la cocina abierta, raspados y cortes, ráfagas de llamas, música fuerte y alguien está cantando «¡Ay, mambo, mambo Italiano!» Los conducen a una larga mesa en la pared del fondo, bajo una caricatura monocromática de la Última Cena. Ettie y Chrissie se deslizan por el extremo para poner las manos en las sillas allí, de pie, para ser vistas, mientras que Ysabel y Reg se sientan frente a ellas, hombro con hombro, un regimiento de botellas de vino vacías se alinean en el estante sobre sus capuchas, la negra y la blanca. "Filete Flatiron", dice Reg, despachando con un movimiento de la mano los menús que su servidor está tratando de entregarle, "crudo hasta donde lo permita la ley, y un té helado Ross Island. ¿Chicas?"

“¿Sopa o ensalada, señor?”

"Sáltate eso", dice Reg un poco conciso. "Chicas, ¿qué vais a tomar?"

"Ensalada Hoppin' John ", dice Ettie, y "Dos tenedores", dice Chrissie.

"¿Algo para beber?"

Chrissie abre la boca para decir algo, pero primero mira a Ettie. "Agua", dice Ettie, y Chrissie, encogiéndose de hombros, asiente.

"Pesto mac", dice Ysabel, volviendo a subir su menú, "y sorpréndeme con algo que tenga vuestro vodka de vainilla".

"¿Ensalada a medias?", dice Reg cuando su servidor se marcha, y "No tenemos hambre", dice Chrissie, y "Estamos aquí para lucir bonitas", dice Ettie. "Continúa, haz tu negocio".

"Pero vosotras sois nuestro negocio", dice Ysabel.

"¿Sí?", dice Ettie, pero: "Mirad", dice Reg, "sé que estás esquivando mis llamadas. Crees que estoy enojado. Se han omitido citas, se han perdido oportunidades, pero recordad: yo también trabajo en una industria creativa. Entiendo el proceso. A veces lleva tiempo. Yo respeto eso".

Ettie dice: "Estás a punto de soltar un pero, ¿no?", las dos le miran.

"Pero", dice él un poco teatralmente, a medida que se colocan los vasos de agua, "hay dinero en juego y dinero que ganar. Para todos nosotros. Eso también debe ser respetado".

"Yo, tal vez", dice Ysabel, "haya sido la culpable de monopolizar vuestras atenciones". Y luego, hacia Reg, "Christienne ha sido de gran ayuda para el despegue de mi fundación".



Él la mira, parpadea, "Tu", dice él, "*fundación*", y luego se mece en su silla con un silbido de risa, "eres una pieza, ¿lo sabías?", dice. "¿Por qué demonios no puedes acudir a tu hermano y decirle que no quieres que se derribe la maldita cosa? ¡Él puede cancelarlo todo sin más! Problema resuelto. Arte preservado".

Sonriendo, ella dice: "Pero hay dinero en juego, Sr. Davies. Eso debe ser respetado. Si acudo a él como una hermana, ahora que mi madre se ha retirado, eso sería todo lo que soy. Pero si acude a él una *fundación*", y su bebida es colocada delante de ella, alta, de amarillo pálido, tintineando con hielo y una pajita rosa brillante, "respaldada por ciudadanos preocupados, miembros de la comunidad artística, historias comprensivas en la prensa, algunos de sus propios inversores", y ella se inclina hacia adelante para tomar un sorbo.

"¿Algunos de?"

"No pensarás que eres el único con quien me reúno".

"Pues sí, en realidad lo pienso". Niega con la cabeza, agita su propia bebida alta y ámbar con una pajita púrpura. "Cartas sobre la mesa", dice él y alza su vaso para tragar. "Doné algo de dinero para tu causa de salvar la rampa de Lovejoy, para prestarte mi nombre, para decir algo agradable en público y salir de nuestro camino", ahora él está mirando a Ettie, "volvamos a lo que ya habíamos accedido a hacer", y Chrissie, con su capucha negra, su pintura blanca, sentada frente a Ysabel a su lado, es quien le pone la mano sobre la de él un momento, "Lo uno", dice ella, "no tiene nada que hacer con lo otro", y él se gira frunciendo el ceño, "¿Qué?", dice él, Chrissie se inclina hacia adelante y exclama: "Ya no queremos hacerlo. Las fotos, las películas", pero Ettie dice: "Nosotras no dijimos eso", y: "queremos hacer *Nuestro* espectáculo", dice Chrissie. "A *Nuestro* modo. Podemos hacer eso ahora".

"Guoh", dice Reg. "¿Vale?", extendiendo las manos, calmando las aguas entre todos ellos. "Aún hay ciertos malentendidos. Eso es todo, con las fotos, o lo que sea, vosotras estáis al mando. Si venís a una de los encuentros que estoy organizando para vosotras. La que bajó de Seattle el martes, una chica totalmente punk-hippie,

Femmerótica, se llama su cosa. Totalmente de buen gusto. Completamente feminista. Nada con lo que no os sentiríais cómodas, ¿vale?"

"Cómodas", dice Chrissie reclinándose en la silla.

"Nada es cómodo bajo los focos", dice Ettie mirando a Chrissie a su lado, inclinándose más cerca, hombro con hombro. "Estás tan bonita cuando sonríes", dice ella, y ambos están sonriendo de repente, grandes y brillantes sonrisas. "¿Por qué no le pasas un brazo?", dice Chrissie, y ella lo hace. "Oh, eso es genial".

"Pon tu mano en su regazo", dice Ettie, y ella lo hace. "Continúa, un poco más arriba".

"Realmente no tienes *que* hacerlo", dice Chrissie echando la cabeza hacia atrás, capucha cayendo, dejando al descubierto el cuello, "pero tiene que *verse* como", y: "Dales lo que quieren", gruñe Ettie, mientras Chrissie frunce los labios, una expresión exagerada, "¡Oh!", dice ella, sentándose erguida, inclinándose cerca. "Sé que dijimos que no lo harías".

"Nunca te pediríamos que cruzaras la línea", dice Ettie, pintura negra acariciada de blanco.

"Pero si tú", dice Chrissie con la punta de la nariz junto a Ettie. "Como si estuvieras a punto de".

"Como si acabaras de".

"Solo para ver".

"No lo usaríamos".

"No *tendríamos* que usarlo".

"Solo una vez", dice Ettie, pero luego Chrissie se vuelve a un lado, "siempre y cuando te sientas cómoda", dice ella mientras Ettie se recuesta. Chrissie se pone la capucha, alisa las mechas de su cabello amarillo, y esas sonrisas han desaparecido, y sus ojos azules son

completamente fríos. "No importa lo que digamos cuando nos estrechemos la mano".

"Las fotos son todo lo que se ve", dice Ettie.

"Si no somos nosotras las que las hacemos", dice Chrissie.

"Lo que se fotografía es lo que se pide", dice Ettie. "Esta no es nuestra primera vez".

"¡Pero eso es de lo que estoy hablando!" Reg se inclina cerca, ambas manos sobre la mesa. "¿Habéis oído? Lo silencioso se se ha vuelto esto cuando estabais...", y su puño golpea una vez, tintineo de cristalería. "¡Se prestó atención! Y esa clase de carisma", él mira atrás sobre su hombro, y luego hacia ellas nuevamente, "ese magnetismo se puede convertir en dinero. ¡Demonios, se podría convertir en un arma!"

"Eso terminará señalando", dice Chrissie, pero "Eso es todo, ¿no es así?", dice Ettie, y "hacia nosotras", dice Chrissie mirándola con el ceño fruncido, pero Ettie está mirando a Ysabel. Deslumbrante, incluso. "Esa es la cuestión, ¿no es así?", dice ella mientras Ysabel, imperturbable, mira atrás. "Eso es de lo que todo el mundo quiere hablar", dice Ettie, "pero en realidad nadie quiere, como, hablar de eso".

"¿Todo el mundo?", dice Ysabel.

"¿Tú quieres *verme*?", dice Ettie. "¿Quieres ver *más* de mí? Tú, ¿tú *quieres*...", pero Ysabel está negando con la cabeza, agitando una mano, "No es suficiente con", dice Ysabel, "hacer la pregunta. Hay que atender la respuesta".

"¿Sí?", dice Ettie, quitándose la mano que Chrissie le ha puesto en el brazo. "Bueno, pues atiende esto: no. No, yo no. Me aterra absolutamente".

Chrissie la mira fijamente, horrorizada. "Espera", dice Reg, "¿qué?" Ysabel levanta su medio ebrio vaso. "Lo que llamamos belleza, nos estremecemos ante ella", dice Ysabel y bebe sorbos.

"Sí, bueno, a veces nos estremecemos porque es jodidamente *incorrecto*", dice Ettie.

"¿Podría alguien decirme, por favor?", dice Reg, pero ahí está su bistec, chisporroteando, entrando, golpeando ante él.



Allí, un retrato apoyado en la repisa de la chimenea, un podenco blanco manchado de negro y fuego se alza orgulloso en un campo, árboles a lo lejos y un cielo lleno de nubes pinceladas. El hogar debajo es de ladrillos amarillos, el fuego ríe dentro de la rejilla, dos sillones cerca, tapizados en rosa pálido con rosas blancas. A un lado, una elaborada credenza coronada con jarras de vidrio tallado, al otro un estante bajo, una única hilera de libros, todos de misma altura y encuadernados en el mismo cuero azul. Él pasa una mano por el respaldo de uno de los sillones y vuelve a mirar por la habitación. El fuego se desplaza, se asienta, chispea en el crepitar de la chimenea. Una gran barba caoba, y gafitas de sol redondas a esta luz incierta que podrían ser verdes o moradas.

La puerta se abre bruscamente, Vizconde Agravante, trenzas blancas tocadas con oro recogidas hacia atrás, camisa de vestir color salmón abierta en el cuello. "¡Sr. Keightlinger!", chilla él. "Por supuesto que os recuerdo. Perdonad la demora; Estaba arriba atendiendo a Abuelo".

"¿Cómo está?", dice Phil, dice el Sr. Keightlinger.

"Duerme", dice Agravante. "¿Algo para beber?"

"No", dice el Sr. Keightlinger después de un momento. Agravante está vertiendo algo transparente en un vaso. "Sentaos", dice. "Bueno". Taponando la jarra. "¿Cómo está Charles?"

"¿Charles? Era", dice el Sr. Keightlinger, "no era Lier". Su mano

todavía en el respaldo de la silla. "Lier era una peluca".

"No me diga", dice Agravante sacando un cubo de hielo de un cubo. "¿Una peluca?"

"¿Tenéis el regalo?"

"No habéis tomado asiento", dice Agravante acercándose al otro sillón. "¿Estáis seguro de que no puedo ofreceros nada?" Se sienta. Decidme, señor Keightlinger. ¿Tenéis familia?"

"El regalo, señor, que os fue entregado el año pasado. ¿Todavía lo tenéis?"

Agravante sorbe su bebida. "Sé que no sois un hombre grosero. No puedo soportar a los maleducados". Un gesto hacia el otro sillón. "Por favor".

"En mi trabajo", dice el Sr. Keightlinger mientras se sienta, "He sido muchas personas diferentes. Algunas tenían familia. No podría saber cuáles eran reales".

Agravante levanta su vaso, un saludo. "Sois un mago, ¿verdad? Los magos rara vez tienen familia, en mi experiencia. Prefieren ejercer bendiciones y maldiciones que sermonear sobre ellas".

"Como vos digáis, señor".

"Como yo digo." Él se ríe y se inclina hacia adelante para poner su vaso en la mesa baja entre ellos. "Os conoce, la familia, mucho mejor que nadie, pero ese conocimiento os repara, os mantiene firme. Unido. Y aún", recostándose en su sillón, "mientras las lealtades siguen a la fortuna y las filosofías cambian con el corte del traje, aún así: la familia de uno es siempre la familia de uno. Hay cierto consuelo que aceptar en ello".

"No sabría decirlo, señor".

"Por supuesto. Por supuesto". El crujido del fuego. Codos sobre los brazos del sillón, dedos unidos. "Tuve que guardar el regalo,

mantenerlo a salvo, y sin ser molestado, hasta que me lo pidiera de nuevo. Vos", esos dedos señalan, "no sois él".

"Como dije, señor, Lier era, una máscara, una ilusión..."

"Una peluca, sí. ¿Y no estoy obligado por la palabra que le he dado una peluca?" Un encogimiento de hombros. "Quizá vuestro compañero de esa noche podría resolver este dilema".

Un roce de esa barba cuando sus gafas de sol se vuelven desde el fuego hacia Agravante, las lentes se posan, durante ese momento, en verde. "Ya sabéis dónde está él".

"¿Lo sé?" Él toma su vaso. "En cuanto a lo que me dieron, está en la repisa de la chimenea", y allí, delante del retrato del sabueso, una diabólica cajita, "a salvo", dice Agravante mientras el Sr. Keightlinger se pone de pie, "imperturbada".

El Sr. Keightlinger le da la vuelta en sus manos, madera rojo oscuro sin costuras, esquinas moleteadas, caras talladas con formas simples y estilizadas, la cima de una montaña, una gota de lluvia, un rayo de sol, un cuarto de círculo. Y luego la levanta y la baja, crujiendo contra la repisa de la chimenea, y arriba y abajo, un crujido astillado. La engulle con ambas manos, haciendo palanca con la punta de los gruesos dedos, un gruñido, brazos temblando, un giro repentino y un chasquido como una rama rompiéndose. Una de esas manos se separa de la otra y, en la palma de cada una, la mitad irregular de la tapa con bordes rojos, madera hueca dentro de un amarillo suave.

"¿Dónde está él?", dice el Sr. Keightlinger.

"¿Quién?", dice Agravante poniéndose en pie con serenidad.

"¡Dónde!" Empujando una mitad vacía de la caja hacia él.

"La caja se mantuvo a salvo y sin ser perturbada", dice Agravante. "En cuanto a lo que había dentro", y se encoge de hombros, retrocediendo cuando el Sr. Keightlinger arroja esa mitad al fuego. "Si no os gusta lo que he hecho, bueno, ¿no habría vuelto

seguramente? ¿Para avisarme?" La puerta corrediza se abre bruscamente. El Sr. Keightlinger se apoya contra la repisa de la chimenea, la otra mitad todavía en su mano. "Sed tan amable de salir de mi casa vos mismo", dice Agravante.

# De la mano / dos pisos o tres / cómo funciona / Compromiso / el Qué del Bandido

De la mano de la deslumbrante luz del sol, susurro del roce de pies descalzos, pisadas de zapatos, una repentina oleada de oscuridad cuando la puerta se cierra tras ellos, sombras que envuelven cabello amarillo y hombros relucientes, brazos recortados con lo último de esa fina luz estirada . "Espera", dice Ettie tirando de Chrissie hacia ella, acercándola, y con los brazos cruzados y mejilla con mejilla, un abrazo allí frente a una lavadora y una secadora, escondidas bajo una cortina de tela estampada. Y luego, "¿Cómo pudiste?", dice ella, retrocediendo un paso.

"Ella preguntó".

"Han pasado dos semanas".

"Lo sé"

"¿Cómo es *posible* que tú...?"

"Han pasado dos semanas".

"Dios", dice Ettie. "Hueles a piña colada".

"Nos quemamos tan fácilmente".

"Arruinará el look".

"Era, como, FPS 150 o algo así". Y luego, "Te podías tumbar fuera también".

"Como *si*", dice Ettie. "¡Te fuiste!"

"Ella preguntó".



"¡Ha preguntado a mucha gente!", grita Ettie. "Sea que fuese. He conocido a algunos de ellos. Todos", y luego, levantando las manos, "¡maldita sea, te rompió el corazón!"

"Pero mi corazón no está roto", dice Chrissie. A su lado, justo debajo de su pecho, una exagerada impresión de labios dibujada en rojo, negro ahora en las sombras. Ettie niega con la cabeza. "Estás, estás bajo un", dice ella, "es como si ella te lanzara un..."

"¿Magia?", dice Chrissie agarrando su mano. "Vamos", dice ella. "Te mostraré algo de magia".

Mano a mano en un bajo pasillo, cuerdas de lucecitas amarillas, una confusión de puertas, la mano de Chrissie en el pomo de la de la izquierda cuando una de las de la derecha se abre sobre un azulejo blanco y Jo parpadea, toda de negro excepto sus Chuck Taylor rojas, su cabello vino tinto, frunciendo el ceño mientras las mira a las dos, lisos cabellos amarillos y ojos azules sobresaltados, Ettie con una camiseta sin mangas negra y medias amarillas, y la pálida longitud desnuda de Chrissie, abriendo la puerta. "Oh", dice Jo, "um, hola", pero Chrissie está empujando a Ettie tras ella, "así que estáis, ah", dice Jo, pero Chrissie cierra la puerta, se apoya contra esta.

"¿Quién era esa?", dice Ettie.

"Esa era Jo", dice Chrissie. "Tú conoces a Jo".

"Cierto". Mira a su alrededor, paredes blancas, cama alta y ancha llena de almohadas blancas, largas cortinas blancas sobre las ventanas. "La arisca compañera de piso". Ettie las separa lo suficiente como para mirar hacia abajo, hacia los coches estacionados a ambos lados de la arbolada calle debajo. "Así que aquí es donde sucede la magia", dice ella dejando caer el telón con la mano, volviéndose hacia Chrissie, apoyada contra los pies de la cama. "¿Dónde están tus cosas? ¿Tu ropa? ¿Tu ropa interior tirada por todo el suelo? El aceite de lavanda, la wobenzima, dejaste todos tus suplementos, ni siquiera quiero *pensar* lo que le estás haciendo a nuestro cabello", pero Chrissie dice, suavemente: "Tengo un estante

en el armarito de las medicinas, un cajón en el tocador, y yo", de pie, cruzando la alfombra blanca, "nosotras tenemos ", dice, colocando su mano sobre la pantalla del biombo en la esquina, Un marco simple de madera encalada y paneles de lino liso. "Esto", dice Chrissie.

"Yo no", dice Ettie.

"Mira", dice Chrissie deslizándose tras el biombo, se agacha por detrás, un roce, un golpe y, luego, del otro lado desliza una brillante bota negra plantando su suela escandalosamente gruesa, oscila un momento para encontrar equilibrio, desnuda hasta la rodilla, muslo hasta la cadera, una minifalda negra de vinilo brillante amarrada al pecho con un corsé y una capucha que engulle la cabeza, una máscara de buzo de diáfano cristal que barte, de un lado a otro, con los brazos extendidos en apretadas mangas negras estiradas hacia abajo, más allá de las manos y hacia abajo para unirse a un lazo suelto que rodea por detrás y gira hacia adelante y hacia arriba, ella da un paso tambaleante de caderas anchas, ese ojo ciclópeo se inclina, se acerca. Ettie agarra la máscara con ambas manos, la levanta torpemente, ahí está Chrissie, parpadeando, inmóvil mientras Ettie le quita la parte inferior de la capucha más allá de la barbilla, liberando una sonrisa encantadora, "¿Ves?", fice Chrissie. "¿Ves? ¡Baba Yaga!"

"La cabane sur des pattes de poule", murmura Ettie.

"¡Allegro con brio!", grita Chrissie tambaleándose hacia atrás, esas gruesas suelas pisoteando el suelo justo a tiempo. "Podemos incluso," balancea el lazo de su brazo nuevamente, "tener las mangas unidas, como una cadena. Un baile retorcido y vinculante. ¡Todo perfecto! ¡No se rasgarán! ¿Y el cambio rápido, al final?" Rápidos pasos en picado cerca de Ettie. "Piensa en algo. Cualquier cosa". Un abrazo que le ofrece el asa de sus brazos para que Ettie la tome. "No me lo digas. Solo tenlo en cuenta y vamos. Retrocede conmigo".

Ettie pone una mano sobre la elegante manga negra.

Juntas hacia la pantalla, entonces, y Ettie lidera el camino,

entrando tras el biombo, "Ahí", dice Chrissie deslizándose de lado con esas botas, agachándose y un roce. La cortina se agita ante la ventana, el más leve de cambio de aire en esa habitación blanca y la luz de la tarde.

Primero una, luego la otra, detrás de ese biombo, cabellos amarillos bastante largos ahora, más allá de sus barbillas, rocan los hombros desnudos y bajan, cada una en la misma camisa corta, azul transparente, ondeando alrededor de sus caderas, nalgas desnudas y sus largas piernas desnudas, sus pies descalzos sin sonido sobre esa alfombra, sus rostros ocultos por máscaras de dominó negras, sus ojos tapados por lentes blancas anchas, perversamente sorprendidas, riendo, y un revoloteo de palabras entre ellas, "tira cómica" y "sí, de hecho" y "exposición" e "inapropiado para la cena" y "¿pero para un baile?"

Paso aleatorio, giro, manos se agarran a las manos para acercarse, cada una mirando hacia otro lado, con un empujón se separan para girar, pero allí, oh allí, bajo un brazo levantado, se detienen, un repentino enganche en las obras. Agarran y tiran para chocar con los brazos apretados, las máscaras golpeando nariz con nariz, sus labios en un beso rápido y feroz. Entonces Ettie se aleja, se da la vuelta, se aleja hacia la ventana.

Chrissie se quita la mascaró dominó de la cara. "Podemos *hacerlo*", dice ella, "podemos hacerlo *todo*". Tira la máscara a la cama. "¡Tal vez no pueda darnos casi tanto dinero, pero piensa en lo que no tendremos que gastar!" Extiende su mano, pero la máscara de ojos blancos de Ettie se vuelve hacia ella, con esa mirada en blanco un poco abatida, y Chrissie la sigue de regreso a lo largo de su brazo extendido a su lado, la huella de labio allí, solo visible a través de la camisilla transparente. "Oh", dice ella, "oh, esto no es así, solo estábamos, fue un juego, esta mañana, lo dibujó allí, con un marcador, se lavará", y luego, "puedo arreglarlo", mira a su alrededor. "Puedo arreglarlo". Se acerca a la cómoda, aparta a un lado los papeles, una hoja de contacto brillante, las miniaturas de las columnas del puente encerradas en rojo, "Ajá", dice ella, y levanta un grueso marcador rojo. "Adelante", dice ella, a esos ojos vacíos. "Quítatelo".

Ettie cruza las manos, tira de la camisa y la deja caer sobre la alfombra. Esa máscara todavía fija en su lugar. Mantiene su brazo hacia arriba y fuera del camino mientras Chrissie se arrodilla, se inclina cerca, con una mano sobre su vientre, con el marcador flotando, "Aquí vamos", dice, y dibuja rápidamente una curva de labio. "Justo igual", murmura, y otro golpe del marcador. "Justo igual".



"Eh", dice la mujer del largo abrigo negro con botones plateados, detenida en el rellano con una mano en la barandilla del siguiente vuelo. "Habría jurado en un juicio que este edificio... Cuando estábamos afuera solo tenía dos pisos".

"Tres uno dos", dice Ettie debajo de ella. "Tercer piso".

El próximo vuelo termina en un estrecho zaguá, lo bastante grande como para que ambas se paren delante de una puerta marrón lisa. Números negros, 312, se suspenden sobre una mirilla de borde oxidado. La mujer del largo abrigo negro alza una mano para llamar, pero en vez de eso toma el pequeño sombrero gris que lleva en la cabeza, lo vuelve a colocar y le da un hoyuelo en la corona. "¿Lista?", le dice a Ettie tras ella, chaqueta de esquí azul pálido, medias amarillas. Ettie solo estira el brazo para llamar inteligentemente a la puerta.

La abre Iona, alta y ancha, pelo muy corto color púrpura virulento, chaqueta bolero blanca sobre un maillot blanco y dorado y zapatillas de baloncesto doradas en los pies. "Dios mío", dice la mujer del largo abrigo negro, y luego, "Hola. Anne Thorpe, para ver a Ysabel Perry".

"Su majestad os espera", dice Iona.

"Majestad", dice Thorpe con una sonrisilla. Y luego, "Esta es mi asistente", con un gesto de regreso a Ettie, "Stephanie, ah,

Stephanie..."

"Halliwell", dice Ettie. "Stephanie Halliwell".

"Está en el jardín", dice Iona retrocediendo para dejarlas entrar.

"¿Jardín?", dice Thorpe.

Al final de un pasillo, una hilera de luces amarillas, abren la última de las puertas al fondo y, a través de una habitación oscura y angosta, máquinas voluminosas se apilan bajo telas estampadas, y abren una puerta al otro extremo con una explosión de luz que se desvanece cuando salen a un pequeño porche de madera, un único escalón hacia la exuberante hierba extendida en bajos parapetos, aquí y allá islas de la infraestructura del edificio, una campana de ventilación, chimeneas, la voluminosa caja de un ventilador. Las macetas de madera contienen árbolitos de un verde brillante, y un lecho elevada allí burbujea con flores, narcisos pálidos y tulipanes rojos y violetas, una espuma de pensamientos naranjas, amarillos, rosados y blancos y justo después, esas dos sillas Adirondack sin pintar y cubiertas con gruesos toallas blancas, en la que tendida sobre su espalda está Chrissie, ojos cerrados, brillantemente pálida, y en la otra Ysabel de un dorado brillante. "Oh, hola", dice ella, apoyándose sobre los codos. "No te esperaba tan pronto". Ambas mujeres en el jardín desnudas.

Thorpe fuerza una sonrisa. "Podemos esperar dentro", dice ella, "o volver más tarde", pero "No", dice Ysabel, "no", dice buscando un par de ahumadas gafas de sol de aviador. "A menos que esto te haga sentir incómoda".

"Solo trato de averiguar si esto es más Helmut Newton o LaChapelle", dice Thorpe observando a Iona arrastrar uno de los bancos acolchados blancos. "Oh", dice Ysabel, "conoces estos primeros días realmente soleados. Siempre es una tentación exagerar". Thorpe cae pesadamente en uno de los bancos acolchados mientras Iona quita el broche de su bolero. "¿Algo para beber?", dice Ysabel. ¿Te quitamos los abrigos? Thorpe niega con la cabeza. "¿Y tú, Ettie?"

Chrissie abre los ojos. La sombra asoma, chaqueta azul de esquí, Ettie en un halo feroz, y fuese cual pudiera ser su expresión se pierde en todo ese resplandor.

"Qué bueno verte de nuevo, Ettie", dice Ysabel.

"Su asistente", dice Ettie abruptamente saliendo de la luz. "Soy su asistente".

"Por supuesto", dice Ysabel.

Chrissie se sienta con un brazo doblado bajo los senos, mano cerrada a su lado, mientras Ettie deja caer su chaqueta azul sobre la hierba. "Voy a tomar uno de esos", dice ella.

En la mesa entre las sillas Adirondack hay un par de copas de cóctel, algo verde pálido en cada una, aunque mucho menos en el vaso del lado de Ysabel. "Ginebra y ajeno, querida, un Dortmund, ¿no?"

"Dorflinger", dice Iona agachándose para recoger la chaqueta.

"Haz otro", dice Ysabel, "para todos", pero Thorpe está negando con la cabeza de nuevo, "Solo agua, para mí", dice ella, y "Por supuesto", dice Ysabel, "ciertamente, pero hazle uno de todos modos, en caso de que cambie de opinión."

"Nunca bebo cuando estoy trabajando", dice Thorpe. Su sonrisa se ha cuajado.

"¿Es eso lo que estamos haciendo?", dice Ysabel.

"En teoría".

"¿Cómo *funciona*, entonces?". Ysabel se recuesta en su silla estirando la mano para levantar la tapa de una cajita de latón allí junto a su vaso, saca un cigarrillo, una cajita de cerillas, y "Bueno", dice Thorpe. "Te hago una serie de preguntas punzantes, que ignoras directamente a favor de tu propia narrativa, y si eso es un flujo de conciencia serpenteante, o un mensaje suavemente

mecanizado que no se descarrilará, creo que encontraremos que saldrá pronto. Luego, debido a que esto está completamente en especificación, un par de semanas, un par de meses, cada vez que logre colocarlo, escribiré algo que parafrásticamente tenga poco o ningún parecido con las notas que me molesto en tomar hoy, lo que importa menos que lo que podrías pensar, porque cualquier editor manoseará el artículo más allá de todo reconocimiento para ajustarse a lo que tenían en mente cuando lo compraron. Ahora. Si tienes suerte, se lanzarán a una ronda de verificación de hechos, pero no deje que te engañe: lo que parece perfecto, directamente correcto por sí mismo en una pregunta sale completa e incorrectamente en un párrafo expositivo, y exigirá una corrección, que tal vez se imprima, pero a quién le importa, ya que nadie que lea el artículo original lo notará, y de todos modos, lo que todo el mundo recuerda es el titular escupido en el último minuto por un becario que solo lee los primeros párrafos de lo que sea que termine siendo esto. Bueno". Ella sonríe, se encoge de hombros. "¿Empezamos?"

Ysabel inclina la cabeza y expulsa una corriente de humo. "¿Qué pasa con las fotos?"

"Fotos", dice Thorpe. "¿Por eso has montado todo esto?", agita la mano, una risita, "eso, todo eso viene mucho más tarde en el proceso. Como mucho. Y es el director de arte el que lo configurará. Si es que tienen uno. Nada que ver conmigo; Yo solo soy la escritora".

Recostada en su silla tras esas gafas color ámbar, Ysabel levanta su cigarrillo para otra calada, crepitar de las ascuas en la punta. "Quise decir", dice ella, "fotos de la rampa. De las columnas de abajo. De la obra de arte de la que quiero hablar. La que queremos salvar. Aunque no tengas nada que decir sobre las obras de arte, tal vez verlas podría ayudarte a enfocar su, ¿cuál es la palabra?, ¿su tono?" Otra calada. "¿Es esa la palabra?" Y luego, "puedo ponerle un lazo, si prefieres".

"No", dice Thorpe, y "no", y luego, "vale", inclinándose hacia adelante en el banco acolchado, "Claro. Vamos a verlas si las tienes".

"¿Chrissie?", dice Ysabel con esas gafas de color ámbar todavía fijas en Thorpe. "¿Podrías entregármelas, por favor?"

Chrissie, aún sentada y doblada sobre sí misma, se inclina, levanta su vaso de una carpeta de manila nueva sobre la mesa, con el brillo manchado por una sola gota de algo, licor, sudor, aceite. Ysabel toma la carpeta y la abre en su regazo, y dentro hay cinco o seis fotografías en blanco y negro, pilares sombreados por la cubierta de un puente en lo alto, colocados en un pavimento agrietado y murales en cada uno de ellos, el garabato de un pájaro posado en una nariz bulbosa que crece del bosquejo desgarbado de un árbol, un descolorido cisne sobre una hoja de música simple, un búho monstruoso de plumas con cintas, agarrando un bolígrafo, sobre un pergamino marcado con palabras. Le entrega una a Thorpe: un ermitaño con tiza que se impulsa con un bastón, una linterna sostenida por su brazo acortado. "Ja", dice Thorpe.

"Estas son solo algunas", dice Ysabel. "Los hice resaltar, como ejemplos". Iona entra del porche con una bandeja en sus manos cargada de cócteles frescos. "Hay diecisiete piezas distintas en una docena de columnas, pintadas o dibujadas, supongo, supongo que hace unas tres generaciones ..."

"Por Athanasios Stefopoulos", dice Thorpe, "quien trabajaba como vigilante nocturno del ferrocarril en el pasado. Simplemente pasando el tiempo entre trenes". Alza la mano rechazando la bandeja que Iona ofrece. "Soy célebre por hacer la tarea de investigación ocasional".

"Lo llamamos Tom", dice Ysabel.

"¿Lo llamamps?", dice Thorpe mientras Chrissie traga de pronto lo que queda en su vaso, luego levanta el de Ysabel despejando el espacio cuando Iona coloca uno por uno vasos llenos, astringentemente verdes a la luz del sol.

"En aquellos días", dice Ysabel mientras Ettie extiende una mano a Chrissie, "Vamos", dice ella. "Las columnas son bien conocidas", dice Ysabel, "un hito no oficial de la ciudad que aparece en varias



películas, algunas bastante famosas", pero: "Venga ya", dice Ettie, mano todavía extendida, Chrissie se ha dado la vuelta, le está entregando los vasos vacíos a Iona. "Vamos", dice Ettie.

"Me estoy divirtiendo", dice Chrissie recostándose sobre su toalla. "La rampa", dice Ysabel, "bueno, supongo que el viaducto, si nos ponemos pedantes", pero Ettie toma uno de los vasos llenos de la mesa y se lo bebe de inmediato. "Ahí", dice, frotándose los labios con la muñeca. "Tenemos poco tiempo". Su otra mano aún extendida.

"La rampa", dice Ysabel, "debe ser demolida en julio".

"Por tu hermano", dice Thorpe.

Ysabel inclina su cabeza, un punto de orden, "El Departamento de Transporte tiene el mantenimiento de la Rampa", dice, "mientras mantienen la infraestructura", saboreando la palabra, "de todos los puentes que la ciudad posee".

"Será derribada por un contratista que trabaja para el consorcio de desarrollo del Distrito del Río", dice Thorpe, "si vamos a ser pedantes".

Ettie arroja su vaso al césped, "Nos vamos a casa", dice ella agarrando la mano de Chrissie, pero "No seas ridícula", dice Chrissie apartando su mano, y "*Chicas*", dice Ysabel entonces.

"Que te *jodan*", gruñe Ettie.

Esas gafas color ámbar giran, la miran, sonrisa serena bajo ellas. "Dime, Ettie. ¿Has revisado tus mensajes?" Thorpe mira hacia abajo, al pequeño sombrero gris en sus manos. "¿Qué?", dice Ettie después de un momento.

"¿Has revisado tus mensajes?" Un lamido fugaz de sus labios. "Creo que el Sr. Davies ha estado tratando de contactar contigo".

"Ah, me está enviando mensajes de texto, enviando correos electrónicos, está enojado porque lo estamos volviendo loco", esto

último, con fuerza, a Chrissie. "Por todas estas reuniones que quiere organizar con los fotógrafos"

"En realidad", dice Ysabel, "hoy creo que descubrirás que quiere saber si estás libre para cenar". Thorpe se da la vuelta, mira por encima del hombro a Iona, que espera pacientemente en el porche. "¿Cenar?", dice Ettie.

"Nos reunimos esta noche, los dos, ya ves, y pensamos que sería bueno teneros a los dos juntos. Está en un restaurante", una tendencia burlona a esa sonrisa ahora, "en público. ¿Chrissie? ¿Por qué no llevas a tu hermana adentro y buscáis algo agradable que poneros esta noche? Déjame a mí y a la Sra. Thorpe que terminemos nuestra discusión sin distracciones". Chrissie ya se está poniendo de pie y: "Um", dice Ettie tomando la mano que Chrissie le ofrece, "espera", tropezando mientras se pone en camino tras Chrissie. la hierba.

"Prefiero señorita Thorpe", dice Thorpe entonces.

"¿Señorita?", dice Ysabel. "Qué encantadoramente pasado de moda".

"No, solo que cuando me comprometo un poco, *me comprometo*", dice Thorpe. "Ahora. Este tal señor Davies, ¿es Reginald Davies? ¿El gurú de marketing de nicho de alta gama, desarrollador de propiedades en ciernes?"

"Has *hecho* tus deberes", dice Ysabel.



Aquí hay lánguidas flores doradas rellenas de queso suave, y trozos de hojaldre cubiertos con manzanas y cebollas horneadas, trocitos de gofres deformados bajo nubes de crema y bayas frescas, montones de nueces que brillan, espolvoreadas, embotados de especias, tartas del tamaño de una palma rebosantes de sabrosas

natillas de amarillo y verde pálido y rosa, soldados tostados untados con guisantes verdes y rizos de mozzarella, hojas amarillas de escarola ahuecadas como barcos, cargadas con repollo reluciente y col de brócoli y trozos de zanahoria en escabeche, pero es un nudo apretado de fideos crujientes, pegajosamente cargado de hierbas finamente picadas, lo que ella arranca y da la vuelta, "Estas tienen buen aspecto", dice ella metiéndolas en la boca.

"Todo tiene buen aspecto", dice Luys con las manos en los bolsillos de sus vaqueros marrones.

"No veo a la Duquesa", dice ella masticando, cabello atado con cuentas, el pecho desnudo con pecas oscuras.

"¿Eres Zeina, la nueva Mooncalfe?", dice, y ella asiente. "Tal vez sea mejor que esté indispuesta". Se aleja de la atestada mesa, toda vestida con un blazer marrón oscuro, camisa a rayas marrones y crema, hacia la multitud que murmura sobre la gran sala, una gran pared de vidrio curvada sobre ellos y, más allá de los árboles oscuros, y más allá de un vistazo de la ciudad, el diente solitario de una montaña nevada. Un breve asentimiento mientras se acerca a la única silla en la habitación para el Marqués, allí de pie con un fino vestido gris, como únicas joyas el brazalete atado a su antebrazo, y el Soames con un traje verde a cuadros, una gorra de malla en la cabeza. «Camiones Significan Negocios», dice esta al frente. "Masón", grita. "¿Ha llegado la Duquesa?"

"Está indispuesta, mi, ah, Excelencia. Voy a transmitir sus disculpas".

"Vergüenza", dice el Soames. Un estallido de risa del Vizconde allá atrás, cabeza blanca echada hacia atrás, y palmea el hombro del caballero ancho y ancho a su lado. Todavía riéndose, se acerca a la silla con su traje azul, con una bebida incolora en la mano, para pararse junto al Marqués, "Masón", dice, "qué bien que estés aquí para rellenar", y "Ella está indispuesta", dice Luys, pero dándose cuenta de sí mismo, asiente, "por supuesto, Milord. Haré lo que se me pida".

"Lo harás bien", dice el Vizconde mientras la multitud alrededor

se mueve, se gira y se hace la calma. El Rey está saliendo del pasillo hacia el alto y ancho salón, camisa de vestir blanca, pantalones negros, abrigo negro y brillante dorado, mechón de cabello anaranjado flotando entre saludos y apretones de manos, un saludo para alguien a través de la presión de todos ellos. Una mujer con un vestido morado, bufanda negra envuelta alrededor de su cabello, se inclina cerca mientras le agradece a un hombre mayor con un bombín, para susurrarle algo al oído. El Rey se endereza, ella humedece algo blanco en la esquina de su mandíbula, él sonrío y un destello de algo tímido. Y luego más asentimientos, más saludos, más apretones de manos hasta que "¡Está bien!", dice, y un fuerte aplauso. "Comencemos esta audiencia", y levantando las colas de su abrigo, se sienta. "Tenemos una carta", saca una hoja doblada de un bolsillo, "bueno, un correo electrónico de nuestros primos Sigrid y Clothilde, ofreciendo gratitud por las condolencias que hemos expresado por su trágica pérdida".

"¿Tendríamos otra cosa que ofrecer salvo condolencias?", dice el Marqués.

"¿La policía no ha tenido suerte?", dice el Vizconde, sedoso.

"Esto no es asunto de la policía", dice el Marqués bruscamente.

"¿No?", dice el Rey. "Los asaltantes eran mortales".

"Sabuesos, majestad", dice el Marqués.

"Se refiere a un montón de vagabundos y mendigos, señor", dice entonces el Soames, "lo hacen por dinero en efectivo cuando el ovr va corto para mis chicos".

"Se ha sabido que Sudeste los utiliza", dice el Vizconde, y Luys habla entonces, "le aseguro al Milord, a todos, que la Duquesa no ha ..."

"Espera un momento, el Masón", dice el Rey; "Estas aguas son más profundas de lo que parecen. ¿Conoces a estos sabuesos, el Soames? ¿Tienen una perrera?"

"Una casa en St. Johns, señor", dice Soames, "en la calle Leonard", pero el Marqués dice: "No es la perrera lo que debemos buscar, majestad, sino la correa y la mano que la soltó" ."

"Sabemos lo suficiente de la cría como para seguir un símil", dice el Rey sentándose, guardando el papel. "¿Cuál de ellos pensamos, entonces? ¿Alarico? ¿Alfons? ¿Euric?"

"Quizás, señor", dice el Vizconde, "¿deberíamos pensar más allá de los barones?"

La habitación se ha quedado sin aliento. Luys abre la boca, pero la cierra ante una mirada del Rey, quien dice: "¿Quieres que acusemos a alguien en la sala?"

"Por supuesto que *no*", dice el Vizconde, con una mano sobre su pecho. "El Barón Medardus estaba listo", y su mirada se desliza del Rey hacia la mujer detrás de la silla con su pañuelo en la cabeza y su vestido morado tornado rojo iridiscente, "para dar un gran golpe. Cualquiera de la gran cantidad de jugadores que se extiende sobre nuestra ciudad podría haber temido tal cambio en nuestro equilibrio".

"¿Nos hemos vuelto tan precarios?", dice el Rey. "Muy bien. El Soames: sigue a estos sabuesos hasta su perrera, encuentra esta correa, síguela de vuelta a la mano. Deberíamos tener noticias para nuestros primos la próxima vez que hablemos. ¿Harías una enmienda, Linessé?"

El Marqués, tragando algo, sacude la cabeza rápidamente.

"¡En ese caso!", dice el Rey, y un aplauso. "¿Qué nuevos asuntos para la corte?"

La agitación de la multitud entonces, mirando a su alrededor para ver quién podría ser el próximo en hablar. El Vizconde, llamativo encogimiento de hombros, dice: "¿Quizás es mejor que el Sudeste se dirija a nosotros?"

"¿El Masón?", dice el Rey, pero Luys niega con la cabeza, "Mis

señores y señoras, Milord, su gracia no tiene nada que añadir".

"Pero buen señor caballero", dice el Soames, "¿qué pasa con el bandido?"

Jadeos, miradas, murmullos aparte. "Esto es algo de lo que alguien puede hablar", dice el Vizconde. "Estaba aquí hace un momento, ¡Gwenders! Gwenders, aléjate de esos entremeses un momento, ven aquí", y arrastrando los pies, riéndose entre dientes, los pasos y las vueltas, hay un hombre mayor con sombrero de copa, chubasquero y pantalones cargo cortos, calcetines marrones y zapatillas, "Excelencia", dice evitando cuidadosamente la mirada atónita de Luys.

"Nos estabas diciendo que", dice el Vizconde, "te robaron esta misma mañana, ¿no?"

"Ayer por la noche, como podría contarse. A través de la puerta de atrás, fuera del callejón, y afuera acostaron a mis muchachos con ese bate. Gran cabeza de caballo. Amenacé la cristalería, y el mío propio, ¿no traje directamente la porción de la Adición, o la que dejé?"

"Esperamos que sus muchachos se estén recuperando", dice el Rey, y Gwenders asiente con la cabeza, "Gracias por haber preguntado, señor", pero el Rey continúa, "Además de Ladd, ¿correcto? ¿En el Sudeste?"

Ahí es cuando Gwenders mira a Luys. "Sí, majestad", dice, "pero es de Hob, que recibe noticias de su gracia en estos días".

"Gwenders sintió que podría hacer bien llevar el asunto ante la corte", dice el Vizconde, "y yo no podría dejar de estar de acuerdo".

"Majestad", dice Luys, pero el Soames están hablando, "bandidos enmascarados, asaltos y robos, invasiones de casas, mucho más..."

"¡Tom Thomas, por favor!", grita el Rey. "Asustarás a los caballos. Ahora, el Masón: ¿deseas responder por el Sudeste?"

"Solo para asegurar a la corte", dice Luys, "estamos decididos a encontrar y detener a este bandido", pero hay un "¡Ja!" de alguien, el Mooncalfe, rondando detrás del Marqués. "Por supuesto, por supuesto", dice el Vizconde con la bebida en la mano una copa que está levantando, "pero debes admitir, durante un mes o más", bajando el vaso para señalar a Luys, "que este bandolero con cabeza de caballo eludió cada determinación vuestra".

"Pero sabemos el nombre del forajido", dice Luys.

El Vizconde parpadea. "¿Lo sabes?", dice.

"Marfisa, señor. Vuestra hermana. La que antaño fue el Hacha para vos".

La copa cae, olvidada. "Estáis equivocado, señor", dice el Vizconde con la voz ronca. "Yo no tengo hermana". Una respiración profunda, recobrándose. "Una mujer ocupó ese oficio una vez, es cierto, pero nos dio la espalda a todos. Yo mismo le di el efectivo para abordar un autobús, a cualquier otra parte". Señala al Este. Una sonrisa para la multitud. "Ella siempre había querido ver las Cortes de la Manzana".

"He peleado con ella antes, Excelencia", dice Luys. "Cuchilla o bate, conozco su brazo".

"*¡Estás equivocado!*" ruge el Vizconde, y allí en su mano libre el destello de una daga de larga hoja, pero un bramido del Rey, "¡Suficiente!". "¡Conteneos, Agravante!"

La multitud se aparta a ambos, el Vizconde, espada en una mano, bebida en la otra, Luys, medio agachado, con las dos manos en alto y vacías.

"Somos la Corte de las Rosas", dice el Rey, ojo azul y marrón fríos y furiosos. "Hablamos con una sola voz. ¡Actuamos hacia un propósito! ¡Levantamos esta ciudad, y con ella, a todos nosotros!" Una mano barriendo el aire para señalar, "¡Masón! Transmitirás nuestro disgusto a la Duquesa. ¡Mango del Hacha!", el Vizconde retrocede acobardado, "Vos hablaréis con vuestra hermana".

"Majestad", dice el Vizconde, "si os referís a este bandido que solo caza al otro lado del río, en el Sudeste..."

"Hablarás con tu hermana", dice el Rey. "¿Nos entendemos?"

"Majestad", dice el Vizconde asintiendo. El Rey se abre paso hacia la multitud que se separa ante él, y la mujer con el vestido morado lo sigue fuera de la habitación alta y ancha hacia el pasillo más allá. El Marqués, toda de gris, asiente bruscamente ante algo dicho por el Mooncalfe a su lado, el Soames se inclina con el brazo sobre los hombros del caballero ancho y corto, cabeza calva rojiza. El Vizconde se vuelve hacia Luys, sonriendo ahora, aunque su rostro está pálido. "¿No te lo dije?", dice. "Lo hiciste bien". Levanta su vaso para drenarlo con un tintineo. "Pero una palabra de consejo", dice inclinándose cerca. "Aprende a leer la sala. Una habilidad invaluable si uno quiere continuar jugando a este nivel". Y se aleja abruptamente a través de la multitud dispersa.



# "Cuídate" / la seguridad del espacio / este es su plan

"Cuídate", dice la mujer en el espejo, y él levanta la navaja de afeitar de su espumosa mejilla. "Me doy cuenta", dice, "de que vosotros sacáis un montón de kilometraje fingiendo que nunca tenéis tiempo para cortesías". Sumerge la cuchilla en agua con remolinos de espuma. "Todo lo que hacéis es demasiado importante. Pero, quiero decir, ¿en serio, la puerta cerrada del baño? ¿Nada es sagrado?"

Un encogimiento de nacarados hombros. "Su majestad está sola, aquí". Su voz rica, labios pintados de marrón, sus grandes ojos sonrientes. "Bueno", dice Lymond inclinando la barbilla, "me dirijo a un público abarrotado en un minuto. Que sea rápido".

"Esta sesión informativa es una cortesía", dice ella, manos entrelazadas a la espalda. "Se le informa de una operación actualmente en curso en su ciudad, para asegurar un elemento de suma importancia para la seguridad global; está seguro de que se hará todo lo posible para asegurar dicho verso con la interrupción mínima necesaria".

Lymond toma una toalla para secarse los restos de espuma de la cara. "Si la interrupción mínima se ha elevado al nivel de informar a la marca, supongo que un par de cables sueltas ya se han soltado". Se apoya en el lavabo, cruza los brazos, su bata impresa con antiguas postales de viaje.

"Nuestro agente de campo ha renunciado abruptamente. Hemos tenido que ajustar nuestro enfoque".

"Y, presto: tienes una bandera falsa, para tapar cualquier otra pollástrofe Genial". Aplaude, un pop hueco en esas íntimas dependencias. "Dime, ¿en qué rincón de la sopa de letras estás? ¿FBI, CIA? ¿DEA? ¿FDA?" Los ojos de ella aún sonríen, manos aún juntas detrás de la espalda. "Vale", dice él. "De acuerdo. Al menos

dame a conocer de qué objeto se trata. La cortesía seguramente se extiende hasta ahí".

"Un verso", dice ella. "De la Antítesis".

Él mira a un lado, se lame los dientes, "Eso", dice él, "explica una o dos cosas. Pone en duda otro par, pero ahí lo tienes. ¿Quién lo tiene?"

Esos ojos sonrientes, esas manos juntas.

"Quién tiene el verso", dice Lymond. Y luego, "¿Es Jo?" Ella mira hacia abajo. "¿Jo Gallowglas?" Ella mira hacia arriba, todo rastro de su sonrisa ha desaparecido. "No es demasiado difícil de adivinar", dice. "Maldición, mejor será que esa perturbación sea mínima, Agente Quienquiera que seas".

"¿Cómo es que ellos no lo huelen en vos?", pregunta ella, y él retrocede ante eso, parpadeando con su único ojo azul, su único ojo marrón. "El óxido", dice ella.

"Viviendo aquí como lo hacemos nosotros", dice, "todos estamos afectados por la mortalidad. Se pega, en la nariz".

"Algunos más que otros, tal vez", dice ella.

"Creo que crees que me estás amenazando".

"Llámad a vos a tantos como podáis", y ella suspira, "abrid la puerta que deseáis. Enviadlos a donde sea que debáis. Sabéis tan bien como nosotros que todo lo que sois depende de nosotros. Que si ya no existiéramos, nunca lo hubierais sido". Otro encogimiento de esos hombros acolchados. "Emplearemos todos los medios necesarios para asegurar el objeto", y ella se gira para abrir la puerta.

"Asegurar", dice él, y ella se detiene, su mano en el pomo. "Es una elección interesante de palabras: neutralizar, eliminar, retirar, destruir, aunque destruir es apenas lo suficientemente eufemístico, contener, supongo, habría funcionado o secuestrar, pero dijiste

asegurar". Interesante". Ella no lo está mirando junto al lavabo, pero tampoco ha girado el pomo de la puerta. "No quieres deshacerte de él. Quieres usarlo. Puede que te preocupe, pero no es la amenaza existencial que te aluda tan ruidosamente. ¿Lo es?"

"Decidme, Rey de las Rosas". Ella se vuelve hacia él, la puerta sin abrir. "¿Alguna vez habéis estado en Marte?"

Él se reclina ante eso. "No", dice, "no, no puedo decir que haya estado".

"Hay un glaciar en las sombras del Cráter Micoud", y sus ojos están sonriendo de nuevo, "lejos al Norte, donde amanece el verano para siempre. El aire es terriblemente fino, pero cuando se calienta al sol naciente, se agita y el polvo que cubre el hielo", pero ella se detiene y mira hacia otro lado. "Sutil no es la palabra correcta. Tan delgado, tan débil, tan difícil de escuchar, pero lo suficientemente afilado como para cortar vidrio, y un gemido tan grave que lo sientes en tus botas. Las canciones nunca son las mismas, pero son preciosas, sobrenaturales, indescriptiblemente embrujadas". Ella alcanza el pomo de nuevo. "El cráter Micoud sigue siendo un lugar muy tranquilo, ya veis. Completamente vacío. Así que descansad tranquilo, majestad: tenemos el ojo puesto en el juego a largo plazo, tenemos mucho cuidado y no nos tomaran con la guardia baja".

"Eso", dice Lymond, "vale, bien. Supongo que he sido informado. ¿Vas a... ", Pero ella ha abierto la puerta, está saliendo, "únirte a nosotros?", dice él siguiéndola a un pasillo vacío, y nadie a ambos lados. Ella ha desaparecido. "Supongo que no", dice él.



"Una taza de café. Un Latte Venti Vainilla, para ser precisos". Ella mira hacia abajo a través de sus gafas con montura negra y a sus manos dobladas una sobre otra en su regazo de jean negros. "Supongo", dice ella, "que ella no quería pagar. Ella simplemente no quería, así que, por una taza de café de cinco dólares, me preguntó,

ella, me preguntó". Alza la vista al resto de ellas ahora. "Y me besó. Y desde entonces", traga, "Yo, yo la vi, una vez más, después de aquello. Nosotras, um. Ella estaba". Mira hacia abajo otra vez, mechones de su cabello negro detrás de una oreja, un poco de encaje negro alrededor del cuello. "No creo estar preparada para hablar de esto todavía".

"No pasa nada, Petra", dice Anna, pero "¿La viste de nuevo?", dice Gloria, encaramada sobre todas ellas en el borde del escenario. "Porque, o sea, yo me la encontré un par de veces después, pero nunca..."

"Sí, *gracias*, Petra", dice la mujer mayor junto a Anna, mano en la rodilla de Anna. "Ciertamente no debemos presionar a nadie más allá de lo que se sientan cómodos". Cabello despeinado de un rojo gris espolvoreado, voluminosa blusa salpicada de flores como papel de pared antiguo. "Este debe ser un espacio seguro para compartir las experiencias que hemos tenido con lo que todas nosotras compartimos".

"No *todas* nosotras", dice Gloria, pateando sus pies descalzos contra el ladrillo. Bajo una cavernosa sudadera negra con capucha, camiseta blanca que dice «Parkour de Gatitos», y en la oscuridad tras ella, los lienzos apoyados uno contra otro, y cada uno salpicado con una figura saltando, torciendo, girando de uno al siguiente. "Si no es seguro *para* todas", dice la mujer de Anna, "no es seguro *en* absoluto".

"Ella se refiere a mí", dice Ettie.

Frente a ese círculo de una docena o así sentada en sillas plegables, ella está sentada indolentemente en la suya, largas piernas estiradas en medias amarillas y gruesos calentadores grises, chaqueta de esquí azul pálido colgada tras ella. "Ella nunca me preguntó nada".

"¿Y por qué estás aquí?", dice una mujer a la izquierda, vaqueros desgarrados y largo cabello oscuro, y Ettie dice: "¿Sabes?, esa es una muy buena pregunta", mientras la mujer junto a Anna se inclina para decir, "¿Por qué no comenzar con tu nombre?"

"Estuve aquí la última", dice Ettie, "semana", mano en la frente, suspirando, sentándose erguida. "Stephanie Halliwell", dice ella. "Mi hermana, Christine, ella es quien, quien debería estar aquí".

A la derecha, una mujer con un vestido de mezclilla dice: "Vosotras sois las strippers, ¿verdad?"

"Artistas de Burlesque", dice Ettie. "Actrices características. Coreógrafas y promotoras, músicos, emprendedoras. Estrellas de cine. Decir solo stripper, chére, deja fuera un poco".

"¿Pero te quitas la ropa por dinero?", dice la mujer de los vaqueros desgarrados.

"Somos muy buenas en eso", dice Ettie.

"¿Cómo llegó tu hermana a conocerla?", dice una mujer cuyo cabello está atado con sucios hilos de arcoiris.

"Estamos organizando un espectáculo", dice Ettie. "Ella es una de las patrocinadoras. Tal vez. Comenzaron a verse, lo que no es necesariamente inteligente, pero sucede, y mientras recuerdes el punto definitivo", extiende sus manos, mirando alrededor del círculo de todas ellas. "Pero una noche, una mañana, en realidad, Chrissie llega a casa, abatida, y yo, supongo que fue entonces cuando se le preguntó, o lo que sea." Quedan todas en silencio ante eso, sentadas, apartan la mirada, un gesto de asentimiento, un suspiro aquí, una sonrisa parpadeante allá, todas ellas menos una mujer, su silla se ha retirado casi fuera del círculo, envuelta en un largo abrigo negro y un pequeño sombrero gris en la cabeza. "Chrissie literalmente se quedó en la cama, como, durante una semana después de eso. Y pensé, no sé: ha sido una mala ruptura. Esto ha sucedido antes. Pero. Pero esto", sus hombros se levantan, una respiración profunda dentro y fuera. "Fue como, y lo juro, esto es lo que sucedió: sentí un escalofrío en todo el cuerpo, el cabello erizado, en la parte posterior de mi cuello", su mano se alza, cae, "y luego, y entonces hubo un golpe. En nuestra puerta. Y nadie llama a nuestra puerta a menos que sea pizza". Sonríe, se encoge de hombros y asiente, una risa a medias, que se transmite entre todas.

"Nadie sabe dónde vivimos, es una de las reglas, es sacrosanta. Pero aún así. Alguien está ahí. ¿Y qué haces cuando llaman?" Mira alrededor, "Respondes. Y, quiero decir, sabía quién era. El frío, el escalofrío, lo sabía. Aunque sabía que era extraño saberlo. Y fue como, pensé, tal vez, que estaría bien, que ella, ella no podría entrar. Si no fuera invitada. Como un vampiro. Como si ella fuera un vampiro. Podría hablar con ella. Podría rechazarla, no haría ningún daño abrir la puerta sin más. Así que lo hice". Otra subida y bajada de sus hombros. "Y ella pasó a mi lado. No dije una palabra, ella solo", y Ettie traga saliva. "Y ni cinco minutos después. Mi hermana. Mi gemela desde que nacimos. Hemos pasado todos los días de nuestras vidas juntas. Veinticuatro siete, nosotras vivimos juntas, trabajamos juntas, creo que sumamos en total, ¿tal vez unas seis semanas? ¿Siete? Cuando no estábamos a distancia de un grito la una de la otra". Cabeza baja, ojos cerrados. "Ni siquiera cinco minutos después de que abrí la puerta, salieron. Y no he hablado con mi hermana en trece días".

"Ella está con ella", dice Petra, toda vestida de negro.

"Ella puede estar con ella", dice la mujer del vestido de mezclilla.

"La quiero de vuelta", dice Ettie mirando a Gloria. "Dijiste que me ayudarías a recuperarla".

"Hablares de eso en un minuto", dice Gloria. "¿Alguien más? ¿Quiere compartir?"

Pululan por un extremo de ese cavernoso espacio, todavía cerca del anillo de sillas, y la luz del sol cae tímidamente desde debajo de las vigas. Ettie de pie, mano en el respaldo de la silla mirando hacia el escenario, donde Gloria ha bajado de un brinco, está hablando con la mujer del largo abrigo negro, y ahora está Marfisa a su lado, con una voluminosa sudadera azul. "No quise implicar nada con eso", dice alguien, y Ettie niega con la cabeza, mira hacia otro lado, hacia la mujer que estaba a su lado con el vestido de mezclilla. "Te he visto bailar, ¿es parte que hiciste, con la Batwoman y el Joker?"

"Alice", dice Ettie. "Batwoman y Alice. Y Prince. Sí, eso nos dio un C y D, pero el C y D nos consiguió una publicación en Boing Boing.

Así que funcionó bien".

"Genial", dice la mujer con el vestido de mezclilla, corto cabello oscuro. "Bobbi", dice ella, y se encoge de hombros.

"Enchanté", dice Ettie, y luego, "¿Cómo te metiste en todo esto?" Allí, los botones plateados parpadean cuando la mujer del largo abrigo negro se vuelve, burlándose de algo que Gloria ha dicho. "Solía trabajar en Mary's", dice Bobbi.

"Oh", dice Ettie, pero luego su atención vuelve, "oh", dice ella.

"Sí", dice Bobbi. "De todos modos, ella estaba allí, la noche del incendio".

"Yo", dice Ettie. "Guau. Y ella y tú", pero Gloria grita: "Ettie, hey ", saludándola y, "Debería, ah", dice Ettie, y Bobbi asiente. Se encoge de hombros: "La próxima vez", dice ella.

"¿Conoces a Anne? ¿Anne Thorpe?", dice Gloria mientras Ettie se acerca. La mujer del largo abrigo negro extiende una mano y Ettie la estrecha después de un momento. "¿Debería?", dice ella.

"Realmente no necesito ser conocida", dice Thorpe con un solo movimiento firme de su mano. "Solo léida. ¿Eres Etienne Limoges? ¿La mitad de las Escandalosas Sœurs Limoges?"

"¡Oh!", dice Ettie iluminándose. "¡Escribes sobre música, eres crítico musical! ¡Para Anodyne!"

"Para cualquiera que pague", dice Thorpe.

"Anne", dice Gloria sonriendo ampliamente, "está escribiendo un artículo sobre ella".

"La estoy investigando", dice Thorpe, mientras "¿Artículo?" dice Ettie mirando de Thorpe a Gloria, a Marfisa tras ellas, recostada en el escenario y asintiendo a Ettie.

"La Srta. Ysabel Perry, vástago de la fortuna Acme Parking", dice

Thorpe, "ha anunciado una iniciativa para detener, o al menos retrasar, la destrucción de la Rampa Lovejoy, que están haciendo para el rejuvenecimiento del Casco Antiguo, los Bloques de la Cervecería, El Distrito de las Perlas, todo eso. «Proteja el Lovejoy», o algo así. Le vendría bien un poco de dinamismo en Relaciones Públicas".

Una mirada quebrada cruza la cara de Ettie, que no se convierte en un ceño fruncido o un gruñido cuando se vuelve hacia Gloria. "¿Esto es todo?", dice ella. "¿Este es tu plan?" A Marfisa. "¿Para ayudarse mutuamente? ¿Ser útil?" A Thorpe. "¿Vas a escribir un maldito artículo pelotillero?"

"Escúchala", dice Gloria, pero Thorpe dice: "Ella puede que quiera un artículo sobre sus esfuerzos de conservación. Yo voy a por la historia sobre", y un gesto de su mano, "esto".

"Esto", dice Ettie, "¿qué es esto, qué estás...?"

"¡Todo esto!", dice Thorpe, un poco demasiado alto. "Todo esto, todas vosotras. Hay una historia aquí. La quiero". Reubicando el pequeño sombrero gris en su cabeza. "Todavía no tengo la menor idea de lo que voy a *hacer* con esto. Pero la veré esta tarde, en su apartamento. ¿Entiendo que tu hermana está allí?" Y luego, mientras Ettie mira de ella a Gloria, a Marfisa y de vuelta a Anne, "pensé que te gustaría acompañarme, como mi ayudante. En lo cual no tendrás que ayudar. Es estrictamente una pasantía no remunerada". Thorpe se ríe. "Una fina artimaña como un pañuelo para llevarte hasta la puerta. Para ver lo que está pasando".

Ettie parpadea. Marfisa está sonriendo. "¿Ves?", dice Gloria. "Te dije que cocinaríamos algo".

"Vale", dice Ettie a Thorpe, "pero, ¿no tienes miedo que ella haga su pregunta mágica, o lo que sea?"

"Quizá", dice Thorpe. "¿Lo tienes tú?"





"Ha pasado un tiempo", dice él apoyado en la pared de azulejos blancos.

"Solo han pasado un par de semanas, Phil", dice ella, sentada en una gruesa pata de madera del enorme bloque de mesa carnicería. "En realidad, creo que han pasado dos semanas exactamente".

"No, quiero decir", dice. "Desde que hicimos esto". Su gran barba le roza el pecho, hombros desnudos enredados con rizos de cabello oscuro. "No tiene que ser algo".

Ella suspira pesadamente, "Por supuesto, es algo". *Sus hombros, la parte superior de los brazos, la espalda y los senos embadurnados de tatuajes, enredaderas y ramas caligráficas, hojas y flores, y se arrastran gateando, mirando desde dentro de tantos animales y pajaritos. "Crees que puedes, esperar sin más, descubrir cómo me siento yo al respecto, para que tal vez puedas relajarlo hacia cierto equilibrio que se incline hacia lo que tú sientes al respecto". Él se inclina cerca de ella buscando una camisa térmica desechada, sus vaqueros desatados caen por sus caderas. "Decir que no es algo es lo más inútil que podrías decir".*

"No sé", dice él cerrando los ojos. "Cómo me siento".

"Pensé que", dice ella, luchando para ponerse la camisa, "estabas listo para hablar".

Él ha sacado algo del bolsillo de la oscura cazadora gris tirada en el suelo junto a él, un par de gafas de sol, lentes pequeñas, redondas y moradas. "Estoy hablando", dice, mientras los despliega.

"Y pensé que habías renunciado", dice ella poniéndose en pie.

"Lo hice", dice él alzando la vista y mirándola abotonarse los vaqueros y abrocharse el cinturón. "No puedo hacer lo que hice. Ya no puedo oírme pensar", y luego mira hacia abajo y levanta las gafas de sol para enganchar los brazitos sobre sus orejas. "Está tranquilo, pero está tan tranquilo", dice él inclinándose hacia adelante, codos sobre las rodillas levantadas. "Soy inútil, para ellos". Ella se apoya de brazos cruzados en el bloque de la mesa de carnicero. "Por eso renuncié", dice él alzando la vista, gafas verdes sobre los ojos. "Pero ahora piensan que

*está muerto y desaparecido. Mi amigo, que resultó que no era mi amigo. El que dejé en el puente. Pero él no se ha ido. Si se hubiera ido, no podríamos saber su nombre".*

*"Charley", dice ella. "Charlock".*

*"Así que están equivocados", dice. "No se ha ido. Y ", y suspira. "Y. No sé si esto", un gesto de su mano, "era algo que deberíamos haber, que yo debería haber, tú necesitas el, yo tengo que, dejarle el espacio, tú necesitas, necesitas", pero: "Phil ", dice ella, "Phil. Phil Si necesito espacio, confía en mí. Lo ocuparé". Se da la vuelta, de espaldas a él, un roce cuando ella toma algo del bloque de la mesa de carnicero. "Así que vas a ir, ¿es eso? Vas a buscar a este chico, que no está muerto. ¿Te veo cuando te vea?" Es una cuchilla de hoja ancha lo que ella ha recogido, mango apoyado contra su palma.*

*El Sr. Keightlinger frunce el ceño. "No", dice, "no", mientras arrastra una camiseta negra por el suelo hacia él, "sé dónde está", dice. "Siempre he sabido dónde está".*

## Enguantada en malla rosada / Un ojo vigilante / Asimetría

Enguantada en malla rosada; el metal resbalando, raspando contra porcelana, contra el borrón de una mancha; ella se mueve inquieta, agarra la tubería allí, aferrada, gruñido e impulso hacia atrás, y embestida y gruñido, las manos de él, las caderas de ella, los vaqueros de ella por las rodillas, las rodillas de él, el cinturón laxo de ella, un tintineo de llaves o calderilla en un bolsillo, resoplido y embestida y embestida de nuevo y "mierda", dice ella y "ahí... así... tú", cabeza colgando bajo, cabello de ella bastante corto y puntiagudo negro, el delantal colgado alrededor de su cuello, laxo, lazos desatados, sus brazos se doblan, empujando hacia atrás contra el volumen de él, acometiendo, gruñendo; "skotosch", dice él, o algo así, "hwikaz, witting", inclinando la cabeza, es barba suya sobresaliendo, "sulnthaz", ruge él, "¡Suntchazi!" sacudiendo, martilleando, aferrando, exprimiendo, ella negando con la cabeza, y ella: "no", ella: "no", ella: "maldita sea, maldita sea" mientras palmea, las palmadas en la pared de azulejos blancos manchada de sangre contra la que está encorvada hacia atrás, él agita su hirsuta cabeza, su cabello castaño se libera de su coleta cada vez más suelta, tartamudeando, trabajando para llegar a la inmovilidad, palmada y tirón y "no lo hagas", exclama ella mientras él se está inclinando hacia atrás, cabeza despeinada, ojos cerrados, su boca abierta y su cuerpo meciéndose con la fuerza de las embestidas hacia atrás de ella, una y otra vez y la mano desnuda de ella palmeando: "shibal", espeta ella y "shibal!", y él abre los ojos, acometida y golpe y palmeo carnoso, ella tose o solloza un gruñido, un aliento un hipo atrapado, un temblor, estremeciéndose, ella sacude las rodillas, sus caderas, su mano enguantada en malla en la tubería y su resonante quejido.



Frente al tramo de hormigón que reluce bajo luces fluorescentes, esas cajas contra la pared del fondo, comunes cajas bancarias blancas y marrones apiladas en columnas de cuatro y cinco alturas, en su mayoría regulares, y dispuestas ante ellas una mesa plegable y una silla de escritorio negra con respaldo alto. Jo está tirando, sacando una de las cajas de la parte superior de una pila, inclinándola hacia adelante y hacia abajo, de puntillas para meter los dedos en las asas a cada lado antes de tirar de la caja para soltarla, el peso de la caja es una repentina avalancha que la hace balancearse con un gruñido, ella la levanta y abraza hasta apoyarla en la barriga mientras la carga hacia la mesa. Su sobredimensionada sudadera azul, y dice «Brigadoon!» cruzando la parte delantera, y por ese camino el clic y el tap de pisadas que irrumpen en precipitación, "¡Milady!", grita Luys apresurándose por la longitud del garaje, pero ella ya ha dejado caer la caja sobre la mesa, ella misma se está dejando caer en la silla con un chirrido y un suspiro del cojín de vinilo. "Hay aquellos", dice Luys disminuyendo la velocidad, "que deberían ayudaros con... esas", incluso cuando está retirando hacia atrás la tapa de la caja.

"Te ves elegante", dice ella levantando un puñado de fotos a su regazo.

"La audiencia, hoy al mediodía", dice él alisando la parte delantera de su blazer marrón oscuro, camisa a rayas marrones y crema.

"Ya", dice ella girando una a una las fotos, sacando una del puñado, arrojándola a la mesa, una imagen plateada de dos mujeres sosteniendo un gran paraguas sobre sus cabezas y una tercera, toda de negro, a un lado. "Lo tienes cubierto, ¿verdad?"

"Desearía que lo reconsiderarais, Milady".

"Ya te lo dije", dice ella, "si vas a, quiero decir, mi señor. Es una manera menos confusa de, quiero decir, lo investigué a fondo".

"Mi señor", dice Luys. "Sería mejor para todos si asistierais".

"Masón", dice ella. "Lo harás bien. Eres mi teniente, hablas por

mí. Todo el mundo lo dice". Voltea otra foto y otra. "El Vice Duque", dice ella, "El Duque Vicio". Y luego, su sonrisa se desvanece sola plegándose, "Eso no fue, eso, no ha sonado muy bien".

"Habrá preguntas".

"Pues respóndelas. Si puedes. Si no puedes...", y ella se encoge de hombros.

"Habrá decisiones que tomar".

"¡Pues *tómalas!* ¡Maldita sea, Luys ", da una palmada a las fotos sobre la mesa, "Tú *conoces* esta mierda. Mejor que yo. Si no puedes ocuparte tú ", y ella levanta las manos. "Yo soy buena en una cosa, en todo este asunto. Una. Con la máscara y la espada. Si él me necesita para eso, bueno, sabe dónde encontrarme".

Él baja la vista. Ella comienza a revolver las fotos, extendiéndolas sobre la parte superior de la mesa. Después de un momento, él dice: "Como desee mi señor".

"Exactamente", dice Jo.



Delantal blanco vetado de rojo, el largo y esbelto cuchillo limpio en una mano, la otra en un voluminoso guante de malla, los eslabones de este están pringados de rosa. Ella forcejea con la pierna, piel de esta amarilla, moteada de moratones marrones, ella rebana hábilmente la carne, luego le da la vuelta al todo, continuando ese rebanado por encima de la pezuña. Coloca el cuchillo a un lado para tomar una pequeña sierra para huesos, la cual encaja en el corte, y comienza a cortar el hueso con rápidos ataques chirriantes. Cabello negro puntiagudo y corto, y bordado sobre el cuello de su camisa térmica blanca, una maleza de tinta negra, hojas y ramas, el pico de un pájaro. El hueso se parte en dos, y ella suelta la pezuña, la deja a un lado, alza la vista para verlo allí

frente al bloque de carnicero, lisa camiseta negra, oscura chaqueta de deporte gris, su espesa barba del color de la rica caoba, su pelo recogido en una coleta como un garrote, pequeñas gafas de sol redondas encaramadas en su nariz, lentes púrpura verdoso.

"Phil", dice Ellen. Y luego, "No deberías estar aquí".

"Nuestra historia", dice. "Por lo que más vale, estoy preparado".

Ella deja a un lado la sierra para huesos, clinc.

"Dijiste, vuelve. Cuando estés preparado", dice él. "Para hablar".

"Déjame terminar esto", dice ella recogiendo el cuchillo.



Ella está recostada en la mitad del respaldo del asiento delantero, no del todo supina, yace sobre la espalda, envuelta en una chaqueta de esquí azul pálido, manta blanca sobre el regazo. El espejo retrovisor está inclinado para mirar atrás y arriba hacia un largo edificio bajo pintado de blanco y ampliamente adornado en verde, y hacia todas las ventanas oscuras a la baja luz matinal, salvo en la planta superior, la tercera planta, donde lámparas amarillas brillan tras cortinas blancas, y hacia el jardín de la azotea, junto a él, acordonado de lucecitas encendidas, y una mujer allí de pie, cabello negro corto envuelto en una blanca bata transparente, fumando un cigarrillo. Alguien está dando golpecitos en la ventanilla del pasajero.

Ella sienta erguida, luego se estira para bajar la ventanilla un par de centímetros o dos, mira por el hueco a la mujer inclinada ahí fuera, abrigo de piel de oveja, nube de cabello pálidamente azulado. "Hey", dice Marfisa. "Stef. ¿Podemos hablar?"

Ella sube el seguro y Marfisa tira abriendo la puerta, su cabello se ilumina de un blanco dorado cuando sube, acongojándose con un

bate de béisbol para tirar de él a su lado mientras se acomoda en asiento del pasajero. Algo cae sobre su regazo, la gomosa cabeza vacía de un caballo, ojos saltones y oscuros, hocico flácido. "¿Manteniendo un ojo en ellas?", dice ella agachándose para mirar atrás y arriba por la ventanilla del conductor, hacia el largo edificio bajo frente a la calle, blanco y adornado de verde, y todas las ventanas alineadas en las dos plantas oscuras. "No está pasando gran cosa".

Ettie se inclina hacia atrás, fuera del camino, "Mira", le dice señalando, "allá arriba, mira", y Marfisa se inclina aún más sobre ella, retorciéndose incómodamente para mirar arriba por el inclinado espejo retrovisor. Se ve el edificio, largo y bajo, y la tercera planta, iluminada frente al amanecer cada vez más profundo, y dos figuras en el jardín ahora, otra mujer, cabello amarillo severamente liso, un abrazo, un beso.

"Bueno", dice Marfisa sentándose a su lado del coche. "Ese es un truco inteligente".

"Yo no he", dice Ettie, "es solo, el espejo. Podría ser cualquier espejo, hasta donde yo sé".

"O solo los espejos de los viejos automóviles, tal vez," dice Marfisa acariciando la piel sintética blanca del salpicadero. "Esta es una máquina formidable".

"Nos llevó a Dakota del Norte y de regreso. Dos veces", dice Ettie. "Pero tú no has entrado para elogiar nuestro coche".

"Estaba de visita, con amigos", dice Marfisa, "y pasaba por aquí, pero quiero hablar contigo sobre la galería. A ellas, a nosotras nos gustaría, si fueras a volver".

Ettie aparta la mirada hacia el espejo, "Es como le dije a Gloria", dice ella. "Hablaís demasiado. Os reunís y hablaís de vuestros sentimientos, y discutís y chilláis y luego hacéis una reunión sobre los chillidos, y yo simplemente, yo no tengo la ", cierra los ojos. "Paciencia", dice ella.

"¿Prefieres observar?", dice Marfisa, y Ettie abre los ojos, la mira severamente. Marfisa sonríe, pero es sonrisa melancólica, demasiado débil para alcanzar los ojos de Ettie. "¿Sabes quién es ella, a quien est s observando? ¿Esa mujer, con tu hermana?" Inclinandose de nuevo, mirando arriba en el espejo. "Ella es su único amor verdadero. La reina, de su mundo". Se sienta erguida, se reclina en el asiento. Ettie, mirando hacia abajo, al espacio. "Igual que ella es el de Gloria", dice Marfisa. "Y el de Anna. Y el mío también". Abre abruptamente la puerta del pasajero, mueve el bate, lo saca apoyado en la acera, pero se detiene, all  sentada y con los dos pies aún dentro del coche. "Podemos todas ayudarnos unas a otras", dice ella. "Ay darla".

Los ojos de Ettie se han cerrado, de nuevo. "Hablando un poco más, apuesto".

"Podría incluso haber cierto griterío", dice Marifisa. "Pero ven, esta mañana. Por el t  o el café, si no por otra cosa. Pero sobre lo que tenemos que hablar hoy, creo que todas lo encontraremos...  til".

Ella sale fuera, se aleja paseando, calle arriba. Ettie niega con la cabeza. Después de un momento, se inclina hacia fuera, estira el brazo y logra enganchar la puerta. La cierra de un tirón.



Corte recorte, las tijeritas plateadas en su mano, corte y, poco a poco, cortos rizos negros tiemblan y caen. Corte. Ella pellizca un mechón rebelde, lo retuerce entre el pulgar y el índice, tira de él a un lado, las hojas de las tijeras se acercan a piel de gallina, corte. Sostiene el mechón recortado en alto frente a sus labios, sopla, los pelillos se alejan volando, ella se inclina cerca para soplar de nuevo, despejando las mechas, y ese vientre marrón se estremece, y esos muslos, "Eso hace cosquillas", dice Ysabel, molesta.

Chrissie sopla una vez más, un soplido entre risitas, "Pero he



llamado tu atención".

Ysabel aparta la mirada de la lámina de contacto que está sosteniendo, brillante a la severamente inmediata luz de la lámpara de la mesilla de noche. "¿Qué estás haciendo ahí abajo? Será mejor que lo estés dejando parejo".

"No soñaría con estropear la perfección", dice Chrissie. Desnuda y acurrucada de lado, con las rodillas arriba sobre las almohadas. "Pero podría", peinando el fino vellito con las yemas de los dedos, "¿desnudarte?, si quieres".

"¿Eso es lo que te gustaría?", dice Ysabel circulando con un grueso marcador rojo una de las imágenes en la lámina, una columna sombreada debajo de un puente. "Perfección, eso no lo estropearías, pero lo raparías al cero. Por así decirlo".

"Solo si quieres". Chrissie apoya la mejilla en el muslo de Ysabel, y solo el más ligero de los toques del labio bajo esa mata de vello, e Ysabel se estremece de nuevo, pero se mueve, su pie, su rodilla, sus piernas se separan. Bata transparente desatada, extendida abierta y sus pechos y vientre desnudos. "La moda", dice ella, "es ir sin marco, ¿no es así? ¿En estos días?"

"Para nosotras", dice Chrissie con los dedos circulando perezosamente, "es más que un uniforme. Sin camisa, sin pubis, sin servicio ", y ella resopla una torpe risita.

"Tú no eres la chistosa", dice Ysabel. Chirrido del marcador que circula otra imagen, el bosquejo de un pájaro. "Recuerda eso".

"Lo sé", dice Chrissie, y suspira. "Lo sé".

"No tienes tatuajes", dice Ysabel. "Ni piercings. ¿No son parte del uniforme, como tal?"

"Nuestras orejas están perforadas", dice Chrissie. "Pero lo hicimos cuando teníamos doce años. Sin embargo, eso es parte de lo nuestro. Está en el nombre. Sœuers Limoges. Impecable", sus dedos pálidos, "Piel", acariciando las sombras aceitunadas alrededor del

ombligo ante ella, "De Porcelana".

"Pero, ¿y si quisieras un tatuaje?", dice Ysabel dejando a un lado la lámina de contacto y tapando el marcador.

"No lo quiero"

"Pero y si lo quisieras".

"Sería", dice Chrissie, y luego otro suspiro. "El error que comete demasiada gente", dice ella. "No debería ser solo una marca aquí, una marca allí, o lo que sea. Al tuntún. Tienen que ser, el cuerpo, el todo, todo el efecto tiene que ser considerado. Y nosotras ", dice ella, "es sólo, ¿más simple? No hacerlo". Su mano en la cadera de Ysabel, ahora. "En ti, quiero decir", dice ella. "Algo audaz, pero de un solo color, un patrón, por todo alrededor", un gesto, un círculo, "geométrico, pero asimétrico". Vuelve a mirar a la cálidez de la lámpara sobre la longitud de Ysabel, esa mano acomodándose una vez más junto a esos cortos rizos negros. "Definitivamente, para ti, asimetría".

"Pero yo no quiero un tatuaje", dice Ysabel. Sentada sobre sus codos, encogiendo los hombros para ponerse la bata sobre ellos, "Quédate quieta", dice, y "¿Qué vas a...?", dice Chrissie mientras Ysabel quita la tapa del grueso marcador rojo. "Quédate quieta", dice de nuevo, inclinándose.

"Ysabel", dice Chrissie, "¿qué vas a dibujar?"

"Si luchas o te ríes", dice Ysabel, pero entonces se levanta bruscamente, sosteniendo el marcador, "como hagas eso de nuevo", dice: " *definitivamente* voy a estropearlo todo ", y Chrissie temblando con risitas sofocadas levanta apartando la mano, se extiende a lo largo de la pierna estirada de Ysabel, un suspiro tranquilizador, pero luego, cuando Ysabel se inclina nuevamente, un nuevo estremecimiento, una carcajada soplada por la nariz, sus labios firmemente sonrientes, sus ojos cerrados con fuerza, "¿Has terminado ya?", dice Ysabel con el marcador en alto, y Chrissie asiente rápido y tensa. "Respira hondo", dice Ysabel, "suéltalo y quédate *quieta*". Se inclina y se prepara con el marcador.

"Estoy tan", dice Chrissie, "feliz de que me hayas pedido. Volver".

"¿Lo estás?"

"Y si tú, le preguntas a ella. Estoy segura. Ella diría que sí".

Ysabel levanta la vista ante eso, hacia el cabello amarillo de Chrissie, hacia sus párpados cerrados, todavía con sombra azulada, a su sonrisa soñadora. "¿Es eso de lo que se trata?", dice, y se inclina de nuevo para dibujar una cuidadosa curva.

"Qué", dice Chrissie todavía sonriendo.

"Has compartido hombres con ella", y un trazo del marcador, y otro, "pero ella nunca ha compartido una mujer contigo".

"Eso, eso no es, no", dice, e Ysabel levanta el marcador de nuevo, "en absoluto", dice Chrissie, brazo alrededor de la pierna de Ysabel.

"Pero es cierto", dice Ysabel inclinándose nuevamente con el marcador.

"Es, el", dice Chrissie, "la naturaleza de la industria, el uniforme", y se ríe de nuevo, brevemente, "Quédate quieta", dice Ysabel, "las dos estamos", dice Chrissie, "cómodas con", y ella suspira, abre los ojos. El marcador está en pausa nuevamente. "Nunca ha habido una mujer antes".

"Eso me resulta difícil de creer", dice Ysabel acariciando, embadurnando.

"Si le preguntas", dice Chrissie, "lo sé. Ella diría que sí", y un apretón, un beso presionado en la rodilla de Ysabel. "Porque eres".

"Pero por qué debería hacerlo", dice Ysabel levantando el marcador. "Ya te tengo a ti". Recostada. "Ya está", dice ella. Ni al tuntún ni desconsiderado, sino más bien un poco... ¿simétrico? Diría yo".

Esbozado en rojo en el flanco de Chrissie, justo debajo de su pecho, una exagerada impresión de labios, el puchero de un beso. "Ya veo", dice Chrissie, y un largo y lánguido estiramiento. "Pues ahora estás marcada", dice Ysabel. "Eres mía". Ella deja el marcador a un lado y levanta una pierna en alto y sobre la cabeza amarilla de Chrissie, moviendo sus caderas cuando Chrissie se coloca, "Como si eso", dice Chrissie, y un largo y lento lamido, "hubiese estado en duda alguna vez", e Ysabel se estremece.

Algún tiempo después, Chrissie dice, débilmente, pero muy distinguible, "¿Qué hora es?" Sola en esa amplia cama blanca. La lámpara apagada y la habitación oscurecida. Ysabel deja caer la cortina de su mano y retrocede desde la ventana. "Es mañana", dice ella.

Chrissie se incorpora sobre los codos, abriendo los ojos bastante, sacudiendo rápidamente la cabeza como si se precipitara algo. "¿Cuánto tiempo llevo *despierta?*", dice ella.

"Ven", dice Ysabel, tomando su vestido al pie de la cama. "Vamos a ver el amanecer. Va a ser un hermoso día".

## el sombrero en su Mano

El sombrero, el sombrero que toma en su mano, lo estira y le da la vuelta, y luego de puntillas, apoyado contra la mejilla de metal trenzado, coloca tan alto como puede ese sombrero sobre la cara gigante. Es una gorra rosa de malla, el sombrero, y la parte delantera es de camuflaje rosa y negro, y cuando él lo suelta, se desliza por la masiva ceja y cae desde la bulbosa nariz de metal hasta sus pies. "De acuerdo", dice él y le da una patada, "¡De acuerdo!", retrocediendo de esa cara gigante de ojos vacíos. Las puertas del estadio asoman tras él, un gran letrero sobre ellas que dice «Campo Jeld-Wen», y la marquesina bajo este, «Portland Timbers vs. LA Galaxy, sábado 21 de abril, 7:30 saque inicial», y luego una esfera de reloj tenue y redonda, rosada por la luz de la farola, manecillas apuntando a las tres menos cuarto o en las cercanías. El cielo sin estrellas sobre un negro tornado vagamente marrón por esas luces de la ciudad aún brillantes.

Agarra una bolsa de basura hinchada que rebota en sus pasos que avanzan por la plaza, girando mientras él se da la vuelta para mirar hacia la calle, hacia la gran pared blanca del edificio que dobla la esquina como esta le estuviera dando la espalda, salpicada de anónimas ventanitas, algunas conectadas aquí y allá con las rejillas cuadradas de los aires acondicionados, pero la mayoría de ellas vacías, hasta el vidrio ha desaparecido, y todas ellas oscuras, sin luz. Una rampa naranja para basura pende de una ventana del segundo piso, entra en un inmenso contenedor marrón, «Centro de ReConstrucción», dice que el letrero que cuelga de él, «Servcios de DeConstrucción». Él alza la mano, levanta el dedo medio y saluda con la mano a esa pared, a esas ventanas, a ese contenedor de basura, "¡Jódete!", ruge. "¡Theodomamón!" El zumbido débil de las farolas, un ventilador funcionando en alguna parte, o tal vez el rumor del tráfico a unas manzanas de distancia.

Avalanzándose por la intersección, la única calle que se aleja en curva del estadio, arco de vías asentado en el pavimento, él sube el bordillo hasta una parada del tren, y mete la mano en la bolsa de

basura mientras la gira, se desenrolla sola, sacando un puñado de ropa que deja caer, una a una, un par de medias, un calcetín largo, una camiseta, una falda de pana. Cuelga un sujetador beige sobre una caja verde de conexiones. Sus dedos brillan con anillos plateados, la cabeza de una serpiente, un ankh, un águila en vuelo, sus vaqueros negros rasgados en las rodillas, su camiseta negra que dice «Acción Decisiva de los Estados Occidentales», su cabello oscuro cuelga desde la cabeza agachada. Deja caer más ropa a su paso por la acera, por las vías, el pavimento, más calcetines, más camisetas, un encogimiento de hombros suelto, algunos artilugios complejos de cintas y ganchos y paneles de satén y encaje. Entre él y la calle vacía, ahora un pasillo de árboles jóvenes recién plantados, hojas nuevas, y él cuelga más ropa de las ramas a medida que avanza, una media de rejilla rosa, unos bóxers estampados con gatos retozando, una falda arrugada de crinolina, una blusa transparente, hasta que mete la mano en la bolsa de basura y hurga y no saca nada, nada queda en absoluto.

Deja la bolsa vacía en la esquina.

Un par de escalones bajos. Inclinandose hacia ellos, apoya una mano, se sienta, haciendo una mueca. Dos puertas de madera tras él, letreros colgados allí, «No Fumar, No Vapear, No Solicitar». Se estremece, se cruza de brazos. Se apoya en la base de la columna allí, a un lado de los escalones. Cierra los ojos. La columna, esbelta, se eleva arriba y arriba más allá de un mugriento dintel sombrío hacia un capitel jónico enroscado. Hay letras talladas en el dintel, sobre el umbral allí, pero lo que sea que pudieran decir no puede distinguirse en la oscuridad.

# N° 30: Al Fingir Eso

## la Locomotora / majestuosa Generosidad

La locomotora rechoncha, cuadrada, allí entre almacenes de paredes de ladrillo, un ruido ocioso muy grande y lleno por el que ellos pasan, atraviesan, una docena o así en sobretodos, hacia el vagón solitario acoplado al final. Una pareja trepa por la pasarela que recorre en alto el lateral de la locomotora para llamar a los paneles de esta, para mirar por las rejillas de ventilación, envuelta en la luz de la farola que se enreda en el vaporoso exhaustor. El resto se agrupa alrededor de una puerta corredera en el lateral del vagón, salpicada de graffiti. Se tira de una palanca, se descerrojan los cierres con bums que hacen eco bajo el estruendo, esa puerta se desliza al abrirse aunque una puerta superior rechina arriba sobre el almacén allí, resopla una carretilla elevadora que sale del muelle de carga, y grita, agitando los brazos, alguien en sobretodo que sube de un salto al muelle para conversar acaloradamente con un hombre en mangas de camisa. La mujer tras el volante de la carretilla elevadora sostiene un portapapeles. Los demás en sobretodos forman una fila al otro lado de la calle, de vagón hasta muelle de carga, "¡hap!" un grito cuando, balanceado fuera del vagón, llega un enorme saco de arpillera, "¡hap!" cuando es atrapado y pasado al siguiente, y al siguiente, incluso cuando un segundo se balancea afuera, un tercero, mientras el primero es levantado sobre el muelle, se deja cuidadosamente en el palé a la espera de la carretilla elevadora, y el siguiente, con gruñidos y resoplidos de sacos pasando mano a mano por la fila. "¡Soy el hombre", canta alguien, "el cantinero" y otros se le unen, "que agua la cerveza de los trabajadores! ¡Sí, yo soy el hombre, el intermediario, que agua la cerveza de los trabajadores! ¿Qué me importa si los enferma, o los hace terriblemente raros, tengo un coche, un yate y un avión, y aguo la cerveza de los trabajadores!

Pasando el almacén, profundas sombras de un paso elevado, una farola de hierro fundido hace de centinela en lo alto. Dos hombres

junto a la balastrada allá arriba, dos o tres metros por encima de la roncante locomotora, mirándolos descargar el vagón, otro ¡hap! y una traba en la fila, alguien da una palmada en el guardabarros de la carretilla elevadora, la carga se sacude, se eleva, el motor gime mientras esta se aleja retrocediendo. Del vagón cae un pallet fresco, trozos grises de madera clavada despiadadamente cuadrada, cayendo de punta en las manos a la espera de la fila para ser atrapado y rodado incómodamente como una rueda mellada hasta el muelle de carga, inclinado, soltado para caer, ¡bang!, en su sitio. A su paso, los pesados sacos reanudan su balanceante y lanzante progreso, "¡Echo mano al grifo del agua, y aguo la cerveza de los trabajadores!"

"Los chicos querían montar un espectáculo", dice uno de los hombres allí arriba. "Envíarlo con estilo". Su traje de un verde grisáceo, gorra de malla negra que dice FTZ -45 al frente. "Última entrega por ferrocarril a una fábrica en el Triángulo. Fin de una era".

"¿Triángulo?", dice el otro hombre, suéter color de la avena, mechón de cabello opaco a la luz de la farola.

"¿El Triángulo Industrial del Noroeste, señor? ¿Este distrito viciado de vuestro país, al que hemos servido fielmente tantos años?"

"Se llama Distrito de la Perla, Tommy Tom", dice el Rey. "Así ha sido desde que Nu Shooz tuvo un éxito".

"Perla", dice el Soames mirando por encima de los tejados del almacén. Levanta una mano, una bendición: "Bueno, crecerán en paz. Estas ostras crujientes ya no se verán perturbadas por el clamor del trabajo honesto".

"Te haces elegíaco", dice el Rey. "Cuando baje esta rampa". Un gesto hacia el viaducto extendido hacia el río, el puente, los volumen sin luz de los almacenes de abajo. "Cuando los apartamentos suban por fin, todos de una vez. Estas ostras viejas necesitarán que las destripeb, renueven, remplacen. Trabajo de Construcción honesto". Una sonrisa de soslayo. "E igual de



clamoroso".

"La construcción sube y baja, majestad. Y cuando está hecho, está hecho".

"Cuando termine, Tommy, habrá una destilería. Mil quinientos barriles al año". Señala el bullicio de abajo. "Una tienda de comestibles", movimiento de mano a un almacén vacío, "una torre de veinte pisos", a lo largo del viaducto, "anclada por el primer ladrillo y mortero de un importante minorista online. ¿Y recorriendo Lovejoy, justo debajo de nuestros pies? ¡La primera nueva línea de tranvía en cualquier ciudad desde la guerra! Galerías de arte, estudios de diseño, fábricas de llaves inglesas, talleres de software, conserjerías de cumplimiento, pequeñas prensas para video, papel, internet, destilerías de lotes pequeños, bodegas, asadores, perfumerías", inclinándose sobre la balaustrada de piedra, buscando lo que está por venir, "ingenieros creativos y directores de moda, restauradores indígenas y docentes industriales, cartógrafos de redes, escultores de datos, curadores experimentales, diez *mil* personas, aquí mismo, y todo lo que puedan necesitar o desear, sólo a una o dos manzanas de distancia".

"Estibadores", dicen el Soames. "Desembarcaderos. Muelles. Equipadores y arrieros, sastres. Bomberos. Conductores y maestros de astillero, orilleros, conmutadores, guardafrenos y señalizadores, porteadores, toros", mientras bajo la carretilla elevadora está transportando otra carga al almacén, y otro palé vacío cae junto a la fila de trabajadores, "añado estricnina", están cantando, "algunas espírituosas metiladas y una gota de parafina".

"Dime, Tommy", dice el Rey. "¿Alguna vez conociste a Perla?"

"¿Perla, señor?", dice el Soames. "No puedo decir que sí".

"Tú pareces bastante cercano al Vizconde, estos días; Me preguntaba cuánto tiempo atrás se podría remontar el caso". Y luego, todavía sonriendo ligeramente, "¿De verdad crees que la Duquesa le echó los perros a Medardus?" Esa sonrisa se desvanece. "O, para ser más precisos: ¿alguno de vosotros creyó que yo me lo creería?"

El Soames dice: "Ella pasó tiempo con varios de los sabuesos, Milord. En sus días en la calle, antes de que atrapara el favor de vuestra hermana". Todavía mira hacia la fila de trabajo. "Quizás no lo hicieron bajo su dirección, pero creo que lo encontraremos: con la licencia de ella".

"¿Licencia?", dice el Rey. "No tenía ni idea de que ella se hubiese anexionado el lago Oswego. Puedo imaginar la obra del Vizconde en esto, Tommy, ¿pero tú? Nos sorprendes. Desecharías tu excelente palabra por un poco de respaldo en tus negocios con el Marqués".

"La Duquesa, señor", dice el Soame, "todos vemos cómo vuestra hermana la adora. Y ella amaba al Duque, y el Duque la amaba a ella, pero, ella es un Gallowglas, por todo eso. ¿Quién sabe qué temores mortales podrían conducirla, y a qué?"

El Rey se da vuelta, de espaldas a la piedra. "Cuatro terminales", dice. "Patios ferroviarios en Brooklyn y el Noroeste. El aeropuerto, Swan Island, hasta donde alcancen tus ojos, en planes de desarrollo de diez y veinte años, un lugar en la corte y una parte completa de la Distribución. Ningún otro Soames ha llegado tan alto, Doble Thomas, ni ha hecho tanto por su gente".

"No es nada sin la generosidad de su majestad", dice Soames.

"Ya", dice el Rey. Se aparta impulsando la barandilla, se aleja, manos en los bolsillos, por la rampa, por la calle sombreada abajo. El Soames se cruza de brazos. Los sacos siguen amontonándose debajo, resoplidos, gruñidos y golpes, "¡ya no hay el beneficio que solía haber aguando la cerveza de los trabajadores!"



Se sienta erguida bruscamente, a la mesa cuidadosamente apilada con fotografías, sienas, óxido, grises opacos, ella tantea con sus dedos, se despega la que está pegada a su mejilla, una imagen de

hombres con viejos trajes oscuros en los escalones ante una puerta, y parte de ella rayada o arañada. Ella parpadea espesamente a un vaso vacío, anillo de leche dejado en el fondo. Gira de golpe ante las pisadas que resuenan en el hormigón pulido, un hombre en pantalones cortos marrones y una camisa de trabajo marrón, portapapeles en la mano, "¿Su gracia?", llama él a lo largo del garaje. "¿Jo Gallowglas?"

"¿Qué?", dice Jo, levantándose de la silla de escritorio negra con respaldo alto.

"Disculpas, madam", dice. "No había nadie para firmar por esto" y "¿Qué?", dice Jo mientras él sostiene un sobre blanco, "mensaje, madam".

"De quién", dice ella.

"Ah", mira su portapapeles, "Beaumont", dice. "Christian Beaumont".

## **Los ojos de Becker / un plan simple / abeto, caoba, hierro y pino / lo que nadie dijo / lo que les gusta**

Los ojos de Becker están cerrados, pero sus cejas se levantan sorprendidas o deleitadas tal vez, por algo en un sueño, una respiración profunda por la nariz y por los labios tramados con vello, presionados para formar una palabra que no pronuncia. El roce de la ropa de cama, lienzo crujiente a rayas con índigo. Sus ojos se abren parpadeando en marrón mientras su rostro se dispone en un ceño fruncido, una mueca cuando levanta la cabeza, un gemido cuando se apoya sobre un codo, mira la longitud de sí mismo suavemente pálida a la mantecosa luz del día, bóxer rosa y negro en el agarre de esos ampliamente peludos dedos en gris que pliegan, tiran, hirsuta coronilla que oscila, ojos azules se alzan para encontrar los suyos, mientras entre esos labios sale deslizándose su polla, lo suficientemente rígida ahora como para asomar por encima de la prominente barriga, y largos y grises bigotes, pesados a ambos lados con cuentas de peltre que le rozan la piel mientras Pirocles sonrío y dice: "Buenos días, amado".

"Oh", dice Becker cayendo de espaldas a las almohadas, pero luego, cuando Pirocles lo toma en su boca de nuevo, "no, espera", levantando una mano débil, pulgar hacia una mejilla, hacia la comisura de unos labios que se desvían para besar, "todavía no", dice Becker. Se aleja rodando, se extiende cerca mientras Pirocles lo deja a un lado sobre esas sábanas de rayas azules, la longitud de él desnuda y delgada brilla con la luz sofocante. Más allá de él, una amplia pared de cristal, y al otro lado del río, la ciudad bordeaba y acorraladas sombras empañadas por nubes vaporosas, jirones, hileras y coágulos de árboles tornados grises, amarillos y azules a toda esa pálida y fría luz de la mañana, todo ese aire de la única montaña lejana y afilada. Becker da vida con un dedo a un teléfono negro vidrioso en posición vertical en un soporte de carga, aparece una foto de ellos dos, lado a lado en una cabina de cuero rojo, «07:07», dicen los números sobre la fotografía, y «vie,

20 de abril». Lo deja junto a los libros apilados allí, los títulos a lo largo de los lomos dicen «Cincuenta Estrategias de Primera Infancia para Trabajar y Comunicarse con Diversas Familias y Padres a Socios», «¿Construir un Programa de Primera Infancia Centrado en la Familia y la Infancia Controlada a Distancia?», «Combatiendo los Peligros de la Cultura Mediática». "Tenemos tiempo", dice Becker, recogiendo una botella púrpura al lado del teléfono. "Mucho y de sobra. Cuéntame algo".

"¿De qué querrías que hablara?", dice Pirocles tomando la botella que Becker le da.

"Cuéntame algo", dice Becker, "sobre, sobre Vergina".

"Donde los Argead gobiernan", dice Pirocles, sonrisa radiante.



Humeante taza de café puesta ante él sobre el mostrador, allí junto al plano de marco blanco de su teléfono. Empuja hacia atrás su rígida manga blanca para mirar su reloj, y las manecillas de cada dial en la esfera tiemblan, oscilan, giran como locas. Él levanta y nivela su muñeca sobre el mostrador y dos diales, tres, se detienen bruscamente, las manecillas apuntan hacia el mostrador en forma de U, hacia más allá de la plancha en medio, hacia el hombre con una camisa blanca y el tintineo y roce de sus espátulas, más allá de la mujer con una chaqueta azul borrosa, "tortilla de Denver", dice ella colocando un plato frente al hombre, allí al otro lado del mostrador, que toma en alto su tenedor, pasa todo eso hasta la puerta que se abre en su opaco marco rojo, el tintineo de la campana, el grandullón que entra, oscura chaqueta de deporte gris sobre una lisa camiseta negra, maleza de barba del color de la caoba, redondas gafitas de sol verde púrpura.

Kerr baja la muñeca cuando el Sr. Keightlinger avanza por el mostrador, pasa los taburetes vacíos, las ventanas brillan con letreros de neón frente a la mañana, «Abierto», dicen, «Cafetería de

Fuller», "Siéntese donde quiera", le avisa la mujer de la chaqueta azul. Kerr guarda el teléfono en el bolsillo de su ligera chaqueta de lana mientras el Sr. Keightlinger dobla la esquina hacia él y se detiene en el taburete a su lado, una gran mano se apoya en el mostrador, y Kerr alza la vista y abre la boca. "¿Le pongo algo?", dice la mujer del cárdigan azul, acercándose animada.

Esas gafas de sol verdes se apartan de él hacia ella. "Agua helada", dice el Sr. Keightlinger, y se sienta en el taburete.

"Llegas tarde", dice Kerr. "Tienes un aspecto infernal".

"Fallé", dice el Sr. Keightlinger.

"¿Tú, qué, no pudiste conseguirla? ¿O es que ya no la tiene?".

"Todavía tiene la bendición", dice el Sr. Keightlinger. "La bendición está vacía".

"Él, eso, entonces. Oh". Kerr levanta su taza. "Él está fuera. Oh, eso es infinitamente peor".

"Todavía está en algún lugar de esa casa. De lo contrario lo sabríamos".

"¿Y está atrapado?", dice Kerr. "¿Todavía está contenido? Vale", y baja un trago de café, se inclina hacia adelante, ambos codos en el mostrador, "Vale. Las matemáticas no han cambiado, entonces. Él aún está fuera de juego".

"Regresaré esta noche".

"¿Qué? No, no, esta noche, esta noche es la noche. Se ha apretado el gatillo". Kerr se reclina cuando la mujer de la chaqueta azul pone un vaso de agua ante el Sr. Keightlinger. "Es como dije desde el salto", dice Kerr, en voz baja y cercano. "Tomamos esto, esta *cosa*, primero, nadie la tiene con la que jugar. Ni tu amigo, ni tus antiguos empleadores, nadie de fuera, ni nosotros, pero, quiero decir, yo no tenía ningún plan para ello. ¿Sabes? Así que lo sacamos, esta noche, y *mañana* vamos a esa casa, encontramos a tu

amigo, nos ocupamos de él entonces. O tal vez al día siguiente. Tómate un tiempo libre, mientras tanto. ¿Quizás una siesta?"

"¿Qué pasa si tu plan no funciona", dice el Sr. Keightlinger.

"¿Funcionar?" Kerr resopla. "Dime, ¿sabes algo de bombas nucleares?" Un zumbido amortiguado desde el bolsillo de su chaqueta y él saca su teléfono, "Mecánicamente hablando, son terriblemente simples". Echando un vistazo a la pantalla. "No tienen muchas piezas móviles que fallen". Desliza el teléfono en el bolsillo de nuevo. "Solo hay que, tomar dos trozos de uranio o berilio o lo que sea, y simplemente", apreta las manos, un aplauso lento o una oración, "te apartas del camino". Dejas que suceda. Buum".

Esas lentes púrpura cambian su mirada del mostrador al vaso de hielo y agua. "Debemos estar seguros", dice el Sr. Keightlinger. "Si no puede ser esta noche, tendrá que ser esta mañana. Ahora mismo". Poniéndose verdes mientras giran para mirar a Kerr. "Me lo debes".

"Te debo *pamplinas*", dice Kerr. "Mira, lo siento, dije que lo sentía, pero estabas tratando de matarme. Creo que mi respuesta fue completamente proporcionada".

"No hubieras muerto".

"Sí, bueno", Kerr se levanta de su taburete, "tal vez la próxima vez que tus locuras comiencen a meter fotos en la garganta de alguien, tómate un momento para asegurarte de que todo el mundo tenga claro que todo es menos que letal". Se levanta allí, junto al cuerpo encorvado del señor Keightlinger. "Lo siento", dice Kerr, de nuevo. "Mira. Yo tengo mierdas que hacer, tú tienes mierdas que hacer, esto, esto fue una idea, pero no va a", las manos pedalean inútilmente, extendiéndose en un encogimiento de hombros. Su teléfono está sonando de nuevo, pero está sacando la billetera, deja un par de billetes en el mostrador junto al codo del Sr. Keightlinger. "Invítate a un desayuno", dice. "Si vuelves a la cordura, ya sabes cómo encontrarme".

La mujer de la rebeca azul se acerca cuando Kerr abre la puerta

con marco rojo. "¿Algo para comer?", dice ella por encima del tintineo de la campana.

El Sr. Keightlinger mira desde los billetes en el mostrador hasta ella, la luz se desliza sobre esas gafas de sol. "Tocino", dice.



"Escritorios, sillas", la voz viene de fuera de la puerta, "credenzas, estanterías, librerías", justo visible sobre todas las formas amontonadas en lonas tensamente empaquetadas y de varias alturas, en su mayoría, altas, de al menos la longitud de un brazo, pero solo un paso o dos de ancho como máximo. "Armarios archivadores. Un archivo plano, allí, es un monstruoso inconveniente, un bloque de madera inútil que se retirará antes de se vaya a renovar, reutilizar, demoler", el sonido de una llave en una cerradura, "pero uno o dos meses en barco hasta aquí, algo de escupir y pulir", el chirrido agudo de un pomo, un roce de la puerta, "ese bloque de madera es justo lo que un arquitecto querría para la sala principal de su casa urbana en el lugar de trabajo", el hombre más bajito en el umbral mete una llave en el bolsillo de su sedos chaleco veteadado.

"¿Archivos planos?" dice el hombre más alto, barba amarilla pálida en las sombras, cabello amarillo atado en un nudo.

"Estos no son archivos planos". Bruno, el Absolvedor, se abre paso en un pasillo estrecho entre lonas, con cuidado de su chaleco. "No lo entiendo", dice el Arpista, Chilicoathe, girado de lado para entrar a presión tras él. "Los puedes limpiar, pero no puedes estar haciendo lo suficiente para cubrir el costo de meterlos aquí. ¿A menos que haya muchos arquitectos realmente estúpidos? Quiero decir", mientras Bruno mira atrás, "aquí o allá, una cosa vale lo que vale. ¿Cierto?"

"Has hablado como un bandolero, no como un hombre de negocios". Bruno pone una mano en una esquina cubierta de lona.



"El valor de una cosa no está fijado en el interior, para medirse con escalas y calibradores. Se encuentra en las relaciones, entre aquellos que tienen la cosa y aquellos que la quieren. Garantizado", se inclina cerca mientras su voz da un giro conspiratorio, "hay cosas que por su naturaleza alteran implacablemente el tenor de esas relaciones: piensa, tal vez, en un traidor: cuánto vale para su señor y cuánto para su maestro. Ayúdame con esto". Ha agarrado la lona y Chili, frunciendo el ceño, estira la mano hacia el otro lado. Juntos la arrastran pesadamente hasta el suelo en un remolino de polvo.

El armario de madera todavía brilla, paneles de la parte delantera de esmalte blanco y filigranas de intrincados encajes de madera, y un zócalo de latón agujereado allí junto al hombro de Chili, cables sueltos donde un aplique ha sido desarmado, su par junto a Bruno, todavía con una lámpara con pantalla de latón que podría haber arrojado luz sobre la reluciente tapa alargada que Chili, con una mirada a Bruno, levanta con reverencia. Las teclas debajo, ochenta y ocho de ellas, marfil amarillento y negro mate. "Pianos", dice Chili, alzando la vista hacia los oblongos que abarrotan la habitación. "Todos son pianos".

"Los pianos verticales, de espineta, de cola", dice Bruno, "comencé comprando muebles de oficina, pero en toda ciudad y en muchas de las ciudades importantes, se estaban demoliendo hileras de antiguas casas con terraza para dar paso a las propiedades modernas del consejo. Y en el salón delantero de estas casas con terraza, acumulando polvo desde los días anteriores a la televisión, de antes de la conexión inalámbrica, antes de la electricidad", estira la mano hacia el frente del piano, deslizándolo el panel central hacia un lado. El hombre en su interior resopla, despierta sobresaltado, cabeza cana recostada en las hileras de martillos posados en cuerdas tensas. "¡Abeto!", exclama él, y tose palmeando los bolsillos de su almidonada camisa blanca, brazos apretados dentro de los límites del armarito. "Abeto", dice de nuevo, "de los bosques que rodean al viejo Tjikko, que largo tiempo reine", y se pone un monóculo en el ojo, "helado en la bodega de un viejo barco de vapor por el Báltico y el frío Mar del Norte. Caoba de Brasil, que se horneó en calor sin aliento a través del Atlántico, entre los Pilares de Hércules y las Baleares hasta Marsella. Hierro", su sonrisa es beatífica, "raspado de las laderas de Erzberg, hilado en Viena y traído por ferrocarril a

través de Venecia y Cerdeña. El pino de azúcar de la misma naturaleza salvaje del noroeste de Estados Unidos que nos rodea ahora", sale del armarito para tocar suavemente las teclas de abajo, "apilado para un viaje desgarrador y devastado por la tormenta alrededor del Cuerno, solo para terminar un siglo después justo donde comenzó. La chapa de ébano es de muchas piezas diferentes de madera, algunas de ellas antaño teclas de otros instrumentos, pero no se puede encontrar ni una onza de marfil: las teclas naturales están cubiertas de porcelana, lo que las ha dejado ocasionalmente astillas y grietas, aunque no falta una pieza".

Chili da un paso atrás, presionado contra el piano tapado tras él. Bruno saca algo de otro bolsillo de su chaleco, un satinado sobrecito. "Lo he mantenido afinado lo mejor que he podido", dice el hombre dentro del piano, un gesto hacia las cuerdas dispuestas tras él. "¿Debo tocaros algo? ¿En un ritmo rag-time, tal vez?" Bruno se acerca un paso, levanta la yema de un dedo brillante de oro, la cual el hombre del piano toma y la acerca a sus labios para un beso, y un lamer lento y sabroso. "No necesitan mucho", dice Bruno, mientras saca ese monóculo de los laxos dedos y lo vuelve a meter en el bolsillo de la camisa blanca del hombre. "En su mayoría, ahora duermen". Desliza suavemente el panel para cerrarlo, mientras el hombre se recuesta contra los martillos forrados de fieltro. "Y dime, Arpista: ¿cuánto dirías que pagué por uno de estos, cuando comencé a traerlos?"

"Yo no", dice Chili mirando a ese panel, mirando a su alrededor, todos los demás pianos apiñados. La lona, en el suelo. "¿Todo ese trabajo?", dice. "Doscientos, trescientos dólares. Trescientos".

Bruno niega con la cabeza. "No has escuchado", dice. ¿Una casa, cien casas, que demoler? ¿Docenas de bloques de madera que retirar? Diez libras, ellos me pagaron a mí. Para transportarlos a cada uno. Treinta dólares, de la época". Arrodiándose, toma la lona en sus manos. "Desde entonces he vendido varios", dice, "por mucho más que eso. ¿Si fueras tan amable?" Chili se agacha, toma el otro extremo de la lona. "Pero ahora todo es plástico y chips informáticos", dice Bruno mientras levantan la lona por encima, la acomodan, la alisan y la acarician. "Pianos genoux", dice con un último tirón.



Sobre la mesa entre ellos, un grueso rollo de billetes puesto en vertical, un gnomon truncado. "Adelante", dice el hombre sentado debajo de la bandera clavada en la pared del fondo, "tómalo", pero la silueta en la puerta niega con la cabeza, una vez, y no despliega sus brazos. "Te lo dijeron", dice él, con la voz llena de grava. "Nadie debía ser cortado. Nadie debía ser destruido". La luz del sol se filtra por la puerta trasera para rentar brillo de las cuentas en los extremos de sus bigotes. "Lo que hiciste fue inaceptable".

"¡Bueno, no lo queremos aceptar!", el hombre da un golpe en la mesa, allí junto al rollo de billetes. "Adelante, quédatelo. Está todo ahí".

"El efectivo no es la cuestión".

"El efectivo es una promesa. Bos tomamos esto muy en serio. ¿El tipo responsable? ¿Moody?", sentado hacia atrás, levanta las manos, "Le dejamos suelto". Esas manos se acomodaron en la oscura chapa de la mesa, a ambos lados de los billetes. "Lo que hizo, lo hizo en el calor del momento, pero eso no es excusa. Si algo sale mal, hacemos lo que sea necesario para corregirlo". Aparta deslizando los billetes sobre la mesa. "Eso es lo que puedes esperar de esta relación".

"Esa relación ya no se obtiene". La silueta gira hacia la puerta, pero el hombre de la mesa se levanta como un resorte extendiendo la mano, "¡Espera!", le grita, "espera", la mano para cerca del hombro de ese oscuro abrigo azul. "Es un", dice retrocediendo, "hablando francamente, es un problema de flujo de caja. El retenedor, nosotros, necesitamos el retenedor. Para los próximos meses, para, es, es un", baja la mirada hacia ese rollo de billetes, "flujo de caja", dice.

"Lo cual no tiene relación con la decisión de su excelencia". Pirocles abre la puerta y sale al trozo de porche de una cubierta

amarillenta, luego cruza una pasarela sobre las grises tablas del embarcadero y el bosque de mástiles desnudos por todo alrededor.

"Qué bien siente, ¿no?", dice el hombre que camina tras él, ligera chaqueta de lana sobre una camisa a rayas doradas, corbata azul suelta alrededor del cuello blanco. "Pegarle una bronca así".

Pirocles mira atrás sobre su hombro, salta y se aleja de un salto, "¡Melancoélidon!", ruge girando una gran espada a un lado y a otro mientras Kerr, con un chillidito, retrocede a pasos rápidos, "¡Guoh! ¡Guoh!", mirando desde detrás de su cartera de cuero sostenida entre él y la punta de esa larga espada sostenida ante sus ojos. "Yo no soy nadie, hombre", y con cuidado empuja la hoja a un lado con el borde de una mano. "Nadie en absoluto. Y nadie va a decirle nada a nadie, ¿vale? No tienes que preocuparte por nadie en lo más mínimo", y Pirocles se endereza, baja los brazos, "quiero decir ", dice Kerr, "siempre fuiste tú, ¿sabes? Nunca fue un concurso". Está mirando desde el resplandor en los ojos de Pirocles hasta sus manos vacías hasta sus pies y de regreso. "No me gustaba él, no de esa manera, no para eso". Una carcajada entrecortada. "Tú eres el que lo hace feliz, y eso es", mira hacia otro lado, de vuelta a la casa flotante negando con la cabeza, "Yo sé lo que has tenido que hacer, para hacerle eso. Asegúrate de que toma su medicina todas las noches. Así que tiene que sentir bien. Eso de despedirlos así". La mueca de Pirocles se está suavizando debajo de esos bigotes. "Así que ahora no tienes que *contarle* sobre todo esto. Y yo sé que te preocupabas por *eso*". Kerr se acerca un paso, y una mano en el hombro que tensa ese abrigo azul. "Deberíais celebrarlo. Sácalo esta noche. Recuérdale por qué estáis haciendo todo esto. Llévalo de vuelta a donde todo comenzó".

"¿La iglesia de los conejos?", dice Pirocles con el ceño fruncido.

"No", dice Kerr, "no, ese fue el bonito encuentro. Estoy hablando de la primera cita. Estoy hablando de la casa de Buenamigo. Llévalo a casa de Buenamigo", y Kerr retrocede un paso, "Quiero decir, nadie te está diciendo lo qué tienes que hacer. ¿Estoy en lo cierto?"

Pirocles asiente lentamente.



Un par de cacerolas de acero y el zumbido gomoso de un bajo, un saxofón alzándose desde el radio reloj sobre el mostrador, él está mirando desde el zapato en su mano izquierda, una bota de trabajo con lengüetas sueltas, punta raspada y fuertemente arrugada, hasta su derecha, a una mugrienta zapatilla, cordones a rayas con viejas manchas negras de los ojales, lienzo deshilachado desde grietas en la suela de goma. Una profunda respiración, y los deja a ambos en el mostrador, mira al anciano de pie frente a él, quien niega con la cabeza calva y oscura sobre un círculo de rizos blancos y crujientes. "No", dice él.

"Hombre, qué co...", dice Christian, desplomándose, suspirando, cruza los brazos envueltos en un voluminoso jersey verde dos tallas más grandes. "No lo entiendo".

"Ya lo entenderás", dice Gordon levantando la bota, arrojándola sobre el mostrador para golpear el montón de zapatos en la mesa de trabajo allí. "No lo fuerces. Tómate un minuto. Mira al tenis", y rodando los ojos, negando con la cabeza, Christian observa el zapato que queda en el mostrador. "Cierra los ojos", dice Gordon. "Cuando diga buu, estira el brazo hacia atrás, deja que tu mano agarre el primer zapato que quiera. Ciérralos, muchacho. Adelante", pero Christian se hincha ante eso, "Dios lo *maldiga*", gruñe, "¡Deja de *llamarme* así!"

"Y te dije," dice Gordon, "saca esas palabras de tu boca. No son para personas como nosotros".

"No soy un maldito *muchacho*", dice Christian, echado atrás. "Está claro como la mierda que no soy el tuyo".

"¿Quién sino te va a llevar en la mano? ¿Mostrarte qué es qué?" Bam, con la palma de la mano sobre el mostrador, la zapatilla salta: "Adelante, levántate, sal de aquí. Vete a casa de tu madre, donde sea que esté. Pilla un autobús hasta St. Johns o hasta Gresham, adelante. Camina hacia su puerta. Tocar el timbre. Ella no te

distinguirá de Adán, ¿me oyes? Su muchacho, su muchacho está bajo tierra, o peor, ¿y tú? Eres un rebelde, pide cambio suelto, véndele a ella algunos cigarrillos, tal vez algunas suscripciones a revistas, córtale el césped, si es que tiene alguno. Te caíste del mundo, muchacho. No vas a volver. Así que, en lugar de labrarte un camino como si supieras qué es qué, tal vez mejor siéntate, cállate, escucha cuando te lo digan. Ahora", Gordon retrocede un paso, cruza los brazos. Asiente a la zapatilla. "Combina ese zapato".

Christian respira hondo por la nariz, luego se gira abruptamente, agarra algo de la pila allí atrás, gira para golpear con ello junto a la zapatilla de deporte, una estridente zapatilla de correr, rayas y manchas de guepardo en amarillo y bermellón. Él las mira a las dos antes de levantar la mano, negar con la cabeza, "Mierda", dice.

"Ahora, no sería tan malo", dice Gordon, "si no fueran las dos para el pie derecho". Recoge la zapatilla sucia, se dirige al mostrador y la deja caer sobre esa pila. "No solo existe el único zapato en el mundo que sirve. Es como la gente en ese sentido. La mayoría de cualquiera de ellos puede arreglárselas con casi cualquier otro, con un poco de esfuerzo, un poco ", su voz se apaga, mira hacia otra lado, alza la vista. "Olvida eso. No es como la gente en absoluto". Al fondo por el mostrador, esa vieja bota de trabajo en la mano. "Aún así, algunos pares definitivamente nunca funcionarán, pero otros", coloca la bota sobre el mostrador, junto a la zapatilla para correr, "definitivamente sí".

Christian dice: "No lo entiendo".

"Ya lo entenderás", dice Gordon quitándolas del mostrador, volviendo a los estantes divididos en cubículos, muchos ya están llenos de pares similares no coincidentes. "No, quiero decir", dice Christian, "¿por qué te molestas siquiera? Quiero decir, entran, traen un zapato. Tú encuentras el otro zapato, ahora tienen dos. Entonces, ¿por qué molestarse con eso, con la coincidencia?"

"A veces", dice Gordon, y un gruñido cuando se pone de cuclillas para alcanzar una ranura cerca del suelo, "es tan importante, lo que queda atrás", guarda el par, "como lo que sigue adelante".

La música ha cambiado, un golpe de batería, un sencillo piano vacilante. "Y esa cosa de tacón alto", dice Christian, "con la otra sandalia, ¿eso también me corresponde a mí? ¿Algo que dejé atrás?" Un encogimiento de hombros de Gordon, todavía de rodillas. "¡Lo arrojaste atrás!", dice Christian volviendo a mirar esa enorme pila. "Tengo que ir a buscarlo de nuevo?"

"Ya salió por la puerta", dice Gordon. "Un par de días atrás. Mujer blanca mayor, bonito abrigo. Dejó ese viejo zapato de golf cutre, que nunca sale de aquí".

"¿Entonces se supone que debo ir a buscarla?", dice Christian, levantando las manos. "¿Como funciona esto? ¿Qué demonios se supone que debo hacer?"

"Ya te lo dije", dice Gordon todavía de rodillas. "No hables así".

"¿Que no maldiga? ¿O qué? ¿Mi lengua se convierte en piedra? ¿Mi cabello se prende fuego?"

"Maldice todo lo que quieras, muchacho, pero el, ¿infierno? ¿Condenación? ¿Salvación? Eso no concierne a personas como nosotros. Así que quítate de la cabeza cualquier noción supuesta, excepto cómo se supone que debes aprender a combinar los zapatos. Ahora adelante, elige otro, veamos", pero suena una campanita, Christian está mirando hacia otro lado, hacia la puerta en la parte delantera de la tienda. "De acuerdo", dice Gordon aferrando una mano para levantarse, "ve a ver quien sea que es", agarrando la mesa de trabajo con la otra mano, cambiando el equilibrio, pero Christian niega con la cabeza y Gordon se levanta para ver a Jo allí, en su abrigo de cuero color de la mantaquilla.

"No creo que ella haya traído un zapato", dice Christian.

"Gordon", dice Jo.

"Gracia", dice volviéndose hacia la cortina de cuentas allá atrás, "iré a preparar una tetera", pero: "En realidad", dice Christian, "podríamos simplemente salir", y luego, a Jo: "¿Llevas pitillos encima?"

Gordon cruza los brazos frunciendo el ceño. Jo está apartando la mirada con un suspiro.



## "Oh" / ¿Cómo alguna vez ella...? / sangre y agua, lirios, cristal / el mensaje de los sueños

"Oh", dice Jo, y luego, "eso no puede ser correcto".

"Encerrado en el agujero de St. Johns, con Chad y su papá. Estuve allí un par de semanas durmiendo en el maldito sótano". Christian da una calada al cigarrillo y se lo ofrece. "Se supone que debo dejar de fumar", dice ella mientras lo acepta. "Le echaron diez años. Es imposible que saliera tan pronto".

"Buen comportamiento", dice Christian, y Jo bufa el humo. "¿El jodido Danny Moody?"

Christian recupera el cigarrillo. "Quizá se escapó. Tal vez cinco-ohs están cercándolo. ¡Búsqueda de objetivos difíciles!", otro calada. Él se lo ofrece, pero ella niega con la cabeza: "Hubiera salido en las noticias", dice ella.

Él deja caer la colilla y la tritura en el barro. "En la película de las once".

"Qué demonios estabas haciendo ahí arriba, por cierto", dice Jo mirando hacia el callejón sin pavimentar, abarrotado de puertas de garaje, altas verjas, montones de hierba verde hasta la rodilla. "¿Dos jodidas *semanas*? ¿Qué demonios, Christian? ¿Te alejas de mí, te alejas de todo lo que iba a hacer por ti, te alejas y acudes al maldito Paladín del Jodido Pavor?"

Christian se da la vuelta. La puerta tras ellos pende ebriamente de una sola bisagra. "Tú di lo que quieras, pero el EXO aún lleva las calles. ¿Y para ser un mamón racista, nunca me fastidia sobre lo que le consigo?" Mete las manos bajo su voluminoso jersey, enrollando y desenrollando. "Iba a dormir bajo el Marquam, pero luego fue y me dijo que Moody había vuelto", aprieta los codos contra sí, "así

que me fui a cualquier otra parte. Fuera, a casa de Avi por un par de días?" Y Jo se ríe, "Jesús", dice ella, "¿él aún está?", y: "Sí", dice Christian, "solo, ¿Roadhouse? Se está transmitiendo online ahora o algo así. Es imposible desgastar esa cinta. Así que, después de un par de días, regreso a la ciudad y ahí es, ahí es cuando", una profunda respiración, "fui a San Francisco, a buscar algo de comida. Sin jefes, ¿de acuerdo? Pero aparece el EXO, que pasa con su camioneta, y Moody está con él y Moody", se encoge de hombros Christian. "Me quiere".

"¿Para qué diablos?", dice Jo.

"Para ayudarlo a atraparte", dice Christian.

"¿A mí?", dice Jo, "¿mí?", y sus ojos se agrandan, ella retrocede un paso con las manos levantas fuera de los bolsillos, pero Christian se está volviendo a un lado, la carcajada brota de su garganta, y él inclina la cabeza hacia atrás para dejarla salir. "¿De verdad pensaste...", inclinándose cerca, dando un empujoncito en el hombro de Jo y "*Que te jodan*", dice Jo sacudiéndoselo de encima.

"Él va a de ti", dice Christian. "Tiene una locura *seria* por ti, pero no está haciendo una mierda al respecto. Dos semanas nos quedamos sentados en ese jodido sótano, el OM rodando en su silla escaleras arriba. De vez en cuando salíamos. Hacíamos alguna travesura". Mira hacia arriba, a través de esa puerta. "Rompimos la ventana de Gordon una noche". Y luego, con una inclinación de cabeza, "Hey", dice. "¿Qué tipo de zapato tenías?"

"¿Qué?"

"Cuando te metiste en todo esto de la Duquesa. ¿Cuál fue el zapato que tenías? Y la pareja que no coincidía. ¿Qué tenía él?"

"Yo no...", dice Jo, "yo, no tengo idea de qué pasa con eso".

"Entonces, ¿cómo, cómo te metiste en todo esto?"

"¿Que cómo me meto siempre en un maldito problema?". Ella empuja la puerta para abrirla. "Me metí en una pelea con un

psicópata. Vamos", y ella la cruza.

"¿Vamos?", dice Christian, siguiéndola. "¿Adónde?"

"De vuelta al Plan A", dice Jo encaminándose por la longitud del local cubierto de hierba empapada, hacia el viejo edificio de ladrillo sin pintar, hacia el tramo de escaleras atornillado a su parte posterior. "Ven a quedarte con nosotros, al menos hasta que descubramos si ese va a intentar algo", y: "Jo", dice Christian, pero "si hay algún peligro", dice ella, y él la agarra del brazo. "Jo", dice. "Estoy bien. Aquí. Está bien".

"No tienes idea", dice ella, y abre la puerta.

"¡Puedo cuidarme solo!" Pero ella está entrando. "¡Maldita sea! ¡Jo!"

Dentro, una cocina, estrecha, linóleo rayado, armarios oscuros, Gordon con su camisa azul junto a la estufa. "Grace", dice él Una tetera está silbando sobre un ojo enrojecido.

"Gordon", dice ella. "Yo, ah, apreciamos, lo que has sido capaz de hacer, pero Christian, él va a volver conmigo ahora".

"¿Es así?", le dice Gordon a Christian, que está mirando hacia otro lado, cortina de cuentas retirada allí en el pasillo.

"No necesitas más problemas", dice Jo. "Esto es asunto mío. Se remonta hasta mucho antes de que alguno de nosotros tuviera algo que ver con alguno de vosotros. Es cosa mía, por eso me encargo yo de esto. Te tengo", dice ella a Christian.

"Ven aquí, muchacho", dice Gordon. En una mano, un pequeño cuchillo de cocina.

"Puedo, ir a vigilar la tienda", dice Christian, y da un paso hacia la cortina.

"Sr. Beaumont", dice Gordon haciendo señas. "Hay algo que ambos debéis ver".

"Gordon", dice Jo, pero "Portador", dice él, "vamos a ser formales y todo eso. La mía es una casa abierta, su gracia. Todos son bienvenidos, nadie es rechazado y nadie se marcha sin que ellos lo digan. ¿Está claro? Ahora dame tu mano, muchacho".

"¿Por qué", dice Jo.

"Voy a mostraros una cosa, como dije". Gordon toma la mano de Christian en la suya y levanta el cuchillo. "Luego toma la decisión. Te vas o te quedas".

"¿Qué infiernos, Gordon?", dice Jo, pero Christian aspira el aire. Gordon deja el cuchillo a un lado. Mana un reguero de la muesca en el pulgar de Christian, una perla láctea que se baja rodando para suspenderse, hinchándose, tocada con oro, desde el borde del talón de la mano.

"Esto se remonta atrás también", dice Gordon. "Muy atrás. Y no tiene nada que ver con tus problemas. Ahora vete a casa, Gallowglas. De vuelta a tu Reina soltera. Déjanos llevarnos bien como lo hacemos. Tu amigo", y le muestra a Christian un trapo blanco y limpio, "se velará a sí mismo".

Después de un momento, Christian toma el trapo.



Reclinándose en la silla giratoria, pies cruzados sobre el escritorio, no tanto una sonrisa como un aire de estar al borde de su boca y ojos. "David", dice ella.

Kerr deja que la cartera de cuero se deslice de su hombro. "¿No te gusta la vista desde tu oficina?" Una mirada al reloj. Once y veinte, aunque un par de diales más pequeños giran como locos.

"No respondes a mis llamadas". Su cabello está cortado en puntas

rizadas, Labios rojo brillante. "De veras deberías devolverme las llamadas".

"¿Qué es esto, Avery?", dice Kerr.

"Hay expectativas de cada contratista. Por eso que tenemos contratos. Cada obligación se establece en blanco y negro para que todas las partes puedan acordar qué se debe hacer y cómo, cuándo y quién", un gesto con la mano para enfatizar cada punto, y ahora ella baja los pies, se sienta erguida, "qué sucede cuando no. No se informa. No se registra. Se eliminan las reuniones de personal, se..."

"¡No hay nada de que informar!", dice Kerr. "Avery. Yo pongo las bases. Para que puedas sacarlo del parque. Cualquier campaña..."

"Ya sé a qué te dedicas, David".

"*Cualquier campaña* que necesita que yo me apresure tres semanas está en serios problemas. Tú no estás en serios problemas. Él podría arruinar totalmente el debate, todavía aclarará cincuenta y dos, cincuenta y uno por ciento. Así que no hay escorrentía en noviembre. Así que no necesitas que yo venga los miércoles y viernes para decir lo que dije hace seis meses el año pasado, ¡todo está hecho! Tú lo escuchaste, hiciste casi todo lo que dije, ¡Viva equipo! Es una pérdida de tiempo para todos".

"Entonces nos quedamos con un..."

"¿Para quién es esto?", dice Kerr. "Estas emboscadas teatrales. Somos solo nosotros dos aquí, y debes ser lo suficientemente inteligente como para saber que esto no hace nada por mí. ¿Te estás animando con este pequeño espectáculo? Porque, debo decirte que eso realmente ..."

"Nos queda una pregunta, David", dice Avery con firmeza. Su boca y sus ojos no están cerca de una sonrisa ahora. "Si *has terminado*, ¿por qué deberíamos mantenerte cerca?"

"Bueno", dice Kerr, "ese contrato también especifica pagos, bonificaciones..."

"Y has establecido que estás en un incumplimiento".

Kerr cierra los ojos. "Tienes que estar bromeando. El debate..."

"Pero pensé que él no podía perder, incluso si lo arruinaba. Gracias a tu arduo trabajo". Ella se inclina a un lado para meter un pie entre las correas de un zapato de talón negro y delgado. "No es nada personal, David". Inclinandose hacia el otro lado, su otro zapato. "Estoy segura de que volveremos a trabajar juntos. Pronto". De pie, ella le entrega un sobre blanco en blanco. "Eres muy bueno en lo que haces". Y afuera ella se va.

"Bueno, mierda", dice David Kerr.



Un golpe de cristales ahí fuera, una salpicadura, un alarido, el edredón tumbado, arrojado hacia arriba, Ysabel lanzando como un resorte el largo de su brazo para agarrar un prenda de encaje blanco, saliendo rápidamente por la puerta mientras Chrissie esta sentada con el pelo amarillo torcido alrededor de su rostro de ojos entornados, "¿Ysabel?", dice ella suavemente borrosa. Alguien está llorando ahí fuera, y echo una ruina, sollozos entre grititos. Chrissie se libera de la ropa de cama, se agacha desnuda junto a la amplia cama blanca, hurgando entre los restos de ropa negra desechada, "Maldita sea", se pone un torpe corpiño alrededor del cuello cuando los gritos se duplican, las palabras se pueden descifrar, tales como «Joder, *maldita sea*, ella lucha por ponerse en pie, cordones del corpiño colgando sueltos entre la exagerada impresión de la caricatura de labios en rojo en su costado. "¿Ysabel?", grita por la puerta, por el pasillo, hacia la cocina manchada de agua, fragmentos de vidrio, tallos rotos de una docena de lirios, pétalos de cera blanca y dorada extendidos y aplastados. Jo está sentada en el suelo con su abrigo del color de la mantequilla, de espaldas a la barra del desayuno, manos aferradas una con la otra y sangre, sangre roja corriendo, manchando su abrigo, su cara arrugada por

el dolor. Ysabel envuelta en encaje blanco se arrodilla en los bajos escalones a su lado, murmurando algo, y "Oh", dice Chrissie, "oh, eso parece", caminando con cuidado sobre el jarrón roto para agarrar un paño de cocina que cuelga del mango de la nevera, < em > "Jodida estupidez , ¿qué es que lo he...?", gruñido ahogado de Jo, y Chrissie se arrodilla al otro lado ignorando el agua, las flores, el cristal, "vamos a presionar", dice ella, pero "¡Jesucristo!", espeta Jo alejándose con una sacudida.

"Estoy segura de que", dice Chrissie, "si pudiéramos simplemente ..."

"¿Quieres fingir que ayudas?", gruñe Jo. "Ponte unos malditos pantalones".

"Yo", dice Chrissie, "yo solo", pero Ysabel toma la toalla de sus manos que se aflojan. "Ve", dice ella mirando a Jo.

"Podría", dice Chrissie, "barrer esto por vosotras, al menos deja que..."

"Que te", dice Ysabel. "Vayas. Ahora."

Chrissie, lentamente, se pone en pie. Un largo paso sobre lo peor del cristal, luego, en silencio, sale de la cocina.

"Bueno", dice Ysabel secando lo peor de la herida en la palma de Jo, pero la sangre fresca brota entre el pulgar y el índice. Jo inhala irregularmente, "He arruinado tu encaje, ¿qué es eso?", dice ella. "¿un peignoir? No sé conozco todos los...", haciendo una mueca mientras Ysabel enrolla la toalla en su mano, "es un trapito ", dice ella, "y de momento, la menor de mis preocupaciones. Espera. Voy a buscar algo de owr. Estarás bien". Pero Ysabel no se pone de pie y Jo abre los ojos. "¿Qué coño estamos haciendo, Ysabel?"

"Tener un berrinche, parece". Ysabel mira por encima del derrame de agua y lirios. "Es una pena. El ramo de hoy era encantador, pienso".

"Lo di un puñetazo en la nariz, esa es la cosa", dice Jo. "Quiero decir, de lo contrario... te lo hubiera dicho, seguro, tal vez le vi a él cortarse o algo, raspase una rodilla, pero no estoy segura. Tal vez solo me estaba inventando lo que quería recordar. Pero. ¿La primera vez que nos conocimos? Nos acabábamos de conocer, y él cuenta un estúpido chiste de mierda, y yo le pegué un puñetazo, y lo que arrojé a chorros", sostiene en alto esa toalla enrojecida y apretada. "Pero. ¿Hoy?", dice ella cerrando los ojos. "¿Cuándo él?", baja la mano. Ysabel la atrapa, la levanta suavemente hacia arriba, "Sostenla por encima del corazón", dice ella.

"¿Qué sabes de corazones", dice Jo.

Ysabel le suelta la mano.

"Él se ha ido, ¿verdad?", dice Jo. "Christian". Esa mano junto a su hombro. "Quiero decir, quien quiera que sea, se parece a él, habla como él, sabe lo que él sabe, pero no es, es, uno de vosotros, diafrazado, como, y..."

"Jo", dice Ysabel.

"... él está muerto, está muerto, lo sabía, sabía que estaba muerto, el año pasado, esa estúpida jodidacacería, yo nunca...", mirando hacia otro lado. "Yo nunca debería haber dicho que sí".

En silencio, Ysabel dice: "¿Te refieres a esto?", pero Jo está recuperando el hiposo aliento, "¿O es eso...", dice Jo, "es eso lo que... lo que pasa cuando te mueres, si te mueres y tienes suerte de volver, como uno de vosotros?", pero Ysabel se avalanza, toma la mano sin venda de Jo en la suya, se inclina cerca, un beso en la frente, "Siente", dice Ysabel, "el calor en mí, de mi carne, de mi aliento, tú sabes que no soy un fantasma", y Jo, parpadeando con los ojos húmedos, dice: "Dios mío", dice, "¿tú me amas?"

"Por supuesto", dice Ysabel acunando a Jo, "no puede haber duda", pero Jo se retuerce, "yo", dice ella, y: "tú, ¿por qué?, ¿por qué le", dice Jo, "elegiste a él", echándose hacia atrás, "y no a mí?" Su cabeza apoyada en la barra ahora. Ysabel posada en esos bajos escalones. "El jodido Christian Beaumont. Él va y entra, me dice eso de sus zapatos y lo que sea, y que estoy atrapada, aquí, con, ¿con esto?" Sosteniendo en alto la toalla empapada de sangre apretada alrededor de su puño. "¿Y Frankie?", dice ella, y sus ojos se cierran sobre las lágrimas. "Y el maldito Danny Moody", dice ella, y un tremendo sollozo. "Jo", dice Ysabel acercándose, pero ese puño, ese puño, Jo abre los ojos, "Porque tú necesitas esto, ¿verdad? Para responder a cada insulto. Para ser la ley. Mientras tú..."

"Jo", dice Ysabel.

"Mientras tú mientes, fingiendo ser Reina".

Ysabel baja la vista, hacia la nada, hacia a un lado. Pone una mano en el suelo, el agua allí. "Yo voy", dice ella levantando la mano y volviéndola a plantar. "Voy a buscar el ovr", dice poniéndose en pie. "Para detener la sangre".

"No soy la única", dice Jo recuperando la compostura. Ysabel le tiende una mano, "¿Qué quieres decir?", dice ella, pero Jo sostiene su mano en la otra, se aleja de la ayuda de Ysabel mientras se levanta, "Pregúntale a tu hermano", dice Jo pasando junto a Ysabel con un



empujón para salir de la cocina, hacia el pasillo, a través de la puerta de su habitación.

"¿Mi hermano?", dice Ysabel. "¿Jo?" Y luego, "Jo, ¿quién es Danny Moody?" Y un murmullo para sí misma, "No dices nada con sentido". Y luego, quejumbrosa, titubeante, "¿Gallowglas?"

Esa puerta se abre de golpe. Jo, con su abrigo manchado de sangre, sale de las sombras, en su mano ensangrentada envuelta en una toalla, la máscara de calavera, toscos dientes cincelados con tinta negra, melena larga y negra que se arrastra por el suelo, por el agua, por las flores, el tintineo del vidrio.

"¿Adónde vas?", dice Ysabel.

Jo blande esa máscara. "A ver cómo deshacerme de esto", dice ella. Su mano en el pomo de la puerta del apartamento. "Estoy", dice ella mirando hacia abajo. "Yo, dile a, Chrissie. Lo siento, yo estaba, ella solo estaba...", pero luego abre la puerta. Mira atrás sobre el hombro. "Déjala irse a casa, Ysabel", dice ella.

"Espera", dice Ysabel, "por favor. Detente", pero Jo sale, se ha ido.



"Pocas cosas", dice ella, "tienen algún tipo de sentido ahora", mientras empuja las relucientes ascuas en la parrilla, espoleando chispas.

"Entonces, podría tomar mi brillante espada, mi robusto burgonet, ponerme los guantes y bajar el látigo del dintel de la puerta", un rasguño de metal cuando ella se reclina en el asiento. Brazo izquierdo envuelto en una placa reluciente, policía y caldero, brazaletes y cuero de vaca.

"Sin mi yegua, ansiosa por el camino angosto, y la mañana a nuestras espaldas". Su cabello era un casco bien recortado, cálidamente gris a la luz del fuego. "Los mismos arbustos yacían planos para nosotras, los arroyos encogían para nosotras y hombres y mujeres se inclinaban al pasar. Tenían modales entonces, y sabían lo que era propio de un caballero. ¿Pero ahora que tengo un estandarte propio? La multitud a mi alrededor, maullando todas sus necesidades para mí, como si yo fuera la fuente y el remedio soberano, y yo debo...", cerrando su guantelete en un puño sobre la rodilla, "escuchar", dice ella con una mirada agria.

"La ironía no extravía su camino con nosotras", dice una de las mujeres en el sofá detrás de ella, y su largo cabello blanco deshecho, dejado suelto para flotar en mechones sobre su cabeza y hombros. "La

corona de incluso un Marqués tiene algo de peso", dice la otra, cabello blanco fuertemente atado en despiadadas trenzas.

"Duermo ahora", dice el Marqués. "Desde que volví a la vida, duermo casi todas las noches y tengo sueños". Cuelga el atizador de su gancho junto al fuego. "O mejor dicho... sé que he soñado. Me despierto, vuelvo a mí misma, endemoniada por estos fragmentos de, ni siquiera son recuerdos: colores, en su mayoría. Una sensación de movimiento". Clanc y chirrido, alza y abre el puño, como si lanzara algo al aire. "No veo sentido en ellos".

"Y aún así", dice una de las mujeres. "Pero", la otra. Están sentadas con sus espaldas contra los brazos de ese sofá, rosa parduzco, sus piernas dobladas y juntas bajo una tela afgana, un ojo de dios, neón brillante.

"Anoche", dice el Marqués, "y la noche anterior, el mismo momento inmóvil surgió a la superficie de todo ese galimatías. Yo estaba de pie, o parecía estarlo, en el parapeto de una torre, alta sobre la ciudad, pero tal torre no existe. El sol brillaba, pero a través de una bruma, no era niebla ni nubes, sino humo, como si las torres de asedio ardieran a nuestras puertas, y la luz era a la vez demasiado brillante y tenue. Pero podía ver el río, sus aguas se elevaban para engullir los puentes, llenar calles y lamer los cristales de las ventanas, y la inundación era oscura y roja en esa horrible luz, como el óxido".

"Sangre, creo que te refieres".

"El óxido es por lo que la sangre es roja".

"Pero el fuego es lo que produce óxido".

"Oh, ahora eso es un avance".

"¿Qué significa?", dice el Marqués girándose en el hogar para encararlas a ambas, una de ellas dando forma cuidadosamente a una uña con una lima de cartón, la otra pelando una manzana verde con un cuchillito de plata.

"Nada"

"Cualquier cosa".

"Pronto lo sabremos".

"A menos que no lo sepamos, por supuesto".

"Cierto, cierto".

Esa mano blindada se cierra de nuevo en un puño.



*Ella se ha puesto unos vaqueros negros y una blanca chaqueta sin abrochar sobre el corpiño, pero sus pies están descalzos sobre la exuberante hierba. Ella está mirando hacia ellos, hacia la hierba, y su cabello amarillo ha caído ante su cara como una inmóvil cortina recta. El cielo arriba de un despejado azul impassiblemente claro, las flores que llenan el lecho se eleva ricamente en blanco y rosa, naranja brillante, amarillo. Un pestillo cruje, las bisagras chirrían, ella levanta la cabeza, el cabello se balancea, la puerta se abre bajo el toldo del pequeño porche de madera, y el cabello negro de Ysabel, vetado de plata en las sombras, vestidito de encaje salpicado de algo, sangre. "Oh, Dios", dice Chrissie, "¿está ella, estáis vosotras bien?", pero Ysabel está levantando una mano cargada de luz, rayas doradas y grupos de polvo brillante, "Ven", dice ella. <*

*Un paso tambaleante sobre la hierba. "¿Ysabel?"*

*"¿Me amas?"*

*"Por supuesto", dice Chrissie, otro paso, otro. "Sí, Ysabel, yo -"*

*"¿Me quieres?"*

*"Yo, pero, ¿qué?", dice Chrissie, mientras Ysabel agarra a Chrissie por un lazo del cinturón con esa mano cubierta de oro y detiene su tartamudeo con un beso. "¿Tú me quieres?", dice Ysabel arrastrando su mano entre ellas, manchando de luz el vientre de Chrissie, su pecho y cuello, ahora brillantes, dorados, sus ojos cerrándose, los labios separándose, una respiración, pero la palabra, temblando, no llega, ella asiente en su lugar, rápidamente, frenéticamente: sí.*

# la bolsa de Basura / las Torres, las colinas, el sol / aún no son una Docena

La bolsa de basura está casi vacía, pero se balancea pesadamente cuando ella la acerca junto a las otras, llenas pero mucho más ligeras, allí junto a media docena de cajas de cartón. Se endereza, mano en la cadera, holgada camiseta negra, un trozo de encaje negro atado alrededor del cuello. La habitación sin ventanas cernida alrededor de ella, iluminada solo por la lámpara en el suelo. Agrestes sombras asoman arriba de las paredes polvorientas. Ella se arrodilla junto a esa laxamente cargada bolsa, la desenrolla y la extiende abierta, y la luz que sube moteando es un vertido de mañana suavemente dorado reflejado en el agua tranquila, y ella cierra lentamente los ojos, sus hombros se acomodan, una profunda inhalación. Pisadas crujen afuera. Ella retuerce y cierra el plástico, un descuidado nudo que engulle la luz, y la empuja bajo las otras bolsas.

"Hey, Petra", dice Gloria, allí en el umbral de la puerta, con mono teñido, parte superior desabrochada sobre una camiseta que dice «Skunkguckin» en letras garabateadas a mano. "Quería ver cómo te estabas instalando. Tienes electricidad aquí, bien. ¿Estás segura de que quieres esta habitación? Tenemos muchas con ventanas, ¿sabes?. Si tienen pintura podemos limpiarlas. De todo, podemos hacer".

La mujer toda de negro se endereza, se estira, "Quiero", dice ella, "colgar fotos. Mis inatantáneas, para que sea todo, la ciudad. Dentro. ¿Algo así?" Cruza los brazos sobre sí misma.

"¿Necesitas mantas?" dice Gloria. "Todavía hace un poco de frío por la noche, tenemos un montón de calentadores espaciales. ¿Te dijo Anna lo de las mochilas planas?", y luego, mientras Petra frunce el ceño, "Vamos, te las mostraré", indicando hacia el pasillo, "un escritorio o dos, un par de vestidores, algunos estantes, los restos de nuestra escapada al IKEA", la luz del sol brilla desde la ventana de mugriento borde al fondo, "aunque ni siquiera

tendremos que salir una vez que arreglemos la banda ancha y el wifi", se esquivaba una lámina de pintura beige opaca que se está despegando en franjas desecadas de las paredes y el techo. "¿Con eso y Amazon? Podemos conaeguir lo que necesitemos, entregado aquí mismo. Lo que es bueno, ya que no tenemos un camión ", gira adelante, dobla una esquina, Petra, trotando detrás:" ¡Gloria! ", llama ella, pisotones crujiendo sobre la pintura caída.

Al doblar la esquina, un par de escalones bajan un corto tramo, Gloria la está mirando expectante, y Petra se cruza de brazos, "Yo no...", dice, "No puedo en serio, la habitación es un regalo del cielo, un salvavidas, literalmente, no puedo, yo gracias. Yo solo", mientras Gloria gira subiendo un escalón hacia ella, "De verdad que no puedo, permítrme hacer algo así ahora. Quiero decir, ahora estaría ahí fuera en la calle si vosotras no hubierais", pero subiendo un escalón más, Gloria dice: "No, no, no lo entiendes: está cubierto. Está todo cubierto".

"¿Cubierto?", dice Petra.

"Cualquier cosa que necesites. ¿Nueva cámara? ¿Película? ¿Si quieres fotografiar eso y aquello? ¿Un ordenador portátil, tal vez? Lo que sea. Avísame.", inclinándose cerca. "Lo haremos realidad".

"Cubierto", dice Petra de nuevo desplegando un brazo.

Bajando los escalones hacia un vestíbulo con suelo de baldositas amarillentas, "De eso se trata todo", dice Gloria, "lo que intentamos hacer aquí", más allá de la escalera bajo un arco largo y bajo, "asimilar lo que pasó, lo que nos han hecho", salen al almacén cavernoso, puestos sombríos marchando a lo largo de esos altos muros, "y hacer", dice ella, mano arriba, su paso vacilante, "algo", alza la vista hacia en el escenario elevado al fondo del espacio, hacia el hombre allí, de espaldas a ellas, de pie ante los lienzos inclinados unos contra otros, la figura pintada danzando de uno a otro. "¿Puedo ayudarle?", llama Gloria.

Él se gira, chaqueta gris, arbusto como barba, oscuras gafitas de sol. "Tú estuviste con el Mooncalfe", dice.

“¿Puedo ayudarle?” dice Gloria, bruscamente.

Asiente, suspira. "Marfisa", dice él. "El Hacha. Hermana del Sabueso. Es de suma importancia para el universo entero que yo hable con ella". Y luego, "¿Marfisa?", dice él. "Es bastante alta, su pelo, blanco. Me han dicho que vive aquí... ¿contigo?"

"Ahí", dice Gloria alzando la vista hacia las vigas, las sombras.

El Sr. Keightlinger planta sus manos y se brinca levemente al escenario, dejando abajo los lienzos hacia la esquelética escalera junto a la pared. "Gloria", dice Petra. "¿Estás segura?"

"Ahora no", dice Gloria, mirándole subir hasta la pasarela. "La escalerita", avisa ella. Él pone una mano sobre un peldaño, mira hacia arriba. Comienza a escalar.

Está oscuro, arriba bajo las vigas. Improvisado suelo de acolchados tablones cubierto por alfombras intrincadamente estampadas superpuestas una encima de la otra, y un futón sobre las alfombras, y Marfisa, cabello blanco dorado brillando a la luz de la lámpara en la esquina de un bajo estante atestado de libros. Ella deja a un lado un libro de bolsillo arrugado y desgastado, «Abby Tinker», dicen las letras doradas de la portada, «El mundo de Cynara», y observa cómo el Sr. Keightlinger sube hasta las alfombras, se despliega él mismo, hombros encorvados, cabeza agachada, pero mirando hacia arriba al techo, justo encima de ellos, lleno de estrellas.

El techo está lleno de estrellas: miles de ellas ardiendo, fríamente, rojas y naranjas, verdes, azules, blancas, pero principalmente doradas, salpicadas entre vertiginosos estelas y cúmulos, grandes rizos lamidos por el viento, tantos y tan brillantes, y aún así tan débiles que su luz apenas puede alcanzar su rostro en la sombra.

"Tú solías trabajar con el mago", dice Marfisa.

"Yo", dice el Sr. Keightlinger bajando las gafas de sol, alejándose del techo tan cercano, tan lejano. "Necesito tu ayuda. Tu hermano..."

"Yo no tengo hermano".

"El Mango", dice. "El Sabueso".

"He dejado todo eso atrás".

"Él se ha", dice el Sr. Keightlinger, "entrometido en algo terriblemente peligroso".

"No hay nada que yo pudiera hacer para ayudarte". Marfisa toma su libro.

"Puedes abrirme la puerta de la casa".

Un momento, entonces, antes de que Marfisa alce la vista, negando con la cabeza.

"Dime", dice el Sr. Keightlinger. "¿Quién más hay en esa casa, además de tu hermano?"

"Él no es", dice Marfisa, pero luego, un golpe de su aliento, "Abuelo", dice ella.



El sol tan brillante, tan alto arriba, tan fino pero tan penetrante a través del limpio azul que ataca los deslumbrantes destellos de las torres, rígidas ante las colinas drapeadas de verde. Las salpicaduras de su abrigo color mantequilla han palidecido hasta convertirse en una sombra de barro, paño de cocina oscuro sobre una mano, cabeza gacha al cruzar el gran puente ancho más allá de ociosos coches y camiones, detenidos por algún gruñido en el tráfico adelante. La melena de la máscara en su otra mano roza la acera a su paso.

El siseo y el roce de la melena, y el rasguño y las pisadas de sus

zapatos.

Deteniéndose, alza la vista y ensombreciendo los ojos con la mano envuelta en la toalla. La susurrante brisa no consigue alborotar su cabello. El sosegado río debajo demasiado brillante para mirarlo directamente. Ella sale de la acera hacia la cubierta de hormigón, mira a través de un parabrisas atacado por el sol hacia los asientos vacíos en el interior. Se dirige hacia el parado sedán para asir el lecho de la camioneta de altas ruedas siguiente en la fila. Nadie está tras la luna tintada de la ventanilla trasera de la cabina. Más allá de un descapotable vacío de baja altura, el autobús allí a un carril de distancia, «No Dejes que LOL Se Convierta en DOA», los asientos a través de las ventanas sobre el anuncio están vacíos y nadie al volante. Ella sube por el parachoques de un coche urbano hasta el maletero, gruñido de estrés cuando ella salta hasta el techo, un derrumbante pop cuando este se acomoda bajo su peso. Dos carriles se extienden parachoque con parachoque a lo largo del puente, pero silenciosos, vacíos, quietos. Las torres más adelante, y las colinas, el sol, la pendiente y la rueda de las rampas de las autovías detrás, los puentes a cada lado y solo el río brillante lamiendo abajo.

Ella levanta esa máscara en alto. La melena se arremolina, más por el movimiento de su brazo que por cualquier respiración de aire. La sostiene en alto y luego tira hacia abajo con ambas manos y la ajusta sobre su cabeza.

La melena negra se eleva enorme y alta, extendiéndose, creciendo, una vela, una pared, su sombra una oscuridad que eclipsa el puente y el río, rayos desenrollándose hacia más arriba cuando hacia fuera ella extiende los brazos, mandíbula caída bajo los dientes de esa máscara, ella está aullando y el repentino bramido de bocinas, retumbar y gruñido de motores, alguien está gritando abajo, riendo, ella está sujetando la máscara mientras esta rebota en su cara, ella salta del capó a la acera y corre, corre mientras la lluvia viene aplastando al derrumbarse.





"Mierda", y los tonos de guitarra de acero, comprimidos desde un diminuto altavoz metálico, se disuelven en un graznido de estática. Revuelto de plástico y cartón cuando alguien sale de un cobertizo hacia la verja de alambre a lo largo de una acera, mugrientos vaqueros y una chaqueta verde excedente del ejército, gran sombrero negro, él se encuentra junto a la mujer allí, chubasquero púrpura y caídos pantalones cortos caqui, «ella está señalando, pero no tiene que hacerlo», hirviendo sobre los árboles, sobre el río, sobre los puentes, una nube negra y salvaje que sube para tragarse el cielo cuando un gran viento se levanta azotando sus ropas, las lonas tras ellos, incluso la gravilla arrastra, aleteo y golpe, una lámina de cartón sube panza arriba desde el suelo, se aferra a la verja, "Guaoh", dice la mujer, la palabra perdida en ese racheante rugido él cae de rodillas, mejillas brillando húmedas. garganta saltando, "Moody", dice ella en voz alta, "¡Moody!" por encima de su ronco chillido, agarrándole por el hombro cuando las primeras gotas gruesas comienzan a caer, pero él le balancea el empujón de un puñetazo hacia ella y esta salta hacia atrás, "Que te jodan", grita ella mientras él rueda en el suelo embarrado, ella está agachada sobre él arrastrándose bajo la lona, "*¡Que te jodan!*" mientras él se impulsa hacia arriba a cuatro patas, entre arcadas, chaqueta verde empastada de pétalos de flores rosas y blancas, y más cayendo, volando, rodando a través de la lluvia.



Cortinas hasta el suelo echadas a lo largo de la pared, vaga luz filtrándose desde algún dispositivo desde la cocina, basura en pilas y montones por todo el suelo, ella deja caer la papelera de reciclaje de plástico amarillo con un choque tintineante. Keds rojos sin atar, patas veteadas de barro o algo, una parka rosa y naranja brillante, punteada con pétalos de flores mojadas. Ella vuelca de una patada esa papelera con un pie descalzo que sobresale de un derrame de basura, latas y botellas de plástico sin envoltorios, dibujos de cartón, tubos de plástico, cáscaras de huevo y envoltorios de plástico retorcidos, papeles, bolas de papel aluminio, salpicadura de

pieles vegetales y café molido, jadeando mientras él levanta la cabeza, largo cabello castaño y húmedo y lacio, "¿Qué", dice él parpadeando, "¿Jes? ¿Eres tú?" Pero ella se dirige hacia la cocina.

Cuando ella regresa, ha perdido la parka, está bebiendo de una botella de vidrio verde, él está recogiendo la basura y metiéndola en la papelera, "¿Qué es esto?", dice él. "Es una porquería". El ruido se hace más fuerte. "¿Está lloviendo?", dice él mirando el cabello mojado de ella y los pétalos atrapados en los mechones. Ella vacía la botella, la lanza rápidamente para estrellarla entre toda esa basura, "¿Porquería?", dice ella. "¿Quieres un poco de cerveza?" Plantando un Ked sobre su pecho desnudo, empujándolo hacia atrás, hacia abajo, para ponerse de cuclillas sobre él en la oscuridad. Arrugando el dobladillo de su sucia camiseta sin mangas sobre sus caderas. "Tú, miserable y apestosa mierdecilla", dice ella, y un surtido, luego un chorro de orina salpica su barba enmarañada, y él abre la boca para tragarla mientras la lluvia pela el vidrio alrededor.



Delantal blanco a rayas rojas, fino cuchillo en una mano, ella sale de la habitación de paredes blancas que brilla hacia el escaparate más tenue adornado con madera, pasa a un joven con una camisa blanca, mangas enrolladas por encima de los codos, recorre la longitud de las vitrinas refrigeradas llenas de lengüetas y cortes de carne, gruesos filetes rojos y húmedos y pilas de salchichas, una bandeja de oscuros hígados como joyas, brillantes kebabs con pimientos y cebollas y champiñones picados y salpicados de hierbas verdes, ricamente matizados prosciuttos y jamones, por la planta pasando un cliente o dos hacia las ventanas rayadas con lluvia y pétalos, el ruidoso golpeteo de la lluvia en la acera y la calle allí fuera ya vacilando, la luz ya cambiando, el sol tardío luchando por desde abajo de esas nubes que se levantan y se separan. "Guao, eso ha sido, intenso", dice un cliente tras ella cuando las últimas flores caen del viento agonizante. "Oh, Phil", suspira ella, un susurro para sí misma, "mejor será que no seas tú".



El agua de lluvia encharca el piso, empapando las X de cinta adhesiva azul colocada aquí y allá, y pétalos empapados rosas y blancos, el rastro ocasional rojo oscuro de las puertas dobles hacia donde está tumbada, espalda contra la pared espejada, pálido abrigo salpicado abierto, y su mano crudamente vendada en su regazo. La máscara en el suelo allí a su lado, rígida melena negra salpicada de agua y pétalos en sus mechones. Ella alza la vista cuando un hombre entra en la amplia sala, pelo corto y calvo y un salpimentado Van Dyke enmarcando una boca agria, copa de papel en la mano y otra sujeta en el gancho que le tiende. "¿Cómo quedó el otro tipo?", dice él mientras ella la toma.

"No, no fue", dice ella olisqueando, sorbiendo, haciendo una mueca, "fue, un, un jarrón". Otro sorbo, ojos muy abiertos, un trago rígido. "Rompí un jarrón".

"Aún así. Mejor que te lo miren", dice él, pero ella se ríe, "¿Esto?", levantando el torpe mitón de toalla pardo. "Solo necesito meterlo en un cubo de brillantina. Estaré bien".

"Yo diría que no seas estúpida", y arruga su copa vacía, la deja caer. "Pero ese tren ya ha dejado la estación. ¿Qué fue lo que te dije? ¡Lo primero!" Se da la vuelta, apunta una patada a un grupo de flores empapadas. "¡no te mezcles con esta mierda!"

"Oh, Jesús, jodido Cristo, Vincent, lo siento". Jo se pone de pie. "¿Dónde está la jodida escoba?"

"No te...", girando, "rías de esto", acercándose, se tambalea para chocar contra el espejo, "no te *atrevas*", él está diciendo, "a arrastrar esa maldita cosa aquí otra vez", su gancho apunta a la máscara allí en el piso, " *estúpida* chica irreflexiva, no tienes el menor *sentido* común. Dios te dio un guisante", pero: "Me dijiste", dice ella, "me dijiste que me echarían una mirada, una mirada y me abrirían de

un tajo y me robarían el dinero del almuerzo". <

"Sí, bueno", una respiración profunda, "todavía tienen tiempo".

"Once", dice ella, llanamente, fuertemente. Él retrocede frunciendo el ceño, "¿Once?", dice y echa un vistazo a la máscara. "Once", dice. "¿Qué demonios estás... estás, quieres comparar *cuenta de cuerpos*? Chica, yo he", pero la cara de Jo se arruga y un sollozo tremendo le sacude los hombros, salta su garganta, su cabeza golpea contra su el cristal, una tos ardiente, su mano se alza, ella se encoge sobre sí misma, el bufido de un aliento que ella tiembla con el esfuerzo de contener, presionar, apretar. "Once", dice ella, soltándolo. Alza la cabeza. "Directamente, con la espada, o, porque, hice, algo ¿estúpido? O porque estaba asustada. Enojada. Estúpida. Pero también, porque me", un suspiro estremecedor, "dijeron que lo hiciera. El Diablo. No puedo, no puedo seguir haciendo esto".

"Pero tú estás en eso", dice Vincent, con la voz un suave raspado.

"Quiero salir", dice ella. "Quiero dejarlo".

"No puedes".

"Tú lo hiciste".

Él retrocede un paso, mira hacia abajo, al suelo encharcado, a las tiras de cinta adhesiva, los pétalos. "Lo que hice", dice, "eso es fácil. Sólo, vete. Déjalo todo. Despega. Déjalos en la estacada, solos, deja que caigan, no mires atrás. Intenta no mirar atrás. Si lo haces", una respiración profunda, "yo no llamaría a lo que hice dejarlo exactamente". Volviéndose hacia ella. "Te dices a ti mismo que estás preparado, que sabes lo que implica. Que nunca la volverás a ver. Pero no lo estás. Nunca lo estarás. Nunca, deja pasar, la conmoción de darse cuenta una y otra vez que tú nunca volverás. A verla. De nuevo. Así que", dice parpadeando rápidamente. "Ahí está". Las puertas tras ellos traquetean, alguien está probando las pomos. Alguien está llamando. Jo se aleja de la pared espejada mientras Vincent se da vuelta, se dirige a las puertas, "¡Espere!", grita él cuando las llamadas se tornan palmadas, puñetazos. Jo se agacha allí junto a la máscara. La melena se reanima cuando ella la levanta

y le da vuelta en sus manos. "No estaba bromeando, sobre la escoba", dice ella. "Voy a limpiar esto".

"Necesitarás una fregona", dice Vincent abriendo la cerradura y la puerta. "Y cuidado con la cinta. No estoy a punto de volver a bloquear a Titus".

Jo levanta la vista, inexpresiva, hacia el hombre allí de pie, vaqueros grises y una suave camisa amarilla, cabello con un toque rosa anaranjado, "Hey, papá", dice, "¿está ella?", y luego, mientras ella se pone en pie, máscara en su mano vendada, "¡Cazador!", grita. "¿Estás bien?"

Esa melena negra se balancea cuando ella da un paso vacilante hacia ellos dos. Libera la mano de una sacudida, la levanta y la luz arde en esa amplia habitación.

# Su espada / Las riquezas de la Ciudad / Amortiguador de Peabo / "Todo va bien" champiñones

La espada de Jo, la hoja de la misma intensamente brillante desde los limpios y rectos gavilanes colocados sobre la reluciente red de la guardia sobre su mano pronada hacia arriba y hacia fuera, temblando hasta la punta apenas a un paso o así de la garganta del Rey, barbilla levantada y hacia atrás, sus ojos, uno azul, uno marrón, sin pestañear, fijos en los de ella. "Gallowglas", dice el Rey, y solo es el toque de una pregunta en su tono.

"Jesús, chica, ¡guarda eso!" Vincent, ojos muy abiertos, a su lado.

"Me mentiste", dice ella a Lymond, al Rey.

"Te aseguramos que no".

Su otra mano, aún envuelta en esa toalla manchada de sangre, se mantiene abajo, dedos y pulgar apretados fuertemente entre los dientes cincelados de esa máscara de calavera, la melena pendiendo justo sobre del suelo encharcado. "Me ocultaste cosas", dice ella.

"Hemos sido tan claros y abiertos en nuestros tratos como cualquier gobernante podría", dice, pero ella se ha avalanzado hacia adelante y con un movimiento de su muñeca hace temblar la espada para azotar la punta y enganchar y rebanar, él retrocede bruscamente, mano levantada para agarrar la manga de su hombro allí rasgada, y un grito de Vincent. Jo baja su empuñadura, retira su espada, la punta de la misma queda opaca por una mancha roja.

"Pero te mostré que el día que aceptaste tu cargo de mí", dice Lymond.

"Qué demonios", dice Vincent, a un lado, mientras, "No me lo dijiste", dice Jo. "No me dijiste lo que significa. ¡Que podías quitarme

esto de mí!" Blandiendo la máscara, la melena de la misma balanceándose. "¡Que todo este tiempo podrías haber hecho esta mierda tú *mismo!*"

"Cazador", dice, "su gracia", alzando su mano del hombro para mantenerla, pegajosamente roja, entre ellos, allí junto a la máscara, "aunque esto significara lo que crees", haciendo una mueca mientras se agarra la herida una vez más, "Yo no podía ocupar tu oficio. Un rey no podría ser más gallowglas que un gallowglas un rey".

Vincent, acercándose, dice: "Déjame echar un vistazo a eso", pero Lymond aparta su hombro girando, "Papá, por favor", dice, y luego, "Jo. Aceptaste este oficio de la mano de mi madre. Buscaste la máscara tú misma, y lo has hecho bien, y sin embargo... si pudiera quitártela". Ella baja su espada mientras él camina hacia ella, y extiende su mano libre para agarrar la suya envuelta en la toalla de sangre y la máscara se mece entre ellos. "Pero no puedo", dice. "Tú eres el Cazador. La caza es tuya". Quitando su mano ensangrentada una vez más de su hombro, doblándola con la otra sobre el vendaje improvisado de Jo. "Pero", y respira hondo. "Es tu otro oficio el que nos preocupa ahora. Te extrañaron en la corte ayer".

"Luys", dice ella, un graznido de palabras.

"El Masón fue una jugada, pero necesitábamos a el Sudeste", dice él. Ella aparta la mirada, retrocede un paso, liberando su mano de un tirón, su espada y la máscara mantenidas bajas mientras ella niega con la cabeza, "Jo Gallowglas", dice Lymond, "hay una amenaza, para tu cuartel y nuestra Reina. Entendemos que deseas dejar de lado tus deberes; te buscamos hoy para pedirte que regreses con nosotros, a", parpadea, un ligero ceño fruncido, "donde todo comenzó", dice, "a la casa de Buenamigo. Íbamos a la casa de Buenamigo. Para mostrarle algo allí, de deber, y nuestra necesidad. ¿Debemos curar nuestras heridas y marcharnos?"

De espaldas a ellos dos, ella alza su mano vendada y sostiene la máscara allí por un momento, luego la deja caer, clac, en el suelo, esa melena se enreda en una maraña. "¿Cómo sabías que me encontrarías aquí?"

"Cristo", gruñe Vincent, "¿tienes idea del alboroto que has hecho con esa cosa? Todo lo que debía hacer cualquiera es seguir la maldita lluvia".

"¿Sí?", dice Jo mirando atrás por encima del hombro.

"Él me llamó", dice Lymond. Jo asiente a eso. "Cuando fue a por el bourbon", dice ella. "No sabía que vosotros dos hablabais el uno con el otro". Vincent, ceñudo, sacude la cabeza, "Me asustaste de muerte, chica", dice. "Entrando así".

"Lo siento", dice Jo bajando la mirada. "Iré contigo, majestad, pero primero", levanta su pie rojizo.

Levanta el pie, lo baja, un pisotón fuerte sobre la máscara, crac. Se rompe, se parte en una plumosa línea irregular de papel maché desgarrado, desde los dientes que sobresalen hasta la mejilla para arruinar la vacía cuenca del ojo, hasta ese último giro de frente se separa cuando ella pateo alejando los pedazos, negro cabello negro girando, pétalos deslizándose a través del tintineo del agua de lluvia contra la pared reflejada.

"No mataré a nadie más", dice Jo. "Ni para ti, ni para nadie. Nunca más." alza la vista hacia el Rey. "¿Aún nos llevamos bien?"

Él levanta la cabeza, asiente lentamente, "La caza es tuya, como mejor te parezca, Cazador", dice.

"Sí, bueno", dice ella, y un inquieto corte en el aire de su espada antes de dirigirse abruptamente, a través de las puertas, hacia el pasillo.

"Enviaré a alguien para que limpie esto", dice Lymond después de un momento. "Será como si nunca hubiera sucedido". Y luego, "¿Papá?" Pero Vincent no se vuelve hacia él, ni asiente o niega con la cabeza. Sigue mirando las piezas de esa máscara.





"Gracias, alcaldesa Podenco", dice el hombre en un extremo del escenario mientras la mujer, de lejos la figura más mínima allí arriba, se vuelve a posar sobre su taburete, su traje púrpura real, un pesado collar de perlas cubre su cuello vuelto negro. Sorbiendo un poco de agua mientras los aplausos disminuyen. "Sr. Killian", dice el hombre al final del escenario, mirando hacia abajo a la fila de ellos. "¿Vuestra respuesta?"

Uno de los hombres se levanta de su taburete, bastante alto, su traje más gris que azul marino, rasgos afilados, "Gracias", dice. Estrechadas gafas de montura negra como un guiño. "Y me gustaría agradecer a la alcaldesa, por supuesto, por tan excelente ejemplo de consistencia, de liderazgo, que ella brinda. Y a pesar de todas las diferencias que cada uno pueda tener con ella", un barrido de su brazo para el resto de ellos en sus taburetes que se alinean frente al escenario, las altas columnas blancas detrás, "debemos admirar esa consistencia. Casi puedes ajustar la hora del reloj en el momento en que, en una altísima oratoria, ella meterá la mano en el bolsillo, como acaba de hacer, y sacará esas palabras conmovedoras atribuidas a Charles Erskine Scott Wood", dedica una sonrisa para ella tras él, "Los buenos ciudadanos son la riqueza de una ciudad. Es una línea muy fina; un sentimiento noble... tanto que está inscrito en la base de la Fuente Skidmore, a solo unos bloques de distancia", mira hacia el público, más allá de las luces brillantes. "Ciertamente, tenemos una gran cantidad de riquezas acumuladas aquí esta noche". Una risita se tambalea entre la multitud, se tropieza sola, se pierde poco a poco. El hombre con una cuidadosamente planchada camisa a cuadros en el taburete junto a la alcaldesa garabatea una nota rápida para sí mismo. "¿Pero mi respuesta? Bien, su señoría, compañeros candidatos, Club de la Ciudad", extendiendo sus manos, abarcándolos a todos, "y qué". Dejando caer sus manos. "Y qué", dice de nuevo, en el silencio muerto del pasillo. "Cuatro mil personas ahí fuera en esta rica ciudad, esta noche dormirán sin una cama propia. Menos de dos mil tendrán una cama si quiera, en uno de nuestros refugios sobrecargados. Setecientas familias, con niños, ahí afuera, esta noche, sin hogar. Mañana, setenta mil personas despertarán en esta ciudad para salir y tratar de encontrar un trabajo, cualquier trabajo, y otro ciento cuarenta mil irán a trabajar en trabajos muy por

debajo de sus capacidades, por mucho menos de lo que valen. Y treinta mil personas, treinta mil buenos ciudadanos, se han rendido de buscar trabajo alguno. ¿Es esto...", mirando alrededor del pasillo oscuro, "cómo gastamos", avanzando hacia el borde del escenario, lejos de los otros candidatos, "nuestras riquezas?" Levanta las manos presentando su mensaje: "No podemos seguir así", dice, una recortada declaración de hecho, los bordes de sus palabras un poco opacos por la amplificación. "Los buenos ciudadanos son la riqueza de una ciudad, es cierto", dice, "pero no es suficiente apilarlos y desempolvarnos las manos y decir que hemos terminado". La *riqueza* de los ricos deben invertirse. Poner a trabajar. Para hacer esta ciudad más grande, mejor, más rica que antes. ¡Buenos ciudadanos de Portland!" Y él levanta la voz y las manos. "¡Pongámonos a trabajar!"

Pasa un momento antes de que comiencen los aplausos y aumenten.



"No, no", dice Lymond, "por aquí", y Jo da la vuelta desde el porche para seguirlo por un pasillo que recorre la parte delantera de la blanca mansión destartada, encaramada en lo alto de la esquina, la acera, los coches estacionados abajo. Pasamanos y marcos de ventanas con cuerdas de lucecitas, y las velas arden en los alféizares, pero no se vislumbra movimiento tras las cortinas de gasa, ni sombras en las persianas. Lymond gira en un oscuro callejón estrecho entre casas, bordeado de latas de basura rodantes verdes y azules, una ordenada fila de contenedores de reciclaje amarillos a medio llenar con botellas vacías. "¿Alguien en casa?", dice Jo. En lugar de su abrigo manchado de sangre, lleva una sobredimensionada sudadera con capucha, manos metidas profundamente en los bolsillos. Lymond ya está detrás de la casa. No hay pasarela aquí, solo el bosquejo de un camino que baja abruptamente entre cimientos de concreto y una verja con enredadera. "Por aquí", llama él, ya abajo, donde el camino se desvanece en la acera. Ha cambiado su desgarrada camisa amarilla

por una sudadera con capucha echada sobre la conmoción de cabello, una silueta oscuramente anónima. Suciedad esparcida cuando ella se apresura detrás, casi chocando con él, de pie esperando, mano en el pomo de una puerta pintada de rojo. Ella mira hacia los coches estacionados, hacia la intersección vacía, hacia la vieja casa verde acorralada enfrente, hacia el primer piso cubierto de andamios. "Podría haber caminado por la acera", dice ella.

"Entonces esto no podría haber estado aquí", dice Lymond abriendo la puerta.

Bajan un par de escalones hacia un apartamento en el sótano y una muchedumbre habla en voz baja, divanes y sofás, mesitas con velas parpadeantes, "En el agua yacen fuertes barcos", dice alguien en voz muy alta, un tipo iluminado en la esquina, "y hombres en débil habilidad pueden llegar a otra parte: no hay lugares más orgullosos de casa en la cama que el que más duerme pueda conocer", está leyendo un fino libro sostenido teatralmente. "Esta simple alegría", murmura Lymond, inclinándose cerca. "Entrar en una habitación y no ser reconocido. No ser, por un momento, Rey. O Duquesa". Se endereza cuando el chico de la esquina grita, "sino una fuente sin origen, leyenda de niebla y paciencia perdida", y alguien se dirige hacia ellos, un hombre pequeño todo de negro, extendiendo manos de bienvenida. "Nunca dura mucho, por supuesto", dice Lymond.

"Su Majestad", dice el hombre vestido de negro, "su gracia", en voz baja, discretamente. "Qué sorpresa".

"Agradable, espero", dice Lymond.

"Mi casa no admitiría otro tipo. ¿Comida? ¿Bebida? ¿Un poco de poesía?" Ese tipo en la esquina declama enfáticamente: "Y el ojo polvoriento cuyas precisiones se vuelven llorosas en la mente", mientras Lymond niega con la cabeza, "Solo un poco de negocios escaleras arriba, si es posible. ¿Quizás después?"

"Ah, si después no sino tal vez, ¿podría doblar la oreja antes?"

Lymond mira a Jo, que se encoge de hombros. Ese tipo en la esquina sostiene en alto su libro, "¡Como una isla sin agua es rodeada por agua donde no hay tierra!" El aplauso es escaso. Más personas les observan junto a la puerta mientras Lymond y Robin Buenamigo se dirigen a un lado, alguien saluda levantándose del sofá, es Becker, radiante, y Pirocles con su traje azul se pone en pie y agacha la cabeza. una reverencia cuando Jo extiende su mano para estrecharla, "Su gracia", murmura él, y luego Becker la abraza con un repentino aplauso, "¡Maldita sea, qué bueno verte!"

"Te ves, te ves bien", dice ella, "¿es eso una barba?" Lo que queda de su cabello peinado hacia atrás, y su camisa suelta de una tela escocesa de color baya, "La vida como una Duquesa debe de estar tratándote bien", dice él.

"Es", dice Jo apartando la mirada un momento, el tipo que está allí dice: "un flan hecho con el polvo rosado comprado en la tienda", y ella respira hondo, "es un desafío", dice ella, un gesto a medias, una sonrisa desaprobadora.

"¿Cómo os ha salido el amortiguador de Peabo, Milady?", dice Pirocles.

"¿El qué cómo?", dice Becker mirándolo. "¿Es que estás arreglando su coche?" De vuelta a Jo. "¿Tienes un coche?"

"Se refiere a mi espada", dice Jo. "Es", ella mira hacia abajo un momento. "Ha hecho todo lo que he pedido. Eres, ah, tu martillo es verdadero, el Yunque".

Él sonrío. "Tu gracia es muy amable".

Allá, Lymond le estrecha la mano a Robin, "Creo que esa es mi señal", dice Jo, retrocediendo. "Negocios arriba".

"Bueno", dice Becker, "¡vuelve cuando hayas terminado!"

"Nos han dicho que habrá baile", dice Pirocles.

"Si no tenemos que pirarnos", dice Jo, "volveré a bajar, lo siento",

casi choca y da un paso alrededor de una mujer impasible envuelta en gris nacarado, tornillitos de cabello oscuro. "¡Pero esta natilla está muy bien!", grita el chico de la esquina. "Lo siento", dice Jo pasandp a un hombre oscuro envuelto en un largo chal blanco, a una mujer sin camisa, brazos en una red de rejilla rosa, a un hombre con forro polar beige que mira el reloj junto a un hombre con pana cortada y cinta aislante. Ahí está Lymond, tendiéndole una mano. "¿Vamos?", dice él.

Suben un tramo de escaleras amurallado con ilustraciones enmarcadas de polillas como si los especímenes estuvieran sujetos al papel, colores de la tierra y la piedra y la corteza y las hojas moribundas, hay plata y manchas de neón rosa y amarillo, y ahora oro blanco y rayas de tigre, mariposas en un resplandor naranja que se enfría a través del rubí y la amatista hasta la esmeralda, el zafiro, el ónice y, en la parte superior, una nube de ópalo alrededor de una puerta que se abre a una cocina color crema dental, brillantemente vacía. "¿Cerveza?", dice Lymond abriendo la nevera.

"Si crees que ayudará".

"No puede hacer daño", dice, y le entrega una botella. "Por aquí", y un gesto con la suya.

La amplia habitación más allá, las ventanas iluminadas con velas e hileras de luz, el hogar en un extremo frío, limpio, y nada más que la espada vertical en medio del suelo, un limpio anillo de carbón quemado a su alrededor, la hoja recta, la empuñadura envuelta en cuero blanco amarillento por el uso. "La espada de Marfisa", dice Lymond.

"Supuse que tenía algo que ver con esto".

"La has visto antes, lo sé".

"Yo estuve aquí cuando sucedió". Ella apunta con su botella. "Bueno. No en esta *habitación*."

"Seis meses lleva ahí y nadie se acercará. Más bien, encaja con el estilo de Buenamigo". Se agacha, allí junto a la espada, con cuidado

del carbón. "Ella podría extender la mano cuando lo deseara y sacarla", un gesto con su botella, "pero en cambio, se ha servido todo este tiempo con un bate y una máscara".

"Ella es malditamente buena con el bate".

"Es una forajida y te roba".

"Oh, Jesús, es un...", balanceando su botella, "una riña que ella tiene con uno de los chicos. Chili. The Arpista. Una especie de gilipollas. Ella está tratando de hacerle quedar mal, a toda costa, lo tenemos cubierto".

"¿Has hablado ya con Gwenders?", dice él, y cuando el ceño de Jo se pone curioso, él sacude la cabeza. "Deberías haber estado ayer en la corte". Meciéndose para sentarse en el suelo. "Puedes reemplazar el ovr, pero no la moral ni el respeto. Debes poner fin a esto".

"Ya te lo dije", dice Jo mirando hacia otro lado, hacia una ventana. "No más tareas. No más charlitas. He terminado".

"No me refiero a una cacería, Jo. Ni a un duelo. Incluso con la máscara, sería difícil aceptarlo. No", baja la botella, sube una rodilla, "me gustaría que la trajeras de vuelta. Ve y habla con ella. Dile: extiende tu mano. Toma esta espada. Sé nuestro Hacha, una vez más".

"Y eso es todo", dice Jo. Todavía mirando por la ventana. "Así como así, ella vuelve con eso".

"Ella se exilió", dice Lymond poniéndose de pie. "Ella es quien debe deshacerlo".

Jo bebe lo último de su cerveza, se aleja de la ventana, rostro en la sombra, "¿Por qué haces tú esto?", dice, y agita la botella vacía. "¡No eres uno de ellos!"

Y Lymond se ríe, una erupción repentina destrozatripas que hace retroceder su cabeza, lo hace retroceder un paso, "Jo", dice recuperando el aliento. "¡Soy el Rey!" Esa espada, brillando tras él.

"Y los reyes se encuentran entre las personas más solitarias de este mundo". Se acerca, una mano sobre el hombro de Jo, "Quizás es por eso que atesoramos tanto a nuestros amigos. Tómame tu tiempo; piensa en este cargo. Ve a casa a dormir, si quieres. Ven a buscarme cuando hayas decidido". Levanta su botella medio llena, esperando hasta que ella la choca con la suya, y luego, asintiendo, él da vuelta para irse.

Ella lo observa alejarse, meciendo ociosamente su botella vacía, hasta que él atraviesa la puerta de la cocina, y luego, con un movimiento de brazo, "Serás hijo de...", pero ella no la suelta. no la lanza, se da la vuelta. Se agacha, se inclina hacia adelante sobre sus rodillas, cerca de la espada. El acero elegante, blanco plateado en las luces, aunque el brillo se enciende en las chispas de golpes y mellas en los bordes, y marcan la cara. "Alguien ha estado ocupada", dice ella, extendiendo una mano, posándola con un movimiento de sus dedos sobre la empuñadura amarillenta. Apretando, preparándose, pero no tira, no la sacude, no la mueve en absoluto. La suelta. "Mierda", dice ella poniéndose de pie, volviendo a la ventana, palma de a mano contra el marco. Frente contra el dorso de su mano.

"Hey".

Ella se aleja, parpadeando. Un reloj dorado, movido justo al lado de su cara. "Vamos", y el reloj se aleja, "Espera", dice ella, "espera, ¿qué hora es?"

"Vamos". Él está en las sombras al pie de las escaleras.

"¿Vamos adónde?", dice ella, dirigiéndose hacia él. "¿Qué demonios está pasando?"

"Es Becker. Solo tenemos unos minutos".

"¿Qué, qué pasa con Becker? ¡Hey!" La sílaba llanamente ruidosa mientras ella salta tras él, agarra una muñeca. "¿Qué demonios pasa con el *tiempo*?"

Libera su mano, "No es ese tipo de reloj", dice. Tirando de un

puño blanco sobre su cara. "Escucha", dice bajando un paso más cerca de ella. "Puedo hablar con casi cualquier persona sobre casi cualquier cosa, me dais suficiente espacio para trabajar. Pero lo que *no puedo hacer*", tomando su mano entre las suyas, "lo que no puedo hacer es convencer a alguien para que *en realidad* se duerma. Simplemente no soy suficientemente aburrido, supongo. Así que le di un narcótico. Ahora está llegando a la etapa tres en cualquier momento, y debes estar lo más cerca posible cuando eso suceda. ¿De acuerdo?"

Ella asiente, lentamente, entrando el pasillo oscuro. Mira atrás, a la luz que sube desde el hueco de la escalera y a las sombras de los lóbulos carnosos y frondas, y los tallos rizados que crecen en parches fantasmales arriba y abajo de la pared. Alguien grita abajo, un piso o más, y se estrella. "Creo que el Yunque podría haber descubierto que Becker no regresará con ese martini, así que tenemos presión de tiempo de un par de vectores, ¿podemos?", Ella casi tropieza con una arruga en la alfombra mientras él tira ella en su estela, "Creo que es", deteniéndose en una puerta repleta de gorros marrones champiñón, negros y grises, temblando, trepando por la pared, brillo de escamas de pescado y un parpadeo de demasiadas piernas. "Sí", dice él, girando el pomo, pero "David", dice Jo, "espera. Algo está... apagado".

"Escucha", dice Kerr, un destello de ira, repentinamente sofocado. "¿Qué tiene él? Lo que no puede *soportar*, lo que no está bien. Lo que no pertenece. Y lo que hay en *ti*", la toca, una vez, en el pecho, ella hace una mueca, "eso no pertenece a *ninguna* parte. Nunca. En absoluto. Entonces". Él abre la puerta.

Estantes forrados con las delgadas espinas de los discos de vinilo, y un bajo armarito de alta fidelidad, y Becker extendido sobre la alfombra ante él, auriculares en su pecho a cuadros de bayas, bobinas de cable, boca abierta, ojos cerrados, copa de vidrio tallado volcada junto a dedos sin nervios.

"Él está bien", dice Kerr tratando de alcanzarla, pero "guah", dice, "¡guah!" retrocediendo, ella retrocede en la puerta, la cabeza se mueve hacia atrás y parpadea, en la mano la empuñadura de su espada, y la hoja de ella trazando ebrios bucles y rizos. "¡Jesús!",



dice Kerr. Un golpe en algún lugar debajo, otro grito. "Guarda eso", dice él llegando con cuidado esta vez para empujarla dentro la sala, cerrando la puerta rápidamente, en silencio, clic. "No la necesitas", dice. "Todo va bien".

"No puedo", dice Jo, plantando después de un momento la punta de la espada en la alfombra junto a los pies de Becker. "Puedo sacarla, pero aún no puedo", ella dobla las piernas, un movimiento lento sobre sus rodillas, "ponerla de nuevo, se vuelve loca, podría", un sollozo profundamente estremecedor, "podría *herir*, a alguien", apoya su peso en la espada como un bastón, suelta una carcajada.

"Está bien", dice Kerr, "vale, todo va bien", ayudándola a acostarse junto a Becker, repiqueteando mientras su espada cae sobre la alfombra, él no lucha contra ella cuando ella agarra la empuñadura, acercándola, él está moviendo suavemente a Becker para poner su cabeza sobre el pecho de Jo, Becker agitado, murmurando, homina frazz, "Ahí", dice Kerr acariciando suavemente la mejilla de Becker con el dorso de su mano. "Allí. Todo va bien". Otra puerta se cierra ahora en el pasillo. "¡Becker!", el rugido y un murmullo demasiado bajo para distinguir como mucho más que tranquilidad. Jo cierra los ojos. "Aquí vamos", dice Kerr suavemente, arrodillándose ante ambos, con las manos extendidas por encima de ellos por si acaso, amortiguados pasos y el pomo de la puerta, alguien llama, "la mangosta se va", dice Kerr, con los ojos muy abiertos, los dedos temblando, "Oh", cuando el trueno estalla, y Avery se detiene, mano en la puerta del pasajero, mientras Killian en su traje gris ignora el trueno, sonriendo a los tres o cuatro fotógrafos en la acera, y Vincent hace una pausa, botella en una mano, corcho en la otra, luego vierte más whisky en su taza mientras el trueno sacude el marco del futón para raspar el piso de madera azul en esa habitación azul alta, Ellen una sombra sobre esas sábanas blancas a la luz de la calle, el trueno perturba la basura acumulada sobre Lago, agachado, pelirrojo, desnudo, sobre Jessie tumbada en el sueño, y Moody se despierta sobresaltado bajo plástico azul, golpeando con los puños sobre las orejas mientras el trueno se hincha, y Petra B. aparta la vista de su teléfono en esa habitación sin ventanas, hacia uno de las bolsas de basura apiladas con las otras, y dedos dorados picado, cavando, trabajando, gruñendo contra la garganta, ella está besando a Chrissie, gruñe y se aprieta,

esforzándose con el trueno para dejar escapar un suspiro tranquilizador, y Linesse da un paso, gira y lanza un golpe, luego retrocede, frunciendo el ceño a la Daga a su lado, azul, el puño negro sin lanzar, mientras el trueno sacude las luces sobre ellos, y el ruido de las cadenas, revolotea explosivamente, grita mientras Gordon camina por la línea de jaulas, relajando, acallando bajo el trueno, los pianos cubiertos en la oscuridad sin moverse pero las cuerdas tiemblan dentro, un coro polifónico que atormenta la habitación, cuando el pomo de la puerta cruje, y Lymond abre la puerta, y el trueno aplaude y retumba y se apaga.

"¡Amado!", grita Pirocles, llenando la puerta detrás de él. "Majestad, es él", pero Lymond tropieza, se desploma, se derrumba en la alfombra junto a Becker y los auriculares, y la copa, y Pirocles retrocede. "No", dice en el pasillo, "oh, mi Becker, oh no, mi Rey", espalda contra la pared, empapelada con intrincados marrones y beiges art nouveau, verdes en patrones abstractos de hongos, atravesados con hilos de plata.

# el Despertador

El despertador parpadea 12:00, 12:00, la lámpara de lectura de cristal azul está apagada. El libro repleto de moho, tapa descolorida, «El legado de Chanur», dice apenas legible. Ella lo arroja a la cama de hierro forjado, se abre paso a través de la ropa esparcida por el piso de madera desnuda hacia la única pared plana en esa habitación redonda, puerta de madera lisa y ninguna de las ventanas abatibles entreabiertas, la noche tranquila alrededor.

Baja por tensas escaleras de caracol, cabello una nube de oro blanco en las sombras, su mono gris, botas negras silenciosas en las alfombras del pasillo. Una mano roza ociosa la pared bajo una hilera de retratos en oscuros marcos ornados, un hombre canoso de porte y traje antiguo sentado frente a un escritorio, sosteniendo una pluma, un hombre demacrado con un delantal espolvoreado de harina, mirando hacia otro lado de las latas, sartenes y espátulas en el tablero bajo sus manos extendidas y nudosas, una canosa mujer robusta con una coraza de latón y un morrión pulido, mano enguantada sosteniendo una enorme brújula sobre un caligrafiado mapa de pergamino, un gordo coronado de enredados pelos blancos, envuelto en túnicas azules, manos adornadas con anillos que aferran fuertemente las correas de los sabuesos a sus pies. Bajando la larga escalera recta hacia la puerta de entrada con un arco de vidrio esmerilado y emplomado, que ella abre en silencio lo suficiente para verle allí en el porche delantero, esperando, chaqueta gris, maleza de barba, gafitas de sol redondas. "Escaleras arriba", murmura ella, dando un paso atrás para dejarlo entrar. "A la derecha, el segundo pasillo", pero ambos se quedan en silencio. Allí en las sombras junto a la escalera, rizos blancos desatados, túnica con cinturón azul pálido, Agravante sostiene un vaso de vidrio tallado en la mano. "¿Hermana?", dice bruscamente. "¿Mago? ¿Qué significa esto?"

"Ve", dice Marfisa dando un paso para bloquear a su hermano, dejando que el bate caiga en su mano, blandiéndolo mientras el Sr. Keightlinger se apresura a subir las escaleras, "¡Espera!" grita

Agravante, pero Marfisa le batea con un golpe corto y agudo en el pecho y el tintineo del hielo en su vaso. "¡Juraste", dice, y otro batazo, "esa bendición no tuvo nada que ver con nosotros!" Él esquivo otro golpe con su antebrazo, ella mueve su agarre y golpea el vaso de su mano, rompiéndolo contra la pared. "¿Qué le has hecho al abuelo?" ruge ella. Él se agacha bajo otro bateo, aparece con una daga de hoja larga en la mano, él la gira y empuja, y ella salta hacia atrás. "¡Despierta!", grita él balanceándose, apuñalando. "¡Miedo! ¡Fuego! ¡Enemigos! ¡Despierta, para mí!" Ella detiene un golpe con su bate, cloc, y otro, pero luego ambos se congelan, mientras el trueno atraviesa la casa, traquetea las ventanas, cruje el marco y derriba algo en el suelo de otra habitación.

"¿Terremoto?", dice Agravante cuando los ecos han muerto.

Marfisa niega con la cabeza. "Trueno", dice ella.

"Nunca truena aquí así", dice él, y alguien grita arriba.

Subiendo las escaleras, saltando dos o tres escalones a la vez, bate en la mano que él está persiguiendo, revoloteo de ropas, mientras paisanos se reúnen inciertos en el pasillo de abajo, dos mujeres en vestidos vincapervinca, un hombre de uniforme azul y una alta toga blanca otro, chaleco azul abierto, corbata desatada.

Por pasillos apagados, esquinas redondeadas, pisadas amortiguadas sobre largas alfombras pálidas, "¡Abuelo!", grita Marfisa, pero "¡Espera!", chilla Agravante. "¡Alto!" Ella se arroja de hombros hacia la puerta al final del pasillo para abrirla de un golpe, haciendo vibrar el marco astillado, "¡No!", chilla Agravante, demasiado tarde, tropezando con ella, agarrándola del brazo allí donde ella se ha quedado quieta en el umbral.

Cortinas echadas en la habitación más allá, y ninguna luz encendida, una cama coronada por una masa caída de mantas pateadas a un lado, almohadas derrumbadas en el suelo junto al cuerpo tendido allí, piernas extendidas y temblando, un pie se sacude con una última patada. Chaqueta gris empapada en algo, sangre, negra como esa camiseta. Un bufido, resoplando y tragando, algo agachado sobre el cuerpo, sobre la cabeza, sombrío, enorme,

"¿Abuelo?", dice Marfisa con voz bastante baja.

Algo alza la vista, encogiéndose de hombros para ensanchar un resplandor de lo que podría ser una boca. Un gruñido, casi una palabra, "Hija" y luego, "Hijos", sombras cambiando cuando algo se alza, vacilante, "perdonadme". La cabeza de ese cuerpo torcida a un lado, la garganta y el pecho abiertos, esa maleza de barba empapada en sangre. ¿Él era, un ¿amigo? mío, pero", el temblor vacilante, colapsando sobre el cuerpo, y un trago sordo y ahogado. "Acabo de *despertar*", el gruñido gorgoteando, elevándose, trepando hasta un lamento, "¡y tengo *tanta hambre!*"

# N° 31: Mármol Envía Saludos

## el Cuerpo

El cuerpo sobre la lona azul, envuelto en mugrienta lana, pantalones chinos blanco hueso, un pie enredado en un ajado zapato de cuero, el otro desaparecido, esa pernera de pantalón atada justo por debajo de la rodilla. Destello de oro sobre una muñeca, un reloj. El único sonido es un perezoso regato de agua en algún lugar debajo.

"No puedes", dice él, "pensar en ello así. El pasado *no* es otro país. No puedes *ir* al futuro. Son *direcciones*. No son lugares".

Ella baja del pequeño porche de madera, se hunde de rodillas con un crujido de hierba seca y muerta ante una agrietada bañera de madera. Rasgadas Chuck Taylor rojas, bóxer negros, amplio sombrero de paja. Un único sollozo se eleva, hombros quemados de un marrón rojizo, espalda y piernas. Recorriendo la cintura, una costura pálida, rosada ante su vientre bronceado, brillando hacia arriba y arriba hasta el grueso trozo verde de un tallo, recién roto, enraizado en un gnurl de carne en su pecho.

"¿David?", dice ella. Él está desplomado en la silla de escritorio negra de respaldo alto, fotografías extendidas sobre el regazo bajo sus manos inmóviles. Empañado por la luz de los ventanales que se estrechan hasta un punto en esa habitación abierta. "David", dice ella de nuevo, allí en la cocina, pantalones cortos negros, zapatos rojos, el amplio sombrero de paja, y algo más, una flor colgando junto a la barbilla, brotando delicadamente rosa de un largo tallo verde enrollado una vez por los hombros, y enraizados en su pecho. Un rasguño de algo bajo los pies cuando ella baja de la cocina, esparciendo brillantina azul reluciente sobre los escalones.

Con un roce ella saca la lona doblada de un estrecho armario cuando algo despreocupado cae a su paso. La luz del sol fulgura por

las ventanas en todas partes, y en la deriva de motas del polvo. Envolviendo la incómoda lona bajo un brazo, se aparta irritada la flor de la cara y se dirige más allá de un cubo volcado, un estante suspendido con chándales amarillos, tuberías blancas envueltas en polvo, más allá de paneles de yeso cuajado, hacia el rellano, y escaleras arriba y abajo, y la risita y la palmada del agua en algún lugar debajo.

Ella rema en su canoa por las olas atacadas por el sol hasta el extremo de la esquina del edificio que se eleva blanco y verde, vira con el áspero remo para frenar un torrente de agua, chapoteando ante puertas medio abiertas y de cristal moteado de barro. Guardando el remo en el fondo del bote, ella alza los brazos y en busca del marco y los músculos se abultan, los brazos quemados por el sol se inclinan, hacen palanca, mueven la esbelta canoa para impulsarse atrás y a través de las puertas. Click-clack, un letrero colgado a un lado, «Lo Sentimos, Está Cerrado», dice.

Se desliza hacia atrás más allá de los maniquíes sumergidos hasta las rodillas en agua escupida, galas de poliéster húmedas, bastidores y estantes de ropa empapados de barro, podridos, vitrinas de vidrio nublado llenas de gotas de perlas, gafas de sol caídas en ámbar y carey, nubes de bufandas de chifón, chispeantes brazaletes y adornos, ocasionales pendientes, gargantillas, baratijas, lentas corrientes que se agitan a su paso. Alza y se quita el sombrero y se inclina lejos de la flor en la barbilla, mira adelante por encima del hombro para observar su majestuoso progreso a través de otro umbral, hacia un pasillo sofocado de basura, hasta que la popa golpea suavemente contra una caja sumergida. Trepando hábilmente con el sombrero en la mano desde la canoa hasta pisar la otomana, un succionante salto más allá, un aterrizaje allí pringado en barro, escarpadas escaleras que suben, altas y secas, hasta un segundo piso, y un tercero.

"Jesús", dice ella, y "Jodido..." y "oh mierda; tú, mamón, *muévete*". Con un crujido de torsión, la puerta de vidrio exterior tiembla contra el peso del agua empujada y el chapoteo que se filtra, ella escupe, pies chapoteando bajo ella, sudadera oscura inundada, vaqueros negros empapados, luchando por llegar al rellano lo suficientemente alto y seco, "mierda", dice ella, pero "¡Espera!", él se

impulsa detrás, revolviendo turbias olas resbaladizas, cayendo para aferrarse a una caja junto a la pared de buzones, "¡Jo!", grita él, pero ella está subiendo a gatas las escaleras hacia el segundo piso. Él la sigue salpicando, camisa blanca de lana beige translúcido echada sobre los hombros, sube los escalones, goteando, "¡Jo!" Se abalanza para agarrar un tobillo, haciéndola tropezar, golpe con los codos, "Piensa", está diciendo él, mientras: "¡Maldita sea!", ella se libera de una patada, "¡Aquí no hay nadie!" chilla él, pero ella está de pie, "¡Ysabel!", brama ella desde el siguiente rellano. "¡Iona!"

"Mierda", dice él, tirando de una manga empapada de agua para comprobar el reloj dorado alrededor de su muñeca, y cada manecilla de cada uno de sus diales se suspende laxa. "Mierda".

A través de la hierba muerta más allá de una salida de aire manchada de óxido hacia el cuerpo sobre la lona que hay junto al parapeto, ella se arrodilla para acariciar la mejilla hundida, "Serás estúpida", murmura ella, "estúpida", mientras toma un muñeca, cepillando lo que queda de una manga polar para revelar ese reloj. Ella supina la muñeca para pellizcar el broche hasta que se abre como un resorte, aflojando la banda dorada, y el reloj se desliza para caer en su palma. Ella mira el reloj a la sombra de su sombrero, cuatro o cinco diales con números, signos y signos diminutos, y todas las manecillas apuntando hacia arriba y hacia arriba, hasta las doce, hasta las veintisiete, hasta el tope de sus diales, todas, incluso la ornada manecilla de barrido sobre todos ellas. "Estúpida", dice ella de nuevo. "Nunca debería haber", pero el resto queda soplado por un suspiro. Levantando el borde de la lona azul arrugada sobre el cuerpo, ella estira la mano para agarrar el otro lado. El reloj suena entonces, suavemente.

Ella se congela, doblada sobre el cuerpo. Mira abajo sin mover la cabeza hacia el reloj, inclinado lo justo para ver la manecilla de barrido balanceándose hacia abajo para apuntar hacia algo tras ella, hacia la izquierda. El tranquilo regato de agua muy por debajo se perturba por el más leve de los zumbidos. Lentamente, muy lentamente, ella se gira lo suficiente para mirar atrás sobre el hombro izquierdo, donde cuelga unos metros hacia atrás, una masa central tal vez tan grande como la palma de una mano, con caparazón brillante y cuerpos de avispa, cuatro de ellos, dependidos



de cuartos de cada uno, cada uno temblando, como escalofríos, con alas parpadeantes, con un perezoso arcoíris, demasiadas y demasiado rápidas para contarlas. Ella se tensa cuando eso se precipita a unas pocos centímetros de distancia y gira para traer y cargar con uno de esos cuerpos. Ella inclina la cabeza hacia atrás y aparta el borde del sombrero del camino. Cierra los ojos cuando eso se posa sobre su hombro, una gran garra de cuatro talones aferra su brazo, su espalda, su pecho, el zumbido se calma, esas alas ahora visibles, cuatro juegos de cuatro cada una, muy transparentes. El chasquido cuando unas patitas le surcan la piel. Husmea más cerca del tallo roto enraizado en su pecho, y ella da una súbita respiración cuando los ojos negros se abren, cuando ese hocico se levanta, cuando las patas antes circulando, aferran su muñón desigual y lo aprietan, gotas de savia surgen hasta lo que podría ser una boca.

"Oh", dice ella, "oh..."

Eso se pone en marcha en un borrón de alas zumbantes, virando como un relámpago hacia arriba y atrás, deslizándose hacia un lado, hocico hacia lo que yace delante de ella, pero rápidamente ahora ella coloca la lona para cubrir el cuerpo por completo, y eso gira hacia otro lado, gira para levantar cosas, y ella se sienta sobre los talones para ver cómo eso se aleja acelerando. Ella cierra de golpe el pestillo de la correa del reloj en sus dedos. Las manecillas se balancean débilmente, salvo esa manecilla de barrido, que todavía apunta constantemente atrás, hacia la izquierda. Ella mira atrás otra vez. Nada más que el pequeño porche de madera a la sombra del toldo, puerta cerrada, el edificio más allá.

Con un gruñido, ella levanta el cuerpo envuelto sobre el parapeto, lo balancea hacia afuera y lo suelta. Después de un momento, desde abajo un chapuzón. Ella ya sentada en el parapeto con el sombrero en una mano, reloj en la otra. Gira con los codos juntos, piernas colgando, pateando una vez, se impulsa para dejarse caer y luego, una pausa, el chapoteo.



"Ortogonal", dice. "Ortogonal hiperbólico, más bien". Su voz, apagada por esa lona. "Dado que estamos abstrayendo una variedad pseudo-riemanniana a una curva pseudoholomórficamente simpléctica, y siempre me ha gustado eso de las matemáticas. Si algo amenaza la elegancia de tu ecuación, puedes simplemente", sonrío, o parece hacerlo, "olvidarte de eso". Él echado en el fondo de la canoa. Ella encaramada en la popa, apoyada en la borda para inclinar el bote hacia un lado, conduciéndolo lentamente hacia adelante con incómodos y curvos movimientos del remo. "Así que desecha las dimensiones espaciales, largo, alto, y ancho: que les jodan. Concéntrate en el tiempo: ahora", y se inclina hacia adelante en la gran silla negra de respaldo alto, dedos apretando un punto ante sus ojos, "antes", señala a una ola a su izquierda, "y después", un gesto a la derecha. <

"¿Qué has hecho?", dice ella levantando la tapa de una de esas cajas apiladas alrededor. Brillantina azul se desliza hasta el suelo. Él la cierra de un manotazo, derrumbando la tapa de las manos de ella. "También podrías preguntar quién ahogó el mundo", dice él apoyándose fuertemente en su improvisada muleta.

"Días futuros", murmura ella. La proa de la canoa ahora apunta más allá de esos montículos puntiagudos, coronas deshojadas de árboles sumergidos. Ella descansa el goteante remo sobre las regatas.

"¡Han desaparecido!" ruge él subiendo las escaleras tras ella, agarrándola del brazo. Ella empuja, aleteo de ropa mojada, "quienes sea que había ahí arriba", dice él entre dientes apretados, "que te jodan", gruñe ella, lo empuja contra la pared, "eso *no son ellos*", dice él atrapando su mano. Ella tira hacia atrás, cae hasta sentarse en los escalones, "piensa en", dice él recostándose en esa silla, "el tiempo como una línea. Lo haremos simple. El tiempo es una línea, ¿y ahora? Sus manos sugieren una línea en el aire, trazan un punto en ella, se encoge de hombros. "Lo que pasa ahora es que ahora no se mueve. No puede. Es *ahora*. Es la *línea* lo que se mueve", deslizando una mano de derecha a izquierda, "lo que trae lo que está por venir, dejando marchar lo que ha sido. ¿Qué piensas de", se abalanza lejos de la caja de un brinco, muleta y pie, hacia las ventanas, "unos

treinta metros? ¿Cuántos icebergs *son* eso siquiera?"

"Todos ellos", murmura ella cavando con el remo de nuevo, más allá de la nueva sombra de un bloque de apartamentos, sobre agua mansa como barro lácteo que se extiende vastamente ante ella. A lo lejos, más adelante, las torres se elevan acristaladas de gris y blanco, y más allá, a la derecha, el arco de un puente todavía alto y seco sobre el agua, pasando por torres acristaladas de verde e infraestructura de vigas hundidas en lo profundo, abrumadas. A su izquierda, otro puente se eleva desde la mitad del hinchado río hasta casi alcanzar la empinada ribera lejana. Ella ataca el agua con el remo, balanceando su popa cargada hacia esta, hacia otro conjunto de torres andamiadas, tocones angulados que sobresalen del agua allí y allí ante el puente vacío de la autovía. "Todos ellos", dice ella, pero él niega con la cabeza bajo la lona, "Precisamente", dice él. "Lo que pasa ahora es que experimentamos el momento, el instante, el punto, pero en realidad es un plano. Para hacerlo simple. Quiero decir, ¿por dónde pasa la línea del tiempo?" Extendiendo la palma de la mano. "Un punto, claro. Pero circulando fuera de él", su dedo apuntando se alza como un resorte, "perpendicular a, *ortogonal*, a esa línea, grabado frente al plano de ahora: lo que podría haber sido. Lo que tal vez podría. Cada momento", dice él recostándose en la silla, "lleva consigo todo lo que condujo a él, y todo lo que podría resultar de él". Apoyándose en su muleta junto a las ventanas, la luz del sol manchando en la cara.

"Qué *coño* es esto", gruñe ella cuando él abre la puerta.

"Me alegro de verte también", dice él hundiéndose con estudiada insultancia.

"¡Qué *coño*, David!" Golpeando la puerta con un puño, haciendo sonar los números clavados en esta. Ella echa mano a su sudadera con cremallera abierta y rasga el cuello de su camiseta blanca de un tirón. Él frunce el ceño, mirando la mancha en su pecho, la piel arrugada, la hoja verde amarillenta que se desenrosca. "Bueno, maldición", dice él. "Supongo que ahora sabemos que no estamos dentro de *eso*."

"Estás tan lleno de mierda", dice ella desabrochándose la sudadera empapada. "Tú andaste jodiendo con esto", clic-clac, golpea el pequeño bulto duro en su pecho debajo de su camiseta blanca mojada, " y esto hizo lo que hace, que es contener la jodienda". Él deja escapar una carcajada girando en su muleta y dando la espalda a las ventanas, "Si esto nos ha llevado dentro de eso", dice y asiente hacia la flor que crece recta y alta junto a su barbilla, "entonces, ¿cómo es que está aquí, con nosotros?"

La canoa se ha deslizado dentro de aguas tranquilas, a sotavento de una de esas torres andamiadas, un rompeolas de basura, ramas y maderas rotas y restos flotantes. Enjaulado en las altas vigas, un gran contrapeso, plantas de hormigón antaño pintado de rojo, ahora cubierto con formas negras que se arrastran borrosas entre zumbido de alas. "Bueno", dice. "Estamos jodidos entonces, ¿no?"

"Debería haber recogido algo de ropa seca".

"Yo no volvería allí, si fuera tú", dice, y ella se detiene, goteando, allí en la cocina. "Eso es", dice ella, examinando la habitación abierta iluminada por el sol, más allá, "esos", mientras él pasa empujando, descendiendo los tres bajos escalones, entre las cajas de banquero regulares blancas y marrones apiladas en el suelo, en el sofá, "Las fotos", dice ella. "La morgue de el Diablo. Alguien debe haber sacado todo el tema, antes de la inundación".

"No has oído una maldita cosa de lo que he dicho". Él se sienta en la silla. Levanta la tapa de una caja, el agua se acumula a sus pies. "No hay *vuelta* atrás. No podemos *ir* a ninguna parte. Todo lo que tenemos es el ahora". Se apoya en esa muleta. "Solo que ahora es diferente. Pero el problema es, ¿qué es lo que *lo hace* diferente?"

"¿Qué has hecho?", dice ella zapatos rojos con brillantina azul, esa flor rosa creciendo de su sudadera con capucha y cremallera medio subida

"Las matemáticas. No pueden. Saberlo", dice golpeando la tapa de la caja junto a su rodilla para enfatizar. "Cualquier cosa que usemos para tratar de agarrarla, puntos, vectores, planos o variaciones, curvas pseudoholomórficas, de cualquier forma que

recorramos las ecuaciones, hacia adelante, hacia atrás, ahora o más tarde, *no importa*. No se puede saber. Las matemáticas", un encogimiento de hombros, "se olvidan".

Un halcón grita en alguna parte, y esas formas negras saltan de la torre a un súbito trueno, una bombilación que aumenta de volumen, cae en tono mientras se precipitan por encima, se sumergen hacia la canoa, el cuerpo envuelto en lona dentro. Ella alza el remo, lo sostiene con cautela, mientras navega acercándose a la torre, "¡Hrif!", grita alguien, una figura allí arriba, colgando de una escalera, el destello de la luz del sol en las gafas. "¡Hrif!", otro más, luchando hacia ella contra la pila de escombros.

"¿Qué hiciste?", susurra ella bajo su amplio sombrero de paja, el tallo de esa flor lo suficiente crecido como para enrollarse, una vez, sobre los hombros.

Han envuelto el cuerpo con cuerdas elásticas alrededor de la lona, el de las gafas levantadas, un par de camisetas descoloridas una sobre otra y brazos enrollados con tiras de inmunda tela, la otra en polvorientas botas de goma negra, hombros oscuros que brillan, flojo gorro gris. Ella está encaramada sobre ellos, reclinada en una viga, zapatos rojos apoyados en una viga en ángulo, "¡Hice lo que tenía que hacer!", grita él, a través de la lona. "¡Lo descubrí! ¡¡Cómo hacerlo *materia!*!"

"¡Gheupo nosotros!" El cuerpo se sacude, las cuerdas elásticos se aferran a un cable tensado, los engranajes crujen. Comienza a girar, lentamente, a medida que se eleva.

"Sé cómo termina esto, David", dice ella, mientras él se abalanza hacia la silla, mientras él se sienta en la silla, mientras hace girar esa silla de respaldo alto, ociosamente, con una mano mojada. "Tú vas a morir aquí", dice ella. "Justo ahí".

"Pero descubrí cómo hacerlo *volver*", dice él.

Ella se encoge de hombros.

"Topat bien", dice uno, empujando hacia atrás el sombrero de

cubo. El otro está a la mitad de altura de la torre, guiando el cuerpo más allá del enorme contrapeso, y la multitud se arremolina zumbando, chirriando, girando para establecerse en reptantes grupos en lo alto de esa torre, esperando. "Dal, Dam Tiemón, el tiempo, es bueno. Hungruz, Kenk, ¿Kenkru? Crece", dice. "Topat bien. Gedhlei. Bien".

"Ya", dice ella, saltando de la viga, chocando y crujiendo a través de la basura.

"Volverás", dice él apoyado en su muleta, sentado en esa silla, goteando entre todas esas cajas.

"Ya", dice ella. Las torres del centro de la ciudad muy cerca del agua, de ladrillo y coronadas por un zigurat, alto y blanco con oscuras ventanas estrechas, gris y rematado por el inclinada ala negra de un gran panel solar, y pálido humo que se desliza desde abajo hacia un cielo blanco lleno de zumbantes formas negras que hinchan las bandadas que circulan arriba, pero más adelante, detrás de todo eso, elevándose en la bruma de la inundación, una torre solitaria de rojizo cristal ambarino enmarcada por opaca piedra rosa, toda brillando llanamente por el sol, y amarrado muy por encima, un jardín, una repentina explosión de color ante el cielo, circulando un castillo de piedra amarilla, todo sobre el fondo de un brillante zepelín plateado.

Desde detrás de ella, la llamada, "¡Medaltura!" Ella saluda sin mirar atrás. Planta un pie en la canoa raspando contra la madera flotante, equilibrando un momento. Zapatos rojos, pantalones cortos negros, el amplio sombrero de paja. Tocón de un tallo en su pecho, reloj de oro destellando en sus dedos mientras ella alcanza el remo. Se apoya al dar una patada impulsora, saliendo hacia afuera.

# el Agua

El agua marrón y aceitosa, salpicada de luz solar, vertida en el cubo por una corriente lenta y fuerte. «Tuang» de la cuerda en la polea cuando ella tira, mano sobre mano, tambaleándose, chapoteando, plástico blanco estriado de mucho uso. Envolviendo la cuerda alrededor de la mano, soltándola con la otra, inclinándose para agarrar el mango del cubo, equilibrando la cuerda, la polea, el cubo, a ella misma, se mueve, tira, libera un chirrido de la polea cuando el cubo se desliza por la ventana.

Inclinada contra el peso del mismo, se abre paso a través de una pared de silenciosos relojes de abuelo en una amplia y oscura sala de exposición dividida en nichos y rincones con arreglos de muebles, sofás y sillones de amor, mesas auxiliares, mesas de café, alfombras colocadas sobre la lúgubre moqueta gris, una falange de tumbonas, un par de sillas tumbona. Sus zapatos rojos, vaqueros negros, oscura sudadera con capucha. Una hilera de chimeneas independientes, ladrillo rojo y piedra blanca y amarilla y gris, baldosas blancas, vidrio ahumado, cromo reluciente, pero cada hogar está frío. Al final, una amplia repisa de yeso blanco, elaboradamente moldeada, y cuatro o cinco montones de mantas y almohadas colocadas delante.

Largas ventanas delante de la sala de exposición vidriadas con luz solar, y otra hilera de chimeneas allí, orientadas hacia la calle vacía. Ella coloca el cubo frente a una estufa de panza de cacerola al fondo, con una destartada chimenea de chapa que sube y regresa a un agujero perforado en la pared. Madera seca apilada a su lado, partida y cuidadosamente recortada. Protegiendo su mano con el puño de su sudadera, abre la puerta, mira las brasas brillantes, en un tronco y en otro.

El agua en el cubo marrón, pero manchada con toques de arco iris.

En la repisa a un lado, una olla alta de acero inoxidable, un par

de sartenes, un plato de algo envuelto en plástico arrugado, una hogaza deforme color hielo viejo que tiembla cuando ella clava sus dedos en ella, recogiendo un buen pedazo, convirtiéndola en una gruesa bola con las yemas de sus dedos. La sostiene sobre el cubo, la deja caer. Flota un momento antes de que, con un chasquido chisporroteante, se hunda, cicatrizando el agua fangosa con burbujas blancas. Ella se apoya en la repisa de la chimenea, estira los brazos, haciendo una mueca y sacudiendo las manos. El balde gorgotea, escupe más burbujas que explotan con una bruma humeante. La estufa suspira, la chimenea suena, una vez. Un hombre etéreo y delgado se arrastra hacia arriba, acolchado sobre sus hombros estrechos, parpadeando detrás de gruesas gafas. "¿Está hecho?", dice él mirando por encima del cubo.

"Dale un minuto", dice ella.

Una niña se acerca, largo pelo oscuro y un top blanco recortado, "¿Dónde está el café?", gime ella.

"En el frasco", dice ella, enganchando una taza de lata entre las ollas y sartenes.

"¿Aún no lo has hecho?", dice la chica, rodando los ojos. "El agua no está lista", dice el hombre delgado. La niña se aleja. Saca un vaso del cubo, bebe un sorbo, luego traga, agua clara goteando por la esquina de su boca. "Está lista", dice, dejando caer la taza.

"¿Quieres un café?", dice él mientras ella se aleja.

"No aguanto ni un instante", dice ella.

"Pero es todo lo que queda", dice él con mirada triste, redondeada por esas gafas.

El agua marrón succiona la pértiga cuando ella empuja la balsa. La vegetación cubre las riberas de la quebrada a ambos lados, los edificios se alzan más allá, el almacén gris se cierne detrás de ellos, letras rojas apagadas dicen «Tienda de Chimeneas de Gordon». Camisa blanca suelta, pantalones cargo cortos, gafas en blanco a la luz. Ella está arriba, capucha oscura, vaqueros negros, junto a



alguien envuelto en mantas, cabello color hierro fibroso extendido sobre el cuero cabelludo, y un hombre calvo, chaleco y pantalones a rayas marrones. La niña se tumba boca abajo sobre una toalla en medio de la balsa, y los ponis arcoíris retozan en su ropa interior. Está escribiendo algo en un pequeño y gordo diario con un bolígrafo plateado.

El agua se ensancha a medida que la quebrada dobla a la derecha, y una rampa de entrada se levanta pesadamente desde el centro, el pavimento se agrieta y emerge la hierba amarilla. Él empuja de curva a curva hasta que la rampa es lo bastante alta para deslizarse por debajo, fuera del sol, y cuando cae la sombra, la niña sobre la toalla se da la vuelta, lo mira a él y a su pértiga con una amplia mirada desplegada de ojos sonrientes, jadeando. "¡Hadas!", chillaba ella señalando.

Tal vez una docena, agrupadas unas contra otras en la parte inferior de la rampa, cuerpos negros sin forma, garras que arañan, zumbidos de alas invisibles cuando una y luego otra caen, vuelan en zigzag. Él planta la pértiga, arrastrando la balsa hasta una parada lenta y chapoteante, y el hombre del chaleco se pone de pie, y ella también lo hace, los dos observan la masa zumbante y siseante. Algo está brillando en medio de todas ellas, un brillo gris y húmedo, "Se cree que es grande", dice el hombre del chaleco. La niña ríe. "¡Mira!", grita ella. "¡Mira!"

Una de ellos se cierne ante ella, balanceándose cuando uno de sus cuerpos color lavanda se acurruca bajo sí mismo, sacudiéndose cuando las alas se esfuerzan para tomar holgura, el cuerpo agarrándose hacia su opuesto, piernas extendidas hacia arriba y hacia abajo para hacer clic. "Oh, mira", dice la chica. Algo que brilla allí, demasiado gris para brillar a la luz del sol, rebota en el suave agua marrón. Esas cosas se agitan para suspenderse un momento a medida que se despliegan, girando mientras la bola cae cuidadosamente sobre sus manos levantadas, un sonido grasiento cuando ella lo agarra cuidadosamente para sí misma. "Guao", dice ella.

El traqueteo de la motosierra, el gruñido a dos tiempos, las demás despegan desde la parte inferior volteándose y cayendo en forma de

remolinos hacia la luz del sol y desaparecen. Las cosas que han dejado atrás se distorsionan, un huevo, una lágrima que extiende de sí misma hebras todavía aferradas al hormigón, "¡Cuidado!", y: "¡No saltes!", y: "¡Vaya!", mientras eso cae a peso en el centro de la balsa, "Gua" y "¡Lo tengo!", y: "Espera un minuto, espera" cuando las olas perturban la placidez marrón alrededor de ellos, se inclinan sobre las tablas de la balsa para empapar sus pies, las mantas, la toalla, "¡Mi diario!" chilla la niña, pero ella lo sostiene para la chica y la pluma, rescatada del agua. La chica sonríe, apretándolos contra su pecho con su puñado de cosas descuidadas.

"Esto es suficiente", dice el hombre del chaleco, agachado sobre el bolo salpicado.

"Pues volvamos", dice la niña abazando con fuerza sus cosas, brazos veteados de un gris luminoso.

"Es demasiado", dice el paquete sin sombrero encorvado en la parte delantera de la balsa.

"Dijimos que iríamos todos", dice el hombre de las gafas.

Ella dice: "Quiero unas malditas fresas".

"Y peces", dice el bulto sin sombrero. "Pero debe mantenerse a salvo".

" De qué?", dice el hombre del chaleco con un resoplido, y: "Podemos cubrirlo con la toalla", dice el hombre de las gafas.

"Lo sabrán. Todos lo sabrán".

Ella dice: "Pues que alguien se lo lleve. Simplemente encontraremos más".

" Esto es suficiente para *días!*" chilla la niña. " Podemos regresar ya, joder?,  a quién le importan unas fresas?" Camina hacia el borde de la balsa. "Joder", dice ella, "podría volver *nadando...*"

"Lauren", retumba el bulto sin sombrero. "No debes sumergir un

*dedo del pie en esa infusión*".

"Yessul", murmura la niña, saltando la línea de relojes de abuelo, descalza en silencio sobre la alfombra, "compruébalo desde adentro", se canta a sí misma, más allá de los rincones y nichos, "sube a jugar", más allá de las chimeneas oscuras y frías, "vamos fuertes, agárrate fuerte", hasta el frente de la sala de exposición donde alguien está sentado ante esas ventanas llenas de sol, sudadera oscura, vaqueros negros, ella pasa todo eso corriendo, "¡El chico te hará gritar esta noche! Hey", se acurruca con su ropa interior de dibujos animados, "hay algo que quería preguntarte". echando mano a esa sudadera con capucha. "¿Qué tienes en tu...?"

"No", dice ella con un manotazo en la mano.

"*Vale*" dice la niña sentándose. Balanceando las flacas piernas, moviendo los pies descalzos sucios, agarrándolos en sus manos cuando se inclina hacia adelante, "Solía tener un par de zapatos rojos".

"¿Los tenías?", dice ella agarrando el remo de tallo áspero, desgarrados Chucks rojos apoyados en los tirones. Su amplio sombrero de paja, el tallo roto que le sobresale del pecho. Correa de reloj brillando en sus dedos. A su izquierda, la torre de color rosa opaco se eleva y la cuerda sube más arriba, pero a su derecha se abre el río, que se extiende en un canal lateral, una quebrada de paredes verdes empinadas cerrada por una maraña de pasos elevados de autopistas y puentes que suben y caen en la interminable agua marrón sin brillo. Ellos se arrastran hacia su estela mientras ella rema, aunque esa torre parece quedar fija, girando solo un poco para seguirla.



Giro de la baya en el pulgar y el índice y ella pellizca el tallo, «plop», una cosilla en la palma de la mano, color rojo brillante salpicado de negro, descolorido verde rosado en lo alto de aquello,

pero ella pasa la mano por el cubo de plástico junto a su rodilla, tal vez un tercio lleno ya, y deja caer aquello dentro, su otra mano ya va hacia la siguiente baya, la siguiente planta. Alineadas frente a una suave pendiente, largas hileras de plantas bajas y polvorientas, y estrechos caminos polvorientos entre cada hilera, y justo delante, un muro de hormigón a la altura de las rodillas. Mientras ella arranca la última baya de la última planta antes de levantarla, levanta el cubo para equilibrar la desmoronante parte superior, luego se sienta a un lado y balancea sus pies en zapatos rojos. La tierra polvorienta está más allá de un paso o dos abajo, pero alineado con otras hileras de plantas polvorientas con puntos rojos. En las sombras a la derecha de allí, ordenadas pilas de ladrillo viejo, un montón uniforme de madera seca y blanqueada, indomables rollos de alambre, lo que queda de la casa que antaño soportó la pared. Un par de personas más adelante, agachadas, arrodilladas, abriéndose camino a lo largo de sus hileras, estirando los brazos, cosechando, llenando cubos y cajas, otra media docena, siete, ocho, a cada lado de esta base, a través de un espacio similar al lado donde otra casa había estado, ahora lleno de fresas. Esos campos bordeados arriba y abajo por los pavimentos rotos de vacías calles amarillentas de viejo polvo y barro. Otro bloque bajo las casas arrasadas y el terreno seco labrado y las plantas bajas se amontonan en largas hileras interrumpidas, y la hierba amarilla más allá, y luego árboles negros y verdes debajo, descendiendo hasta el suelo del valle, casas allá abajo y edificios, y agua marrón encharcada en frondas dendríticas por las calles bajas. A lo lejos en el horizonte, un abrupto y vertical diente de piedra marrón y gris, sin árboles, una única montaña, totalmente desprovista de nieve. Ella desciende por su hilera cruzando el antiguo espacio de arrastre, girando las hojas con cuidado, arrancando bayas rojo oscuro, dejando atrás las pálidas de color blanco y verde rosado. Aquellos por delante ya están trepando por encima del muro de los cimientos, dejándola atrás.

El hombre del chaleco a rayas como alfileres baja pesadamente la cuesta, un brazo arriba para estabilizar la carga sobre el hombro, el otro colgando bajo el peso de un cubo lleno, pañuelo rojo atado alrededor de su cabeza calva. "¡Fujiwara-nota!", avisa él a la pequeña multitud reunida junto a la desvencijada carreta al fondo del campo, tres mujeres con vestidos estampados, blusas, gorros de

ala ancha, el hombre delgado en pantalones cargo cortos y camisa blanca suelta, la chica allí también, sentada a lo indio junto al bulto de mantas, escribiendo en su diario. El chico mayor que se ha girado hacia el grito mira con atención, piel arrugada alrededor de sus ojos. Sus vaqueros marrones relucen por la mugre añeja, pañuelo amarillo alrededor del cuello, sombrero negro inclinado sobre la cabeza. "¡Arrie gato, gozeye mas!" Llama al hombre del chaleco, "¡Fujiwara-nota!" Y el chico mayor se mece atrás en una carcajada. "¡No está mal!", truena él, "¡Pronto sonarás como un Yonsei!"

El hombre del chaleco deja su cubo junto a otros agrupados allí, y luego las cajas que lleva. Ella viene tras él con cubos pesados en cada mano. "¿Quieres que volvamos a salir?", dice él enderezándose, quitándose un chorrillo de sudor de la frente, pero: "No, no", dice el hombre mayor, "ya tenemos más de lo que podríamos comer. Alguien va a tener que aprender a hacer vino de fresa, ¿eh, Baba?" La mujer de la blusa agita una desdeñosa mano. "Brandy incluso", dice el chico mayor tomando uno de los cubos de sus manos. "Eso gastará un poco. Vamos, Jonny Pulliam estará aquí al anochecer, y con una carga métrica de peces muy gordos. Vamos a cargar estas bayas, llevarlas al complejo y luego no hacer nada, excepto vigilar la parrilla hasta que él aparezca".

Ella se deja caer para tumbarse con las piernas extendidas sobre la acera junto a la niña y el bulto de mantas mientras ellos comienzan a cargar cubos y cajas en la carreta. "Hey", dice ella sacando un pañuelo de su sudadera con capucha. "Lauren". La niña termina de escribir una frase con una floritura y alza la vista, frunciendo el ceño, tapando la pluma. Ella ha desenvuelto el pañuelo para revelar media docena de pequeñas bayas, perfectamente rojas, y la niña sonrío y las agarra, se mete una en la boca, "Oh", dice, rodando los ojos, "*así que bien*", masticando, tragando con un vibrante gemido, "Pru", dice ella, "Pru, están *muy buenas*", ofreciendo una al bulto, el cuero cabelludo de fibroso pelo se inclina para liberar una nariz en forma de huso de un pliegue de la manta, labios agrietados que se separan delante de afilados dientes amarillos, él toma una baya, con cautela, de la mano de la niña. La carreta cruje, poniéndose en marcha, el hombre mayor y el hombre del chaleco en la viga al final de la lengua de esta,

agarrados mientras hombre delgado y la mujer en la blusa empujan. La niña pasa los brazos a su alrededor, "¡Eres la *mejor!*" y: "Lauren", dice ella, "hey, Lauren", mientras la niña se sienta, mirando, señalando, "¿Qué es *eso* ", dice ella curiosa, no del todo hostil.

Ella baja la vista hacia su camiseta debajo de la sudadera con cremallera abierta, en el lugar brillante allí, el punto de luz no cambia ni decae cuando ella se gira, eso brilla desde dentro de su camisa.

"¿Jo?", dice la niña, pero ella se ha puesto en pie, se ha alejado, está tirando del cuello de la camiseta.

Una grieta del tamaño de un pulgar en la mancha arcoiris, que de otra manera es suave en su piel y brilla de ello con una chispa de luz amarilla dorada que sube desenrollándose desde el interior de una tierna hoja verde amarillenta, y otra.

"¡Jo!", chilla la niña cuando ella cae de rodillas, sus manos y rodillas se agitan en cuanto una tos que escupe algo ligeramente amarillo, y una respiración profunda raspa la parte posterior de su garganta. "¿Estás?", pisadas detrás de ella, susurro de ropa, mantas, "Oh" y "¿Está ella?", pero ella se pone de pie tambaleándose, "¡Espera! ¡Jo!", pero ella los aparta moviendo una mano, se aleja por la calle polvorienta, cada vez más rápido hacia los árboles oscuros y hacia ese cielo tan blanco arriba, de un brillo fulgurante

# el Sol

El sol brilla a través de pilares de hormigón que soportan una maraña de rampas de entrada y salida tejidas frente al cielo blanco, enmarcando el agua marrón con mapas sombreados. Rápidos golpes del tosco remo salpican y deslizan la popa de la canoa en un giro a la derecha bajo un puente, esta navega a través de la sombra y regresa hacia un deslumbrante brillo. Ella mantiene la cabeza baja, ensombrecida por el borde de su amplio sombrero de paja. Otro puente más adelante, aún más bajo, anclado a una herbosa cresta que rompe justo la superficie del agua, y ella se agacha hacia adelante cuando la canoa se desliza por debajo y pasa con lo último de su inercia.

Una laguna lapeada más allá, el pavimento que se alza debajo de ella para llegar a la cima de esa ladera amarilla cubierta de hierba, una súbita orilla coronada de oscuros árboles, y sonidos de chapoteo y risas resonando. Ella mueve el remo hacia afuera y alrededor, cautelosa de pronto. Pasa un esqueleto de árboles ahogados, las copas oxidadas de un par de postes de valla hundidos, hay un pliegue en la orilla, una piscina poco profunda ajustada ante el repentino espacio de la cresta, y media docena de niños chapoteando y riendo, oscuros ante el agua brillante, la hierba amarilla. Caen en silencio cuando su canoa se eleva crujiendo, cuando se engancha hasta detenerse en la orilla. Zapatos rojos salpicando, ella arrastra la canoa más arriba sobre la hierba, deja caer el remo dentro. "Tenéis que mantener los oídos abiertos", les grita. "Ojos bien abiertos. Moody bajará y os atrapará".

Se ríen, todos ellos, los muchachos con el pelo negro muy corto, la niña con los rizos atados en giros de cuentas, incluso el bebé, que aplaude con las manos regordetas y levantando agua, "Él no ha bajado en años", dice uno de los muchachos, sombreado los ojos para alzar la mirada hacia ella, y: "Todo el mundo lo sabe", dice otro.

Ella baja la vista al reloj en sus dedos, luego la levanta hacia el

puede de arriba, al puente que gira con todos los demás para fluir hacia el arco de la autovía, reuniéndose para saltar sobre el agua. "Años", dice ella.

"El reverendo Turner guarda el calendario", dice la mujer que los conduce por el pasillo oscuro, "oh, sí. Cincuenta años desde la inundación, y casi otros cincuenta años, será pronto", cabeza envuelta en bufandas de colores brillantes y más tela brillante cubriendo sus hombros, drapeados de relucientes amarillos, naranjas y rojos, "cuando las aguas retroceden y Vanport se levanta una vez más". Puertas se abren a espaciosa habitación, sin luz a la izquierda, pero aquellas de la derecha tienen ventanas, cortinas transparentes, luz solar, camas cuidadosamente hechas con sábanas blancas y mantas marrones y, alrededor de cada cama, más cortinas que se podrían echar o dejar descorridas, y esta habitación tiene cinco o seis cajas de cartón llenas de libros, y la siguiente una mesita abrumada con fotografías enmarcadas, la siguiente está inundada de juguetes de plástico y madera en intensos colores primarios, y conversaciones mientras ellos se acercan, y la gente los observa al pasar, los pasos de él retumban ruidosamente, esos tubos de chimenea aferrados a sus espinillas. "Lo sabremos con certeza cuando veamos que todo vuelve, por supuesto, pero para entonces será demasiado tarde. Un tiempo, y los tiempos, y la división del tiempo". El pasillo se abre en una esquina afilada, al doblarla, las habitaciones iluminadas por el sol continúan por la derecha, las paredes caen hacia la izquierda, un mostrador, un bastidor cromado del que cuelgan suaves trajes de colores vivos, magenta, verde pálido, azul luminoso, un hombre sentado en una silla de escritorio, otro hombre en una descolorida bata azul, de pie junto a él, tijeras en una mano, un peine en la otra, un tercer hombre examinando el intrincado juego de solitario desplegado sobre el mostrador ante él, detrás, frascos y viales y cacitos de polvos, ungüentos, cremas y aceites, y un cartelito apoyado junto a un monitor de ordenador apagado: «Tienda del Hombre de Lew», dicen blancas letras de plástico cuidadosamente clavadas en negra felpa. "Normalmente él está aquí por las tardes", dice ella.

"¿Brady?", dice el barbero. "Está en el patio, cuidando a Ike y a ese conejo suyo".



"Pensé que estaba con George y Howard hoy", dice el hombre en la silla.

"No hay conejo", dice el hombre que coloca una carta con un chasquido. Frunce el ceño casi de inmediato.

"Un hombre ocupado, nuestro reverendo", dice la mujer con bufandas en la cabeza volviéndose hacia los dos, con gestos para que continúen, a él con fino cabello oscuro recogido bajo el colador sobre su cabeza, papelera de plástico en sus manos con guantes de hockey llena de grasa, algo pesado, color del hielo viejo, muy parecida a la papelera en las manos desnudas de ella, sudadera oscura medio abierta para dejar espacio a la flor que allí crece, delicadamente rosa, al final de un regordete tallo verde que asoma por el cuello rasgado de su camiseta. "Pero, oh, sí, querida mía", dice la mujer con bufandas en la cabeza, "décadas desde que Él moró en Su castillo en los altos cielos y nos envió Sus querubines con su maná, pero solo quedan meses para que Vanport regrese y Él baje para comenzar su glorioso reinado".

"Décadas", dice ella, mayormente para sí misma. Por el siguiente pasillo, luz del sol menos directa ahí, más fría, pero aún hay conversaciones tranquilas, ojos cautelosos y vigilantes, sin observar, sin contemplar del todo, las mujeres en un círculo con una colcha sobre sus regazos, el hombre posado en una credenza con un martillo y sus labios alrededor de un par de diminutas agujitas plateadas, la anciana mirando desde detrás de la cortina de plástico echada alrededor de su cama, rizos escasamente bañados de azul, el niño gagueando mientras ellos pasan entre crujidos. El pasillo se abre a un amplio vestíbulo, amurallado y con puertas de vidrio ahumado, y el polvo lento se desplaza a través de la luz leve y discontinuamente deslumbrante. Un silencioso banco de ascensores allí, y un largo estante que contiene quizá media docena de bicicletas ante una hilera de oscuras máquinas expendedoras vacías, y un letrerito de fieltro negro en un soporte en un extremo, «Thos. Salon de Brillo y Tienda de Bicicletas», dice en letras de plástico blanco perfectamente clavadas. "Por aquí", dice la mujer, "por aquí", bufandas y abrigos aún brillan en el tenue ámbar, pero hay un chirrido y un golpeteo de pies corriendo, "¡Randy!", está llamando alguien, "¡Randy!" y ahí está el bebé. corriendo hacia el

vestíbulo y un hombre se apresura tras él, "¡Sir Bob!", grita el niño con los brazos abiertos para abrazar la pierna de tubería del tipo delgado.

"Hey, señorito", dice el tipo delgado con una sonrisa, bajando la vista más allá de su pesada papelera. Ella pone su propia papelera en el suelo, luego toma la de él, y el tipo cae rígidamente sobre una rodilla con un clanc, tintineo de botellas de vidrio en su mochila de lona. Ella coloca la papelera de él sobre la de ella, enderezándose mole molesta lejos de la flor que le roza la barbilla. "Lo siento", dice el hombre allí, "lo siento, Randy, te vienes de vuelta ahora", pero por ese camino de ahí viene andando un hombre bajito y regio en lavanda pastoral, un par de tres personas tras él, "Nacarada Mae". su voz grande y rica, sus gruesas gafas relucientes. "¿Va todo bien?"

"Por supuesto", dice la mujer con bufandas en la cabeza, "va bien, Bob nos ha traído más", pero esas gafas han vuelto hacia ella, todos la miran ahora, blanqueada por el sol, empapada en sudor, la única mancha de color sobre ella es esa flor rosa pálida, el tallo verde brillante.

Sonido de metal y tela, el tipo flaco se pone en pie junto a ella. "¿Desde cuándo te llamas Bob?", dice ella en voz baja, y "Más tarde", dice él con una señal de advertencia. "¿Quién es tu amiga, Bob?", dice el hombre del traje de lavanda, esa voz rica llena el vestíbulo sin ser elevada. El tipo flaco se vuelve hacia ella, pero es cuando el niño levanta una mano y dice, demasiado fuerte, "¡Ella tiene una flor!"

Mano sobre el corazón, cerrando las solapas de la sudadera con cremallera a medias, apartando la flor hacia atrás, escondiéndola, ella da un paso atrás de la ofrecida mano con guante de hockey, pero la mujer con bufandas en la cabeza se arrodilla, un brazo alrededor del niño, "¿No es una maravilla?", dice ella sonriendo.



Radios estruendosos, zumbidos de cadenas, bicicletas que se elevan por la calle vacía, casas a ambos lados que dan paso a edificios bajos, un almacén amarillo con un letrero que antaño podría haber dicho «Centro de Reconstrucción», una guitarra gigante colgada en la ventana de un edificio azul pálido dice «Guitarras Libro Negro», las ventanas de la tienda siguiente amuralladas con libros, «Frenética Lectura», dice el letrero sobre la puerta. Neón apagado en una ventana oscura que una vez rezaba Comics de Ciudad Puente», letreros descoloridos que dicen «El Prado» y «Quiropráctico Mississippi» y «Planeta Risueño». Una bandada de pájaros cantores emerge cuando viran pasando una hilera de árboles ante un acechante bloque de apartamentos, un cartel en sandwich volcado en la acera, una flecha apuntando inútilmente hacia una Oficina de Alquiler. Una forma oscura de cuatro lóbulos flota ante el cielo blanco, esforzándose bajo el brillo de sus alas mientras esos pájaros cantores se posan, gorjeando a su paso. Él está pedaleando, pisando con fuerza, sonido metálico de los tubos de chimenea aferradas a sus espinillas, la enorme tapa de la olla atada a su pecho, el traqueteo de las papeleras vacías y el tintineo del vidrio en las alforjas detrás de él. Ella circula por delante, se queda atrás, mueve los pedales para ponerse al nivel de nuevo, flor apoyada en un hombro, revoloteando por la velocidad. Un coche solitario desplomado en la siguiente intersección, una camioneta que dice «Lo Enviamos Para Usted» junto a una abstracta forma de águila en azul al lado. Ella disminuye la velocidad mientras él avanza, da vueltas alrededor de la furgoneta, se pone de pie sobre los pedales y la observa. Los neumáticos han desaparecido largo tiempo atrás, y el cristal de las ventanas, arrugado en la parte delantera, quemado. "¡Hey!", grita ella totalmente ruidosa, moviendo los pedales, la flor rebota cuando ella se para. "¡Hey!" Al alcanzar la mitad del siguiente bloque, más edificios bajos, un escaparate pintado de azul cielo brillante, salpicado de nubes de dibujos animados. "¿Por qué te llamaban Bob?"

"Bueno", dice él abriendo la puerta y el tintineo de una campana, "solía trabajar con Gordon. Entonces".

El suelo está lleno de zapatos que no coinciden, de izquierda a derecha, brogue junto a zapatilla de deporte, zueco junto a chukka, zapato de barco agrietado y sucio junto a reluciente mula de charol,

zapatilla cremosa junto a estilete con correa en el tobillo, bota maltratada junto a un zapato de tacón de cocodrilo. Él sube ruidosamente y aparta ese espacio hasta quedar despejado, hacia el mostrador, ella da pasos largos y torpemente incómodos tras él, papeleras vacías en sus manos. "Él no está aquí ahora, ¿verdad?"

"No", dice él sacudiendo un guante de hockey fuera de la mano. "Todo el mundo había desaparecido cuando yo, uh", saca un zapato arrugado de su mochila, "las cajas, ya no aparecen", lo arroja al montón de calzado indiferenciado en la mesa de trabajo detrás de él. "Todavía veo un zapato aquí y allá, solo, sentado en la acera, o lo que sea. Así que. Figúrate, voy a mantener mi mano dentro", pero allí, en el banco acolchado de verde, una mujer mayor está sentada, encorvada en un hinchado abrigo de invierno, pelo color del hierro, corto.

"Pero estás aquí solo", dice ella. Un vaso medio vacío en la fórmica verde azulado delante de ella, una mano al lado de su hombro, la flor segura tras ella.

"Entonces, ¿qué?", dice él, "¿debería, mudarme con ellos, a casa de Emanuel?" En su mano un vaso medio lleno de algo ligeramente rosado. "No sé. Quiero decir, nos ayudamos mutuamente, claro, pero, diferentes mundos, ya sabes".

Ella se encoge de hombros. "Hay otras personas por ahí".

"¿Sí? ¿Alguien te molestó cuando estabas en Tabor?", dice él. "¿Por el Gulch?" Ella se encoge de hombros otra vez. "Porque", dice, "¿sabes?, es realmente bastante tranquilo", colocan su vaso sobre la mesa junto a la botella abierta, el platito lleno de bamboleante gris. "Moody aparte".

"Eso es un aparte bastante grande", dice ella.

"Sí, pero, incluso él se ha calmado estos días. Y además", sentado pesadamente en el borde de la cama, todo ese improvisado roce y chirrido de la armadura, "tampoco es como si estuviera solo, ahora. ¿Cierto?"

Con su camiseta desgarrada, ella se sienta de rodillas tras él y le quita la mugrienta cinta que sujeta la tapa de la olla en el hombro. "Ha pasado un tiempo desde que te quitaste esto, eh".

"Lo siento", dice él bajando la vista, "por, eh, el hedor".

"No sé", dice ella. "Sudor, metal caliente, plástico, mejor que el fango rancio del río".

"¿Sí?", mira sobre el hombro. "Bueno, tú tienes esa flor, hace que todo huele bien", crujidos, "Frankie, espera", dice ella, pero "Jo", dice él, mano desnuda suavemente sobre la de ella, y sonriendo lo suficiente como para sacar un hoyuelo, allí y allí.

"Meses, décadas", dice ella recostada sobre las mantas arrugadas, "da igual", la camiseta ha desaparecido, vaqueros negros en el suelo, mugrientos pies descalzos, vieja mugre y suciedad que mancha la piel, espinillas y muslos, arrugas, rodillas y caderas, codos más pálidos que los antebrazos, rojizos hombros, garganta y cara quemados, el cabello blanqueado por el sol y el sudor salado extendido sobre las almohadas mientras ella se gira de lado para mirarlo, "Aún mataría por un cigarrillo".

"No es lo que pensé que ibas a decir," brazos cruzados bajo su cabeza, todavía en su mayoría atados y engarzados en su traje de chatarra. "¿Sabes lo que más echo de menos?"

"Frankie", dice ella con un borde de advertencia.

"Cuando estás esperando a que haga efecto", dice, "cuando es demasiado tarde para no hacerlo, y ahora en cualquier momento va a salir como en una película, ¿sabes? Todo suave y genial y cada movimiento que hagas, tal como lo pretendías, y todo en el mundo hará lo que se supone que debe hacer, de la forma en que se supone que debe hacerlo, e incluso si lo jodes todo, está claro que lo hiciste por el efecto, ¿sabes? Es...", ella se levanta sobre un codo, se inclina cerca, flor latiendo, "todo está *lubricado*", dice él, y ella le besa la boca. "Eso es lo que echo de menos", murmura él.

Ella le besa de nuevo. "¿Todavía duele?" Mano de ella en la tapa

de la olla atada al pecho de él, pero la mujer en el banco acolchado de verde levanta la cabeza, "¡Él no tenía que acabar así!" "Fuiste tu. ¡Fue todo culpa tuya!"

Jaulas cuelgan de cadenas atornilladas a las vigas de arriba, nueve de ellas en hileras de tres colocadas juntas a lo ancho del porche dormitorio, sus fondos a la altura de los hombros. Ella se agacha para pasar debajo de ellas, con cuidado de su flor, zapatos rojos raspando las secas semillas dispersas, paquetitos de agujados huesos y enmarañadas pieles podridas retorcidas en signos extraños. Ella se ha puesto la ropa interior, la oscura sudadera con capucha. Mesita al final del porche, saco de dormir cuidadosamente enrollado, ella golpea una jaula cuando se pone en pie, clanc y gruñido de cadena balanceada lentamente. Algo dentro de la jaula, un saco arrugado una vez, tal vez tan largo como su brazo, alzado junto a huesos en forma de ramita, garras arrugadas gris blanquecino en un extremo, y plumas rotas y caídas de ello, y solo el pico aún cruel y afilado.

"No pude, no lo sabía", dice él al otro extremo del porche. "No hay puertas, en las jaulas, ¿ves?" Tapas de las ollas desaparecidas de su pecho, de sus hombros, camisa desabrochada, cinta todavía pegada en los antebrazos, piernas haciendo clanc mientras se acerca a las jaulas entre ellos. "Lo intenté, lo hice. Yo, me aseguré de que hubiera agua y yo, cuando podía, traía ratones. Y un pájaro muerto, como un petirrojo o algo así. Y hablé con él, lo hice, pero no sé, no sé por qué se quedó. No sé por qué Gordon lo abandonó. Yo no sé", él está en la sombra, indirecta luz solar tras él empañada por polvo flotante, pero aún un destello en su pecho desnudo, oscuramente húmedo, una línea, ella suelta: "Tú dormías aquí arriba", y una mirada al saco de dormir a sus pies. "¿verdad?". Mirando atrás a través de las jaulas hacia él.

"Sí", una entonación creciente, no del todo una pregunta.

"Esa era su habitación", dice ella. "Esa era su cama, donde nosotros".

"Jo", dice, "yo no", ella se abalanza entre las jaulas, gruñido y golpes y choque metálico, ella atraviesa chocando hasta la siguiente

fila, esparciendo semillas y paja, "¡Mierda!" chilla él, esas masivas jaulas golpean sordamente, repiquetes agridulces demasiado grandes, y chirrido de eslabones y vigas tensas por las que ella atraviesa, él la persigue, ella sale por la puerta. "¡Esto no es tuyo!", chilla ella por encima del clamor, "¡Nada de esto!", demasiado rápida, casi cayendo por las escaleras empinadas, rebotando por la cortina de cuentas hacia la sala delantera, y silencio. Él se da la vuelta, allí, en medio de esos zapatos bien alineados, pantalones chinos desteñidos, el vellón de su jersey beige desgastado sobre los codos, deshilachado a lo largo de su cuello vuelto hacia arriba. "Esto se ha puesto ruidoso", dice él. Ella se queda allí, parpadeando, flor rosa acariciando su barbilla. Él mira su reloj.

"¿Cuánto tiempo?", dice ella.

"¿Desde la última vez que despegaste?", dice. "Un par de días".

"Meses".

"Lo que sea. Escucha..."

"Estás muerto".

Su ceño se arquea ante eso. "No", dice, "simplemente no estoy ahí. Aquí. Escucha..."

"¡Te envolví en una lona! Te llevé a... voy a... es, yo no...", dice ella.

"Estás viendo lo que ves", dice. "Ni siquiera has preguntado por mi pie".

"Pasa que algún momento después de que *esta* maldita cosa se haya ido", dice ella levantando una mano para ahuecar esa flor. Él aplaude silenciosamente con las manos, una vez, "¡Jo!", dice bruscamente. "Estoy a punto de perder la conexión. Presta *atención*". Sus zapatos no están allí, entre esos otros zapatos. Sus chinos se están desvaneciendo. "Vuelve", dice él débilmente. "Vuelve tan pronto como puedas". La luz del sol brilla a través de él ahora, "Descubrí cómo", y luego no queda nada de él más que el brillo de

su reloj, que queda suspendido allí.



# el Aire

El aire, un arco imponente que salta el ancho río abajo, y en la misma cima alto, dos banderas aún vuelan flácidamente. Ella se levanta en la sombra de un esbelto paso elevado, ajados zapatos rojos, ropa corta negra, amplio sombrero de paja en una mano y el reloj de oro envuelto en la otra. El pavimento se estira agrietado y desmoronado ante ella, líneas amarillas y blancas casi cocidas del todo, justo delante, una sola marca de frenazo, cada protuberancia y pliegue claramente impresos en el hormigón, un giro a la izquierda que termina en el guardarrail. A la derecha otro carril se eleva en un ángulo ligeramente más escarpado que sube para cruzar el carril de ella más adelante, justo ante ese arco imponente, una cubierta de ese gran puente apilada sobre la otra, y sobre la siguiente fría zona de sombra. Profunda respiración y ella cae sobre una rodilla, doblando la cabeza. Una mano alzada para cubrir el tallo roto en su pecho.

"¿Qué demonios es eso?", dice él mirando arriba cuando ellos salen de debajo de los árboles. Ella se balancea hacia atrás, avanzando hacia él, oscura sudadera con capucha, vaqueros negros, puños cerrados, "Tú *no*", gruñe ella, "no me *hables* a mí, no me *sigas*", él está sonriendo, "Jo", dice él, "mantente *jodidamente* lejos de mí", dice ella, "Si *alguna vez* descubro cómo hiciste, *lo que hiciste*", y: "Jo", él no la está mirando, "tú", dice ella, "joder, voy a *matarte*, so maldito..."

"¡Jo!"

"¿Qué les has hecho a ellos?"

"¡A *quién!*" brama él, ella lanza las manos arriba, le da la espalda, vuelve a girar hacia él, inclinándose, "¡A Becker!", grita. "¡A Lymond! ¡A *todos!*" resonando a un lado y a otro de la calle vacía. "¡A *dónde han ido!*"

Él estalla en carcajadas, se dobla, ulula, carraspea, jadea, "¿Yo?",

se las arregla para decir. "¿Que qué hice yo? Jo Mira", mueve un brazo para enfatizar. "Ellos no han ido a ninguna parte".

La calle desciende a lo lejos por una pendiente entre edificios de dos y tres pisos y rodales de árboles hasta un tranquilo plano de agua que engulle puertas y luego ventanas, y luego las islas y arrecifes de pisos superiores, azoteas, copas de árboles fuera de esa torre levantada del agua, rojizo cristal ámbar enmarcado por una opaca piedra rosa, y más allá, el arco de un gran puente que se junta para saltar la inundación.

"Lo hicimos nosotros", dice, la risa todavía en su voz. "*Lo hicimos nosotros*".

Fijado muy por encima de esa torre, un glorioso jardín de flores flotando, un castillo de piedra amarilla reluciente ante el cielo blanco, un brillante zepelín plateado sublimando el césped.

Sobre su rodilla sobre el desmoronado pavimento, cabeza inclinada, los labios de ella se mueven, susurrando, y cuando ella levanta la mano del pecho, la última palabra se puede distinguir, "por favor", mientras esa mano se cierra en un puño y los músculos se tensan, la mandíbula se aprieta. Ella no saca nada del aire, ni siquiera un destello de luz. Ella no alza la la vista cuando abre los ojos. Ella mira la esfera del reloj en su palma, las manecillas del reloj se balancean flojamente. "Bueno", dice ella, mientras se pone de pie, "de vuelta al plan A".

"¿Al Gran Plan?", dice él mirando a su alrededor. "Pero habría más daños. Edificios, carreteras... lo mismo que si Yellowstone explotara, además", alzando la vista, entornando los ojos al resplandor, "no tendríamos un cielo tan prístino. Nah, mi dinero está en una fusión catastrófica. Gasificación de metano proveniente de la tundra siberiana, acidificación loca del océano, el palo de hockey se convierte en un elevador espacial directo al infierno, y ¿estás escuchando una maldita palabra de lo que digo?" Ella se ha alejado, de espaldas a él, está mirando algo en su mano. "¿Has recibido alguna señal de esa cosa?", dice él.

Ella niega con la cabeza, guarda eso, un fino teléfono negro. Pasa

al centro de la enredada intersección hasta el borde de esa opaca agua marrón. "Puedo vadear tal vez unos cuantos bloques más", dice ella. Un letrero alto dice «2 BIG MAC POR \$ 5» plantado justo donde un carril de acceso se eleva desde la inundación, circulando alrededor de la parte trasera de un oscuro y seco y vacío restaurante de comida rápida. "Voy a tener que nadar para llegar a la 405. Al menos, supongo, sabemos que *algún* tiempo ha pasado?"

"¿Desde cuándo?", dice él.

"Desde entonces", dice ella, "desde antes de que esto", movimiento de la mano hacia el agua. "suciedera". Su gesto termina apuntando arriba, pero ella se está girando, mira hacia otro lado, mira atrás, hacia la derecha, a través de esa intersección, más allá de una porción triangular de parque. "Eso no estaba aquí cuando nos fuimos".

Él alza la vista a ello, una docena de pisos o más de vidrio azul grisáceo apilados en la esquina, lúgubres escaparates similares que se alinean en la acera, letreros discretos escondidos aquí y allá, letras de plástico que dicen «Compañía de Fritos Boise», «Suavecitos Tropicales», «Estacionamiento», «Pizza Labios Calientes», sobre una impresión exagerada de dibujos animados de labios lixiviados de color. "Ja", dice él.

"Conozco a alguien que vive allí", dice ella. "En lo que solía estar allí. Lo que se supone que debe estar allí". Sus zapatos rojos desiguales lenta y deliberadamente se abren paso a lo largo de la larga rampa inquebrantable que se extiende sobre el agua hacia ese gran puente, pero ella se estanca una vez, vacilante, un paso que no se balancea hacia adelante. Se quita el amplio sombrero de paja, inclina la cabeza hacia atrás, ojos cerrados, bajo el cielo blanco. El cabello empapado en sudor apelmazado sobre los hombros, el tocón verde en su pecho ahora bordeado de marrón quebradizo. La boca ensombrecida mucho más cerca adelante. Láminas de plástico se han colgado frente a la calzada y a sus costados, tapando la cubierta inferior.

"¡Moody!", llama ella.

No hay respuesta.

Se acuestan en un mojado pavimento polvoriento bajo ellos, el agua se filtra desde la ropa por la pendiente hasta donde se sumerge bajo la fangosa inundación. Él se sienta erguido, ajuatada camisa blanca transparente, recoge un fajo empapado de vellón de color beige, y escurre futilmente lo que puede. "Eso", dice él, una mueca de esfuerzo, "fue asqueroso". Escupe. Sacude el jersey y lo deja caer al pavimento. "Mira, si estás esperando un mensaje de texto de alguien, tengo malas noticias".

Tumbada, ella sostiene su teléfono, todavía seco. En la pantalla, una foto, su cabello castaño corto y mechones, mejilla a mejilla con Ysabel con su abrigo blanco, largos rizos negros, sonrisa cómplice de soslayo. «35: B», dicen los finos números flotantes del reloj sobre sus cabezas. «Día de Baldr», «Ocho de siempre». «87%», dicen pequeños números con un icono en forma de batería. Ella lo apaga con el pulgar. Él mira el reloj dorado sobre su muñeca. "Bueno, ¿cuál es el plan, mente maestra?"

"¿Plan?", dice ella. Ha cerrado los ojos. "El plan es, cruzo el puente hacia terreno elevado, me dirijo hacia el Sur, descubro cómo superar la I- 84, tal vez el puente en la 12 sea lo suficientemente alto. Pero puedo nadar así de fácil, si lo necesito. Sigo bajando hasta que llegue al apartamento. Entro. Subo las escaleras. Si ella está aquí ", abriendo los ojos y poniéndose en pie, "ella está allí".

Todavía sentado, él se mueve, gira para seguirla cuando ella se aleja. "No estoy seguro de estar de acuerdo contigo al ciento por ciento en tu teología, Jo", dice él

"Eso podría importarme dos mierdas", dice ella avanzando.

"¡Hey! ¡Hey! ¡Vinimos aquí juntos!" Mientras se levanta, "Allá dónde vayamos. ¡Es juntos!", mientras se quita el jersey. "Tú estás muerto", murmura ella para sí misma, pero: "¡Mente maestra!", grita él. "¿Por un casual te das cuenta de lo que pasa ahí delante?"

La rampa en la que se encuentran sube más alto fuera del agua, y a la izquierda, otra trepando más alto hasta que cruza la primera,

allí, una cubierta por encima de la otra, donde el puente toma un brusco giro a la derecha y el imponente arco de este salta sobre aguas más profundas, descendiendo cerca de ese lado lejano, donde las rampas se desenrollan, se extienden rectas y verdaderas en busca de la vegetación que bordea esas crestas, pero el puente, el puente: láminas de plástico blanco cuelgan de la cubierta superior, la longitud opacamente nublada de estas hacen de carpa de la parte inferior.

"¡Alguien está ahí arriba!", grita él.

"¿Sí?", dice ella sin mirar atrás. "A lo mejor tienen algo de comer".



El poignard cónico brillante como un espejo bajo su barbilla, "Maldita sea. Por fin. Por jodido maldito de Dios *fin*". Él se echa el sombrero de cuero negro hacia atrás. "Como vivo y respiro, Bambi. ¿Cómo diablos estás?"

"Moody", dice ella. La sonrisa de él se apaga. "¿Conoces la ley!", espeta él presionando cerca. Envuelto en una chaqueta verde excedente del ejército. "¡Nada! ¡De! ¡Nombres! ¡Reales!" Ella se inclina atrás apartándose del cuchillo, pero sus ojos parpadeantes están fijos en los de él, no en la hoja. "Tú", gruñe él, "tú *me darás lo que me debes*, perra"

"Temible Paladín", dice ella, y "Eso *mismo*", dice él. El hombre al lado de Jo con húmedo jersey beige suelta una carcajada, "lo siento", dice, y ambos lo miran, "¿pero eso? Joder, es de lo más estúpido, y hoy, ha sido una *riqueza* de jodida estúpidez, quiero decir", cuando la punta de la hoja se vuelve hacia él. "¿Temible?"

"¿Quién diablos eres tú?", dice el hombre con el cuchillo, y ella dice: "El mago", y "Jesús jodido *Cristo*", dice el hombre con el jersey, "cuántas veces tengo que *decírtelo*", pero el hombrecillo a su lado con una camiseta ajustada tira de su brazo y: "¡*Cállate!*", dice el

hombre con el cuchillo. "¿Sabes quién es ella?"

"Por supuesto", dice, liberando su brazo y frotándose la muñeca. "Ella es, eh", mirándola con su sudadera oscura, encorvada, brazos cruzados, alejada de las figuras detrás de ella, de la de gruesa cadena colgada de un puño, candado sujeto a un extremo colgado, la otra apoyada en un longitud raspada de la tubería de plástico.

"¿Y bien?", dice el hombre con el cuchillo.

"Bambi", dice, "correcto, ella es Bambi, llámame el Mago, claro".

"Tú *sabes* aprender. Bien. Porque hay reglas aquí afuera. Dile las reglas, Bambi.

"No chivarse", murmura ella aún mirando hacia abajo. "Nunca hables con un policía. Respeta a los salvavidas. Nada de nombres reales, nunca digas dónde duerme nadie. No flirtear con la chica de tu hermano, el chico de tu hermana. Nunca robes a", pero él se une, chillando sobre ella, " *¡Nunca robes a tu familia!* " apuntándola con el cuchillo. "Ella se escapó de su casa, vino aquí, ¡y le dimos una *nueva!* *¡Yo le di una familia!* " Los otros están de pie o sentados en un círculo irregular entre las carpas del supermercado, carros de la compra unidos, cubiertos con lonas azules desteñidas por el sol, Un pequeño pueblo al abrigo de grandes cortinas de plástico nublado colgando de la cubierta de arriba. "Pero tuvo que irse y huir otra vez. Tomó un folleto del gobierno para conseguir una habitación en una caja. Fue y consiguió un *trabajo*".

"¿Cuánto tiempo durarías cayendo en Salem, Moody?", dice ella.

"Debería darte una paliza por las vías del tren *yo mismo*", gruñe él acercándose brusamente, "dejar que esos malditos buitres recojan tus huesos. Debería hacerlo", retrocede, "pero, mierda. En el fin del mundo. Podemos darnos el lujo de ser magnánimos, *¿verdad?*" Extendiendo sus brazos hacia la solapa deslizándose de las cortinas de plástico. "¡Bueno!" Acercándose al hombre con el jersey. "Simplemente le cobraremos impuestos a tu lamentable trasero. Tengamos ese reloj elegante".

"¿Qué?", dice él aún sujetándose la muñeca. "No, eso es", mirándola, "no va a suceder".

"Oh, *no* quieres decir que no. Díselo, Bambi".

"No puedo darte el reloj", dice él, "Pide otra cosa. Cualquier otra cosa", y mantiene sus manos muy quietas mientras el cuchillo se acerca hacia él, tragando cuando la punta toca el cristal de la esfera, "¿Jo? ", dice. "Odio pedir, pero en cualquier momento, ¿sabes?"

"No puedo", dice ella con los brazos cruzados, y: "No puedes, espera, ¿qué?", dice el hombre con el cuchillo, mientras ella dice: "¿No crees que ya lo intenté?" Capucha cayendo hacia atrás, parpadeando rápidamente, boca apretada. "No puedo *alcanzarlo*. No puedo encontrarlo, no está ahí, no sé, no lo sé", y el hombre con el cuchillo está sonriendo de nuevo. "¡Entonces!", dice. "Dame el reloj".

"Bueno, primero, ¡hey, no es!", cuando el chico de la camiseta apretada se agarra el codo, "¡No es mío para darlo!"

"Es mío para tomarlo", dice el hombre con el cuchillo. "Pásalo. Tal vez te dejemos pasar por el puente".

"Paladín", dice ella.

Susurro y tintineo de la cadena que levanta un tubo de plástico mientras ella saca algo vidriosamente negro del bolsillo de su sudadera con capucha, "Espera", dice el hombre con el cuchillo, "espera", y luego, "¿un teléfono?" dice. "¿Qué mierda se supone que debo hacer con eso?"

Ella lo enciende a la vida.

"Oh, Bambi", dice el hombre con el cuchillo, acercándose. "Oh, eso es adorable. Te has buscado una novia".

"Ella es", dice ella, pero luego empuja el teléfono hacia él. "Gravame. Déjanos ir. Nunca me volverás a ver".

"Oh, pero lo haré", dice, su mano sobre la de ella. "Cuando quiera. Mientras la batería aguante".

"Moody", dice ella otra vez, levantando una mano, reloj alrededor de los dedos, para separar las cortinas transparentes que cuelgan frente a la carretera. Nadie hace guardia al otro lado. Nadie se mueve entre el lecho de tiendas de campaña más allá, nadie se asoma desde detrás de una lona. Un carrito de compra se ha volcado. Astillados palés de madera, vidrios rotos. Una de esas tiendas aún atada a su marco, pero cabeza abajo, piquetas clavadas inútiles en el aire. Una bota volcada, mugrientos vaqueros verdes, un abrigo color caqui en una mancha oxidada marrón. Esas cortinas, con un caída ruidosa, se cierran tras ella, penden sin aliento aún a cada lado de la cubierta del puente. Otro cuerpo agachado, una zapatilla deportiva todavía puesta, otro charco de sangre. Dos más, envueltos uno bajo el otro, bajo una manta pegajosa y abultada, otra justo más allá, cabeza en un ángulo imposiblemente húmedo, gruesa cadena cuelga justo fuera de su alcance, casi debajo de la curva, girando, ella sacude la cabeza, mira hacia otro lado . "Oh, Moody", dice ella.

Su sombrero de cuero negro ha caído al pavimento, allí junto a la rodilla del hombre sentado a lo indio, rayas plateadas de su chándal verde opacas en la penumbra, cabeza inclinada, un par de auriculares azules y blancos sobre las orejas. Ella se arrodilla ante él, tratando de mirarlo a los ojos tras esas gafas de sol, con cuidado de la espada apoyada sobre sus rodillas, la larga hoja y el pomo dorado manchados de rojo oscuro. Ella se echa atrás de nuevo cuando él levanta una mano, envuelta en un mitón de ciclista, pero él está buscando esos auriculares, estallan en ruido cuando los levanta, "Perdóname", dice, "pero luchar", sus palabras jadean, "con tu gente es tal. Trabajo de carnicero".

"¿No te...", dice ella. "conozco?"

"Cazador", dice él mirándola a través de dentadas lentes teñidas de verde, como fragmentos de botella rota. Bajo el sombrero de paja, su cara demacrada. El tallo roto alojado en su pecho. "Has cambiado", dice él, "pero", luchando por respirar, "date prisa. No hemos...", y luego, "Tienes que".



"Darme prisa", dice ella en pie. El reloj en sus dedos.

Torciendo, girando, el cuerpo envuelto en una chaqueta verde excedente del ejército empapada en sangre, se inclina hacia adelante desde un cordón verde grisáceo opaco que se enrolla alrededor del pecho, bajo los brazos suspendidos, estirado y tenso hasta la viga verde pálida arriba. Cabeza caída hacia adelante. La mano libre de ella, temblando, atrapa una de esas manos colgadas, la levanta laxa, los dedos de la otra mano estiran la banda dorada del reloj lo suficiente como para deslizarla fuera sobre esos dedos, más allá de los nudillos, raspando la sangre seca. Ella cierra el broche de la correa, el cuerpo balanceándose, chocando contra ella con el esfuerzo, "¡Dios!", espeta ella estabilizando el peso, cacheando los bolsillos de esa chaqueta. Desde tan cerca, el cordón verde opaco es bastante iridiscente, marrones y púrpuras, rojos, naranjas se persiguen unos a otros arriba y abajo por la longitud brillante hasta donde es engullido por la chaqueta ensangrentada, la camisa una vez blanca debajo. Ella tira de algo, un peso rígido de un bolsillo empapado de sangre, lo deja caer, un brillante clanc en el pavimento, largo, cónico, el mango plateado envuelto en alambre.

"Necesitarás una espada", dice él.

"No quiero", dice ella dando un paso atrás. "Conozco a Lucinda. Recuerdo, pero yo no", frunce el ceño. La espada en el regazo de él, sus manos en esos guantes sin dedos, grises y negros. "Yo solía", dice ella. "Yo tenía un par de guantes".

"Necesitarás guantes", dice él y tose.

Pero ella abre la chaqueta, busca los bolsillos dentro, de este lado, del otro. Un paso atrás El cuerpo abandonado balanceándose, un péndulo pesado desde ese cordón tenso. El teléfono en la mano de ella, una esquina del cristal con grietas, una línea torcida que llega hasta la parte superior. Ella cierra los ojos, los abre, aprieta el botón en la parte inferior del teléfono. Nada sucede.

Ella cae de rodillas.

Algún tiempo después, toma una tartamudeante y profunda respiración. "No hay moscas", se dice ella, a sí misma. "¿Dónde están las moscas?" Rasgadura de velcro cuando ella aprieta los cierres de sus mitones de ciclista, negros y grises. Roce de acero, ella toma el poignard de plata ensangrentado. Cuchillo en una mano y el teléfono en la otra, se dirige al borde de la cubierta, hasta el nublado plástico que reluce con la luz del sol. Guarda el teléfono en la cintura de su ropa interior. Gira la cuchilla y la levanta, un puño en arco, una rasgadura, ella agarra el corte para tirar, tirando con afilados crujidos como estruendo, cayendo, soltando para caer, un colapso clamoroso, encorvada en el guardarrail, se inclina lentamente, peso de ello tirando hacia abajo y hacia al agua debajo, "¡Vamos!", grita ella. "¡Vamos!" La luz entrando, las torres del centro de la ciudad se alzan de la inundación. El cuerpo tras ella gira, se detiene abruptamente, un brazo se libera del cordón retorcido que inclina el peso de ello de lado, piernas colgando y el cabello cae de la ruina de esa cara, pero aún dentro de toda la sangre, los labios están separados en una sonrisa.

## esos Dientes

Esos dientes que brillan a la luz del sol que atraviesa los ventanales que se estrechan hasta un punto. "Tú no estás", dice ella bajando los bajos escalones hacia la sala abierta, sombrero en la mano. "Yo estaba aquí", dice ella. "Ya he estado aquí".

"Regresaste", dice él, palabras deslizando cuidadosamente entre muy largos dientes. "¿Recuerdas?"

"Envolví su cuerpo", dice ella. "Fui a buscar la lona, la traje aquí para poder arrastrarlo por el", mira atrás por encima del hombro, "pasillo, ¿por qué volví?" Acariciándole una mejilla, una flor, delicadamente rosa al final de un tallo verde escasamente hojeado, lo suficientemente largo como para enrollarse una vez alrededor de sus hombros, enraizado en un pliegue en la pendiente de su pecho. "¿Quién sabe?", dice él bajando de la silla de oficina negra de respaldo alto. Una última mirada por el lugar. "¡Vas a volver!", deja el cuchillo de hoja ancha en la caja que tiene delante, junto a un pequeño y brillante trozo de hueso. "Vamos a volver", dice él subiendo la manga para mirar su reloj. "Eso es lo que importa".

"Tú estás muerto", dice ella.

"No dejas de decir eso", dice. "Lo que no tengo yo que dejar de preguntándome es cómo puedo escucharte, si eso es verdad". Su jersey beige rasgado, él se apoya en una muleta improvisada.

"Lo que sea que hagas, no va a", dice ella, "no va a funcionar, y si vuelvo aquí, ¿por qué sigo volviendo?" Mira alrededor de la habitación iluminada por el sol, a las cajas apiladas. "La última vez, la última vez que vuelvo aquí y tú estás en mi silla", señala, "y te envuelvo en esta lona de plástico escaleras abajo, pero luego, *volví aquí*, y había, habrá un pequeñajo, un hombrecillo en mi silla", y como ella titubea, él sonrío, demasiado para esos dientes. "No", dice ella. "Deja de hacer eso". Y luego, "te conozco", dice ella.

"Eleleu, ie", dice él en voz baja. "Jo. Jo ", chasqueando los dedos. "Por supuesto que me conoces. No te pierdas ahora".

"Cállate, David", dice ella. "Estoy hablando de él. Vosotros dos estáis aquí. Algo así como. Lo estaréis".

"Pero yo estoy muerto", dice. "Y ni siquiera me has preguntado por mi pie".

"¿Qué es esto?", dice ella. "¿Por qué estoy aquí? ¿Qué has...? ", ella está entrando entre las cajas, y él retrocede un paso. "Averígualo", dice ella bajando la vista hacia la tapa de la caja entre ellos, el cuchillo de carnicero y el trozo de hueso, todo espolvoreado de brillantina azul. "¿Son las fotos? ¿Es eso, por eso se tomaría alguien tantas molestias? Fotos de Portland, como para que, lo sepamos, lo recordemos, para que, que, suponga una diferencia. ¿Cierto?"

"No has escuchado una maldita cosa de lo que he dicho". Golpe de su bastón, paso y brinco hacia las ventanas, "Cada momento ya contiene dentro lo que sea que haya sucedido antes. Todo esto", inclinándose mientras agita esa muleta que gira para chocar y recuperar el equilibrio, "ya aquí", dice, "no hay diferencia". Golpe, brinco. "Pero estás cerca".

"¿Qué has hecho?", dice ella levantando la tapa de esa caja con un reguero de brillantina azul, trocito de hueso apoyado en la hoja, él cierra la tapa de un manotazo, arencando la tapa de las manos de ella. "No son las fotos", dice él. "Es la caja. ¡Piensa!, moviendo su mano libre, el brillo del reloj de oro sobre esas cajas. "¿Quién se tomaría todas estas molestias? ¿Quién lo trajo todo aquí arriba y lo salvó de la inundación? ¿Quién las limpió, las ordenó y las archivó?" Élla está de pie en el sofá tras él, entre las cajas allí, un elaborado encogimiento de hombros que dice «no me preguntes», la sonrisa de él de alguna manera desafortunada a pesar de sus dientes. "¿Quién se quedó para hacer todo eso?"

"¿Qué hiciste?", dice ella, zapatos rojos manchados de brillantina azul, esa flor rosa junto a su barbilla.

"Lo que tenía que hacer", dice él apoyando su mano libre en la tapa de esa caja, su peso en la mano. "Llevó *una eternidad*, tuve que ser tan, inhumanamente paciente. Pero lo hice", alza la vista levantando ese nudoso tocón de hueso manchado de plata, manchando sus yemas de los dedos con copos de brillantina azul. "Le atrapé. Y él me dijo dónde dormía".

"Dormía", dice ella rotundamente.

"¿No lo entiendes? Ellos nunca dormían antes de venir aquí. Ahora, algunos de ellos, lo único que *hacen* es dormir. Y tienen que dormir *en algún lugar*. ¡Cajas!", deja el hueso. "Armarios. Estantes, cajones. Zapateros", mira a su alrededor, "roperos, demonios, hay *tantos* de ellos. Y todos ellos necesitan un lugar para llamarlos propios, donde puedan ir, para soñar. ¿No lo *entiendes*? ¡Esto es demasiado *pequeño!* " Golpea la tapa de la caja para enfatizar, los trozos de lo que queda de su jersey aletean con la fuerza del mismo. "Él no *podía* caber dentro de esto. Pero lo hizo . ¡Es una burbuja, de otro lugar, del espacio! No del tiempo, no es tiempo en absoluto. Y si podemos entrar *ahí*", está mirando desde lejos, agachado en el brazo del sofá ahora, girando un dedo por la sien. "Podemos ir a cualquier parte. Jo A cualquier sitio. Podemos *volver*."

"¿Cuál era su nombre?", dice ella.

"Lo único que tenemos que hacer", dice él, pero: "*Su nombre*", gruñe ella, y: "yo", dice él mirando el hueso, el cuchillo y la caja. "No veo lo que", y luego, con los hombros cayendo, "Inchwick", dice él alzando la vista, pero ella ha cerrado los ojos. "David", dice ella. "Yo no voy a volver". Respira hondo y los abre. Éle está desplomado en la silla de escritorio negra de respaldo alto, perdido en la luz del sol empañada por los ventanales, manos no del todo juntas en las fotografías sobre el regazo. "¿David?", dice ella quitándose el sombrero, y él lo toma de ella y lo deja en el sofá, luego toma su mano en la suya, mucho más pequeña, y rojiza alrededor de los nudillos. "¿Entonces qué pasó?", dice él con cuidado, a través de esos dientes.

"Voy a ir a la cima de Gran Rosa", dice ella sin dejar de mirar al cuerpo en la silla. La flor es tan alta como su ojo, y el tallo lo

suficientemente largo como para doblarse al colgar, una vez, sobre sus hombros. "Ella está allá arriba, sé que está allá arriba. Debería haberlo sabido en cuanto lo vi".

"Entonces has hablado con el Rey".

"Yo, supongo. Eso tendría sentido, pero ... no, espera. ¿Él no está ahí arriba? ¿Con ella?"

"Hay reglas".

"Sí", dice ella. "Cierto. Reglas. Entonces él es quien dice quién. Me habrá dicho... lo que hacer".

"Volverás".

"Volví".

"Aquí estás".

"Sí", dice ella. "Yo iba a, necesito", traga, baja la vista hacia él. "El reloj", dice ella.

"No faltaría más, toma el reloj".

"Yo debería", dice ella, alza la vista, "hacer algo por él", pero vacila, parpadeando. La silla está vacía.

"Ya lo envolviste en la lona", dice él. "¿Eso que fuiste a buscar escaleras abajo?" Ella está negando con la cabeza, pero él sigue hablando, "Ya le has sacado afuera, estás casi preparada para irte, la única salida es arriba y todos estamos de acuerdo con eso, pero volviste aquí a por una última cosa".

Ella dice: "¿Qué?"

"Inclínate, si eres tan amable", dice él "Yo no puedo alcanzarlo del todo", y cuando ella lo hace, vacilante, doblada hacia adelante por la cintura, él toma suavemente el tallo de esa flor entre el pulgar y el índice. "En realidad", dice ella, "eso es", pero mientras trata de

enderezarse, él aprieta el agarre, la mano es un puño alrededor del tallo ahora. "¡Hey!", ella le da una palmada en el hombro, le empuja, pero él está abriendo la boca.



Los rosados pétalos delicadamente lobulados se despliegan en capas rizadas desde un comprimido brote central para abrir y desplegarse hasta que el anillo más externo queda casi plano en cinco hojas septales verdes de punta larga, y ella extiende sus dedos para apartarla suavemente de su cara, "¿Lo siento?", dice ella alzando la vista, luego niega con la cabeza, irritada. La flor se está balanceando y rozando su mejilla.

"Prueba de residencia", dice la mujer mirando desde arriba del podio, una losa de granito teñido de rosa adornado con cobre verdoso.

"No tengo", dice ella bajando la vista hacia sí misma, ese tallo de escasas hojas torpemente engullido por su sudadera con cremallera medio subida, rígida por el barro seco, piernas desnudas salpicadas de barro, ajados zapatos rojos. "Ha pasado tiempo desde que recibí la factura del gas", dice ella, "y a menos que tengas un Departamento de Vehículos a Motor operativo en algún lugar aquí arriba..."

"Tu petición de paso", la mujer detrás del podio, con una mano de guante blanco, levanta un pedazo de papel para leerlo, "es que estás dentro del corazón de ella". Lo deja a un lado. "Debes proporcionar un comprobante de residencia para canjear tu petición".

"Yo, ¿yo hice eso?", frunciendo el ceño, negando con la cabeza, "¿Yo dije eso? Eso no es, yo no..."

"¿Vas a establecer otro reclamo de paso?" Ella se sienta erguida, inclinada sobre el borde del podio, chaqueta de rosa plateado,

bordada y con hombreras de cordón blanco, el pecho adornado con cintas y medallones, y la boina naranja fijada en un ángulo que distrae hacia su cabello blanco plateado.

"No", dice ella mirando más allá del podio, hacia el pasillo oscuro más allá, hacia el banco de ascensores. "¿Está ella, puedes decirme al menos si ella está allí arriba? ¿Puedo enviarle un mensaje? ¿O algo así?"

"¿A quién?", dice la mujer, todavía inclinada sobre el borde del podio.

"Ysabel. Perry . Ysabel Perry. ¿Es ella...?"

"¿Reina de Todo? ¿Calzada de Montaña, Vestida de Sol, la Dama Coronada de Estrellas, que no es nunca sino Dama y Madre y Bruja Despreciable? ¿El Acme, el Cénit, La Única Verdadera y Por Siempre Jamás?"

"Yo", dice ella, "bueno, yo era el Gallowglas. Yo cazaba para el Rey. Yo era el", aparta esa flor de nuevo, "era la Duquesa del Sudeste. La, la Viuda, del Halcón".

"Nada de lo cual", dice la mujer reclinándose en la silla, "es suficiente para canjear su reclamo de paso".

Ella le da la espalda bruscamente, la flore se mece. La luz alrededor es fina, brilla desde el agua, invisible debajo, para deslizarse incierta a través de las paredes de vidrio cobrizo. "Si pudiera", dice ella. Un panel entero ha sido eliminado, un balcón improvisado de tablonos y cordón elástico atado al marco. "No la he visto entrar", dice, "ah, mierda", y rompe a correr con un ruido sordo de sus zapatos sobre la sucia alfombra que circula y pasa por el podio hacia los ascensores, cabeza gacha, gruñido, brazos subiendo y bajando, avanzando hacia arriba y chocando con las manos para rodar en la pared mientras la mujer cae desde detrás del podio y se mueve rápidamente doblando la esquina, bastón en su mano de guante blanco, mano empujándola, sentándola y volviéndola a sentar en la alfombra, sosteniéndola allí, "¡No! ¡Puedes! ¡Pasar!", grita la mujer, pero hay un fuerte: "¡Hey!", de



otra persona, y ella levanta el bastón, se endereza y estira la mano para sujetarse la boina naranja. "Majestad", dice ella.

Él no es terriblemente alto, envuelto en un kaftán de frondoso verde atravesado con un hilo dorado, y su cabello es una mata de ingeniosos enredos que cuelgan de sus hombros. "Simplemente muéstrale el teléfono", dice él no sin amabilidad. "La pantalla de bloqueo. Esa foto tuya y de Ys es suficiente, eso es todo lo que ella... ¿Jo?" Cabeza apoyada contra la pared, ojos cerrados, ella respira hondo con el sollozo que le arruga la cara, la tose fuera de ella, que la deja sin aliento. "Oh, Jo", dice él arrodillándose ante ella, y luego, "Déjanos", dice él y hay un tono de acero en su voz.

"Majestad, yo no podría..."

"Tómame un maldito descanso, Mously. Ya no están golpeando nuestras puertas precisamente. Ve a nadar o algo así", da media vuelta para mirarla. "Danos la habitación".

"Majestad", dice ella, y un breve asentimiento.

"Jo", dice él tomando su mano entre las suyas. "Hay reglas. Reglas que ni siquiera un Rey podría romper", él sonríe, pero eso hace poco por iluminar su rostro. "La flor es espectacular. Ciertamente te tomaste tu dulce tiempo para llegar aquí".

"No lo hice", dice ella. "No lo sabía. No, yo no...", pero: "Está bien", dice él apretando su mano. "Todo está bien. ¿Está perdido? ¿Desparecido para siempre? ¿Puedes recuperarlo?"

"Tú no eres", dice ella, y luego, "tú, eres Lymond. Eres Lymond".

"Bueno", dice él. "Cuando estoy en casa". Esa sonrisa otra vez. Uno de sus ojos puede ser azul y el otro más marrón, pero es difícil de saber, dada cierta incertidumbre.

# la Luz

La luz, rebotada del agua al cristal, reflejada, refractada, tintada y suavizada. cúpreamente, atenuada, empapando las sombras alrededor de ambos: "¿Quinientos años?", dice él sentado en la alfombra, de espaldas a la pared a su lado. "Cincuenta". Un suspiro. "No sé".

Ella dice: "¿Está ella allí arriba? ¿Es ahí donde ha ido?"

"Yo estaba tan enojado con ambas", dice él. "Con Vincent, sólo por, renunciar, por alejarse de una pelea, pero con John por forzar la pelea en primer lugar. Yo no estuve de su lado, o a su lado, yo estuve... yo quería volver hacia el antes en que no había ningún lado en absoluto".

"Yo incluso", dice ella, "llegué a acercarme hasta nuestra antigua casa, nuestra primer apartamento, en el edificio Kafoury. Por si acaso, quiero decir, tal vez, pero, no había nadie allí. Y traté de encontrar el bar VC. De vuelta a donde todo comenzó, ¿verdad?" Inclinandose lejos de la flor, el hombro rozando el suyo. "Eso ha desaparecido. Alguien ha levantado un maldito rascacielos".

"Desearía que lo hubieras visto", dice él, su mano en la de ella. "Cuando todo se unió por fin. Fue, fue glorioso. Funcionó. ¡Funcionó!" Una risa vertiginosa. "Muchos de ellos vinieron, de todo el mundo", alza la vista, "y había habitaciones suficientes para todos ellos".

Ella dice: "Esta vez, esta es la hora en que él va a estar muerto. Yo no...", una profunda respiración. "no quiero volver". Cerrando los ojos. "Pero tengo que volver a buscar el reloj para poder conseguir el teléfono y poder pasar por la señora como se llame". Le examina con astucia. "¿Tú estás seguro de que no podrías dejarme pasar? ¿Ahora mismo?"

"Bueno, me puse la máscara", dice él. "Me imaginé que, no sé", y

un suspiro. "Me la quitaría, en el momento justo. Lástima que mi padre no esté allí. Para detener al Rey en seco". Cierra los ojos. "Pero todo sucedió muy rápido". Baja la vista hacia sus manos, dobladas juntas en su regazo. "Creo que él sabía que era yo, al final. Creo que él *me dejó* ganar. Y así que," levantando sus manos, ta chán, "aquí estoy".

"Parece como si yo llevara aquí mucho tiempo", dice ella. "Este sol".

"Ella te está esperando. Te lo aseguro. Pero hay reglas".

"No me gusta su sonrisa".

"Los llamé aquí", dice él, sentándose erguido, "Abrí la puerta. Los salvé a todos, hasta el último. *¡Que le jodan a Marte!*"

"¿Lymond?", dice ella. "¿Qué está pasando?"

"Oh, probablemente un par de días más. Es agradable, ¿no?" Mira hacia abajo, hacia esa flor. "Echar un vistazo a lo que está por venir".

"No a todo", dice ella.

"Lo que puedo hacer es", y entonces se pone en pie, "engancharte con una canoa. Eso debería permitirte moverte un poco más rápido, de todos modos".

"No hasta el último", y ella toma su mano y deja que él tire para ponerla en pie.

"Ya sabes dónde está".

"¿Por qué lo hizo?"

"Para que yo pueda ser rey", dice él guiándola hacia el panel vacío, el balcón improvisado. "Espera un minuto", dice ella cuando salen fuera. "¿No vine yo aquí en una canoa?"



Guardando el remo toscamente tallado, ella se detiene a mitad de camino de la desvencijada escalera, inclinándose sobre la borda para mirar las dos o tres plantas que ha subido por encima de la goteante cuerda que se alza de la superficie del agua mientras acaricia y toca el agua marrón pálido, flor flotando a su paso, la canoa desacelera, golpea un par de kayaks que se desplazan y mecen, una balsa cuidadosamente amarrada entre esos pequeños botes vacíos que ahogan el agua sobre la base cubierta de barro de la imponente pared de cristal rosa bronce, empañada de musgo donde las olas se mueven, los botes golpean huecamente. Con un puñal manchado de sangre en los dientes, ella estira los brazos hacia el balcón improvisado sobre su cabeza, tira de la cuerda guía, largos, goteantes y cuidadosos escalones desde la borda hasta la cubierta flotante, trepa desde la escalera de cuerda hasta ese estrecho balcón amarrado al ventana rota, sacándose a sí misma de la embarrada agua láctea, patada y chapoteo, salta el último escalón hacia el muelle flotante amarrado junto al cristal que ancla las cuerdas guía, estiradas hasta las boyas de espuma de poliestireno, el foco de esa flotilla abandonada. Vaqueros goteando, piernas desnudas secas, el teléfono de cristal negro metido en la cintura de sus bragas, cabello mojado brillando oscuramente bajo el alto cielo blanco, sombrero de ala ancha que da sombra a su rostro y hombros, muñón del tallo enraizado en su pecho, la flor reluciendo con gotas de agua casi blancas en el brillo. Los zapatos rojos rechinan al cruzar el muelle, seca y silenciosa a través del balcón, chirrían y golpean cuando ella sube la escalera, tintinean los cristales al pasar por el panel que falta, "¿Hola?", Dice.

"¿Lymond?", dice ella.

Mientras camina por la suciedad de la alfombra, "Yo. Yo era el Gallowglas", dice ella, dice, "el Cazador. Estoy aquí. La Duquesa del Sudeste! ¡La Viuda de el Halcón! ¡el Campeón de la Reina! ¡Estoy aquí! "

No hay respuesta.

"Mierda", dice ella, dice: "ah, mierda", dice, y se dirige rodeando y pasando el podio y los ascensores, gruñido cuando ella tropieza, manos y rodillas extendidas y el puñal resbala y cae para chocar contra la pared. El teléfono negro se mantiene firme. Suspirando profundamente, ella rueda y rodando se sienta erguida, levanta la mano y la mano sube para apartar una flor, no hay flor.

"¿Ysabel?", dice ella poniéndose de pie. Poniéndose de pie.

El hueco de la escalera está oscuro. Agua gotea resonando en algún lugar muy por debajo, y el roce de sus pasos, subiendo, hasta que en algún lugar allí arriba ella se detiene y se sienta en los escalones. Se quita el sombrero de paja, se seca la frente con una palma enguantada, se inclina hacia atrás y mira los vuelos que aún quedan por subir. A la poca luz que se filtra a través de las puertas abiertas aquí y, allá arriba, la altura de todo hace que sea mucho más difícil ver. Levanta el sombrero hacia el hueco de la escalera, girando en la débil luz que oscila y caerse rápidamente, que se pierde y desaparece.

Las escaleras terminan bajo un techo de poca altura, una anodina puerta abierta junto a una silla plegable. Más allá, una pasarela sobre dormidos engranajes, laxos cables y polvorientos motores silenciosos a medio ver en el brillo encharcado del fondo, donde otro tramo de escaleras sube al cielo deslumbrante. Ella hace una pausa al pie de estas, en la última caída en ángulo de sombra, la luz incolora más allá, arriba, y la curva de subida de gruesa cuerda enroscada en doble hebra, perdida de vista mucho antes de llegar al plateado vientre a la vista, a la parte inferior de ese castillo lejano, rodeado de la vegetación de sus jardines. Ella sube los escalones, sube y sale la azotea de esa torre, a una altura vertiginosa sobre el agua amarillo caramelo bajo la difusa bruma, acunada por los pliegues de las colinas arrugadas, sus árboles ya largo tiempo chamuscados, interrumpidos por bolsillos de casas vacías, estantes de apartamentos, interrumpidos a lo largo de esta o aquella cresta, el gran arco saltador del puente de la autovía, las láminas de plástico arrancadas y colgadas en la cubierta, y nubladas, que se arrastrándose con remolinos de manchas negras, y luego líneas y bloques de tejados puntiagudos y planos, y pisos superiores, y la

parte superior redonda de una hilera de silos de grano que irrumpe en el tramo interminable de aguas tranquilas y suaves. Al girar, las torres del centro de la ciudad, enormes gnomos contra la bruma, la curva de ese otro puente de la autovía, y las torres de vigas hundidas ante él, nubladas por arabescos manchados con más manchas y chispas, y lejos, más allá del agua, una aguda montaña en el borde del mundo, gris áspero sin una pizca de nieve. Ella sale a la azotea, lejos de los escalones, la cuerda desciende desde arriba para terminar en una poderosa ancla atornillada al arrugado y abultado hormigón allí junto a la antena torcida, coronada por una luz de advertencia apagada, y la roca blanca modelada allí, un pájaro, demasiado grande para ser un pájaro, hombros suaves y redondeados sin una sugerencia de plumas sino galones angulados tallados en el amplio pecho manchado. El hombrecillo arrodillado ante esas garras ciclópeas mira atrás hacia ella por encima del hombro. Una gran flor está plantada en el hormigón agrietado, una mano o más de ancho, delicadamente rosa, el largo tallo de esta muy laxo, escasas hojas, dorado en el extremo roto.

"Eleleu", dice él a través de todos esos dientes.

La cabeza de ese águila se gira, un crujido de piedra sobre piedra, pico rígido, ojos en blanco apuntados de pleno hacia ella.

Cabeza gacha, pies batiendo, ella viene a por él. Él se agacha bajo la crujiente ala alzada, arriba y afuera para detenerla, ella se agacha rodeando y allí debajo de él, está subido al ancla, agarrado a la cuerda con las dos manos, ella corre mientras él abre la boca y

el sonido

muerde, cabeza girada hacia un lado mientras la cuerda liberada se arrastra uno o dos metros por la azotea, deslizándose hacia el borde, "¡No!", grita ella, resbala y repta la cuerda por el borde de la azotea y desaparece, ella está corriendo, saltando al parapeto y pateando, se lanza al aire, el agua muy por debajo, ella cae, manos buscando, agarrando el extremo deshilachado de la cuerda que está sosteniendo, sosteniendo, balanceando, pataleando sobre la ciudad ahogada debajo, brazos arriba sobre su cabeza, la torre rosa bronce muy lejos, abajo, ella con apretados ojos cerrados, músculos tensos,

brazos y hombros tirando, tirando, aguantando, doblándose cuando ella se levanta, cara ahora al nivel de sus manos al final de esa cuerda áspera, y luego, balanceándose y meciéndose y girando, deja que una mano enguantada vuele arriba para agarrar más arriba, un jadeo, su otra mano arriba después de agarrarlo con fuerza. Centímetro a centímetro, mano a mano, ella sube por la cuerda, un vasto péndulo balanceado desde el castillo hasta que, hasta que su extremo suave y difuso golpea contra su pie, su zapato rojo patalea, sus dos pies ahora, agarrados juntos, y la cuerda entre ellos, guante aferrado y antebrazo, codo, muslo, rodilla y zapato.

Las torres y las colinas marrones se alejan cayendo, el agua pasa debajo y ahora ese terreno más alto, casas y calles vacías, árboles todavía oscuros con hojas, la montaña retorcida, absurdamente afilada, demasiado cerca para estar tan lejos, y luego la ciudad otra vez, detrás. Ella alza los pies, rodillas dobladas, una rodilla para izarlas arriba, aferrada más alto a la cuerda, ella se endereza entonces, más arriba, levantando las manos, una, la otra agarra la cuerda. Y otra vez. Y otra, pies y rodillas, manos, músculos tensos, temblando, mandíbula apretada, cuchillo metido en la cintura de sus bragas junto al teléfono negro, apretado contra la parte baja de su espalda, y el extremo abandonado de cuerda se retuerce y salta a su paso.

La luz cambia mientras el castillo avanza, se oscurece, coalesce sobre las colinas detrás de la ciudad menguante en un punto demasiado brillante para el cielo amarillento. Algo parpadea en esas sombras, ondulando, lentas espirales que se agitan, se disuelven en remolinos de motas que, borrosas, surgen cada vez más cerca, ella cierra los ojos cuando, por docenas, miles, pululan lobulados cuerpos negros girando satinados bajo el rugido tiránico de esas alas temblorosas, una terrible tormenta de ellos que remonta el largo de la cuerda, se aleja deprisa hacia el castillo. Un remolino se aleja, descendiendo en una racha, el peso de ella colgando, girando, escalando en paradas bruscas, suspendido, cayendo y acercándose, alejándose. Uno lucha insistentemente por mantenerse quieto ante su rostro hasta que ella abre sus parpadeantes ojos para mirarlo, alas demasiado rápidas para existir, salvo como borrones arcoíris, luz brillando en la cabina sobrepasa su masa central, oscureciendo la figura con casco del interior, el destello de la aguja plateada, eso

remonta, sentado a horcajadas sobre la silla de montar de respaldo alto amarrada entre esos satinados lóbulos de cuerpo de avispa. Esa lanza se inclina apuntando hacia abajo, el zumbido se eleva a medida que esta se inclina, un golpe metálico sobre el cristal de la cabina, apuntando hacia abajo, pálido lado inferior del sombrero de ala ancha iluminado en colores de carnaval por los instrumentos del interior. Debajo, más allá de sus pies, mucho más allá del grueso extremo de la cuerda, muy por debajo de las calles, se despliegan ellos solos desde una compacta red para dispersar hilos a través de campos secos, líneas oscuras y grupos de árboles y solo de vez en cuando una casa, un granero. El destello de esa pequeña lanza de nuevo, apuntando una vez más hacia abajo, y luego la figura se reclina atrás en la silla de montar, cortando las riendas, moviendo una serie de interruptores, rodando, cabeceando, guiñando, cada uno de ellos gira, se levantan en paradas y arranques, restos de ceniza subiendo una corriente ascendente, dejando solo el crujido de la cuerda, pero algo ha cambiado, algo está cambiando, el sonido, la tensión, el aire alrededor de ella, mirando hacia arriba, al castillo brillando más cerca ahora, y creciendo cada vez más cerca, más grande, demasiado rápido, ella se aferra a la cuerda observando impotente cómo eso se hincha, las flores de sus jardines, las doradas torres arriba, pendones que se aletean en el viento, todo ocluido por el brillante vientre de aquello, piedra blanca, acero pulido, aluminio trenzado, costillas de titanio, todo ello empezando a girar lentamente mientras ella se retuerce, girando con la creciente velocidad de la cuerda izada hacia el casco del zepelín a través de un agujerito en esa vasta extensión, pero hay algo, ella parpadea, mejilla presionada contra el temblor, mirando arriba la tensa longitud hacia esa blancurita ante la plata, un círculo, un disco, un cono invertido que golpea la cuerda que vibra con la velocidad de su paso por una muesca demasiado estrecha en su centro.

"Oh", dice ella, o "oh, Dios", o tal vez, "no".

Inclinándose hacia atrás de la cuerda, pero no hay nada, nada más que el giratorio océano de luz y plata brillante, nube y piedra y la guardia blanca en el centro de ello, todo se precipita hacia ella. Temblando, inclinándose aún más hacia atrás, "oh, mierda", sus manos resbalan, un tirón, pies pedalean tratando de dar la vuelta,



pies por delante, pero todo es muy rápido, demasiado repentino, golpea y brama, zapatos contra la piel resonante de ello, resbalando, la muesca en la parte superior, brazos aferrados a la gimiente y agitante cuerda, resbala una vez por sus manos enguantadas, dobla las rodillas, y rasgado y golpeo contra la limpia guardia blanca, la cuerda es arrancada de sus manos y resbala, se desliza, cayendo sobre todo eso

Una última patada frenética que la impulsa hacia arriba lo suficiente, lo justo, una palmada agitada, un gruñido, pero una mano va resbalando, ella está resbalando, ella se suelta, la otra mano alcanza el cuchillo en su cintura, lo lleva hacia arriba, apuntando a la diana en la masa de platiacero, el vaporoso papiro, el mitriluminio pinchado, sí, pero aguantando, aguantando, con la mano en la empuñadura, el resto de ella colgado sobre nada en absoluto.

Lo último de la cuerda resbala golpeando, el deshilachado extremo se aleja coleteando, desaparece.

El ancho cono plano de esa guardia pende en ángulo sobre un esbelto pilón que sobresale del muro de cimientos de piedra plateada, a tres metros por debajo de ese agujerito. Agujeros irregulares perforados a lo largo de la superficie, cuatro o cinco en una línea irregular, el último de ellos todavía tapado con el mango envuelto en alambre de ese cuchillo. Ella yace de lado sobre el pilón, agarrada firmemente a una barra transversal, una pierna doblada, un pie enganchado a través del rincón en la parte superior de la guardia. La neblina se ha disipado, la luz se agudiza, los azules y los grises ahora nítidos tallan las pendientes de las nubes. Aquí y allá entre ellos flotan otros castillos amarillos, y las flores brillantes de sus jardines, y bravos pendones. Es un irrespirable silencio, salvo por el castaño de sus dientes, y su cabello está rígido por el hielo. En la mano cerca de su cara, sostiene el teléfono negro vidrioso.

Una cara aparece en el agujerito, mirando hacia los tres metros abajo hasta ese pilón, hacia la guardia dañada, "¡Aiw!", se retira bruscamente, golpe de un casco contra el borde del agujero. Se produce una acalorada discusión. Los dientes se han quedado quietos.

Eacaramuza y golpe, pies emergen del agujero, pálidos y con sandalias de cuero, monos naranjas, un brillante traje presurizado de papel de aluminio, cuelga allí por un momento el grueso pedazo de cuerda, anudado a cada treinta centímetros o así, una bobina de línea aérea trenzada de aluminástico rojo , "Yjb elayna", y un estallido de estática, "¡razgonyat!" Escalando, flotando, saltando ágilmente hacia abajo para aterrizar, paso, agarra el pilón. "Dap. ¡Dedap!" Arrodillándose con manos juntas, levantando un dedo hacia una oreja, escondida detrás de una visera de casco levemente iluminada, "Penquepel", la voz, aburrida de rutina, murmura devotamente cerca y baja, "sothe for to seyne, muy dolzhniy. ¿Plaiqwel?" Levantándose entonces, ajusta la pernera del pantalón, el cinturón de herramientas, pagando la línea aérea, mantiene tensa esa simple escalera de cuerda que flota sobre ella hasta la parte superior de la guardia. Desenganchando el cuchillo con un impactante sonido, alejándolo, envuelto en alambre dorado y marrón sangre, cayendo volando, este se arrodilla, toma agarre de un brazo enrojizo por el sol, apretado tenso, lo suelta suavemente. Alza la vista, levantando una mano hacia la oreja nuevamente, inclinando la cabeza, un beso en una muñeca, sombra asintiendo tras un cristal golpeado por la luz, "Cinco por cinco, Medheigh".

Enderezándose, arriostrando, envolviendo un lazo de cuerda alrededor de un codo para plantar una bota, una sandalia, un calloso pie con cuernos y para apoyarse en una impulsora patada que envía.

# N° 32: Sólo para Sentarse

## ¡Crash!

Rotura de cristal y madera astillada por la que ella atraviesa y cae, envuelta en cortinas que suenan, rasgadas y retorcidas, crujido por las quebradizas ramas, ella golpea y rueda pendiente abajo, Marfisa se pone en pie, bate en la mano y blanco cabello, fantasmal en la oscuridad, baja a saltos la ladera que hay detrás de la casa hasta las sombras debajo de los árboles, las cortinas dejadas extendidas sobre la hierba, y desde la ventana rota de arriba, un aullido de angustia, de terrible y desgarradora rabia, y

Herwydh, quien arregla las flores, parpadea maravillada hacia sus manos, pálidas entre las flores en el mostrador, luego alza la vista para ver a Powys en el fregadero con un delantal azul sombrío, pausado en el acto de limpiar una sartén, "Algo ha sucedido", dice él, y golpe y roce desde el pasillo con luces amarillas, vienen corriendo Costurere y Aigulha, delantales y boinas, cinta métrica revoloteando en el cuello de Costurere, "¡Nos caímos!", chilla ella, y "¿Qué pasó?", dice Aigulha, sombríamente, mientras una docena de pianos tocan a la vez, zumbidos astringentes, estruendos resbaladizos, escabullidos trinos y escalas y, tal vez incluso palillos chinos allí dentro, corazones. y almas, y Bruno, el Absolvedor del Halcón, se encuentra en medio de todos esos armarios cubiertos por lonas que tiemblan, traquetean, se sacuden con la fuerza de los sonidos, ojos cerrados con fuerza, manos en los oídos, boca abierta en un bramido ahogado por ese alboroto, y él saca del bolsillo de un chaleco un sobrecito satinado y lo inclina sobre la palma, pero lo que sale no es oro brillante sino gris ceniciento, cayendo muy ligeramente, sin peso para posarse en su piel, y

Lewis David Coffey, largo tiempo retirado, muñones en el rellano sin luz, alzando un brazo para posarlo, clinc, contra el cristal de la ventana panorámica, no una mano, sino una forma de mano, fundida en bronce y modelada con espirales de puntos arrugados, y

afuera solo una calle ligeramente inclinada llena de oscuridad, un par de casas al otro lado, juntas, entablado y persianas y una oscura caída de hortensias, y lamentos y gemidos están sollozando a través de la pared, "¡Meganissi!", viene la voz del viejo Cass nan Sinann desde el siguiente apartamento, "¡Fonissa! ¡Artemita! ¡Silencio!", mientras

ascuas crepitan, muriendo sobre la rejilla, pero el Marqués Linesse, el Yelmo de la corte, ha dejado a un lado el atizador, sobre las rodillas, ella gira de espaldas al hogar, "¿Hola?", dice ella, y la poca luz que queda brilla sobre los puntos y bordes de la placa que enfunda su brazo, "¿Quién está allí?", dice ella cuando el sofá a un lado cruje, una sombra se sienta abruptamente en un extremo y otra en el otro, y ambas comienzan a chillar, y

Upchurch, Frances Upchurch, aunque ese no es su nombre, observa el intrincado gráfico en la pantalla del ordenador portátil ante ella, puntos rojos y cruces y líneas verdes subiendo y bajando en curvas sinuosas que corren de izquierda a derecha hasta casi en el borde, una frenética y abrupta abfusión de datos que se colapsa en una sola línea roja y plana, negando con la cabeza, esos pequeños tirabuzones se enrollan en un balanceo marrón y dorado, ella ignora el teléfono que vibra sobre la mesa ante ella, mientras

la furia terrible de ese angustiado aullido hace eco en el pasillo y una sombra, inmensamente incierta, se gira se espaldas al ajado cristal, que es un pie que se planta solo sobre la larga alfombra pálida, una mano que abraza algún peso indescriptible contra en la pared, esos son ojos que, parpadeando, asimilan lo que pueden, entornándose ante la vista de la puerta rota torcida en su marco en el extremo más alejado del pasillo, y al lado con su túnica azul, una daga en la mano, el Vizconde Agravante, Mango del hacha, boquiabierto ante lo que se está formando en la oscuridad frente a la ventana rota, y eso es una garganta que retumba, tose, escupe desde eso que se está convirtiendo en labios que, burlones, ruedan en torno a una sílaba: "Tú".

## "Está despierto" / Desayuno / 3 Preguntas

"Está despierto".

Cuentas de peltre en los extremos de sus bigotes golpeando, tumb, contra su hombro cuando Pirocles se gira, traje azul brillando, de espaldas a la espada clavada vertical en medio de la habitación, suelo carbonizado en un círculo perfectamente negro alrededor, hacia Robin Buenamigo todo de negro en el arco bajo las escaleras, y pasando bruscamente junto a él hacia un oscuro pasillo empapelado con etiquetas superpuestas de botellas de vino, botellas de cerveza, botellas de amargos y licores, más allá de la puerta blanca colgada con un letrero que dice «Los Empleados Deben Lavarse las Manos», pasado a tres hombres sentados en el suelo, cabezas gachas hacia atrás, manos en regazos o sobre las rodillas de pantalones rasgados a rayas secas, sobre y entre sus piernas extendidas hacia donde un charco de luz se filtra más allá del marco de una segunda puerta, él la abre, entra en una salita llena de libros, y más libros apilados en un par de sillones, y las mesas estrechas a ambos lados, "Becker", dice Pirocles. "¿Estás dentro?"

La cabeza de Becker aparece sobre el alto respaldo de un sofá de cuero color sangre de buey, lo que le queda de cabello peinado hacia atrás, mejillas incrustadas con vello. "Yo solo", dice él, "lo siento. Desperté". Su camisa a cuadros, color de baya, desabrochada, escaso cabello oscuro por su clavícula. La cierra, mira hacia abajo y dice: "No puedo encontrar mi teléfono".

Pirocles se acerca, extendiéndole algo, "Lo mantuve a salvo para tí", dice.

"A salvo", dice Becker enfáticamente al tomar el teléfono. "¿Y tú eres?" Pero entonces aparta la mirada de los pálidos ojos de Pirocles, "Lo siento", dice. "Estoy un poco, desorientado. No estoy... ¿seguro? De dónde estoy o cómo llegué. Aquí".

"Has olvidado", dice Pirocles.

"Debo haber bebido algo feroz anoche", dice Becker deslizando un dedo por su teléfono. Ceñudo. "¿Es esto una especie de broma?", dice mirando alzando la vista. "¿Cómo diablos es abril ya?"



Al tropezar, desnudo se tambalea de regreso a través de la basura, cúmulo de reptante estallido de plástico, crujidos y ella se impulsa para levantarse, desenrollando su turbia camiseta sin mangas, "¿Qué coño, Luke?"

"¡Lago!" gruñe él allí agachado, con la barba oscura y húmeda. "Debería haber sido simple", murmura. "¿Qué has hecho?"

"¿Yo?" Jessie aparta la basura de una patada, el Ked rojo se vuelca sin atar en el pie. "¿Yo?" Otra patada derriba cajas, esparce latas sobre lo que queda de las pilas cuadrículadas, las líneas irregulares de basura que se extienden hasta donde él está en cuclillas junto a un cráter de basura poco profundo. "Te has equivocado de nombre", dice él. "Isadora. Lucette Lizzie, Annabelle, Jezabel". Una mirada burlona encorva su bigote. Su mano cambia de rodilla a regazo. "Tú nunca te tomaste esto en serio".

"Mi *nombre*", dice ella, "es Jessica Vitaly". Aparta la mirada, las cortinas hasta el suelo tras ella. "Tengo un, *padre*, y una madre, una madrastra y una madre que no he visto en veinte años, tengo dos hermanitos, pero no tengo, nunca *tuve*, una *hermana*."

"Si no ibas a jugar, no deberías haber jugado. ¿Quién te enseñó?", alzando la voz para interrumpirla, "¿Quién *te enseñó* a beber? ¿A fumar?" Poniéndose de pie. "¿Quién te enseñó a caminar con tacones, a menear esas caderas? ¿Quién te puso tu primer lápiz labios?". Amplio paso sobre una pila de basura, suavizando, polla oscilando. "¿Quién te enseñó a anhelar, a desear? ¿Quién sino podría haber sido la primera que quisiste siempre, y quisiste ser?"

"No estás", dice ella, su enojo desconcertado por la sorpresa, "Yo no..."

"Nunca respondiste la pregunta", dice él, "Y ahora el hechizo está roto. Podías haber estado conmigo, río arriba, bajo la tierra, donde son tres pero no diez, y solo siempre", ella tose, él parpadea, "catorce", pero ella está riendo temblorosamente, burbujeando abruptamente un hipo, un vitor saltando fuera de ella, tragando carcajadas lo suficiente como para decir: "*Cállate*". Cierra el putito, Luke". Retrocede pateando a través de la basura hacia las cortinas, el saco de dormir se abre y la parka se hincha de color rosa y naranja cuando se apodera de ella, mete los brazos en las mangas, la risa huye, ella está temblando, agitando un brazo en una manga suelta que aletea mojada con algo, "*¡Mierda!*" Ella se inclina para recoger fajos de basura, envoltorios de comida y periódicos, cierres de botellas de plástico y ruidosas latas voladas hacia él, "*¡Dios!*", grita ella, y "*¡Tú!*" y "*¡Joder!*", rebotando en el brazo de él, su cadera, él se agacha esquivando una caja de cereales, cinta azul aleteando, estrépito de una jarra de vidrio, ella grita: manos sobre las rodillas ahora, celofán retorcido fantasmal a su alrededor, todavía el golpeteo, trastazos rápidos, alguien está chocando en el otro lado de una pared.

"Mierda", dice ella, cuando los golpes se detienen. Pesca una arrugada hoja de papel, ribete dorado manchado de oscuro en una esquina, la mayoría de las lengüetas de la parte inferior se han arrancado y han desaparecido, y arriba la figura salpicada con tinta negra. "Tú", dice ella, comienza a decir, pero luego se la guarda en el bolsillo y se pone en marcha, demasiado rápido, sin prestar atención a la basura que resbala bajo los pies. "¿Qué es eso?", dice él avanzando tras ella, "¿dónde vas?", aferrando su mano, "*¡Jez!*", tirando y girando, tropiezan junto a la puerta, "Que te jodan", ruge ella, gruñe, lo arrastra hacia un dique de cartón aplastado, crash, y los golpes comienzan de nuevo. Él se sienta erguido apartando café molido de la barba. "Jessie", dice. "No quiero lastimarte".

Ella vuelve a ponerse de pie. "Eso es lo que decís todos vosotros". Abre la puerta. "Hasta el último cabrón de vosotros".



Apoyado en escobas, una fregona apoyada en un balde, cinturones de herramientas alrededor de las caderas o los hombros, limpiando el yeso de una llana, levantando un carrete de satinado cable azul o un émbolo goteante, todos ellos mirando hacia el escenario elevado al fondo del cavernoso almacén, hacia los lienzos mostrados allí, hacia la figura danzante salpicada de tinta en cada uno, y ante ellos Gloria Lunes, largo cabello negro brillando bajo bastidores de luces fluorescentes. "¿Es por la leche?", dice ella en voz demasiado baja, y luego, un poco más fuerte, "Hemos estado dejando de lado la leche".

Un hombre se acerca, ramo de bombillas con reja protectora bajo un brazo, la otra mano extendida, una bolsita de plástico, un asentimiento, adelante, tómala. Gloria la sostiene en alto a la luz, mirando el polvo ceniciento del interior. "No lo entiendo", dice ella.

Él se da la vuelta, las bombillas tintinean, todos se están dando la vuelta, alguien está agachado bajo la puerta superior a medio levantar, Marfisa, cuello de piel de oveja alzado, blanco pelo enredado y cargado de lluvia. Ellos se apretan cerca, traqueteo de herramientas y roce de pasos, y el aleteo y el crujido de las bolsitas, de los sobres satinados en las manos extendidas, y todo el polvo en el interior es ceniza gris sin chispas. Ella se abre paso mientras ellos se apresuran a apartarse de su camino, pasa al lado Gloria girando: "¿Mar?", hacia los escalones de la escalera esquelética, sube con pisadas metálicas hasta la pasarela, donde Anne Thorpe con su largo abrigo negro mira con cansancio a dos hombres con batas junto a una puerta recién pintadas, púrpuras y verdes, y bolsitas en sus manos con pinceles húmedos, ella pasa de largo y sube la escalera atornillada a la pared, sube y sube a las tablas colocadas sobre vigas, un techo arriba y por encima.

"Vale", dice Gloria, "está bien", gritando, "¡ella está aquí, todos! Marfisa está aquí. Ella va a", allí está Anna, con una camisa de dormir a cuadros, y Petra B. con una túnica color vino, deslizándose entre la multitud. "Ella resolverá esto", dice Gloria, y un grito de



angustia resuena desde arriba.

La quietud que sigue es un aliento demasiado prolongado hasta que, de repente, todo se deja salir, un aullido agudo, y una forma se asoma sobre todos desde las sombras de ese ático, plana y poco profunda, volcando una caja, y la confusión cuando todos se apresuran a salir de donde aquello caerá, empujan y se debaten, se agarran para ayudarse unos a otros a retirarse y alejarse de la astillada grieta y la nube de lo que contenía, del polvo, cayendo suavemente a través de la tosca luz, copos oscuros de cenizas sin brillo que se posan en el hormigón y aún ese horrible ulular.

"Oh, no", dice Anna, contemplando la caja rota.



Con un gruñido de dolor, él echa mano al regazo, cabeza allí con alborotada pelo sucio y dorada cuando sus caderas se sacuden sobre el diván de color marrón. Una corbata amarilla sobre los hombros, cuello abierto, mejillas entrelazadas con vellos de sombra marrón a la poca luz del vestidor, "¡Hermano!", llama él, levantando las caderas, una mueca espasmódica. "¡Aquí dentro! Ni una gota", a la mujer sentada erguida entre sus rodillas, dorso de la mano de ella presionada contra los labios.

"Lo has visto", dice el hombre al entrar, "¿verdad? ¿No es verdad?" Camisa de vestir azul, corbata salmón bien anudada. "Hablaste con Harfang. Dandyclaw? Dandyclaw vio aquello, sí", sosteniendo un pequeño auricular pero adornado de latón en una oreja, casi grita, "¿Todo de ello? ¿Estás seguro?" Y, asintiendo, le da un golpecito y baja la vista al hombre en el diván. "Mously dice que la cámara de Champoeg todavía está completa y sana, pero todo lo demás..."

La mujer en su sedoso caftán se pone de pie, mano aún en la boca. "Rompe el ayuno, Rhythidd", dice el hombre en el diván, abrochándose los pantalones.

Ella quita los auriculares del oído de Rhythidd y tira de su boca hacia la de ella y, con un lamido, él toma su beso, se inclina hacia el mismo, le mete la lengua en la boca para sorber y tragar, y se suelta. "La autofagia es, en el mejor de los casos, una solución a corto plazo, Welund", dice él, y se lame los labios.

"Cualquier solución es a corto plazo, a largo plazo. Ahora deja que Wilolly se ocupe de sus asuntos, y tú de los tuyos, para que todos podamos seguir con nuestra jornada".

"Milord", dice ella, y toma la mano de Rhythidd, pero él la aparta alzándola hasta el nudo de su corbata, "¿Qué noticias hay del Rey, hermano?", dice él.

"Pasó la noche en casa de Buenamigo", dice Welund con un encogimiento de hombros.

"¿Y de su majestad?"

"Únicamente que ella se ha reunido con el Rey, y que deben ir a la casa en Alturas del Rey", dice Welund abrochándose la camisa, "la cual, en cuanto me haya restaurado, repararé, y vos al Sabueso en Ganso Hollow, y luego, querido hermano, pues, *entonces* sabremos las noticias".

"¿Pero qué hay de su amanuense?", dice Rhythidd mientras Wiolly mira por encima de sus uñas.

"Si te refieres a el Gallowglas", dice Welund ajustando el drapeado de su corbata, "ella aún no ha sido encontrada; si te refieres a algún otro, pues, deberíamos saberlo, muy pronto, si no te importa", y él extiende una mano, una importunidad, y después de un momento Rhythidd asiente. Wilolly se hunde de rodillas, y luego el tintineo de una hebilla, desabrochada.



Cuchillas de hoja cortan para morder el cinturón en esas caderas, lo sierran, mastican, el trasero de esos pantalones grises de marrón vino con sangre. Pelando hacia arriba ella levanta el faldón empapado de una camiseta negra que reúne junto a la chaqueta de deporte en su mano de guante azul, y se abre camino por la amplia espalda, más sangre rezuma de irregulares coágulos con cada corte. Cautelosamente a través de los cuellos de la chaqueta y la camisa, evitando el cabello enmarañado todavía atado en un mazo de coleta, pero a pesar de su cuidado, la cabeza se tambalea oscilante sobre lo que queda de la garganta. "Vamos a tener que quitar la alfombra", dice la mujer tras ella, abrazando un bulto de manta blanca contra su pecho, "nunca conseguiremos limpiarla", dando un paso atrás, "no sin", pero un crujido bajo los pies, ella mira hacia abajo, apartando el bulto de tela, para ver un par de gafas de sol moteadas de sangre, una lente púrpura intacta y la otra verdosa destrozada. "Oh", dice ella, cuando la mujer con las tijeras arranca la tela de la espalda y las nalgas descubriendo una moteada extensión de hematoma, "¡oh, *por qué* todavía estás *aquí!*", y se pone en cuclillas al lado del cuerpo para desenrollar la nevada manta.

En la planta baja, Agravante aún con su túnica pálida mira desde el techo hasta el delgado tubo de vidrio en su mano, tapado con un corcho, sellado con cera azul oscuro. Lo sostiene en alto a la luz del amanecer que fluye por las ventanas allí, pero el hilo de polvo dentro todavía es de un gris frío. Una carcajada retumba desde las sombras fuera del alcance de la mañana: "¿Tejerías otro círculo a mi alrededor?" Un hueso traquetea a lo largo de la mesa del comedor entre ellos, un torcido trozo de vértebra plateada, la tirada de un dado que oscila hasta parar junto al encendido extremo de un cúbito moteado de verde. "Mejor que sea rápido, esta vez".

"¿Has tenido suficiente?", dice Agravante.

"¿Suficiente?" gruñe el otro. "¿Qué significa eso siquiera, suficiente?". El lamido de una sombra, una mano quizá, presionada en la mesa. "Si dijera que no, ¿me ofrecerías otro? ¿Cuántos crees que me podría comer antes de que ellos se rompieran, despegaran y te dejaran plano? No tanto como se necesitaría para ponerte en pie por fin gritando, monstruo, *suficiente*". Se inclina más cerca, al borde

de la luz de la mañana," Serás maldito idiota. ¿Qué demonios estabas *pensando*, sacándome de mi huevo de esa manera?

"Cierto", dice Agravante, "se dice que los poderes oraculares se acumulan en uno como tú". Su mirada en blanco, su rostro laxo, todo enmarcado por enmarañado pelo blanco. "Adecuadamente cuidado".

"¿Adecuadamente?" Esa risa ahogada de nuevo. "Bueno, *algún* cuerpo seguro como la mierda que pateó tu plan hasta el retrete. ¡Y tú, tú que ibas a hundir el pulgar en el caldero... fuiste y metiste el pie dentro!" Algo en esas sombras comienza a girar. "Bien. Te diré lo que voy a hacer: te contaré tu futuro, aquí, ahora, gratis. En un minuto, después de que hayas respondido tres preguntas, tú y yo, vamos a levantarnos e ir a dar un paseo. ¿Qué te parece eso para un oráculo?"

Agravante dice: "Asustarás a los caballos".

"¡Ja! Bueno. Primero: ¿todavía hay una Corte y una Reina?"

"Hasta donde yo sé", dice Agravante.

"¿Qué tono tan valientemente irónico!" Sea lo que sea, se abalanza, se hiergue para desmoronarse en las sombras, pero la voz sin rastro de esfuerzo continúa, "¿Y esa sería la Reina Arabella? ¿La Reina Duenna? ¿O la Reina Ysabel?"

"Ysabel", dice Agravante inclinándose hacia adelante, entornando los ojos ante la luz, pero retrocede cuando las sombras caen sobre una silla, se apoyan sobre ella, astillándola para encenderla.

"¿Quién es el Rey?", esa voz, bastante alegre cuando el torbellino se detiene de repente. Una tabla del piso cruje con un cambio de peso. "¿Y bien?"

"Su hermano", dice Agravante. "Lymond". Y luego, con asombro en la palabra, "¿Abuelo?"

"Difícilmente", se burla el otro saliendo a la luz, disparando los puños de una almidonada camisa blanca fuera de la mangas de un

traje azul marino, corbata negra, barriga redonda, rosada cabeza calva, salvo por una corona de marfil como cabello. "Aunque entiendo que puedas estar confundido. ¡Ahora!" Un fuerte aplauso. "Vístete. Salimos para visitar a los vecinos".

## 1510 / lo que ella ha hecho / donde podría estar / el propósito de un paladar

«1510», dice el trozo de papel en la mano, y «201». En la acera de enfrente, un cartelito elegantemente llano sobre las puertas de cristal dice «1510: el Hawthorne». "¿Eh?", dice Ettie, pantalones cortos negros, suéter azul recortado.

Las puertas están cerradas. Un pequeño altavoz negro en la pared junto a ellas y un teclado, ella pulsa 2, luego 0, luego 1. La tecla final, después de un momento. Un clic y el timbre de la quietud cambia, la puerta se abre con un leve siseo. El fuerte zumbido de algo sonando, luego otro clic. Ese siseo todavía tensa el aire. "¿Hola?", dice ella. "¿Estornino? Soy, ah, Stephanie. ¿Etienne Limoges?" Un camión suspira por la calle lateral persiguiendo su sombra matinal. "¿Hola?", dice ella.

Un pitido y el pestillo de las puertas de cristal se suelta con un golpe.

Ella sube un vuelo de escaleras hasta un entresuelo del patio, y más puertas de vidrio empañado, una bicicleta colgada en vertical, una sombrilla arcoiris plegada junto a una parrilla apagada. La puerta al fondo se abre lentamente a medida que ella se acerca, tiene los números «201» colocados en el ladrillo al lado. La mujer parada allí lleva un sencillo maillot negro adornado en lúgubre rosa, cabello oscuro cortado a duendecillo. "¿Estornino?", dice Ettie. "Hubiera llamado", pero la mujer le da la espalda. "¿Puedo entrar?"

Más allá de un armarito para abrigo sin usar, una vacía cocina inmaculada, bambú y acero inoxidable. Un robusto poste se ha atornillado de suelo a techo. Ettie lo rodea entrando a un espacio abierto que salta dos pisos de altura o más, el vidrio intacto en la pared frontal que da a la calle de abajo. A la luz del sol, un par de sillas de ángulos elegantes y sentada a la izquierda una gruesa mujer con una bata blanca de laboratorio, una cartera de cuero negro en el suelo junto a sus delicados zapatos, y a la derecha un

joven, mangas de camisa, tijeras y madejas de hilo y papeles de alfileres metidos en el babero de su delantal de cuero. Un latido golpea silenciosamente en alguna parte, y un airoso zumbido de flautas, un arrullo monótono, «estos son tus brazos rotos, todo piernas, todo reyes irlandeses, estas tres tristes cosas».

"¿Estornino?", dice Ettie.

Golpe y chirrido de la piel sobre el acero, la mujer del maillot ha agarrado el poste e inclinada fuera de este, da vueltas alrededor, «sígueme ahora, este soy yo y el chico muerto quien habla, retorciéndome y sonriéndome, este soy yo con diez años». Cuando ella pasa al girar, su cabello es rubio y severamente liso, «soy yo acostado en la cama siendo viejo, con venas montañosas en mis manos», abrazada ella se iza cabeza abajo para apretar los muslos alrededor del poste, «dame una pulgada e iré a por tu garganta», Ettie está mirando hacia el poste, hacia las sillas y de vuelta al poste, "¿Hola? ¿Estornino?" Arriba de la pared, a la izquierda, un minimalista tramo de escalones, placas de hormigón con balaustrada de cable delgado que conduce de regreso a un dormitorio ubicado sobre la cocina. "¿Hola?"

La mujer con bata de laboratorio gira una mano vacía. La parte delantera del delantal del joven está espolvoreada con cenizas en polvo, hay una bolsita de plástico rota arrugada sobre la rodilla. La mujer en el maillot se endereza de nuevo, doblando un brazo, las piernas agarran el poste con más fuerza, ella se inclina hacia atrás y atrás, el brazo libre desciende bruscamente para frenar su giro, bajando así la bandera amarilla de su cabello hasta el suelo. "Necesito hablar contigo", dice Ettie alzando la vista y levantando la voz. "Se trata de mi hermana". La música llega a su fin. "Sé que", dice Ettie, "te has estado viendo con ella, con Ysabel. Sé que puedes llegar hasta Ysabel". La mujer del maillot tira de sí misma, derecha de nuevo, girando más y más rápido, rozando y golpeando el tembloroso poste. El hombre del delantal se inclina hacia adelante en su silla. La mujer con bata de laboratorio está mirando por la ventana. Más rápido, cuando Ettie se aleja un paso de las escaleras, hacia el poste, un sonido metálico, más rápido y un chirrido, una palmada del aire cerrándose, la mujer se ha ido, el poste todavía vibra a su paso. Algo golpea, un bote por el suelo de la cocina, un trozo de hueso, y Ettie chilla. El hombre y la mujer todavía están en

sus sillas, y sus ojos están cerrados, sus mejillas húmedas.

"¡Oh, Dios mío!", grita Ettie subiendo los escalones demasiado rápido, deteniéndose a mitad de camino, "Dios mío, si tú solo, si eso", comenzando de nuevo hacia el desván del dormitorio, "¿Estornino? ¡Estornino!"

Sentada en medio de una maraña de colores y patrones desconcertantes, el Estornino levanta una esquina de rosa satinado sobre su hombro, sobre su pecho. "Vete", dice ella.

"Oh", dice Ettie, una mano, ambas manos a la boca. "Oh, qué te ha hecho ella".

"¿Hecho?" gruñe el Estornino. "¿Qué ha hecho *ella*? Retirar su favor. *De todos nosotros*". Se inclinó hacia adelante en la cama, "¿Vas a *acudir* a ella? Tonta mortal. Tu hermana", baja para agarrar una prenda azul y negra, una voluminosa sudadera con capucha, "ha sido despedida, como todos nosotros. Ella está libre, o está perdida y se ha ido", poniéndola sobre sí misma, coloca la capucha sobre el corto cabello negro plateado, "así que, vete. Déjame conmigo misma".

"No", dice Ettie allí de pie, sin moverse. "No." Levanta una mano, una oferta, una bienvenida, una solicitud. "Hay algunas personas con las que quizá deberías hablar", dice en voz baja pero firme. "Venga. Puedo llevarte con ellas".



Tropezando con piedras serpenteantes, "¡Hey!", él está cruzando un tramo de patio, "¡No tan ruda!", hasta una puerta amarilla, la de una casa muy parecida a las otras a este lado de la calle. El Carro Iona, manos en los hombros de él, en su cinturón, lo arrastra hacia el umbral, la capucha oscura cae hacia atrás desde un cabello vertical teñido de rosa anaranjado. Roce de zapatilla, chasquido del talón, ellos la siguen, a Ysabel, suelta camisa blanca, encaje y



dobladillo con cintas de oro pálido, y Chrissie toda de negro para el baile, estira el brazo para agarrar una mano, para tirar de Ysabel hasta detenerla, allí frente a la casa. "¿Qué estamos haciendo aquí?", murmura ella. "¿Qué está pasando?"

Ysabel sonríe como para tranquilizar, se acerca un paso, una mano en la barbilla de Chrissie. "Cuando lo descubra", dice, "Pondré fin a ello". Chrissie aparta la mirada. Ysabel presiona un beso en una mejilla. Aparcado en la acera al otro lado de la calle estrecha, un par de SUV en rojo ladrillo y negro, un deportivo gris plateado, un compacto híbrido azul y blanco, y el alto muro de piedra que se eleva, y matorrales y árboles enredados, jardines a medio vislumbrar que suben la cuesta hacia arriba.

"Madam", dice Iona, una significativa mirada hacia ella, sus manos ocupadas junto al hombro y cadera de él, y una afilada mirada a la puerta. "Por supuesto", dice Ysabel entrando en el umbral, pero antes de que pueda alcanzar el pomo, la puerta se abre, "¡Majestades!", chilla la mujer que sale hacia la luz de la mañana que se enciende en el púrpura de su vestido, un aparente disturbio de amarillos, verdes, rojos y azul brillante, fulgura el hilo plateado recogido a través de la bufanda negra que ata su cabello. "Habéis venido con el sol, para resolver la noche más incierta".

"Sí", dice el hombre de la sudadera con capucha. "Respecto a eso". Haciendo un mohín cuando Iona lo zarandea, una vez. "Alteza", dice Ysabel, y un gesto interior, "si nos permite".

La mujer, todo de púrpura, retrocede, puerta abierta, pero su sonrisa ha decaído hasta un ceñimiento. "¿Madam?", dice ella. "¿Milord? ¿Lymond? ¿Me estoy perdiendo algo aquí?"

"Mi, hermana", dice el hombre, "está", con un tirón para liberarse del agarre de Iona, "¡comprensiblemente!" cepillando y reubicando su sudadera, "exagerando, tal vez, un poco, a la *incierto*, eh, la naturaleza, de lo que ha, ocurrido", su voz se apaga mientras la mujer de color púrpura se acerca con un susurro de arrastre de pasos, alza la vista a sus ojos azules azules. "Milord", dice ella. "¿Cómo me habéis llamado?"

"Yo, ¿qué?" Él parpadea. "¿Llamaros?"

"Cuando hablamos juntos, señor. Después de la corte o durante el desayuno".

"Nosotros, ah", otro parpadeo, y de nuevo. "¿Vos y yo?"

"Vos enviasteis en mi busca, señor, desde la Corte de Motores, ¿no es así? Seguramente no habéis olvidado mi nombre".

Él mira hacia otro lado, y algo le viene a la cara, esos ojos, su boca astutamente irónica.

"Âna Annisa, alteza", dice ella, y le ofrece su mano, "Ray", dice él, y la toma encogiéndose de hombros.

"Un placer conoceros, señor. ¿Qué ha sido de vuestro hermano?", le dice a Ysabel, quien mira hacia abajo, hacia la mano de Chrissie en la suya. "No lo sabemos", dice ella. Alza la vista. "Empezamos a pensar que él tampoco".

"En realidad", dice él, pero ella continúa: "Su majestad se fue para encontrarse con nuestro Gallowglas anoche, quien estaba, angustiada". Suelta la mano de Chrissie. "Ahora ella se ha ido, y él se ha ido, y esto", una mirada de reojo, "es todo lo que queda. Queremos llevarlo adentro y examinarlo de cerca para saber qué podemos hacer antes de que esta noticia pudiese extenderse".

"Ah, Milady", dice Annisa, repentinamente grave. "Si tal fue vuestro diseño, me temo que habéis llegado demasiado tarde".

Más allá de ella, por el salón cuyo reluciente suelo se abre hacia la amplia habitación bajo la gran pared curvada de cristal, el silencio de las conversaciones mantenidas en suspenso, y el Gladius, el Byrne y el Oubliette, el Sovnya, barbilla escondida tras un brillante brebaje plateado, el Fauchard, el Piloto, todos inclinados para mirar atrás por el pasillo, y el Gerifalte con su chaquetón, jarra de arcilla en sus manos, el Mooncalfe descalzo, sosteniendo una botella de plástico verde, y el Masón todo de marrón, y un simple termo plateado, y dando un paso vacilante dentro del salón, el

Guisarme Welund en su traje de lino, su corbata amarilla.

"Ellos han estado llegando durante toda la noche", dice Annisa, "desde aquel trueno misterioso".

"Si es así", dice Ysabel, "que así sea", y ella camina hacia ellos. "Tenemos suficiente para un quórum. ¡Ven! ¡Traedle, ante mi consejo!"



"Esto es", dice él pasando las manos sobre el mechón de pelo naranja, "esto es, es de día o de noche, o", oscura capucha bajada, como una cogulla sobre los hombros, "y cuando es de noche. Hay nieve, palmos de nieve, nieve como quizá en los días de Paul Bunyan o algo así, no sé, pero cuándo sale el sol. Todo se derrite. Y hay, hay agua, entonces, como a treinta metros de profundidad. No sé. Cinco, seis pisos en el centro, o lo que sea. Y los días, los días duran, como semanas, meses, no sé. Tampoco es que yo tenga un reloj", se sube la manga para mostrar su muñeca desnuda. "Tampoco es que sirviera de mucho. Y no hay una nube en el cielo, salvi hasta que el sol por fin, por fin comienza a ponerse, y luego hace frío. Rápido. Todo se congela. Y comienza a nevar. Se reclina en su silla a la cabeza de la mesa. Tras él, más allá de la credenza cargada de fríos platos plateados, la vertiginosa caída, los oscuros árboles, los tejados cubiertos de brumas arrastradas por el sol naciente. "De todas formas. Allí era donde yo estaba, cuando yo era él. Así que, imagino que... ¿ahora soy yo otra vez? Él debe de estar allí".

"Y, perdóname: ¿lo eres?", dice Welund, sentado a su derecha.

"Ray", dice Ysabel de pie a su izquierda, apoyada en el respaldo de una silla.

"Sí", dice él, se inclina hacia delante y se frota los ojos con los talones de las manos. Se echa atrás el mechón de pelo, "Estoy en el

borde irregular, aquí. ¿Puedo tomar algo de beber? ¿Algo de zumo? ¿Agua?"

"¿Cómo hemos llegado allí?", dice el Gerifalte encorvado con su fornido chaquetón, "O, supongo, ¿cómo va él a volver?", y el Mooncalfe resopla. "Crees que él quiere volver", dice ella, cuentas sonanso cuando niega sabiamente con la cabeza.

"Dinos", dice Ysabel inclinada sobre el respaldo de su silla, "quién más estaba en la habitación, cuando volviste a ser tú de nuevo".

"Yo", dice Ray, y suspira. "Como te he dicho", dice. "El grandullón, el del bigote. Como se llame, estaba en la iglesia aquella vez".

"El Yunque, Pirocles", dice el Masón, a mitad de la mesa a la derecha.

"El Yunque. Y ese otro tipo que también estaba en la iglesia, yacía dormido en el suelo. Y, y era, como la cosa más triste y terrible del mundo, eso era él", un encogimiento de hombros, "dormido", dice mirando a Ysabel. "Ella no estaba allí", dice él. Ella mira hacia el Masón, que está mirando el termo colocado delante de él. "No la he visto", una inhalación aspirada, "desde la última vez que fui yo".

"Milady, tenemos todo lo que pudimos, me temo", dice Welund extendiendo las manos, "por ahora; por ahora, milady, debemos discutir qué haremos a continuación".

"Tiempo suficiente, sin embargo, para eso", dice ella.

"Milady", dice Welund suavemente. "Con todo gramo y gota de debido respeto, y más además, pero: vuestra gente os necesita, ahora".

"¿Es eso así?", dice ella. La mesa queda en silencio por un momento, el aire casi sin aliento. La mañana se levanta a través de los árboles de abajo. "En serio", dice Ray, "un vaso de agua", pero Welund dice: "Milady, debéis saber que lo es".

"Lo que mi gente necesita, Gladio Welund", y ella toma la jarra allí, al lado del codo de el Gerifalte, y reflexivamente él levanta una mano, luego retrocede, se sienta, disgustado, "es el ovr", dice ella, "que yo proporciono". Levantando la jarra. "Podemos hablar abiertamente, aquí." Dejándola en el medio de la mesa, delante de todos ellos.

"Si pudieseis convertir incluso un dedal, madam", dice Welund, el timbre de sus palabras caído, recortado, "eso nos diría mucho de lo que enfrentamos".

"Eso diría si aún podría hacer más", dice ella. "No hemos olvidado cómo mi, cómo nuestra madre fue tratada". Él empuja su silla hacia atrás, se levanta a medias, "¡Milady!" atrapado en ese momento, ni sentado, ni levantado, una mano sobre el brazo de su silla. "Nadie duda de vuestra fecundidad", dice él impulsándose en vertical.

"Ella duda", dice el Mooncalfe. Entre sus manos una rechoncha botella de plástico, etiqueta despegada en tiras que cubren la mesa frente a ella. "Por eso está tan interesada en su Gallowglas". Alza la vista para encontrar la mirada verde de Ysabel. "Necesitáis vuestra muleta", dice ella.

"Necesito", dice Ysabel, fría y terrible, pero luego cierra los ojos, traga, con una sonrisita tensa. "Entendemos que vuestro oficio debe estar ocupado", dice ella al Mooncalfe, "pero ¿debéis ocuparlo con tanto celo?"

"Si son amanuenses lo que necesitáis", dice Welund, "¿qué diantres le pasa a la rubia de escaleras arriba?" Sentándose de nuevo. "¿A quién traer si no?"

"Aceptad, Gladio Welund, que hay mucho sobre lo que sabes muy poco y sobre lo que no sabéis nada en absoluto". Ella tira de su silla hacia atrás, se sienta y enrolla una cinta en su regazo. "Hoy", dice ella alzando la vista, "os encontráis sin un Rey y un Cazador. Yo he perdido a un hermano y a mi amiga más querida".

El Gerifalte se inclina cerca. "Os tenemos a vos, madam", dice.

"Entonces, ¿hemos?", dice Ray, "¿hemos terminado?"

"No", dice Ysabel. "Tú viste algo. Escuchaste algo. Tú *sabes* algo, lo sepas o no. *Algo* que podría ayudar. Cuando tú, cuando volviste a ser tú mismo y abriste los ojos", ella niega con la cabeza. "Antes de eso. El momento *antes* de que volvieras. ¿Qué es lo último que recuerdas? ¡Debo saberlo!", chilla ella. "Si han ido allí, debo saberlo. ¿Hacía calor? ¿Cuando te fuiste? ¿Frío? ¿Era de día? ¿O noche?"

"Eso, esto no funciona así", dice, "y de todos modos", señala la mesa, dedo torcido hacia arriba, "Creo que ella intenta llamar tu atención"

En la parte de atrás del porche, Iona está agachada, a medio camino de las escaleras, haciendo torpes señas, "¿Madam?", baja unos escalones más, enderezándose mientras lo hace. "Perdón, damas, caballeros: el Pinabel ha venido".

"Suroeste, por fin", dice Welund. "Decidnos, el Carro: ¿ha venido el Vizconde él mismo, o es otro embajador con un balde?" La Mooncalfe pone ostentosos ojos en blanco ante eso, y el Masón niega con la cabeza.

"Ni lo uno ni lo otro, señor", dice ella. "Es Milord el Conde".

"Oh", dice Welund después de un momento.

Subiendo las escaleras, saliendo hacia la amplia sala bajo la gran pared de cristal, el Gladio, el Gerifalte, el Masón y el Mooncalfe; e Ysabel detrás de ellos, se detienen en el escalón de arriba del todo una voz flota hacia la parte superior del clamor murmurante, "escalfado en aceite de oliva virgen y sémola hervida a fuego lento en crema". Ella cierra los ojos. "Una salsa verde, tal vez", continúa esa voz, "hierbas picadas y suficiente aceite para aflojarlas". Ella se dirige hacia el sillón, hacia la mesita junto a este, y Chrissie sentada reclinada en el brazo del sillón, los tobillos cruzados, teléfono en la mano. "Pimientos y ajo, una pizca de azúcar, añadido a la salsa de pescado fermentado", e Ysabel se inclina cerca de ella, "No debes sentarte en el trono", dice ella en voz baja, una mano en el codo de

Chrissie.

"¿Cuánto tiempo va llevar esto?", dice Chrissie poniéndose de pie. "Él me está dando hambre".

"Llévate tú misma escaleras abajo, al porche", dice Ysabel, tan silenciosa como antes. "Ve ahora. Iona está abajo, estarás bastante a salvo. No te preocupes", y los dedos en la barbilla, pero Chrissie retrocede un paso, "yo no lo estaba", dice ella, "pero lo estoy, ahora".

"Todo terminará pronto. Y luego comerás". Un suave empujón, para enviarla con ella, e Ysabel observa cómo Chrissie, vacilante, cruza la habitación entre ellos, riéndose y murmurando, de pie por un momento; silueteada por el sol naciente en la parte superior de las escaleras. Y solo cuando ella comienza a bajar, Ysabel mira a Agravante, vestido de azul pálido, y al otro a su lado, en azul marino. "Majestad", esa voz, "perdonadnos", esa sonrisa de mejillas rosadas, esa corona loca de cabello color marfil. "Estaba regalando a la corte con un desayuno hipotético", esas manos redondas de color rosa están cuidadosamente dobladas ante esa redondo y firme barriga. "Para, tal vez, restaurarnos a todos, para poder resolver lo que se ha hecho y lo que tenemos que hacer".

"Ofrecemos nuestras condolencias", dice Ysabel a Agravante, "por la pérdida de su abuelo".

"¿Pérdida?", dice Agravante, y una tos, un trago, "majestad, qué, qué cosa más extraña decís cuando él está despierto frente a vos, por primera vez en meses".

"¿Él?" Ella se acerca un paso, una mano alzada ante la luz. "La cara", dice ella, "la cara funciona. El cabello es bastante bueno. ¿Pero la voz?" Ella niega con la cabeza. "¿Os gustaría una salsa de *pescado*, en nuestra mesa?"

"¿Pescado?", dice el otro, y luego, "oh, la salsa: la sangre de pescado apenas es *sangre*, chica. Es garos. Kê-chiap". Un barrido de una de esas manos. "Un paladar se expande con la edad. ¿Para qué otra cosa sirve si no?"

"¿Lo habéis oído?", le dice ella a Agravante. "Es diferente. Todos", retrocediendo un paso, "solo un poco, diferente", y luego, " ¡algunos de vos! Atiendan: haremos que nos retiren a este malabarista". Mirándolos a todos, dispuestos en esa amplia sala, rígidamente quietos y en silencio. "Él cree que está siendo travieso, pero en realidad es bastante aburrido. Y pequeño".

"No sé a qué os refierís", dice Agravante, y "Nos referimos a que queremos que se marche", dice ella. "Vos podríais quedaros, si lo deseáis".

"Está tristemente claro", dice el otro. "Su majestad ha sido sacudida por las rupturas del día. El fracaso del, el ovr, la pérdida del Rey: golpes tremendos. Tómame un momento, muchachita, y vuelve a ti misma. Mírame". Esas manos rosadas presionadas contra un pecho ataviado de blanco. "Me conoces. Sabes quién soy".

"Una Princesa", dice ella, "podría familiarmente ser una muchachita pero, ¿una reina? Una reina nunca es familiar. Él sabía eso". Acercándose un paso nuevamente. "Por *supuesto* te conozco. No podría decir tu nombre... ¿podría haberlo oído una vez, de pasada, tal vez? Nunca me molesté en aprenderlo". Lo bastante cerca ahora como para asomar, agachándose, manos sobre las rodillas, y sus mejillas rosadas manchadas de rojo cuando él alza la vista para encontrarse con sus fríos ojos verdes. "¿Pero realmente pensaste que", dice ella, "podría yo olvidar alguna vez tu hedor?"

Un rugido se hincha y es engullido con un gruñido. Por un instante, las sombras parecen temblar desde esa forma achaparrada, motas sin luz que saltan, giran y se disipan, una neblina ceñuda que desaparece incluso cuando aparece. "¡Milady!", chilla Welund en algún lugar tras ella, pero las palabras pronunciadas del otro salen empujadas entre esos labios, "No me hablarás a mí de tal guisa", pero el crujido de una carcajada, ahí está el Mooncalfe bailando, espada en cada mano, la punta de una de ellas trazando círculos, instando a Agravante a retroceder, "cómo *te atreves*", y su segunda hoja sube en arco para cruzar a ambos de ellos, ahora unas tijeras se separan eb busca de la garganta del otro. "No hay ningún gallowglas cerca", dice ella, "pero estoy dispuesta a resolver eso".



"¡Fauchard!", grita Ysabel. "¡Gladius! ¡Byrne! ¿Deberá el embajador del Noreste acaparar toda la gloria?"

Golpes de bota, tintineo de cota de mallas, ellos dan un paso al frente y la luz del sol abraza el filo de la hoja y la punta de la lanza.

"¡Ovejas!", brama el otro, apresurado en retirada por el pasillo con Agravante, e Ysabel caminando a su paso, el Masón corriendo hacia la puerta, y el resto traquetea metal y sacude una maleza de armas de asta y lanza tras ella. ¡Ovejas, vuestro lote completo! ¡No tenéis las piedras para asaltar persiguiendo a un nuevo pastor!" Las sombras se derraman sobre la cara del otro, su camisa es blanca cuando el Masón abre la puerta y la luz del sol se derrama por el pasillo. "¡Espero con ansias el día en que vengas a lamentar este momento, oh, Reina! *Reza* por no fallar a tu rebaño. ¡Reza por no vacilar en un solo paso!"

"Tienes una opción", dice ella a Agravante. "Puedes quedarte, o puedes irte".

"Milady", dice él parpadeando a la luz del sol, "por favor. Permitinos trabajar juntos, para ", pero ella asiente con la cabeza, y el Masón cierra la puerta entre ellos.

# **"Buen señor" / la profundidad del Agua / la Oferta sobre la mesa / Tener o Comer / "¡Todos son bienvenidos!"**

"Buen señor", dice Arnold Becker en esa habitación brillantemente vacía, y solo un sofá de cuero blanco sobre la piel blanca ante un ventanal.

"Sí", dice el Yunque Pirocles, junto a la isla de la cocina desnuda.

"¿Tú, yo, quiero decir, nosotros?" dice Becker, "¿Vivimos? ¿Aquí?" Señalando hacia el pasillo sin luz al otro lado de la isla.  
"¿Hay más?"

"Dos habitaciones", dice Pirocles, y luego, "podría mover mis cosas a la otra, si eso te...", pero Becker ya sale encaminado, más allá de la isla, y Pirocles le sigue con un suspiro. El armario bajo el fregadero está abierto, y no hay nada más que una botella de spray con alguna solución de limpieza.

En el pasillo angosto regresa pasando un par de puertas cerradas para abrirse a otra habitación llena de luz matinal, una cama redonda estrictamente hecha, sábanas suaves a rayas de índigo, y tres hombres, uno de ellos con un sencillo traje negro, y un hombre delgado y mayor con atuendo de cocinero, y el tercero sentado al pie de la cama, botas de trabajo limpias y mono amarillo sin cremallera, mangas vacías atadas alrededor de su cintura, cabeza baja, hombros anchos, bronceados por el sol. "Oh", dice Becker en su camisa a cuadros color baya.

"Esta es la habitación que compartimos", dice Pirocles. Se quita el abrigo azul y se lo tiende al hombre de negro. "Aunque no me importa dormir en el otro, amor, si estuvieras más cómodo".

Becker dice: "Pero", en una voz lejana, "esta no es mi habitación", y luego, más alto y más cerca, "no es mi *casa* -" Él comienza a

rodear la cama. El hombre al pie mira implorantemente a Pirocles. En algún lugar de la sala principal, un zumbido áspero. "¿Cómo lo supiste?", dice Becker.

"¿Saber qué, amor mío?"

"¿Cómo supiste?", Becker se da la vuelta, sosteniendo un libro en alto, «Padres a Padres», dice la portada en brillantes letras coloreadas. «Creación de un Programa de Primera Infancia Centrado en la Familia». "Que esto, que si alguna vez renunció a mi trabajo de cutre, que tal vez podría", baja el libro. Lo posa de nuevo en la mesita de noche con los demás.

"Te hace feliz", dice Pirocles. "Y eres muy bueno con los niños". Algo fuera vibra de nuevo. El chef sacude la cabeza y cruza los brazos. Becker saca un teléfono del bolsillo y, vacilante y tentativamente, lo coloca en el soporte de carga junto a los libros. Se enciende cuando encaja perfectamente en su lugar. La pantalla cobra vida, una instantánea de Becker y Pirocles lado a lado en una cabina de cuero rojo, 09:13, dicen los números flotantes, Sab, 21 de abril.

"Cinco meses", dice Becker, embotado.

"¡El Yunque!", un bramido de la otra habitación. "¡Presentaos!"

Sale de la cocina, Agravante de pie junto a la isla, un llavero en una mano y semblante severo, pero Pirocles mira más allá de él a los dos hombres en la alfombra blanca, el Serpiente enjuto con un traje de mezclilla azul y negro, el otro en azul marino, mano en la cadera de el Serpiente y la luz del sol en la corona de pelo de marfil. "Su gracia", dice Pirocles con silencioso asombro. "No había esperado veros despierto y acompañado".

"Fue solo una siesta", dice el otro con una sonrisa indulgente. "Todos lo hacéis parecer como si hubiera yo vuelto de la muerte".

"Vos sois una bienvenida visión, Milord", dice Pirocles. "Casi deshace la miseria de la mañana. Excelencia", se dirige a Agravante, "por supuesto que estoy listo para lo que sea requerido. Solo pido

poder..."

"¿Pedís?", espeta Agravante. "¿Qué podríais pedir cuando vuestro Rey ha desaparecido, vuestra Reina se ha vuelto loca, nuestra chispa se ha convertido en cenizas y vos, señor caballero, ¿pedís? ¿Qué? ¿Qué es lo que pedís?"

Pirocles sombríamente inexpresivo, camisa tensa por la anchura de sus hombros, su cuello fuerte. La barba plateada muy corta, largos bigotes grises y esas cuentas de peltre no pueden captar la luz en esta tenue cocina. "¿Su majestad, Milord?", dice él.

"Loca como un maldito sombrerero", dice el otro. "Colocada de su propio suministro, escupiendo las tonterías más fantásticamente paranoicas, ¡tuvo el descaro de echarnos a los dos, a *nosotros*, a gritos en nuestros oídos!" El Serpiente niega con la cabeza, horrorizado. "¡Y la corte! Complace sus delirios, los *alienta*, hacia cierta", suelta la cadera de el Serpiente, esas manos rosadas se estiran, "ganancia mal obtenida, en tiempos inciertos. Debemos salvarla de ella, y a ellos. Necesitamos hombres, y rápido".

"Incluso con nuestros trece completos, somos nosotros contra una ciudad", dice Agravante. "Me desagradan las probabilidades".

"No es la ciudad *entera*", se burla el otra. "No necesitamos un ejército. Solo lo suficiente para encargarnos de un puñado. Más que nosotros dos, de todos modos, y estos dos buenos... ¿Tienes a alguien más escondido en esta torre?"

"¿Qué pasa con los Barones del Lago?", dice el Serpiente con un chillido en su voz.

"No", dice Agravante rotundamente, pero "¿Qué pasa con ellos?", dice el otro. "Continúa".

"Perdonadme, excelencia, tu gracia", dice el Serpiente. "Pero están muy molestos, por la muerte de Medardus a manos de los sabuesos del Sudeste. Podríamos, ¿ayudarnos unos a otros? ¿Ajustarnos los trajes mutuamente?"

"Milord", dice Pirocles a Agravante, pero el otro golpea la encimera de la isla, "¡Ja! ¡Me encanta! ¡Arrollamos respaldados por los suburbios, entramos duro y rápido antes de que sepan qué los ha golpeado, y *la capturamos!*"

"¡Milord!", dice Pirocles, y la traviesa sonrisa del otro se pliega, se tempera, "De acuerdo, está bien, *aseguramos su persona*, digamos. ¿Qué tal así? "Da una palmada en el hombro de Pirocles. "Sé un hombre, señor caballero. ¡Hay trabajo por hacer!"

"¿Pirocles?" Una voccecita, a un lado, el oscuro pasillo, Becker y el abrigo azul de Pirocles en sus manos. "¿Te vas a alguna parte?"

"En breve", dice Agravante bruscamente solícito, "y no por mucho tiempo. Serpiente", dice dirigiéndose hacia Becker, "lleva a su gracia al coche. Seguiremos después", extiende la mano para tomar el abrigo de Becker, "deseo ayudar a el Yunque a ver que su compañero se preocupa por él".

"No te entretengas", dice el otro.

"Milord", dice Pirocles cuando la puerta se ha cerrado. "Si alguno de ellos descubriera..."

"¿Cómo, descubrir?", dice Agravante. "¿Descubrir qué?" Volviéndose de Becker, tendiéndole el abrigo a Pirocles. "No hay nada que descubrir. Pero aún así: creo que comienzas a ver la profundidad del agua en la que nadamos".



La tensión lo sostiene, grávido, hundiéndose vagamente, un bolo herméticamente sellado de oro blanquecino que se extiende despacio desde el rizo de hoyuelos hacia abajo y abajo, esa ciclópea lágrima flota entre las rodillas dobladas, hebras atrapadas en lánguidas ondulaciones, remolinos tersos tirando, girando hasta que, con un jadeo silencioso, implosiona, se hincha y vaga de sí

misma, una nube cremosa que se diluye hasta convertirse en leche en disipados remolinos, una bruma que lame en oro su muslo, su vientre donde cae el agua del baño, su codo y su espinilla.

"¿Eso es todo?", dice Chrissie agachada sobre la alfombra de baño junto a la bañera, extendiendo sobre el agua una botella de plástico, vacía salvo por una última gota aferrada. Los dedos de Ysabel agitan la opalescencia perezosamente desvanecida. "Quiero decir", dice Chrissie, "¿tengo que esperar? ¿Debo vertir un poco más?" A sus pies, un termo, una jarrita de arcilla, un cuenco de pyrex, su fondo cubierto con una viscosa película láctea, apenas tocada con oro. "Yo, no sé". Pone la botella sobre el tapete. "Que estoy haciendo aquí. ¿Ysabel?"

"No se convertirá", murmura Ysabel.

Se impulsa hacia arriba, agua a chorros, y sale goteando, sin preocuparse de que Chrissie caiga sobre sus manos. Al otro lado de un mostrador, el espejo encima de él, deslizándose a un lado su reflejo que tantea en el armarito de las medicinas y traquetea, peines caen, una brocha de afeitar cae en el fregadero, un frasco de algo púrpura se aplasta en el suelo. "¿Ysabel?", dice Chrissie temblando, mirando la dispersión de ropa negra junto al inodoro, la camisa blanca sobre el asiento. "¿Podemos, puedo irme?" Ysabel ha encontrado una navaja de afeitar. Chrissie se engancha con un dedo del pie en un poco de encaje negro, lo arrastra por el piso, lo desliza para levantarlo, de pie con un "¡Jesucristo!", ve a Ysabel cortarse la palma con la hoja afilada y mirar impasible, mientras el malvado corte amarillo rezuma no suficiente oro.

"Casi pensé que vería sangre roja", dice ella.

Chrissie da un paso atrás, chocando con el cuenco de pyrex con un chapoteo, "¿Qué?", choca con el toallero, "¿qué es eso?"

"Chrissie, Christienne, O Sœur Limoges", acercándose un paso, "sabes lo que soy. Sabes *quién* soy", esa mano en alto entre ellas, y Chrissie se aparta encogida, "Soy la Reina del Cielo, la lágrima que el Sol dejó caer, y yo dejé a la Luna en vergüenza. Soy el señuelo del paraíso. Soy una maravilla, entre las flores", la letanía es un

murmullo, y Chrissie cierra los ojos con fuerza. "He estado en el Llyn, y en Cær Vivien, he remontado el puente sobre el Somme, y me yacido donde los guerreros cayeron", y Chrissie se sobresalta violentamente cuando esa mano se posa pegajosa en su mejilla y el lácteo reguero se derrama sobre su pecho, su barriga. "Las rosas crecen donde poso mis pies, y una de oro en bruto se ajusta a mi frente, y en mi más mínima saliva", se acerca apretando, nariz con nariz, labio con labio, "¿has probado la miel hilada en la nube" y un beso y Chrissie gime. "Dime, entonces", dice Ysabel, un susurro, "dulce mortal, oh mi bella bailarina", otro beso largo y abandonado, interrumpido cuando Chrissie gira la boca para lamer, sorber esa muñeca, esa palma, "dime ", dice Ysabel haciendo una mueca, "mientras aún se me permite tener este malvado poder, respóndeme a esto: ¿tú, Christina Halliwell, tú" Y de nuevo un beso, "amas?", y un beso, pero luego una pausa en su respiración. Ysabel abre los ojos. Se aleja lo suficiente para ver a Chrissie contra la pared empapelada, muñecas clavadas a ambos lados de su cabeza, ojos cerrados, labios separados, buscando, manchados de brillo.

Ysabel la suelta, retrocede. Chrissie baja las manos. Se limpia la boca. "¿Qué acaba de...?"

"Vete", dice Ysabel.

"Pero estás herida". Ella intenta agarrar esa mano brillante, pero Ysabel la aparta girando, "Vete", dice ella. Chrissie estira la mano tras la de Ysabel, la agarra por la muñeca, "Necesitas ayuda", y el fuerte estallido de una bofetada, su cabeza mecida. "¿De *tí*?", dice Ysabel con la mano libre levantada, preparada. "Lo intentaste. Fracasaste. Ahora vete".

Chrissie parpadea rápidamente y mira hacia abajo, luego se arrodilla para comenzar a recoger el resto de su ropa.

Junto a la puerta se detiene, mira atrás, pañuelo negro alrededor del cuello, medias sobre un brazo, zapatos en la mano y su teléfono. "Entonces, quiero decir, eh", dice ella. "¿Qué les digo? Quiero decir, ¿querrán saber qué, qué pasó?"

Una mano acunada en la otra, Ysabel respira hondo, vacilando

con el esfuerzo. "Lo que quieras", dice ella.



"*Bastante loca*", dice el otro reclinado atrás ante la abarrotada mesa que casi llena esa atestada habitación, y estantes a un lado repletos de latas de comida tamaño industrial, «Mutti Polpa» dicen las brillantes etiquetas de colores, «Jay Brand en Rodajas en Almíbar», «Frijoles Verdes Swati Recién Enlatados». Un grupo de delantales amarillentos pende en la esquina. "Ella insiste en que no soy yo mismo, lo cual es absurdo: ¿quién si no podría ser yo?" Una torsión inferior de esos labios, un rodar superior de ojos entre un fruncimiento de ceño, un hombro levantado, un encogimiento de hombros para todos ellos, Agravante y Pirocles, el Serpiente y el Gladio, el Coltello, el Barón Alfons cara roja, banda negra alrededor de una manga, y el Conde Alans, ojos encendidos, buscando una canasta de Naan, Barón Euric, cara pétrea, chaleco de vellón verde y amarillo, y en cualquiera de las dos esquinas a la cabeza de la mesa, Sigrid, ajustado vestido negro y la baronesa Clothilde, alta, chaqueta de cuero negro. El otro se inclina hacia adelante apartando un plato de rica salsa picante roja: "No pretendo arrojar luz sobre este estado de cosas. Esto *es* angustiante. Pero podría gestionarse, si no fuera por ciertos partidos oportunistas".

"Conejos", dice Euric bruscamente, y "El Marqués Yelmo", dice Alfons. "Ese Gallowglas", dice Sigrid, brazos cruzados y la mano de Clothilde sobre su codo. "¿Qué?", dice Alans masticando.

Pirocles dice: "Mis damas, no sabemos de la participación del Sudeste".

"Sin embargo", dice Agravante, "¿está ella con nosotros aquí?" Ignorando la brusca mirada de Pirocles.

"Si lo estuviera", dice Clothilde, "tendríamos unas palabras". Sigrid asiente. Alfons niega con la cabeza. "Tengo que decir", dice, "no veo el papel que nosotros desempeñamos en este desastre". Ella



no es nuestra Reina".

"Lo es, lo fue, lo volverá a ser", gruñe el otro agitando una mano, pero las miradas se intercambian. "¿Quieres reabrir las discusiones sobre la Distribución?", dice Sigrid. Alans, alcanzando la salsa picante, dice: "Oh, *eso* no".

"Su gracia", dice el Gladio, con su plato de hojalata vacío, pero el otro gira, "¿Crisis?", mirando a cada uno por turnos, "Oportunidad. ¿Oportunidad? Avance". Se sienta hacia atrás. La pared detrás llena de carteles de figuras de ojos de ciervo ricamente coloreados desenvainando espadas, arcos, protegiendo la corte, sonriendo beatíficamente bajo lentes prismáticas. "¿Tengo que deletrearlo por vosotros?"

"Eso no haría daño", dice Alfons. "Si los términos básicos no han cambiado, entonces pienso que", mira alrededor, "puedo hablar por todos nosotros cuando digo: ninguno tiene nuestra respuesta".

"El alquiler", dice Euric. "Demasiado alto", y Alans dice: "Nosotros *resolvimos* esto".

"Milord", dice Gladio, "si pudiéramos concentrarnos", pero Sigrid al frente de la mesa dice: "En realidad, hay algo..."

"*Basta*", gruñe el otro, y luego, en el silencio que sigue, "Ayudadnos; sed agradecidos. *Esa* es la oferta sobre la mesa. Tomadla o dejadla, pero hacedlo *ahora*, por amor de Dios".

"Milord", dice Pirocles en voz baja y con cierta preocupación.

"Agradecidos", dice Alans con elaborado disgusto. "¿Cómo, exactamente?", dice Alfons.

"De una manera conmesurada con sus esfuerzos", dice el otro, pero Euric niega con la cabeza, "Términos", dice. "Condiciones. Detalles", y: "Yo ni siquiera me desabrocho los gemelos sin una preparación previa", dice Alfons. "Paga a medida que avanzamos", dice Alans alcanzando el curry. "Eso funciona. Ha estado funcionando ¿Por qué hablar de otra cosa?"

“Como mi primo estaba a punto de decir”, dice Clothilde, pero los platos y la cristalería suenan cuando el otro golpea la mesa con una mano, “¡Esto es tan *desesperadamente simple*, gente!”

"Tal vez, su gracia", dice el Gladio, "¿si pudiéramos escucharlos? ¿Solo por el momento? Posiblemente podría acelerar las cosas", y el otro agita una mano desdeñosa, de acuerdo.

"Vuestra gracia es demasiado amable", dice Clothilde.

“Antes de aceptar nuevos términos”, dice Sigrid, “deberíamos confirmar los arreglos ya hechos”, pero Alfons niega con la cabeza, y Euric gruñe, y Alans ruge, “¿Por qué? ¡Estamos bien así!”

"Ese arreglo nunca fue arreglado", dice Alfons.

"Nuestra oferta fue aceptada", dice Sigrid.

"A diferencia de la vuestra", dice Clothilde a Alfons, "o la vuestra", a Alans, "y la vuestra", a Euric, "fue quemada hasta las cenizas y enterrado bajo los pies".

"La oferta de vuestro Abuelo Barón", dice Euric mientras el puño de Agravante se aprieta junto a el plato, "pero ya él no está aquí. Ni el Rey, aparentemente".

“Sin embargo, aquí estamos sentados”, dice Sigrid, “ociosamente para determinar el destino de una Reina y una corte. ¿Por qué no otro?”

"¡Oh!", grita Alans. "¡Oh, lo entiendo!" Pero luego su mirada de triunfo se desmorona. "Espera, no puedes hacer eso. ¿Quién tomaría su mano? ¿Vos?" A Clothilde. "Esto no es justo". Cruzando los brazos. "Tenemos que empezar de nuevo".

"Por mucho que me duela admitir", dice el otro, "no tengo idea de qué estamos hablando. ¿Otra reina?"

Es el Gladio quien se inclina hacia adelante, mirando hacia la

mesa llena de gente. "Annisa, milord. La última del la Corte de Motores".

"La conocimos esta mañana, en la corte", dice Agravante.

"Llevo dormido la mitad del año", gruñe el otro. "No conocía a la mitad de las personas en esa maldita casa".

"Fue enviada y pagada, según vuestra sugerencia, Abuelo", dice Agravante.

"Una posible nueva Prometida, milord", dice el Gladio. "En caso de que la línea de Perry haya salido del juego".

"Pero no lo ha hecho", dice el otro frunciendo el ceño pensativamente. "Tal vez. Así que. ¿Tal vez haya un repuesto?" Pirocles cierra los ojos ante eso. Euric parpadea, una vez. Sigrid tiembla y el otro los mira a todos. "Su hermano tenía la intención de establecerse como Alto Rey, ¿no?" Y luego, "Es mi memoria lo que está confundida", gruñe. "No mi ingenio".

"Él pretendía, buen señor", dice Alfons, "dotar a una segunda corte, aquí sobre las colinas".

"Una corte agradecida", dice el otro y Euric resopla.

"¿Por qué no deberíamos tener nosotros un Alto Rey?" dice Sigrid. "O Reina", dice Clothilde. "Las Rosas son tan dignas como las Manzanas", dice Alans, "o el Viento, o el Oro, los Ángeles..."

"Una cosa a la vez", dice el otro en voz alta, de pie con el roce de una silla. "Primero, aseguramos a la Reina, y a esta nueva Prometida. Luego, tal vez, veamos qué se necesita para restaurar las cosas", un movimiento de una mano rosada, "y cuando sepamos qué es lo que tenemos, *entonces* resolvemos quién obtiene qué parte", Se aprieta entre las sillas y la pared hacia la puerta, "pero, no se equivoquen, damas, caballeros", mirándolos a todos, "Quién está en esta habitación mientras hacemos eso es quién tiene voz y voto sobre cómo dividimos y decidimos. Así que, discutidlo", dobla la esquina, allí a la cabeza de la mesa, "llegad a cualquier arreglo", una

mano en el respaldo de la silla de Clothilde,"Rodamos en una hora. Alto mediodía. Yo solo voy a tomar un poco de aire".

De un pasillo estrecho, puerta cerrándose con un clic detrás, a la izquierda un comedor escasamente poblado, ventanas delanteras rebosantes de luz dorada que fulgura sobre las mesas. A la derecha, una abrupta cocinita, tres hombres con manchados delantales blancos ocupados en un fogón allí, sirviendo curry verde en un plato, sacando arcillosas especias naranjas y amarillas en cuencos abollados. El otro pasa cerca del fogón, olisquea lo que hierve en una olla alta, "¡Hey!", grita el hombre con el cucharón, "¡vamos! Sal de...", vacila cuando el otro mete la mano en la olla, revolviendo sin cesar la espesa salsa naranja con los dedos rosados, saca un bocado de algo, pollo, que salta entre los labios rosados. "Muy bueno", masticando, tragando, luego, con un gruñido, "¡Juro por Dios que si tengo que ahogarme con otro puñetero trozo de tofu!", y una sacudida de esa cabeza de corona blanca. "¿Habla Inglés? ¿Alguien?". Lame esos dedos, y los tres observan sin hablar. "¿Suficiente para ir tirando?" Y luego, inclinándose conspiratoriamente, "quiero *arrancarles sus jodidas gargantas*". Asiente, se endereza ajustando el nudo de esa estrecha corbata negra. "Quiero decir, sería como el algodón de azúcar en comparación con la realidad, aunque *no* dejarán de hablar, ¿sabéis? Pero", cruzando esas manos ante una sonrisa lobuna, "la paciencia tiene sus recompensas. Lo he estado revolviendo en mi cabeza desde que me desperté, dándole vueltas: ¿debería quedarme mi parte del pastel? ¿O debería comérmelo?" Esas manos juntas se inclinan hacia un lado y luego hacia el otro, "quedármelo, comérmelo, quedármelo, comérmelo, ¿qué será será?" Las manos se extienden, la sonrisa se abre con deleite, "¡Tenga, Sr. Lier, le daremos *dos* pedazos de pastel!" Y una risita, "¡Dos!" Ellos se miran unos a otros. El curry burbujea. El otro echa mano a otro pedazo de pollo. "Esto, esto es bueno. Burn se acerca sigilosamente sobre vosotros. *Maldición*, necesitaba esto. Así que gracias. Gracias".

"Madre de dios", dice uno de ellos junto a los cuencos de especias, cuando el otro se va. "Menudo gilipollas".



Media docena de largas cajas planas de cartón apiladas en el suelo, y alrededor de media docena o así de monos y cinturones de herramientas, peto, camisas de trabajo abrochadas en el cuello, y Gloria Lunes en sus medias de escalera, en cuclillas junto a las cajas, cortando la cinta de embalaje con un cuchillo de mantequilla «SVÁRTA», dicen las letras impresas en un extremo. "No necesitas todo eso", dice ella torciendo la tapa de la caja, cortando una última tira de persistente cinta, "está todo, está preparado, tú solo", repiqueteo y un rasgón, está haciendo palanca, abre una caja de cartón más pequeña metida dentro, "ármalo todo, hay instrucciones, y lo único que necesita es", sosteniendo en alto una bolsita de plástico, dentro hay pernos y tuercas y un par de llaves Allen. "Y quizá un destornillador. De cabeza de Phillips, creo", ella se pone en pie. «Knuckle of Tit», dice el garabato escrito a mano en su camiseta de gran tamaño. "¿Vale? Así que colocaremos los colchones en la planta baja cuando lleguen aquí, y la ropa de cama, así que, ¡arma los marcos y empecemos a juntarlo todo!". Lanza la bolsita a la mujer frente a ella, quien se sobresalta y la atrapa, las gafas de seguridad se levantan sobre su cabello negro rizado. "Quizá haya que raspar la pintura de las ventanas también", dice Gloria dirigiéndose hacia la puerta, hacia el pasillo. "Deja entrar un poco de luz. ¿Hazlo todo, haz que todo quede bien".

"Espero que sepas que esto es una pérdida de tiempo y dinero", dice Anna en voz baja y cerca mientras se dirigen por el pasillo, delicados zapatos, falda de cristal de ventana, bufanda amarilla alrededor del cuello, pero: "no quiero oírlo", dice Gloria pasando junto a la pared recién pintada, un zigzag de ángulos arcoiris junto a un corto tramo de escalones.

"Ellas pueden *dormir*", dice Anna, susurrado pero con fuerza, "*en cualquier lugar*", se inclina sobre la balaustrada.

"¿Eso es así?", dice Gloria Lunes en el rellano de abajo.

"En un armario, un estante", Anna baja los escalones hacia ella,

"una caja o un cajón, en cualquier rinconcito".

"Tú usas una cama".

Anna se detiene tan repentinamente que casi tropieza, agarrando la barandilla, "yo", dice recuperando la compostura, "no soy una doméstica. Gloria", pasos majestuosos hasta el rellano, "sé que crees que les estás haciendo un favor, pero honestamente. No sabrán qué hacer con eso. Simplemente no es a lo que están acostumbradas...una esquina, escondida, fuera de la vista, como deberían..."

"¿Sí?", dice Gloria Lunes bruscamente. "¿Y cómo funcionará eso si toda vuestra magia ha desaparecido?"

Se dirige a un vestíbulo lleno de personas que transportan bultos pesados, colchones envueltos en plástico que apilan debajo de las escaleras, "¡Llegan temprano!", dice Gloria. "Eso es genial, sí, justo allí", y luego, llamando a Anna, siguiéndola, "gracias a Dios que al menos el banco todavía funciona", Mientras pasan bajo un arco largo y bajo, "e Internet y los camiones". Dentro, el cavernoso almacén brillantemente iluminado por bastidores de barras fluorescentes, y la luz del sol fluyendo por las ventanas en lo alto, los puestos marchan a lo largo del mismo, cuelgan fotografías y pinturas brillantes de dibujos animados, la gente en monos se detiene alrededor de una escultura como un abigarrado montón de almohadas, y muchos más, muchos más pululando entre las largas mesas dispuestas en el suelo abierto, llenas de jarras de agua, termos de café y agua caliente, vasos de plástico, cajas rotas que derraman paquetes de nueces y patatas fritas, pasas, palomitas de maíz, barras de proteínas y también platos de sándwiches y montones de servilletas de papel. "Dios mío", dice Gloria Lunes, medio a sí misma, "siguen viniendo, ¿de dónde vienen?" Y Anna alza la vista y la aparta con un suspiro. Gloria, camiseta y medias, se mete en el grueso de ellos, rizos negros brillan sueltos, flequillo corto y blanqueado tono hueso, saludando, urgiendo, llamando: "sí" y: "eso es todo" y: "adelante, hay mucho, y leche también", señalando a los refrigeradores allí en el suelo, cartoncitos rojos y blancos metidos en bancos de hielo", toma lo que quieras, eso es, sí, ¡adelante! Estamos *trabajando* en eso ", dice ella al hombre mayor

con los ojos húmedos suplicando, sosteniendo una bolsita de plástico vacía para ella. "Honesto", dice ella. "Hasta que lo hagamos, por favor. Sentíos libres. Sois bienvenidos, aquí".

"Por supuesto, madam", dice él y una breve sonrisita para responder a su amplia sonrisa brillante, "De nada", dice ella, grita: "¡Bienvenidos! ¡Todos sois bienvenidos! Tú eres nuevo".

La mujer ante ella, desatados Ked rojos colgando de sus pies, piernas desnudas surcadas de suciedad, pelo amarillo enredado enredado sobre los hombros, saca del bolsillo de su parka rosa y naranja una hoja de papel arrugada, ribete de oro, algo mugriento mancha una esquina, y la mitad de las pestañas del fondo rasgadas y ausentes, pero salpicada sobre ella una tinta negra que danza caligráficamente, una figura marcada con el punto verde de un ojo. "En realidad", dice Jessie Vitaly, "Creo que, ¿no llego tarde?" Mirando hacia otro lado, por encima de las cabezas de la multitud, hacia el escenario al otro extremo del almacén, y hacia los lienzos allí expuestos Junto a la gran puerta superior medio levantada, Ettie alza una mano frente al resplandor del sol, "Oh, ¿quién es esa?", dice mirando por la multitud a la mujer en la parka allí junto a Gloria Lunes.

"Cuando bailábamos en el Punto del Diablo, su nombre era Lluvia", dice el Estornino detrás de ella, capucha sobre el pelo.

"¡Cierto!", dice Ettie. "Se marchó a trabajar para Leo. Vale".

*"¿Bailaste en el Punto del Diablo?", dice Anne Thorpe con su largo abrigo negro, cortador de cajas en una mano y media docena de tiras de plástico deshilachadas en la otra. "Las maravillas nunca cesan".*

*"Ella conoce a nuestra señora", dice el Estornino, y asiente con la cabeza a Jessie al otro lado de la habitación, "pero en cuanto al resto, ¿estos primitivos, tolais y lerdos?"*

*"Ya, esto es, esto es nuevo", dice Ettie, y luego, con una mirada de reojo, "casi como si algo hubiera pasado, ¿no? Espera", girando, saca un teléfono del bolsillo trasero, "oh, Dios mío", dice, "oh, Dios mío", deslizándolo por la pantalla, acercándolo a su oído, "¿Chrissie? ¿Chrissie, eres tú?"*

*Petra B. se desliza entre la multitud, pasa al lado de Anna, pasa las mesas sobrecargadas, y Gloria Lunes toma las manos de Jessie, el último de los puestos allí, con colgados resúmenes oblongos impregnados de colores lluviosos. Ella con holgada camiseta negra, un poco de encaje negro atado alrededor del cuello y una bolsa de basura, casi vacía pero meciéndose pesada y tensa, el exceso de plástico enrollado en un toscó nudo agarrado cerca mientras ella se dirige desde las mesas hacia la puerta levantada, el Estornino se aparta la capucha hacia atrás y baja la vista cuando Ettie se aleja unos pasos, "no, no te vayas a casa", le dice ella a su teléfono, "llama a un Uber, te diré dónde, ¿estás preparada?" Y Thorpe, agitando su puñado de correas, espera tratando de asimilarlo todo, "Petra", llama ella, "hey, Petra", pero esta pasa a todos ellos junto a los escalones de la esquelética escalera que resuena en la pasarela, más allá de la pasarela, la puerta pintada, la escalera atornillada a los pies de la pared y una mano saltando, aferrándose, la otra cuidando de esa bolsa de basura, subiendo y luchando hacia arriba hasta las tablas colocadas sobre las vigas, hacia un techo áspero sobre ella allí suspendida, meciendo la pesada bolsa de un lado a otro para alcanzarlo y pasar el techo ahora siendo el suelo.*

*Está oscuro arriba bajo las vigas. Petra B. avanza sobre las tablas, se pone en cuclillas, se agacha bajo un techo oscuro y sin estrellas. Sale sobre las alfombras colocadas ante el futón allí junto a la pared del fondo, junto a un bajo estante repleto de libros. Ella coloca en el suelo la bolsa de basura. "¿Marfisa?", dice ella.*

*La colcha encorvada y abultada en el futón no se mueve.*

*"Marfisa", dice Petra, "creo que hay algo que deberías ver". Acerca arrastrando el peso de la bolsa hacia las alfombras. "¿La primera vez? La primera vez, ella me dio un beso por una taza de café. Ya he contado esa historia antes. ¿Pero la segunda vez?" Se sienta a lo indio sobre las alfombras que hay junto a la bolsa. "Ella estaba perdida, asustada, sola, necesitaba un lugar donde ir..."*

*"Ella nunca ha estado sola", la voz es un hosco gruñido de aflicción.*

*Las manos de Petra se posan en la oscuridad sobre esa bolsa de basura. "Necesitaba un lugar donde ir, así que la llevé a mi, bueno, a la habitación que yo tenía alquilada, y nosotras, quiero decir, supongo que nosotras, ya sabes..."*

*"Te extendiste tú misma bajo su beso devastador, y lamiste a cambio el rocío de sus muslos, y os acurrucasteis y suspirasteis juntas en una exquisita agonía", Marfisa rueda y se sienta en la oscuridad. "Follasteis, chica del café".*



*"Hicimos el amor", dice Petra B.*

*"Difícilmente eres única entre nosotras en ese sentido".*

*"Ya, pero, ¿esto?", deshace el nudo en el cuello de la bolsa. "Esto es lo que quería mostrarte. Esto es lo que sucedió". Desenrolla el plástico, lo abre. "Todavía está sucediendo", dice ella.*

*La luz emerge, una mancha de suave mañana dorada se refleja en el agua tranquila, y ahí Marfisa, pelo blanco como una nube sobre un debilitado rostro. Respondiendo al amanecer, un pinchazo de luz rebotado desde el techo, y otro, estrellas frías y tenues de azul y blanco, una docena más y otra más, y "Oh", dice Petra B mientras el rojo, el naranja y el verde ahora brillan a la vida, y oro, cuánto oro, centenares que de repente se apagan con un guiño, eclipsados por un pliegue de plástico en la mano de Marfisa.*

*"Esto", dice ella en la oscuridad, "¿es de aquella noche?"*

*"Sí", dice Petra B.*

*"¿Y lo has guardado todo este tiempo? ¿Lo has traído aquí?"*

*"¿Qué significa esto?" dice Petra B.*

*"Que todavía hay esperanza", dice Marfisa, silenciosa, tranquila y segura. "Toma", dice ella, y le devuelve el cuello de la bolsa a Petra. "Tú guardaste esto en secreto todo este tiempo. Mantenlo una hora más, o dos. Volveré, o sabrás con certeza que todo está perdido".*

*Con un movimiento rápido, ella se desliza, sobre el borde del suelo y desciende.*

## una llamada / sucediendo a la vez

Un llamada a la puerta. "¿Majestad?", lanzado para pasar por la puerta. "Tengo intención de entrar". Ysabel, sentada desnuda en la tapa cerrada del inodoro, alza la vista cuando la puerta se abre, "¿Osarías", dice ella, "venir vestida y acicalada hasta mi presencia, aquí?"

"Perdón, milady", y un roce de faldas de tafetán mientras Annisa se arrodilla sobre la alfombra de baño, inclinando su cabeza con pañuelo negro. "Las necesidades obligan. Sois requerida abajo".

"Requerida", dice Ysabel.

Mariposas de hilo plateado brillan a través de esa bufanda cuando Annisa alza la vista. "Solicitada", dice ella. "Yo ayudaría a mi dama a vestirse, si tal fuera vuestro deseo".

"¿Y ahora eres mi dama de vestuario o del taburete?", dice Ysabel mientras Annisa recoge un trozo de encaje y satén. "Soy la sirvienta de mi señora en todas las cosas", dice ella cepillando un pie descalzo, y cuando Ysabel se digna a levantarlo, deslizando la ropa interior hacia arriba y arriba, cálidas manos marrones ante las espinillas oliva. "Tu mensaje está claro", dice Ysabel poniéndose de pie, tirando de la ropa interior sobre sus caderas. "Es él, ¿verdad?", dice ella. "Ha vuelto".

"Sí, señora", dice Annisa buscando la camisa y arrastrando cintas de oro pálido. "Él espera afuera, en su coche".

"Persistente", dice Ysabel, tirando de la camisa sobre su cabeza.

"¿Y él no es el Pinabel en realidad?"

"En realidad no lo es", dice Ysabel tirando y asentándose.

"Y el Rey no es el Rey". Annisa se pone de pie.

"Y el medhu no se convierte", dice Ysabel, "y la corte todavía no tiene Prometida". Mira a Annisa entonces, toda de púrpura y negro bajo la luz amarilla. "Sin embargo, tú todavía estás aquí. ¿No es eso extraño?"

Annisa parpadea lentamente, una vez. "¿Queréis decir que somos rivales, ahora?"

Ysabel da una carcajada.

Escaleras abajo, una multitud llena el largo salón, Sovnya y Fouchard, el Carro y el Pilot, el Gladius, Byne, Oubliette, manos llenas de astas y espadas. "¡Milady!", gritan cuando aparece Ysabel, camisola suelta y aleteando a su paso, arrastrando cintas sueltas, "¡Majestad!", gritan, y "¡Salve! ¡Salve, la Rosa!" Ella alza una mano. Ellos se callan. Annisa hace crujir los peldaños de la escalera detrás de ella. "¿Cuántos ha traído con él?", dice ella. Pasa un momento antes de que el Carro hable: "Los dignos para tres coches, madam. Más de una docena".

"¿Y qué ha sido de nuestro Masón?", dice ella mirando a su alrededor. Está el Gerifalte, el asta en sus manos coronada por un pesado gancho de latón. "Se marchó, madam", dice ella, Fauchard, pica apoyada en el hombro acolchado de su chaqueta marrón. "Para reanudar la búsqueda de su Gallowglas", dice el Guisarme en traje de lino.

"¿Y el Mooncalfe?"

"Fue a avisar a el Yelmo, Milady", dice el Carro.

"¿Nadie pensó en prestarle un teléfono?"

"Milady", dice el Guisarme calmadamente, acercándose, "son solo unos pocos Sabuesos, y algunos del Lago, o de colinas arriba. Mi hermano Rhythidd está entre ellos. Déjame ir con él y con él al Conde. Todavía podría yo decir una palabra en su oído, para enfriar las cabezas de aquellos sin, ese..."

"No habrá congreso con aquello que se llama a sí mismo nuestro primo", dice ella, y él asiente rápidamente, retrocediendo. "No es el Sabueso Pinabel restaurado a la salud; el Conde se ha ido, devorado por esa cosa". Estremecida, se cruza de brazos. "Nos endiabló el año pasado. Nuestra repentina pérdida de poder, esta mañana, se debe, sin duda, a su regreso. Pretende extinguirnos. Iona ", y el Carro asiente, "llamaron a nuestros caballeros que no están aquí, el Patch, el Escuchon, el Sequin y el Seax, y que vengan enseguida. Welund", y el Guisarme alza la vista, "pronuncia tu palabra en los oídos de el Yelmo y el Masón: haz que vengan, con fuerzas, tan pronto como puedan. Gerifalte Boggs", y el Gerifalte parpadea, sorprendido, "si algún otro del Norte pudiera venir, que sea ahora. Algunos de vosotros, marchad: despertad a los domésticos y colóquenlos en las ventanas para vigilar, por increíble que parezca, nuestros vecinos han sido hechizados. Muy pronto, esa cosa los incitará a atacar esta casa, o se atacará a sí misma. Entonces". Levantando la mirada para mirarle a los ojos, luego a ella, "Defended", ahora a él, y a él, "esta", dice ella, y mira atrás, por encima del hombro, "puerta". Volviéndose hacia Annisa, tendiéndole una mano, "Princesa", dice ella.

"Pero milady", dice Annisa. "Estáis herida".

Ella está mirando, todos están observando, al reluciente corte a través de la palma de Ysabel, bordes fruncidos con una costra blanca.

"Nada sino un rasguño", dice Ysabel volviéndose para ofrecerle su otra mano. "Venid".

Fuera de esa amplia habitación ahora vacía, las dos bajo la gran pared de cristal, Ysabel mirando hacia el cielo despejado y Annisa detrás. "Yo extendí la mano, lo aplasté con estos dedos", murmura Ysabel cerrando la mano con costra blanca. "¿Por qué no quedó muerto?"

Un chirrido, un roce, un mechón rosa anaranjado que mira sobre el respaldo del sillón. "Solo, ah, para haceros saber, que no estáis solas aquí dentro".

"Tú", espeta Ysabel, "*levántate*", comenzando a atravesar la habitación. Él se hunde encogido en el sillón, manos en alto, "guoh, guoh", dice Ray, "¡hey, es el único lugar para sentarse!"

"Es el *trono*", gruñe ella.

"Oh", dice él, sentándose erguido. "Oh". Poniéndose en pie. "Perdón".

"¿Dejaste a Chrissie sola allí abajo?", dice Ysabel pasando junto a Annisa hacia la balaustrada de vidrio que rodea el hueco de la escalera al porche.

"¿Qué? ¡No!" Levantando las manos. "Se fue hace *horas*".

"Ella... se ha...", dice Ysabel volviéndose. "¿Por qué sigues tú aquí?"

"¿Por qué?", dice Ray. "Tu hermano ha mantenido mi carcasa aquí arriba durante los últimos... durante un infierno de tiempo, y dudo que él haya estado pagando mi alquiler. No tengo adónde ir, no hay nada en mis bolsillos y no tengo idea de dónde va a salir mi siguiente comida. ¿Por qué no iba a quedarme?"

"Deberías haberte ido", dice Ysabel. "Es demasiado tarde ahora. Eso está aquí".

"¿Qué?", dice él. "¿Qué hay aquí?"

"¡Majestad!", grita Annisa.

Desde el porche abajo, los blancos rizos de Agravante retroceden al correr pasando la balaustrada, "Señora", dice él rápidamente al otro lado de la habitación, "no gritéis", agarra la muñeca de Annisa, tirando de ella entre tropiezo y forcejeo hacia sí con un alarido que ella engulle cuando él blande una daga. "No gritéis", dice de nuevo. "Guoh, mierda", dice Ray. El Serpiente se ha deslizado detrás de Agravante, y con pisadas que agitan el cristal, el Guerdon, martillo de cabeza de plata en sus manos. "Nosotros no os haríamos daño", dice el Vizconde a la Reina.

“Pues deponed vuestras armas, mi Mango”, dice ella dirigiéndose hacia los dos, pálidas cintas siguiéndola. “Lo veo en vuestros ojos”, dice ella. “Sabéis que aquello no es vuestro Abuelo, pero no sabéis lo qué es. No sabéis lo que implica hacer”.

“Milady, lo que sé”, dice él sujetando cerca a Annisa. “Sé que hoy las cosas no son como eran el día anterior. Sé que nuestro poder está perdido. Y sé que haremos todo lo posible para manteneros a salvo. A ambas”, mirando a Annisa a su lado. “Venid con nosotros, le ruego vuestra majestad. Pelear solo hará el mundo en pedazos”.

Ysabel da un paso atrás, toma aire, “¡Mis caballeros!”, chilla ella. “¡A mí!”

Varias cosas suceden a la vez. El Serpiente salta desde detrás Agravante, esbelta espada hacia arriba y atrás; bramando, el Carro y el Gladius irrumpen en la habitación, aire sesgo y sonido metálico; Agravante se está retirando, Annisa con él; el Piloto, el Byrne, el Oubliette, armas de asta traquetean y tintinean; el martillo de el Guerdon brillantemente alto. Más caballeros se abalanzan dentro del salón, Sovnya y Guisarme; pero, mirando atrás, la espada de ella balanceada hacia atrás, manos alzadas, ella agachándose mientras los hombres con trajes azules se mezclan tras ella; el Zapador y el Coltello, el Tridente y el Arbalest, el Basilard, el Yunque, el Euric y Alfons, Clothilde; el Gerifalte tropezando entre todos ellos y: “¡Vale!”, un rugido, el otro empujando a través de la refriega. “¡Basta! ¡Se acabó!”

Hojas inmóviles, algunas bajadas, algunas cautelosamente blandidas. El Piloto se sienta pesadamente, agarrando el ricasso de la hoja metida en su vientre. El Serpiente, una mano a la garganta, mancha húmeda extendiéndose por su chaqueta vaquera. Agravante aún aferrando con fuerza a Annisa, mirando a las lanzas que le impiden el paso. Ray está agachado junto al sillón, manos en alto y mirando alrededor aterrorizado. El Coltello y el Carro se hunden en los brazos del otro, el estoque atraviesa un hombro, cuchillo hundido hasta la empuñadura en un muslo. Ysabel, intacta, se encuentra en medio de todo ello, mirando a el otro, quien se inclina sobre un gimiente Gerifalte y dice, no sin amabilidad, “Lo hiciste bien. Hiciste lo que se te pidió”. Palmeando el hombro de el

Gerifalte, "No fue suficiente, pero no es culpa tuya". Se endereza alzando la vista justo cuando el bate de béisbol alcanza a el Guerdon en la parte posterior de la cabeza.

Él se desploma, ni siquiera una mano se estira volando para agarrarse a sí mismo. Marfisa con su abrigo de piel de oveja salta sobre él, atrapando su martillo plateado cuando este golpea el suelo, el bate en su otra mano se balancea para chocar en las rodillas de el Zapador y el Arbalest, se dobla hacia atrás para impactar con la punta del mango en la ingle del Tridentee. Ella se lanza a través del hueco que sus caídas dejan, derrapando sobre una rodilla bajo falangeadas arma de asta sobre el suelo pulido para levantarse girando sobre ambos pies, martillo y bate extendidos, reunidos en alto frente a Agravante, Annisa empujada tras él, la daga de él en alto.

"Buu", dice Marfisa.

"*Forajida*", gruñe Agravante.

"¡Milady!", chilla Marfisa, dándole la espalda a él, martillo y bate preparados contra esas armas que se levantas, giran, apuntando hacia ella, un arco irregular alrededor de ella, delante de ella, entre ella y el largo pasillo lúgubrementemente bostezante, entre ella y el hueco de la escalera de allá. "¡Que alguien la *atrape!*", el otro exclama rudamente en sonsonete.

"Mi reina", dice Marfisa con una sonrisa para Ysabel, abrazándose a sí misma y afectada con la mirada más maravillosa. "No todo está perdido", dice Marfisa.

"¿Alguien?" dice el otro.

Marfisa arroja el martillo que brilla sobre ellos haciéndolos tropezar hacia atrás en desorden, arroja el bate a Ysabel, luego se lanza volando, hombro contra el sillón, empujando, gruñendo, raspando, impulsando mientras Ray se aleja deprisa, ella está ganando velocidad, casi a la carrera, un último paso desesperado que estampa el sillón contra la gran pared de cristal que resuena y tiembla, un gong, pero no se rompe.

*"¡Atrápadla!* grita el otro.

Ysabel balancea el bate como loca hacia Agravante, esquivando con netos pasos laterales; Ray se inclina agachando su cabeza de mechones rosados, los caballeros se acercan, demasiado juntos, para destrozar y blandir abalanzándose hacia adelante, sacudidos hacia atrás, tropezando unos sobre otros. Marfisa, gruñendo, planta sus pies, agarra el sillón por sus sobreacolchados brazos, lo levanta, inclinada muy atrás por el peso, tambaleándose hacia adelante, estampa la base de sus gruesas patas, crack, contra el cristal y, con un largo paso incierto hacia atrás, se lanza nuevamente adelante para estrellar el sillón contra la gran ventana que

estalla...

Fragmentos de cristal bañan los árboles bajo la planta. Marfisa deja el peso del volcado sillón caer abajo y ella se tambalea, retrocede trastabillando desde el rebotante y estruendoso borde, gira, cristal brillando en su abrigo de piel de oveja, reluciendo en la nube blanca de su cabello y, en medio de todo eso, ella extiende su mano.

Roce de zapatilla, traqueteo del bate contra el suelo e Ysabel sale corriendo por la habitación. Los mechones blancos de Agravante vuelan, él suelta a Annisa, se lanza tras ella, es interrumpido en breve, y los emerentes caballeros furiosos, el otro parado entre ellos, la corona blanca de pelo y la rabia y la consternación golpean esos ojos negros que la observan lanzarse a sí misma a los brazos de Marfisa, Marfisa ya inclinada hacia atrás, cerca y hacia afuera, el tropiezo y la caída, aferrando a Ysabel cerca, abrigo envuelto alrededor de ella mientras, girando, ellas caen, a través de las ramas que se parten y quiebran, hacia la pendiente cubierta de vidrio debajo.



# Ella se sienta / lo que se ha perdido / Todo está Bien

Ella se sienta recostada en un sillón de nebuloso verde, abrigo de piel de oveja de Marfisa sobre los hombros, rodillas desnudas arañadas, brillando bajo la demasiado brillante luz fluorescente, manos inquietas en su regazo. "Está todo bien", murmura Marfisa arrodillada frente a ella en la mugrienta alfombra. "Petra está viniendo. Estará aquí en un minuto. Ya lo verás".

"Duele", dice Ysabel, su voz bastante baja.

"Lo sé, milady". Acariciando una vez esos cortos rizos negros, y aquí y allá un brote de plata. "Pero estáis a salvo. Todo va a estar bien". Presionando una toalla doblada en el cuello de Ysabel, en su mejilla.

"Todo me *duele*", dice Ysabel, ojos verdes parpadeando, apagados.

"Lo sé, milady".

La recién pintada puerta verde y púrpura se abre volando, Gloria irrumpe en la pequeña habitación sin ventanas, "¿Qué coño?", está diciendo, "¿qué coño absoluto, tú la has traído *aquí*?" <

"No tan alto", dice Marfisa.

"Que le *jodan* al alto", gruñe Gloria, " Que te *jodan* a ti, que le jodan a *esto*, esto, esto por *esto* nosotras, esto es toda la *razón*, *esto* es", pero Marfisa está levantando una de las manos de Ysabel hacia la toalla, presionándola cerca, para sujetarla, para ponerla en pie, "ella es, *ella* es el porqué", Gloria se da la vuelta para seguirla, "estamos aquí, en primer lugar", mientras Marfisa cierra suavemente la puerta. "Si sigues así", dice Marfisa con la mano todavía en el pomo, "todas te van a oír".

"A la mierda todas", gruñe Gloria. "¿En qué estabas pensando."

"Tu moriste", dice Ysabel dejando que la toalla caiga húmeda sobre su regazo.

"¿Qué?", dice Gloria después de un momento. Contemplando. "Jesucristo", dice ella. "Esto está jodido del todo".

"Sí", dice Ysabel.

"Está bien", dice Marfisa arrodillándose, tomando la toalla. "No pasa nada". Presionándola de nuevo en la rezumante herida de labios blancos. "Va a estar bien". La puerta que ella ha cerrado se abre. Anna se desliza dentro, cerrándola detrás de ella. "Milady", dice ella agachando la cabeza. "Estáis herida".

"Saltamos por una ventana", dice Ysabel, pero "¡Deja de hacer eso!", espeta Gloria rodeando a Anna. "Esa *chorrada* deferencial. Vas a deshacer *todo* para lo que hemos trabajado, aquí".

"No hay necesidad de ser tan estrictas", dice Anna ajustándose las gafas. "Sí, la hay", dice Gloria.

"Ella no tiene a dónde ir", dice Marfisa. "Ese no es problema nuestro", dice Gloria. La mano de Anna salta a su boca. "¿Me amas, Gloria?", dice Ysabel.

"¡No!" espeta Gloria. "Qué demonios de...", y luego, "pregunta", dice, y se detiene. "Oh", dice Gloria Lunes.

"Entonces", dice Ysabel. "Ahí está. Eso es todo". Sosteniendo la toalla contra su garganta. Sonriendo, no obstante.

"Y un infierno lo es", dice Gloria. "Tú no despachas con un movimiento de la mano todo lo que nos hiciste, así como así, tú tienes que", pero "¡Alto!" chilla Marfisa, todavía arrodillada ante el sillón de nebuloso verde. "Damas", dice Anna, "no deben", pero Gloria, que se ha cernido sobre Marfisa, "¿qué coño sabes tú?", dice ella. "Nunca te tomaste el trabajo en serio. Siempre burlándote, del arte, poniendo los ojos en blanco cada vez que Addison dirige una

sesión, no le importa una *mierda* lo que estamos tratando de hacer aquí ..."

"No estoy aquí por el trabajo", dice Marfisa en voz baja. Alzando la vista. "Tú te creíste eso. Cuando viniste. Yo ya estaba aquí".

"Este es *mi edificio*" dice Gloria Lunes.

"¡Damas!", chilla Anna.

"Jessie", dice Ysabel mirando más allá de todas ellas. "Hola".

"Hey", dice Jessie Vitaly con su parka rosa y naranja, espaldas a la puerta que acaba de cerrar. "Me alegro de verte". Ella está mirando hacia abajo, hacia la alfombra.

"Y yo me alegro de verte", dice Ysabel. "Pensé que te habías marchado".

"¿Adónde iba a ir?", dice Jessie. Alzando la vista, hacia Gloria, hacia Marfisa. "La multitud, ahí afuera. Creo que quizá saben que estás aquí". Una mirada a Ysabel, luego de vuelta a Gloria. "Pensé que tal vez alguien debía hacértelo saber".

"Como si a ella le importara una mierda", murmura Gloria. Marfisa se pone de pie, "Adopta ese tono una vez más, niña", gruñe ella, pero: "Mis damas, no hagan esto", dice Ysabel, y Marfisa se detiene.

"Nuestro mundo ha terminado hoy", dice Ysabel, pálida en ese sillón verde, con una toalla empapada apretada contra la garganta, el flanco de su camisa translúcidamente manchado, todavía sonriendo. "No peleemos", dice ella.

Clic del pestillo, Jessie se aleja de la puerta y esta se abre de nuevo. Petra B. entra con la bolsa de basura casi vacía en la mano. "Milady", dice Marfisa, y se sienta en el brazo del sillón, "mi Reina, es como dije". Petra se arrodilla ante ellas inconscientemente, desenrollando la garganta de la bolsa. "No todo está perdido", dice Marfisa. La luz demasiado brillante en esa estrecha habitación

adquiere un tinte vagamente dorado. Anna jadea. "Santa mierda", dice Gloria.

Ysabel se inclina dejando caer la toalla sobre la alfombra. Mete una mano en el interior de la bolsa para sacar un pellizco brillante que se presiona contra la mejilla, la garganta, arrastra las manchadas yemas de los dedos hacia abajo, borrando la herida, devorando el pegajoso brillo con chispas. Extiende lo que queda sobre la palma de su otra mano, y la seca costra blanca se enciende con resplandor solar que las deja parpadeando. Ella se estira, inclina su cabeza así y así. "Bueno", dice ella, sentándose.

"Es de aquella noche", dice Petra B.

"Tu primera espiga", dice Marfisa. "Casi una porción completa, tan fuerte y brillante como cuando se convirtió por primera vez", pero Ysabel está negando con la cabeza, con un suspiro, "Y no habrá más", dice ella.

"No podéis saber eso", dice Anna. "No con certeza".

"Por supuesto que puedo".

"Así que ahora eres *completamente* inútil", dice Gloria, y Marfisa se prepara para ponerse de pie, pero Ysabel pone una mano sobre su rodilla. "Las pinturas", dice ella, "en el escenario, abajo. ¿Son tuyas?"

"Sí", dice Gloria, después de un momento.

"Tienes una buena línea", dice Ysabel sentándose erguida. "Deberías encontrar un nuevo tema. ¿Hay una multitud debajo?", le dice a Jessie, quien se encoge de hombros. Ysabel recoge la bolsa de basura, "¿Puedo?", le dice a Petra, quien asiente sentándose sobre sus talones. "Milady", dice Anna, "lo hice por vuestra madre, lo haré por vos", mientras Ysabel se pone de pie, "*cualquiera* de nosotras podría ser amanuense para vos, madam, podemos", estirando la mano hacia ella, "racionar lo que queda, un pellizco cada vez, e intentar de nuevo, hasta que lo hagamos bien, ¡milady!", cuando Ysabel abre la puerta. "¡Por favor!" Ante eso, Marfisa cierra los ojos.

"No habrá racionamiento", dice Ysabel mirándolas a todas desde la puerta. "No habrá parquedad. Esto", levantando la bolsa casi vacía, su peso oscilando, "esto es extravagante", dice ella. "O no es nada".

Sale a la pasarela, sobre ese almacén cavernoso, docenas de ellas se giran para mirar hacia el tono de sus pisadas en el repentino y resonante silencio. "Mi pueblo", dice ella, en voz demasiado baja, y con una grieta en su voz, ella respira, "¡Mi pueblo! Todas vosotras. Todas vosotras que, que podríais. Estar aquí. Dios mío". Mira hacia abajo. La pesada bolsa todavía gira lentamente en sus manos. "Hoy", dice ella, "ha sido un día terrible. Hemos perdido a nuestro Rey, mi hermano. Hemos perdido a un compañero, nuestro Sabueso el Conde Pinabel, dos", dice ella. "Dos compañeros. Perdimos a nuestro Cazador. A la Duquesa, del Sudeste. Y hemos perdido", cerrando los ojos, "a nosotras mismas, la parte de nosotras que hace que este, este mundo", mirando hacia arriba, "que este mundo insoportable", sobre todas ellas, "valga la pena". El hombre con mono gris, Brether Ned, la mujer junto a las mesas, Meg Mullach, pausada en el acto de ajustar sus anchos tirantes rojos, Thorpe con su largo abrigo negro, su sombrerito gris y Cherrycoke a su lado, cinturón de herramientas colgado de un hombro y Jenny Rye de mentón afilado.

"Os he fallado", dice Ysabel, la Reina.

Desde la habitación tras ella, Marfisa sale a la pasarela, y Petra B. "He, hecho cosas", dice Ysabel. Gloria pasa empujando a Anna, queda allí en el umbral. "Cosas terribles", dice Ysabel, "cosas imperdonables". Jessie, brazos cruzados, cabeza inclinada, detrás de Anna. "Pero mi único remordimiento", mirándolas a su lado, detrás de ella, "es lo que no pude hacer". Una breve sonrisa amarga. "Os fallé. Y mañana, os marcharéis", Cragflower con su delantal rojo, parpadeando rápidamente, "encontraréis otra reina", Offa a su lado, tomando su mano, polo azul celeste y pantalones chinos, "otra corte", Lustucru en una camiseta transparente manchada, Trucos y Getulos en sus batas manchadas de pintura, "otra ciudad, una mejor, que esta", todos están mirando hacia abajo, negando con la cabeza, "No", dice Templemass, y "¡No!" grita Big Jim Turk,

“¡Milady! ¡No!” Ella agarra la barandilla ante ella con su mano libre, “Lo *siento*” dice, no en voz alta, pero la cavernosa habitación queda en silencio. “Lo siento”, dice ella de nuevo. “Pero eso es lo que puede venir. Pero lo que puede venir vendrá mañana, y mañana”, su sonrisa es brillante ahora, “¡mañana no es esta noche!”. Levanta un puñado de luz de la bolsa de basura. “¡Esta noche!”, chilla ella, y toda la habitación toma aire. “Esta noche, una vez más decimos lo que nunca se ha dicho. Esta noche brillamos cob una luz que nunca se vio. ¡Esta noche!” Su mano demasiado llena de un sol sobre su cabeza. “Esta noche, les decimos”, una profunda respiración, “les decimos a *todos*”, dice ella terrible y severa, “¡¡Que estamos. Todavía. *Aquí!!*”

Arrojando la luz, echa mano por otro puñado, arrojando ese, de nuevo, silenciosos rayos de sol en incontables chispas giratorias que, ardiendo, caen, que caen lentamente, que flotan, cenizas de luz, oleadas de dorado humo brillante, cometas arqueados, luz de la mañana que abruma suavemente el áspero zumbido blanco de los fluorescentes, que se filtra en los rostros levantados, manos extendidas, esos deslumbrados ojos, y luego los gritos, las carcajadas, los fragmentos de canción, los vitores que estallan cuando ella arroja otro puñado, y que se redoblan cuando ella levanta una pierna desnuda para posarse medio sentada sobre la barandilla, que agarra con su mano empapada de luz. Marfisa empieza a acercarse a ella, pero el sonido se eleva desde todos ellos, fuerte y más fuerte, una informe vocal sin nombre alzada para encontrarse con esas fugaces estrellas que se posan, que luego se desliza en una ululación vertiginosa que resuena y sube para encontrarse con ella cuando ella da un paso hacia fuera en el aire, sobre esos cielos de luz.

Riendo, cantando con ellos mientras toman otro paso vertiginoso de esa simple frase, echando su cabeza hacia atrás mientras sube a su pico más agudo, echándose hacia atrás cuando este se aleja de nuevo, acurrucada en toda esa luz gloriosa, y las cintas de su arruinada camisa de seda suelta y lánguidamente ingrávida, la bolsa de basura en su regazo derramando luz. Ella la abre de golpe y se desata una galaxia, un oro lácteo demasiado brillante para mirarlo, girando a su alrededor en brazos roscados que se hunden mientras esas manos, esas caras, esas bocas abajo comienzan a elevarse, y

todos los colores caen de los puestos tan ricamente pesados, llenos, para, desbordar, relucir a través de toda la luz. Marfisa estira la mano tras ella, Jessie agacha la cabeza, Anna a su lado la rodea con un brazo y Gloria a mitad de la escalera, boquiabierta junto a sus lienzos en el escenario, y Petra B. ya está perdida en la multitud, la multitud, Luchryman y Umlauf, el Buggane, Charlichhold, Iemanya, Gordon allí junto a Hilda en su silla, todavía dudoso, incluso ahora, y Manypeny, Pandulce han pasado un brazo por los hombros de Blue Streak, ambos cantando lujuriosamente, y Carol con ellos tratando de seguirlos, y la pequeña Sproat girando con Addison, Herwydh con flores en el pelo, y Bobbi mirando sin más, mirando a su alrededor, manos cruzadas sobre el corazón, manos, tantas manos, que arrancan estrellas del aire, que sacan bolsitas de plástico como redes a través de la agitada y liviana luz, manos que rozan esas cintas flotantes, que se arrastran entre sus dedos, una zapatilla atrapada al caer, manos que anhelan tocarla, tobillo, codo, rodilla, cadera, espinilla, hombro, manos que toman su peso posándose, que le facilitan el descenso, manos que ella besa a cambio, manos llenas de luz. Otra ronda de esa simple frase se levanta, y Ettie alza la vista tras ello, y Chrissie aún de negro, se reclina en sus brazos, sonriendo pequeña y sombría, extendiendo la mano hacia Ysabel entre ellas, Ysabel con su camisola desabrochada, extremidades salpicadas de luz. Ysabel, sus ojos verdes brillando, Ysabel, su beso, y la risa de deleitada sorpresa de Ettie amortiguada por otra, las tres presionadas juntas entre ellos; cuatro, el Estornino no tan alta, capucha echada atrás por manos brillantes, corto cabello con trazas de plata, brillantes ojos verdes y mejillas húmedas a la luz alrededor de ellos, todo eso se hincha tan brillante, ese coro se eleva y se aleja, hasta las calles, cruzando el río, arriba incluso hasta las colinas, el más leve de los ecos de ello, y arrodillándose, el otro alza la vista al oírlo, desde los restos del trono quebrado sobre la hierba tan lejos abajo, justo a tiempo de ver una flor de luz dorada que tiznando la noche tan lejana, sobre las farolas y los árboles sombreados. De pie, retrocediendo desde el precipicio bordeado de cristales rotos, una ráfaga de viento que alborota esa corona de cabello marfil. Con el ceño fruncido ante todos ellos dispuestos, caballeros con trajes azules y chalecos de lana, armas guardadas, algunos esperando de pie, otros sentados en el pulido suelo, y otros de rodillas. "Pensé que habías dicho que todo había desaparecido", gruñe el otro.

"Lo había", dice Rhythidd en mangas de camisa azules. "Lo hizo", dice el Gerifalte arrodillado en su chaquetón oscuro. "Se convirtió en cenizas en nuestras manos", dice Agravante, y Pirocles a su lado.

"Bueno, ella consiguió más", dice el otro, retrocediendo hacia ellos, crujido y estruendo de vidrio bajo los pies. "Vamos a tener que hacer algo al respecto".

"Pero milord", dice el Serpiente, su mezclilla manchada. "Si se restablece su poder, ¡entonces todo está bien!"

"¿Restaurado?", gruñe el otro. "¿Restaurado? ¿Piensas que después de lo que ha sucedido, después de haber hecho lo que hicimos, podemos simplemente, qué, kumbaya a nosotros mismos, de vuelta a, de vuelta a lo", una mano rosa oscilando, "¿Normal? ¿Después de esto?" Esa mano rosada retrocede hacia la pared vacía, el cristal roto, el trono perdido. "Porque déjenme decirles, niños y niñas, lo normal no va a volver. Lo normal está frito. Bienvenido al nuevo y valiente mundo". Esa mano vuelve a mecerse, esos dedos torcidos, "Ven aquí", a Ray allí al fondo de la multitud. "Vamos, ven aquí. No voy a lastimarte".

Ray suelta la mano de Annisa y se dirige, vacilante, a través de la habitación. Cuando se acerca a el otro, levanta su capucha oscura sobre su cabello brillante, pero casi inmediatamente la baja de nuevo. "Yo, um", dice, pero, "está bien", dice el otro, esa mano rosa levantada, girada para darle una palmada a Ray en el hombro. "Adelante. Cuéntales. *Cuéntales*".

"¡Milord!", grita Iona, arrodillada ante Agravante. "Su gracia", otra persona, Euric.

"Diles quién eres", dice el otro, no sin amabilidad.

"Ray, Ray Miller", dice, y echa un vistazo a todos. "Mira, yo solo quiero irme. ¿Vale? Estoy harto, harto de todo esto, ¿puedo simplemente irme andando? ¿Vale acuerdo?"

"¿Vale? ¿Vale? ", dice el otro, burlesco, y luego, "Estás



harto. ¿Harto de qué?" Una sacudida de su hombro, jadeos y murmullos de los caballeros y compañeros, "Cuéntales, gruñe el otro.

"Yo, um", dice Ray, pero Welund se aleja del lado de su hermano, "Milord", dice, "basta. Lo que *sea* que ha sucedido, sea lo que sea que se haya hecho, este", extendiendo los brazos hacia los dos, implorante; "fue vuestro Rey. *Es*, nuestro Rey. Debemos respetar eso".

"¿Sí?", dice el otro levantando esa otra mano, la que no está aferrada al hombro de Ray, sacudiéndola repentinamente a través del margen entre ellos, pero ni un sonido de una bofetada. En cambio, mientras el otro sostiene en alto esa otra mano, Ray toma un gorgoteante aliento entre arcadas, tos burbujeante y un aspecto de tan decepcionante impacto mientras trata de atrapar la sangre que cae de la línea a través de su garganta. El otro le suelta el hombro y Ray se hunde, sus piernas se doblan, su torso se desploma, su cabeza golpea el pulido suelo con un golpe, una salpicadura.

"¿Hacen eso reyes?", dice el otro apartándose de todos ellos, alzando esa mano para lamer, rápidamente, la sangre del malvado fragmento de vidrio pellizcado entre el pulgar y los dedos. Un estremecimiento de deleite. Metiendo hábilmente el cristal en el bolsillo en el pecho de la chaqueta del traje azul marino, ajustando el nudo de la estrecha corbata negra, volviéndose hacia todos ellos, el cuerpo entre ellos, arrugado, inmóvil, salvo por la parpadeante oscuridad de la sangre extendiéndose. "Que alguien", dice el otro, "limpie esto".

# N° 33: carnaval-estaba-sonando

## "En una escala del uno al diez" / demasiado dulce

"En una escala del uno al diez", dice Becker.

"¿Sí?"

"En una escala del uno al diez", dice Becker, "donde uno es muy insatisfecho y diez, ah, es muy, muy satisfecho", inclinándose cerca del monitor que llena su estrecho cubículo, "¿cómo", dice él: "calificaría su satisfacción con la, ah, la bienvenida que recibió del equipo de recepción?"

"Equipo de recepción. ¿Qué es eso?"

"Ah, eso es lo que dice esto, señor".

"Sí, pero, ¿qué es? ¿Es como cuando una empresa decide que no llamarán a sus empleados, *empleados*, y entonces lo llaman como asociados, miembros del elenco, o compadres, o lo que sea? Quiero decir, ¿equipo de recepción? ¿Qué diantres es eso? ¿El recepcionista? ¿Quienquiera que me dio el nuevo cuestionario para pacientes?"

"Es", dice Becker, "lo que sea que signifique para usted, señor".

"Bueno, pues eso es estúpido".

"Señor", Becker ajusta el micrófono de sus auriculares. "Su experiencia con Depósito de Mascotas fue, fue suya, fue singular, única..."

"¿En serio?"

"... pero si tomamos suficientes de esas experiencias..."

"Yo diría que fue genérico de la hostia". Perdón por el Francés".

"Si calificamos suficientes de esas experiencias, señor, si las medimos, de consistente y sistemáticamente, ayudamos a Depósito de Mascotas a determinar mejor, ah, dónde les está yendo bien y dónde necesitan mejorar, al brindar servicio a las, ah, mascotas, y a su gente".

"¿A las mascotas y a su gente?". Un bufido. ¿Eso es tuyo? ¿O eso es lo que dice ahí?"



Becker deja caer los auriculares en el teclado, libera con un tirón una muñeca del cable enredado. Gira el ratón, hace clic y cierra las ventanas, uno, dos, tres en el monitor. Todas las personas a su alrededor están empujando las sillas hacia atrás, poniéndose en pie, metiéndose en chubasqueros y chaquetillas, abrochando sudaderas con capucha, tomando las mochilas, cada una delante de su propio escritorio Kelly Green, apenas lo bastante ancho para un monitor, un teclado, un teléfono. "Buen trabajo", dice el chico que sale desde detrás del escritorio en esa oficina angosta, encaminándose a la corriente mientras todos forman fila hacia a la puerta, "no está mal", dice, "buenos números esta noche, buen trabajo, Crecy". Su camisa de cuadros azules y verdes discretamente en desacuerdo con los puntos plateados en su corbata. "Hey", dice agachándose junto a la silla de Becker, y Becker todavía sentado en ella. "Sí, lo sé", dice Becker estirando la mano hacia su bolsa de mensajero.

"No, lo hiciste bien, solo que", dice el chico con una mano en el respaldo de la silla de Becker, "no te esfuerces tanto".

"No te esfuerces tanto", dice Becker.

"Sí", dice el chico. "Con todo el mundo, es como si tuvieras que

hacer todo lo posible para hacerles entender. ¿Por qué estamos haciendo esto? No, ¿sabes?, te esfuerces tanto. Solo haz las preguntas, anota las respuestas, pasa a la siguiente". Levanta la mano cuando Becker empuja su silla hacia atrás, se pone de pie y mira al chico. El nudo de esa corbata es demasiado ancho para ese cuello delgado. "Dime", dice Becker. "¿Cuánto tiempo llevas supervisando esta oficina?"

"¿La sala del teléfono?" Se impulsa hacia arriba encogiéndose de hombros. "Un par de meses".



El comedor es muy brillante y ruidoso con risas, gente sentada y de pie alrededor de una larga mesa llena de libros, una serpiente de correo sin abrir, vasos medio vacíos y platos medio llenos, tintineo y chasquido de plástico y acero inoxidable. "No hasta el tercer episodio", y "¡Solo si no lo tocas!" y "¡Lo están pintando *beige!*" y "¿Quién pidió el tocino de hongos?" Becker está en el salón sin luz, allí junto a un par de bicicletas, un tablón de sándwiches dice «Lecciones de Piano, Citas de lunes a viernes», un bajo sofá con una pila de abrigos. Brazos cruzados, Becker mira un minuto, tal vez dos, antes de que alguien que aparta la mirada de una broma lo vea, "¡Becker!", dice ella entre risitas, y más de ellos, "¡Becker!" y "¡Hey, Becker!" Y entonces, todo de una vez, "¡Feliz cumpleaños!"

"No es mi cumpleaños", dice él tirado hacia la luz, hacia la multitud. "No es el cumpleaños de *nadie*", dice alguien, y, "Bueno, no de nadie de *aquí*", dice otro.

"Yo meramente estaba reflexionando, en Slack", dice una mujer frente a todos ellos, en el arco que conduce a una cocina, "que no pude gran cosa de nada durante mi último cumpleaños, y Erick estuvo de acuerdo, y Amy intervino..."

"Yo *nunca* intervengo".

"... y, bueno, se hizo una bola de nieve".

"¿No recibiste el correo electrónico?"

"He estado en el trabajo", dice Becker.

"Bueno, *de todos modos*", dice la mujer en la cocina, agitando una espátula, ¡tortiten! ¿Picantes o dulces?"

"¿Qué?" dice Becker.

"Pfannkuchen sind Liebe!"

"¡Tortitas para todos!", dice la mujer con la espátula. "¿Las quieres picantes? ¿O dulces?"

"Quiero", dice Becker volviendo al salón sin luz, "tal vez, yo solo, estaré escaleras arriba. Mantened, eh, *intentad* mantener el tono bajo."



El futón empujado contra una pared de esa pequeña habitación, enroscado a lo largo de un borde para dejar espacio para un estante de hormigón justo de longitud suficiente para una docena de álbumes, un puñado de libros, un fino tocadiscos elegante, una lámpara de lectura, la única luz. Algo está sonando ligeramente, una línea de jazz suavemente temperada, «más allá de los reyes hebreos y cosas peludas hasta el nacimiento de la humanidad». Un corpulento hombre con un largo cárdigan gris pisa el futón, cerca de la bolsa de mensajero que hay junto a las almohadas, abriéndose cuidadoso paso con una botella de vidrio verde sobre el tramo cubierto hasta la ventana allí, completamente abierta.

En el techo de papel alquitranado, Becker está acostado sobre una colcha arrugada. El corpulento hombre pasa junto a la ventana con exagerado cuidado. "Arnie", dice sentado pesadamente, ofreciendo

ostentosamente la botella, "si tú me vas a llamar Jimmy, yo puedo llamarte Arnie".

"Yo no te llamé Jimmy", dice Becker.

"No hay más preguntas, señoría. Toma", agitando la botella, "sidra doux. Lo cual, al parecer, significa demasiado dulce. Pero tiene una agradable efervescencia". Becker toma la botella, pero la deja a un lado. "Bueno", dice Jimmy. "Eres un verdadero palo en el barro esta noche". Tendiendo los faldones de su chaqueta sobre las rodillas. "Tendrás que hablar de ello, tarde o temprano". Y luego, como Becker no habla: "Te caíste del planeta, Arnie. Dejaste el trabajo. Compraste un teléfono nuevo y no le dijiste a nadie el número, créeme, entiendo el impulso. Pero la única razón por la que nadie pensó que estabas muerto fue porque Elspeth te vio en la ciudad con un espécimen particularmente bueno de papito de espalda plateada y, perdóname, Arnie, pero sinceramente no pensé que tenías eso en ti". Dirige una mirada cariñosa a Becker, quien mira hacia otro lado, hacia un patio oscuro que brilla con la luz y las risas de la fiesta de abajo. "Y tan repentinamente", dice Jimmy, "igual de *abruptamente*, aquí estás. ¡De vuelta... de vuelta! ¡De vuelta al surco de alquiler bajo!", arrulla él. Árboles y casas recortadas por farolas que arden demasiado brillantes para las estrellas de arriba, tan débiles, tan escasas. "¿Qué pasó?", dice Jimmy.

Becker se sienta erguido con las piernas dobladas a estilo indio, codos sobre las rodillas, dedos contra las mejillas bien afeitadas. "No lo sé. Yo solo", un profunda respiración inhalada, un suspiro explosivo. Esos dedos barren hacia arriba lo que le queda de cabello. "La última vez que lo vi, la expresión de su rostro", sacude la cabeza. "Fuese lo que fuese", dice Becker, "fue imperdonable".

Jimmy se inclina cerca. "Tú, Becker, hiciste algo imperdonable", dice. "Detalles, querido. Los detalles crean la historia".

"Detalles", dice Becker. "Hay un montón de, que yo, yo", brazos cruzados, todavía mirando hacia la oscuridad. "No recuerdo".

"¿Drogas?", dice Jimmy con una emoción delicadamente escéptica. Becker recoge la botella de sidra. "Sí", dice devolviéndola

sin abrir. "Claro. Drogas".

"Bueno", dice Jimmy, recostándose sobre los codos", como dije. "Misteriosas profundidades, Arnie. Nunca lo habría adivinado", se acuesta sobre la espalda, retorciendo los hombros para alisar el edredón, ahuecando las manos para apoyar la cabeza, "ah", pero luego una mano salta para señalar, "¡mira!" Y Becker lo sigue justo cuando el destello del disparo se desvanece, una delgada línea de luz tenue desciende por el cielo, a baja altura sobre los árboles.

"¿Qué decir a eso?", dice Jimmy bajando la mano. "Y hasta te dejaré a ti pedir el deseo, alma generosa que soy".



Destello desde la punta de la cónica hoja hasta la empuñadura, rodando, cayendo rápidamente, la luz alargada en una línea dibujada por el cielo para detenerse con un súbito y estrecho pop, ese edificio allí, un angulado volumen de dos pisos o tres de altura,, encajado en una incómoda intersección, un jardincito escondido en la azotea. El puñal clavado vertical en la hierba descuidada, y lo que se puede ver de la hoja está moteado de sangre oscura. El cable que envuelve la empuñadura brillantemente iluminado por las farolas de abajo. Un murmullo de tráfico susurrante, estruendo de motor, chirrido de neumáticos, el sonido de música en algún lugar, un ritmo demasiado lejano para resolverlo, la súbita ráfaga creciente de aire a través de las hojas, un desorganizado ruido sordo de caída, un desconcertado gemido grave. Un susurro de hierba doblada, empujada a un lado, ella se impulsa hacia arriba con las manos y las rodillas, rueda pesadamente para sentarse, ese cuchillo clavado allí entre sus suelas de rasgada lona roja y goma agrietada. Inclinandose hacia adelante, con la espalda sin camisa rojiza incluso a esta luz tenue, posa una mano envuelta en un mitón sobre la empuñadura, firmemente inmóvil contra la balanceante hierba. Inclina la cabeza atrás, mira hacia arriba, hacia el cielo nocturno sin estrellas oxidado con la luz de la ciudad arriba.

"Mierda", dice Jo Maguire.



## **una grieta irregular / El Hombre en la Silla / mientras Pasa**

Una grieta irregular cruzando la pantalla de cristal negro, y ella tiene mucho cuidado al colocarlo sobre la almohada, insertando el cable de alimentación. Arrodillada allí, vacilante, quizá exhausta, relajándose con súbito alivio cuando la pantalla parpadea, una negra manzana mordida sobre fondo blanco. Aparece una foto, ella misma, corto cabello castaño y con mechas, mejilla con mejilla con Ysabel, largos rizos negros, sonrisa significativa. 12:19, dicen los números flotando arriba. Viernes, 4 May.

El vapor ondula desde la ducha, pero ella está junto al lavabo, larga bata de búfalo a cuadros atada alrededor de su cintura, con las mangas vacías colgando. Se está untando de crema los hombros bronceados, persistiendo hasta que se ve a sí misma en el artístico espejo oblongo, cabello enmarañado, esa nariz, esa mueca de labios finos. Desde el rumor de la túnica alrededor de sus caderas, una costura ligeramente arrugada recorre rosa y pálida hasta un hoyuelo ovoide del tamaño de una huella digital, cubierto con una vaga iridiscencia, inclinado en el centro de su pecho.

Envuelta en esa bata, de cuclillas en el umbral, ella se ocupa en enchufar un cable. Se encienden hileras de lucecitas amarillas. En ese momento, al otro lado de la cocina, más allá de un ramo muerto, el mostrador lleno de pétalos desecados, marrón rosado, negro púrpura. Desciende los tres bajos escalones hacia la sala abierta más allá, ventanas de izquierda a derecha en paredes que se estrechan hasta un punto, y en la parte superior de la sala, una gran silla oscura. Rodilla sobre los cojines, apoyada cerca de la ventana, ella mira hacia abajo. Un automóvil sobrenaturalmente silencioso pasa por la intersección. La marquesina del teatro de enfrente del camino está oscura, pero las letras aún se pueden distinguir, «Rojos 600», «Cinco de Mayo la Batalla, 930».

Una olla dejada en un quemador apagado, y algo seco dentro traquetea suelto cuando ella la levanta, la posa frunciendo el ceño

en el fregadero. Sacude un paño de cocina arrugado, lo dobla, lo deja en cuadradito sobre el mostrador. Abre la nevera sobre una encogida mitad de limón, un par de cebolletas marchitas, algunas latas de «cola diet» y una caja de cartón de comida para llevar. Un delgado cartón de leche, rojo y blanco, «Alpenrose», dice. Lo saca, lo abre, lo voltea sobre un vaso de labios azules, pero lo que se derrama es una gruesa capa de polvo, sucia, arroja el cartón salpicando por ahí, dejando caer una mancha en el fregadero.

La cama alta y ancha está ordenadamente hecha, el edredón blanco cubre el pie, las almohadas blancas apiladas en la cabecera, pero la pantalla del biombo está volcada, los paneles de lino doblados torpemente sobre sí mismos, el marco encalado torcido. Pantalones blancos arrugados y una bobina de cinta métrica, encaje caído y satén. Ella está allí en el umbral, junto al tocador, otro ramo muerto encima y una cajetilla de latón. Seis o siete cigarrillos dentro que ella agita, saca uno y un ajado librito de fósforos.

En la habitación del frente en el pasillo, alrededor del futón, el teléfono agrietado aún cargando sobre la almohada. Ella lucha por abrir la ventana al final allí, traqueteando y triturando la hoja. Se sienta en el alféizar. En sus dedos, la suave chispa de un cigarrillo que ella no levanta, ni mira, ella no mira afuera, frente a la calle oscura y vacía, una ventana solitaria iluminada en los apartamentos opuestos, el cartel colgado que dice: «En alquiler». Ella no está mirando la pared blanca de su habitación, ni la vaina negra colgada allí, vacía, de un solo clavo.

Ella aplasta el cigarrillo. Lo deja caer por la ventana a la acera de abajo. Separa su bata lo justo para tocar con el pulgar el nódulo esmaltado allí en su pecho. Un mohín, un estremecimiento, cierra la bata y luego los ojos.



Despierta con sobresalto, la luz del sol quema el losange, un disturbio de trinos. Ella se cierra la bata. "Mierda", dice. Se inclina

sobre el futón y le da vida al teléfono. «06:31», dicen los números en la pantalla. Sábado, 5 May.

"Mierda", dice ella.

Vestida ahora, vaqueros negros, camiseta negra, de pie en la cocina iluminada por el sol. El vaso de labios azules aún sobre el mostrador, el cartón aún en el fregadero, el esmalte de la leche en polvo. Una mirada atrás por el pasillo, iluminado por esas lucecitas amarillas, puertas semicerradas al final. Levanta la mano derecha, la gira una y otra vez, pronada, en decúbito supino, con los dedos retorcidos y apretados. Por un momento se queda quieta, pies plantados y ojos cerrados. Busca algo, el brazo temblando con el esfuerzo, hasta que su mano se aprieta en un puño, su brazo cae. Ella suspira.

Sale por la puerta trasera al pequeño porche de madera, cruza el herboso césped, pasa la estampada chimenea de bronce, fría y oscura. Agachada allí, entre un par de lechos elevadas, codos sobre las rodillas. Agarra la empuñadura envuelta en alambre del puñal, clavado en vertical en la hierba descuidada. Lo libera de un tirón.

De vuelta al interior, por el pasillo, entra en la cocina, pasa el mostrador y el ramo, pasa los escalones, abre la puerta del apartamento. Baja los escalones hasta el rellano de abajo, dos puertas marrones lisas, llama a una de ellas, suavemente, "¿Iona?", avisa metiendo el cuchillo en la parte posterior de sus vaqueros. "¿Carro?" Prueba con el pomo, tirando de su mano hacia atrás cuando gira y abre la puerta. Dentro, paredes sin pintar, remendadas y cubiertas de yeso sin alisar, un estante independiente del que cuelgan chándales, tres o cuatro, amarillo y blanco. "Iona", dice ella de nuevo. Y luego, más silenciosamente, "¿Ysabel?"

Por el último tramo empinado, hacia el vestíbulo, el pasillo detrás de ella, cajas apiladas a lo largo de una pared, una cajón de madera, una otomana abandonada con una pierna rota. Ella se apoya en la barra de la puerta y sale a la luz del sol, la pared del edificio se eleva marrón y marrón más oscuro tras ella, y los letreros llenan las ventanas del escaparate en la acera de enfrente, «Pronta Apertura», dicen letras deliciosamente delgadas, «Boxer Sushi». Ella cierra los

ojos y abre los brazos del todo lentamente, una brisa constante agita su cabello blanqueado por el sol.

Dirigiéndose hacia el garaje, un brazo extendido, dedos siguiendo la longitud de la pared marrón, marrón, toquecito, toque-toquecito, toque. A lo largo del camino, alrededor y bajo el precipitado rizo de la rampa, el sótano se abre bajo la longitud del edificio arriba, el pulido hormigón brilla bajo luces fluorescentes, un sedán rojizo y bajo, estacionado en ángulo al través de un par de plazas. Más allá, apiladas contra la pared del fondo, cajas de banco blancas y marrones en columnas, en su mayoría regulares, de cuatro o cinco en altura, un par dejado en el suelo junto a una sencilla mesa plegable, una silla de oficina negra con respaldo alto girada, y alguien sentado en ella .

"¿David?", dice ella, inclinada para que llegue la voz, parpadeando ante el eco. Y luego, mucho más silenciosamente, "¿Luys?"

Está dormido, el hombre en la silla, y sus bastante cortos pies, en antaño elegantes zapatos, dejados colgando, pero los dedos de sus manos, tan largos y delgados, se posan sobre las fotografías en su regazo, blanco y negro, sepia, plata mate.

"Inchwick", dice Jo.

Se despierta bruscamente, limpiándose la boca con el dorso de una de esas manos, parpadea. Al verla, vuela fuera de la silla y las fotos se dispersan revoloteando sobre sus rodillas con un gruñido, presionando su frente contra el piso mientras ella da un brinco hacia atrás, "Hey", dice ella, "hey", la silla está levantada contra las cajas. Ella se pone en cuclillas ante él, "No", dice, "no tienes que", estirando la mano hacia él, recogiéndola, "vamos", dice ella. "Eres Inchwick, ¿verdad? Levántate".

"Como su gracia desee", dice él impulsándose a sí mismo en posición vertical, "aunque la boca de una persona como ella debería preocuparse por la forma del nombre de una persona como esta", y él sacude su cabeza gacha, "qué, oh, qué ha surgido de este valle de lágrimas".

"Eso es", dice Jo, "un poco lo que era", inclinándose hacia adelante, tratando de que la mire, rindiéndose, sentándose de nuevo. Tirando, alisando su camiseta negra en su lugar. Riendo malignamente por la parte delantera de la cara de la misma, un demonio rojo, empañado por un craquelado de serigrafía, y la mano de ella se detiene, extendida sobre él. Ella mira hacia otro lado. "¿Dónde están todos?"

"Su gracia", dice él, ojos aún bajos, "pero todo el mundo es un conjunto tan amorfo y expansivo, difícil de precisar..."

"*Todos*", dice ella. "La Reina. El Carro. El que fuera que lavaba los platos, lavaba el, el, el, apartamento *abandonado*, Inchwick. Por favor. Todos se han ido. Todos han *desaparecido*. Excepto, excepto tú". Inclinándose hacia adelante. "Tú estás aquí", dice ella. "Te quedaste".

"Por supuesto", dice Inchwick, cabeza oscilando de arriba abajo. "Por supuesto. Este no podría hacer menos, su gracia."

"No", dice Jo, "no digas eso".

"Pero, su gracia", dice él, y: "Yo *no* soy", espeta ella, manos arriba para enfatizar, y él mira lo suficiente para ver su camisa. "¡Yo no soy el Duque!", grita ella mientras él da golpes con la frente contra el suelo. "No lo soy, eso es todo", talón de la mano sobre el pecho y un mohín.

"Pero", dice él, voz bastante apagada, hasta que levanta la cara, "su gracia salvó la morgue".

Ella abre los ojos. Él ha dado media vuelta, volviendo a mirar hacia esas cajas apiladas a lo largo de la pared. "Solo por eso", dice él, "este debería servir a milady hasta el final de todos nuestros días".

"No lo hice", dice, o medio dice, y luego, respira profundamente, "Inchwick", dice ella con terrible paciencia. "¿Que le pasó a la Reina?"

"El día que desapareció su gracia, milady, si alguien como este pudiera ser perdonado por decirlo", él gira de nuevo, cabeza agachada una vez más, "el Rey también pasó, y cada grano de ovr en la ciudad se convirtió en polvo por la aflicción de ello. La Reina en su majestad hizo un esfuerzo insuperable para sacar una última maravilla y la repartió en un almacén hacia el río, pero", se lleva una de esas manos a la boca. "No fue suficiente", dice sin aliento en la palabra. "Ni de cerca suficiente". Una brusca respiración por la nariz. Se seca la mejilla. "Su majestad mantiene una especie de corte allí ahora. Las viejas tiendas de comestibles Eytalian, en Taylor".

Ella se pone en pie con un chirrido de su zapato. Él se levanta cuando ella se aleja, "¡Su gracia!" Ella se detiene, mira atrás, "¿qué se debe hacer", dice él, "con la morgue de su gracia?"

"No lo es", dice ella negando con la cabeza, un suspiro. "Mantenla a salvo", dice ella. "Si, ah, comienza a llover. Como, ¿un montón?". Ella se encoge de hombros. "Llévalo escaleras arriba".

"Como milady ordene", dice él, y hace le una reverencia cuando ella se marcha.



Las columnas de bloques se hinchán en la tiniebla para unirse en ángulo a un techo bajo, y, enclavadas entre ellas, un archipiélago de velas, mechas que gotean en estanques límpidos, en un arrecife y cardúmen de cera congelada. Ese centelleante brillo resplandece en sedas de tejido liso, toscamente en brutos púrpuras, magentas, oro, cojines apilados y refuerzos, envolturas extendidas, drapeadas, caídas sobre las gruesas alfombras de Turquía amontonadas, los diseños de ellas respirando en el juego de luz, luz que presta un calor a la piel oliva, y pálida, que perfora esos rizos negros ingeniosamente enredados, disparados aquí y allá con ramitas de plata, que apenas resbala el cabello severamente amarillo, que

engulle, retrocede, solapa sombras agrupadas en planos de suaves curvas, crestas abruptamente musculosas, escarpes de codo, barbilla, mentón. Ysabel dormida en medio de todas ellas, su almohada sobre el vientre de el Estornino, el Estornino con los brazos abiertos como alas, cara inclinada hacia arriba, ojos cerrados, y tal sonrisa de satisfacción allí, vidriada con blanco secante, un carámbano pegado al vello que emburrece la mejilla de ella. Etienne entre las rodillas inclinadas de el Estornino, una pálida mano encostrada de azúcar se extiende sobre la cintura de Ysabel para sostener la mano de su hermana, Christienne en los brazos de Ysabel, su cabeza amarilla dormida contra el pecho marrón de Ysabel, su muslo cubierto de espuma ceñido entre los muslos de Ysabel, y allí una confusión de pies con polvo lácteo.

Una mano en una de esas columnas, apenas tocada por esa luz parpadeante, Marfisa gira dando la espalda a ellas, deslizándose fantasmalmente hacia las sombras. Regresa entre las columnas hacia una fina capa de luz diurna que raya los bordes de los escalones que suben hacia una luz algo más brillante que cae desde el vestíbulo de arriba. Ella se detiene un momento, mano contra la pared, pies sobre diferentes escalones, elegantes zapatillas de deporte, medias negras, camiseta gris de tirantes, su salvaje cabello blanco colgando bajo.

En el vestíbulo, azul brillante grafitado con colores primarios, líneas y formas, corpulentos semblantes de exagerada alegría, sorpresa, exasperación, un árbol que escala una pared, hojas y frutos, paletas y rastrillos, tijeras, guantes vacíos, azadas, martillos y, en la otra pared, un zigurat de ásperos ladrillos rojos que de alguna manera se tornan las líneas y nudos de una red, arrojada en alto encima de las escaleras, y llena de peces, con estrellas, huesos, monedas y pintado sobre el techo muy por encima, la quilla y la agitada estela de un barco. Ella cruza baldosas amarillentas, pasa las escaleras, debajo de un largo arco iluminado por tubos brillantes a lo largo del suelo, y sale al almacén cavernoso, brillantemente iluminado por el sol. La mayoría de los puestos que marchan a lo largo se han abierto al exterior, y grupos de personas, sentadas o de pie, juntas entre el arte, hablando en voz baja, riendo discretamente, sorbiendo café de tazas de papel, o té, dormitando al sol, inclinadas sobre herramientas dispuestas sobre toallas plegadas,

destornilladores y llaves de media luna, punzones y cinceles, abrazaderas, levantando cada una por turnos para ser revisadas, ajustadas, pulidas, encajadas en una caja de herramientas o un cinturón, cepillos de limpieza en un cuenco con nebulosas espírituosas, escurriendo pintura de rodillos de esponja, mezclando color en un tarro, una cucharada de umber en la carnadina, disputando genialmente un boceto de pintura salpicada, pero las conversaciones vacilan cuando ella pasa, las risas se apagan poco a poco, los focos cambian, regresan, caen hacia la tarea en cuestión, hacia la copa puesta al pasar. Nadie la mira, pero todos la observan abrirse paso, pisadas silenciosas en esos zapatos, sale hacia el área abierta ante el escenario elevado, pasa esa puerta principal elevada que se extiende hasta la escalera esquelética allí, bajo desvanecidas letras pintadas que antaño decían «Mercado Italiano del Lado Este y Tienda de Comestibles.», sube la pasarela hasta la puerta allí, recién pintada de púrpura y verde. Ella toma el pomo y la abre.

“No, no”, dice Gloria Lunes apoyada en un escritorio, “¿dónde los vamos a *poner*? Tampoco es que tengamos una sala de conferencias”, y Anna Nirdlinger, sentada en el sillón de nebuloso verde, levanta una mano aplacadora, “Va a estar bien”, dice ella, y se ajusta las finas gafas. “Quizás la galería superior”.

“¿Poner a quién?”, dice Marfisa.

“Allí todavía huele a Dios sabe qué”, le dice Gloria a Anna, y luego, “¿Dónde está su majestad?”

“Ella aún duerme”, dice Marfisa, y Gloria resopla. Su sobredimensionada camiseta dice con letra pulposa «Tormenta Dick en América del Sur». “¿Poner a quién?”, dice Marfisa nuevamente, más enfáticamente.

“A sus abogados”, dice Anna.

“¿De vestro señor?” dice Marfisa.

“De nuestro *banco*”, dice Gloria. “Estarán aquí después del almuerzo”.



"¿Por qué?", dice Marfisa frunciendo el ceño. "¿Por qué irían a venir?"

"Eso", dice Gloria alejándose del escritorio con un empujón y un crujido, "es la pregunta de los diez mil dólares. *Eso* es quizás algo sobre lo que su ostensible majestad podría ponderar. Compartir sus *pensamientos*. Tal vez nos dé una idea de lo que tal vez esté en juego, aquí". Acercándose a Marfisa. "Así que, tal vez tú podrías *volver* abajo, y *esta* vez podrías pedirle, educadamente, que por favor pulsara el botón de *pausa* de la orgía, solo por un minuto, para que ella pudiera", y su cabeza se dispara hacia atrás con un chasquido, "¿Qué *coño?*", gruñe ella.

"Harías bien", dice Marfisa, bajando la mano, "en mejorar tu tono".

"No me *toques*", espeta Gloria. "No, *nunca*", y "*Damas*", dice Anna, manos sobre las rodillas como si fuese a levantarse.

"Juro por Dios", dice Gloria frotándose la mejilla, "que *nunca* voy a entender", agarrada contra el escritorio, "qué es lo que ves en esa colosalmente. *Perra*. Inútil".

Anna se levanta de un salto interponiéndose entre ellas, "Ella es", dice volviéndose hacia Gloria, "nuestra Reina".

"¿Sí?", dice Gloria. ¿Qué ha hecho ella por ti últimamente? ¡Hablo en *serio!*, inclinándome para seguir a Marfisa, que le ha dado la espalda. "*Ella* no está aquí arriba, aceptando personas. *Ella* no está organizando este lugar con sus manos desnudas y comida para llevar", mientras Marfisa abre la puerta con un tirón, "¡no está *su* nombre en la maldita tarjeta de crédito!"

La puerta se cierra lo bastante fuerte como para abrirse de nuevo. Los pasos de Marfisa resuenan en la pasarela, bajando por las escaleras. Gloria se queda un momento en el umbral de la puerta, mirando por encima de todos ellos abajo. "Ojalá", dice Anna detrás de ella, y luego Gloria da un portazo de nuevo.

"No lo hubieras hecho", dice Anna.

## **una Loncha de tocino / Ciudad Desgarrada! / Eatum-Rite y los Hermanos Duckwall / el Color que era**

La loncha de tocino pende lánguidamente esos dedos grasientos con grasa chamuscada, esos labios ya separados para otro bocado, "¿Estás seguro?" Un gesto hacia la fuente llena de tocino ante todos ellos. "Cocinado a la perfección. Tengo que admitir", puliéndola, "Cuando vosotros, gente, ponéis la mente en algo, lo hacéis bien. No importa el qué". La fuente es la única comida en la larga mesa, los platos ante todos los demás están vacíos, tazas y vasos relucientes, servilletas perfectamente dobladas, cubiertos intactos. "¿Alguien?" Una mirada a cada uno de ellos por turnos, el Gladio a la izquierda, mangas a rayas rosas y blancas, el Guisarme de lino a la derecha, y a su lado Mousely con un traje rosa, agarrando un elegante maletín de aluminio en su regazo. A su lado, el Carro Iona, incómodamente abotonada dentro de una blusa amarilla, y luego Luys, el Masón, con una camisa de gamuza marrón, y frente a ella, el Gerifalte Boggs, con cuello de tortuga negro, y el propio Soames, Doble Thomas en tweed verde. "Mendigando", dice el otro, camisa blanca ardiendo a la luz del sol. De pie detrás de cada uno de ellos, en los bordes del porche sombreado, hombres con trajes azules, manos a la espalda, Galardón y Red, Tridente y Serpiente, Alfons, Yunque, Alans y Escudo.

"Milord", dice el Mango del Hacha Agravante sentado al pie de la mesa, su traje quizás del azul más oscuro. "¿Si pudiéramos prescindir del asunto en cuestión?"

"Lo que no entiendo", dice el otro estirando el brazo en busca de otra pieza, "es cómo algo de esto nos hace bien a alguno de nosotros". Mascando pensativamente. "La chica ya es dueña de todo el maldito edificio".

El Guisarme resopla. "Tom Wilson", dice el Gladio, "el padre de la chica, tenía una participación mayoritaria en un grupo que invirtió

en el desarrollo de la propiedad. Las preguntas reales sobre la propiedad, de la tierra, de las estructuras y así en adelante, son, digamos, turbias".

"El extremo norte del bloque", dice el Guisarme, "el restaurante, el bar abandonado, los apartamentos de encima, todo en poder del Sudeste. Los grandiosos planes del padre de la chica para la parcela habían quedado frustrados por la negativa del Duque de repartirlos con ellos, a cualquier precio".

"Eso ya no va a ser un problema, ¿verdad?", dice el otro, y Luys se inclina hacia adelante, "Si eso significa", dice él, "un final, para los locos devaneos de la Reina, y la trae de vuelta a casa, a nosotros", sentándose con un suspiro, "entonces habéis de tenerlo".

"Entonces nos conseguimos un plan", dice el otro. "Raquítrico, pero accionable. ¿Cuándo comenzamos?"

"Milord", dice el Mango del Hacha, pero "esta misma tarde", dice el Guisarme. "Ya hemos concertado una encuentro", dice el Gladio.

El otro da una carcajada, un ladrido que se desmorona en risas y vuelve a escalar en risitas en espiral. El Gerifalte, sobresaltado, levanta la vista para encontrarse con la mirada vacía de el Carro. Las manos decel Masón a cada lado de su plato, un trozo de cuero atado alrededor de una muñeca. El Soames mira por encima del hombro a el Yunque detrás de él, y el Yunque mira sus zapatos negros negros. "De *acuerdo*", dice el otro impulsándose lejos de la mesa, "hagámoslo".

"Milord", dice el Mango del Hacha de nuevo mientras se ponen de pie, "¿sí pudiera?" Un asentimiento hacia el brillante maletín que Mously agarra con fuerza. "¿Creemos que eso es sabio?"

El otro frunce el ceño. "Creemos que es necesario".

"Es la última de nuestros almacenes, milord", dice el Mango del Hacha. El Gerifalte mira con alarma a el Soames, quien mira enfáticamente a el Masón, quien mira fijamente a el Guisarme, quien pone una mano sobre el hombro de Mously. "Si algo le

sucediera a esto", dice Mango del Hacha.

"Nada lo hará", dice el otro con una sonrisa para el Gladio y el Guisarme. "Ninguno de ustedes dejará que pase". Y luego, un golpe de la mano en la mesa, "¡Caballeros! El asunto no es alegrarle el día a esta chica con una reluciente y nueva fortuna. El asunto es aislar a vuestra Reina, desbandar su cabalgata y traerla a casa. Y si este desvencijado Plan A no funciona ", una mano rosa alzada, un gesto, hacia ese maletín. "Lo mejor es tener un Plan B montado en vuestra cadera. Créanme, amigos", ese gesto se retira,"a nadie le va a gustar el Plan C".

"Tendremos su seguridad, señor", dice el masón, voz roncamente alzada. "Ningún daño le acontecerá a su majestad".

Todos miran entonces, Soames y el Carro, Gerifalte y Mousely, Gladio y Guisarme, desde las sombras al pie de las escaleras, al otro en el sol.

"Bueno, mierda". El otro echa mano a más tocino. "Más bien depende de ella ahora. ¿No es así?"

Sube las escaleras entonces, y sale a la amplia sala y a lo que antaño había sido una gran pared curvada de una ventana destrozada, tan abierta al aire ahora como el porche de abajo. Una brisa agita el cabello de el Serpiente cuando él se coloca en el borde, donde el suelo todavía está manchado por la lluvia, mientras más hombres con trajes azules acompañan al resto por el pasillo. Agravante se detiene allí, en medio de la habitación vacía, mirando hacia abajo. Otra mancha embadurna el suelo allí, oscuramente rojiza, opacada por un desventurado fregado.

Sale de la amplia sala, avanza por el pasillo, pasa la puerta principal donde un Euric de cara pétrea monta guardia, pero se aparta de él y sube por la cerrada escalera de caracol, avanza rápido por otro pasillo tenuemente iluminado, y las fotografías cuelgan a ambos lados, un terreno baldío ahogado por la hierba, una casa blanca marcada contra una tormenta que se avecina. Al final, el Laguiole de pie junto a una puerta cerrada, y cuando Agravante se acerca, ella saca una llave del bolsillo de su abrigo rosado de

hombros anchos para abrir el candado atornillado a la puerta. Él la cruza hacia una habitación casi completamente amurallada tras un dosel de redes blancas. Una lámpara brilla en el interior, y revoloteantes sombras ante él, mariposas, sus brillantes colores guardados por gasa, impresiones solo dejadas de negro y rojo, de negro y amarillo, de naranja y oro. "Alteza", dice él cuando la puerta se cierra tras él, y el sonido del candado que se ajusta a su cerrojo. La luz de la lámpara ocluida por una sombra de pie, aproximándose al dosel de redes. "Excelencia", dice ella.

"¿Confío en que dormistéis bien?"

"Uno no necesita confiar", dice Annisa con voz ronca. "Yo no duermo". El sonido de papel de las alas de mariposa, sus susurrantes aleteos.

"El Laguiole", dice él, "el Ronca: ¿se ocupan de vuestras necesidades?"

"Cualquiera de los que actualmente cuidan del cuarto de baño podría soportar una o dos lecciones sobre fregar", dice ella.

"Esta privación pronto habrá terminado".

"¿Qué necesidad de pronto? Quitad el cerrojo a la puerta. Podría haber terminado ahora".

"Alteza, la cerradura es para vuestra protección. Seguramente debéis ver tal cosa".

"Lo que veo es", dice ella, y la sombra de ella cambia, y un suspiro. "que no es mi persona la que aseguraréis, sino mi promesa. Hasta que la Reina regrese, me aferráis no por mi seguridad, sino por la vuestra". Su sombra se nubla cuando ella retrocede. "Yo solo soy vuestro por-si-acaso".

Él cruza los brazos, y si había estado a punto de sonreír antes, ahora no hay rastro de ello en sus labios. "Cualquiera que sea el caso, alteza, estáis casi segura de que terminaréis con una corona, la de ella, tal vez; o una nueva, de una corte nueva, propia".

Él llama una vez en la puerta y el clic de una llave, un traqueteo. "¿Sabéis, Vizconde?", dice ella, "Nieto del Sabueso... casi creo que vos creéis que una cerradura tan simple le detendría".

Él mira atrás cuando se abre la puerta. "No debéis preocuparos, alteza. Sobre eso, tenéis mi palabra... no tenéis nada que temer".

"Decidme, excelencia", dice ella cuando él cruza la puerta un paso. "En toda vuestra experiencia con reinas, ¿alguna vez habéis conocido a una que vea la locura de sus costumbres?"



"¡Ciudad Desgarrada!" ruge él, y se limpia la saliva de la barbilla. "¡Ciudad Desgarrada!" Sentado erguido en ese gran sillón reclinable marrón, con los hombros nadando en un abrigo deportivo gris-beige. "Mil novecientos setenta y siete", dice, "teníamos, teníamos gigantes, en esos días". Piernas perdidas en la colcha sobre su regazo. Jasper está solo en el sofá, envuelto en una inmundada manta. "Hombres que jugaron el juego. Jugaron duro, pero. jugaron el juego". Las arrugas se agrietan junto a la nariz hundida del OM. "No les importó un buen maldito carajo ni el dinero, ni las drogas, ni, ni Ni". La cabeza canosa de Jasper asiente, su taza de café medio llena, medio olvidada. ¡Bill Walton! ¡Dave Twardzik!" Ese rostro agrio aparece. "¡Walton! Lanzando una roca desde el otro lado de la cancha para hacer el maldito disparo. ¡Ciudad Desgarrada!"

"Papá", dice el EXO al otro lado de la habitación. "Ese fue Jimmy Barnett, papá".

"¡Bill!" Los ojos del OM se hinchan cuando aspira suficiente aire para terminar el nombre. "¡Walton!" Los hombros del abrigo deportivo se tambalean, las solapas se hinchan con otra respiración laboriosa. "¡Llegó al cubo en el zumbido! ¡Ganó el maldito juego! ¡Ganó el campeonato, la primera vez en el programa!" Jasper se sienta, sorbe café, mira desde el OM al EXO, cuyos dedos están en

su sien, presionando un dolor, "Walton estaba en el equipo del campeonato, sí, papá", dice, "pero fue Barnett el que disparó el tiro largo que comenzó Ciudad Desgarrada".

"Barnett! Barnett, serás ignorante... ¡Barnett fue cambiado después de una temporada! ¡En los malditos años setenta! ¡A los Warriors!"

"Y fue entonces cuando sucedió Ciudad Desgarrada, papá", dice el EXO impulsándose en la pared, dirigiéndose a través de la luz solar que porciona las cortinas rojizas. "Contra los Lakers. Y perdimos". En cuclillas ante el sillón reclinable. "Y Bill Walton era un jodido hippie esquivador de draft. Vamos, vamos a llevarte de vuelta a ..."

"¡Todavía no he terminado!"

"Papá, vamos". Dejando caer las colchas al suelo. "Nadie está aquí. No tiene sentido..."

"¡De quién es la culpa! Nadie está aquí. ¿Por qué crees que es? ¡Había *hombres*, en aquellos días!"

"¡*Maldita sea*, papá! Déjame simplemente", y un clanc resonante, "¡Ouh!" Café se derrama en las colchas. El EXO levanta una mano hacia la cabeza mirando hacia arriba, "¡Jesús!" Para ver a Jasper detrás de él, mirando la taza intacta en su mano, murmurando algo, "quería oír un descanso de ello", tal vez.

"¡Dame eso!" espeta el EXO, alcanzando la taza, agarrando la muñeca de Jasper, "qué demonios estás intentando", estirando la mano para agarrar la taza con su otra mano, "eres tan malo como él, juro que..."

"Chad", dice el OM.

Soltando la taza, el EXO mira hacia abajo.

"Chad", dice el OM nuevamente.

El EXO suelta la muñeca de Jasper. "Papá", dice, "Papá, lo siento,

pero ..."

“¿De quién es la culpa?” La voz del OM ahora es tranquila y casi gentil, mientras se sienta para mirar al EXO. “De que no haya nadie aquí. ¿Por qué es eso exactamente?”

“Te lo dije, papá. Te dije que Moody era una mala idea. Te dije que no lo metieras en esto”. El EXO levanta la cabeza, pero el OM ha levantado la voz de nuevo, “¡Mala idea!”, grita. “¡Mala idea! ¿Quién otro tenía buenas ideas por aquí, eh? ¿Quién nos conectó con esos chicos nuevos, después de que Duque lo empezara? ¿Quién nos preparó ese dulce trato? ¿Quién recibió una paliza por nosotros cuando entró? ¡El maldito Paladín Temerario, ese es quien! ¡Había hombres! ¡Gigantes! ”

“Él *mintió*, papá”, dice el EXO. "Es un mentiroso". Pero no alza la vista para encontrarse con la mirada del OM. "Él es el que jodió el trato por nosotros. Lo jodió *todo* con ellos que están en ello”. El OM mira a Jasper, asintiendo, una vez. "Él es la razón", dice el EXO, "Papá, lo es", y luego, con un barrido lateral de la taza, Jasper golpea la cabeza del EXO de nuevo, derribándolo sobre sus manos y rodillas.

“¿Y?” El OM se dobla sobre el borde del sillón reclinable, siseando. "¿Y? Si eso es lo que está pasando, ¿por qué demonios estás ahí sentado, quejándote? Si es así como es, muchacho, ¿qué demonios vas a hacer al respecto?"



En alguna parte sobre un irregular coro de pianos se abre paso sonando a través de acordes demasiado estridentes para ser sombríos, demasiado majestuosos para animar, persiguiéndose unos a otros por las escalas. "¿Hola?", llama Jo sobre el clamor, la calle iluminada por el sol demasiado brillante detrás de ella, pero el demonio en su camiseta lo suficientemente claro en el sombreado vestíbulo. “¿Luys?” A un lado, hileras de frascos de el Masón llenos



de llaves, ordenadas por tamaño, etiquetas de precio en sus cuellos, un cuarto cada una, setenta y cinco centavos, un dólar. Al otro un archivo de puertas descolgadas inclinadas una contra otra a lo largo de la pared. La luz del sol navega descuidadamente pasando bandejas de pomos de puerta y tiradores de cajones, vidrio y cristal reluciente, pulido latón abollado y llana madera torneada, porcelanas lisas, algunas pintadas con hojas o corazones, o flores de pincelada. "Bruno", dice Jo. Por encima de los armarios llenos de cajoncitos de tornillos y clavos, tuercas y pernos y ganchos, cuelgan letreros de estaño prensado, «Río Hood» «Peras», dicen, y «Manzanas Gosling Noroeste», «Eatum-Rite» y «Ganso Azul», «Hnos. Duckwall», «Huertos Familia Kiyokawa». "¿Alguien?" En una de las puertas en ángulo que conduce más allá, hay un chico con una chaqueta bomber marrón, horrorizado. "¡Pandulce!", chilla ella, pero él se aleja rápidamente. "¡Espera!" Ella pone marcha a través de esa puerta hacia una habitación llena de inodoros color hueso seco, lavabos sobre pedestales tambaleantes, esmaltadas bañeras blancas alineadas regíamente detrás de ellos. Pandulce ha salido por la puerta de al lado hacia un curvado pasillo, un par de pasos al doblar una esquina a un lado, un callejón sin salida por el otro, dos puertas, letreros sobre ellas con imágenes de un destornillador y una llave inglesa. Jo mira de un lado a otro, los pianos resuenan en algún lugar, pero luego el grito "¡Ella ha vuelto!" Resuena desde esa esquina.

Al doblar la esquina, ella entra en una habitación trapezoidal, el techo perdido en las sombras, una maleza de muebles rotos trepa por una pared. Una larga mesa ovalada con tablero de vidrio llena de platos de papel, servilletas, latas de refresco vacías, un par de cajas de pizza y, empujando atrás sus sillas, poniéndose en pie, el Chincuechento en su mono naranja, el Espadón en su sucio delantal con vieja grasa, un hombre mayor que se quita el sombrero de copa de la cabeza, el Arpista allí, su barba amarilla, Pandulce girando al pie de la mesa para mirarla, ojos muy abiertos. A la cabeza de esta, Bruno, el Absolvedor, con su chaleco de piel de topo, "Mi señor", dice, muy grave, e inclina la cabeza, y todos inclinan la cabeza.

"Jesús", dice Jo, "no hagáis, venga ya, tíos. Tíos", mientras murmuran su gracia y milady todos ellos. Pandulce exclama: "¡Tu cabello es jodidamente diferente!"

"Sí, bueno", dice Jo. "Pasaron cosas".

"Su gracia no necesita explicarse", dice Bruno.

"En realidad", dice Jo, "la última que vez que comí. Fue un puñado de fresas. Ni siquiera podría comenzar a decirnos cuándo fue eso". Ella asiente con la cabeza hacia las cajas de pizza. "¿Queda algo de eso?"

"Fresas", dice Bruno, "todavía pálidas y rampas, las primeras pasas empapadas en vinagre del año pasado", abre una de las cajas, "nuevos quesos envueltos en hojas de limón y pan plano horneado en cenizas: un excelente desayuno, para un día en la carretera". Lo empuja por la mesa hacia ella. "Todo lo que podemos ofrecer a su gracia es la pizza de anoche. Pandulce, trae algo de beber".

Jo engancha una de las porciones que quedan mientras Pandulce, con una sacudida de su copete enmarañado, se aleja. "Y", dice ella masticando, tragando, "¿qué pasa con el concierto?", Señalando a los pianos que resuenan distantemente arriba.

Una desdeñosa sacudida de la cabeza de Bruno, "Mera disputa familiar".

"¿Sí?" Otro bocado. "Ya nadie lava los platos, ¿verdad?"

Una mirada, desde el Espadón a el Chincuechento. El Arpista resopla. "Hay quienes están inquietos", dice Bruno, alzando la vista, "y más", un encogimiento de hombros, "que han dejado su puesto".

"Pero no vosotros, chicos", dice Jo, mirando al hombre mayor, con el sombrero de copa en la cabeza. "Tú no eres uno de los chicos".

"Gwenders, madam", dice él asintiendo.

"Correcto", dice ella. Un último bocado. "El jefe de familia de Ladd". Deja caer la corteza de la pizza en la caja. "Se suponía que debía yo venir a hablar contigo".

“Yo no soñaría imponer mi brazo”, dice ella, pero levanta una mano, “Dije que lo haría. No lo hice. Lo siento. Pero ha sido un poco”, y ella suspira. Mira a Bruno. "Luys no se fue", dice ella.

"Está en el consejo esta mañana, su gracia".

“¿Sin el Rey?”

"Es Pinabel dirige el consejo, por ahora", dice el Arpista.

"Agravante", dice Jo, escépticamente plano. "En el trono".

Bruno niega con la cabeza. "El Conde, mi señor, está despierto".

"El trono está roto", dice el Arpista.

"Oh", dice Jo. Sentándose abruptamente. Pandulce pone un vaso delante de ella, agua con gas, ahogada con hielo. "Pero la Reina", dice ella. "Está a salvo".

Bruno abre la boca para responder, pero "Retenida", dice el Arpista. “Por el bandido. Justo después de que os fuerais”. Él toma asiento y, al cabo de un momento, también lo hacen el Chincuechento y el Espadón. "Bandido", dice Jo. "Te refieres a Marfisa".

"Madam", dice Gwenders, tomando asiento con un movimiento de cabeza.

"¡Pero está bien!", grita Pandulce. "¡Estás de vuelta! ¡Estás jodidamente *de vuelta!* ", golpea una mano sobre la mesa, y Jo se sobresalta. "¡Así que, *todo* va a ir bien! Simplemente, podemos simplemente, ir y *atraparla*, joder", parpadeando, "a ella, a su majestad, y todo puede simplemente", retrocediendo su copete, "ir, ir, de vuelta, a cómo jodidamente", suspiro, "*solía* ser".

"Ya no hay más *solía* ser", dice Bruno todavía de pie.

"El *owr*", dice Jo, y se miran unos a otros, revolviéndose en sus

asientos. "Excepto que", dice ella, inclinándose hacia adelante con un codo sobre la mesa, "haya más, ¿no? ¿Después de que todo hiciera puuf?"

De nuevo, las miradas pasan de un lado a otro, y el Arpista se sienta abriendo la boca, pero "Ni siquiera un firkin, su gracia", dice Bruno. "ha quedado por algún misterio, quemado en una noche. Hemos oído que su majestad intentó convertir más y fracasó".

"Vale", dice Jo. "Vale". Se bebe la mitad del vaso de agua, el hielo tintinea, ella se limpia la boca con la muñeca. "Necesito que alguien me encuentre a David Kerr. Un mago que trabajaba para el alcalde, o un tipo que se presentaba para alcalde. Él", mano sobre el pecho, el talón presionando allí, encima de la mirada del diablo. "Hizo que sucediera lo que sucedió. Además", la mano se posa de nuevo sobre la mesa, "tenéis que encontrar a Arnold Becker. Vive con ese gran caballero, del Suroeste. Pirocles. Solía trabajar conmigo en, en realidad, también deberías buscar a Guthrie. Ah, Bill, Bill Guthrie. ¿Alguien está anotando esto?"

"Becker fue encontrado en casa de Buenamigo esa noche", dice Bruno, y se sienta. "El buen sir Yunque lo llevó a casa".

"Pues eso es un comienzo", dice Jo. "Él estaba allí, conmigo y con David, cuando sucedió. David", se sienta. "Puede que no haya regresado. No sé. Necesitamos saberlo".

"Volver", dice el Arpista. "¿De dónde?"

"Cuándo", dice Jo poniéndose en pie. "Bruno, dime. ¿Cuándo pintaste el edificio?"

Él frunce el ceño. "¿Madam?"

"El edificio de apartamentos. ¿Cuándo llegó a ser tan jodidamente marrón?"

"Yo, tendría que hacer preguntas, su gracia. Ha sido así desde que lo compramos".

"Ja", dice Jo. "Vale". Levantando la parte de atrás de su camiseta. "Una cosa más. Búscame una funda para esto", y pone con un tintineo sobre la mesa la hoja rayada y manchada de rojo, manchada de naranja aquí y allá. "No quiero cortarme".

"Mi señor", dice Bruno, la sugerencia de una pregunta.

"¿Dónde está tu jodida espada?", dice Pandulce.

"Si la necesito", dice Jo, "es que en realidad *estamos* jodidos".

## **Medias, rojo y negro / refrescando sus talones / un Gladio tímido / la pregunta / el color es**

Medias, rayas rojas y negras sacadas del tirón de verdad por dedos de otra persona que cierran las correas de las ligas, alisan el liguero de satén negro y colocan tirando la roja camisa de coaté en su sitio. Ella levanta los brazos mientras ellos abrochan los botones dorados, pesados como el bordado dorado que carga los puños, que llena el frontal brillante de su gorra roja, colocada en un ángulo alegre. Esos dedos colocan los halcones dorados sujejos a cada punto del cuello del coaté, enderezan con un chasquido de lengua la gorra. Ella se ríe, labios magistralmente rojos. Su hermana sentada a su lado, perfilándose los labios en un resplandeciente espejo con una barra color burdeos, piernas con medias de ligas y botas pulidas atadas a las espinillas, abrigo colgado en el respaldo de su silla, gorra en el mostrador delante de ella. "¡Sonríe!", dice Chrissie.

"No", dice Ettie tapando la barra con una mueca desdeñosa.

"Adelante", dice Chrissie, y Ettie lo hace, una súbita sonrisa gloriosa, ostentosamente esforzada, descaradamente cruel, llevada por las olas hasta vararse en su afecto pétreo. Costurere, con una última palmadita en el coaté de Chrissie, se inclina entre ellas, susurro de blanco, flores y camisola, una gorra en su pelo de ratón. Ella toma un botecito y un cepillito, arrodillada allí junto a Ettie, quien mantiene sus medio terminados labios quietos mientras se aplica el rojo brillante. "Era más fácil cuando teníamos el biombo", dice Chrissie.

"Era más fácil con el ovr, señorita", dice Costurere con un último giro hábil para dar forma al arco de Cupido. "Si se me permitiera decirlo". De pie, estira el brazo hacia el coaté, pero Ettie empuja su silla hacia atrás, "Adelante", dice ella bruscamente: "Puedo ponerme mi propia maldita chaqueta. Ve a ayudarla", un gesto irritado vuela hacia el Estornino allí, entre las velas, colocada sobre alfombras y

almohadas y nubes de tul negro y gasa, Aigulha arrodillada a su lado, envuelta en blanco puro y una gorra propia, pintando un pálido muslo desnudo con líneas de helada plata. Ettie está metiendo un brazo en la manga de su coaté, gira, lucha con la otra hasta que Chrissie simplemente mueve el hombro de esta y lo coloca en su lugar, se acerca lo suficiente como para empezar a abrocharlo. Ettie se somete con una mueca.

La luz se aproxima, se aparta por el sótano, una linterna fluorescente que se balancea en la mano de Gran Jim Turk, y el relámpago silencioso de la cámara de Petra B., capturando en tartamudeantes destellos, bata blanca con un cinturón suelto, mechas plateadas por el corto cabello negro, Ysabel ante la oscuridad, los colores alrededor calentando, suavizándose mientras ella pasa dentro del nimbo de esas luces ardientes. "Damas", dice ella. "Ellos estan aqui. Cinco minutos". Aigulha se levanta para desabrochar la bata y sacarla de los hombros de Ysabel. Costurere reúne un puñado de ropa interior, un pliegue de algo recatado a rayas. El Estornino se pone en pie, ejercita la cabeza de lado a lado, sacude brazos y piernas. Gran Jim sostiene en alto su linterna, un par de mazos en la otra mano, falda de pana caqui. Chrissie termina el último botón de arriba. Ettie pone los ojos en blanco, "Menudo infierno en el que ella nos está metiendo".

"Será divertido", dice Chrissie apretándose cerca de ella, viseras de sus gorras chocando, ellas inclinándose, labios acariciando labios cuidadosamente pintados. "Espectáculo".

"Bajo las malditas luces", murmura Ettie, y luego, cuando Chrissie se aleja un paso, "¡¡y no nos van a pagar!!



"Déjame adivinar", dice Anne Thorpe con picardía, y frente al escenario Anna se estremece. "Tú". Señalando a Welund, sentado en un extremo del sofá verde nebuloso, ropa discretamente arrugada. "Eres un abogado. ¿Pero tú?" Girando, mirando a Rhythidd al otro

lado, resplandeciente con un brillante abrigo azul sobre rayas rosadas y blancas, un fino reloj plateado alrededor de una muñeca. "Quiero decir", dedicando una mirada a el Serpiente y el Escudo, quietos y vigilantes tras ellos, "todos vosotros sois fáciles. Tú eres el musculos". Mousely de color rosa, sentado en el sofá entre los hermanos, maletín plateado en el regazo, sombrerito pildorero en la cabeza. "Y tú eres la ayuda. ¿Pero tú?" Rhythidd la favorece con una mirada de soslayo. "Tú eres el dinero", dice Thorpe, "pero no como el dinero de los intermediarios. Tú *eres* el dinero. Puedo olerlo desde aquí. Lo que más bien exige que hagamos la pregunta", junta las manos fuerte, "¿por qué estás *tú*", ignorando intencionadamente la mirada con gafas de Anna, "enfriándote los talones para los gustos de *ella*? "

"Una buena pregunta", dice Welund con una sonrisa indulgente. Rhythidd mira hacia otro lado con el menor giro de sus ojos. "Estoy segura de que su majestad solo tardará un momento más", dice Anna alisando su falda estampada a cuadros.

"No olvidemos a la señorita Wilson", dice Thorpe con una sonrisa sin humor.

"Por supuesto", dice Welund. Rhythidd mira su reloj. Mousely salta, sobresaltado, el Serpiente se pone rígido, el Escudo extiende una rápida mano, ya que desde algún lugar arriba se levanta una nota sobrenatural, mantenida sobre el almacén vacío, una nota que, aflautada, modula, se convierte en una palabra, una frase, "Un thogha na mban ", y Rhythidd inclina la cabeza hacia atrás, "ná tuig-si féin", Welund salta sobre sus pies, "do shlad go n-déanfainn air æn t-slígh", saliendo al filo del escenario, mirando arriba. En la pasarela de arriba, con un vestido de verdes y azules púrpuras, Carol se esfuerza por dar forma a esas palabras, "le cam, le cleas, ná beartaibh claona", ojos cerrados con fuerza, y de pie a su lado con una chaqueta de traje gris, Marfisa, blanco cabello suelto, un conjunto de tubos bajo un brazo y la mano de Carol entre las suyas, dedos entrelazados. A medida que suena la canción, y todos esos puestos debajo de los escalones, don nadies y domésticos, en trajes de cocina y pantalones de yoga, chaquetas de mezclilla y camisas de trabajo, blusas y monos pintados, "tu-sa agus me-si bheith" y Marfisa suelta la mano, aprieta el saco de tubos bajo la axila,



zumbido sobre su hombro, "un mhaighdion mhaordha", la boquilla en sus labios y el cántico en sus manos, "air feadh ar saoiǵhil", y ella comienza a tocar.

El arco en el otro extremo del almacén se enciende y pulsa ahora con lamidas de luz, con el creciente pop y tumb de los tambores, el látigo y corte de Christienne y Étienne en coatés y gorras, altas botas, llamas que fluyen de las antorchas que ellas blanden adelante y atrás, empujan y retiran al agrietado ritmo del bodhrán de el Indigente, el sonido sonoro del gran bombo de Gran Jim. Siguiendo a una alta figura envuelta en una sudadera con capucha negra, rodeada de tul negro, marchando con una precisión rígida cuando Petra B. surge rápidamente, cámara disparando. Las flautas y los tambores suben a una cumbre que se derrumba, pulsa redoblando, notas tropezando, en algún lugar un silbido agudo se une a la refriega, y la capucha se retira, gasa negra, una nube desenrollándose, el Estornino saltando, girando, cabello negro retorcido en un moño, plateadas extremidades centelleando a la luz del sol y la luz fluorescente, choque de beligerantes espadas, lanzas brillantes saltando hasta un grito, empuñaduras iluminadas por la luna bajadas en un claro cuando la canción de estas se detiene con ella, y solo el zumbido de las flautas, el misterioso eco del silbato de hojalata, mazas sostenidas en alto, esas antorchas, todas ellos inmóviles excepto por su respiración agitada, el brillo del sudor, esas llamas incandescentes.

Ysabel sale de las sombras acariciadas de neón de ese arco.

Corto cabello negro peinado hacia atrás, el abrigo de su vestido de tiza sombría y Chuck Taylor negros atados a sus pies. Un sonriente gesto a ambos lados mientras avanza por el pasillo, y a ambos lados las cabezas comienzan a inclinarse, Sprocket y Manypeny, Bellman, Lustucru, Teacup Tall y Templemass, se arrodillan, Cae Swinton, Himmelbirb, temblando Charlichhold, Getulous y Trucos y Meg Dienteverde que asoma, y en el escenario Rhythidd, el Gladio, se levanta del sofá, "Majestad", dice él tan fuerte en ese susurrante silencio. Arrodillándose junto al Guisarme, Welund ya arrodillado, y el Serpiente y el Escudo inclinan sus cabezas mientras Mousely se apresura a inclinarse sin levantarse ni dejar el maletín. Anna agacha la cabeza. Thorpe sonrío detrás de la

mano.

"¡Bienvenidos!", grita Ysabel cuando todos sobre ella se levantan de nuevo. "Bienvenidos, a nuestros invitados", levanta una mano, "¡y a nuestra anfitriona!"

Arriba, en la pasarela, la puerta pintada se abre y sale Gloria Lunes, majestuosa, vestido negro de cintura alta, cabello negro azabache con cintas blancas y recogido en dos grandes madejas, flequillo corto recién rosado, brazos enfundados en largos guantes a rayas blancas y negras, uno agarrado a la barandilla y el otro recogiendo la falda para poder bajar las escaleras esqueléticas.

"¡Señorita Wilson!", chilla Rhythidd tan fuerte como antes. Gloria se detiene a medio camino con el ceño fruncido. "Nosotros no os daríamos molestia alguna", dice él. "Nos encantaría reunirnos con usted arriba, dentro".

"Deseaban una audiencia, caballeros", dice Ysabel. "La tendrán ante nuestra corte. Muy pronto".

Gladio Rhythidd toma aire, casi encogiéndose de hombros, muy bien, y da un paso atrás para sentarse en el nebuloso sofá donde el Guisarme ya estaba sentado, Mousely todo codos y rodillas entre ellos. "Hemos roto con el Masón, madam. Él acordó que el Sudeste nos entregará las propiedades en lo alto del bloque, para que podamos trabajar con usted, señorita Wilson", alzando la vista, "para ayudarla a hacer realidad el sueño de su padre".

Una mirada cruza el rostro de Gloria ante eso, y ella comienza una carcajada, un silencioso estremecimiento que le zarandea los hombros, ella inclina la cabeza hacia atrás, estalla en un reluciente rociado, vitoreando mientras se tambalea, golpeando la barandilla, "Dios mío", dice ella, y la luz atrapa las letras bordadas en hilo de plata sobre su pecho, «OKBUMR». "El *sueño* de mi padre", y ella agita una mano sobre todos ellos, "era allanar todo el maldito bloque, verter una gran plataforma plana de hormigón, flotar un par de baratos edificios de apartamentos de cuatro plantas de mierda y, el *sueño* de mi padre ", se burla, "era una *tontería*".

Una quietud se apodera de la cavernosa sala mientras una sonrisa se enrosca en la esquina de los labios de Ysabel.

"Niña", dice el Guisarme, "no vayas tan rápido, para escupir en la oportunidad. El dinero que vendrá de realizar incluso uno de tales esos sueños es suficiente para dejarlo a uno tranquilo el resto de sus días naturales", pero Gloria niega con la cabeza, "Yo ya soy rica ", dice. "Gilipollas".

"Deben ustedes ser elogiados, caballeros", dice Ysabel. "Colocar estos edificios en manos de Gloria contribuirá en gran medida a asegurar lo que se ha construido aquí. Un gesto verdaderamente generoso".

"Madam", dice el Guisarme, "no es eso lo que nosotros", titubea, mira a el Gladio, que retoma suavemente el hilo: "Me temo, majestad, que no es tan simple. No podemos regalar libremente estas propiedades a la niña: hay obligaciones que cumplir, inversores que satisfacer..."

"Dos veces con esta", dice Ysabel, "Gladio Rhythidd, en esta audiencia, habéis dicho que tenéis miedo". Acercándose al escenario. "Podríamos comenzar a dudar de vuestro coraje, si no nos enfrentáramos a esta insinuación, de que es posible que no hagáis lo que hemos dicho que haríais". Su sonrisa es cándida, abierta. "Si tal es así", dice ella, "tendríais razón, en tener miedo".

"Nosotros no *podemos*, madam", dice el Gladio con su abrigo azul. "No podríamos. No *es posible*. Hay leyes, que deben seguirse".

"Vínculos de toradh mortal, madam", dice el Guisarme, "si queréis".

"Vos también habéis", dice ella, con esa sonrisa bastante ausente, "de cesar cualquier esfuerzo por demoler, desmantelar o destruir la Rampa Lovejoy".

El Guisarme se mueve para responder, pero cierra la boca ante el más leve gesto del Gladio. "Por supuesto, madam", dice, ambos dicen, e inclinan sus cabezas calvas.

"Lo que deseo, está hecho", dice Ysabel. "Ahora partid, y poneos a hacerlo".

Un feo resoplido desde arriba. "Jodidos Yahoos", dice Gloria, y luego, mientras toda la habitación la mira en las escaleras, "¿qué, dije en alto la parte en voz baja?" Lanza un gesto sobre el escenario de abajo. "¡Míradlos! Cuando salgan por esa puerta, encontrarán una manera de jodernos".

"Ahí, en realidad", dice el Guisarme con su traje de lino, "hay", levantándose del sofá, arrodillándose ante Mousely, sentado quieto del todo. "Solo hay una cuestión más, madam", dice, resuelve con firmeza a medida que su golpeteo se suaviza. "Probaríamos ser detestables embajadores al irnos sin dejar un regalo". En cuclillas, tira del maletín plateado en el firme agarre de Mousely.

"Hermano", dice Rhythidd, muy quedamente.

"No pasa nada", murmura Welund colocando el maletín sobre las rodillas de Mousely, abriendo los pestillos, haciendo clic y clac. Suspiros emocionan ese espacio cavernoso cuando él levanta la tapa derramando luz dorada.

"Sabemos", dice Welund, volviéndose, levantándose, sosteniendo en alto un par de bolsas de plástico, brillantemente llenas. "Sabemos lo que significa, ver la promesa dorada convertirse en cenizas en nuestras manos. Cuando la distribución se oxidó por primera vez, y amenazó con marchitarse por completo, ideamos un plan, mi hermano y yo: un almacén, sin la ciudad, donde pudiéramos separar algunas de nuestras porciones en previsión de otro día semejante", y extiende su mano llena. "¡Sobrevivió!" Balanceando esas bolsas de lado a lado, un faro lo suficientemente brillante como para calentar esas caras giradas hacia arriba, manos que se alzan, que se extienden. "Lo suficiente para apoyar a la corte", dice. "Lo suficiente para devolveros a todos y manteneros, como deberían ser mantenidos, suficiente para..."

"¿Suficiente?" chilla Ysabel, y el barrido de la atención de la habitación, desde la mano de él hacia ella ante todos ellos,

presionada cerca del escenario. "¿Por cuánto tiempo?", dice Ysabel, y algunas de esas manos levantadas vacilan, caen, incluso cuando el Guisarme baja sus bolsas. "A medida que repartes a tus compañeros, semana tras semana, y ellos a sus mayordomos, senescales y caballeros", volviéndose para mirar a la multitud apiñada alrededor, "y ellos a sus escuderos, amas de casa, cocineros y ayudas de cámara". Iemanya y Bluelock, Glenn, Dinny-Mara, Pequeño Conway Coolidge, "a los conserjes y damas de cámara, fontaneros y electroqueros, capataces, tapiceros, limpiabotas y friegasuelos, muchachos de fregadero", sonriendo cuando alguien chilla "¡Sí!" Y otro, "¡Oh, sí!" y "¡Una porción! ¡Danos una porción!"

"¡Cuánto tiempo!", dice ella de nuevo, y luego, cortando el creciente clamor, "¿Cuántas veces?" Hablando a todos desde su pequeño espacio ante el escenario. "Incluso con un mal pellizco para cada uno, una migaja a la vez, ¿con qué frecuencia se puede entregar todo hasta que te quede barrer esa última mota de oro de la esquina de una caja fuerte fría y vacía?"

"¡No!", chilla alguien, y otro gime. "Una Reina podría llegar", dice Gladio palmeando la rodilla de Mousely. "Siempre que ella deseara", se levanta, "volver a llenar nuestras arcas". Avanzando, junto al Guisarme, que levanta las bolsas nuevamente, a gritos de "¡Sí!" y "¡Ahora!" y "¡Oh, sí!" Mientras el Primo Rivas se acerca a empujones para alcanzar esa luz, Herwydh allí, recuperando el equilibrio tras la estela de Umlauf, y Lupe Lupita, las lágrimas en los ojos de Christian, el ceño fruncido de Gordon, Biscuit aplaudiendo con sus grandes manos, el estallido de ellos en voz alta, reduciéndose, deteniéndose cuando nadie más se une.

"Ella podría", dice Ysabel, y hay vitores, "pero cuando lo haga, *si lo hace*", y en ese momento una quietud se asienta irregularmente sobre todos ellos. "Si lo hiciéramos", dice ella. Aquellos que sirven a nuestro enemigo. Se encontrarían sin él.

"Milady", dice el Guisarme con ternura. "No hay enemigo".

Ysabel entra en la multitud que abre camino ante ella. "¿Y si ella no lo hace, sin embargo?", dice ella, y aunque su voz se ha calmado, sus palabras aún llegan lejos. "¿Y si Nos, y si, y si yo, no puedo?"

Volviéndose hacia ellos en el escenario, y Gloria en las escaleras, Marfisa y Carol arriba. "Esa es la pregunta, ¿no es así? ¿Por qué te aferras a las faldas de ese monstruo y empacas esos últimos restos de atenuación en una rígida caja de acero? ¿Y si esto", mirando a su alrededor, "es todo?" Bwbach y Cherrycoke, Offa y Ssidi Kur y Quilibet con los hombros caídos. "Nuestro reinado ha sido breve", dice ella, "ni seis lunas llenas, y sin embargo", cerrando los ojos con un escalofrío mientras una mano toma una de las suyas, Chrissie se ha deslizado a través de todos ellos detrás de ella, "Ya he perdido a mi Rey, a mi Cazador", abre los ojos en rápido parpadeo, "el trono en sí mismo", apretando la mano de Chrissie mientras más de ellos se acercan, Alanbam, Meguis, Botté y Jeaneatte con ojos desconcertados, Guytrash y Brether Ned de cuello grueso, Petra B. su cámara olvidada en su cuello, la pequeña Sproat y Schuka buscan sus manos, sus dedos, sus hombros, las mangas del vestido de su abrigo. "No tenemos una Prometida en nuestra mano izquierda", dice ella, "pero dos doblados Cronos dan sombra a nuestra derecha", alza la vista hacia ellos, Welund boquiabierto, Rhythidd mirando hacia otro lado. Ella da un paso atrás hacia el escenario, y todas esas manos que la buscan caen. "Si la fuente misma de nuestro toradh se ha secado", dice ella, "si el vínculo está realmente roto, ¿todavía somos una corte?" Cruzando los brazos sobre sí misma. "¿No somos una Reina?"

Un momento y otro. Rhythidd tose "Milady", dice, "vos..."

"Empacad vuestra escoria y marchaos", dice ella.

La vehemencia, luego desde la multitud, ella se estremece, "¡No!" y "¡Oh, no!" y "¡Alto, milady! ¡Espera!", La oleada de ellos, desesperados, presionando en su paso estrepitoso, manos apoyadas en el borde del escenario, "¡O, o quedaos!", grita ella. "¡Quedaos! ¡Quedaos! Quedaos aquí", les dice a Welund, a Rhythidd allí arriba, mientras los gritos y los clamores desaparecen. "Con nosotros. Hacedlo, con nosotros. Ved qué es lo viene después".

"Majestad", dice el Gladio, pero él está mirando hacia más allá de la multitud en movimiento tras ella. Ella da la vuelta, Ysabel se da vuelta, pero ellos ya se han hecho a un lado, han dado un paso atrás, han despejado un camino. De pie en la porción de la luz del

sol bajo la gran puerta principal, toda de negro, manos en los bolsillos, "Uh", dice ella "Hey", dice Jo, Jo Maguire, Jo Gallowglas, Viuda del Halcón, la favorita de la Reina. .

Con golpe y chirrido de pisadas, Ysabel se arroja pasando entre todos ellos, y Jo sube para encontrarse con ella, colisionando, girando, tropezando, inclinándose, riéndose, juntas.



Apoyada contra la columna una docena de lienzos o más, casi tan alta como ella, incómodamente ancha. La pintura en el primero lo bastante intensa para distinguirla en la oscuridad, untada de negro y rojo sobre blanco, la sugerencia de un brazo, líneas elegantes allí, un cuello, una barbilla, una cabeza inclinada hacia atrás, almohadillada en cabello locamente garabateado, y mirando hacia afuera el solitario punto verde de un ojo. Ella lo inclina hacia adelante lo suficiente para ver el siguiente, similar, un gesto de salto, un punto verde imperturbable, el siguiente, un giro, el siguiente, clac de los extensores de madera en las sombras.

"Ja", dice Jo Maguire.

Las sombras ruedan y se balancean cuando la fría luz florece tras ella, y ella deja que los lienzos caigan de vuelta a la columna, dándoles la espalda. Sale pasando el resplandeciente espejo de la mesa del tocador, alguien en mono sube una lámpara portátil encima de un trípode que ilumina sobre la luz de velas moribundas, y dos más, tres, se aproximan entre el soto de columnas, transportando en largas cajas de cartón planas que colocan junto a las alfombras. y almohadas con pesados golpes. Alguien se arrodilla, despliega un cuchillito y se pone a abrir las cajas. «BRIMNES», dice una de las solapas, en simples letras de imprenta. Los demás sacan largos tablones oscuros y los colocan con precisión en el suelo en una coreografía de elevación, paso, balanceo y agachado. "Uh", dice Jo, dando un paso más cerca, "Yo no, ah, Ysabel, quiero decir, su majestad", mientras ellos se ponen a trabajar en esas tablas,

insertando tacos, girando levas, encajándolas juntas en una caja poco profunda, "se suponía que ella..."

"Excelente", dice Ysabel aproximándose, breve vestido de abrigo, esos zapatos de suela plana, "aunque la cabecera debería apuntar hacia el Norte". Uno de ellos se lame un pulgar, lo levanta, luego señala, asintiendo, y todos se agachan y levantan y giran el marco unos pocos grados, ¡hop! Dos más se aproximan con un colchón envuelto en plástico, "Oh", dice Ysabel, "no está preparado del todo, colóquenlo allí", gesticulando, y más de ellos ahora con montones de ropa de cama envuelta en plástico, grandes almohadas suaves sin desembalar, un enorme edredón blanco, "cuidado", dice ella, "el suelo no está perfectamente limpio. Les dije que lo consiguieran en blanco", dice ella, "parecía más fácil", volviéndose con una sonrisa hacia Jo, "pero siempre podemos cambiarlo más tarde", su sonrisa, se recoge, "si nosotras", cae del todo cuando asimila la mirada en la cara de Jo.

"Déjadnos", dice Ysabel, la Reina.

Y con tintineo de herramientas y el roce de botas, el clac y el tunc de tablas, lo hacen.

"Oh", dice Ysabel, cuando están solas. "Mi hermosa Cazador".

Jo baja la vista. "Rompí la máscara", dice ella. "Perdí la espada". De pie allí en la sombra ante las ardientes luces en del espejo. "Pero tú todavía estás aquí".

"Por supuesto", dice Ysabel. De pie allí junto al trípode, y cada línea y puntada de su abrigo es pinchado por su luz argentina. "¿Dónde si no estaría yo?"

"¿Arriba?" dice Jo. "¿Lejos?"

Ysabel da un paso hacia ella y extiende una mano. Jo da un paso al frente para tomarla.

"¿Día?" dice Ysabel. "¿O fue de noche?" Y luego, "Parece que has tomado algo de sol".



"Él ha vuelto, ¿verdad?", dice Jo.

"¿Lo viste?" La otra mano de Ysabel agarra el hombro de Jo. "No te hizo daño, ¿verdad?" Jo, con un mohín, niega con la cabeza, su otra mano sube entre ellas, presionando un momento contra su pecho, allí, casi sobre la frente del diablo. "Es *terrible*", dice Ysabel. "Todos insisten en que es solo el Conde. Nadie me creerá cuando se lo cuente. Me apartaron. Son *indulgentes* conmigo. Pero", se inclina atrás lo bastante para mirarla a los ojos, "tú has vuelto", mano alzada sobre el hombro de Jo hacia su mejilla, "tú estás aquí, ahora", de puntillas para presionar un beso en la frente de Jo, declinando, inclinándose hacia abajo, pero Jo gira la boca hacia un lado. "No puedo quedarme", dice ella.

"Por supuesto que puedes", dice Ysabel. "No seas tonta. No hay nadie para cuidar el apartamento. Tus cosas pueden treaerlas en cuanto haya un lugar para ponerlas. No necesita ser aquí abajo... ¡hay tantas habitaciones! Jo. Jo, debes quedarte".

"Debo", dice Jo, directamente plana. Soltándola. Dando un paso atrás. Sus manos estrechadas en su camiseta negra, retorciendo la mirada burlona del diablo. Tirando hacia arriba, más alto, lo suficiente como para mostrar el nódulo sobre su corazón, el color un espejo opaco a esa luz, y la mano de Ysabel a la boca, parpadeando rápidamente. "No puedo", dice Jo, y deja caer el dobladillo de su camisa.

"No pasará nada", dice Ysabel.

"¡Ya lo ha hecho!", chilla Jo. Un sollozo encorva sus hombros, se envuelve en los brazos, apretando mientras baja la cabeza, respira hondo, "dos semanas", dice ella, y otra respiración, más fácil, más de un suspiro. Enderezándose cuando Ysabel se acerca. Toma su mano Jo está mirando más allá de ella, por encima del hombro de Ysabel, hacia la fría luz, la cama a medio construir, "Tú habías desaparecido", dice Jo, las palabras suenan pequeñas en su boca. "Te fuiste". Los brazos de Ysabel alrededor de su cintura. "Te perseguí", dice Jo, "pero tú", cerrando los ojos mientras se acerca inmóvil, mejillas rozándose, labios, "despegaste", dice Jo, y un beso.

"Pues así es como yo lo entiendo", dice Ysabel, "no fue más que un mal sueño".

"No sé cómo he conseguido volver".

"¡Tú despertaste!" Ysabel se limpia la mejilla con el dorso de la mano, luego la de Jo, apartando una lágrima con una caricia. Jo niega con la cabeza, "La magia *ha desaparecido*", espeta ella, e Ysabel se ríe, un vertiginoso ladrido de sorpresa, deleite. "Pues entonces, su gracia", dice, y pone una mano sobre el pecho de Jo, "no tenemos nada que temer". Jo mira hacia otro lado, pero no suelta la mano de Ysabel. "Ysabel", dice ella. "Ysabel, el apartamento. ¿de qué color era? ¿El edificio?"

"¿El color?" Ysabel frunce el ceño. Ella está mirando a su mano, posada sobre esa camiseta negra. El dorso de un dedo brilla, una chispa dorada atrapada en los finos pelos bajo un nudillo.

"¿Ysabel?", dice Jo.

"Es blanco", dice Ysabel. Ella escurre la esquina de su ojo con el dedo meñique. "Con ribetes verdes". Una nebulosa gotita se aferra a la yema de este, y ella la lleva hasta la mejilla de Jo, surcando el riachuelo del rastro de lágrimas allí.

"Qué", dice Jo.

Ysabel se estremece. Sostiene su mano entre ellas, dedos doblados solo ligeramente, y tiembla allí, en la parte superior de esta, una dispersión de brillantes granitos de oro.

"Oh", dice Ysabel. "Oh, Dios".

## Pisoteando pisoteando / non sum qualis eram / tres veces Setebos

Pisoteando pisoteando, se abalanza contra la modesta puerta marrón, "¡Tú *debes!*" chilla ella. Se ajusta el holgado abrigo gris, traquetea el pomo que no quiere girar. "¡Abre!" ruge ella, pateando, se abalanza de nuevo. Se abre temblando, haciéndola tropezar hacia una escalera entre una lluvia de astillas. "¿Hola?", llama ella retirando hacia atrás su nube de cabello blanco dorado. Algo flojo cae en su otra mano.

Sube las escaleras entonces, pisoteando, de vuelta a lo largo de un balaustrado pasillo más allá de la primera puerta, entornada, hacia la segunda. Ella la golpea con la palma de la mano. "¡Abre!", llama ella. "¡Debo hablar contigo!" Patada. "¡Hola!" Una profunda respiración. "Sé que estás dentro", dice más tranquilamente. "Es de vital importancia que hable contigo".

Clac y arañazos, el traqueteo de un cerrojo. La puerta se abre bastante como para mostrar a un hombre mirando por encima de una cadena de seguridad tensada. "No deberías estar aquí", dice él, bajo y cerca.

"Pero debo. Porto noticias de suma importancia".

"No me importa una mierda si es de vida o muerte", sisea él, "si la despiertas voy a", pero luego se contiene, desinflado.

"Concierne al techo sobre su cabeza", dice Marfisa, "el suelo, bajo sus pies".

Él se inclina cerca del hueco, frunciendo el ceño. "¿Cómo has?", dice. "¿Quién eres tú?"

"¿Eddie?" una quejumbrosa voz desde algún lugar tras él. Él flaquea aún más, negando con la cabeza, menguante cabello de esta corto. "Nada, madam", dice él. "Abogado. Adelante, ahora.

Necesitáis vuestro descanso".

"Nada, y un *infierno*", esa voz. "Adelante. Déjalos entrar".

Ella alza una mano, la que sujeta su blando paquete, mientras él cierra suavemente la puerta, pero la cadena araña al soltarse, la puerta se abre de nuevo, del todo ahora, él se retira atrás del camino, con cuidado de los estantes, y todos los libros.

Las paredes de la habitación están forradas de estantes oscuros y pálidos, sin pintar, brillantemente barnizados, un tramo de estanterías metálicas pintadas de menta industrial, todas llenas de libros apretados, tapa dura envueltas en ajadas fundas, satinado plástico de biblioteca, cuero rugoso, con libros en rústica amontonados y apilados, lomos curvados y agrietados y marcados hasta la ilegibilidad, bordes de página arrugados, pelados, rígidamente cortados, grisáceos con tinta vieja, cubiertas arrugadas y descamadas, rasgadas, manchadas, descoloridas, opacas, desgastadas, salvo los nombres, aún perduran, los nombres, Pauline Elizabeth Hopkins y Charlotte Perkins Gilman, Andrea Hairston y Begum Rokheya Sakhawa Hossain, declamados en mayúsculas, la Sra. HA Dugdale, Suzette Haden Elgin, Balaraba Ramat Yakubu, rizados en fantásticos guiones, Mariame Kaba, Xiaolu Guo y Nalo Hopkinson, Mikki Kendall, Vandana Singh y Nnedi Okorafor, trabajados en diseños elaborados, pintados en las ilustraciones, Tanith Lee y N.K. Jemisin, Benjanun Sriduangkæw, P.C. Hodgell, con forma de baldosas o hebras o circuitería, Tananarive Due y C.L. Moore, Octavia Butler, Shalija Patel, algunos de ellos escritos con la misma displicentemente cuidadosa mano en los lomos reparados con cinta adhesiva, cinta de fricción, cinta de máscara. En medio de todo esto, un grandiosamente sobrecargado sillón de amor con almohadas apiladas, cajas, pilas y blocs de papel, y remilgadamente sentada a un extremo, una mujercita envuelta en una acolchada bata de casa azul pálido, un cuaderno amarillo tamaño folio en su regazo, sus pies marrones descalzos metidos en una bañera poco profunda, el agua en ella burbujeaba entre estos.

"Madam", dice Marfisa, provisiones aún ante ella.

"¿Qué es todo esto tan importante", esa voz ahora sonoramente

chirriante, esos ojos mirando a través de gafas de culo de botella de Coca-Cola, "que te tiene derrumbando mi puerta a golpes de esta manera?"

"Milady", dice Marfisa, "Abby Tinker", hundiéndose sobre una rodilla allí sobre la atestada alfombra. "Me encantan vuestras historias", dice ella, un codo sobre la rodilla.

"Ya, vale", dice Eddie junto a la puerta, comenzando a andar hacia Marfisa, "vámonos", poniendo una mano sobre su hombro. Ella se pone rígida. "La próxima vez, escribe una carta", le dice él. Abby Tinker, en el sofá de amor de dos plazas, niega con la cabeza y él levanta la mano del hombro. "Tenías algo que decirme sobre mi apartamento", dice ella inclinándose hacia adelante. El zumbido y la risa del agua en su baño.

"Este edificio", dice Marfisa. "Los hombres que lo mantienen. Que tienen la custodia de esto. Acudirán a vos y os dirán que debéis marcharos. Lo que yo os diría", mira hacia abajo un momento y respira hondo. "Lo que estoy aquí para deciros, milady Tinker, y también a ti, Edward, es que este edificio", dice ella, "ahora nos pertenece a *nosotros*. y estas habitaciones, vuestras habitaciones, os las damos, para que podáis quedaros libremente todo el tiempo que deséis. No importa lo que esos hombres puedan deciros".

Abby Tinker toma el cuaderno de su regazo y lo coloca a un lado, atornilla la tapa en su bolígrafo, "Ahora", dice ella. "Dejando de lado por un momento la cuestión de si *puedes* hacer tal cosa". Inclinándose hacia adelante, más cerca que antes. "Dime por qué lo harías", dice ella.

"Yo os oí leer una vez". Marfisa despliega su paquete blando allí en la alfombra. "La Carretera de Whorlagig. Planeta Eligedía, Klaatu Gawd. El Excelente Dosel. ¡Cynara... la manada!" Alisándolo plano, su máscara de goma de cabeza de caballo, su hocico flácido, esos ojos saltones. "Vuestras historias son mis favoritas", dice ella.

"¿Me oíste leer?", dice Abby Tinker con esas gafas girando para mirar a Eddie. "Debes de haber sido una cosita pequeñita".

"Cuando supe que vivíais aquí", dice Marfisa. "Vos sois la causa de que yo me quedara. Vos sois el porqué estoy aquí ". Su mano en la máscara. "Sois el porqué me pongo esto".

Abby Tinker levanta un pie descalzo que gotea de la bañera, lo planta en la alfombra, preparándose para inclinarse desde su asiento para tomar la máscara con una mano coriácea. "No soy como era", dice, medio para sí misma, "en el reinado de la buena Sinara. ¿Mirarías esto, Eddie?" Sosteniendo en alto la máscara. "Ella quiere ser un Caballo".



"Que te follen, no estás aquí, que te follen, no estás aquí, no estás aquí. Que te *follen*", triturando húmedamente la fricativa, "Que te *follen*, no eres ella, ¡ Joder, tú *no estás aquí!* " Limpiándose la boca con la muñeca, arrastrando dentro un siseante suspiro, apartando la mano que ella posa sobre su hombro. Se recuesta en un escuálido cartón, envuelta en un chubasquero púrpura, pies grises y callosos pellizcados por chanclas verde lima, una botellita plana agarrada a su pecho. «Pit River Vodka», dice la etiqueta. La lona de plástico azul aletea y traquetea por encima. Ella echa un trago. "Moody, cariño", dice ella, "tienes que detener esto. No es bueno para ti". Otro. "Dime", dice ella, "adónde fuiste. Dónde estuviste las últimas dos semanas".

Él rueda, ojos muy abiertos, boca gruñendo. "¿Dónde está Lucinda?"

"¿Qué?"

"¡Lu! Cin! ¡Da!" la empuja, ella tropieza, rueda por la lona azul con un gruñido. Ella se pone en pie con rigidez, botella aún en una mano, guijarros y hierba húmeda pegada a una rodilla. Las lonas azules cuelgan de un fino árbol hasta el poste de un letrero de «No Aparcar», una tienda improvisada entre la calle y la acera. Ella levanta una solapa y lo ve frenético, hurgando en un cubo y tirando

ropa inmundada de una bolsa de basura. "Moody", dice ella, todo su tono halagador se han tornado acero. "Detente".

"¡El Sikes-Fairbourne!", dice él sin aliento. "Sobre yay long", levanta las manos, un espacio entre ellas. ¿Solo catorce de ellos, Ada? ¡Ada!" Chasquea los dedos debajo de su nariz. "¿Qué infiernos estás mirando?"

"Ese es un bonito reloj", dice ella.

Holgadamente dorado, pesado en la muñeca de él, se sube la manga de la chaqueta excedente del ejército para mirarlo, el ancho círculo plano, tres pequeños diales colocados dentro de los más grandes, cada uno con números diminutos, letras, otros símbolos inescrutables, las manecillas finamente filigranadas en ellos todavía se mantienen temblorosas, apuntando en esta y aquella dirección, salvo por la única manecilla de barrido que gira lentamente sobre ellos bajo el cristal. Con cautela coloca el pulgar y el dedo medio en el bisel dorado, acariciando la cara del reloj con el dedo índice y este suena suavemente. Sus dedos se apartan de un salto. Las manecillas se mueven violentamente, salvo la del barrido, que se ha detenido, apuntando directamente a él.

Él alza la vista hacia ella.

Jadeando, ella deja caer la cortina, borrando la luz del sol, dejando solo la lámpara de la mesita de noche en esa habitación oscura, todo alfombra beige y papel tapiz vagamente rayado. Se seca la frente con el dorso de la mano. Coloca una ramita de rizos espirales detrás de una oreja. Se acerca al pie de una cama tamaño individual cubierta con mantas un poco más marrones que la alfombra y abre un ordenador portátil, brillante, ella se asoma sobre la luz de su pantalla. Teclea un breve comando. Aparece un gráfico, una plana línea roja plana que cruza de izquierda a derecha con un hipo allí, una ráfaga de nudos verdes, rojos y naranjas que se desatan, reatan, oscilan, se enrollan, se inclinan en el borde derecho, explota, un lúgubre arcoíris desmadejándose que salta y se zambulle en busca de las asíntotas. Ella toca la pantalla y las líneas se disuelven en nubes de puntos, diamantes, cruces, ejes, abalanzándose a la izquierda a medida que el gráfico se actualiza, y

de nuevo cuando aparecen los números alrededor de la multitudinaria constelación. Ella levanta un teléfono de la mesita de noche, marca un número y luego otro. "Setebos", dice ella, y luego, "Setebos y Setebos". Espera un momento. "Eso ha vuelto", dice, y termina la llamada.



En las sombras bajo restos astillados, desgarrada tapicería, inmunda borra embarrada, amarillentas lanzas de hierba crecidas entre esta, y todo fragmentos de cristal. Él está de pie con su traje azul oscuro en el borde sobre esto, entre salientes y ángulos de más cristales rotos. Ella cruza el suelo vacío hacia él, chirrido de sus zapatillas de baloncesto doradas, blusa amarilla incómodamente abotonada, pero se detiene, su larga falda blanca al son de las voces que se alzan debajo, «un jodido trabajo, me importa una mierda», gruñendo desde el hueco de la escalera hasta un «¡Tú!», antes de murmurar de nuevo a una amenaza indistinguible. Ella comienza a cruzar la habitación de nuevo, más lentamente, menos cierta, deteniéndose súbitamente cuando él mira atrás, una sonrisa irónica bajo sus bigotes. "Carro", dice él.

"Sir Yunque", dice Iona. Pasando hasta su lado en el borde. "Habéis pasado por alto nuestro desastre", dice ella. "Alguien debería haberlo limpiado hace días".

"No", dice él alzando la barbilla para señalar hacia los árboles iluminados, hacia la ciudad más allá, ardiendo al atardecer. "Yo lo miro a él".

“¿Él, buen señor?” Su cabello amarillo verdoso tornado extrañamente pálido a la luz incierta.

"Mi señor", dice Pirocles. "Mi amor. Me ha olvidado", un encogimiento de hombros, "nos ha olvidado a todos. Pero cuando la Reina sea traída de vuelta... cuando regrese el ovr", dice, y nuevamente un gruñido desde abajo, un grito, un aullido chirriante



interrumpido súbitamente. Iona retrocede desde el borde, mira hacia arriba, a la distancia. Pirocles, parpadea rápidamente, agacha la cabeza y se cepilla los bigotes con un nudillo. "Veré en sus ojos una vez más que me conoce", dice él mientras las pisadas suben los escalones desde el porche de abajo. Hay está Welund en su traje de lino, y Rhythidd impaciente y frenético tras él, tropezando ausente, mirando lo que está agarrado en ambas manos, una curva de hueso, una costilla, reluciente de rosa. "Adelante", gruñe el otro subiendo tras ellos, el elegante maletín de aluminio pende descuidadamente de una mano, "¡deslízaos fuera de aquí!" Y luego está Agravante, llegando despacio por detrás. "La próxima vez", dice el otro, "la próxima vez que la jodáis así. La próxima vez que *perdáis* vuestro maldito *nervio*. La próxima vez será uno de *vosotros*."

"Milord", dice Welund, allí en el umbral del pasillo, y Rhythidd continúa adelante.

"Oh, no te preocupes", dice el otro entregándole el maletín a Agravante. "Está perfectamente a salvo. Ahora *vete*", y esa sola palabra es un trueno en esta amplia sala, y por un instante brotan chispas de ese cuerpo redondo y rechoncho, que se arrastra con esa corona de pelo de marfil. Y entonces el otro sonríe, "¡De acuerdp!" Y las manos rosadas aplauden. "¿Qué es lo siguiente?"

Iona mira a Pirocles, que no alza la vista. "¿Siguiente, milord?", dice Agravante con el maletín acunado en sus brazos. Esa sonrisa se termina, un frustrado ceño fruncido. "Plan", dice el otro, "C", cada sílaba deliberada, una piedra en un pozo. "¿Qué vamos a *hacer*. Para que *sucedá*".

"Nosotros, ah", dice Agravante, "debemos", un suspiro, "llegar hasta los compañeros, montar vehículos, matériel..."

"¡Pues *hazlo!*", espeta el otro. "¡Llegar! ¡Montar! ¿Está esta jodida cosa *filtrando?*"

El brillo del maletín cambia, ha cambiado de plata incoloro a dorado lácteo frente a los dedos rosados extendidos para tocarlo, se retraen de golpe cuando la luz no destella del maletín sino del aire alrededor, y "Mis señores", dice Iona entonces, ronca de asombro.

Allá afuera, más allá de ella, más allá de Pirocles y la pared de cristal rota, más allá de los silueteados árboles que se disuelven en el suavemente ascendente fulgor, la luz rojiza del atardecer es engullida por una luz más brillante y más dorada, un gentil resplandor de sol estival justo al otro lado el río, desvaneciéndose aunque calienta sus caras, atenuándose, desapareciendo.

"Majestad", dice Pirocles, la palabra es un mero aliento.

"Otra vez no", dice el otro, y luego, una avalancha se desploma para llenar las palabras, "*¡Otra vez no!*" Los cuásares rascan el aire y las sombras garabatean, el cabello se deshilacha, esas manos rosadas laxas, esa camisa demasiado ruidosa, "*¡Cómo!*" El eco resonante del grito y toda esa energía es un aliento absorbido, la luz y la sombra colapsan sobre un duro vientre redondo, camisa blanca un poco demasiado brillante, cabeza calva ruborizada de rosa en una corona de marfil. "Ve a buscarla", dice el otro, una simple exhortación. "Tráemela. Ahora".

## el oro, el oro / "Vengan y tómenlo"

El oro, el oro que se derrama de su mano, un reluciente reguero hacia el brillo amontonado en esa bañera de madera, "Después de todo eso".

"Sí", dice Ysabel, recostada entre las alfombras y almohadas, envuelta en una bata blanca.

"Dijiste que estaba roto", dice Gloria Lunes, mano vacía sobre el borde de la bañera. "Acabado". Todavía con ese vestido negro, y todavía con cintas en el pelo.

"Dije *si*", dice Ysabel. "*Si* estuviera roto. *Si* ya estuviera acabado. ¿Te quedarías? Y la respuesta fue sí. Incluso así. Pero ahora", su cabello negro brillante, mojado, sus manos, su garganta, su espinilla desnuda rayada y reluciente de oro," el toradh está restaurado".

"Debemos de haber estado leyendo diferentes habitaciones", dice Gloria alejándose de la bañera, pasando a Anna allí es su vestido estampado, sus finas gafas. Jo en las sombras, abrochándose los vaqueros, se abraza. "Esto", dice Gloria, "es jodidamente increíble. Esto no se puede creer, joder". Anna levanta una mano de advertencia, "Gloria", dice ella.

"¿Sabes lo que hay ahí arriba?", dice Gloria. ¿Sabes cómo empezó todo esto? ¿Por qué?" Un paso hacia la lánguida Ysabel. "Esto eran todas las personas, todas las *mujeres*", dice Gloria, "que jodiste con tu jodida maldita pregunta. A mí", dice ella. "A Marfisa. Bobbi y Anna". Anna mira hacia otro lado, mano en la frente. "¿Julia? ¿Tully? Petra, y Miriam, y todas las demás que están ahí arriba, ahora", mientras Ysabel se sienta erguida, mirándola con esos verdes verdes ojos, "que lavaron tus platos, o te cocinaron algo, que doblaron tu jodida ropa interior, que *durmieron* ", volviéndose hacia Anna, "en una maldita caja de *zapatos*, y *tú*", ella gira de nuevo para cernirse sobre Ysabel, "dijiste que todo eso había *acabado!*" Jo se pone en pie. Gloria se endereza, da un paso atrás. "Supongo que eso

era mentira".

"Todas ellas han", dice Anna ajustándose las gafas, "nosotras" dice ella, "hemos dado libremente, de, nosotras mismas". Asiente a la bañera llena de oro. "Ese regalo será honrado".

Gloria resopla. "Casi tuvisteis un jodido *disturbio* antes. ¿Qué diablos crees que va a suceder cuando, cuando lleves esa mierda ahí arriba? Tenéis que parar. Tenéis que *pensar* sobre lo que..."

"Dinos, niña, qué debemos hacer", dice Ysabel, y llamas de las velas alrededor de su canalón, y tiemblan de nuevo a la luz.

"Oh, que te *follen*", dice Gloria, e Ysabel se pone en pie, "¡No hay *nada* que debemos hacer!", brama ella, un paso hacia Gloria, quien retrocede ante el avance. "¡Nos", grita Ysabel, "somos la Reina!"

"Tú y qué ejército", murmura Gloria, pero Ysabel le ha dado la espalda. "Envía a buscar a mis vestidoras", dice ella, "y una vez que esté vestida, envía a buscar a los suficientes para cargar esta porción al salón principal. El traje blanco, creo pensar, si lo tenemos; algo en blanco, y oro".

Anna, asintiendo, dice: "La señorita Lunes no está exenta de razón, madam". Gloria la mira. "Hay", y Anna toma aire, "sino pocos suficientes", dice, "paisanos dentro, para administrar una Distribución".

"El Bulbegggar, el Mooncalfe", dice Ysabel encogiéndose de hombros, "la Daga... y, por supuesto, Marfisa, será más que suficiente. Ah, pero primero llama a el Estornino: quiero verla restaurada en ella misma antes de que la porción se entregue".

"Madam", dice Anna.

"Y, por supuesto, si hay el más ligero aire de problemas", Ysabel les da la espalda a ellas, "también tenemos a nuestro Cazador..."

Gloria alza la vista. Anna da un paso.

"¿Jo?" dice Ysabel, hacia las sombras vacías. "¿Jo?"



Un cigarrillo arrugado arde en los dedos embadurnados de oro, la mano allí sobre su rodilla, vaqueros negros brillantemente espolvoreados. Sentada en el pórtico de abajo, suelas de los pies sobre la acera, música vibrando débilmente en alguna parte tras ella, teclados trinando, letras susurradas en voz alta por encima de los gritos y los vítores a través de la ceniza y la lluvia ácida, «no importa si los gérmenes se comen nuestros libros y nuestros cerebros, todo lo que quiero es resonar a través del vestíbulo iluminado de azul», trepadores murales de árboles y zigurat, una silueta en el umbral de la puerta abierta, "¿Alguna vez te vas a fumar eso?"

Jo mira atrás, suspira, ofrece el cigarrillo. Deslizar y roce de pies descalzos, susurro pegajoso de pantalones de cuero, una mano marrón lo toma. Perlas en el pelo negro se mecen cuando se da una calada, esa cabeza sombreada se inclina hacia atrás para soltar una larga nube blanda. "No tengo nada contra ti", dice Zeina, el Mooncalfe.

"Lo sé", dice Jo.

"Pero", dice Zeina, otra calada, "no puedo evitar sentir", otra nube, "que, ¿quizá sea al revés?"

"Nada personal", dice Jo. "Es solo, tu predecesor", movimiento de su mano, buscando la siguiente palabra.

"Ha fallecido", dice Zeina ofreciéndole el cigarrillo. Jo niega con la cabeza, pero lo toma, "Quiero dejarlo", dice ella, "pero si lo hago". La mano vuelve a su rodilla. Hilo de humo del ascua elevándose. "Maldita sea si sé lo que tomaría después", dice ella. Se lo llevó a los labios, un gesto lento y considerado. Una calada. El ritmo todavía vibra detrás de ellas, un piano diferente sobre cuerdas giratorias y

un falsete penetrante «nunca te deja ir, la fiesta de mañana nunca terminará», y los vitores y gritos. "Bueno", dice Zeina. Ella está mirando el oro pegado a las manos de Jo, a sus rodillas, atrapado en su cabello blanqueado por el sol. "Lo hiciste".

Jo asiente. "¿Conseguiste el tuyo?"

Zeina se encoge de hombros. "Hay suficiente tiempo", dice, "y mucho".

Una última calada, y Jo tira lo que queda en la acera. Un SUV blanco con discretos adornos dorados para en la acera. Jo se pone en pie. "¿Iona?", dice ella. La puerta del pasajero se abre.

"Luys", dice ella.

"Milady", dice el masón saliendo de la camioneta, mano sobre la puerta de esta para abrazarlo en su asombro. "Me habíais dicho que habíais regresado, pero aún así... apenas me atreví a confiar".

"Dicho", dice ella mientras las otras puertas se abren, y los hombres con trajes azules se amontonan fuera. "¡Duquesa!", chilla el Carro, cabeza verdosa asomando desde el lado del conductor. "¡Bienvenida a casa!" Entre los trajes azules está el Estribo con su chaleco rojo ladrillo, y el Eje está ayudando a Pandulce a salir por detrás. "¿Qué está sucediendo?", dice Jo. "Luys. ¿Qué está pasando?"

"Buen Sir Masón", dice el Escudo en su traje azul, un teléfono alejado de la oreja. "El Vizconde pregunta: ¿estamos en posición?"

"Un momento", dice Luys, acercándose a Jo. Una mano hacia el hombro de ella, "Muy pronto", dice, "todo estará bien".

"No, no lo estará", dice ella agachándose desde abajo.

"Sir Masón", dice el Escudo de nuevo, y "¡Un momento, señor!" espeta Luys, siguiendo a Jo, pero ahí es cuando Zeina grita: "¡Caballeros!" Arriba se pone en pie en el umbral, y todos se detienen. Ella alza su brazo izquierdo, apuntando el estoque en su mano. "¡Todos aquí para su porción, hagan una ordenada fila hacia

el Norte, uno! ¡Por! ¡Uno! ¿Alguien está aquí para *otra cosa?*" Sacudiendo hacia fuera su mano derecha, ella agarra y gira un segundo estoque del aire. "Vengan y tómenlo", dice ella, Posando en su postura.

"¡No!", grita Jo, mano en la parte baja de su espalda.

Destello de esbelto acero, esas dos cuchillas en zig zag cuando Zeina Mooncalfe detiene la espada corta de el Tridentee, derribado hacia un lado, ella se abalanza, estoques girando mientras se arquea bajo el tajo de el Serpiente con un giro de sus caderas, un salto para plantarse ella misma en una respuesta.

*"¡Dije que no!"*, brama Jo.

dentro y atravesando del pecho de el Serpiente. Gorgoteando, la espada de este cae con un clanc, hacia la acera sus rodillas, agarrando la rápida aguja incluso cuando esta se aleja deslizando. Un "¡La!" del Mooncalfe mientras un hueso reluciente rebota en el pórtico a sus pies.

"Basta", dice Jo en voz baja, pero la palabra aún atraviesa los gruñidos y los gritos, y los estruendosos choques y agudos golpes metálicos. Todos la miran, no a ella, sino a la espada en su mano, el acero de la misma giraba con oscuras ondas y luz, la empuñadura que ella agarra es tan simple, tan recta, guardada por una red de hilos que brilla incluso en esta oscuridad. El Mooncalfe se acomoda en una cautelosa postura agachada, un estoque bajo ante ella, "Bueno", dice ella, y el otro estoque arriba y atrás, "¿quieres bailar, Gallowglas?"

Jo da un paso atrás, y otro, choca de espaldas con el lateral del SUV. Despacio, despacio, ella se hunde, llevando la espada hacia sí misma hasta que su rodilla roza la acera. El Mooncalfe temblando, frunciendo el ceño, cambiando el agarre en las empuñaduras, y el irregular huesecito carpiano manchado de azul junto a un pie descalzo. Alguien grita dentro, detrás de ella, y una multitud ruge. Jo posa la espada en el hormigón ante ella, el más leve tintineo de acero. La suelta. Se pone en pie, mira a su alrededor, Iona a su izquierda, Luys a la derecha y todos esos caballeros con trajes

azules. Se pone en marcha con un maquinal paso, presionándose entre Alans y el Galardón, hacia la calle vacía. "¡Gallowglas!", chilla Zeina detrás de ella. "¡Cazador!" Pero alguien grita, y la luz cambia tras ella, calentándose, creciendo, y ante ella todos los caballeros súbitamente asombrados comienzan a inclinar la cabeza, y a arrodillarse lentamente.

Alejándose andando del almacén iluminado contra la noche tras ella, pasando en la sombra del almacén al otro lado de la calle, silencioso, quieto, sin luz. «Carpintería Creativa NW», dice el redondo letrero de madera sobre la puertecita de madera, brillando en la brillante luz. Ella no mira atrás, su paso no flaquea, sus brazos suben para envolverse a sí misma, cabeza baja, pone un pie frente al otro hasta que

"Jo", la voz detrás de ella, y ella se detiene.

"Jo", dice Ysabel nuevamente, y ella se da la vuelta.

De pie allí en el aire detrás de ella, holgados pantalones blancos, blusa ondulante, sus manos apaumy y sus pies descalzos colgando cubiertos de gotas de oro y brillando, brillando, bajando al pavimento, solo, y este iluminado como un día de verano. Jo cierra los ojos. "Por favor", es todo lo que dice, pero

"¿No me amas?", dice Ysabel.

**Continuará...**



# Descárgate la Serie en Castellano

## Primera Temporada

- Episodios 1-11, Vol I: "Despierta...":

[Vol I en artifacts.webcindario.com](http://artifacts.webcindario.com)

- Episodios 12-22, Vol II: El Fulgor del Día:

[Vol II en artifacts.webcindario.com](http://artifacts.webcindario.com)

## Segunda Temporada

- Episodios 23-33, Vol III: En el Reino de la Buena Reina Dick : (disponible en febrero de 2020):

[Vol III en artifacts.webcindario.com](http://artifacts.webcindario.com)

- Episodios 34-44, Vol IV: en preparación en: [thecityofroses.com](http://thecityofroses.com)